

CUADERNOS DE ARQUEOLOGÍA MEDITERRÁNEA

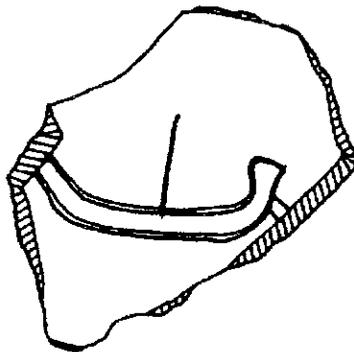
VOL. 5-6

1999-2000

LOS FENICIOS EN PORTUGAL

Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal
(siglos VIII-VI a.C.)

Ana Margarida Arruda



PUBLICACIONES DEL LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA
UNIVERSIDAD POMPEU FABRA DE BARCELONA
CARRERA EDICIÓ, S.L.

Títulos en preparación:

H.Schubart: *El Cerro del Alarcón y Toscanos* (primavera 2002)

H. Shubart-G. Maass-Lindemann: *El Morro de Mezquitilla*.

E. Mazar: *The Cemetery at Akbziw*

Correspondencia e intercambios:

Laboratorio de Arqueología

Facultat d'Humanitats

Universitat Pompeu Fabra

Ramón Trias Fargas, 25-27

08005 Barcelona

Tel.: 34+ 935 422 695

Fax: 34+ 935 421 690

E-mail: eugenia.aubet@huma.upf.es

Pedidos y suscripciones:

Carrera edició, S.L.

Sospir, 46 bxs

08026 Barcelona

Tel 34+ 934 552 885 • Fax 34+ 934 552 954

E-mail: carrera@ibernet.com

Depósito legal: B-24.397-2002

ISBN: 84-88236-11-5

Impreso por: Centre Telemàtic Editorial, SRL

La revista **Cuadernos de Arqueología Mediterránea** se publica con una periodicidad anual y se intercambia con publicaciones científicas afines para incrementar los fondos de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Asimismo recibe libros para recensión, relacionados con temas de Protohistoria, Colonizaciones y Teoría y Método en Arqueología

COMITÉ ASESOR

Ana Margarida Arruda, *Lisboa*

Eilat Mazar, *Jerusalem*

Michael Rowlands, *London*

Arturo Ruiz, *Jaén*

Hélène Sader, *Beirut*

Antonella Spanò, *Palermo*

Mercedes Vegas, *London*

CONSEJO DE REDACCIÓN

Directora:

Maria Eugenia Aubet

Vocales:

Raghida Abillamaa

Juan Antonio Belmonte

Elisenda Curiá

Guillem d'Efak Fullana

Mari Carmen Jiménez

Francisco J. Núñez

Mercedes Párraga

Marina Picazo

Nuria Rovira

Apen Ruiz

Secretaría:

Ana Delgado

Laura Trelisó

A la memoria de mi hijo António, con «saudade».

Para Victor, João y Constança, con amor. . .

«Portugal é *mediterrâneo* por natureza, *atlântico* por posição.»

(Pequito Rebelo, A terra Portuguesa, 1929, citado por Orlando Ribero)

«Ce que je vois là n'est qu'une écorce. Le plus important est invisible.»

Antoine de Saint -Exupéry, Le petit Prince

Índice del volumen 5-6

LOS FENICIOS EN PORTUGAL FENICIOS Y MUNDO INDÍGENA EN EL CENTRO Y SUR DE PORTUGAL

(SIGLOS VIII-VI A.C.)

Agradecimientos	11
1. Introducción	
Ámbito cronológico y geográfico; problemas metodológicos; conceptos utilizados; presentación del trabajo y las necesarias justificaciones de algunas ausencias y de la inclusión de aspectos aparentemente injustificados	13
2. El territorio: clima y manto vegetal	
2.1. Introducción	19
2.2. El Algarve	20
2.3. El estuario del Sado	20
2.4. El estuario del Tajo	21
2.5. El estuario del Mondego	21
3. La navegación en el Atlántico: las condiciones físicas y las evidencias arqueológicas	
3.1. Introducción	23
3.2. Los vientos	23
3.2.1. Costa occidental	24
3.2.2. Costa sur	24
3.3. Niebla, neblina y nubosidad	24
3.4. Agitación marítima	25
3.4.1. La costa occidental	25
3.4.2. La costa sur	25
3.5. Las corrientes marítimas	25
3.6. Técnicas y sistemas de navegación	26
3.6.1. Tipos de embarcaciones	26

3.6.1.1.	El Mediterráneo	26
3.6.1.2.	El Atlántico	26
3.6.2.	Navegación de cabotaje y navegación de altura	27
3.7.	Los hallazgos arqueológicos en los mares portugueses	27
3.8.	Las dificultades de navegar en la costa portuguesa	28
4.	El Algarve	
4.1.	El Algarve: ribera mediterránea en el litoral atlántico	31
4.2.	La arqueología en el Algarve y el (des)conocimiento sobre la ocupación de la Edad del Hierro en la región	32
4.3.	Los poblados	36
4.3.1.	Castro Marim	36
4.3.1.1.	Introducción	36
4.3.1.2.	Localización y marco espacial	36
4.3.1.3.	Los trabajos arqueológicos: estrategia, metodología y áreas excavadas	37
4.3.1.4.	Los resultados	38
4.3.1.4.1.	Introducción	38
4.3.1.4.2.	La secuencia ocupacional del Castillo de Castro Marim	40
4.3.1.4.3.	Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro y sus relaciones crono-estratigráficas	43
4.3.1.4.4.	El Castillo de Castro Marim durante la Protohistoria: análisis de los resultados	51
4.3.2.	Cerro de Rocha Branca	53
4.4.	Las necrópolis	57
4.4.1.	Fonte Velha de Bensafrim	57
4.4.2.	Cômoros da Portela, Père Jacques, Alagoas	57
4.4.3.	Discusión	58
4.5.	El Algarve durante la Edad del Hierro	59
5.	El estuario del Sado	
5.1.	La cuenca terciaria del Sado	63
5.2.	Alcácer do Sal	64
5.2.1.	El Castillo	64
5.2.2.	La necrópolis de Senhor dos Mártires	72
5.3.	Abul	86
5.4.	Setúbal	91
5.5.	El tesoro de Gaio	96
5.6.	El estuario del Sado en el I milenio a.C.	97
6.	El estuario del Tajo	
6.1.	La cuenca terciaria del Tajo	101
6.2.	El margen izquierdo	102
6.2.1.	Quinta do Almaraz	102
6.2.2.	Otro asentamiento del Hierro del margen izquierdo del estuario Tajo	111
6.2.3.	Breve análisis del poblamiento orientalizante del margen izquierdo del estuario del Tajo	112
6.3.	El margen derecho	113

6.3.1.	Lisboa	113
6.3.2.	Outorela	130
6.3.3.	Moinhos da Atalaia	131
6.3.4.	Santa Eufémia	133
6.3.5.	Freiria	136
6.3.6.	La Alcáçova de Santarém	137
6.3.6.1.	Localización y marco espacial	137
6.3.6.2.	Historia de los trabajos arqueológicos y diacronía de la ocupación	138
6.3.6.3.	Los condicionantes y la estrategia de excavación	139
6.3.6.4.	La excavación: metodología y áreas excavadas	139
6.3.6.5.	La estratigrafía	144
6.3.6.6.	Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro y sus relaciones crono-estratigráficas	172
6.3.6.6.1.	Las cerámicas	172
6.3.6.6.1.1.	La cerámica a mano	173
6.3.6.6.1.2.	La cerámica a torno	184
6.3.6.6.2.	Los objetos de adorno	216
6.3.6.6.3.	La fauna	217
6.3.6.7.	Las estructuras	217
6.3.6.8.	Las cronología relativa y radiométrica	217
6.3.6.9.	La Alcáçova de Santarém durante la Edad del Hierro: área ocupada, población y recursos	218
6.3.6.10.	La ocupación de Alcáçova de Santarém durante la Edad del Hierro: síntesis general	220
6.4.	Los bronce de Torres Vedras	221
6.5.	El oinochoe piriforme de Faião (Sintra)	222
6.6.	El estuario del Tajo en la primera mitad del I milenio a.C.	223
7.	El estuario del Mondego	
7.1.	Introducción	225
7.2.	El medio físico	227
7.3.	Los yacimientos	227
7.3.1.	Santa Olaia y Ferrestelo	227
7.3.2.	Crasto de Tavadede	240
7.3.3.	Chões	244
7.3.4.	Fonte de Cabanas	244
7.3.5.	Pardineiros	245
7.3.6.	Conímbriga	245
7.4.	El poblamiento de la I Edad del Hierro en el estuario del Mondego: la ocupación del territorio y las relaciones entre los asentamientos	252
8.	Los fenicios y la Edad del Hierro en el Centro y Sur de Portugal	257
9.	Bibliografía	267

AGRADECIMIENTOS

En la preparación, redacción y publicación de este trabajo he contado con numerosas y fundamentales ayudas que no puedo omitir.

Al profesor Jorge de Alarcão le debo, y aquí lo agradezco, la comprensión y paciencia que siempre demostró y su permanente disponibilidad en la fase de preparación y redacción del texto del presente libro, así como las numerosas y pertinentes sugerencias que, tanto a nivel formal como de contenido, mejoraron la investigación y la estructura final. Me gustaría también destacar la tolerancia con la que aceptó que siguiese caminos que no siempre fueron los suyos, lo que me permite asumir, íntegramente, todos los errores y omisiones que este trabajo pueda contener.

Al Profesor José Ramos, que en la Facultad de Letras de Lisboa siguió este trabajo, mis sinceros agradecimientos por no haber cuestionado nunca su viabilidad.

María Eugenia Aubet ha hecho posible la publicación de este libro. Pero la deuda de gratitud que hace tiempo contraje con ella, mi hermana, excedió en mucho la presente circunstancia. Fue en el terrible otoño de 1993, cuando me acogió en su casa, que percibí que siempre podría contar con el apoyo y la amistad desinteresada de alguien que compartía conmigo convicciones, sueños, perspectivas y maneras de estar en la vida. Aunque discrepemos puntualmente en cuanto a mercados, colonizaciones, tipologías, fenicios... la complicitad es contextual y continúa.

Ya hace varios años que el ambiente fraternal que se vive en el Centro de Arqueología de la Universidad de Lisboa (UNIARQ) proporciona un debate permanente y un intercambio de informaciones entre todos los investigadores que allí se reúnen. Ese ambiente y la amistad de mis colegas y amigos se reflejan colectivamente en todas las páginas de este trabajo. Pero sería impensable no mencionar expresamente a algunos, entre los cuales destaco, en primer lugar, a los miembros de PASCAS, el proyecto *A Alcáçova de Santarém durante a Idade do Ferro e Época romana*.

La amistad de Catarina Viegas, a quien el proyecto de Santarém tanto debe, ha sobrevivido a todas las rutinas y tengo con ella una deuda de gratitud que sobrepasa, con mucho, al ámbito profesional. La confianza y lealtad mutuas, generadas en el campo y en el laboratorio alrededor de Santarém, se traducen en un apoyo sin límites.

La ayuda de Vera Freitas y Rui Almeida fue indispensable. En los fríos depósitos del IPPAR, en la UNIARQ y en Santarém, me prestaron una excelente ayuda en la selección, dibujo y descripción de los numerosos materiales. Vera fue, además, el «disco duro» humano a quien recurrí constantemente, y funcionó como un verdadero *back up* permanente. Sólo de este modo pude superar mi conocida y proverbial desorganización, teniendo acceso a todos los datos, que en el caos en el que se ha transformado mi sala de trabajo, no conseguía encontrar. Rui Almeida es el autor de muchos dibujos que ilustran este texto y a él le debo, también, el haberme liberado de todas las tareas gráficas que la realización de este libro implicó.

António Faria, con su infinita sabiduría y paciencia, estuvo siempre disponible para aclarar todas las dudas que el tema de la escritura del Sudoeste me suscitaba y Amílcar Guerra, con la bondad que le caracteriza, nunca regateó información sobre los contenidos más oscuros de los nombres prerromanos de pueblos y lugares. Con Carlos Fabião debatí muchas de las ideas e hipótesis aquí expuestas y si lo que pensamos sobre ciertos temas no siempre coincide, esto no es importante, ya que lo supera sobre todo su ayuda y consejo.

Mariana Diniz fue un apoyo fundamental en los numerosos momentos de desánimo, Manuel Calado se dispuso a dibujar algunas piezas y a corregir las planchas ya pasadas a tinta y Ana Catarina Sousa colaboró amigable y desinteresadamente en algunas de las digitalizaciones y montaje de figuras.

Helena Catarino me acompaña desde hace 25 años y en ellos su presencia fue casi siempre constante. Si lloramos juntas varias veces, más de lo que merecíamos, también compartimos buenos momentos que ahora quiero recordar. No podría olvidar que con ella inicié los trabajos en Castro Marim y su presencia en las campañas de Santarém.

La amistad que siempre han demostrado Helena Frade y José Carlos Caetano se manifestó una vez más en la eficiencia y prontitud con la que respondieron a mis numerosas peticiones de recogida y envío de la bibliografía del valle del Mondego. Quiero también mencionar que las excavaciones de Conímbriga sólo fueron

posibles por la acogida desinteresada e inmejorable con la que recibieron en su casa al equipo de Lisboa. A Zé Carlos debo también una preciosa colaboración en las excavaciones de la ciudad romana del Mondego, a las que impregnó el rigor y la brillante capacidad de análisis a las que nos habituó.

Para João Luís Cardoso va mi agradecimiento por la prontitud en que se dispuso a efectuar el estudio preliminar de la fauna de Lisboa y también por el hecho de haberme autorizado a divulgar los datos de ese estudio.

Pedro y Jorge de Barros son los autores de algunas excelentes fotografías que ilustran este texto.

José Peres es el responsable de pasar a tinta todos los dibujos a mano de este trabajo, así como de la cartografía. Le estoy agradecida por el rigor con que los ejecutó.

A Virgílio Hipólito Correia, José d'Encarnação y José Carlos Caetano agradezco la confianza que depositaron al poner a mi disposición textos inéditos.

Recuerdo, con reconocimiento y afecto, las decenas de antiguos alumnos, muchos de ellos hoy colegas, que colaboraron conmigo en los trabajos de campo de Castro Marim, Santarém y Conímbriga. Con especial cariño debo destacar, por su empeño y asiduidad, a Mariana Diniz, Mário Cárdozo, Luís Gonçalves, María José Sequeira, Rui Almeida y Vera Freitas. La amistad forjada a ritmo de palas, picoletas y carretillas, se cimentó en los muchos momentos de convivencia en las largas noches de verano.

A nivel de los apoyos financieros, estoy en deuda con la Fundação Gulbenkian por la beca que me concedió en el bienio 1994/1996, que me permitió adquirir bibliografía indispensable. El IPPAR fue concediendo las subvenciones posibles (?) y el Servicio Nacional de Parques subvencionó gran parte de las dos últimas campañas en Castro Marim y muchas veces facilitó las instalaciones. De la Câmara Municipal de Santarém, tanto en el «consulado» del Presidente Ladislau Botas, como en el de José Miguel Noras, recibí siempre el apoyo indispensable para la realización de los trabajos de campo, y me gustaría recordar la simpatía y eficiencia de algunos funcionarios de aquella administración, concretamente a Nuno Domingues, el Sr. Pinheiro y todo el equipo de CAS.

También a nivel institucional, agradezco el apoyo que recibí del Museo Municipal Dr. Santos Rocha, en Figueira da Foz, que en la persona de su antigua directora, Dra. Ana Margarida Ferreira, prestó todo el auxilio solicitado y aclaró todas las dudas sobre los materiales de Santa Olaia.

Dos «ONGs» fueron esenciales a varios niveles. El Sr. Chico y su esposa, entonces responsables del restaurante de las Portas do Sol, hicieron muchas veces soportable el calor del verano escalabitano. Les agradezco las innumerables atenciones y la simpatía que siempre manifestaron. Mihi, la competentísima funcionaria del Instituto de Arqueología da Universidade de Coimbra, pacientemente ayudó a resolver las múltiples dificultades de comunicación entre Lisboa y Coimbra.

Mercedes Párraga ha traducido del portugués al castellano este texto. Le debo la dedicación, la competencia y el cariño con que lo ha tratado.

Unas palabras muy especiales para mis jóvenes amigos del grupo «Bairro de Santos/Gemini». Desde 1993, María, João Pina, Joana, Gonçalo, Né, Diogo, Joana y Marta Rosa, Mónica, Pedro, João Rui y Tiago me dan un apoyo y un afecto inesperados e insuperables. Sin su compañía, no habría sabido soportar la «saudade» del hijo que vi partir tan temprano («saudade» que sé que también a ellos les dolió, por el amigo perdido), ni hubiera podido reiniciar la investigación y la redacción. Con ellos aprendí que la amistad es incuestionable y no tiene precio. Con ellos comprendí que la generosidad no tiene edad. Por su causa, por ellos y también para ellos, escribí este libro.

A Victor le debo mucho más que su directa participación en este proceso. Siendo, desde hace muchos años, el compañero de todas las horas, también ahora ha estado siempre disponible, acompañándome de cerca en todas las fases de este proyecto y colaborando en múltiples tareas. Le debo muchas de las excelentes fotografías que ilustran este libro y quien lea este texto puede creer que todas las imprecisiones y errores que todavía permanecen no se pueden comparar con los de la primera versión. Sus ojos atentos me permitieron también poder corregir muchos desaciertos a nivel metodológico y su función de crítico riguroso se extendió mucho más allá de los aspectos estrictamente formales. Su energía contagiosa fue, sin ninguna duda, un estímulo fundamental, sin que nunca permitiera que me entregara al desánimo y al desaliento que tantas veces me tentaron.

A mis hijos, João y Constança, les doy las gracias por el amor que me dedican y por la impaciencia con la que han esperado por un tiempo más disponible. El contacto permanente con su entusiasta y afectuosa alegría de vivir hace que me acuerde, a cada segundo, de cuáles son las cosas en la vida que importan de verdad.

1. INTRODUCCIÓN

Las introducciones de los trabajos científicos, casi siempre las últimas páginas que se escriben, sirven de preámbulo para justificar y explicar las razones que han llevado a escoger el tema y su problemática. La tradición ha hecho también necesario que este tipo de textos se inicie con la presentación de las metodologías seguidas y de las razones por las que se han abandonado otras posibles.

El trabajo que aquí se presenta sigue la regla, y esta introducción sirve, sobre todo, para clarificar contenidos y justificar lo pertinente del objeto escogido, intentando aclarar, desde luego, las opciones de mi planteamiento y de las herramientas metodológicas que he utilizado en esta aproximación.

En primer lugar, me gustaría dejar claro que este trabajo se origina, como los anteriores, a partir de mi trayectoria personal. El tema que aquí se trata fue una elección propia, que surge en un momento determinado, cuando decidí buscar las respuestas que no encontraba en estudios anteriores.

Las interpretaciones que leía sobre la presencia fenicia en Portugal, sobretudo en lo que se refería a los cambios que esa presencia había originado en la sociedad indígena, no respondían a las cuestiones que tantas veces me planteaba.

Por ello inicié un proyecto de investigación que pretendía comprender cómo habían ocurrido los contactos entre las poblaciones que, durante la primera mitad del I milenio a.C., habitaban en el actual territorio portugués y los colonizadores-comerciantes fenicios occidentales. Para que tal análisis fuera posible, efectué excavaciones, más o menos extensas, en algunos yacimientos arqueológicos portugueses que, a mi entender, podrían aportar nuevos datos sobre el tema.

En Santarém, sola y en colaboración con Catarina Viegas, excavé desde 1983 cerca de 1.072 m². En Castro Marim, pude realizar trabajos arqueológicos de cierta dimensión (250 m²) y en Conímbriga realicé pequeños sondeos localizados en áreas muy concretas.

Paralelamente intentaba comprender, a través de los textos publicados, las realidades arqueológicas detectadas en otros yacimientos cultural y cronológicamente afines y que se encontraban en áreas tan distantes entre sí como el bajo Mondego, el valle del Sado y el Algarve, pasando por la península de Lisboa y el valle del Tajo.

Reuní, de esta forma, un importante conjunto de datos que, por su amplitud, proporcionaban una lectura extensa y amplia sobre una parte considerable de la realidad de la Edad del Hierro en el territorio actualmente portugués. Entendí que, basándome en ellos, podía construir mi propuesta de interpretación de un fragmento del pasado protohistórico de ese espacio, sin perder nunca de vista que los hechos en que pretendí transformar los datos que poseía no eran independientes de mí misma, de mi formación o de mi tiempo.

Creí intelectualmente en una Universidad donde la Escuela de los *Annales* pronto se tomó como referencia y por ello, toda mi generación bebió práctica y teoría en una *Nueva Historia* que, no olvidando a los padres fundadores, abría todo un mar de nuevos horizontes y una multiplicidad de planteamientos. Medir, contar, describir, seriar, constituían, por otro lado, los únicos procesos serios de aproximarnos al pasado. Ciertamente positivismo que se trasluce en todos mis trabajos anteriores, y todavía en éste que termino de escribir, proviene también de un legado que Bloch y Febvre comenzaron a construir.

El texto que sigue tiene pues un fuerte contenido artefactual, porque fue a través de los datos que recogí, concretamente en las páginas de los artículos que leí y releí, en las cerámicas que analicé, en la cartografía que ojeé, donde encontré un posible sentido a los cambios y las trayectorias que presentía habían ocurrido en una parte del territorio que hoy es Portugal durante los primeros siglos del I milenio a.C.

El contenido epistemológico de la *Nueva Arqueología* fue, debido a esto, rechazado en su mayor parte, ya que el espacio y el tiempo constituyen las coordenadas históricas en las que se mueve, por posición topográfica, casi toda mi generación. De hecho, la Faculdade de Letras de Lisboa, donde crecí y me formé, estuvo desde siempre imbuida de una profunda francofonía, en la que el tiempo histórico es mucho más que una etapa artefactual, aunque, como se verá, esto no significó el abandono de las metodologías procesuales. Medir, contar, tipificar, seriar, han sido métodos utilizados en el análisis.

Sin embargo, es imprescindible reconocer que hace mucho que perdí la ingenuidad original y, al igual que la nueva generación de los *Annales*, perci-

bí que la cuantificación y la seriación no permiten alcanzar la Historia Total, constituyendo, en la actualidad, un lugar común pensar que los datos, por más seriados y tipificados que estén, hablan por sí solos.

Parece evidente que hoy muy pocos creen que existan hechos objetivos o verdades universales, y que algún día podamos conocer, con rigor y exactitud, la realidad del pasado protohistórico, o de cualquier otro. En este aspecto concreto, reconozco que la Arqueología postprocesual, nacida a finales de la década de los 70 en Inglaterra, al considerar como principio que el pasado no puede conocerse objetivamente e independientemente del presente, supuso una importante contribución a la Arqueología de este fin de siglo. La fe que los arqueólogos de la «Nueva Arqueología» depositaron en el tratamiento «científico» de los datos quedó profundamente avalada, lo que hizo posible dudar de la solidez de las pruebas en las que se basaba la arqueología cuantitativa. También la visión antropológica de las corrientes procesualistas fue severamente criticada, sobre todo porque, según los postmodernos de Cambridge, su atemporalidad había retirado la dimensión histórica al pasado.

El hecho de ser consciente de la existencia de una multiplicidad de pasados posibles y de saber que la lectura que realicé de los datos empíricos que recogí es reflejo sobre todo de mí misma, de mi formación y de mi tiempo, me impidió llegar a una conclusión absolutamente objetiva e inequívoca. Estas constataciones no han impedido, a pesar de todo, que presente propuestas sobre una multiplicidad de aspectos de la Protohistoria del Centro y Sur del actual territorio portugués, intentando siempre no perder de vista que los datos arqueológicos de que disponía se encuadraban en un espacio y en un tiempo concretos, eso sí, bien definidos. En definitiva, he intentado producir un texto de contornos históricos, ya que, repito, nunca me dejé seducir por la vertiente antropológica de la *Nueva Arqueología*, de la cual la Historia parece estar ausente.

Sin embargo, parece imprescindible mencionar que no me identifiqué completamente con muchos de los paradigmas del postprocesualismo, en los que, en última instancia, el pasado, por estar tan irremediabilmente contaminado por el presente, se tornaría de tal forma distante e inalcanzable que cuestionaría la viabilidad de realizar cualquier tipo de Historia.

Además debo añadir que, al contrario de lo que pueda parecer a quien lea este texto, no antepongo un pasado en una evolución que, además de mundial, deba ser unívoca, y donde las etapas evolutivas se sucedan, siempre y en todas partes, de la misma forma y con los mismos ritmos, sin discontinuidades, sin

rupturas, sin retornos. Reconozco el hecho de que la división sistémica que «los modos de producción» marxista impusieron también al pasado más remoto encorsetan, de algún modo, la realidad en un conjunto rígido de reglas en las que la estructura económica ostenta un peso en la realidad social, a mi entender, excesivamente exagerado. No será necesario volver a los *Annales* y a recordar a Braudel para excluir del economicismo del materialismo histórico el papel determinante que se le atribuyó. Sin embargo, considero que en muchos aspectos la metodología y los conceptos de ese materialismo histórico mantienen una actualidad que continúa siendo utilizable, lo que explica muchas de mis interpretaciones y, también, la utilización de esas metodologías y conceptos.

Tengo perfecta conciencia de que la metodología cuantitativa y el planteamiento artefactual que elegí para tratar materiales, yacimientos y territorios se reviste, en el postmodernismo actualmente dominante, de cierto coraje, quedando este texto lejos de poder ser considerado «políticamente correcto» a la luz de la «moral» vigente. Pero al haber pretendido contar la «historia», aún sabiendo que ésta apenas es «mi» historia, me vi obligada a considerar un número de datos que quise relacionar entre sí. Fue con ellos, y con sus posibles correlaciones, con los que definí procesos y construí mi propuesta de un fragmento del pasado protohistórico del centro y sur del territorio actualmente portugués.

Mi trabajo incide sobre un área geográfica por un lado extensa y por otro discontinua. Esta opción fue finalmente el resultado de otra que inicialmente asumí, cuando pretendí tratar las realidades que se relacionaban con el llamado mundo orientalizable. Los valles del Mondego, del Tajo y del Sado constituían importantes zonas de concentración de yacimientos conectados con el comercio y la presencia fenicios y que era, por tanto, imprescindible tratar (fig. 1). En el Algarve, varios yacimientos, poblados y necrópolis, mostraban indicios de contactos con el mundo mediterráneo.

Aunque extensa y dispersa, el área geográfica tratada se engloba, en su totalidad, en lo que Orlando Ribeiro denominó el Portugal mediterráneo. El Algarve y los estuarios del Sado, del Tajo y del Mondego son cuatro de las trece unidades de paisaje que, según el geógrafo de Lisboa, conforman el Sur. El clima y el manto vegetal permiten, de hecho, admitir la tonalidad mediterránea de toda la realidad que he tratado, incluyendo el limitado espacio de Beira Litoral, ya que «O cabo Mondego, na extremidade da Serra da Boa Viagem, assegura ao Baixo Mondego um clima abrigado, de tonalidade já meridional» (Daveau, 1995).

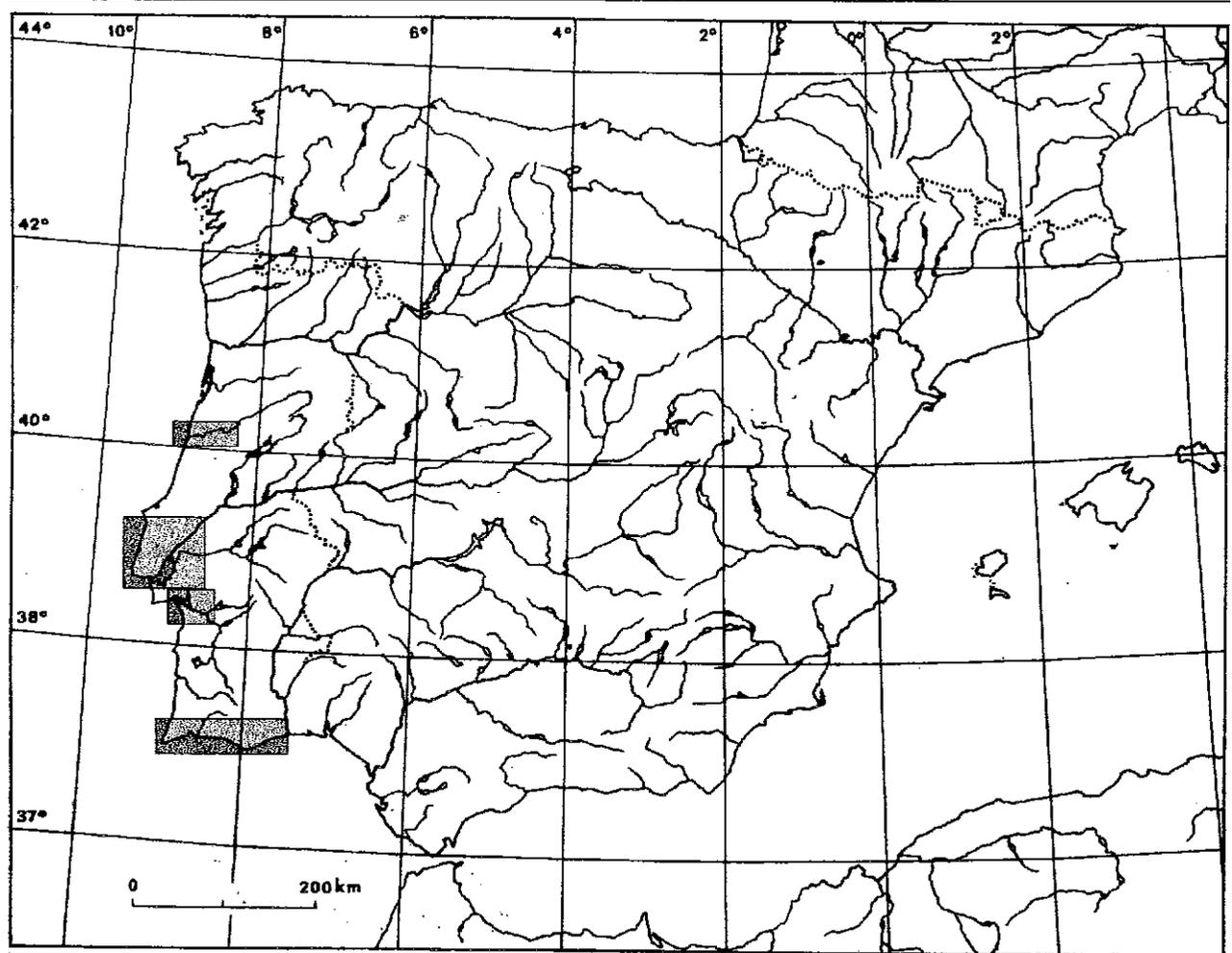


Figura 1 - Las áreas estudiadas en la Península Ibérica. Base cartográfica de Victor S. Gonçalves (1989).

Naturalmente, no pretendo negar la profunda diversidad de paisajes que existe entre estas regiones, ni tampoco que, en términos estrictamente geográficos (geología, formas de relieve, manto vegetal), algunas de las áreas tratadas presentan una considerable heterogeneidad, diferenciándose más de lo que se aproximan. Me gustaría, sin embargo, dejar claro que el criterio de la elección del área estudiada fue dictado por la definición previa de la problemática que pretendía estudiar, y no a la inversa. No pienso, por tanto, haber estado condicionada por límites que podrían encorsetar realidades culturales, sino que fueron tal vez esas propias realidades las que definieron el área de análisis. Como es obvio, a pesar de todo, no ignoro que el determinismo de los criterios de elección es evidente y que la definición de espacios restringidos de observación termina, en última instancia, por limitar una realidad cultural mucho más amplia.

Este trabajo incide sobre un período de tiempo limitado, concretamente los siglos VIII a VI a.C., en cronología tradicional o histórica. La definición de estas etapas cronológicas fue también el resultado de la fijación previa del tema que elegí como objeto de análisis. La presencia fenicia en el territorio actualmente portugués puede situarse, en términos estrictamente objetivos, en este intervalo de tiempo de dos siglos, lo cual no significa que, muchas veces, sobre todo cuando se trataba de analizar procesos y averiguar significados, no me haya permitido recular y avanzar en el tiempo previamente delimitado.

Es necesario mencionar también, que soy plenamente consciente de que al pretender estudiar la forma cómo se realizó el contacto entre las poblaciones de origen oriental que frecuentaron nuestras costas y los habitantes nativos del territorio, tal vez hubiese tenido cierto sentido retroceder en el límite cronoló-

gico que había establecido. En realidad, debo confesar que esa fue mi primera intención, hace largos años, cuando este proyecto comenzó a tomar cuerpo. Sin embargo, la escasez de información sobre el Bronce Final hizo que desechara cualquier tentativa de análisis y de interpretación. La información disponible sobre el Bronce Final del Sur de Portugal se resume, casi exclusivamente, tan sólo a las plantas de las fortificaciones de Coroa do Frade y de Outeiro do Circo y a las dos estructuras de habitación identificadas en el coto minero de Neves Corvo. El número y la naturaleza de los datos existentes, contrastados con los conocidos de las Beiras o del Noroeste, desaconsejaban cualquier planteamiento mínimamente serio. Por ello, abandoné esta pretensión inicial.

Por el contrario, en lo relativo a lo que convencionalmente se designa como II Edad del Hierro, los elementos de que disponía eran no sólo abundantes, sino que, en la mayoría de los casos, estaban contextualizados, muchos de ellos procedentes de los trabajos de campo que yo misma dirigí. Así, al considerar la diacronía de las ocupaciones orientalizantes, y al creer que la presencia y el comercio fenicios habían contribuido a alterar los sistemas sociales autóctonos, frecuentemente abordé, de forma exhaustiva, contextos funerarios y restos arqueológicos que se incluyen ya en la segunda mitad del I milenio a.C.

Una de las cuestiones más difíciles con las que me encontré durante la investigación, y sobre la que me gustaría llamar la atención, se desprende directamente del hecho de haber trabajado sobre una época en la que los datos de cronología histórica fueron, hasta hace unos pocos años, los únicos con los que se contaba. El hecho de que en la Península Ibérica la colonización fenicia haya atraído la atención de investigadores sobretodo relacionados originalmente con la investigación en el área de la Prehistoria, llevó a la utilización de metodologías que acabarían dando como resultado la obtención de varias secuencias de fechas de radiocarbono para los yacimientos directamente relacionados con esta colonización.

Con extrañeza, percibí que las dataciones obtenidas por los análisis radiométricos no coincidían con las que se atribuían tradicionalmente, por ejemplo a través de la cerámica griega. Así, las cronologías históricas o tradicionales se presentan casi siempre más tardías que las del radiocarbono, hecho que, desde mi perspectiva, no ha sido debidamente valorado o cuestionado. Los análisis efectuados para la fase B1 y B2 del Morro de Mezquitilla ofrecieron intervalos de tiempo situados entre los siglos X y IX a.C. y VIII y VI a.C., respectivamente. En este contexto, es importante recordar que las fechas históricas atribuidas a las mis-

mas fases son del siglo VIII y del siglo VI a.C. Exactamente la misma situación ocurre en relación a la cronología de Toscanos, cuya primera ocupación fue datada por radiocarbono entre finales del siglo X y la primera mitad del siglo VIII a.C., ocupación que las cronologías históricas habían situado a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Intentar resolver esta situación se hacía imposible, por lo que me limité a confirmar que en otras zonas del Mediterráneo se comenzaba a verificar la misma circunstancia. En Myrtos, por ejemplo, la cronología de ocupación del *Early Minoan Period* se había situado históricamente entre el 2600-2170 B.C., mientras que la datación de radiocarbono obtenida para el incendio que coincide con el final de esa ocupación indicó un intervalo de tiempo de 2960 a 2650 B.C.

La imposibilidad de cruzar, sin considerables riesgos, dataciones de radiocarbono con fechas históricas o tradicionales obtenidas mediante análisis estilísticos o formales de vasos cerámicos fue un acto con el que lidié a lo largo de todo el texto, lo que hizo también imposible mencionar ciertas cronologías. Por ello, y a pesar de ser consciente del aspecto «pesado» que muchas veces imprimí a muchas de las páginas que siguen, siempre que daté estratos, ocupaciones, niveles y materiales indiqué, sistemáticamente, si me refería a cronologías históricas o tradicionales o si, por el contrario, hablaba de dataciones radiométricas.

El poblamiento de la Edad del Hierro de las diversas áreas geográficas estudiadas en este trabajo fue abordado, metodológicamente, de forma diversa ya que la documentación disponible para cada región también era diversa. En el estuario del Mondego pude constatar la existencia de una verdadera red de poblamiento organizada en un *site-cluster* perfectamente definido. En el estudio de la Edad del Hierro orientalizante de este pude considerar, más detalladamente que en los otros casos, las relaciones entre los diversos yacimientos, para lo cual el análisis espacial permitió una serie de lecturas más amplias que antes quedaron vedadas.

Los potenciales territorios de explotación de cada asentamiento, delimitados en base a la metodología que Davidson y Bailey introdujeron en 1984, se determinaron para todas las regiones estudiadas.

Efectué también, para la totalidad de los yacimientos tratados, cálculos demográficos, teniendo que cruzar las diversas propuestas posibles de ser adaptadas a la realidad que analizaba, principalmente las de Raoul Naroull, Samuel Casselberry, Salunas Miliusauskas, Colin Renfrew y Jorge de Alarcão.

Los territorios potenciales de explotación de cada poblado y su respectivo número de habitantes me permitieron analizar esos territorios en función de las necesidades alimenticias de la población calculada, partiendo en este análisis de las cifras que Yves Batticle, Paul Halstead y Jorge de Alarcão calcularon según el territorio necesario para la cría de ovicápridos. La producción y el consumo cerealístico también fueron considerados, registrando, casi siempre en este caso, los cálculos de Gonzalo Ruiz Zapatero y Victor Fernández Martínez, que preconizan que cada individuo necesita 200/210 hg de cereal por año. Estos mismos autores han constatado que el cultivo cerealístico está estimado en 400 kg. por ha.

Soy perfectamente consciente de que las metodologías seguidas en este estudio, así como el propio análisis espacial que ensayé, aún siendo tentadores, revisten numerosos riesgos. A pesar de las correcciones que Davidson y Bailey introdujeron en las delimitaciones de los territorios de recursos, el hecho es que los modelos de análisis espacial que los arqueólogos procesualistas tomaron de la Geografía humana pueden ser justamente cuestionados y no tienen, al final, el peso y el significado que se les pretende atribuir, siendo por un lado demasiado reductores y por otro excesivamente generalistas. La perspectiva economicista en la que se basaban estos modelos aún no se ha comprobado para las sociedades preindustriales, siendo evidente que los territorios potenciales de recursos pueden cambiar en función de múltiples factores. Tampoco es necesario que el comportamiento espacial de los grupos humanos sea absolutamente racional, de acuerdo con la perspectiva económica. Los principios de «lugar ideal» o de «menor coste», de Chisholm y Higgs y Vita-Finzi respectivamente, puede que no sean completamente válidos para las sociedades pre y protohistóricas, ya que las implantaciones humanas no dependen, necesaria y únicamente, de la disponibilidad y abundancia de los recursos de sus áreas de implantación, sino de un variado número de factores, especialmente sociales, tecnológicos y hasta simbólicos, como Victor S. Gonçalves ha mencionado sistemáticamente para el Neolítico y Calcolítico.

En lo que respecta a los análisis demográficos, es cierto también que la disparidad de cifras obtenidas de acuerdo con los diferentes métodos refleja sus insuficiencias y obliga a moderar el entusiasmo y la interpretación.

Sin embargo, continúo convencida de que muchas de las metodologías que introdujo la *Nueva Arqueología* en la *praxis* arqueológica pueden ser utilizadas, siempre que se mantenga una posición permanentemente crítica y se multipliquen los criterios de análisis.

En este texto no he querido olvidar que las comunidades humanas de la Edad del Hierro analizadas se movieron en un espacio que, aunque no es rígido e inmóvil, era concreto, y que el espacio escogido puede traducir comportamientos sociales, económicos y simbólicos. Por ello, me sentí impelida a tomar en consideración varias escalas de análisis, especialmente los recursos disponibles, tipos de implantación, áreas potenciales de explotación, áreas ocupadas, demografía.

Al estudiar la presencia fenicia en el actual territorio portugués consideré y asumí plenamente el hecho de haber tratado una situación de índole colonial. Me gustaría, sin embargo, aclarar que utilicé el concepto de «colonialismo» referido a la presencia de un grupo humano extraño a la región, con origen lejano, que mantiene relaciones económicas y sociales asimétricas y desiguales con las comunidades nativas de la región colonizada. Esta desigualdad y esta asimetría se verifican porque los sistemas sociales de origen de las respectivas comunidades y su desarrollo tecnológico son radicalmente diversos. Sin embargo, al igual que Peter van Dommelen, pretendí distanciarme de la visión del colonialismo según la cual las situaciones coloniales son una permanente confrontación entre dos entidades distintas.

En la actualidad está totalmente superada la perspectiva del *colonizador*, dominante del siglo XIX y buena parte del XX, en los estudios sobre los colonialismos antiguos (ya que ésta, de algún modo, justificaba los colonialismos modernos). La versión *indigenista*, nacida a partir de la década de los 60, debido a los movimientos sociales que entonces tuvieron lugar en Europa y Estados Unidos, paradójicamente dio más fuerza a aquella visión dualista. Lo cual, en la fase postcolonial que ahora vivimos, debe ser cuestionado sin ningún complejo.

Independientemente de creer que también en los colonialismos antiguos existe, de hecho, una verdadera subordinación del *colonizado* al *colonizador*, y que éstos procuran explotar económicamente los recursos de aquellos, no puedo ignorar que, desde mi perspectiva, existe una verdadera interacción entre las élites de ambos, lo que contribuye a que se pueda hablar de «hibridación». Me parece también evidente que en los contextos coloniales, los colonizadores «...recurrently need to redefine their social positions, thus contributing to an articulation of local indigenous situation in the wider colonial context» (van Dommelen, 1997: 308). Lo que considero que también aquí se ha comprobado.

2. El territorio: clima y manto vegetal

País mediterrâneo, atlântico, europeu, finisterra do Velho Mundo,
cais de partida para os mundos novos,
Portugal tem uma posição invulgar, rica de potencialidades,
que nunca determinou o seu destino
mas que o influenciou ao sabor das circunstâncias
e do grau de desenvolvimento técnico das sociedades.

Daveau, 1995

2.1. INTRODUCCIÓN

En un trabajo como éste, en el que no se incide sobre una región concreta, sino que trata sobre una determinada presencia humana en un territorio relativamente amplio y discontinuo, se hace difícil presentar la habitual definición previa de los ambientes físicos.

Aunque amplia y discontinua, como he mencionado, el área que abarca este trabajo se engloba en su totalidad en lo que Orlando Ribeiro denominó el «Portugal mediterrâneo» (1986: 39), concepto que no se aleja del «Portugal Meridional» de Lautensach (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 158-166). El propio Baixo Mondego, región objeto de estudio específico en este trabajo, es una de las 13 unidades de paisaje ya incluidas por Orlando Ribeiro en la región Sur, cuando diferenció en Portugal 23 unidades fisionómicas fundamentales, dividiéndolas en Norte Atlántico, Norte Transmontano y Sur (1945, en Daveau, 1995: 98) (fig. 2). Además, es justamente aquí donde se puede localizar la frontera que divide el «Sur» del «Norte Atlântico», porque es aquí donde el roble albar cede el lugar al roble portugués, y donde los arrozales sustituyen a los campos de maíz (Ribeiro, 1986: 152).

Lo que ahora se pretende explicar es justamente cómo esas características mediterrneas se manifiestan en las zonas tratadas en este trabajo, quedando más claro cómo, a nivel climático (así como en la cobertura vegetal), las unidades geográficas incluidas repiten, muchas veces, «...aspectos próprios dos países ribeirinhos do mar interior...» (*ibid.*, 1986: 39).

La vegetación, por ejemplo, ilustra bien cómo el clima mediterráneo se deja sentir en casi todo el territorio estudiado. Las especies mediterrneas son, sobre todo, abundantes en el Sur, siendo claro que las de la Europa oceánica raramente sobrepasan el Baixo Mondego. Los alcornoques, las encinas, los robles, el pino manso, el brezo blanco, el madroño o las

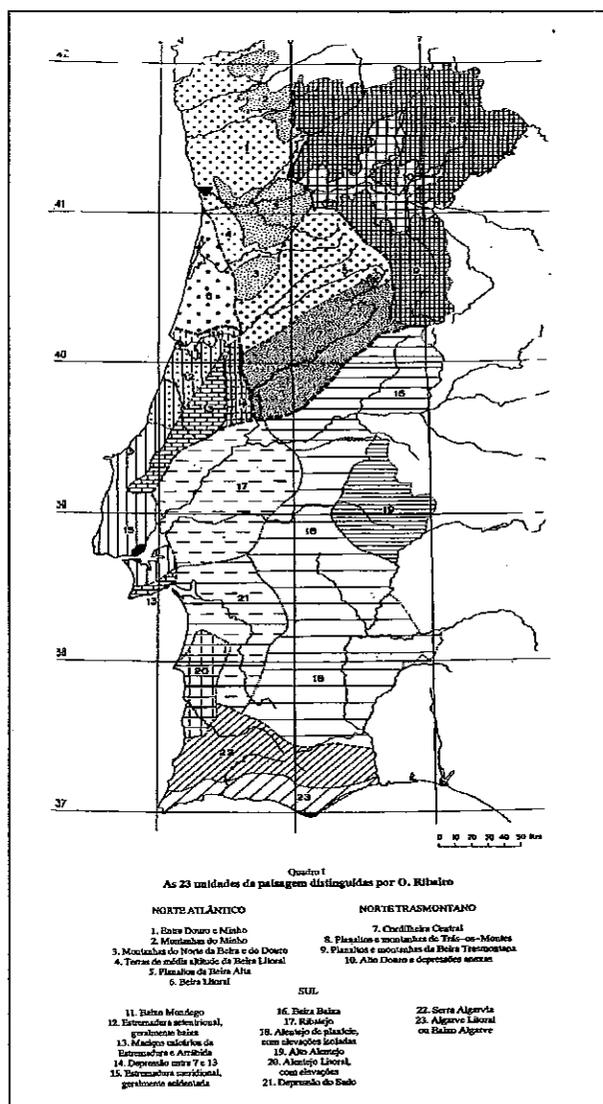


Figura 2. Unidades de paisagem en el Portugal continental (según Ribeiro, 1986).

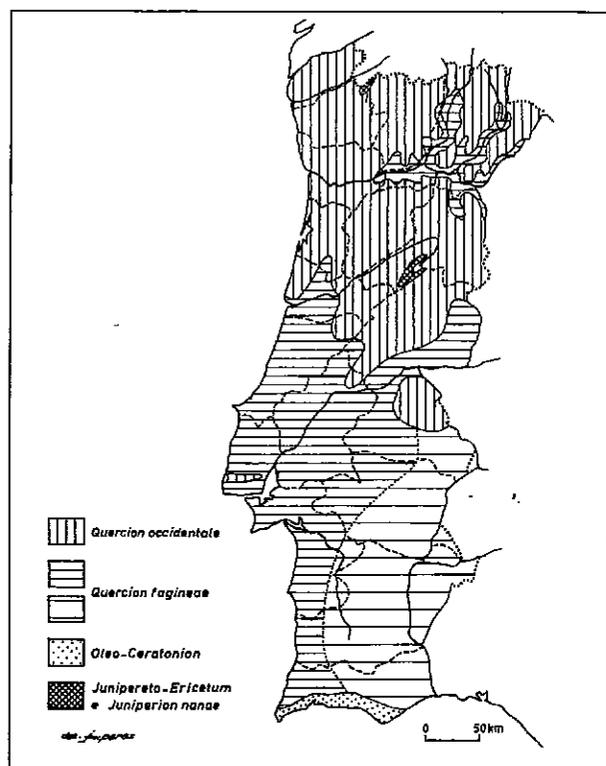


Figura 3. Distribución de *Quercus* en el Portugal continental (según Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987).

adelfas dominan en los paisajes donde se manifiestan la presencia fenicia y la orientalizante, siendo necesario recordar que «...as plantas perfumadas (alecrim, rosmarinho, alfazema, tomilhos), na primavera, derramam o cheiro inconfundível das charnecas mediterrâneas...» (*ibid.*: 47) (fig. 3).

La clásica trilogía mediterránea - pan, vino, aceite - es también la base que domina en las culturas de las áreas estudiadas.

Si actualmente el olivo se ha generalizado por todo el país, lo cierto es que en el pasado únicamente se cultivaba en la ancha franja del Sur, con una clara incidencia en Extremadura, Ribatejo y Alentejo, habiendo alcanzado las orillas del Mondego en época pasada.

Aunque hoy el cultivo de la viña ya no se traduce en altitudes, latitudes, climas y suelos, lo cierto es que en la Antigüedad fue sobre todo característico de la expansión mediterránea y, ciertamente, ocupaba un papel relevante en Alentejo, Extremadura y Ribatejo, existiendo fuentes medievales que indican que en los alrededores de Coimbra, en el inicio del siglo XII, este cultivo era muy significativo (*ibid.*: 71).

El trigo, el cereal de invierno por excelencia (sembrado con las primeras lluvias de otoño y sega-

do con los primeros calores del verano), constituye también el cultivo de secano dominante en el Sur de Orlando Ribeiro, correspondiendo su cultivo a la forma más obvia de vencer los veranos cálidos de los paisajes mediterráneos.

Así, la caracterización específica que sigue a continuación traduce, sobre todo, la diversidad que inevitablemente surge en regiones distintas y discontinuas, aunque unidas por una infinidad de rasgos comunes que obligan a considerar en bloque todas las áreas objeto de estudio.

2.2. EL ALGARVE

El Algarve constituye un mundo aparte en el conjunto del territorio nacional, típicamente mediterráneo durante el invierno, casi templado (enero, 11,5°), durante el largo verano (cuatro meses por encima de 20°, 24° el mes más caluroso), por la luminosidad de la atmósfera, por la escasez y distribución de las lluvias -de 400 a 500 mm en 66 días, con el máximo en noviembre y cinco o seis meses secos (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 385).

Por su constitución geológica, se distinguen el Litoral, el Barrocal y la Sierra, aunque la última está prácticamente ausente en este trabajo.

El litoral, de peñascos en la parte occidental y de arrecifes arenosos al este, está formado por estratos mesozoicos y terciarios cortados por una superficie de erosión que, en la mitad oriental, desaparece bajo las formaciones litorales de playa (Lautensach, 1987: 159).

El Barrocal, calcáreo, corresponde a una depresión periférica excavada, aunque no completamente, en las areniscas del triásico (Feio, 1949).

El Algarve está marcado por un clima original, al mismo tiempo marítimo y abrigado de las influencias septentrionales y que se traduce en una vegetación típicamente mediterránea, con la presencia de palmera enana, de algarrobo y de pino manso (Lautensach, 1987: 159, *idem*, 1988: 552). También el almendro, la higuera y el olivo, a los que en la actualidad cabe añadir las pitas y las higueras de la India, oriundas de América central, ofreciendo una inconfundible fisonomía meridional.

2.3. EL ESTUARIO DEL SADO

El estuario del Sado es vasto y complejo y posee cerca de 70 km de extensión, con una parte de delta hasta Porto de Rei. Su homogeneidad en relación a la del Tajo es sólo aparente, ya que se trata de un ver-

dadero estuario de márgenes bajas, encharcadas y pantanosas, cerrado por un cabo de arena que se prolonga por una línea de bajamar que emerge en parte cuando baja la marea.

Los suelos que rodean al estuario del Sado están formados mayoritariamente por areniscas depositadas durante el terciario, constituyendo una excepción los calcáreos de Setúbal y de Alcácer.

Fundamentalmente en este análisis se ha de subrayar que el Baixo Sado está íntimamente relacionado con la Serra da Arrábida, que lo limita al norte. Recordar las palabras que su más ilustre estudioso escribió al respecto, parece, una vez más, imprescindible: «O mais precioso resto de una mata mediterránea primitiva existe na encosta da Serra da Arrábida, no recôncavo de uma baía de águas serenas como num mar interior, em exposição meridional tão perfeita que o relevo intercepta as influências do oeste e do norte, com seus ventos chuvosos ou refrescantes. A temperatura de Inverno é notavelmente elevada, constituindo-se assim um clima mediterrâneo quente que só no Algarve tem paralelo, como a existência da palmeira das vassouras claramente deixa antever. [...] Nada em Portugal se pode comparar a este bosque de sombras perfumadas.» (Ribeiro, 1986: 50) o «Com os enrugamentos calcáricos cavalgantes sobranceiros ao litoral, despenhando-se por escarpas brutais num mar de rara serenidade, franjada de baías luminosas fechadas por promontórios intransponíveis, ela [a Arrábida] é o único troço verdadeiramente mediterrâneo da costa portuguesa, tanto pela arquitectura do terreno, dobrado e cortado de grandes deslocações, como pelas águas tépidas, tranquilas e abrigadas, que mais parecem um mar interior» (*ibid.*: 125).

El arroz, que hoy se cultiva en el estuario del Sado, aunque se introdujo tardíamente en Portugal, refleja también el clima meridional de la región, ya que exige, durante su crecimiento, una temperatura elevada. A pesar de que se trata de una cultura de regadío, es esencialmente de tipo mediterráneo.

El manto vegetal que en la actualidad cubre las zonas marginales del estuario remite también a la existencia de un clima matriz eminentemente mediterráneo, donde dominan el alcornoque, el llamado roble portugués, el brezo y el romero.

2.4. EL ESTUARIO DEL TAJO

La cuenca terciaria del Tajo es una de las tres unidades morfo-estructurales existentes en Portugal y constituye en general una zona de gran monotonía morfológica.

Esencialmente se trata de un área en subsidencia, que se encuentra colmatada por materiales detríticos de granulometría variable, del que son ejemplo los depósitos de terrazas fluviales.

La desembocadura del Tajo ofrece un excelente abrigo natural, un tranquilo mar interior, ya que la ancha zona calcárea aluvial acaba en delta en la ensenada interior de Lisboa (Daveau, 1987: 66). «Foram condições estruturais que principalmente determinaram a formação do chamado «estuário» do Tejo: na verdade trata-se de um golfo marinho de ingressão, que veio ocupar o centro de um sinclinal, desenvolvido entre o anticlinal de Sintra, com o núcleo hoje exposto de rochas eruptivas, e a série de dobras da Arrábida, tombadas para Sul. A estrutura monoclinal da região de Lisboa inclina-se suavemente para o Centro da depressão e a série sedimentar, anterior ao Pliocénico, mergulha sobre as areias deste período para aparecer apenas nos dobramentos da Arrábida.» (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 80).

La existencia del olivo en Ribatejo fue constatada por Estrabón (III, 3, 1) y su cultivo a partir de 650 a.C. quedó demostrado por los análisis palinológicos efectuados en el área de Alpiarça (Leeuwaarden y Jansen, 1985). También la vid, referenciada igualmente en el mismo pasaje de Estrabón, es una constante en la región, existiendo indicios de su domesticación en el mismo momento (*ibid.*). Es casi imposible no relacionar estos datos con la presencia de poblaciones orientalizadas en el extremo interior del estuario, del que Santarém es el mejor de los ejemplos. Queda por añadir, una vez más, que se trata de especies que, al contrario de lo que hoy sucede, estaban confinadas en la Antigüedad en ambientes climáticos mediterráneos.

El mismo diagrama polínico de Alpiarça reveló también que, a partir de 3000 a.C., la disminución intencional de árboles acabó por sustituir una flora abierta de robles por un monte bajo donde abunda una vegetación arbustiva, constituida fundamentalmente por brezo. En este contexto se ha de destacar que, tanto los robles, en este caso el cerquinho, como el brezo, son especies que se desarrollan en climas cálidos y secos de tipo mediterráneo.

2.5. EL ESTUARIO DEL MONDEGO

Anteriormente mencioné que el estuario del Mondego se consideró una unidad concreta en el cuadro de la división que Orlando Ribeiro efectuó en 1945. Aquí, su unidad 11 (Desembocadura del Mondego) se integró en la región sur, ciertamente debido al hecho de que «O cabo Mondego, na extremidade da Serra da

Boa Viagem, assegura [r] ao Baixo Mondego um clima abrigado de tonalidade já meridional» (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 96). Fue exactamente en esta zona donde el geógrafo de Lisboa hizo pasar la frontera entre el Norte Atlántico y el Sur y es aquí donde el roble alvarinho cede su puesto al roble portugués (Ribeiro, 1986: 152).

Los arrozales del Mondego indican muy bien el clima de matriz mediterránea de esta región, ya que el cultivo de este cereal implica, durante el crecimiento, una temperatura elevada.

Actualmente, el área inmediatamente próxima al estuario del Mondego presenta una diversidad de especies vegetales muy limitada, existiendo además del arroz, el pino bravo, el pino manso, la encina, el olivo y la viña. Todas estas especies traducen el ritmo climático meridional que todavía se puede sentir en esta zona y la aparición del roble cerquinho, a pesar

de que ya es más raro, es otro elemento a sumar al conjunto.

El ambiente mediterráneo del bajo valle del Mondego también es posible verlo en las palabras de Orlando Ribeiro, que menciona: «Tal como no Ribatejo, regam-se os laranjais, criam-se cavalos nas pastagens que a cheia cobre e as encostas aparecem ponteadas geométricamente de olival. Na própria luta contra o rio, no trabalho de velas e diques, no flagelo e no benefício da inundaçã, tão característica de um regime fluvial mediterrâneo, entumescido ainda pelas chuvas da Primavera, as analogias com a vale do Tejo são evidentes» (Ribeiro: 152).

La región se localiza en un contexto de baja altitud, con un relieve inferior a 400 metros, predominando los suelos calcáreos, a veces asociados a margas. Las arenitas son más raras.

3. La Navegación en el Atlántico: las condiciones físicas y las evidencias arqueológicas

3.1. INTRODUCCIÓN

Hoy no queda ninguna duda sobre el carácter marítimo de gran parte del comercio oriental en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro. La localización geográfica de los yacimientos arqueológicos peninsulares afectados por ese comercio, además de las referencias en los textos clásicos, no permiten guardar reservas respecto a la existencia de una navegación de origen mediterráneo en la fachada atlántica de la Península Ibérica. Una navegación suficientemente desarrollada en esa época.

Es por tanto imprescindible que en este trabajo se haga una referencia a las condiciones de navegación en la costa portuguesa. La navegabilidad del Mediterráneo ya ha sido objeto de varios estudios por parte de conocidos arqueólogos (principalmente Aubet, 1987: 146-172), pero hasta la fecha pocos han sido los investigadores que se han interesado por el Atlántico portugués desde esta perspectiva. Por todo ello procuraré exponer aquí las condiciones físicas que condicionan la navegación, presentando los datos mete-

reológicos y oceanográficos, principalmente los vientos, la agitación marítima, la nubosidad y las mareas a las que está sujeta la costa portuguesa.

Igualmente se ha llevado a cabo una recogida de los datos arqueológicos de la Edad del Hierro recuperados en el medio acuático y que indican claramente la actividad de la navegación. Desgraciadamente, la cantidad de restos con estas características es bastante reducida, lo que no ha permitido grandes consideraciones sobre el tipo de embarcaciones utilizadas en el comercio marítimo occidental.

El análisis físico y los escasos datos arqueológicos existentes han permitido, sin embargo, sugerir el tipo de navegación practicada y los meses del año en los que ésta habría sido más idónea.

3.2. LOS VIENTOS

El régimen de vientos de la costa portuguesa está determinado por la circulación atmosférica procedente del Atlántico (fig. 4). Sin embargo, las orientaciones do-

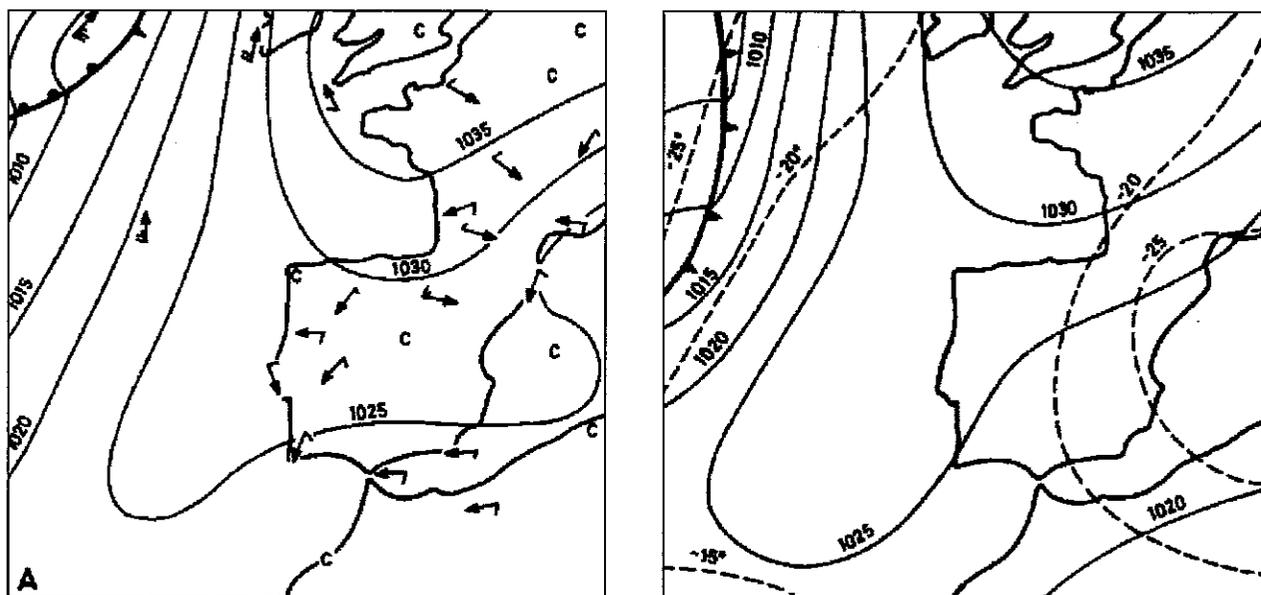


Figura 4. El régimen de presión y vientos en la Península Ibérica (según Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987).

minantes de la línea de costa determinan la dirección de las brisas del lugar, generadas por el desigual calentamiento y enfriamiento del mar y de la tierra. Éstas se superponen muchas veces al viento que, resultante de la superposición de la circulación atmosférica atlántica, sopla predominantemente desde los cuadrantes N y NW, a pesar de que, en el invierno y en los periodos de transición, puede soplar del NE.

No obstante, el régimen de vientos y de brisas presenta grandes diferencias, que son importantes mencionar, entre la costa occidental y la costa del Algarve.

3.2.1. Costa occidental

El viento característico de esta costa es el del NW, conocido como «nortada». Alcanza sus máximos hacia el final de la tarde y decae durante la madrugada, siendo más frecuente en verano.

La *nortada* es más marcada en la región sur de Porto, siendo especialmente intensa junto a los cabos Carvoeiro, da Roca, Espichel y S. Vicente.

En la costa occidental, la dirección del viento más frecuente es la del N y NW. No es extraño que alcance fuerza 6 o 7 y, en ocasiones, incluso fuerza 10 (cuando es del Norte), aunque su fuerza es generalmente 4 durante la tarde, bajando a fuerza 2 de madrugada.

El viento se mide en unidades de fuerza que varían entre 1 y 10. Estas unidades fueron establecidas de acuerdo con la velocidad horaria del viento. Así: fuerza 1 - 0-6 km/h; fuerza 2 - 7-12 km/h; fuerza 3 - 13-18 km/h; fuerza 4 - 19-26 km/h; fuerza 5 - 27-35 km/h; fuerza 6 - 36-44 km/h; fuerza 7 - 45-54 km/h; fuerza 8 - 55-65 km/h; fuerza 9 - 66-77 km/h; fuerza 10 - 78-90 km/h.

Es importante mencionar aquí que una pequeña embarcación (de calado inferior a 1.5 m) se sostiene bien con fuerza 2, pero comienza a inclinarse con fuerza 3, recostándose mucho con fuerza 5. Cuando la fuerza alcanza el grado 8 se ve obligada a buscar un abrigo, ya que resulta imposible continuar navegando.

En el invierno, con la aproximación de los sistemas frontales, el viento gira hacia el SW, virando todavía más hacia el sur con el paso del frente frío. Los vientos más fuertes son, generalmente, del SW y asociados a depresiones muy bajas, alcanzando una media de fuerza 8.

Los vientos más débiles que se sienten en la costa portuguesa son los de tierra, del NE, siendo generalmente de fuerza 2 a 4.

3.2.2. Costa sur

Tampoco en la costa sur el régimen de vientos es uniforme. Del cabo de Sagres hasta Lagos continúan dominando los vientos de la costa occidental, es decir, los del N y NW.

Sin embargo, aquí son generalmente débiles, con fuerza 1 o 2. Hacia el Este de Lagos, el viento sopla sobretodo del SW, alcanzando con frecuencia fuerza 4.

A veces surgen condiciones que facilitan la aparición del Levante, viento del cuadrante Este, generalmente de fuerza 3 o 4, llegando con frecuencia a fuerza 6.

3.3. NIEBLA, NEBLINA Y NUBOSIDAD

En el mar, junto a la costa occidental, la niebla es más frecuente en verano, durante la madrugada y la mañana. Se forma por la condensación del vapor de agua del aire del estrato más bajo de la atmósfera, en condiciones de estabilidad atmosférica, cuando el aire marítimo se desplaza lentamente del W al E por la acción del viento suave, y encuentra junto a la costa y en superficie el agua del mar con temperaturas bajas. Durante la tarde, con el calentamiento y la intensificación del viento, generalmente esta niebla se disipa.

En el invierno, en toda la costa, pero más especialmente junto a la desembocadura de los ríos, la niebla aparece de noche, pudiendo prolongarse sin embargo hasta la mañana. Su formación difiere de la que mencionamos para la costa occidental. Esta niebla se forma por la condensación del vapor de agua del aire relativamente caliente, cuando se encuentra con el aire más frío, pudiendo aparecer en circunstancias de viento con fuerza 4. Sin embargo, cuando es transportada por el viento hacia el mar, se disipa. Afecta fuertemente a los puertos.

La neblina tiene el mismo origen que la niebla, teniendo lugar en situaciones semejantes. Sin embargo, en este caso la visibilidad, siendo reducida, alcanza fácilmente 1 km.

La frecuencia con la que la niebla y la neblina aparecen junto a la costa disminuye gradualmente en la costa occidental, de N a S, y de W a E en la costa sur. Los máximos tienen lugar junto a la desembocadura de los grandes ríos.

La nubosidad aumenta desde el S hacia el N, siendo bastante elevada durante los meses de invierno (superior a 5/8). En los meses de verano es generalmente inferior a 2/8 (la nubosidad se mide en oc-

tavos, lo que significa que el cielo se divide en ocho partes, indicándose cuántas de esas ocho partes están nubladas).

3.4. AGITACIÓN MARÍTIMA

Las olas en la superficie del mar se forman por la acción del viento, pudiendo tener un origen lejano o local. En este último caso, la agitación marítima que se deja sentir en un determinado lugar es el resultado de la intensidad del viento en ese mismo lugar, presentando la superficie del mar un aspecto irregular. En esta situación, las olas tienen la dirección del viento y se llaman vagas.

Si el origen de las olas fuera lejano, éstas presentan crestas más redondeadas y una dirección bien definida. En este caso, la agitación marítima se denomina *ondulación*.

Es importante mencionar que es posible que se registre, en un mismo lugar, agitación marítima en varias direcciones. Esto es debido a los diversos orígenes que, como hemos visto, pueden estar en su formación.

3.4.1. La costa occidental

Debido a que la costa occidental está especialmente expuesta a la ondulación generada en el Atlántico norte, la agitación marítima sufre una fuerte influencia de componentes de origen lejano, alcanzando en general alturas superiores a las que se producen debido a la simple acción del viento local.

La altura de las olas presenta, al norte del cabo Raso, una media superior a 1 m durante cerca del 85% del año, y al sur del cabo Espichel, aproximadamente durante el 70% del año, siendo en las mismas regiones superior a 4 m durante cerca del 5% y 2% del año, respectivamente.

Durante el 80% del año la agitación marítima es del NW, resultante de la ondulación de este mismo cuadrante originada en el Atlántico norte en latitudes más elevadas y con olas asociadas a los vientos locales del N y NW. Estas condiciones tienen lugar tanto en invierno como en verano.

Sin embargo, en invierno y durante periodos más cortos, puede tener lugar una agitación marítima del SW, con olas de 3 a 4 m, que pueden a veces alcanzar los 7 m de altura.

También se registran, aunque muy raramente y normalmente de corta duración, periodos de temporal del oeste, periodos sólo con ondulación o periodos de gran calma, o sea, sin oleaje u ondulación.

3.4.2. La costa sur

La costa sur se encuentra resguardada de los componentes de la agitación marítima dominantes en la costa occidental, ofreciendo por ello unas condiciones mucho más suaves de agitación marítima. El valor máximo de la altura de las olas presenta una media de 4 m, siendo inferior a 1 m durante aproximadamente el 70% del año.

El movimiento marítimo se genera aquí debido a la brisa local. Frecuentemente el mar se encrespa por el SE durante la mañana, alcanzando las olas un poco más de 0.5 m de altura.

Esta agitación se va moviendo con el viento, convirtiéndose al final de la tarde en un mar de pequeño oleaje del SW, con cerca de 1 m de altura, decayendo después y hasta la madrugada hasta menos de 0.5 m.

Como ya se ha mencionado anteriormente, durante aproximadamente el 10% del año existen condiciones de Levante, lo que provoca olas con más de 1 m de altura, que, no obstante, raramente llegan a los 4 m.

3.5. LAS CORRIENTES MARÍTIMAS

A lo largo de la costa portuguesa la corriente principal se deja sentir de norte a sur, con una velocidad que varía entre los 0.2 y 0.5 nudos (fig. 5). En la desembocadura de los grandes ríos, se sienten las corrientes de la marea.

Disminuyendo su intensidad de norte a sur, tienen amplitudes máximas de 4 m. En principio, las corrientes marítimas de la costa portuguesa no afectan, de modo general, a la navegación.

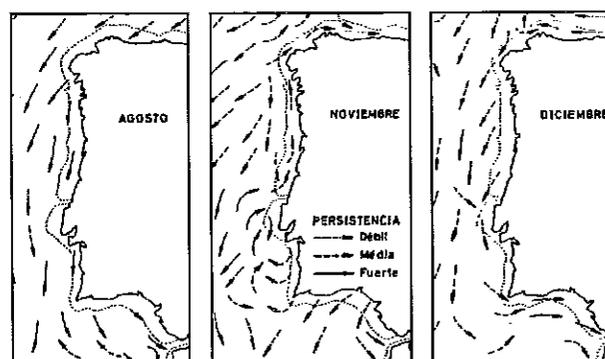


Figura 5. Corrientes marinas en la fachada occidental de la Península Ibérica (según Lautensach) en Naveiro Lopez, 1991.

3.6. TÉCNICAS Y SISTEMAS DE NAVEGACIÓN

3.6.1. Tipos de embarcaciones

3.6.1.1. El Mediterráneo

La documentación existente sobre los barcos que navegaron por el Mediterráneo durante el I milenio a.C. es, fundamentalmente, iconográfica. Los documentos arqueológicos escasean y, del mismo modo, los pocos naufragios excavados no ofrecen información relevante sobre la tipología de los navíos.

Respecto a las representaciones gráficas de los barcos mediterráneos, tenemos forzosamente que destacar el célebre relieve asirio del palacio de Nínive, que relata la fuga a Chipre del rey Luli de Tiro. Aquí podemos observar navíos panzudos, con velas y remos. Al contrario de las naves de guerra, que tenían la proa en pico, los navíos mercantes recuerdan un cuenco redondo.

La excavación de dos pecios en Turquía, uno en Ulu Burun y otro en el Cabo Gelidonya, datados respectivamente en los siglos XIV y XII a.C., no ofrecen ninguna información sobre el navío en sí (Bass, 1967; 1984). Tampoco el navío naufragado en el Cabo Giglio (Etruria), y fechado en el siglo VII a.C., hizo posible recoger información relevante para el estudio que aquí interesa (Bound y Vallintine, 1983).

Como ya se ha mencionado, la iconografía permite sin embargo saber que los fenicios navegaban a vela, utilizando los remos siempre que el viento no fuese suficientemente fuerte para impulsar el navío.

Los primeros navíos mercantes del Mediterráneo fueron las galeras impulsadas a remo. El aumento del ritmo comercial y el crecimiento del volumen de productos transportados hizo necesaria la existencia de navíos con mayor capacidad de carga y mejores cualidades náuticas, es decir los navíos a vela, aunque los remos (18 o 20) continuasen siendo utilizados en estas embarcaciones, ciertamente como auxiliares de navegación. Son los llamados *gauloi*.

Con la popa y la proa levantadas, tenían una vela cuadrada o redonda y su mástil era verdaderamente grueso. En la Odisea, Homero compara el bastón del Cíclope con el «...mástil de un navío mercante de boca grande, casco negro y veinte remeros que navega en el gran mar...» (Odisea, canto IX).

En los largos viajes con fines comerciales, los fenicios utilizaron navíos mercantes a vela que, en términos estructurales, no parecen sustancialmente diferentes de los *gauloi* cananeos del II milenio a.C. Desgraciadamente, su estudio es muy difícil por la escasez de datos arqueológicos así como iconográfi-

cos. La información sobre estos *gauloi* fenicios se reduce a las terracotas chipriotas que los representan y a alguna pintura sobre vasos cerámicos del Chipriota Arcaico I (Guerrero Ayuso, 1987). Los estudios de las dos terracotas de Amathus y de la iconografía náutica sobre cerámica mostraron que, en la construcción de su marina mercante, los fenicios se inspiraron directamente en los *gauloi* cananeos del segundo milenio a.C., introduciendo, sin embargo, algunas alteraciones en su estructura básica, concretamente el tajamar.

No es posible hablar de medios de navegación fenicios sin aludir necesariamente a los *hippoi*. Mencionados en las fuentes clásicas, principalmente en Estrabón (III. 3. 4), los *hippoi* (cuya designación parece derivar de una proa en forma de caballo) serían pequeñas embarcaciones de borda baja, constituyendo su sistema de propulsión el remo. Estos pequeños barcos, de bajo tonelaje, eran utilizados en la pesca y en la navegación costera.

Según Estrabón, los gaditanos utilizaban los *hippoi* para pescar en las costas de Marruecos, mencionando expresamente a Lixus. Estos *hippoi*, aunque con proas y popas decoradas con protomos de caballos, ya serían sin embargo navíos con mejores capacidades náuticas y, por tanto, capaces de navegar en alta mar. El navío tendría una borda más elevada y en su propulsión se utilizaría la vela a la vez que los remos.

3.6.1.2. El Atlántico

Ni las fuentes clásicas ni la investigación arqueológica ofrecen, hasta el momento, ningún dato sobre embarcaciones construidas en la Europa atlántica y que puedan haber navegado en el mar exterior.

Las canoas hechas de una sola pieza (monóxilas) o *piraguas*, construidas a partir de troncos enteros, parecen haber sido las primeras embarcaciones construidas en Europa occidental, a pesar de que no son exclusivas de esta región. De hecho, su utilización también fue conocida en el área del Mediterráneo. Eran embarcaciones ligeras, eficientes y con buenas capacidades náuticas.

En el norte de Europa, y en especial en el País de Gales y en Inglaterra, ya se han registrado 170 hallazgos de canoas monóxilas. Este tipo de embarcación se utilizó desde por lo menos finales del IV milenio a.C., ya que la cronología más antigua que poseemos para una piragua de fondo plano es la de 3000 a.C. (Macgrail, 1981).

En la Península Ibérica, la utilización de piraguas está documentada en las fuentes clásicas, con-

cretamente en Estrabón (III, 3, 7). En el actual territorio portugués, en Gerez do Lima, la arqueología recuperó los restos de una de estas embarcaciones, cuya datación de radiocarbono nos indica, sin embargo, una fecha centrada en el siglo X de nuestra Era (Alves, 1987). También el hallazgo de un fragmento de armazón de navío, encontrado en Alfeizerão, data del final del siglo X/XI d. C. (Alves *et al.*, 1993).

Los hallazgos mencionados son siempre de pequeñas embarcaciones, lo que nos lleva a concluir que eran utilizados como medio de transporte fluvial o costero, contrariamente a lo que todavía hoy sucede en algunas regiones, particularmente en el Índico, donde las canoas monóxilas, que llegan a alcanzar los 23 m., transportan varias toneladas de carga y navegan fácilmente en alta mar.

Los *skin boats*, o «barcos de piel», son otro tipo de embarcación utilizado por las poblaciones de la Europa atlántica. Su frágil estructura y su material perecedero no han permitido hasta hoy recuperar ningún ejemplar de este tipo de barco. Su existencia únicamente está atestigüada en las fuentes clásicas (Avieno, 100-107; Estrabón, III, 3, 7) y existen dos modelos en oro, el cuenco de Caergwrie y la embarcación de Brichter, que parecen representar este tipo de embarcaciones (Denford y Farrel, 1980).

Estos barcos tenían una estructura de madera relativamente simple, que era posteriormente «forrada» con pieles de animales. Eran de tipo redondo, en forma de cuenco, y tenían como medio de propulsión los remos. Es difícil pensar que pudieran soportar los esfuerzos exigidos por una navegación en alta mar. Sin embargo, puede leerse en Avieno: «Dominados todos por la pasión del comercio, con barcos hechos de pieles surcan a lo largo del mar turbio y el abismo del océano poblado de monstruos» (Avieno, 100-102).

Su utilización en el territorio peninsular está atestigüada en las fuentes clásicas. Es una vez más Estrabón (III, 3.7) quien habla del uso de barcos de pieles, mencionando que eran utilizados en los estuarios y lagos. Menciona expresamente también que estas embarcaciones eran utilizadas en un momento anterior a la expedición de Brutus, fecha a partir de la cual la población indígena pasó a utilizar las canoas monóxilas.

Tres embarcaciones completamente distintas a las anteriores se encontraron en Inglaterra (Steffy, 1994) y se dataron en los siglos XIII/XII a.C. A semejanza de los *skin boats*, el entablado del casco estaba unido con pieles, pero tenían 15 m de eslora, es decir, aproximadamente la misma que los navíos mediterráneos. Una vez más, sus características no indican la posibilidad de una navegación en alta mar, ya

que la borda parece demasiado baja para soportar las olas del Océano Atlántico.

3.6.2. Navegación de cabotaje y navegación de altura

Durante muchos años, siguiendo el criterio de Cintas (1949), los investigadores consideraron que el tipo de navegación practicado por los fenicios era exclusivamente de cabotaje. Éste era necesariamente diurno y se caracterizaba por trayectos cortos (veinte o treinta millas diarias), siempre con la costa a la vista, pero guardando una distancia prudente de ésta. Era forzoso que los navíos fondearan durante la noche en playas con puertos seguros y protegidos del viento.

La presencia de fenicios en áreas a las que no es posible llegar en sólo un día, y cuyo recorrido obliga a perder de vista la línea de costa, como por ejemplo de Sicilia a Cerdeña e Ibiza, contradecía esta tesis. Así, la teoría que defendía una cadena de bases navales para abrigar, durante la noche, los navíos fenicios está hoy abandonada, demostrándose que la navegación de altura también era practicada, lo que, además, parece confirmado por las fuentes clásicas. De hecho, tanto Hesíodo como Homero describen viajes de varios días sin escalas intermedias y más tarde Estrabón menciona que en el Mediterráneo se navegaba en alta mar (III.2.5).

La navegación de altura implica casi necesariamente una navegación nocturna, lo que, a su vez, presupone la capacidad de orientación a través de las estrellas. Parece importante recordar aquí que son justamente los fenicios a los que se atribuye el descubrimiento de la importancia de la Osa Menor y, consecuentemente, de la Estrella Polar.

3.7. LOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LOS MARES PORTUGUESES

Los hallazgos arqueológicos portugueses en contexto subacuático que mejor ilustran la navegación en el Atlántico durante el I milenio a.C. son dos cepos de ancla de grandes dimensiones encontrados en la isla de Berlenga. Son cepos de plomo, con alma de madera. Miden de largo 2.63 m y 2.55 m y pesan 422 kg. y 423 kg. (Alves *et al.*, 1988-9 y Alves, 1994). La longitud y el peso de estos cepos indican que formaban parte de anclas de grandes dimensiones (hasta 6 m), lo que presupone que pertenecían a navíos de gran tonelaje. Uno de los cepos fue datado por radiocarbono, obteniéndose una cronología de mediados del I milenio a.C. (Cabral *et al.* 1990), concretamente:

ICEN-479: 2370±80 BP;

ICEN-630: 2320±50 BP

La calibración, a través de la curva de Stuiver y Pearson para 1 y 2 sigmas ofrece las siguientes fechas:

Para 1 sigma: 440-308 cal. a.C.

Para 2 sigmas: 511-432 cal. a.C. y 429-369 cal. A.C.

A pesar de que, desde mi perspectiva, difícilmente estos cepos se podrían relacionar con certeza con la navegación del I milenio a.C., es importante mencionar otros hallazgos arqueológicos, casi siempre invocados en los trabajos que tratan sobre este tema.

De las dos piraguas que Estácio da Veiga encontró en el Algarve y a las que atribuyó una cronología romana o prerromana no queda ningún elemento que pueda aclarar su tipología o datación.

En cuanto al descubrimiento de restos de barcos en el área de los «cotos de Alcobaça», antes navegable, concretamente en la antigua laguna de Pederneira, no existen en la mayoría de los casos datos arqueológicos que demuestren su evidencia (García, 1968-70; Filgueiras, 1981). Únicamente en Alfeizerão se recuperó un fragmento de armazón de navío, que datado por radiocarbono ofreció una fecha de finales del siglo X inicios del XI de nuestra Era (Alves *et al.*, 1993).

En este contexto, es importante mencionar la aparición en el centro histórico de Lisboa, en la llamada «Baixa pombalina», de un cuenco donde es visible la representación de un barco, cuyas características hacen que se pueda incluir en el grupo de los *hippoi* (AAVV, 1995) (fig. 6)

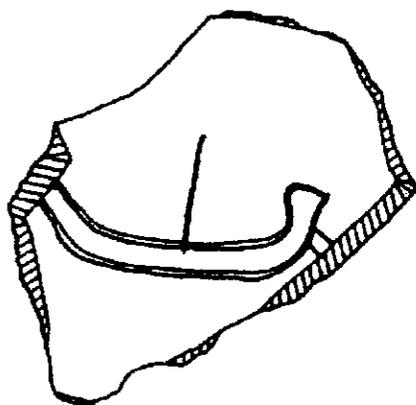


Figura 6. Fragmento cerámico con la representación estilizada de un *hippoi*, procedente de las excavaciones del área urbana de Lisboa (según Amaro, 1995: 32, fig. 9).

3.8. LAS DIFICULTADES DE NAVEGAR EN LA COSTA PORTUGUESA

Los datos presentados anteriormente demuestran con claridad que navegar en la costa portuguesa no era tarea fácil. Las condiciones que los navegantes o comerciantes encontraban aquí y muy especialmente en la costa occidental eran muy distintas de las que conocían en el Mediterráneo.

Cuando un barco procedente de Cádiz o de cualquier otra colonia fenicia de la costa andaluza pretendía alcanzar la costa occidental portuguesa, por ejemplo la desembocadura del Sado, del Tajo o del Mondego, sabía que tenía que enfrentarse necesariamente en la mayoría de los meses del año a los vientos de los cuadrantes N y NW, tanto en la costa Sur como en la Oeste. Las excepciones se producen justamente durante los meses de invierno, entre diciembre y febrero, exactamente los meses en los que las condiciones de nubosidad no aconsejan la navegación nocturna. Después de nuestra costa, concretamente tras atravesar el Cabo de Finisterre, los navegantes encontrarían en el Golfo de Vizcaya vientos favorables que les llevarían fácilmente hasta las islas Británicas.

La agitación marítima registrada en nuestra costa tampoco favorece la navegación, pues es casi siempre superior a 1 m, alcanzando con frecuencia los 2.5 m también en verano. Así, o bien los navíos tenían bordas muy altas o la carga era reducida.

Como ya se ha mencionado, las condiciones de nubosidad muestran que durante los meses de invierno no era aconsejable navegar de noche. Sólo en primavera y verano, cuando el cielo está descubierta, es posible la navegación nocturna, ya que resulta viable la orientación por las estrellas.

Las corrientes pueden considerarse insignificantes, excepto tal vez en la desembocadura de algunos ríos. Por ejemplo, en el río Tajo, durante el refluo de la marea, las corrientes llegan a alcanzar una velocidad de 4 nudos.

Con todo, la gran limitación de la navegación en la costa portuguesa es el régimen de vientos. Sean las 06:00 h, sean las 18:00 h, los vientos soplan de N a NW durante casi todos los meses del año. La imposibilidad de navegar directamente contra el viento es bien conocida, también en la actualidad. Esta dificultad es superada generalmente a través de la llamada navegación a bolina, que consiste en realizar trayectos en diagonal, de modo que se navega con el viento de lado. Es sabido que tal maniobra sólo es posible en navíos de vela latina, triangular, que no era utilizada en la Antigüedad, época en la que, como vi-

mos anteriormente, los navíos estaban equipados con velas redondas. Así, estos últimos barcos sólo podían navegar en la costa portuguesa por medio de remos y con el viento entrando hasta cerca de 12° hacia la proa de través (perpendicular en relación a la proa), es decir, utilizando la técnica de navegación por «bordos» (Casson, 1971). Esta técnica se usa en la costa portuguesa con vientos constantes de N y NW. Navegar en la dirección pretendida obliga a realizar muchos «bordos». Este proceso, el único posible, implicaba que un viaje de Cádiz a la costa occidental portuguesa durase el doble de tiempo que el mismo trayecto en sentido inverso. En el viaje de regreso, los navíos contaban, finalmente, con vientos favorables, lo que por cierto atenuaba el esfuerzo invertido en la ida y justificaba el viaje.

La costa occidental de la Península Ibérica, con características poco propicias en lo que se refiere a las condiciones meteorológicas y oceanográficas, obligó a los comerciantes y navegantes del I milenio a.C. a un esfuerzo considerable, pero que sin embargo no impidió que se desarrollara la actividad comercial por vía marítima, ya que los viajes de regreso acababan por compensar los gastos energéticos del trayecto hacia el norte.

Los datos presentados permiten pensar que en los viajes realizados durante la Antigüedad hacia la costa portuguesa se utilizó sobre todo la navegación de cabotaje. Las condiciones meteorológicas y oceanográficas desaconsejan la navegación nocturna y alejada de la costa. Por un lado, las nieblas y la nubosidad hacen peligrosa la navegación nocturna, por otro, la necesidad de fondear los navíos puede surgir en cualquier momento, si el viento obliga a ello.

Esta situación puede deducirse fácilmente del mapa de distribución de los cepos de ancla romanos encontrados a lo largo de la costa portuguesa (Alves *et al.*, 1988-9, p. 116). Estos cepos se localizan en lugares que constituyen buenos abrigos naturales, como al sur de los cabos más prominentes, o más difíciles de atravesar, concretamente los de S. Vicente, Espichel, Raso e Isla da Berlenga. Conviene recordar aquí que también proceden de la Isla de Berlenga los dos cepos datados en época prerromana anteriormente citados.

Es importante señalar que los cepos de ancla se han encontrado fundamentalmente en la costa Oeste (69 cepos – 91.3%). La costa sur únicamente ofrece 6 ejemplares, lo que corresponde a un 8.7% de la totalidad de los hallazgos portugueses (*ibid.*: 118). Las condiciones más favorables para la navegación que presenta el litoral meridional portugués son sin duda responsables de este menor porcentaje.

No pienso que estas concentraciones de cepos de ancla se puedan relacionar con situaciones de naufragios, como defienden otros autores (*ibid.*: 121). Por el contrario, todo conduce a creer que se trataba de lugares de abrigo, donde los navíos fondeaban a la espera de que las condiciones meteorológicas mejorasen y fuese posible superar las barreras naturales que constituyen los accidentes de la costa portuguesa.

Otro dato que debe considerarse es la existencia, en tierra, de puntos de apoyo a la navegación, principalmente los faros. Las neblinas matinales, tan abundantes, como hemos visto, en la costa occidental, sugieren que debió resultar práctico la existencia de sistemas que impidiesen los naufragios, permitiendo que las embarcaciones mantuviesen las necesarias y prudentes distancias en relación a tierra.

El yacimiento de Espição das Ruivas, en la Comarca de Cascais (Cardoso, 1991; Encarnação y Cardoso, 1994), puede, con reservas, ser considerado de este modo. En una plataforma de reducidas dimensiones, implantada en un espolón alto y rocoso, sobre el mar, se encontró una estructura de planta rectangular, cuyo interior presentaba vestigios de fuego, principalmente abundantes carbones. Los materiales arqueológicos recogidos indican que el yacimiento fue utilizado durante la Edad del Hierro. Las condiciones de su situación, sobre todo las reducidas dimensiones (casi exclusivamente ocupada por la mencionada estructura), el emplazamiento y la cota en la que se encuentra, difícilmente proporcionan otra lectura, no siendo posible ninguna otra función. La estructura identificada coincide también con la clasificación propuesta. Así, todo parece indicar que estamos ante la presencia de un faro, auxiliar fundamental de la navegación, en una zona de la costa portuguesa particularmente recortada y escarpada. Esta interpretación parece estar más de acuerdo con los datos que reveló el yacimiento que con la funcionalidad propuesta por los autores de la excavación «...templo ao Sol e à Lua, com pequeno porto de abrigo adjacente...» (*ibid.*: 205), para la que no parecen existir datos concretos.

Si la presencia fenicia en el territorio actualmente portugués se relaciona directamente con el comercio marítimo y consecuentemente con la navegación atlántica, es lógico pensar que las buenas condiciones portuarias serían un elemento fundamental en todo este proceso. Desgraciadamente, las informaciones relativas a la existencia de puertos son, hasta el momento, casi inexistentes.

Se desconocen por completo en el actual territorio portugués estructuras que se puedan identificar con seguridad con muelles o puertos edificados du-

rante la Edad del Hierro. El llamado «poço» de Santa Olaia, la depresión que separa el Monte de Ferrestelo del poblado propiamente dicho, podría eventualmente constituir una estructura portuaria construida, como ya lo presintió Santos Rocha (1908), pero de ella nada se sabe. Sobre el posible puerto de Abul únicamente existen publicadas breves referencias (Mayet y Silva, 1997) y poco se entiende de las estructuras identificadas en Cacilhas, que se interpretaron como correspondientes al puerto de Almaraz (Barros, 1997).

Así, nos queda la duda sobre si habrían existido, en la mayoría de los casos, puertos, o si las naves fenicias evitarían los espolones rocosos (en el caso de

que se trate de costas abruptas y escarpadas), o si se veían obligados a mantenerse a una distancia razonable de la costa, cuando el litoral se presentaba más suave. En este último caso, la carga y descarga de los navíos era necesariamente realizada por pequeñas chalupas, que harían el transporte de personas y mercancías hasta tierra.

Algunos yacimientos portugueses presentan, sin embargo, buenas condiciones portuarias naturales, con bahías y ensenadas donde los navíos podían atracar protegidos de vientos y corrientes marítimas. Queda por saber si se encontraban en áreas con verdaderos intereses económicos para los comerciantes fenicios.

4. EL ALGARVE

4.1. EL ALGARVE: RIBERA MEDITERRÁNEA EN EL LITORAL ATLÁNTICO

El título, que reproduce una frase de Suzanne Dauvau (1995: 120), resulta esclarecedor acerca de lo que los geógrafos e historiadores siempre subrayan. El Algarve, perteneciente a esta vasta región que Orlando Ribeiro designó como «*Portugal mediterrâneo*», constituyó siempre, sobre todo el Litoral y el Barrocal, la más mediterránea de las áreas incluidas en este amplio espacio (fig. 7). El geógrafo portugués denominó al Algarve, con cierta propiedad, la «última *ribeira mediterrânea*». Fue también el profesor de Lisboa el que insistió en la unidad que configuraban el litoral algarvense, Andalucía y el norte de África al Occidente del estrecho de Gibraltar, llamándolo «pre-mediterrâneo».

Tampoco el historiador francés F. Braudel ignoraba que, desde siempre, había existido «...um Mediterrâneo maior, que rodeia e envolve o Mediterrâneo *stricto sensu*, e que lhe serve de caixa de ressonância», consciente de que no sólo había sido la economía lo que se había expandido más allá del «Mar Interior», sino también «...as suas civilizações, os seus movimentos culturais de tonalidades variáveis» (Braudel, 1987: 56). El Algarve fue, ciertamente, una de esas cajas de resonancia del Mediterráneo.

A pesar de la clásica división en Litoral, Barrocal y Sierra, el Algarve constituye la única unidad geográfica claramente individualizada en el territorio portugués, habiendo contribuido decisivamente la Sierra a su aislamiento respecto al resto del espacio nacional. De ahí que sus relaciones con el mundo mediterráneo fueran casi siempre, y por esta causa, preferenciales. Las peculiaridades de su geografía costera le permitieron desde muy temprano y hasta el siglo XVI abrirse hacia el mar a través de un conjunto considerable de puertos, cuyo número no se puede comparar con el del resto del litoral portugués, lo que sin duda concuerda con su tradicional vocación comercial y marítima.

Las relaciones de las zonas ribereñas del Algarve con las poblaciones mediterráneas son bien evidentes a partir de por lo menos principios del I milenio a.C. Castro Marim, Tavira, Faro, Silves y Lagos, por ejemplo, establecieron durante toda la Edad del

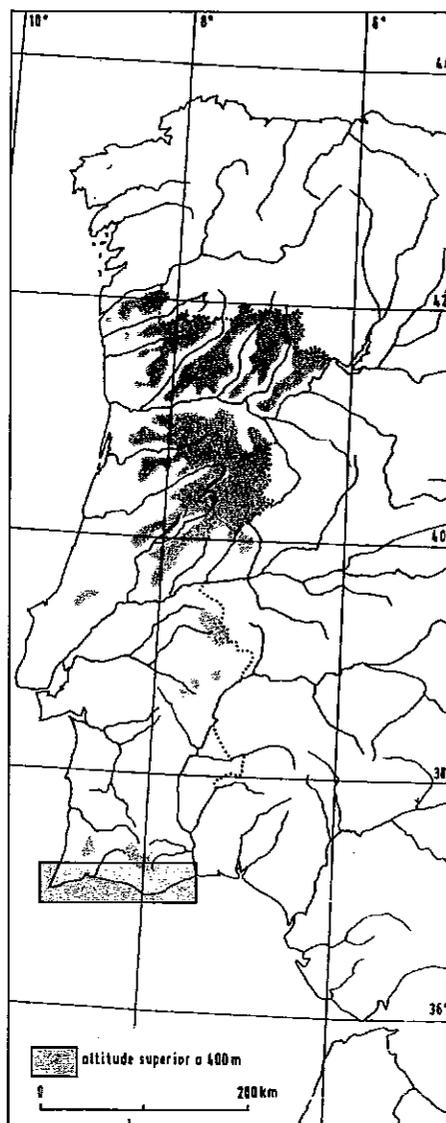


Figura 7. Localización del litoral del Algarve en el actual territorio portugués. Base cartográfica de Victor S. Gonçalves (1989).

Hierro contactos regulares e intensos con las poblaciones que habitaban en la orla del Mar Interior.

En este contexto, parece adecuado recordar de nuevo a F. Braudel cuando afirma que «O Mediterrâ-

neo é afinal o conjunto das rotas de mar e terra, e quem diz rotas diz cidades, desde a mais humilde à mais imponente, todas elas interligadas. Rotas e mais rotas, ou seja todo um sistema de circulação» (Braudel, 1978: 559).

Casi todas las referencias de los autores clásicos sobre el cabo de S. Vicente asocian este accidente geográfico con un lugar de culto consagrado a divinidades de ámbito mediterráneo. El pasaje de Avieno, indicando que el promontorio que sigue al cabo Cinético estaba dedicado a Saturno (vv. 215-217), es bien esclarecedor de la sacralización del lugar y, sobre todo, de su connotación con divinidades semitas, dada la asociación entre este dios latino y Baal. La consagración del *Hieron Akroterion* a Melqart ya fue propuesta también (Alarcão, 1990: 297). Es importante recordar que el cabo de S. Vicente se identificaba con divinidades relacionadas con el mundo del Mediterráneo oriental.

Sin embargo, es necesario aclarar que es en el litoral del Algarve y, sobre todo, en su lado oriental, donde se registran durante la Edad del Hierro los contactos más intensos con el mundo mediterráneo. Especificando aún más, diría que es justamente en los estuarios y en los canales interiores de las lagunas existentes en la gran playa que conformó el «sotavento», en el que los abrigos son abundantes, donde se detectó un poblamiento en el que la cultura material tiene fuertes raíces mediterráneas.

En el lado occidental los peñascos, a veces elevados, son tal vez los responsables de la menor cantidad de yacimientos orientalizantes. Cabe mencionar que en los casos en que se supone esa presencia, los yacimientos se encuentran localizados también en antiguos estuarios como Arade o Alvor.

En cuanto al «Barrocal», no se sabe a qué poblados ni a cuántos de ellos se asocian las necrópolis de Fonte Velha, Cômoros da Portela, Père Jacques o Alagoas, cuyos restos, aunque no la arquitectura, revelan indiscutibles filiaciones orientalizantes.

Geológicamente, el Baixo Algarve está formado por estratos mesozoicos y terciarios, cortados por una superficie de erosión que, en la mitad oriental, desaparece bajo las formaciones litorales de la playa (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 159).

4.2. LA ARQUEOLOGÍA EN EL ALGARVE Y EL (DES)CONOCIMIENTO SOBRE LA OCUPACIÓN DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA REGIÓN

El Algarve fue sistemáticamente prospectado desde la segunda mitad del siglo XIX, lo que proporcionó una

inmensa masa documental sobre la ocupación humana de la región.

Los trabajos de cartografía y excavación que Estácio da Veiga desarrolló prosiguieron de forma discontinua, dirigidos por varias generaciones de arqueólogos, entre los que hasta mediados del siglo XX destaco a Santos Rocha, Abel Viana y José Formosinho. En 1969 María Luísa Estácio da Veiga Affonso dos Santos vuelve al trabajo de su bisabuelo, actualizando todo lo referente a la ocupación romana (1971).

A partir de 1975, la UNIARQ, a través del proyecto CAALG (Carta Arqueológica do Algarve), emprendió la investigación del «Sotavento», realizando trabajos de excavación y prospección en las comarcas de Tavira, Castro Marim, Vila Real de Santo António y Alcoutim. Estos trabajos dieron origen a numerosos artículos y a dos tesis doctorales, la primera sobre el Calcolítico y el megalitismo (Gonçalves, 1989) y la segunda sobre la ocupación islámica (Catarino, 1997-98), ambas centradas en el Algarve oriental.

La arqueología del Algarve central y occidental se benefició de los trabajos que han tenido lugar en Silves desde la década de los 80 del siglo XX, así como también de la creación de un grupo de arqueología en la Universidad del Algarve, cuyo trabajo incidió fundamentalmente, desde sus inicios, en la ciudad de Faro. También es importante mencionar que Carlos Tavares da Silva y Mário Varela Gomes (a veces asociados con otros investigadores) publicaron cartas arqueológicas de las comarcas de Barlavento, principalmente de Vila do Bispo (Gomes y Silva, 1987) y de Lagoa (Gomes, Cardoso y Alves, 1995).

Finalmente, la publicación del volumen correspondiente al Algarve dentro de la Carta Arqueológica de Portugal, promovida por el IPPAR (Instituto Português do Património Arquitectónico), inspiró nuevos trabajos de prospección en la región, trabajos que realizó el equipo móvil del IPA (Instituto Português de Arqueologia), con sede en Silves.

Todo este esfuerzo de prospecciones raramente tuvo continuidad en excavaciones sistemáticas, a excepción de las realizadas en el ámbito del megalitismo/calcolítico y de época islámica en el Algarve oriental. De este modo, es evidente que el conocimiento de que se dispone para estudiar la ocupación humana de esta región continua siendo, de algún modo, deficiente para varias épocas, concretamente para la Edad del Hierro.

De hecho, diría que con posterioridad a los trabajos que desarrollaron Estácio da Veiga primero y Santos Rocha después en la necrópolis de Fonte Velha, se avanzó muy poco, si excluimos las excavaciones que yo misma dirigí en el Castelo de Castro Ma-

localización de *Lacobriga* en el Algarve son convincentes. También es evidente para mí que una implantación bajo la actual ciudad de Lagos, como muchas veces se ha propuesto, resulta discutible, independientemente de que no hay dudas de que Lagos estuvo ocupada en época romana.

Actualmente los investigadores se inclinan a situar el poblado de la Edad del Hierro en Monte Molião, yacimiento en el que sobre todo existe información sobre la ocupación romana (Nunes, 1910, Rocha, 1909, Veiga, 1910, Vasconcellos, 1917, Oleiro, 1951, Santos, 1971: 115, 122, 349, 373).

El conocimiento de que se dispone sobre la ocupación del Hierro del lugar es muy reducido, limitándose a escasos materiales cerámicos recogidos en superficie y datados en la segunda mitad del I milenio a.C. En el lugar son todavía visibles restos de una muralla, cuya cronología no es posible delimitar con precisión, pero que puede remontarse a la Edad del Hierro. Considero que sólo una intervención arqueológica en la zona podría tal vez aclarar la cuestión de la localización de *Lacobriga*, así como su cronología, ya que este yacimiento es citado sobre todo en las fuentes clásicas a propósito de episodios de guerras lusitano-romanas durante el periodo en que Sertorio comandaba los ejércitos lusitanos.

Sobre Monte Molião me gustaría también destacar su localización y emplazamiento. Los vestigios arqueológicos se extienden por la superficie de una colina que, a pesar de ser poco elevada, se presenta bien destacada del paisaje. Desde el yacimiento, junto a la ría de Alvor, se domina visualmente la bahía de Lagos y, hacia poniente, toda la vasta planicie que limita la Ribera de Bensafrim.

También *Portus Hannibalis* está por localizar, a pesar de la suposición de que puede corresponder a Portimão. Una vez más, la ausencia de datos arqueológicos concretos impide confirmar su existencia durante la primera mitad del primer milenio a.C., debido también a que las únicas referencias de las fuentes clásicas respecto a este asentamiento aluden a una época posterior, concretamente la de finales del siglo III a.C., momento en el que se gestaba en la Península Ibérica la II Guerra Púnica.

Citada en el Itinerario de Antonino, *Baesuris* corresponde indudablemente a la actual Castro Marim. La información recogida en los trabajos arqueológicos que allí dirigí durante la década de los 80 mereció un estudio detallado (*v. infra*). Me queda por mencionar en esta introducción que, durante la Edad del Hierro, su espacio habitado se localizaba en el lugar donde se construiría el Castillo medieval. El poblado se destaca perfectamente bien en el paisaje, disponien-

do de buenas condiciones naturales de defensa, y abarcaba un territorio visual bastante amplio. En el siglo XVI todavía era una península, tal como nos ha transmitido Frei João de S. José: «Está Castro Marim situado na cabeça de un monte alto, de todas as partes cercado de mar senão de poente...» decía, en 1577, el religioso quinientista.

La situación de la ciudad de *Balsa* acostumbra a localizarse en la actual Quinta de Torre d'Ares, próxima a Tavira. Bien conocidos sus vestigios romanos (Veiga, 1866; Aragão, 1896; Hübner, 1887; Vasconcellos, 1917; Viana, 1952, Alarcão, 1970; Santos, 1971-72, Encarnação, 1984; Mantas, 1990; Nolen *et al.*, 1994), nada sabemos, sin embargo, sobre su ocupación prerromana. De hecho, ni en las extensas excavaciones llevadas a cabo en este lugar por Estácio da Veiga a finales del siglo XIX, ni en los trabajos arqueológicos de finales de la década de los setenta del siglo XX, se hallaron, que se sepa, estructura alguna o materiales arqueológicos que podamos asociar a la Edad del Hierro.

Hasta hace poco tiempo, sólo el topónimo *Balsa* parecía indicar una fundación prerromana, posiblemente turdetana, tal como transmite Estrabón.

Según creo saber, trabajos arqueológicos de urgencia realizados en el área urbana de Tavira pusieron al descubierto niveles arqueológicos datados en la Edad del Hierro, concretamente de los siglos VIII al VI a.C., en los que se encuentra una muralla aparentemente asociada a cerámica fenicia y griega de esta misma cronología. Parece, pues, pertinente volver a situar la cuestión de la localización de la *Balsa* prerromana, aún admitiendo que la ciudad se hubiera trasladado, después del siglo II a.C., a Torre d'Ares.

Además, la localización y topografía de Tavira corresponde, más que a la de Quinta de Torres d'Ares, al modelo de implantación de las ciudades prerromanas del Algarve. En el margen derecho del río Gilão, el área ocupada durante la Edad del Hierro debía centrarse en la colina del Castillo, que desciende prácticamente hasta el río. Poseía buenas condiciones portuarias, lo que facilitaba el acceso a la ciudad por vía marítima. Si *Balsa* se localizó en este lugar, tendría buenas condiciones naturales de defensa, también reforzadas por una muralla, y podía dominar visualmente un territorio muy amplio, controlando perfectamente bien las llegadas por mar. De la divulgación de los resultados obtenidos en los trabajos de campo depende pues un importante conjunto de cuestiones, entre las que naturalmente se incluye la localización de la ciudad citada por los autores clásicos.

Nadie duda hoy que *Ossonoba* se situaba en la actual ciudad de Faro, concretamente en la pequeña

colina actualmente rodeada por la muralla medieval, que corresponde al Bairro da Sé. Durante el I milenio a.C., esta colina habría sido probablemente una isla, localizada en un ambiente lagunar, con buenos puertos y abrigos. Esta localización de la antigua *Ossonoba* corresponde así a un patrón de asentamiento típico de una ciudad marítima, cuya estrategia de poblamiento indica una vocación comercial por excelencia.

Desgraciadamente, desconocemos casi todo sobre la ocupación prerromana de *Ossonoba* y sólo algunas cerámicas encontradas hace bastantes años en el Largo da Sé, actualmente depositadas en el Museu Lapidar Infante D. Henrique, demuestran que, en un momento claramente anterior a la romanización, este lugar estaba habitado. Se trata de platos de pescado datados en la segunda mitad del siglo IV a.C. Son las llamadas cerámicas de Kouass, importadas tal vez del Norte de África o de la bahía de Cádiz. En excavaciones recientes en el edificio de la Policía Judicial se identificaron cerámicas griegas de la primera mitad del siglo IV a.C. (Gamito, 1986), si bien se desconoce su contexto exacto.

Pero además de estas ciudades, existían en el territorio del Algarve otros núcleos urbanos que no se mencionan en las fuentes clásicas, tal vez por haber perdido importancia en el momento de la redacción de esos textos. Es el caso, por ejemplo, de *Cilpes* y, tal vez, de *Ipses*, cuyos nombres sólo conocemos por el hecho de haber acuñado moneda durante la época romana-republicana.

Cilpes se ha localizado en la zona de la actual ciudad de Silves, aunque también podría corresponder al Cerro da Rocha Branca. Este yacimiento arqueológico, totalmente destruido hace pocos años, fue objeto de excavaciones durante la década de los 80. El hecho de que los trabajos arqueológicos de campo hayan proporcionado un conjunto de datos que fueron publicados (Gomes, Gomes y Beirão, 1986; Gomes, 1993) permitió un análisis que resultaba imposible para otros yacimientos y ha justificado el destacado papel que se le da en este trabajo (V. *Infra*). Me queda por decir aquí, que la ocupación del Hierro incidió en una pequeña elevación alargada, a cerca de 1 km hacia poniente de Silves, que, en la Antigüedad sería sin duda una península sobre el río Arade. No hay que olvidar que, durante la Edad del Hierro, el estuario de este río era todavía navegable, continuando así hasta el siglo XVI.

Conocemos bien la localización de *Ipses*, ciudad que como, ya mencioné anteriormente, acuñó moneda en época romana-republicana (Gamito, 1997; Faria, 1988). Vila Velha de Alvor se emplazó en una vasta colina que domina la entrada de la ría de Alvor

por el lado oriental, exactamente enfrente de Monte Molião. La amplitud del dominio visual de ambos yacimientos hace pensar que su fundación se dirigió a controlar esta importante vía de acceso hacia el interior y es fácil suponer que este control se efectuara en estricta colaboración. Las excavaciones que allí tuvieron lugar al final de la década de los 80 del siglo XX probaron que, en el siglo V y IV a.C., este núcleo urbano ya había sido fundado y que existió actividad metalúrgica en el lugar (Gamito, 1997). La efectiva publicación de los resultados de estos trabajos arqueológicos podrá ofrecer información más precisa sobre el tipo y cronología del poblado.

Las páginas anteriores son bastante elocuentes en cuanto al carácter parcial de los datos existentes sobre el poblamiento del Hierro en el Algarve. La escásima información disponible es difícilmente superable, hecho que impide o dificulta enormemente cualquier caracterización precisa.

Los datos que podrían añadir las necrópolis de la Edad del Hierro son fragmentarios y, sobretudo, en número muy reducido. De hecho, las necrópolis conocidas son pocas y sólo Fonte Velha de Bensafrim ha sido objeto de una excavación más extensa, habiéndose publicado una planta y algunos restos (Veiga, 1891; Rocha, 1975). De difícil interpretación son los datos sobre Corte de Père Jacques, en la comarca de Aljezur (Viana Formosinho y Ferreira, 1953), Cômoros da Portela, en Silves (Veiga, 1891) y Alagoas en Salir (Vasconcellos, 1904).

Las necrópolis, cuya existencia se infiere de los conjuntos de estelas epigrafiadas recogidas en varias zonas del Algarve, sobre todo en el Barrocal, nunca fueron objeto de intervención arqueológica, recojiéndose únicamente las mencionadas lápidas. Así, sobre las hipotéticas necrópolis de Benaciate (S. Bartolomeu de Messines, Silves), Dobra (Monchique), Vimieiro (Salir) y Barradas (Loulé) nada se sabe.

Conscientemente, excluí de esta relación las necrópolis, reales o virtuales, localizadas en el Alto Algarve oriental. La escasa información disponible (arquitectura y epigrafía) sobre las necrópolis de la vertiente Nordeste de la Serra do Caldeirão sugiere que estos monumentos se asocian a los registrados en el Baixo Alentejo, concretamente en Ourique, Almodôvar y Castro Verde, constituyendo una prolongación, hacia el territorio del Algarve, de la tradición de las necrópolis alentejanas, lo que se ve reforzado por la identidad que se comprueba entre las dos regiones, también en términos geomorfológicos (Correia, 1997b: 271-272).

Lo que se conoce sobre el poblamiento y rituales funerarios del Algarve del Hierro es, pues, muy es-

caso, lo que deja de manifiesto que esta escasez de información limita, forzosamente, el análisis de las situaciones mejor conocidas. Los resultados que pude obtener durante las excavaciones del Castelo de Castro Marim y los datos que resultaron de los trabajos en el Cerro da Rocha Branca serán debidamente presentados, pero los comentarios que de ellos se desprenden son evidentemente válidos únicamente para estos dos yacimientos.

4.3. LOS POBLADOS

4.3.1. Castro Marim

4.3.1.1. Introducción

La identificación de Castro Marim como la *BAESURIS* del Itinerario de Antonino no siempre fue pacífica. Ello se debe en parte a que ningún otro texto clásico hace referencia a *Baesuris* y también a la natural imprecisión de las referencias existentes.

En el siglo XVI, André de Resende localizaba *Baesuris* en Jerez de los Caballeros o en Badajoz y, más tarde, en el siglo XVIII, Fray Vicente Salgado y el Padre Flores la situaban en Ayamonte.

José Leite de Vasconcellos (1917), sin embargo, no dudó en situar *Baesuris* en el lugar del actual Castro Marim, basándose en monedas allí recogidas en las que se leía la inscripción *BAESURI*.

El propio nombre de *Baesuri* suscitó diversas lecturas, ya que en varios pasajes del *Itinerario* parecía leerse *AESURI* o *ESURI*. En una de las monedas antiguamente recogidas se leía justamente *ESURI*, aunque ello pudiera deberse a que su mal estado de

conservación hubiera originado la desaparición de la *BA-* inicial. Pero en un pasaje del *Itinerario* era clara la referencia a *BAESURI* y una de las monedas de la colección Estácio da Veiga igualmente presentaba la leyenda *BAESURI*.

La aparición en las excavaciones recientes de una moneda de plomo con la leyenda *BAE* en un nivel tardo-republicano vino a confirmar la tesis de Leite de Vasconcellos. Como António Faria escribió (1987), este descubrimiento «...vem desvanecer definitivamente as dúvidas que ainda subsistiam a respeito da identificação de *Baesuris* com Castro Marim».

4.3.1.2. Localización y marco espacial

«Está Castro Marim situado na cabeça de um monte alto, de todas as partes cercado de mar senão de poente...»

Frei João de S. José,
Chorographia do Reyno do Algarve, 1577

Si bien es cierto que actualmente Castro Marim se encuentra rodeado de tierra firme, con el río discurriendo a lo largo del barrio de la Ribeira, no hay duda de que la progresiva erosión del río Guadiana transformó considerablemente el paisaje del lugar, quedando también manifiesta la acelerada evolución geológica que ofrece la zona (fig. 9).

Todavía en el siglo XVI atracaban en el muelle de la Ribeira navíos de gran tonelaje, pudiendo verse en un dibujo de Duarte d'Armas que los barcos llegaban cerca de las murallas del Castillo. Castro Marim estaba, pues, rodeado por las aguas del Guadiana, aunque parece algo exagerado decir que «...asenta num penhasco (...) e devia, em determinado momento da época quaternária, ter constituido um recife a meio do estuário do Guadiana» (Viana, 1955: 165).

El lugar donde se construyó el Castelo de Castro Marim durante la secuencia de las guerras de reconquista es una colina de forma irregularmente circular, con una altura de 42 m.

Se localiza en el Distrito de Faro, Concejo de Castro Marim, y sus coordenadas hectométricas Gauss, leídas en la Carta Militar Portuguesa son las siguientes (Hoja 600):

X. 261.2
Y. 28.4

Se sitúa en el margen derecho del río Guadiana, muy próximo a su desembocadura.



Figura 9. El Castillo de Castro Marim visto de Norte. (foto Victor S. Gonçalves).

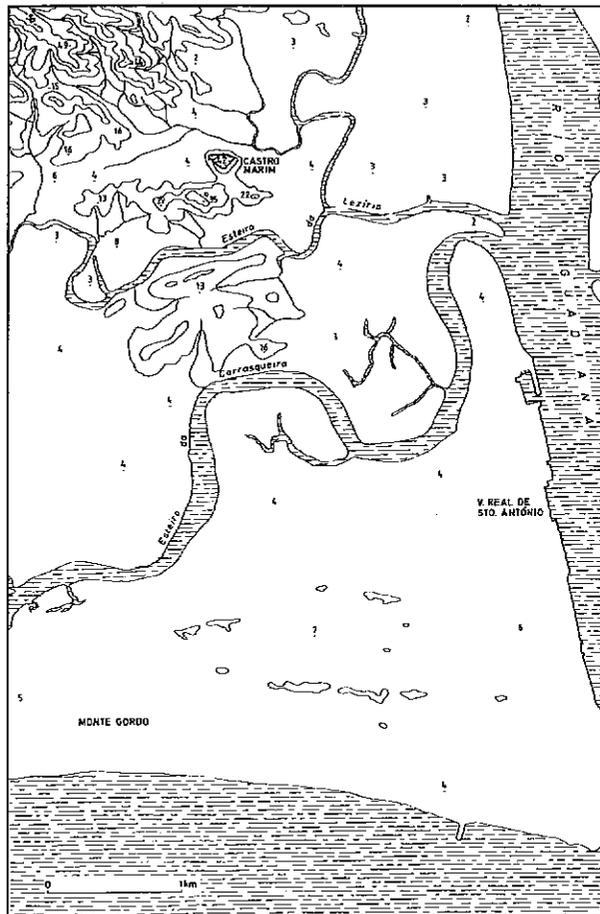


Figura 10. Mapa oro-hidrográfico con la localización del Castelo de Castro Marim.

Las condiciones geográficas y topográficas permiten que el «Cerro do Castelo», como es conocido, posea buenas condiciones naturales de defensa, dominando visualmente un vasto territorio que abarca la entrada del Guadiana y también una buena porción de mar (fig. 10).

Geológicamente, se sitúa en una región de depósitos cuaternarios, entre los esquistos del macizo antiguo al norte, los calcáreos lacustres del Oligoceno y las rocas volcánicas al oeste.

4.3.1.3. Los trabajos arqueológicos: estrategia, metodología y áreas excavadas

Cuando en 1983 inicié los trabajos arqueológicos en el Castelo de Castro Marim los datos disponibles sobre su ocupación humana eran muy escasos. Desde la época de Estácio da Veiga (1887) se conocía como un yacimiento arqueológico de gran importancia, pero

nunca hasta entonces se había realizado excavación alguna.

En el Castelo de Castro Marim se efectuaron seis campañas de trabajos de campo de duración desigual, que han tenido lugar entre 1983 y 1988. La metodología utilizada fue la propuesta por Wheeler (1959), con diversas correcciones, principalmente la actualización de Ferdière (1980).

Los restos recogidos en superficie en el castillo, tanto en el interior del recinto amurallado como en las laderas de la colina donde se ubica, hacían prever una ocupación que, remontándose a la Edad del Bronce, se prolongaba hasta la Edad del Hierro y el periodo romano, abarcando lógicamente hasta las épocas medieval y moderna.

Las áreas donde se iniciaron los trabajos de excavación se delimitaron en el interior del actual recinto amurallado y se emplazaron en las proximidades de la fortificación alfonsina, la primera muralla medieval construida en la cota más elevada del cabezo.

Los tres frentes de trabajo abiertos a lo largo de las seis campañas (Corte 1, Corte 2 y Corte 3) se inscriben en una cuadrícula más amplia, orientada en sentido N/S, siendo la coordenada alfabética la X y la numérica la Y. En estos cortes se marcó un número variable de cuadrados de 4 x 4 m, en los cuales se incluyeron otros de 3 x 3 m, después de marcar los respectivos testigos (Sur y Oeste). La excavación continuó entonces en profundidad en los cuadrados delimitados, eliminándose los testigos siempre que la excavación del cuadrado al que pertenecían hubiese terminado y coincidieran con otros cuya excavación hubiese concluido también.

Durante las cuatro primeras campañas (1983-1986), la excavación tuvo lugar en el Corte 1, localizado entre la parte E. de la muralla juaniana y la fortaleza alfonsina (Figs. 11-14). Aquí se marcaron 13 s: D3, D4, D5, E1, E2, E3, E4, E5, F1, F2, F3, F4 y G3.

En 1987, se iniciaron dos áreas nuevas de excavación (Corte 2 y Corte 3), una de ellas (Corte 3) continuada en 1988 (fig. 15).

El Corte 2 está compuesto por un único cuadrado de 4 x 4 m, localizado en el interior de la fortaleza alfonsina.

Frente a esta fortificación medieval se abrió otro frente de trabajo, el Corte 3, donde se abrieron 12 cuadrados: B4, B5, B6, C4, C5, C6, D4, D5, D6, E5, E6 y F6.

Seis campañas de excavaciones arqueológicas, correspondientes a 180 días de trabajo de campo, permitieron la excavación de un área relativamente extensa que, sin embargo, no excedió los 250 m².

Se obtuvo un enorme conjunto de datos, lo que

hizo posible detectar vestigios materiales y construcciones correspondientes a diversas fases de ocupación humana del castillo.

4.3.1.4. Los resultados

4.3.1.4.1. Introducción

Los trabajos arqueológicos de campo realizados en Castro Marim revelaron realidades de variada naturaleza, una vez que las condiciones metodológicas y los procedimientos limitaron en extensión la excavación de los niveles arqueológicos correspondientes a las edades del Bronce y Hierro.

En primer lugar, es importante destacar que, al contrario de lo que muchas veces sucede, las ocupaciones medieval y moderna del Castelo de Castro Marim no afectaban prácticamente a las unidades estratigráficas correspondientes a los momentos anteriores.

La excavación de los diversos cortes proporcionó la recogida de numerosa información sobre la época romana imperial y republicana. Los abundantes restos romanos se encontraban, casi siempre, asociados a paredes de habitación bien conservadas, tanto en cuanto a la dimensión que presentaban, como a su propia estructura. Tal hecho impidió muchas veces que la excavación prosiguiese en profundidad, ya que no parecía legítimo levantar y consecuentemente destruir todos los elementos referentes a determinados pe-

riodos de ocupación del yacimiento. En casi todos los cuadrados excavados en el Corte 3, la época romana-republicana se encontraba muy bien documentada, tanto en términos de estructuras construidas, como a nivel de materiales que se les asociaban. Así, únicamente fue posible la excavación parcial de los niveles arqueológicos que se encontraban debajo de esta fase de ocupación.

También se comprobó que los estratos romanos y las construcciones de esta misma época interferían muy pocas veces en los niveles anteriores, lo que justificaba el excelente estado de conservación de las unidades estratigráficas que correspondían a la llamada IIª Edad del Hierro, datada en los siglos V y IV a.C. en cronología tradicional.

En el Corte 1 (fig. 11), la excavación de esas unidades vendría a revelar paredes correspondientes a varios compartimentos, siempre asociadas a un abundante y bien conservado material arqueológico. Dado el estado de conservación de estas paredes, también aquí asumí la ilegitimidad de su destrucción, lo que dio como resultado una escasísima área que pude excavar en profundidad.

También cabe destacar, que las construcciones romanas imperiales, así como las de época republicana, rompieron la estructura urbana anterior, lo que provocó una orientación distinta en los muros que constituían las paredes de las habitaciones y de otros edificios. Esta situación hizo todavía más difícil de-

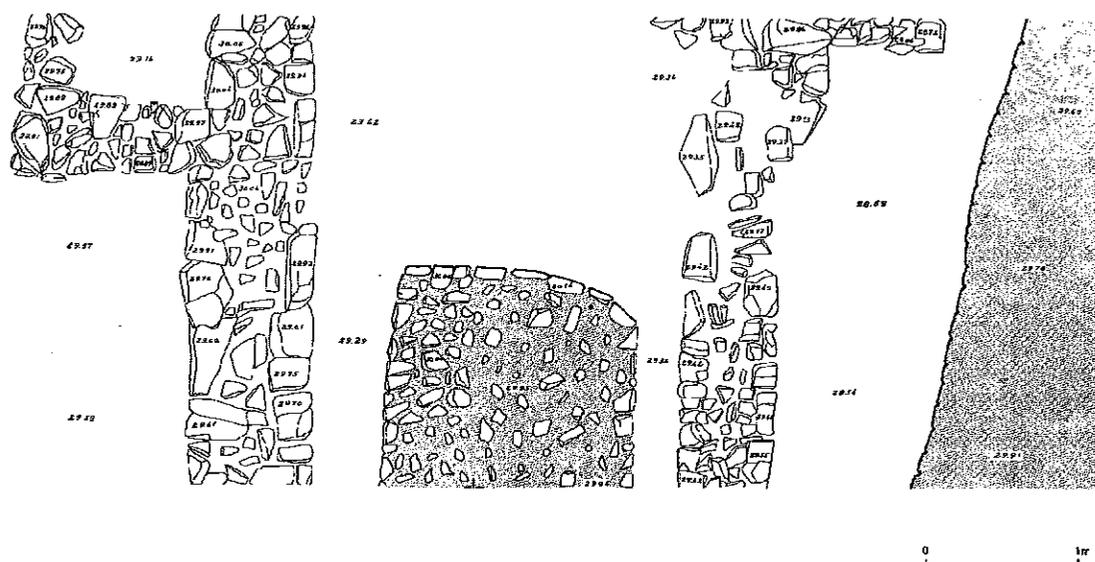


Figura 11. Castro Marim: Corte 1 (E2-F2). Planta de la muralla y de las paredes del edificio rectangular de la Edad del Hierro (según Arruda, 1983-4a: 252).

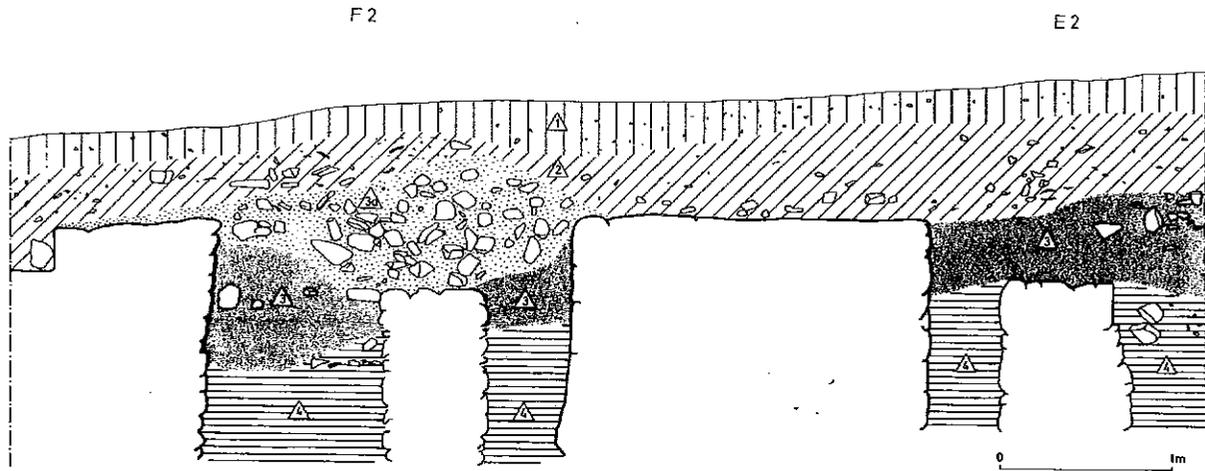


Figura 12. Castro Marim: perfil de los Cuadrados E2-F2, correspondientes a la planta de la figura anterior (según Arruda, 1983-4a: 253).

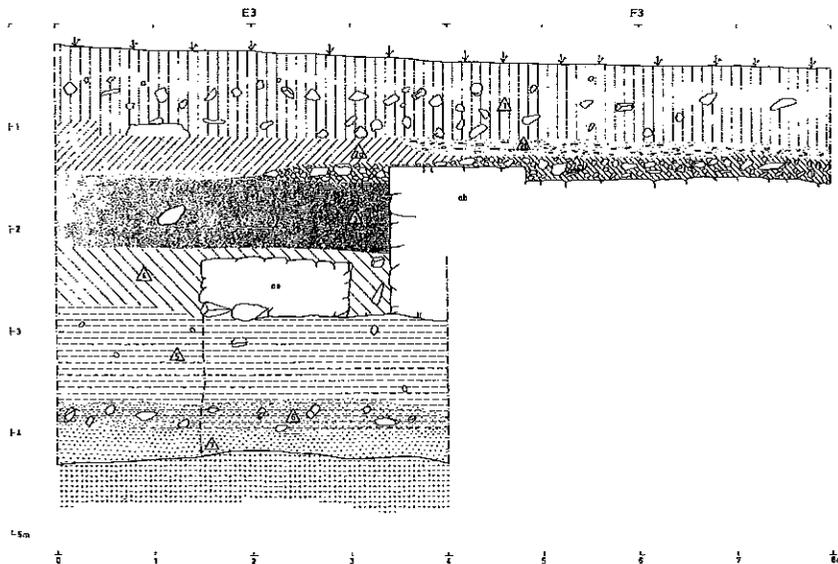


Figura 13. Castro Marim: perfil Este/Oeste de los Cuadrados E3-F3 del Corte 1 (según Arruda, 1983-4a: 274).

limitar las zonas disponibles para continuar la excavación y llegar a los niveles más profundos de ocupación.

La multiplicidad de construcciones erigidas en el Castelo de Castro Marim entre mediados del siglo V a.C. y el siglo II d.C. redujo drásticamente las áreas a excavar en profundidad, situación todavía más agravada por el hecho de que, en el Corte 1, muchas de los cuadrados abiertos estaban totalmente ocupados por la estructura defensiva. Esta muralla, sobre la cual se construyó en el siglo XVI un edificio religioso del

que se encontraron vestigios, llega a veces a alcanzar los 5 m de espesor. La fortificación fue identificada en los cuadrados E3, E4, E5, F1, F2, F3, F4, G3, D4 y D5, ocupando totalmente el área de E4, E5, F4, D4 y D5 y gran parte de la superficie que abarcaban los restantes cuadrados (fig. 11).

Los niveles arqueológicos correspondientes a las ocupaciones más antiguas del yacimiento raramente se alcanzaron y cuando lo fueron se reducían a áreas muy limitadas. Se reconocieron en el Corte 1 en D3, E3 y F3, y en el Corte 3 en E5, E6 y F6 (Figs. 12 y 13).

4.3.1.4.2. *La secuencia ocupacional del Castillo de Castro Marim*

La serie de limitaciones impuestas por los factores descritos en el apartado anterior implica un conocimiento bastante desigual de las sucesivas fases de ocupación detectadas en el Castillo de Castro Marim.

Así, mientras que es posible caracterizar relativamente bien la época romana y la llamada II Edad del Hierro, la información disponible para las ocupaciones de la Edad del Bronce y de la primera mitad del I milenio a.C. es reducida, tanto desde el punto de vista de los restos como de la arquitectura.

Sobre la Edad del Bronce cabe decir que la excavación de los Cortes 1 y 3 reveló datos que permiten hablar de su existencia. Éstos, sin embargo, se reducen a escasos fragmentos cerámicos que, en el caso del Corte 3, se descubrieron en el interior de dos estructuras identificadas. Se trata de fosas excavadas en la roca madre, de perfil oval y abertura circular (fig. 16). La profundidad y el diámetro máximo eran de 1 y 2.60 m respectivamente. Su forma y dimensión permiten pensar que se trata de silos. El material arqueológico recogido en su interior estaba constituido mayoritariamente por fauna, pero fue posible recuperar algunos fragmentos cerámicos. Éstos, como los que re-

cuperé en el Corte 1, eran en su totalidad fabricados a mano y corresponden a cuencos abiertos y carenados y a un vaso cerrado de carena alta de tipo «urna». Añado también, que ambas formas presentan las superficies bruñidas.

La ocupación de la Edad del Bronce del Castillo de Castro Marim, a pesar de que es indiscutible, es todavía difícil de caracterizar, ya que no se conoce, por ejemplo, la dimensión del área que ocupaba realmente, o la planta de las habitaciones. Si el espacio ocupado durante el Bronce Final estaba o no protegido por alguna fortificación es también una incógnita, y se desconoce casi todo sobre los utensilios y artefactos utilizados por las poblaciones que entonces habitaban el lugar.

En este contexto, parece importante recordar que nada se sabe sobre la Edad del Bronce en la zona próxima al actual Castro Marim, aunque trabajos antiguos en la vecina Almada d'Ouro habían revelado un conjunto de sepulturas del denominado Bronce del Sudoeste, publicadas por Estácio da Veiga y reestudiadas por Schubart en 1975.

La ocupación humana en el Castillo de Castro Marim durante la primera mitad del I milenio a.C. se hizo evidente a partir de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el lugar. Los trabajos que en-

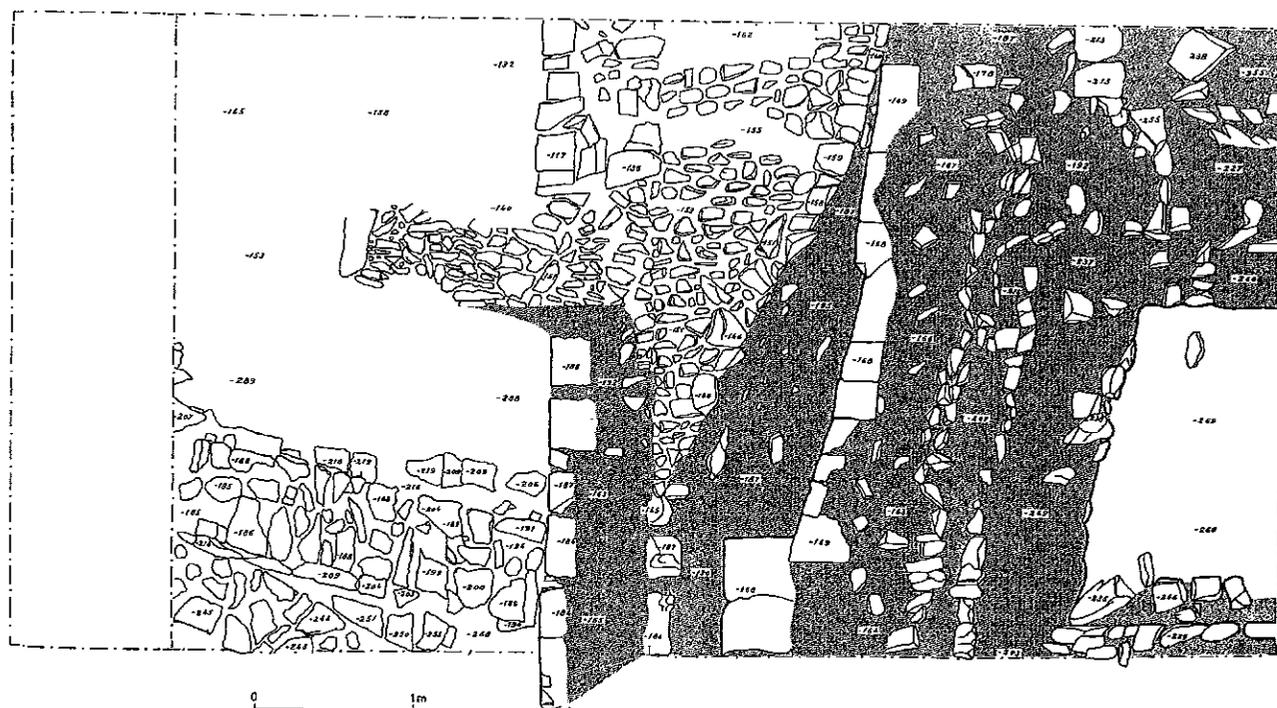


Figura 14 - Castro Marim: planta de los Cuadrados E4-F4 del Corte 1, mostrando la muralla de la Edad del Hierro (cotas elevadas en gris) y los añadidos medievales en el plano superior (según Arruda, 1983-4a: 251).

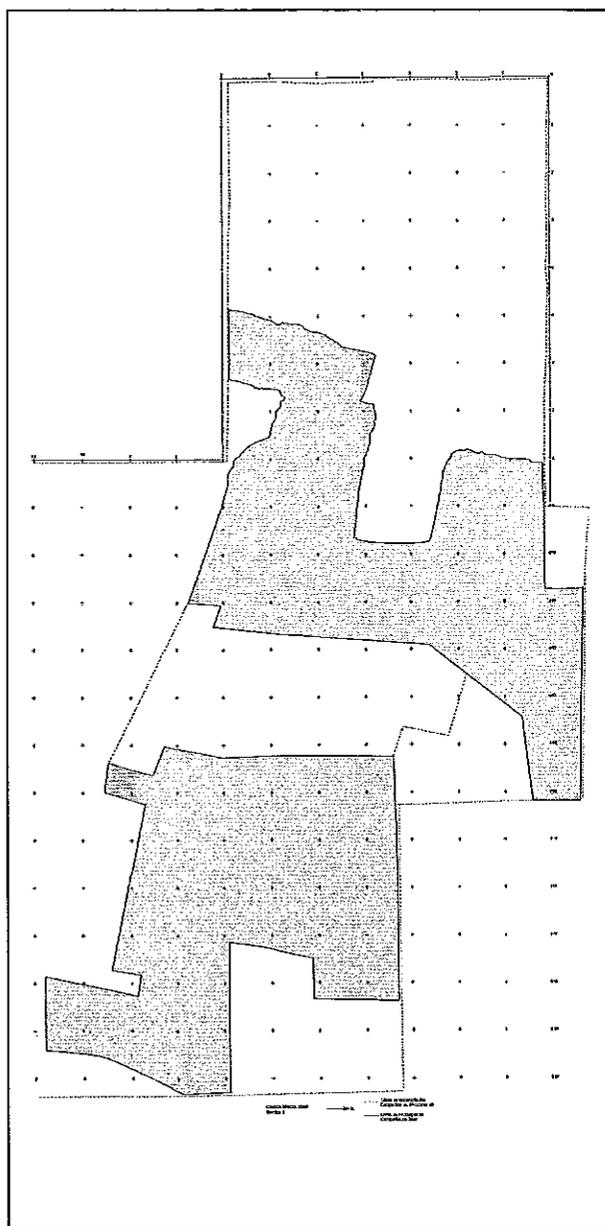


Figura 15. Castro Marim: planta de la muralla de la Edad del Hierro.

tonces se realizaron en E3 y F3 (Corte 1) mostraron, junto a la roca madre, sedimentos que contenían materiales arqueológicos que se integraban en la llamada I Edad del Hierro. Estos trabajos, y los que prosiguieron entre 1984 y 1986 también en el Corte 1, concretamente en D3, demostrarían que a esa primera ocupación del Hierro correspondía una estructura defensiva (fig. 14 y fig. 15). También fue posible delimitar la planta de una habitación.

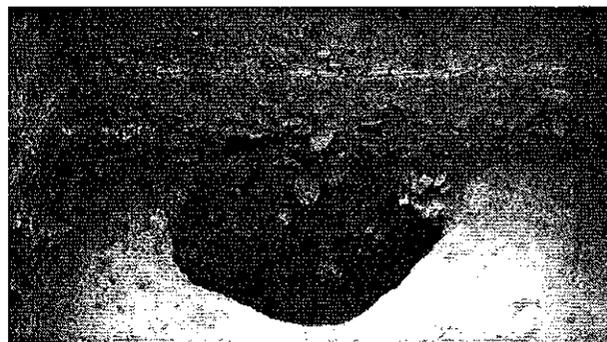


Figura 16. Castro Marim: Corte 3. Fosa de la Edad del Bronce excavada en la roca.

En 1986 y 1987, la excavación del Corte 3 permitió recuperar materiales que, tipológicamente, se podían incluir en una cronología de la primera mitad del I milenio a.C.

Como ya mencioné anteriormente, pocas veces fue posible llegar hasta los niveles arqueológicos donde se encontraba documentada esta I Edad del Hierro. La excelente conservación de los niveles superiores, y, sobre todo, la cantidad de construcciones en ellos documentados que se debían conservar impidió a menudo proseguir la excavación en profundidad y, cuando fue posible, las áreas investigadas fueron siempre reducidas.

Sin embargo, lo que se pudo recuperar permite saber que la cerámica a mano continuó utilizándose, pero se introdujo el torno y con él surgieron nuevas formas. Algunos vasos torneados (platos, cuencos, *pitthoi*) presentaban sus superficies cubiertas de engobe rojo y otros estaban decorados con bandas pintadas de rojo y negro. Platos y cuencos fabricados a torno, con las superficies pulidas y mostrando cocciones reductoras, que corresponden a lo que habitualmente se designa como «cerámica gris fina pulida», formaban también parte del contenido de los inventarios de los estratos más profundos. La importación de productos alimenticios quedó comprobada con el hallazgo de ánforas.

Pude constatar que los habitantes del Castelo de Castro Marim vivieron durante la primera mitad del I milenio a.C. en habitaciones de planta rectangular, ya que tuve la oportunidad de identificar en el Corte 1 dos paredes que definían, entre sí, un ángulo recto (fig. 11). Quedó también claro que la ocupación de esta elevación en la Edad del Hierro estuvo desde el principio defendida por una gruesa muralla, construida con piedras de medianas y grandes dimensiones ligadas con una fuerte argamasa. Su construcción puede asociarse a los estratos más profundos del Corte 1 (fig. 14 y 15).

La llamada segunda Edad del Hierro está mejor caracterizada. De los materiales que la definen ya di cuenta en varios artículos (Arruda, 1986a y b, 1997a, 2000 y en prensa), y haré referencia a ellos en este trabajo (v. *infra*). Sin embargo, debe destacarse, de antemano, la gran cantidad de productos importados del área mediterránea, concretamente productos ma-

nufacturados (cerámicas áticas, de Kouass) y alimenticios, estos últimos envasados en ánforas. Estas importaciones son particularmente significativas a partir de mediados del siglo V a.C. y perduran al menos hasta el siglo III a.C. (fig. 17). Los contactos con la bahía gaditana son también evidentes.

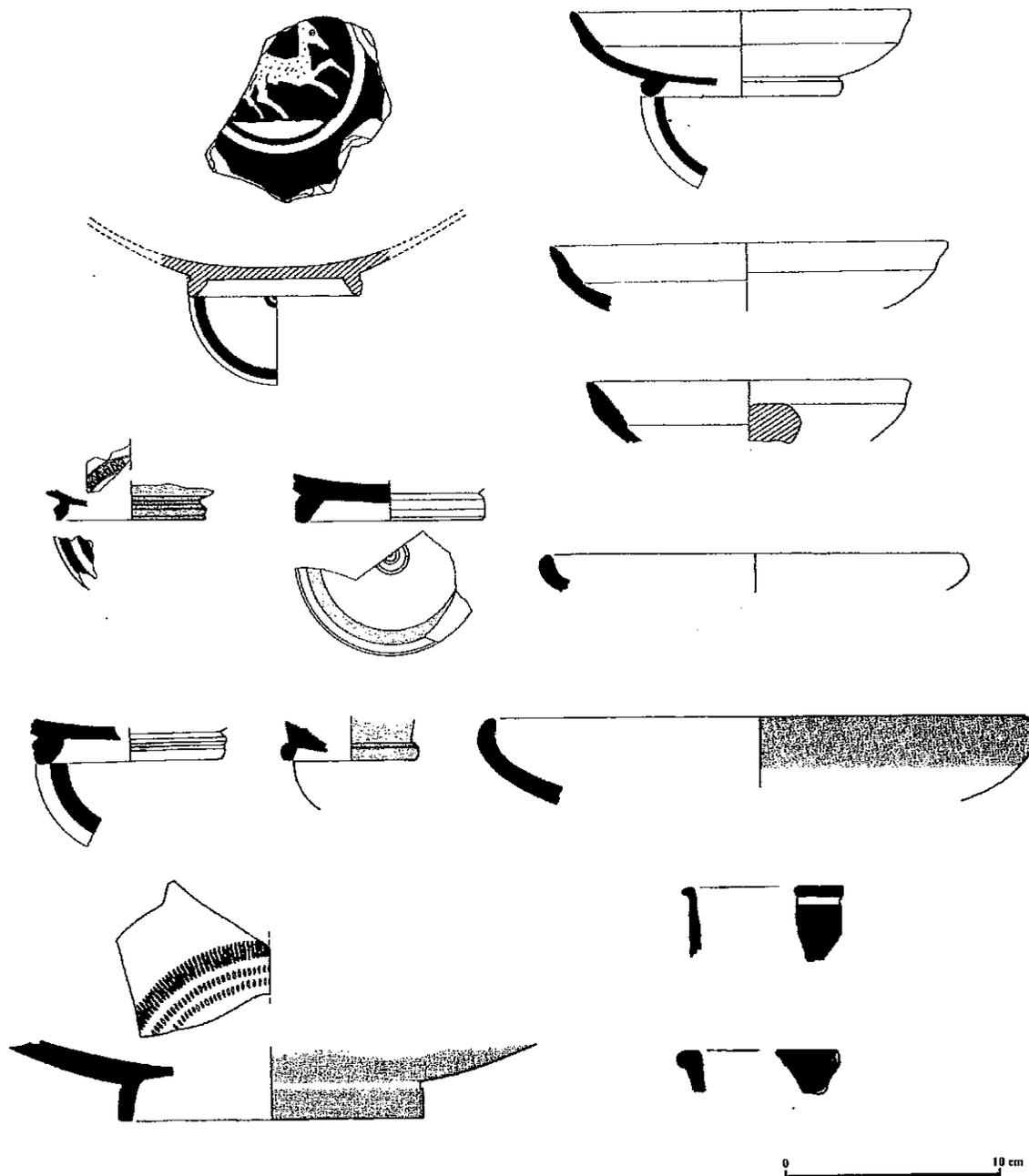


Figura 17. Castro Marim: algunas de las formas de cerámica ática (según Arruda, 1997).

Además, debo añadir que se comprobó que las construcciones de tipo habitacional tenían planta rectangular y que las paredes que las formaban fueron levantadas con piedras de mediana dimensión, ligadas con argamasa. El área habitada continuaba estando protegida por la muralla construida al inicio de la ocupación del Hierro, muralla que habría sufrido remodelaciones, ya que la entrada anterior fue cerrada con un muro datado en el siglo V a.C.

La ocupación romana, concretamente la de época republicana, quedó evidenciada sobre todo después de la excavación del Corte 3 en 1987 y 1988. De ahí proviene cerca del 90% del total de los restos arqueológicos recogidos en Castro Marim, que es posible incluir en este periodo (Arruda, 1988).

La densidad de las informaciones recogidas sobre esta época es grande, sobrepasando a lo que normalmente se encuentra en otros yacimientos portugueses. El material exhumado, muy abundante, nos permite datar esta ocupación a mediados del siglo I, más concretamente entre el 60 y 30 a.C. (*ibid.*).

La cerámica campaniense, de la que se recogieron casi trescientos fragmentos, se incluye en las clases A y B de Lamboglia y en la categoría B-*óide*, posteriormente introducida por Morel (1978: 149-168). Desde el punto de vista tipológico, los ejemplares de Castro Marim se distribuyen entre las formas 1, 2, 3, 4 y 5 (*ibid.*).

Se recuperaron varios centenares de ánforas en los niveles tardo-republicanos de Castro Marim. De la totalidad del conjunto, sobresale de forma muy marcada (más del 70%), una especie de ánfora, cuya característica principal es poseer una moldura muy saliente inmediatamente a continuación del labio, que es de sección redondeada u ovalada. Este tipo de ánfora, clasificado como Clase 67 (Fabião, 1989), era hasta hace poco tiempo casi desconocido en Portugal. Acompañando a este tipo, aparecieron ejemplares de las Clases 3 (Dressel 1a), 4 (Dressel 1-B), 8 (Lamboglia 2), 32 (Mañá C2) y ánforas habitualmente designadas como «ibero-púnicas» (Arruda, 2000 y en prensa; Arruda y Almeida, en prensa a). Pero, además de éstas, se recogieron también abundantes fragmentos de cerámica campaniense de las Clases A, B y B-*óide*, cerámica de paredes finas, lucernas, cerámica común y moneda acuñada localmente (Arruda, 1988). La ocupación republicana en Castro Marim se fecha en la segunda mitad del siglo I a.C., más concretamente entre 60 y 30 a.C.

Si bien es cierto que varias estructuras habitacionales se construyeron al inicio de la dinastía julio-claudia, más exactamente entre 20 y 15 a.C., y la primitiva muralla de la Edad del Hierro fue ampliada en

este periodo, la época imperial es hasta el momento mal conocida en el Castelo de Castro Marim para periodos posteriores al reinado de Tiberio.

Algún material arqueológico se encontró asociado a las estructuras de habitación antes mencionadas, principalmente *terra sigillata* itálica (formas 27 de Goudineau y tipo 2 de Haltern), ánforas de la Clase 4 de Peacock y Williams, cerámica de paredes finas y cerámica común.

4.3.1.4.3. Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro y sus relaciones crono-estratigráficas

Por las razones expuestas anteriormente, el material arqueológico que pude asociar a la I Edad del Hierro es escaso y ciertamente poco representativo de la realidad. En la mayoría de los casos se limita a fragmentos de reducidas dimensiones, que no siempre permiten un análisis tipológico y la debida adscripción cronológica. Las excepciones corresponden a tres vasos morfológica y funcionalmente distintos, dos de los cuales conservan los perfiles completos. Se trata de un ánfora, de un trípode y de un vaso globular, cuyas características, al permitir una valoración intrínseca, facilitaron una atribución de parámetros cronológicos relativamente precisos. Parece legítimo extrapolar estos parámetros a los materiales que se les asociaban en las mismas unidades estratigráficas.

Del ánfora (fig. 18) se conservó cerca de la mitad, correspondiendo al borde, labio, hombro, asas y parte de la panza. El cuello posee labio alto, de tendencia vertical, colocado directamente sobre el hombro muy caído. El perfil del labio es triangular y las paredes que lo definen son rectilíneas. El hombro es, como ya mencioné, muy caído y es el resultado de la ligera inflexión de la curvatura de la parte superior del cuerpo, del cual está separado por una carena muy suave. Lo que queda del cuerpo deja entrever una forma general convexo-cóncava y las asas presentan sección redondeada de tendencia oval.

La atribución de una forma específica a este ánfora no fue tarea fácil, siendo además evidente que puede incluirse en el amplio grupo de las «ánforas de saco» o Trayamar 1 (Rodero, 1995). Las características morfológicas que presenta indican, sin embargo, que se está en presencia de un ejemplar relativamente evolucionado que podría emparentarse con los tipos 1.3.1.3., 1.3.2.4. y 10.2.2.1. de J. Ramón Torres (1995: 170-171, 172-173, fig. 144 y 146-148). Cabe llamar la atención sobre el hecho de que estos tipos anfóricos habrían sido fabricados en el sur de España, en un am-

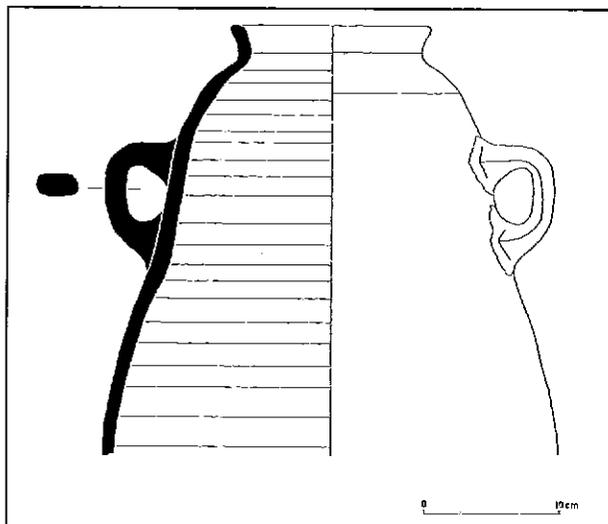


Figura 18. Castro Marim: ánfora de los niveles inferiores.

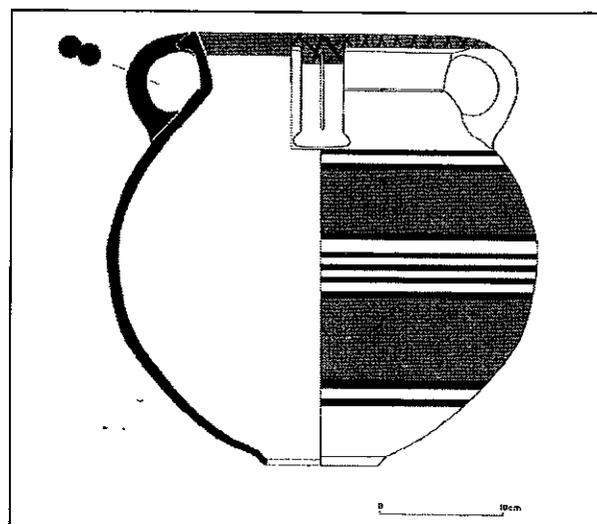


Figura 19. Castro Marim: vaso globular de los niveles inferiores.

biente fenicio púnico, y que su producción únicamente está documentada a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., en cronología tradicional o histórica. En cuanto a los tipos 1.3.1.3. y 1.3.2.4., corresponden a ánforas producidas exclusivamente en talleres del área de Villaricos y no parece que hayan tenido gran difusión; las ánforas 10.2.2.1. se fabricaron en varios centros alfareros fenicios del área del Estrecho de Gibraltar, principalmente en Málaga, pero también en Marruecos y en otros lugares de Occidente (*ibid.*). Las características físicas del ejemplar de Castro Marim (ausencia de engobe, pasta dura, porosa, de fractura irregular y color castaño) hacen imposible su atribución a un centro productor concreto, lo que justifica su inclusión en el llamado grupo del «Extremo Occidente indeterminado» (*ibid.*: 257).

Lo que se desprende del estudio de este ánfora es, por un lado, el hecho de que se trata de una forma fenicia occidental y, por otro, su cronología, situada en la segunda mitad del siglo VI a.C.

También el vaso globular presenta características morfológicas que lo individualizan en el contexto de las tablas tipológicas conocidas en este ámbito cronológico-cultural (fig. 19). El vaso posee un borde, cuello y número de asas que permitirían considerarlo como un *pitbos*. El borde es exvasado, engrosado, de perfil triangular y con labio pendiente. Tiene 24 cm de diámetro. El cuello es corto y troncocónico y tiene paredes rectas. La separación entre el cuello y el cuerpo de la panza se realiza a través de un resalte bien marcado. Las cuatro asas son bifidas y arrancan del borde para unirse al cuerpo en el inicio de la pan-

za. La forma del cuerpo de este vaso descarta la hipótesis de que se trata de un *pitbos*, hipótesis que, reconozco, hubiera formulado si no hubiese recogido los fragmentos de la panza. Ésta es de forma esférica, terminando en un fondo del que no queda nada, por lo que se desconoce la forma. Es, sin embargo, visible que la unión de la pared de la panza con el fondo se realizó mediante un pie sólo indicado.

Debe mencionarse también que el vaso está pintado y que la pintura incidió sobre el labio y la panza. En la panza existen dos bandas anchas, limitadas por encima y por debajo por una línea negra. La zona central, localizada entre las dos bandas rojas, se rellenó con tres líneas negras. Otras dos líneas negras fueron pintadas, una en el espacio comprendido entre la banda superior y la zona de las asas, y otra entre la banda superior y el fondo.

El labio está cubierto por pintura roja, pintura que cubre también una banda estrecha localizada en la superficie interna, inmediatamente siguiendo al borde. Sobre la banda roja del labio son visibles trazos pintados de negro que producen una decoración reticulada.

Vasos como éste están completamente ausentes de los inventarios portugueses y no son frecuentes en Occidente. Sin embargo, fue posible ver similitudes entre el ejemplar de Castro Marim y uno que Bonsor recogió en la Cruz del Negro (Aubot, 1976-78: 273, fig. 3 - 12, fig. 6 - D). Ambas piezas poseen cuerpo esférico, como las urnas de aquel yacimiento epónimo, pero el borde tiene un diámetro ancho, el cuello es corto y troncocónico y las asas arrancan del

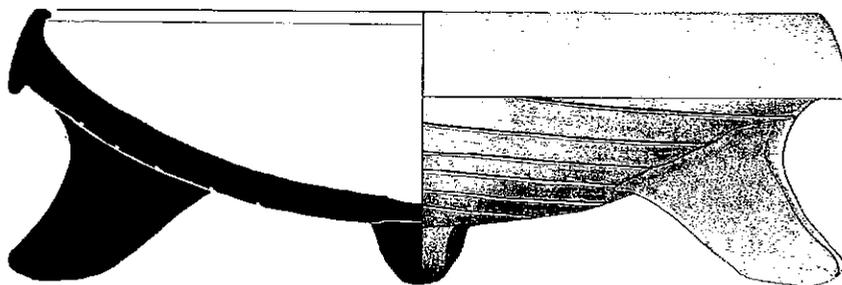


Figura 20. Castro Marim: trípede.

borde, características que definitivamente las alejan de las típicas urnas Cruz del Negro.

También debe mencionarse que esta forma es conocida en el Norte de África, tanto en la costa mediterránea como en la atlántica. Vuillemot recogió un ejemplar de una «jarre sphérique a col droit» en la necrópolis de Rachgoun - Orán, Argelia (Vuillemot, 1955: 14-15, fig. IV.1), donde, además, una buena parte de las urnas correspondían al tipo Cruz del Negro (*ibid.*, 12-13, fig. IV-V). También de Mogador, Marruecos, proviene un vaso de este mismo tipo morfológico (Jodin, 1966: 157, fig.32), por lo que es importante mencionar, en este contexto, que aquí son igualmente frecuentes las urnas Cruz del Negro (*ibid.*: 150-155).

María Eugenia Aubet, que estudió los materiales recogidos por Bonsor al final del siglo XIX en la Cruz del Negro, menciona que este tipo de vasos de cuerpo esférico y cuello corto y exvasado tiene origen en formas conocidas en la tipología fenicia arcaica, concretamente en la «...denominada crátera o ánfora de asas verticales, tan frecuente en Fenicia y Palestina desde los siglos IX-VIII a.C.» (Aubet, 1976-78: 275, nota 16), lo que, realmente, se puede confirmar por su aparición en Tiro a partir de mediados del siglo VIII a.C. (Bikai, 1978: pl. XIV, nº 8).

La decoración que ostenta el vaso de Castro Marim no difiere de lo que es habitual encontrar tanto en *pithoi* como en urnas Cruz del Negro y sólo la decoración de líneas cruzadas pintadas sobre el engobe rojo que cubre el labio merece un breve comentario.

La pintura en retícula no es inhabitual en el mundo fenicio occidental, aunque, parece que su utilización se inició únicamente a partir del siglo VII a.C., en cronología tradicional. Es lo que se puede deducir de su existencia en el horizonte IV de Toscanos (Schubart et al., 1969). Este motivo se continúa utilizando en la decoración de ánforas y *pithoi* durante el siglo VI a.C., siendo probable que pueda alcanzar los

inicios del siglo V a.C. De hecho, la mencionada decoración está atestiguada en los estratos más antiguos de la fase II del Cerro del Villar (Arribas y Arteaga, 1975, 1976; Aubet Semmler, 1991a y b), datada, en cronología histórica, en la segunda mitad del siglo VI a.C., estando también presente en la necrópolis de Jardín (Mass-Lindemann, 1995) y en el Cerro del Peñón (Niemeyer et al., 1988), yacimientos donde se confirmó una cronología de finales de la primera mitad del I milenio a.C.

Algunos detalles de la pieza de Castro Marim, principalmente en lo que respecta a la decoración, indican una cronología relativamente antigua. Puede admitirse una fecha tradicional centrada en el siglo VII a.C. para el vaso esférico del yacimiento del Algarve. La organización de la decoración y, sobre todo, el hecho de que la zona de las asas se presente reservada, son indicadores cronológicos en los que se puede basar esta propuesta de datación.

Con una larga tradición mediterránea, los vasos trípedes son relativamente frecuentes en Occidente, pero surgen siempre en yacimientos conectados con presencias exógenas, concretamente fenicias. Han sido identificados tanto en yacimientos de fundación colonial como en ambientes indígenas orientalizantes. Se trata de cuencos de paredes gruesas y convexas que se sobreelevan mediante tres pies macizos, que pueden presentar sección triangular o rectangular. Los bordes de estos trípedes pueden poseer o no labio, que, cuando existe, es casi siempre pendiente y triangular, pudiendo presentar acanaladuras. Son vasos fabricados a torno, a los que se añaden los pies realizados con molde.

El trípede de Castro Marim (fig. 20) se integra en el tipo más frecuente. Posee borde con labio pendiente, oblicuo y de sección triangular. Los pies, prismáticos, de sección triangular, se adhieren a la superficie externa del cuenco. El fondo externo se

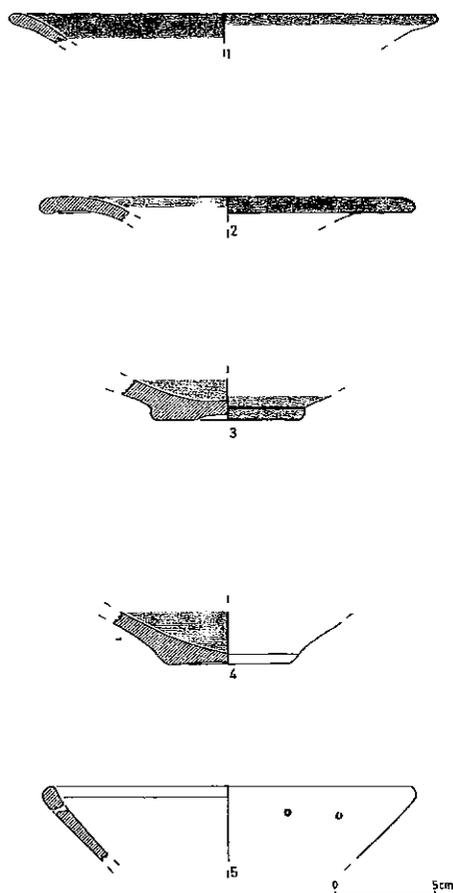


Figura 21. Castro Marim: 1-4: cerámica de engobe rojo; 5: cerámica gris.

presenta decorado con una espiral incisa. Las superficies no fueron cubiertas con engobe o con pintura; sólo se nota un ligero pulido.

La función de estos vasos no está todavía completamente aclarada. La hipótesis de que se trata de soportes de ánforas fue sugerida por Jodin (1966: 133), tras haber comprobado «...la correspondence entre la courbure et les dimensions de la base de l'amphore et le fin du trépied...» (*ibid.*), pero su utilización como morteros también ha sido defendida desde siempre (Vuillemot, 1955) y ha ganado mayor consistencia (González Prats, 1983: 200-204; Ramón Torres, 1999: 178 y nota 35).

Trípodes formalmente semejantes al que recogí en el Castelo de Castro Marim se encuentran en toda la orla del Mediterráneo Central y Oriental, en poblados y necrópolis fenicias o indígenas orientalizadas. En el Norte de África son conocidos en los niveles arcaicos de Cartago (Vegas, 1989: 248-249) y en Orán,

concretamente en Rachgoun (Vuillemot, 1955: fig. 18) y Mersa Madakh (Vuillemot, 1954: fig. 26). También en África, pero ya en el litoral atlántico, fueron exhumados varios ejemplares en Mogador (Jodin, 1966: 132-141, fig. 27 y 28).

En Sa Caleta y en la bahía de Ibiza, los trípodes de labio pendiente son más frecuentes que los de borde horizontal y rectilíneo, que también se exhumaron (Ramón Torres, 1994: fig. 12, nº 5; *idem*, 1999: 178-181, fig. 14).

En Andalucía, los vasos trípodes de labio pendiente están documentados en yacimientos fenicios, como por ejemplo en Toscanos (Schubart, Niemeyer y Pellicer, 1969: 141-142, fig. 7 a y b; Schubart y Niemeyer, 1969, fig. 5b; Schubart y Mass-Lindemann, 1984: 133-135, fig. 19), en el Cerro del Villar (Barceló *et al.*, 1995, fig. 5 f-j) y en Doña Blanca, donde aparecen cubiertos de engobe rojo (Ruiz Mata y Pérez, 1995: fig. 21, nº 6). En ambiente indígena igualmente se han recogido trípodes de los que destaco los ejemplares de Carmona (Bonsor, 1899: 313, fig. 16), Cruz del Negro (Monteagudo, 1953-54, fig. 7-9) y Huelva (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970: fig. 12; Fernández Jurado, 1988-89: fig. XL).

En los yacimientos orientalizantes del SE español, los trípodes también forman parte del contenido de los inventarios, siendo abundantes en yacimientos como Peña Negra (González Prats, 1986: 285, fig. 3) o Saladares (Arteaga y Serna, 1975: fig. 4, 1).

Como recientemente ha mencionado Ramón Torres (1999: 181), la cronología de los trípodes de labio pendiente está por aclarar debidamente. Sin embargo, de la estratigrafía de Toscanos y de los datos de Chorreras puede deducirse que éstos son posteriores a los de borde horizontal y rectilíneo. Los elementos ofrecidos por la excavación del Cerro del Villar permiten también saber que los trípodes con labio eran todavía utilizados durante la primera mitad del siglo VI a.C., en cronología tradicional, dato que los resultados obtenidos en Mogador ya indicaban.

Ramón Torres (*ibid.*) propone que la generalización de este tipo de trípodes pudo haber ocurrido en un momento impreciso de la segunda mitad del siglo VII a.C., en cronología tradicional, propuesta que gana consistencia si tenemos en cuenta su presencia en la fase II de Peña Negra, datada entre 675 y 600 a.C. (González Prats, 1985: 281).

El ánfora, el trípode y el vaso esférico se encontraron en niveles arqueológicos que hice corresponder a la ocupación más antigua del Hierro del Castelo de Castro Marim, concretamente a la primera mitad del I milenio a.C. Desgraciadamente, las con-

diciones específicas que concurrieron en la excavación de esos niveles no permitieron la recogida de más material en las mismas condiciones de conservación que los mencionados materiales, solamente escasos fragmentos cerámicos de reducidas dimensiones pertenecientes a vasos de: 1. Cerámica de engobe rojo; 2. Cerámica pintada a bandas; 3. Cerámica gris; 4. Cerámica a mano.

En cuanto a la cerámica de engobe rojo, debo aclarar, de antemano, que no tuve oportunidad de recoger en contextos claros de la Edad del Hierro ningún fragmento que poseyese borde. Tal hecho dificultó la clasificación tipológica y la atribución de alguna cronología. Sin embargo, registré la aparición en los niveles inferiores de dos fragmentos de fondo y pared de vasos con las superficies cubiertas de engobe rojo. El engobe, mal conservado y poco espeso, cubre en uno de los casos -E3, nivel 5, nº 111 (fig. 21, nº 3), ambas superficies. El perfil que presenta indica que se está en presencia de un plato que muy posiblemente poseía borde ancho y aplanado. Lo que es posible afirmar con seguridad es que el pie apenas está indicado.

El otro fondo (fig. 21, nº 4) no tiene pie y sólo la superficie interna está cubierta por engobe rojo. Se hace difícil evaluar la forma del vaso al que pertenecía, no siendo improbable, sin embargo, que corresponda a un plato o a un cuenco.

De niveles más tardíos, correspondientes a la segunda mitad del I milenio a.C., proviene un fragmento de borde de un plato de engobe rojo (fig. 21, nº 1). Éste sería aplanado, pero ya es muy oblicuo, no siendo posible determinar la anchura del borde. Las características que presenta, borde de tendencia oblicua en el interior y ciertamente ancha dimensión, indican una cronología tardía para este ejemplar, lo que está de acuerdo con el contexto en el que fue recogido.

Además del vaso esférico anteriormente comentado, la existencia de cerámica pintada a bandas fue atestiguada en el Castelo de Castro Marim por la aparición de fragmentos que pueden pertenecer a *pit-boys* o a cualquier otra forma. Por lo que se puede observar en lo que se recuperó, se percibe la utilización del rojo en las bandas anchas y del negro en las líneas. Se sabe también que las bandas y líneas son paralelas al borde y entre sí.

La cerámica gris fina pulida se recogió en todos los estratos de la Edad del Hierro (fig. 21, 5 y fig. 22: 1-3), estando en los niveles inferiores sólo documentado un cuenco de borde grueso y engrosado. Debe notarse que esta forma corresponde al vaso más característico de los contextos orientalizantes peninsu-

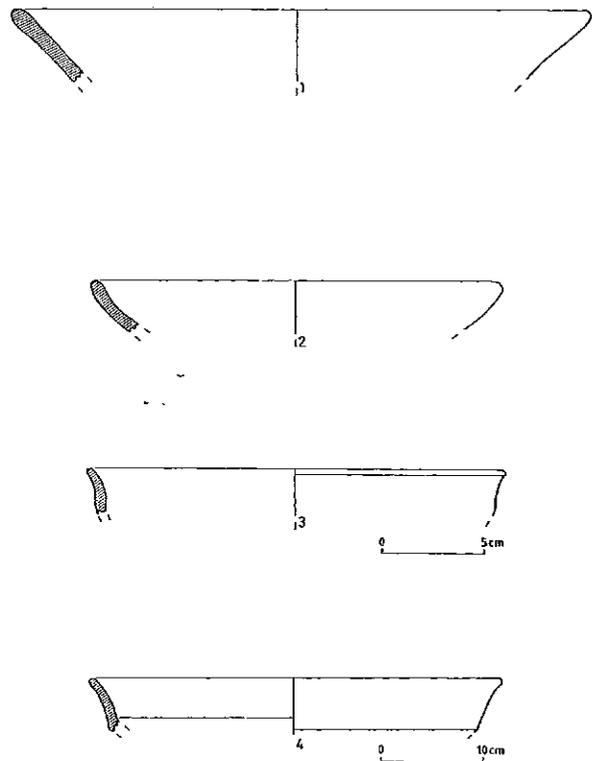


Figura 22. Castro Marim: 1-3-: cerámica gris; 4: cerámica a mano.

lares. Estos platos o cuencos, destinados al servicio de mesa, son muy frecuentes en los yacimientos orientalizantes de la Península Ibérica, tanto en el actual territorio portugués como en la zona meridional española, Levante y Extremadura. Esta forma está presente en grandes cantidades tanto en los establecimientos fenicios de la Andalucía costera como en los *habitats* y necrópolis indígenas de la misma Andalucía, llegando a la Extremadura española y al Levante. Está incluido en todas las tipologías ya elaboradas para la cerámica gris del área tartésica, principalmente la de Belén Deamos (1976), Ross (1982) o Caro Bellido (1989). Todo indica que comenzó a ser fabricado, en el litoral andaluz, en cerámica gris en el siglo VIII a.C., aunque hay datos para afirmar que en la misma zona meridional de la Península Ibérica fue utilizada hasta por lo menos el siglo IV a.C.

La ocupación del Castelo de Castro Marim durante la segunda mitad del I milenio a.C. está relativamente bien caracterizada desde el punto de vista de la cultura material. Las excavaciones de los niveles bien conservados de los siglos V al III a.C. permitie-

ron recoger un amplio conjunto de informaciones sobre esa ocupación.

El material arqueológico cerámico es muy abundante, destacándose numerosas importaciones.

La cerámica griega tiene una presencia significativa. El conjunto recogido sobre el yacimiento alcanza casi las seis decenas de fragmentos, lo que no deja de ser importante si consideramos que el área excavada no excedió los 250 m². Estas importaciones, que abarcan desde la segunda mitad del siglo V hasta mediados del siglo IV a.C., consisten en vasos, unos de barniz negro, otros decorados con figuras rojas (Arruda, 1997).

La forma más abundante durante el siglo V a.C. es el *Kylix*, que corresponde a cuencos *Castulo* y a cuencos de clase delicada, así como a *stemless cups* a partir del siglo IV a.C. Los platos están bien representados con páteras de la forma 21 y 22 de Lamboglia, con platos de pescado (forma 23) (fig. 17) y por la forma Jehasse 116. Los *skyphoi*, *kantharoi*, *krateres* y *lucernas* son más escasos (*ibid.*)

Los vasos pintados de figuras rojas están mal representados, pero pude reconocer la presencia de obras del «círculo del pintor de Marlay», del siglo V a.C., y del pintor de Viena 116, del siglo IV a.C. (*ibid.*)

En lo referente a la vajilla de mesa, revisten también considerable importancia las importaciones de platos y pequeños cuencos de las llamadas producciones de Kouass (fig. 23). Éstas se registran en niveles donde la cerámica griega ya no está presente y donde la secuencia estratigráfica observada permite datar entre la segunda mitad del siglo IV a.C. y el siglo III a.C. (Arruda, 1997. 2000 y en prensa).

Desde el punto de vista formal, estas importaciones incluyen únicamente dos formas, concretamente:

1. Cuencos de la forma 27 de la clasificación de Lamboglia (1952);
2. Platos de pescado de la forma 23 de la misma tipología.

Los pequeños cuencos de la forma 27 (fig. 23, 7-8) dominan el conjunto y presentan borde reentrante y pared con clara inflexión, a veces casi angular. El pie es destacado y anular. Los ejemplares de Castro Marim poseen todos engobe rojo acastañado o anaranjado que cubre siempre la pared interna, y que a veces cubre también la externa y nunca surge del pie. Tienen pastas bien depuradas y excelente cocción.

Estos cuencos se relacionan directamente, en lo que se refiere a la forma, con producciones de barniz negro, tanto áticas como de Sicilia y de la Magna Grecia (Morel, 1981).

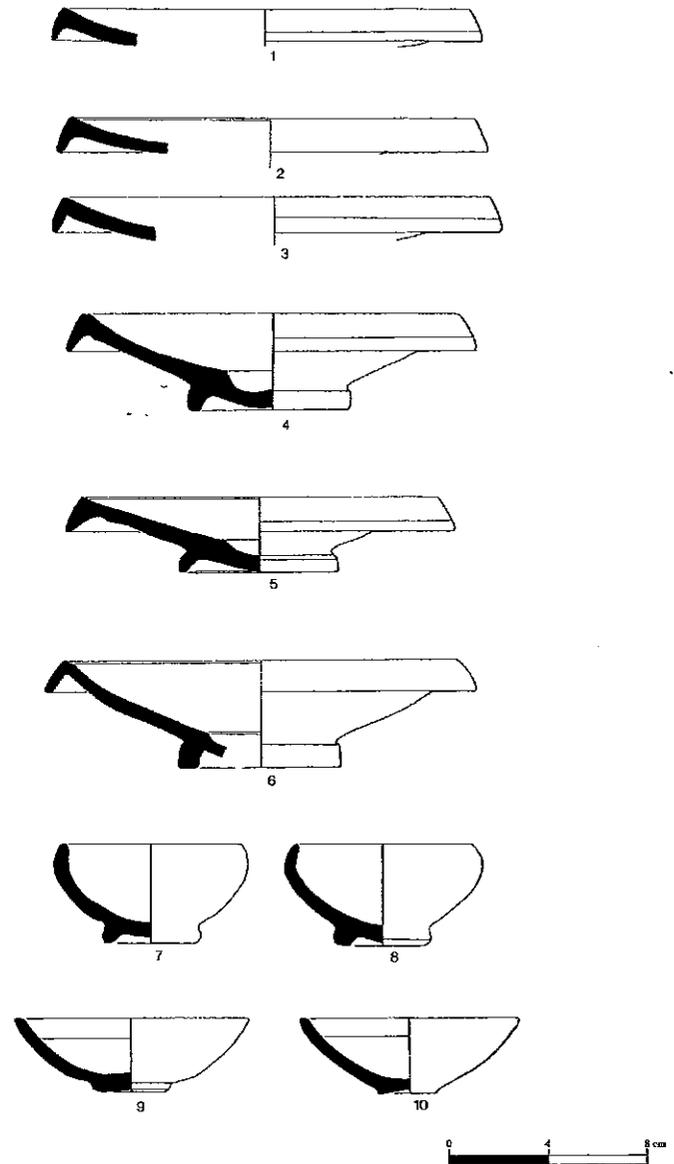


Figura 23 – Castro Marim: cerámica de «tipo Kouass». 1-6: platos de la forma 23 de Lamboglia; 7-8: cuencos de la forma 27 de Lamboglia.

Los platos de pescado tienen pie individualizado y anular y labio exvasado y pendiente. Están cubiertos por un engobe rojo acastañado o negro, que adquiere a veces una tonalidad verdosa. Al igual que los cuencos de la forma 27, es también en la cerámica ática en donde se inspiran estas producciones.

Los platos de pescado de la forma 23 de Lamboglia (fig. 23, 1-6) fueron incluidos en la especie 1120

de Morel, siendo fácil inscribir los ejemplares de Castro Marim en la serie 1121 de esta misma tipología, para la cual el investigador francés apunta una cronología entre mediados del siglo IV y el siglo III a.C. (*ibid.*).

Tanto los cuencos como los platos de pescado poseen en Castro Marim características comunes a nivel de manufactura, verificadas tanto en los engobes como en las pastas y tratamiento de las superficies. Todo indica, por tanto, que tienen el mismo origen. Fabricados en Atenas y en la Magna Grecia con las superficies cubiertas de barniz negro, estas dos formas se producen también en talleres occidentales, siendo aquí el barniz negro sustituido por engobes de mejor o peor calidad.

Su fabricación está documentada tanto en Ibiza (Amo, 1970; Guerrero, 1980) como en el Norte de África (Ponsich, 1968). También se admite que fueron producidas en el sur de Andalucía, principalmente en hornos del área gaditana.

Las características físicas que presentan los ejemplares de Castro Marim no permiten afirmar con seguridad el lugar exacto de exportación. Sin los necesarios análisis químicos y petrográficos no parece posible precisar con claridad su origen. Sin embargo, y tal vez por que las producciones marroquíes están mejor documentadas, la hipótesis africana alcanza cierta consistencia. De hecho, las piezas de Castro Marim presentan extraordinarias semejanzas con las producciones del yacimiento marroquí de Kouass, tanto a nivel de las pastas, engobes y tratamientos de las superficies, como morfológicamente. Poco se sabe de los tipos de pastas y detalles formales de la producción gaditana, lo que no permite establecer una relación entre ésta y los vasos que recogí en el Castelo de Castro Marim.

En Portugal, los cuencos de la forma 27 son desconocidos y los platos de pescado de la forma 23 únicamente se han registrado en Miróbriga, Santiago do Cacém (Soares y Silva, 1979) y en el área urbana de Faro (materiales inéditos depositados en el Museu Lapidar Infante D. Henrique - Faro).

En España, ambas formas están bien documentadas en numerosos yacimientos arqueológicos, desde la región Valenciana hasta Andalucía Occidental, en niveles datados desde el siglo IV al II a.C. Con todo, debe anotarse que los platos de pescado datados en el siglo II a.C., por ejemplo en La Tiñosa - Lepe (Belén y Fernández Miranda, 1978) y Cabezo de S. Pedro - Huelva (Belén *et al.*, 1977) poseen diferencias acentuadas en relación con los de Castro Marim, en lo referente al perfil del pie, que en el caso de los asentamientos españoles, cuando es indicado presenta base plana.

Parece importante mencionar aquí que tanto Ibiza como Kouass produjeron de forma abundante y en esta misma época otras cerámicas afines a las áticas (entre otras 14, 21-25, 28, 29, 34), que no se han encontrado hasta el momento en Castro Marim. Tampoco parece que se registren en yacimientos del actual territorio español. Estas ausencias podrían tal vez explicarse por la preferencia de las poblaciones peninsulares por formas ya anteriormente consumidas en cerámica ática, más de acuerdo con los hábitos alimenticios bien asimilados.

De hecho, el plato de pescado se encontraba difundido en la Península Ibérica desde el siglo VIII a.C., justamente a partir de la presencia de navegantes fenicios en el Sudoeste, siendo la producción ática de esta forma en barniz negro o de figuras rojas bien conocida en las costas meridionales peninsulares.

También debe destacarse la aparición, en niveles que deben datarse en el siglo IV a.C., de los llamados platos de pescado de tradición fenicia, decorados con líneas y bandas concéntricas (fig. 24). Se trata de vasos de borde simple, ancho y aplanado en el interior, fondo interno con cavidad central, pie apenas indicado, base plana y pared externa convexa. Existen también ejemplares cuyos bordes, sin engrosamiento interno, presentan un pequeño labio exterior y pendiente, de perfil rectangular, pared externa rectilínea y fondo destacado de la pared externa, características que los aproximan, a nivel morfológico, a los modelos áticos o de Kouass (fig. 24, nº 2), distinguiéndose de ellos, sin embargo, por el tratamiento de las superficies. Ambos tipos están decorados en la superficie interna con bandas y líneas concéntricas, pintadas de rojo y negro respectivamente.

Este tipo de plato ha sido reconocido en numerosos yacimientos de Andalucía occidental, especialmente en Huelva (Belén Deamos *et al.* 1977) y en La Tiñosa (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978). En el área mediterránea existen también ejemplares documentados procedentes de Ibiza (Tarradell y Font, 1975) y del Cerro del Villar (Arribas y Arteaga, 1975).

Resulta difícil evaluar si la producción de estos platos se efectuó localmente o, por el contrario, estamos ante materiales importados. La semejanza formal y decorativa que se puede comprobar entre los ejemplares de Castro Marim y los que se recogieron en La Tiñosa permite considerar la hipótesis de la existencia de un único taller que abastecía a los dos yacimientos.

Pero además de la cerámica de mesa, la población que habitó en el Castelo de Castro Marim durante la segunda mitad del I milenio a.C., importó produc-

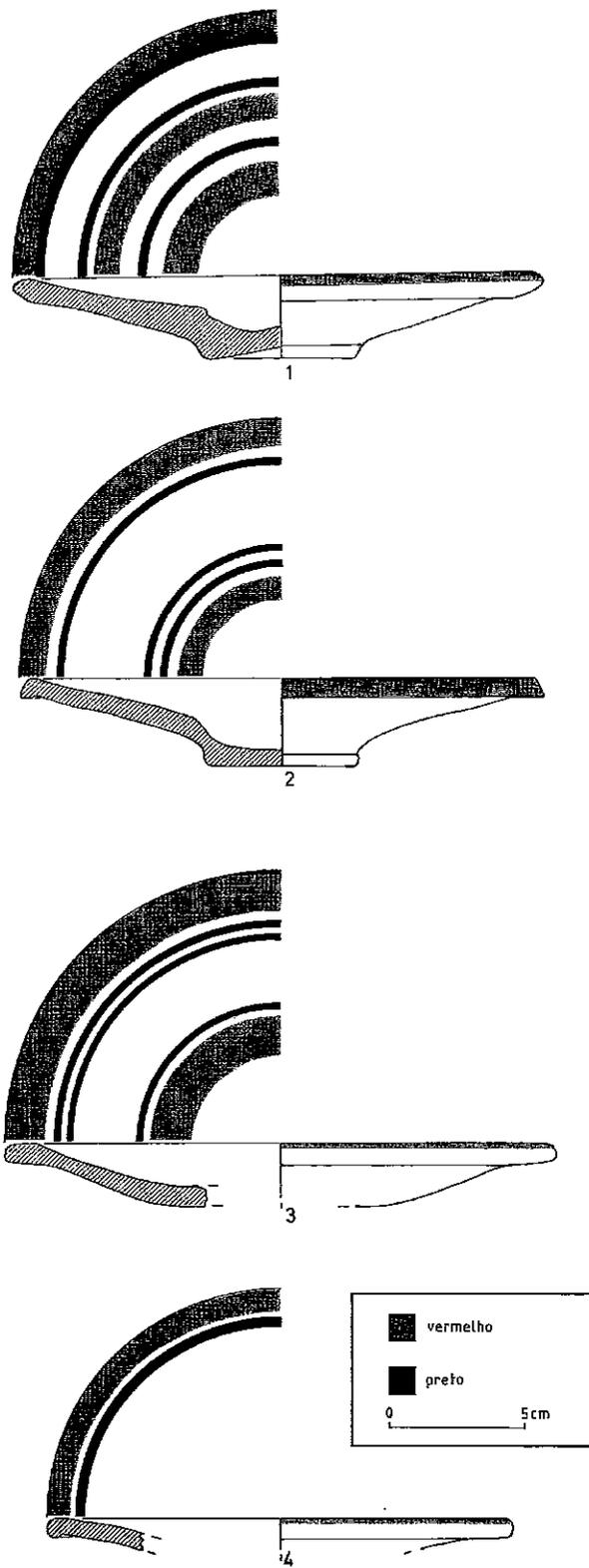


Figura 24.- Castro Marim: Platos pintados con líneas rojas y negras.

tos alimenticios en grandes cantidades, importaciones que los abundantes fragmentos de ánforas documentan. Las ánforas son, sin ninguna duda, las piezas cerámicas mejor documentadas de las recogidas en Castro Marim, habiendo sido posible, mediante el análisis de la secuencia estratigráfica, datar con cierta precisión la gran mayoría de los ejemplares.

La asociación de los restos anfóricos a cerámicas que ofrecen dataciones históricas relativamente precisas aclaró algunos datos cronológicos, ya que las ánforas de la llamada II Edad del Hierro se encontraron muchas veces en unidades estratigráficas en las que también se hallaron:

1. Cerámica ática de finales del siglo V a.C. (cuencos Cástulo de la clase delicada);
2. Cerámica ática del primer cuarto del siglo IV a.C.;
3. Producciones occidentales de las formas 23 y 27 de Lamboglia, de la segunda mitad del siglo IV y del III a.C.;
4. Cerámicas romanas (campaniense, paredes finas y ánforas itálicas) de la segunda mitad del siglo I a.C. (50-30 a.C.).

En primer lugar, es importante aclarar que la totalidad de las ánforas se integran en modelos occidentales y deben corresponder a las llamadas producciones ibéricas. Los ejemplares recogidos se pueden agrupar con facilidad en cuatro grandes grupos.

El primero corresponde a ánforas sin cuello, de boca estrecha, con borde reentrante engrosado externa y/o internamente y hombros altos y redondeados. Se trata de ánforas conocidas con la designación genérica de Mañá-Pascual A4. En Castro Marim aparecen en niveles de finales del siglo V a.C. y la primera mitad del IV, desapareciendo a partir de la segunda mitad de este último siglo. La producción de esta forma está muy bien documentada en todo el Occidente, existiendo evidencias de su fabricación en la bahía gaditana, por ejemplo, en Las Redes - Puerto de Santa María (Frutos *et al.*, 1988) y en la costa de Málaga, de la que el horno de Cerro del Villar es un buen testimonio (Aubet *et al.*, 2000). Algunos de los ejemplares de Castro Marim se integran bien en el subgrupo 11.2.1.0 de Ramón Torres (1995: 233, fig. 199-208), que está compuesto por ánforas que conocieron una enorme expansión y difusión, no sólo en todo el Mediterráneo, sino también en la costa atlántica, de lo cual Castro Marim, La Tiñosa o el Cerro da Rocha Branca, son buenos ejemplos.

Recogidas en niveles de idéntica cronología son las ánforas que integré en un segundo grupo. Se trata de piezas de tendencia cilíndrica, sin cuello, de boca estrecha, con borde muy entrante, sin engrosa-

miento o muy ligeramente engrosado. El cuerpo es cilindroide, con hombros que presentan una convexidad acentuada, sin que exista ninguna ruptura en la trayectoria de la pared superior al cuerpo. En algunos ejemplares de este grupo, el borde está destacado de la pared del hombro por una acanaladura. Resultó difícil averiguar el área de producción de las ánforas de este tipo halladas en Castro Marim. En la zona central del Mediterráneo, concretamente en Cerdeña o en la región de Cartago, se fabricaron en los siglos V y IV a.C. ánforas formalmente semejantes, y que corresponden a los tipos 4.1.1.3., 4.2.1.1., 4.2.1.2., 4.2.1.3. y 4.2.1.10. de Ramón Torres (1995: 185-191). No se debe olvidar que la misma forma es abundante en todo el valle del Guadalquivir, donde la producción y circulación puede alcanzar el final del siglo II a.C., como se verificó en el Cerro Macareno (Pellicer Catalán, 1982, 1983). Se trata de la forma que Pellicer designó como D4.

Son muy abundantes las ánforas de borde engrosado internamente, sin hombro o cuello y con cuerpo de paredes rectilíneas. Corresponden al tipo 8.1.1.2. de Ramón Torres (1995: 222, fig. 186) y se recogieron en Castro Marim en todos los niveles arqueológicos del siglo V al III a.C. Su producción seguramente se encuentra «...en una franja de la costa atlántica de Cádiz y/o zonas adyacentes.» (*ibid.*).

La enumeración exhaustiva de los yacimientos arqueológicos donde se han registrado ánforas de los mismos tipos que las que aparecen en Castro Marim parece innecesaria. Pero es importante que se mencione que son piezas relativamente comunes entre el siglo V y finales del II a.C. en un gran número de yacimientos costeros del sur peninsular, desde el país Valenciano hasta Andalucía, siendo muy frecuentes en el área de Cádiz, en el valle del Guadalquivir (Cerro Macareno) y en Huelva (La Tiñosa).

En el territorio actualmente portugués, la inexistencia de conjuntos publicados de ánforas prerromanas tal vez explique la aparente no importación de productos alimenticios de la cuenca del Mediterráneo occidental que, sin embargo, se ha documentado también en el Algarve en el Cerro da Rocha Branca. De hecho, resulta impresionante la semejanza entre los tipos anfóricos de los siglos V al III a.C., recogidos en ambos poblados, semejanza que, además, también se observa entre el restante material, principalmente en la cerámica ática.

Como ya se mencionó anteriormente, en un nivel bien estratigrafiado y datado en los años 50-30 a.C., se recogió paralelamente a las importaciones itálicas (Dressel 1) y norte africanas (Mañá C2), un conjunto de ánforas que parecen derivar de estos modelos occi-

dentales de los siglos V al III a.C. Se dividen fundamentalmente en dos grandes tipos. Uno, de forma general ovoide, de borde reentrante, engrosado interna y exteriormente, y otro de boca muy estrecha, con hombros bien marcados y con carena muy acentuada y cuyo cuerpo deberá presentar una forma cilíndrica.

Se sabe muy poco de la producción y de la expansión de este tipo de ánfora y se desconoce la localización de los hornos donde era fabricado. Un origen en el sur peninsular no parece, sin embargo, una hipótesis a descartar.

La proximidad entre la cultura material recogida en el Castelo de Castro Marim y aquella que se identifica en Andalucía occidental (Huelva, La Tiñosa) en la segunda mitad del I milenio a.C. sobrepasa en mucho el nivel de las importaciones, siendo posible verificar un numeroso grupo de producciones cerámicas de uso común. Es el caso de:

1. Vasos cerrados de cuerpo globular, decorados con bandas paralelas y concéntricas y líneas zigzageantes (fig. 22)

2. Pequeños cuencos y platos hemiesféricos, con pie destacado y base plana, caracterizados también por poseer una banda pintada en la superficie interna en la zona contigua al borde (fig. 23, nº 9-10);

3. Cuencos hemiesféricos de borde simple, pie destacado y base plana o convexa;

4. Cuencos de gran diámetro, cuerpo semiesférico separado del borde, exvasado y engrosado, con un cuello corto y troncocónico.

La gran mayoría de los tipos cerámicos identificados en Andalucía occidental y en el Castelo de Castro Marim durante los siglos V-III a.C. están también presentes en el Cerro da Rocha Branca (Gomes, 1993: fig. 13, 14).

4.3.1.4.4. El Castillo de Castro Marim durante la Protohistoria: análisis de los resultados

Los datos que proporcionaron las excavaciones arqueológicas en el Castelo de Castro Marim sobre su ocupación protohistórica merecen un análisis más exhaustivo que, más allá de los comentarios específicos sobre su cultura material, los consideraré de forma global.

En primer lugar, es importante señalar que la ocupación de la pequeña colina de la desembocadura del Guadiana se inició en un momento claramente anterior a la instalación de las poblaciones mediterráneas en el Sudoeste de la Península Ibérica. A pesar de mal caracterizada, la Edad del Bronce se registró en el Castelo de Castro Marim, lo que deja entrever la existencia de una ocupación indígena.

La fecha exacta del inicio de la ocupación del Hierro está por aclarar debidamente. Sin embargo, no quedan dudas de que, al menos a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C., en cronología tradicional, los habitantes de Castro Marim entraron en contacto, directa o indirectamente, con los colonos fenicios entonces instalados en el área del Estrecho de Gibraltar. El material recogido en niveles que pude asociar a la primera mitad del I milenio a.C. es bien elocuente de ese contacto, revelando numerosas afinidades con lo que se encontró en yacimientos orientalistas de Andalucía occidental y del Norte de África. Así, creo posible deducir que el Castelo de Castro Marim fue frecuentado por navegantes/comerciantes fenicios occidentales, pero no creo que sea posible admitir una fundación colonial. De hecho, la ocupación de la Edad del Bronce y la existencia de formas cerámicas típicas del mundo indígena orientalistas conducen a la conclusión de que el yacimiento corresponde a un *habitat* indígena, perfectamente integrado en el ámbito tartésico.

Todo indica que Castro Marim, como también muy probablemente todo el litoral del Algarve, corresponde, durante la Edad del Hierro, prácticamente a una prolongación del mundo andaluz occidental, donde la presencia de elementos orientales no se debe a la instalación permanente de poblaciones exógenas.

Esta convicción se vio reforzada con lo que pude observar en las unidades estratigráficas correspondientes a la llamada II Edad del Hierro. Aquí, las semejanzas que pude observar entre las culturas materiales de Castro Marim y de Huelva (Cabezo de San Pedro y de la Esperanza, Puerto 6 y Puerto 9) y La Tiñosa, en Lepe, son todavía más notorias. Pude verificar que son las mismas formas y las mismas manufacturas que están presentes en ambas márgenes del Guadiana, siendo obvio que los mismos centros exportadores abastecieron los dos mercados de productos manufacturados y alimenticios.

Lo que más impresiona es la diferencia total entre la cultura material que se registra en esta realidad geográfica y la que proviene de los yacimientos del litoral occidental del actual territorio portugués (V. *infra*). En los estuarios del Sado, Tajo y Mondego los yacimientos orientalistas adquieren, durante la II Edad del Hierro, particularidades que los diferencian totalmente del litoral del Algarve. La cultura material allí detectada, a pesar de poseer características de raíz mediterránea, no es comparable con la que se reconoce en la llamada Turdetania (v. *infra*).

Considero que quedó claro que, también en la segunda mitad del I milenio a.C., la población que ha-

bitaba en el Castelo de Castro Marim tenía profundos vínculos con la región inmediatamente contigua al margen izquierdo del Guadiana, estando íntimamente conectado con el mundo turdetano.

Las estructuras identificadas y los materiales recuperados en el Castelo de Castro Marim obligan también a establecer su papel en términos regionales. Localizado en la desembocadura de un gran río peninsular, el Guadiana, el poblado se emplazó junto a la costa, pero con acceso directo al interior a través del río. El poblado indígena, cuyo inicio de ocupación data de la Edad del Bronce, mantiene contactos con pueblos del Mediterráneo oriental, o directamente o más probablemente a través de la Huelva tartésica, en el ámbito de la cual, muy probablemente, creció y se desarrolló.

El poblado de Castro Marim ostenta una situación estratégica fundamental que, sin duda, es responsable del papel que desempeñó durante la Edad del Hierro. De hecho, la localización, el tipo de implantación, los materiales arqueológicos recuperados y las estructuras identificadas son buenos indicios de la importancia que este yacimiento adquirió también en el contexto local y regional.

A pesar del extenso y prolongado trabajo de prospección realizado en las zonas en análisis, que abarcan las comarcas de Vila Real de Santo António; Alcoutim y Castro Marim (Gonçalves, Arruda y Calado, en prensa; Catarino, 1997-98), la ocupación de la I Edad del Hierro continúa siendo prácticamente desconocida en la región. Aparentemente, únicamente la «Serra» ofrece vestigios arqueológicos de esta época (Catarino, 1997-98: 538-540), que permanecen, sin embargo, en una especie de semioscuridad, ya que sobre los yacimientos detectados no se han realizado intervenciones.

Si las necrópolis de cistas del llamado Bronce del Sudoeste, localizadas en el «Barrocal» y en la «Serra» (Schubart, 1975; Catarino, 1997-98), indican una ocupación relativamente intensa durante el segundo milenio a.C., los datos sobre la Edad del Hierro son muy escasos, y sólo las necrópolis identificadas presuntamente en el Nordeste del Algarve, asociadas a lápidas epigrafiadas, permiten conocer la existencia de población en la región. Desgraciadamente, se desconoce casi todo sobre los tipos y criterios de asentamiento, como también son dramáticamente escasos los datos sobre la cultura material de esa población, que se reduce a las cerámicas encontradas en superficie de algunos yacimientos de la comarca de Alcoutim, concretamente en Monte do Viçoso, en Degraças y en el Cerro do Carneiro (*ibid.*: 539). Sin embargo, se ha de destacar la aparición en el Castelo de Alcoutim de un

fragmento de cerámica ática que, por la decoración que presenta, una palmeta impresa en el interior del fondo, se puede datar en la 1ª mitad del siglo IV a.C. (*ibid.*)

Si a nivel estrictamente local, el poblado de Castro Marim parece estar completamente aislado, parece lógico pensar en un marco regional más amplio. El Guadiana representó sin duda una importante vía de penetración, a través de la cual se establecieron los contactos entre la población del área ribereña y el interior, contactos que justificaron también la importancia que Castro Marim adquirió.

Desgraciadamente, los datos que podrían sustentar esta hipótesis tampoco abundan. Sin embargo, el conjunto de cerámica griega recogido en Mértola (Arruda, Barros y Lopes, 1998), lo poco que se conoce de la llamada II Edad del Hierro en la cuenca del Guadiana (Arruda, 1997a) y el fragmento de cerámica griega de Alcountim deben valorizarse en el análisis.

El estudio de la cerámica ática de Mértola (Arruda, Barros y Lopes, 1998) mostró la casi total coincidencia entre las importaciones de este yacimiento y las de Castro Marim y el mismo tipo de importaciones parecen también deducirse de lo poco que se conoce de los vasos griegos de Azougada, Moura y Castelo de Serpa (Arruda, 1997a).

Defendí hace poco tiempo (*ibid.*: Arruda, Barros y Lopes, 1998), que las cerámicas griegas encontradas en el interior del Bajo-Alentejo difícilmente podrían ser entendidas como el resultado de contactos directos de esta región con poblaciones mediterráneas. Parece evidente que Castro Marim representó durante la segunda mitad del I milenio un papel esencial en el abastecimiento hacia el interior de productos exógenos. Las relaciones de tipo comercial que ese abastecimiento deja entrever permiten adivinar la existencia de lazos estrechos entre la desembocadura del Guadiana y el Bajo-Alentejo, éste con recursos metalíferos conocidos y aquél con un aprovechamiento muy acentuado de los recursos marítimos, donde el comercio de larga distancia representaba un papel relevante.

El crecimiento y desarrollo que parecen haber tenido los poblados alentejanos de la cuenca del Guadiana a partir de mediados del siglo V a.C. podría también reflejarse en la actividad comercial establecida con la región ribereña, actividad ésta que les permite exportar sus materias primas (metales y productos agrícolas) a cambio de productos importados, principalmente las cerámicas áticas.

Para terminar, diré que Castro Marim parece haber sido, durante la Protohistoria, un importante centro de consumo, importando para consumo propio

productos alimenticios y manufacturados. Creo que también existen datos suficientes para presumir que la distribución fue igualmente asumida por la población que allí habitaba, distribución ésta que implicaba una previa concentración de productos.

El papel que considero que desempeñó Castro Marim durante la Edad del Hierro presupone, también, que en el asentamiento habitaba una elite que controlaba el comercio regional y de larga distancia, actividad que pudo haber contribuido a acentuar el poder de esta elite. Efectivamente, el tipo de comercio que presupone la existencia de razonables cantidades de cerámicas importadas, sólo es comprensible en un sistema social jerarquizado, pero no necesariamente estratificado.

4.3.2. El Cerro da Rocha Branca

El Cerro da Rocha Branca se localiza en la comarca de Silves, junto al margen derecho del río Arade. Se sitúa en una elevación de forma alargada, que durante la Edad del Hierro constituía una península. Su cota es de 41 m y presenta las siguientes coordenadas hectométricas Gauss, leídas en la CMP 595: M 171; P 024.5.

El yacimiento, donde en el siglo XIX Estácio da Veiga recogió la moneda con la leyenda CILPES (Veiga, 1910), fue objeto de tres campañas de excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la primera mitad de la década de los 80 del siglo XX y dirigidas por Mário y Rosa Varela Gomes y Caetano Beirão. El poblado del Cerro da Rocha Branca fue completamente destruido en 1988.

Los trabajos arqueológicos permitieron identificar varias estructuras, defensivas y habitacionales, concretamente algunos lienzos de muralla y paredes de habitaciones, y un abundante material arqueológico con cronologías comprendidas entre la Edad del Hierro y la época romana (Gomes, Gomes y Beirão, 1986; Gomes, 1993). La recogida de carbones y fauna malacológica posibilitó la obtención de dos dataciones de radiocarbono (*ibid.*), contribuyendo la fauna mamífera al conocimiento de la dieta alimenticia de los habitantes del lugar durante la Edad del Hierro (Cardoso, 1996).

Como ya mencioné, los resultados obtenidos fueron publicados. Se ha de retener de esta publicación algunos datos que me parecen relevantes por varias razones. En primer lugar, debe decirse que el área investigada fue diminuta, no habiendo excedido los 170 m². Por otro lado, no puedo dejar de lamentar la inexistencia de algún perfil estratigráfico dibujado, donde se pudiese verificar la forma cómo los estratos arqueológicos se sucedían. Esa información sería de

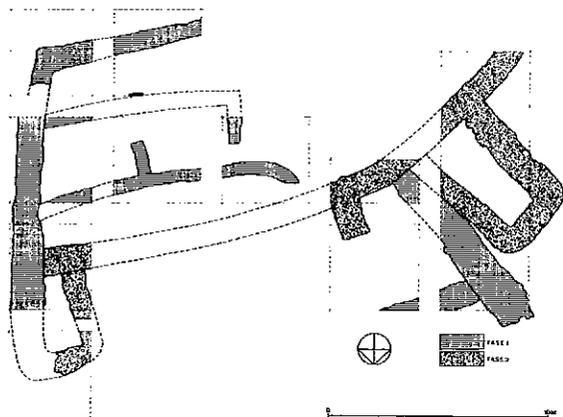


Figura 25. Planta de las estructuras detectadas en el Cerro da Rocha Branca (según Gomes, 1993: fig. 3).

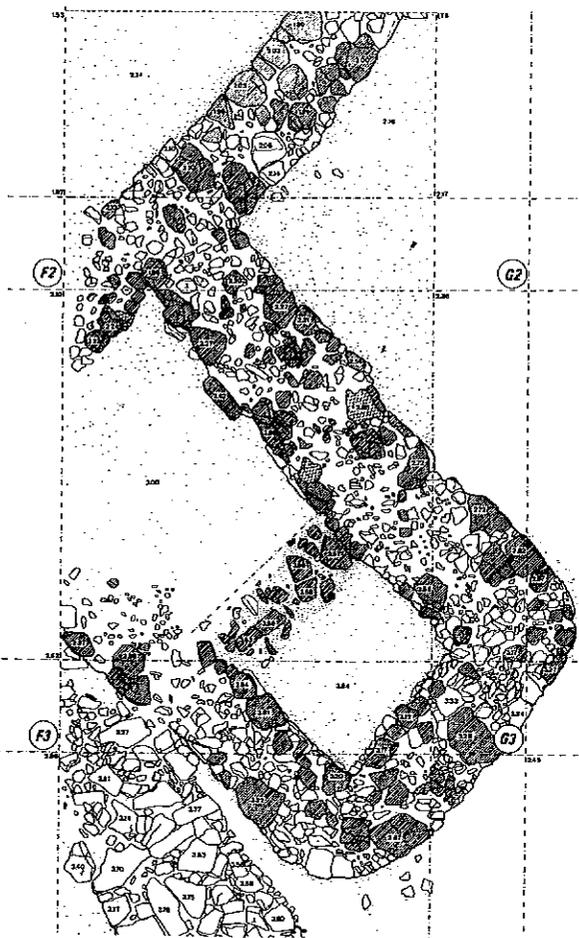


Figura 26. Cerro da Rocha Branca: planta de la muralla y de la Torre hueca, adosada a ésta (según Gomes, 1993: fig. 11).

gran utilidad, ya que la lectura de la publicación, en lo que se refiere al análisis de la estratigrafía y a la secuencia observada, no esclarece la realidad, pareciendo incluso que las tres primeras fases de ocupación (Orientalizante Pleno, Orientalizante Evolucionado e Ibérico), comprendidas entre el siglo VIII y el III a.C., fueron leídas en un único estrato arqueológico.

A nivel de las estructuras, las excavaciones permitieron comprobar la existencia de murallas (fig. 25). Éstas, pertenecientes a dos fases distintas, fueron en un primer momento construidas con bloques calcáreos de grandes dimensiones ligados con arcilla. En un segundo momento constructivo, se utilizó la arenisca roja en la edificación de la estructura defensiva. Se debe mencionar, además, que fue posible verificar que la construcción de la segunda muralla revela la reducción del espacio intramuros, pareciendo también importante el hecho de que la segunda muralla se presentara reforzada por torres huecas y de planta rectangular (*ibid.*: 76-79) (fig. 26).

Algunas estructuras de habitación también fueron identificadas. Se trata de habitaciones de planta rectangular que se adosaban a la muralla más antigua (*ibid.*) (fig. 27).

Los materiales arqueológicos recogidos durante la excavación y dos dataciones de radiocarbono permitieron a Gomes un análisis sobre la secuencia cultural y cronológica de la ocupación del poblado de Rocha Branca, que es importante presentar y discutir. El arquitecto responsable de los trabajos defiende que el yacimiento tuvo «...uma dinâmica cultural que apresenta quatro períodos, de idade sidérica, bem distintos...», concretamente: «Periodo Orientalizante Pleno (séculos VIII-VII a.C.) [...] Periodo Orientalizante Evoluído (séculos VI-V a.C.) [...] Periodo Ibérico (séculos IV-III a.C.) [...] Periodo itálico (séculos II-I a.C.)» (*ibid.*: 79-80).

Independientemente de la terminología utilizada en la clasificación de las diversas fases y de considerar Periodo del *Hierro* o Periodo *itálico*, debe decirse que la primera, denominada «Periodo Orientalizante Pleno», fue caracterizada casi exclusivamente por «...apenas alguns materiais recolhidos nas terras removidas pelas terraplanagens, e escassos fragmentos de pratos de «verniz vermelho», de «cerâmicas cinzentas» ou de ânforas [...] provenientes da C2 do QD3 ou da C3 do QG2 e do QG3 ...» (*ibid.*: 79).

Referente a esta fase más antigua de la ocupación protohistórica del yacimiento es necesario mencionar las dataciones radiométricas obtenidas en el Cerro da Rocha Branca, sobre todo, porque la sugerencia de una ocupación durante el siglo VIII a.C. está en la base de la definición del primer momento

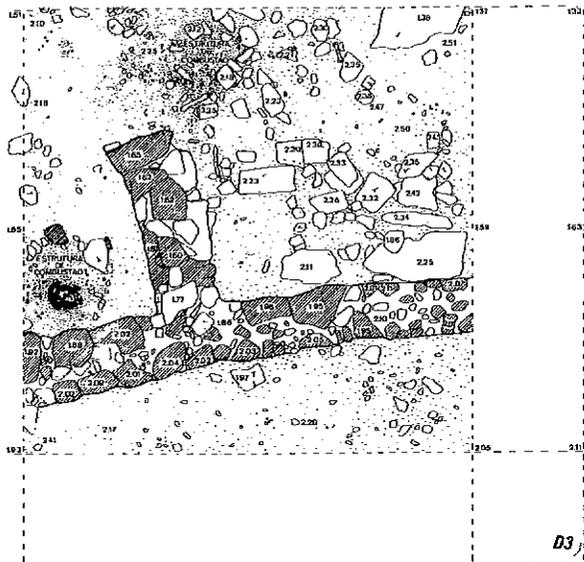


Figura 27. Estructuras de habitación de Cerro da Rocha Branca (según Gomes, 1993: fig. 8).

de ocupación (Gomes, 1993: 82-83). Dejando para otra ocasión la discusión sobre la imposibilidad de cruzar dataciones obtenidas por radiocarbono con las fechas que proporcionan las cronologías históricas, no puedo dejar de mencionar que las dos dataciones obtenidas para la misma estructura de combustión (QD3/C2) no son coincidentes. ICEN 853 fue realizada sobre carbones e indicó 2570 ± 45 a.C. Después de calibrada para dos sigmas ofreció un intervalo de tiempo de 641-548 cal. A.C. El análisis ICEN 852 fue realizado sobre conchas. La datación obtenida fue de 3010 ± 45 a.C., lo cual, tras la calibración a 2 sigmas, indica un intervalo de tiempo situado entre 920-780 cal. A.C.

La discrepancia que proporcionaron los resultados de los análisis de radiocarbono para una misma unidad estratigráfica recomienda prudencia en la interpretación y, sobre todo, no aconseja escoger la más antigua de las dos dataciones. Aún desconociendo el criterio en el que se basó el autor para realizar esa elección, no comprendo cómo se puede inferir de estos resultados que el Cerro da Rocha Branca estuvo ocupado a partir del inicio del siglo VIII a.C.

Por otro lado, una lectura atenta del trabajo donde se publicaron los resultados de Rocha Branca no deja de causar cierta perplejidad. Aparentemente, materiales arqueológicos datados desde el siglo VIII a.C. al siglo III a.C. proceden de un mismo estrato, que corresponde a los llamados C2 de QD3, y C3 de QG2 y de QG3, lo que no deja de ser como mínimo extraño, por lo que considero importante la cita directa :

«Periodo Orientalizante Pleno (séculos VIII-VII a.C.) – [...] escasos fragmentos de pratos de «verniz vermelho», de «cerâmicas cinzentas» ou de ânforas (séculos VIII-VII a.C.) provenientes da **C2 do QD3 ou da C3 do QG2 e do QG3.** [...] *Periodo Orientalizante Evoluído* (séculos VI-V a.C.) [...] materiais exumados em duas pequenas sondagens [...] **(QG3/C3) (QG2/C3).**» (la negrita es mía) (*ibid.*: 79). Aunque no aparece indicado en ninguna parte del texto en qué contexto fueron recogidas las piezas atribuidas al llamado Periodo Ibérico (siglos IV-III a.C.), sin embargo es fácil comprobar por la lectura de las leyendas de las figuras a las que se refieren (fig. 14, 15 y 16), que también fueron recuperadas exactamente en el **mismo estrato 3 de G3 y de G2** (*ibid.*: 93, 95, 96 y 97) (fig. 28).

Así pues, toda esta información hace necesariamente dudar de las fases propuestas y, sobre todo, de toda la interpretación que esta secuencia proporciona. Los datos divulgados sobre la secuencia estratigráfica y la situación de los materiales en esta secuencia permiten la duda sistemática y aconsejan una mayor prudencia en la lectura.

También es importante destacar que, desde mi perspectiva, ninguno de los materiales publicados permite la propuesta cronológica para la primera de las fases de ocupación. El llamado *Periodo Orientalizante Pleno* del Cerro da Rocha Branca está mal definido arqueológicamente y la datación de los siglos VIII y VII a.C., en cronología tradicional, que se atribuyó a algunos materiales (que además aparecen acompañados, en las mismas unidades estratigráficas, por otros fechados históricamente en los siglos V y IV a.C.) no resiste un análisis tipológico riguroso.

De hecho, las cerámicas publicadas en la fig. 10 no poseen características que permitan datarlas en el siglo VIII a.C. Contrariamente a lo que expresamente afirma el investigador que publica el yacimiento del Algarve, pienso que los paralelos formales, tanto para las ánforas como para los platos de engobe rojo, permiten situarlos, de acuerdo con cronologías tradicionales, entre la segunda mitad del siglo VI y el siglo V a.C. Pienso que es lo que puede deducirse, por ejemplo, de los perfiles de los platos de engobe rojo (*ibid.*: 87, fig. 10), que tienen afinidades formales con el tipo P3 de Rufete Tomico (1988-89), que sólo se generaliza a partir del 600 a.C. en Andalucía, ya sea en los yacimientos de fundación fenicia o en los poblados indígenas más o menos orientalizados.

En cuanto a las ánforas, debe decirse que los dos ejemplares publicados (Gomes, 1993: 87, fig. 10: nº 5 y 6) no presentan características formales que sugieran una importación del ámbito fenicio occidental. Esas mismas características, también, hacen

descartar la hipótesis de una cronología tradicional situada en los siglos VIII y VII a.C. Añadiendo, además, que el ánfora nº 6 de la figura 10, aún teniendo fuertes afinidades, a nivel del perfil y orientación del borde con el Tipo 1.4.4.1. de Ramón Torres (1995: 175; fig. 150, 151), es también semejante a ánforas que, en el territorio portugués, se han datado a finales de la Edad del Hierro (en este trabajo: *A Alcáçova de Santarém*). Sin embargo, aunque se pueda incluir el ánfora de Rocha Branca en el Tipo 1.4.4.1. de la mencionada tipología, su datación nunca podría llevarse más allá del siglo V a.C., fecha en que su producción está atestiguada en Cerdeña y en otros talleres púnicos, principalmente en Sicilia o en el área de Túnez (*ibid.*).

Así, a pesar de que son innegables las características mediterráneas del asentamiento en cuestión, concretamente en lo que se refiere a su cultura material, pienso que los restos conocidos o la planta de la estructura defensiva no permiten concluir que estamos ante un establecimiento fenicio cuya fundación se remontaría al inicio del siglo VIII a.C.

Para concluir, diré únicamente que lo que se ha publicado hasta el momento nos permite pensar que el poblado del Cerro da Rocha Branca parece haber sido fundado en un momento que no puede retroceder más allá de finales del siglo VI a.C. Las importaciones homogéneas de productos mediterráneos durante los siglos V y IV a.C., las cerámicas áticas -*kilikies*, bolsais y páteras de la forma 21 y 22 -, las cerámicas mencionadas de Kouass - formas 23 y 25 - (Gomes, 1993: 80) y las ánforas -tipos 8.1.1.2., 11.2.1.4. y 11.4.5.1. de Ramón Torres - son bien elocuentes en lo que se refiere a la estrecha relación mantenida por este poblado con el mundo andaluz. Al igual que otros yacimientos del Algarve litoral, principalmente Castro Marim y tal vez Faro y Monte Molião, el Cerro da Rocha Branca se integra perfectamente en lo que se acostumbra a denominar *Turdetano*.

No se vislumbran razones para considerar a Rocha Branca una factoría fenicia, por lo que parecen inadecuadas las observaciones e interpretaciones finales de Varela Gomes en el trabajo en el que publicó los resultados de las excavaciones en el lugar, principalmente las que se refieren a la integración de los colonos fenicios en el territorio circundante (*ibid.*: 104-105). El impacto que en el lugar habrían tenido los acontecimientos ocurridos en el Próximo Oriente durante el siglo VI a.C. no merecen, por razones obvias, ningún tipo de comentario.

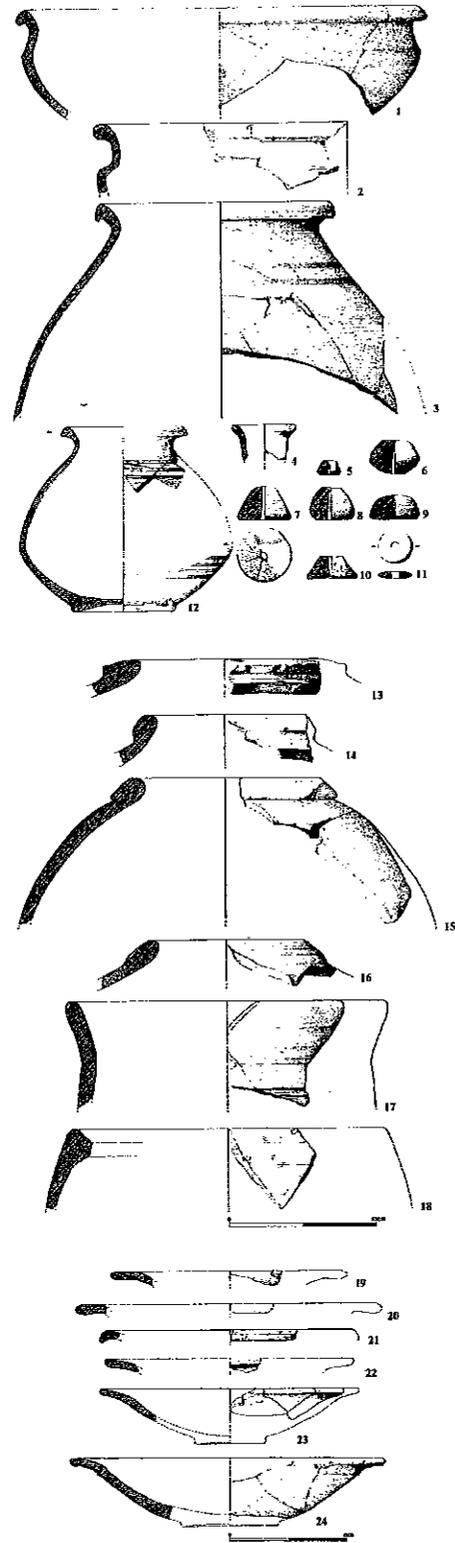


Figura 28. Cerro da Rocha Branca: materiales hallados en el Estrato 3 del Cuadrado G3 (según Gomes, 1993: fig. 14, nº 1-12; fig. 15, nº 13-18; fig. 16, nº 19-24).

4.4. LAS NECRÓPOLIS

4.4.1. Fonte Velha de Bensafrim

La necrópolis de Fonte Velha de Bensafrim, en la comarca de Lagos, fue identificada en el siglo XIX por Estácio da Veiga, que se desplazó al lugar siguiendo el descubrimiento de estelas epigráficas. El yacimiento tiene las siguientes coordenadas hectométricas Gauss: M. 145.1; P21.9.

Sebastião Philippe Martins Estácio da Veiga procedió a las excavaciones arqueológicas en la mencionada necrópolis (Veiga, 1891) y António dos Santos Rocha continuó, en 1897, el trabajo de campo del arqueólogo del Algarve (Rocha, 1975).

Los resultados publicados por los dos investigadores antes citados permiten un análisis relativamente objetivo de la realidad encontrada.

La necrópolis de la Edad del Hierro era de inhumación y se encontraba bajo otra romana y de incineración. Estaba formada por sepulturas de tipo cista que se extendían por una gran zona, aunque no completamente definida, pero cuya anchura no era inferior a 300 m (Veiga, 1891: 252). Estácio da Veiga excavó 17 monumentos y Santos Rocha 14, lo que suma, en la totalidad del área de intervención, 31 cistas (fig. 29).

Las sepulturas, orientadas en sentido NNO/SSE, eran en líneas generales rectangulares, existiendo, sin embargo, casos, aunque escasos, en los que asumían una forma trapezoidal. Destacaban, por la rareza de su planta, una sepultura triangular y otra semicircular. Las dimensiones de las sepulturas variaban entre 1 m y 1.40 m. de largo y entre los 0.50 m y 0.80 m. de ancho. La gran mayoría de las cistas se construyó con lajas poco gruesas, hincadas verticalmente en tierra. Las paredes que definían la sepultura semicircular eran de obra. Las sepulturas estaban cubiertas por lajas. Exceptuando un único caso, las cistas no estaban rodeadas por ninguna estructura tumular. La excepción consiste en un muro de obra que define un espacio rectangular, en el centro del cual se introdujo una sepultura rectangular (Veiga, 1891, Rocha, 1975).

Muchas de las sepulturas no contenían resto alguno, aunque, según Santos Rocha (*ibid.*: 130-133), no habían sido objeto de ninguna violación. En las sepulturas dominaban los objetos de adorno, constituidos por cuentas de collar de pasta vítrea, muchas de ellas oculadas. Las sepulturas ofrecieron también escasos fragmentos cerámicos, que nunca se publicaron, y algunos objetos de bronce y un «botón» de oro. Se trata de un disco decorado de 3.2 cm de diámetro y orificio central. La decoración se inscribe en zonas li-

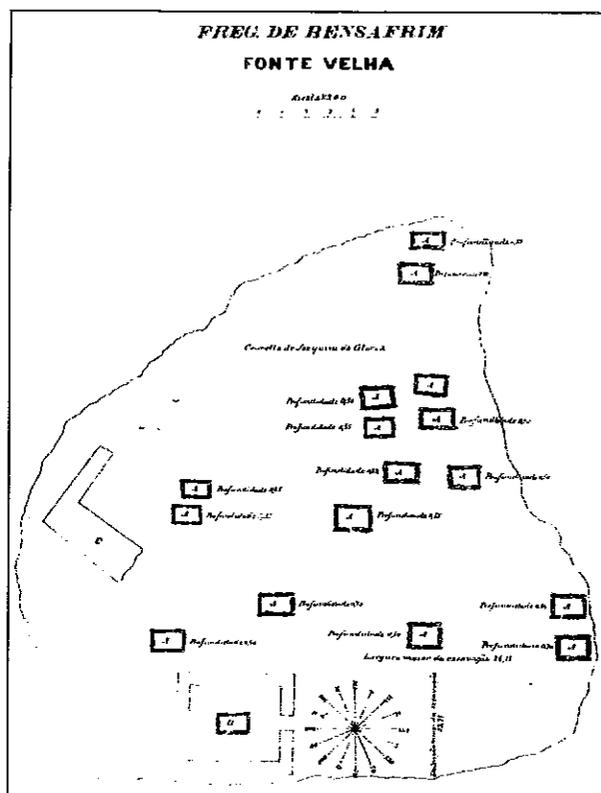


Figura 29. Planta reconstruida de la necrópolis de Bensafrim (según Veiga, 1986: fig. 13).

mitadas por círculos concéntricos y consta de puntos, espirales y líneas que definen objetos no identificables.

Es importante mencionar que, de las seis losas epigráficas encontradas en la necrópolis de Fonte Velha, una era parte integrante de una cista, lo que presupone una segunda utilización, sin duda, después de finalizada su función original. Este hecho también fue verificado en las necrópolis de Ourique, como por ejemplo Pêgo y Fonte Santa, área, en la que, sin embargo, pudo ser constatada la implantación vertical de estos monumentos, concretamente en Mealha Nova (Dias *et al.*, 1970).

Lo que sorprende del análisis de la necrópolis de Fonte Velha de Bensafrim es, por un lado, su extensión, y por otro, la relativa pobreza de sus restos, casi limitados a los adornos de pasta vítrea.

4.4.2. Cômoros da Portela, Père Jacques y Alagoas

La información disponible sobre las necrópolis de Cômoros da Portela, Père Jacques y Alagoas es muy escasa. La primera y la última no fueron objeto de intervención.

Cômoros da Portela, localizada en S. Bartolomeu de Messines, comarca de Silves, tiene las siguientes coordenadas hectométricas Gauss: M. 188.9; P. 31.0. La necrópolis fue identificada por Estácio da Veiga, que se desplazó al lugar para observar y recoger las estelas epigrafiadas que allí habían aparecido (Veiga, 1891: 285-286). En el lugar tomó conocimiento de la existencia de varias sepulturas que ya estaban destruidas. Supo también de la aparición de cerámicas y de objetos de cobre o bronce (*ibid.*), y pudo recuperar cuentas de collar de pasta vítrea, algunas oculadas (*ibid.*: 259). Según las informaciones que Estácio da Veiga recogió, puede deducirse que, también en este caso, se trata de una necrópolis de cistas, siendo admisible que hubieran sido utilizadas estelas epigrafiadas en la construcción de algunas de ellas.

Referente a Père Jacques, en la comarca de Aljezur (coordenadas hectométricas Gauss: M. 141.7; P. 26.3), únicamente se sabe de la existencia de una cista, cuyo material estaba íntegramente constituido por cuentas de collar de pasta vítrea. También en la construcción de esta cista se utilizó una estela epigrafiada (Viana, Formosinho y Ferreira: 1953).

Sobre la necrópolis de Alagoas, las informaciones son todavía menores. José Leite de Vasconcellos informa únicamente sobre un descubrimiento en el lugar de Alagoas, en Salir, comarca de Loulé, de una estela que marcaría la cabecera de una sepultura (Vasconcellos, 1904).

4.4.3. Discusión

Como ya mencioné anteriormente, el estado todavía embrionario de la Arqueología en el Algarve y el (des)conocimiento de la ocupación de la Edad del Hierro en la región no nos permite afirmar, con toda seguridad, que las muchas estelas inscritas halladas en numerosos lugares del «Barrocal» del Algarve [Benaciate (S. Bartolomeu de Messines, Silves), Dobra (Monchique), Vimiero (Salir) y Barradas (Loulé)] correspondan a necrópolis. En realidad, nada sabemos al respecto.

También es importante mencionar que las necrópolis identificadas no pueden asociarse a ningún poblado o lugar de *habitat*, por lo que se desconoce el tipo y la estrategia de poblamiento en los que se podrían integrar. Es enorme el desconocimiento sobre la cultura material que poseían las poblaciones que construían las necrópolis del Algarve y cuales eran las tecnologías dominantes. Otro dato a tener en cuenta es el hecho de que se desconocen las necrópolis de los poblados litorales. Los lugares de enterramiento de las poblaciones de Castro Marim, Monte Molião, Vila Velha de Alvor, Faro o Tavira nunca fueron identi-

cados. De este modo se da en el Algarve una situación casi paradójica que, ciertamente, se traduce en una coyuntura que habría que superar en el futuro y que se caracteriza rápidamente por:

1. desconocimiento de los poblados en el área del interior donde las necrópolis han sido identificadas;
2. desconocimiento de las arquitecturas y de los rituales funerarios de los yacimientos de *habitat* del litoral.

Tampoco debe olvidarse que es difícil situar estas necrópolis desde el punto de vista cronológico. Los objetos hallados, como las cuentas de collar de pasta vítrea, oculadas o no, no son indicadores de cronologías exentas de error, por lo que apenas puede deducirse que las necrópolis pertenecen, sin ninguna otra especificación, «a la Edad del Hierro». Pero la relación con el mundo mediterráneo es, sin embargo, innegable.

Me gustaría insistir, todavía, en el hecho de la reutilización de las estelas inscritas, que parece ser una constante en las necrópolis del Algarve, del mismo modo que también se constató en otras áreas. Esta situación hace que sea posible admitir que aquellas estelas eran anteriores a estas necrópolis, desconociéndose, a pesar de todo, qué tipos de sepulturas señalaban las losas. Pero al quedar claro que estas losas provenían del mismo lugar, quedó demostrado que la zona estaba ya sacralizada en el momento en que las necrópolis identificadas fueron construidas. De las anteriores, donde algunas sepulturas estarían señaladas con lápidas, nada se sabe.

A juzgar por los resultados obtenidos en Fonte Velha de Bensafrim y por la escasa documentación de Père Jacques y Cômoros da Portela, las necrópolis del Algarve incluyen cistas sin estructura tumular que las rodee, al contrario de lo que se constató en el Baixo Alentejo y en la vertiente Nordeste de la Serra do Caldeirão, donde los monumentos se adosaban unos a otros mediante estructuras tumulares complejas. La distinción entre las dos arquitecturas funerarias es evidente y parece estar en relación con el mismo fenómeno observado durante la Edad del Bronce.

Las necrópolis monumentales con sepulturas adosadas, típicas del Bronce del Sudoeste, y los cementerios de cistas surgen, de hecho, durante el segundo milenio a.C. en áreas mutuamente exclusivas, las primeras en el Baixo Alentejo (Schubart, 1975) y los segundos en el Algarve (Gomes, *et al.* 1986). En este contexto, tiene sentido recordar que también existe distinción entre las epigrafías del Algarve y la alentejana, siendo perceptible una variante paleográfica en el Algarve que desarrolló un cierto barroquis-

mo en la utilización de los signos y utilizó gran variabilidad de fórmulas (Correia, 1997b: 274).

El hecho de que no sean conocidas las necrópolis correspondientes a los poblados del litoral no permite saber si la escritura también era utilizada en sus lugares de enterramiento, por lo que me parece prematuro afirmar que «...não existe qualquer tipo de recobrimento entre feitorias e necrópoles com escrita...» (*ibid.*: 273). La conclusión que «A utilização da escrita do Sudoeste pode portanto ser caracterizada como uma manifestação plenamente indígena...» (*ibid.*) no puede ser inferida sólo a través del análisis de los datos disponibles, ya que son peligrosas las interpretaciones basadas en ausencias que no pueden ser confirmadas. De cualquier forma, me gustaría afirmar que estoy convencida de que el descubrimiento de estelas epigrafiadas con escritura del Sudoeste en necrópolis asociadas o conectadas a los poblados del litoral no desmentiría la convicción del autor («A utilização da escrita do Sudoeste pode portanto ser caracterizada como uma manifestação plenamente indígena...»), ya que considero obviamente como indígenas esos mismos poblados.

4.5. EL ALGARVE DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

Los resultados obtenidos en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el Castelo de Castro Marim y en el Cerro da Rocha Branca, así como los datos referentes a la localización e implantación topográfica de otros yacimientos en el Algarve litoral, proporcionan también un análisis más amplio de las realidades culturales de la Edad del Hierro en el Algarve.

A pesar de la escasez de documentación existente y de la poca fiabilidad que ofrecen los materiales recogidos en superficie, considero que es posible hacer algunas consideraciones de nivel más general, en las que procuraré abordar la complejidad del escenario social en el que se desarrollaron las poblaciones que habitaban la región entre los inicios del primer milenio a.C. y la ocupación romana.

En primer lugar, debe destacarse que los datos recuperados evidencian el carácter mediterráneo de los conjuntos artefactuales de la Edad del Hierro en el Algarve. La conexión entre éstos y los que se hallaron en los yacimientos de Andalucía occidental es intensa y revela una clara relación entre las dos regiones. Los materiales arqueológicos que pude asociar a la primera ocupación del Hierro de Castro Marim, concre-

tamente el trípode, las ánforas y el vaso globular, así como los fondos de platos de engobe rojo y la cerámica gris, tienen realmente muchas afinidades de forma, fabricación y tipo de decoración con ejemplares idénticos de asentamientos orientalizantes de la llamada región tartésica. Es también evidente e incuestionable que su presencia en el Sudoeste de la Península Ibérica se debe al contacto de esta región con poblaciones de origen oriental, instaladas desde el inicio del siglo IX a.C. en el área del Estrecho de Gibraltar.

La proximidad entre las dos regiones, separadas entre sí por el río Guadiana, parece también mayor a partir de la segunda mitad del I milenio a.C., lo que no debe ser sobrevalorado, ya que tal hecho se justifica únicamente en este periodo por ser considerablemente mayor la dimensión de las muestras estudiadas. Sin embargo, es necesario destacar que, entre los siglos V y III a.C., las similitudes de los materiales de los poblados del Algarve (Castro Marim y Rocha Branca) y los de Andalucía —entre otros, Huelva, La Tiñosa (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978), Cerro Macareno (Pellicer Catalán, *et al.* 1983), Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1995), Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1987; Escacena, Carrasco y Belén Deamos, 1997) —son verdaderamente impresionantes.

Así, todo indica que, durante la Edad del Hierro, el Algarve compartió con Andalucía occidental un conjunto muy significativo de tipologías y funcionalidades de asentamientos y también de artefactos, centros exportadores, hábitos de consumo y actividades económicas. Esta participación evidencia, a mi entender, un único esquema cultural y un único escenario social, y es una muestra de que el Algarve litoral se constituye como una prolongación del territorio hacia oriente del Guadiana.

En este contexto, es necesario recordar que Estrabón describe en bloque toda la región «...entre el Cabo Sagrado y las Columnas.» (III, 2, 4), a pesar de que anteriormente había indicado que la Turdetania estaba «...limitada a Occidente y al Norte por el curso del Anas» (III, 2, 1).

Otro dato que destaco en el estudio efectuado, es la total ausencia en los poblados del Algarve de los elementos que, según las tesis de Caetano Mello Beirão, Mário Varela Gomes y Jorge Pinho Monteiro (Beirão, Gomes y Monteiro, 1979; Beirão, Gomes 1980; Beirão, 1986; Silva y Gomes, 1992), y todavía mantenidas por unos pocos investigadores (Correia, 1997c), caracterizan la denominada II Edad del Hierro. Ni en Castro Marim, ni en el Cerro da Rocha Branca se encontraron cerámicas con decoración estampillada, au-

sencia que también se constata en los poblados del litoral andaluz. Así, parece evidente que, en el sur del Sudoeste peninsular, no se verifica a partir de la segunda mitad del I milenio a.C. la celtización que defienden los autores citados anteriormente para toda la región en su «II Edad del Hierro».

Es todavía más importante no olvidar que muchos de los yacimientos del interior, donde esa II Edad del Hierro habría sido identificada, se mantuvieron en contacto con las poblaciones del litoral del Algarve, contacto éste que se traduciría en actividades de tipo comercial. En páginas anteriores, al comentar el significado económico de Castro Marim, ya mencioné esas relaciones, que quedarían demostradas por la presencia de elementos mediterráneos (cerámica griega, por ejemplo) en el interior bajo-alentejano. La presencia de objetos suprarregionales en numerosos poblados del interior sólo parece justificada por una trayectoria fluvial, que el Guadiana y otros cursos de agua permitían, y evidencia indiscutiblemente contactos específicos. Además, la diversidad artefactual observada entre el interior y el litoral revela grupos humanos integrados en distintos esquemas culturales y, muy probablemente, en diversos sistemas sociales.

Más problemático resulta abordar la estructura política y el escenario social en el que se movieron las poblaciones que habitaban el Algarve durante la Edad del Hierro.

Al contrario de lo que sucede en el centro y Norte de la Península Ibérica, el Algarve no fue merecedor, por parte de los autores clásicos, de una atención que les suscitase una descripción pormenorizada. Los datos recogidos en las fuentes escritas son, de este modo, escasos y, como se puede deducir de las páginas anteriores, difícilmente puede superarse su casi total silencio a través de los datos que ofrece la investigación arqueológica.

Tanto Heródoto como Avieno afirmaron que el Algarve estaba habitado por los Cinetes, aparentemente un pueblo autóctono, que los autores más tardíos llamaron Cónicos. Sin embargo, es preciso recordar que algunas ciudades prerromanas del Algarve, como *Ossonoba* y *Balsa*, fueron consideradas también por los autores clásicos como turdetanas y que, a veces, los celtas se localizan en esa misma región. No es fácil, y sin duda no es relevante, intentar comprender aquí estas aparentes discordancias de los escritores greco-latinos. Esto ocurre porque, como es sabido, estos autores muestran a veces una tendencia a generalizar las etnias o grupos de pueblos, así como a incluir una única etnia en una amplia zona.

No siendo posible a través de los textos deducir qué sistema social y político se desarrolló en el

Algarve durante la Edad del Hierro, se debe insistir en que la información proporcionada por la Arqueología tampoco permite grandes extrapolaciones sobre esta cuestión.

Lo que sí es posible afirmar es que parece existir una gran unidad entre los varios núcleos urbanos anteriormente mencionados. Esta unidad se fundamenta no sólo en los conjuntos artefactuales recuperados, sino también en las estrategias de asentamiento y en el tipo de actividades económicas practicadas.

A lo largo de las costas del Algarve se desarrolló durante la Edad del Hierro una tipología de poblamiento muy concreta. Son poblados localizados en la orla costera, casi siempre junto a vías de comunicación fluvial, situados en pequeñas elevaciones que dominan visualmente amplios territorios. Estas condiciones de localización e implantación permiten controlar las llegadas por vía marítima y posibilita el acceso a las regiones interiores. Los testimonios arqueológicos permiten afirmar que, en algunos casos (para los que se dispone de información), su fundación data por lo menos de la segunda mitad del siglo VII a.C.

En todos estos núcleos son visibles relaciones de tipo comercial con el área tartésica y con el mundo fenicio occidental. Las importaciones de productos manufacturados y alimenticios, estos últimos envasados en ánforas, deben haber sido efectuadas en perfecta conjugación con la región andaluza, hasta tal punto son las semejanzas entre los conjuntos artefactuales encontrados a ambos lados del Guadiana.

La localización específica de los poblados indica que la fundación de estos centros urbanos estuvo profundamente conectada con la actividad comercial a larga distancia e inter-regional, siendo importante no perder de vista que este tipo de actividad da proyección a las materias primas comercializables, lo que implica también su transformación industrial. Tanto el comercio como la transformación de las materias primas que justificaban ese comercio no parecen compatibles con sociedades de tipo tribal, segmentarias o igualitarias, ya que la plusvalía obtenida en la producción no beneficia a los elementos que directamente participan en el proceso productivo, pero sí a los que controlan la actividad económica.

Así, parece posible defender que en el Algarve litoral se desarrolló, durante la Edad del Hierro, una sociedad oligárquica, donde el grupo que constituye la élite dominante controla no sólo las actividades industriales, sino también el proceso comercial.

Queda por mencionar que soy perfectamente consciente del hecho de que estas observaciones sobre el sistema social se refieren, sobre todo, al perio-

do comprendido entre el siglo V a.C. y la presencia romana, y que tal vez no sean válidas para toda la Edad del Hierro. Sin embargo, no es posible verificar cuáles son los procesos diacrónicos que condujeron a la organización social que definiendo para el Algarve a partir del siglo V a.C., siendo difícil presentar para ello alguna hipótesis mínimamente creíble.

Me parece, por tanto, muy probable que el incremento de la actividad industrial y comercial haya contribuido decisivamente a un cada vez mayor enriquecimiento y poder de las elites dominantes y, consecuentemente, a la progresiva complejidad y jerarquización social.

Si hablar de la existencia de estratificación social en el inicio de la ocupación del Hierro, siendo prematuro, es tal vez infundado, creo que sólo algún tipo de jerarquización, aunque incipiente, podría comportar el tipo de actividades comerciales que se deducen de los conjuntos artefactuales y de las localizaciones y estrategias de implantación de los yacimientos del Algarve.

Los datos existentes sobre la primera fase de ocupación del Hierro del Castelo de Castro Marim no permiten, como ya mencioné, caracterizar la organización social de la primera mitad del I milenio a.C. Con todo, estoy convencida de que ya existía una clara jerarquización en el tejido social, que alejaría la posibilidad de organizaciones de tipo igualitario, donde las relaciones sociales de tipo parental no serían ya excesivamente valorizadas.

Optar entre un sistema de jefaturas u otro, de tipo aristocrático, parece, en este contexto, completamente imposible, ya que no existen datos que clarifiquen la existencia o no de propiedad privada o de la forma en que sería ejercido el poder religioso y político, características que, en definitiva, distinguen antropológicamente a las jefaturas de los sistemas sociales de tipo aristocrático. Con todo, parece obvio que el escenario social del «horizonte orientalizante» de la I Edad del Hierro acabó por ser sustituido, de forma todavía no aclarada, por una organización de tipo oligárquico y que esa sustitución se produce con el progresivo desarrollo de la actividad comercial. Como ya mencioné, fue esa actividad la que, al contribuir al enriquecimiento de las elites («jefes» o «aristócratas»), generó la poderosa oligarquía que, a partir del siglo V a.C., controló política y económicamente los centros urbanos del litoral del Algarve.

No es posible determinar si del conjunto de los poblados del Algarve litoral hubo alguno que destacó y controló todo el territorio analizado, constituyéndose como «capital» de un área que dominaría política y administrativamente. Esta situación impli-

caría, como es obvio, la existencia de un estado centralizado y de gran amplitud territorial, cuya elite dirigente asumiría no sólo el control político, sino que regularía y dirigiría todo el comercio a larga distancia, así como la totalidad de los contactos interregionales.

Los pocos datos de que se dispone para estudiar el Algarve protohistórico no permiten acatar este modelo explicativo (o cualquier otro). Por ahora, lo poco que se ha investigado no deja ver si alguno de los núcleos urbanos ya identificados fue efectivamente más importante que los restantes, tanto a nivel de área ocupada como de las construcciones existentes o según la cantidad y cualidad del material importado. Por lo que se conoce, diríase que se asemejan más de lo que se diferencian.

Si volvemos a los textos clásicos comprobamos que, si bien en otras regiones los autores greco-latinos hablan de pueblos, cuando se refieren al Algarve mencionan *oppida*.

Teniendo en consideración todos los elementos disponibles, parece pertinente pensar que los núcleos urbanos de la Edad del Hierro, bien distribuidos por el litoral del Algarve, funcionaron con una significativa autonomía político-administrativa, controlando sus propias actividades económicas, concretamente el comercio. Abastecidos de productos exógenos por los mismos agentes comerciales, cada uno de ellos tendría su propio territorio de explotación territorial y comercial. La distribución geográfica de estos poblados, diseminados a lo largo de la costa del Algarve, hace pensar que ninguno de ellos dependería directamente de otro, a excepción tal vez de *Lacobriga* e *Ipses*. Los territorios de explotación directa nunca se cruzan, ni siquiera se aproximan, y las regiones interiores a las cuales tenían acceso por vías fluviales diversas son bien distintas.

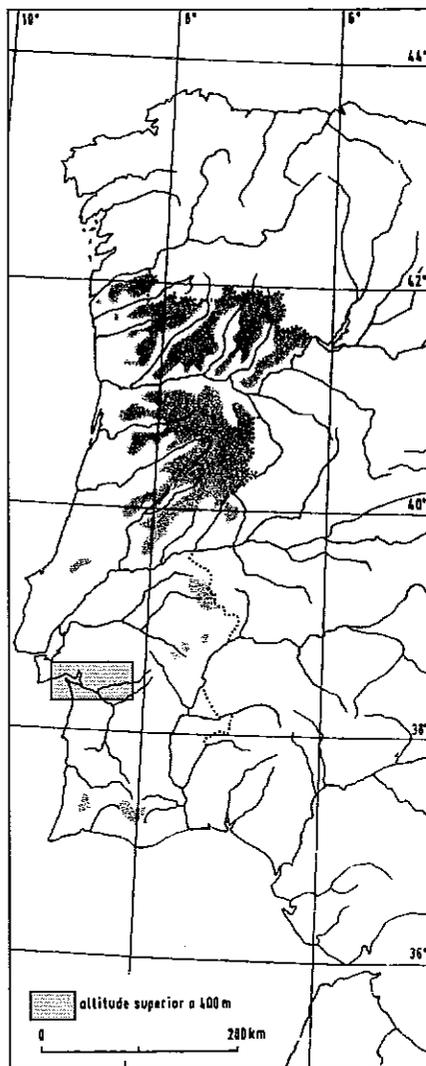
Es obvio que esto no significa que no estuviesen en contacto. Pero parece evidente que ostentarían una verdadera autonomía, y que la riqueza generada por el comercio revertía en beneficio de la oligarquía que allí habitaba y que controlaba las actividades económicas.

De acuerdo con la hipótesis formulada hace pocos años para el mundo ibérico y turdetano (Arteaga, 1997: 106), los núcleos urbanos del Algarve litoral también pueden ser entendidos como entidades vinculadoras de ciudadanía, o sea «...como normalizadoras de unos «derechos» acatados como «propios», frente a los que se consideraban ajenos» (*ibid.*). Al igual que las ciudades ibéricas prerromanas, los núcleos urbanos del Algarve litoral constituyeron también sus territorios económicos y políticos.

5. EL ESTUARIO DEL SADO

5.1. LA CUENCA Terciaria DEL SADO

Como recuerda Suzane Daveau (1995: 521), el estuario del Sado fue, al igual que el del Guadiana, una importante vía de penetración hacia el Alentejo. Hasta hace poco tiempo era navegable hasta Porto de Rei y el estuario, junto con su desembocadura, alcanzan los 70 km (fig. 30).



A semejanza de lo que sucede en el Tajo, la cuenca hidrográfica del Sado fue rellenada por sedimentos sobre todo continentales, del Mioceno y del Plioceno, y se encuentra rodeada por rocas del macizo antiguo. Es corta y mal alimentada, pero se abre en un estuario de márgenes bajas que, en dimensión, es sólo superada por el Tajo. El papel del río en la modelación de este estuario parece haberse reducido, confirmándose que en su origen contribuyeron fenómenos de tipo eminentemente litoral (*ibid.*: 522).

El bajo Sado se caracteriza, así, por un estuario de tipo lagunar, que comunica al Atlántico por un canal relativamente estrecho (la barra del Sado), localizado entre la escarpa rocosa de la vertiente sur de la Sierra da Arrábida y el extremo norte de la punta de arena que constituye la Península de Tróia (fig. 30).

Estudios geológicos recientes han demostrado que la Península de Tróia se encontraría ya en una fase avanzada de formación al inicio de la Edad del Hierro, y existe la certeza de que el estuario del Sado se encontraba protegido, al menos en gran parte, por el arrecife formado por los cordones de dunas que la formaron, aunque esta punta de arena fuese, probablemente ya a principios del I milenio a.C., una isla (fig. 31) (Quevauvillier, citado por Étienne, Makaroun y Mayet, 1994: 17).

El estuario actual, a pesar de que ahora es menos extenso y con más tierras de aluvión, no se dife-

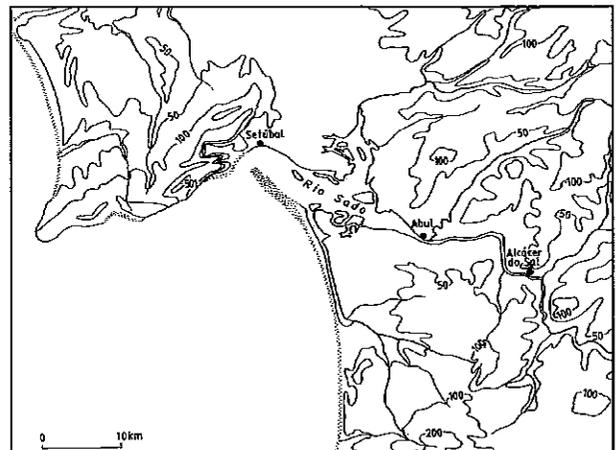


Figura 30. Localización del estuario del Sado en el territorio portugués actual y mapa oro-hidrográfico del curso inferior y desembocadura del Sado con la situación de los yacimientos orientalizantes.

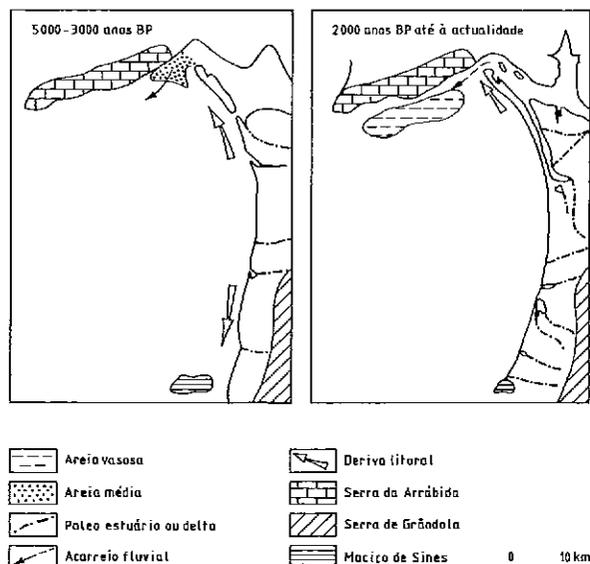


Figura 31. Evolución holocénica de la desembocadura del Sado, destacando la península de Tróia (según Quevaullier, 1994, modificado).

renciaría excesivamente del de la Edad del Hierro, siendo posible que la comunicación con el Atlántico se hiciera también a través de la actual barra del Sado.

El estuario del Sado es un espacio bien delimitado, constituido por los canales de penetración del mar a lo largo de las partes terminales de los diversos cursos de agua que en él desaguan y, consecuentemente, por el conjunto de tierras marginales que son periódicamente inundadas por las aguas saladas. Aunque la extensión del área estuárica varía durante el año, puede decirse que los actuales límites internos del estuario del Sado son *Águas de Moura*, en la ribera de Marateca, *Palma*, en la ribera de S. Martinho, *Alcácer do Sal*, en el valle del Sado y *Comporta*, en la Ribera del mismo nombre. El débil declive de los perfiles longitudinales de los valles y la amplitud de la marea, con cerca de 3 m de aguas vivas, facilitan la penetración de las aguas saladas.

Los brazos del estuario o canales son anchos y poco profundos, quedando casi completamente inmersos durante la pleamar. Los sectores fluviales de los valles que lo recorren presentan márgenes abruptas, cortadas unas veces por areniscas groseras miocénicas y otras por esquistos y cuarcitas del Macizo Antiguo.

El espacio inundado durante la Edad del Hierro no sería, en lo que respecta a sus límites, muy diferente al del actual estuario, exceptuando las áreas que ahora se encuentran ocupadas por las salinas y por los

arrozales, que estarían entonces inundados por las aguas del mar. El actual canal de *Águas de Moura*, al igual que el recorrido del río entre Alcácer y Abul, eran probablemente mucho más anchos, ya que no se encontrarían en las zonas de aluviones.

El estuario del Sado constituye, así, un espacio con excelentes condiciones para una implantación humana que priorizase la comunicación por vía marítima, pero que también se estructurase en función de la facilidad de penetración hacia el interior. Por tanto, no es sorprendente que en los márgenes del estuario del Sado se encuentre un poblamiento que, datado en el I milenio a.C., deja translucir intensos contactos con el Mediterráneo, contactos donde, naturalmente, la navegación atlántica representó un papel fundamental.

5.2. ALCÁCER DO SAL

5.2.1. El Castillo

En el área más aplanada de la elevación en donde se situó el Castillo medieval de Alcácer do Sal, se encontraron vestigios arqueológicos que indican que la ocupación humana en el lugar, que remonta al Neolítico final, fue también intensa durante la Edad del Hierro (fig. 32).

Localizado en la colina del Castillo, el poblado prerromano de Alcácer do Sal ocupa una posición dominante sobre el río Sado, sobre el cual se eleva unos 60 m. La localización y las condiciones del establecimiento le proporcionan grandes posibilidades de defensa y amplio dominio visual, siendo total el

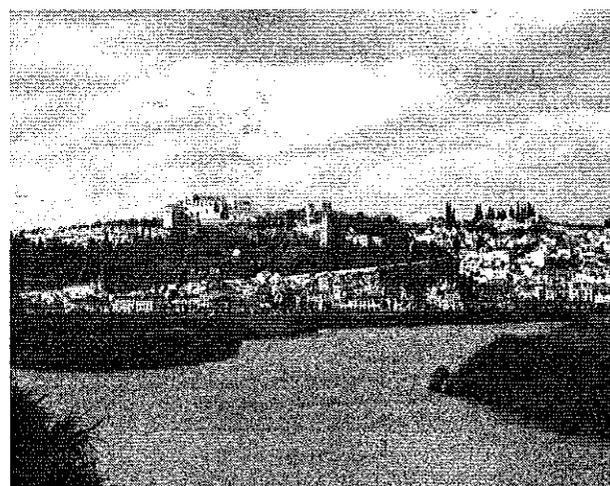


Figura 32. El Castillo de Alcácer do Sal visto aproximadamente desde el Sur (foto Pedro Barros).

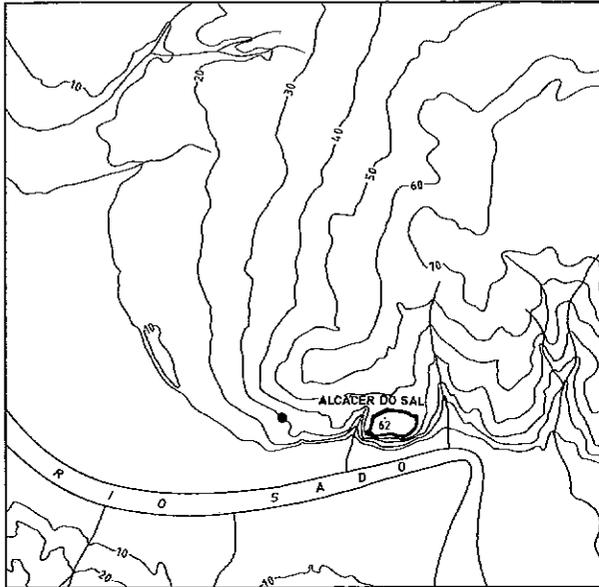
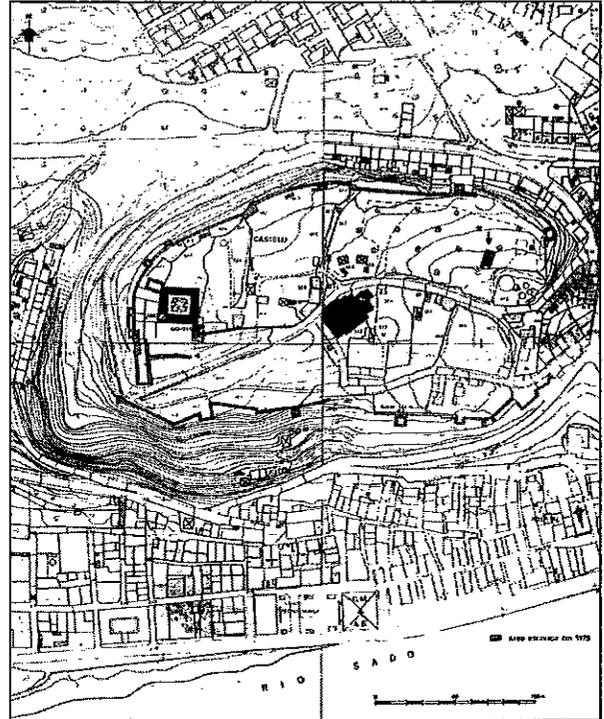


Figura 33. Mapa oro-hidrográfico con la localización del Castillo de Alcácer do Sal y de la necrópolis de Senhor dos Mártires, mostrando su posición estratégica con relación al Sado.



control del tráfico fluvial. Los territorios al sur, Oeste y, parcialmente, al este se dominan también visualmente desde el poblado (fig. 33).

El nombre prerromano de Alcácer do Sal, que se infiere de la lectura de la leyenda monetaria, fue objeto de diversas interpretaciones a lo largo del tiempo. Si hoy parece ser incuestionable que el nombre de la población integra el conjunto de los topónimos terminados en -ipo (Guerra, 1999: 338), resulta dudoso que el poblado del Hierro se denominara *Cantnipo* (Faria, 1989) o *Bewipo* (Faria, 1992, 1996), cuestión, que por otro lado, resulta irrelevante en el contexto de este trabajo.

Desde finales de la década de los 70 se han llevado a cabo trabajos arqueológicos en el Castillo de Alcácer do Sal, lo que en la actualidad representa un área de intervención considerable. Desgraciadamente, los datos resultantes de estos trabajos raramente se publicaron, teniendo que lamentar una vez más la desproporción existente entre los medios humanos y financieros invertidos en las intervenciones de campo y el conocimiento que éstas proporcionan.

Los trabajos de 1979-1981, promovidos por el Museo de Arqueología y Etnografía del Distrito de Setúbal, parecen haber sido consecuencia directa de las destrucciones provocadas en 1976 por la instalación en el lugar de un depósito de agua. Esta construc-

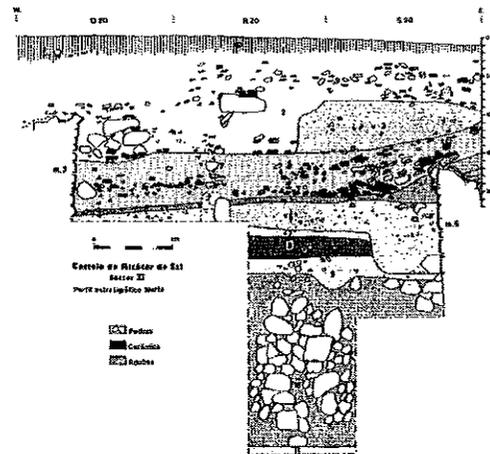


Figura 34. Castillo de Alcácer do Sal: localización del área excavada en 1979 señalada con una flecha y perfil Norte de los cuadrantes Q20, R20 y S20 (según, Silva et al. 1980-81: fig. 1 y 2).

ción, llevada a cabo por el Ayuntamiento, removió un considerable volumen de tierras, cuyo tamizado, dirigido por João Rosa Viegas, dejó percibir la importancia y el carácter orientalizante de la ocupación del Hierro, de lo que llegaría a ser *Imperatoria Salacia*. Las excavaciones realizadas entonces, de las cuales se publicó la primera de las tres campañas (Silva

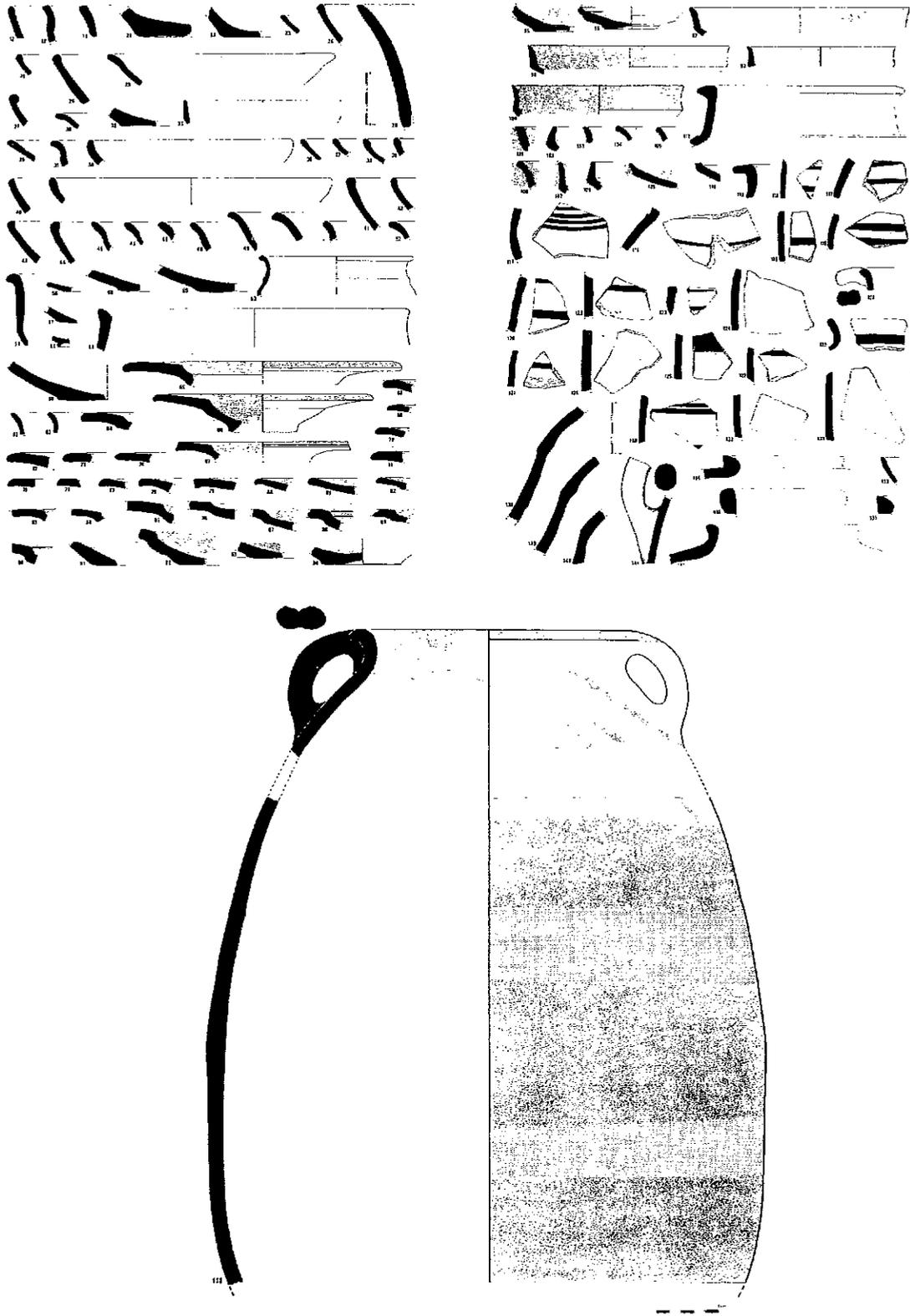


Figura 35. Castillo de Alcácer do Sal: cerámicas de la Fase III (según Silva *et al.*, 1980-81.

et al. 1980-81), revelaron una potente estratigrafía que, con 6 m de espesor de tierra, abarca «...um período compreendido entre os finais do Neolítico e a Idade Moderna» (Mayet y Silva, 1993: 127).

En 1982, el Castillo de Alcácer do Sal volvió a ser objeto de una intervención arqueológica, ahora bajo la responsabilidad de António Cavaleiro Paixão, de la que nunca se publicó noticia alguna.

Durante la década de los 90, nuevos trabajos de campo tuvieron lugar en el Castillo de Alcácer do Sal. Estos, dirigidos por João Carlos Faria y António Cavaleiro Paixão, fueron llevados a cabo a raíz de las obras promovidas por la Secretaria de Estado do Comércio e Turismo. De los resultados de estos trabajos, referentes al nivel de ocupación del Hierro, no se conoce nada todavía, ya que prevaleció la divulgación de los datos referentes a la ocupación romana (Faria, 1998).

El conocimiento sobre la ocupación de la Edad del Hierro del Castillo de Alcácer do Sal es, pues, limitado y escaso, reduciéndose a los restos recogidos en 1979 en el corte entonces efectuado y en la secuencia estratigráfica. Con todo, no se debe olvidar que los niveles del Hierro excavados en ese corte corresponden escasamente a 1.50 x 0.75 m. A pesar de que el mencionado corte abarcaba inicialmente un área de 64 m², la excavación en profundidad únicamente fue posible en un pequeño sector, ya que la aparición de estructuras de época romana bien conservadas obligó a su preservación (fig. 34) (Silva *et al.*, 1980-81).

En lo que se refiere a la ocupación prerromana de Alcácer do Sal, los resultados obtenidos en esta excavación revisten gran importancia, por lo que merecen ser destacados.

Los conjuntos artefactuales de la Edad del Hierro fueron encontrados en los estratos 6 a 10. En principio es importante destacar que este último estrato se superpone al 11, que el equipo del Museo de Setúbal atribuyó al Bronce Final. El estrato 11, con un espesor máximo de 40 cm, estaba constituido por «Areia fina, solta, ligeiramente argilosa, castanho-escuro [...] forneceu cerâmica de fabrico exclusivamente manual, com formas carenadas e de parede côncava e decoração brunida» (*ibid.*: 160). Esta ocupación del Bronce Final corresponde a la fase II de Alcácer do Sal, una de las ocho que ha permitido aislar la estratigrafía (*ibid.*: 161).

Los estratos 6 a 10 pertenecen, según los autores citados, a la Edad del Hierro y corresponden a las fases III, IV y V, distribuyéndose de la siguiente forma:

- Fase III (estratos 10 y 9);
- Fase IV (estratos 8 y 7);
- Fase V (estrato 6) (*ibid.*: 163).

La secuencia propuesta para la ocupación de la Edad del Hierro en Alcácer do Sal se basa en las características de los restos recuperados en los diversos estratos identificados, siendo importante comentar algunos de los datos publicados.

Así, los estratos 9 y 10, que corresponden al momento inicial de la Edad del Hierro, ofrecieron abundante material arqueológico, del que se destaca la cerámica.

El conjunto está constituido mayoritariamente por cerámica torneada (88,5% y 91,3%, respectivamente), a pesar de que la cerámica a mano también está presente con cerca de un 10% (*ibid.*: 158). Los vasos a mano son, sobretudo, recipientes de panza ovoide, cuello estrangulado y borde exvasado, con superficies apenas alisadas o «cepilladas», siendo más raros los vasos bruñidos. (*ibid.*: 174, fig. 14; Mayet y Silva, 1993: 129).

La cerámica a torno comporta un variado abanico de manufacturas y formas, destacando la cerámica gris, la cerámica de engobe rojo, la cerámica pintada, las ánforas y la «cerâmica comum fabricada a torno» (fig. 35 y 36) (Silva *et al.*, 1980-1981: 158, 176-187).

Cabe destacar también que en el estrato 10 «surgen ainda fragmentos de cadinhos de fundição com restos de metal aderente [e] escórias de cobre (?) e ferro ...» (*ibid.*: 160).

En los estratos 8 y 7, correspondientes a la Fase IV, los materiales arqueológicos, igualmente en casi su totalidad cerámicos, no se diferencian sustancialmente de los de la fase anterior, al menos en lo referente a las manufacturas de cerámica torneada. Se mantienen la cerámica gris, la cerámica de engobe rojo, la cerámica pintada, las ánforas y la «cerâmica comum fabricada a torno» (fig. 37). Se constata, sin embargo, que en esta fase la proporción entre las producciones manuales y las producciones a torno se alteran. En los estratos 8 y 7 la cerámica manual está muy escasa-

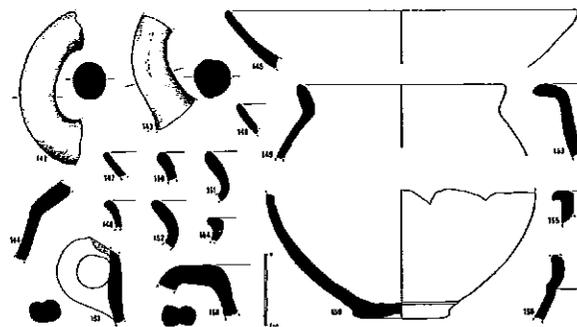


Figura 36. Castillo de Alcácer do Sal: cerámicas de la Fase III (según Silva *et al.* 1980- 81: Fig 16).

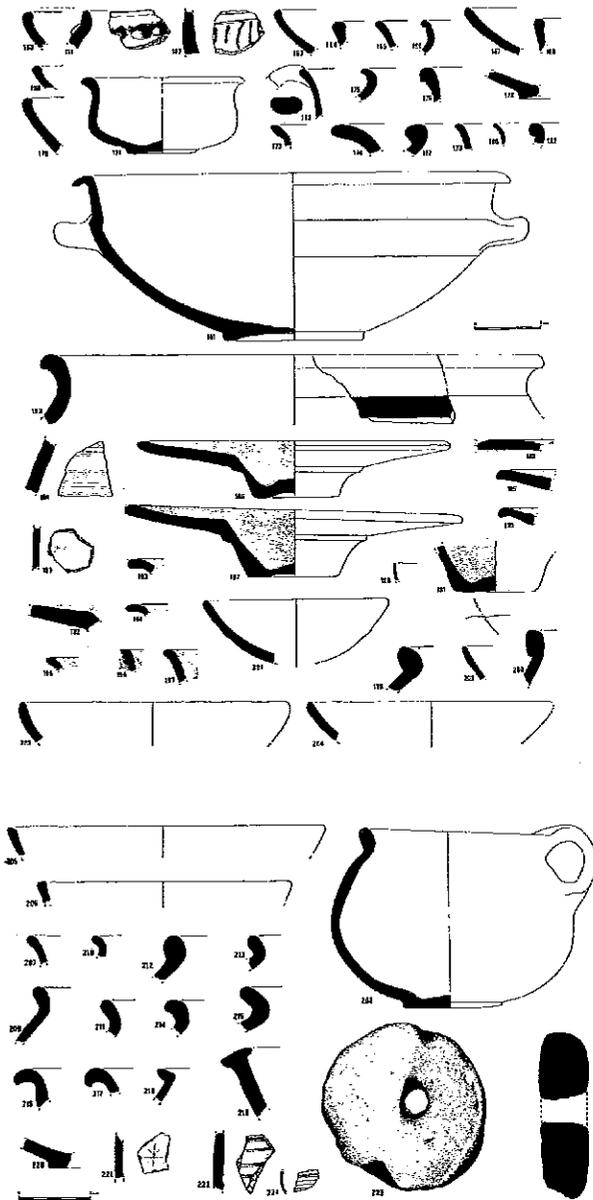


Figura 37. Castillo de Alcácer do Sal: cerámicas de la Fase IV (según Silva *et al.*, 1980-1981:177-178).

mente representada (4.1 y 0.4 %, respectivamente) y en cuanto a la cerámica a torno le corresponde, en el estrato 7, un 99,6 % del total y en el estrato 8 un 95,9 % (*ibid.*:156-158).

La fase V de Alcácer do Sal se consideró también perteneciente a la Edad del Hierro, a pesar de haber sido datada en los siglos II y I a.C. (*ibid.*: 163). El conjunto de artefactos recogidos en este estrato está

compuesto por abundantes importaciones de ámbito romano (cerámica campaniense y de paredes finas, ánforas de Clase 32), manteniéndose, no obstante, algunos elementos característicos de las fases anteriores, principalmente la cerámica pintada a bandas y la cerámica gris (*ibid.*).

Los datos que revela la estratigrafía de Alcácer do Sal merecen también cierta atención principalmente en lo que respecta a los conjuntos cerámicos identificados.

En primer lugar, parece obvio el carácter orientalizante de la primera ocupación del Hierro en el Castillo de Alcácer do Sal, sin dejar de mencionar que los estratos arqueológicos correspondientes a esa fase se sobrepone a otra, que remitía a una ocupación del Bronce Final.

Esta 1ª Edad del Hierro orientalizante de Alcácer do Sal, denominada - Hierro mediterráneo I - «Periodo Orientalizante», fue datada en los siglos VII-VI a.C., según la cronología tradicional (*ibid.*: 163). Se caracteriza por un conjunto de materiales arqueológicos que es importante presentar y comentar.

En cuanto a las ánforas de esta fase, debe decirse que únicamente dos bordes permiten una clasificación morfológica relativamente segura (fig. 35) (*ibid.*: fig. 13, n.º 134 y 135). Se integran en el tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995: 320-321, 559-561, fig. 196-198), tipo anfórico que fue producido, entre 675/650-575/550 (fechas tradicionales), en diferentes talleres del sur de España (*ibid.*: 231), concretamente en áreas directamente conectadas con la colonización fenicia. Los restantes fragmentos de ánfora publicados (Silva *et al.*, 1980-81: fig. 13, n.º 138-140), que corresponden al cuerpo y hombro, son más difíciles de clasificar. Pero las características que presentan -hombro caído separado del cuerpo por una carena acentuada- indican que pueden pertenecer también a ánforas del tipo 10.1.2.1.

La cerámica de engobe rojo de esta fase de Alcácer do Sal está representada por dos formas: los platos y los cuencos (fig. 35) (*ibid.*: 183, 1174, fig. 14, n.º 64-94). Los primeros, en mayor número, poseen borde ancho y aplanado. La anchura de los bordes oscila entre los 171 y los 270 mm, y es importante comentar que el fragmento de borde de menor anchura (35 mm) corresponde al plato de menor diámetro (171). Así, lo que destaca del conjunto de los platos de engobe rojo del Castillo de Alcácer do Sal es el hecho de que los cocientes, obtenidos de la división entre el diámetro total del borde y su anchura, son siempre bajos, más concretamente de 39 a 49. Este hecho reviste particular importancia por sus implicaciones cronológicas, ya que se ha demostrado que, por

sí sola, la anchura de los bordes no sugiere datación alguna, pero su relación con el diámetro del borde puede adquirir un significado concreto. Pienso que los bajos cocientes obtenidos en Alcácer do Sal desvalorizan la estrecha anchura de algunos bordes de plato, ya que justamente el plato que posee un borde realmente estrecho, lo que podría significar antigüedad, posee también un diámetro reducido, hecho que le retira esa misma antigüedad.

También en cuanto a los platos de engobe rojo del Castillo de Alcácer do Sal, me gustaría apuntar que se aproximan morfológicamente al tipo P3 de Rufete Tomico (1988-89: 17).

Los cuencos carenados presentan la totalidad de la superficie interna cubierta de engobe rojo, engobe que en la pared externa únicamente surge entre la carena y el labio. Las paredes externas de estos cuencos son convexo-cóncavas (Silva *et al.*, 1980-81: 183, 172, fig. 13, n.º 97-110). Desde el punto de vista formal, los cuencos carenados de engobe rojo hallados en el Castillo de Alcácer do Sal son muy semejantes a los del tipo C3c de Rufete Tomico (1988-89: 17) que, en Huelva, se han recogido en niveles del Tartésico medio y final.

La cerámica pintada a bandas está relativamente bien representada en la fase III de Alcácer do Sal aunque, sin embargo, es evidente que es mayor su frecuencia en el estrato 10 (Silva *et al.*, 1980-81: 1843). La pintura bícroma se encuentra en el cuello y cuerpo de *pitthoi* y consta, en la mayor parte de los casos, de anchas bandas rojas separadas entre sí por áreas donde corren líneas estrechas de color negro (fig. 33) (Silva *et al.*, 1980-81: 173, fig. 13, n.º 112-119). Más raros son los vasos, también *pitthoi*, cuyas bandas rojas, alisadas mediante espatulado, alternan con bandas más estrechas pintadas de blanco (*ibid.*: 175, fig. 15). En cuanto a la forma, los vasos pintados son, como ya he mencionado, de tipo *pitthoi*, y es posible constatar la existencia de al menos dos grupos morfológicos. El primero (*ibid.*: 173, fig. 13, n.º 112, 113 y 115) presenta cuello troncocónico de paredes rectas y borde exvasado y en ala de perfil triangular. La separación entre el cuello y el cuerpo de la panza se realiza a través de un resalte bien marcado. Por lo que se puede observar en los ejemplares dibujados, el cuello está reservado y la pintura roja se encuentra en el labio (*ibid.*: 173, fig. 13, n.º 112) o en la superficie interna inmediatamente contigua al borde (*ibid.*: 173, fig. 13, n.º 113). El segundo grupo incluye ejemplares de cuerpo ovoide y el cuello es mucho más corto, con paredes acentuadamente cóncavas (*ibid.*: 173, fig. 13 n.º 128; 175, fig. 15). El borde es también exvasado, pero no tiene ala o labio, surgiendo inmediatamente

a continuación del cuello, sin diferenciarse de éste. Las asas son bífidas y la unión del cuello con el cuerpo no está marcada por ninguna moldura o resalte. En cuanto a la decoración de la superficie externa, debe decirse que la pintura surge en la panza en bandas anchas paralelas entre sí y al borde, y en la zona de las asas, donde consiste en líneas oblicuas al borde, más paralelas entre sí. En la superficie interna, está pintada una estrecha banda inmediatamente siguiendo al borde.

Las excavaciones en el Castillo de Alcácer do Sal permitieron recoger un apreciable conjunto de vasos que habitualmente se engloban en lo que genéricamente se designa como «cerámica gris» (*ibid.*: 178-180). Sin embargo, fue posible distinguir dos manufacturas distintas, denominadas Grupo A y Grupo B.

El grupo A, minoritario, presenta las superficies de color gris claro, espatuladas, bruñidas o alisadas y fractura gris o con núcleo castaño entre las zonas grises (*ibid.*: 178). Este «Grupo A» surge en toda la secuencia estratigráfica de la Edad del Hierro, decreciendo sin embargo desde los niveles más antiguos a los más recientes, siendo muy escaso a partir del estrato 8 (*ibid.*: 179).

El «Grupo B» tiene las superficies grises oscuras o negras, la fractura puede ser gris oscura o negra o castaño amarillento (*ibid.*: 178). Está presente desde la más antigua ocupación del Hierro (estrato 10) y aumenta de frecuencia hasta el estrato 7. A partir del estrato 6 (Fase V –siglos II-I a.C.) comienza a escasear y desaparece por completo en los niveles correspondientes a la ocupación romana imperial (*ibid.*).

La forma más abundante de cerámica gris en Alcácer do Sal es el plato o cuenco bajo de borde convexo y engrosado en el interior (*ibid.*: 179; 174, fig. 14, n.º 24-27, 34-44), que corresponde a la Forma 1 de Santarém (v. *infra*).

Más raros son los platos o cuencos bajos de borde ancho, aplanado y oblicuo, que surgen también en todas las fases de ocupación del Hierro (*ibid.*: 179, 174, fig. 14, n.º 29-30, 445-49, 165) y que se corresponden a la Forma 2 de Santarém (v. *infra*).

También se identificaron otras formas de cerámica gris en la fase III del Castillo de Alcácer do Sal, concretamente el cuenco carenado de borde vertical y sin engrosar (*ibid.*: 174, fig. 14, n.º 54), el cuenco carenado de borde exvasado, engrosado y de perfil triangular (*ibid.*: 174, fig. 14, n.º 54), el cuenco de perfil en S, cuello estrangulado y resalte (*bourrelet*) en la parte inferior del cuello (*ibid.*: 174, fig. 14, n.º 55).

Lo que los autores del trabajo denominaron «cerámica común fabricada a o torno» es el grupo más

abundante en los estratos más antiguos del Hierro (10 y 9), correspondiendo el 50.8% y el 56.1% del total de las cerámicas recuperadas (fig. 36). Desde el punto de vista formal, se identifican cuencos en forma de casquete de borde simple o ligeramente engrosado (*ibid.*: 176, fig. 16, n.º 145-147), vasos cerrados de borde exvasado (*ibid.*: 176, fig. 16, n.º 148-152) y vasos cerrados de borde exvasado y en ala, con asa bífida que arranca del borde (*ibid.*: 176, fig. 16, n.º 154-158). Debe llamarse la atención hacia el hecho de que, en el caso de los dos últimos, parece que se trate de *pitthoi* sin decoración o pintura, siendo obvias las semejanzas morfológicas con este tipo de recipiente destinados al almacenamiento. De hecho, tanto la forma como el perfil del borde y también la existencia de asa bífida y su posición (arranca del borde) son características que evidencian la similitud formal.

Considero que las características tipológicas y tecnológicas de las cerámicas de la fase III son, de hecho, coincidentes con la datación propuesta para esta fase. Las ánforas, los *pitthoi* y los platos y cuencos de engobe rojo presentan detalles formales y decorativos que no permiten hacer retroceder más allá de mediados del siglo VII a.C. la cronología (histórica) de los estratos 9 y 10. Por lo tanto, no encuentro en los materiales publicados datos que sustenten la hipótesis de que el inicio de la ocupación del Hierro del Castillo de Alcácer do Sal data del siglo VIII a.C., según la cronología tradicional, como sugiere Vergílio Hipólito Correia (1993b: 251). El tipo de platos de engobe rojo (P3, de Rufete Tomico) y los cocientes obtenidos para éstos (39-49), la forma de los cuencos carenados (C3c, de Rufete Tomico), la morfología de los cuellos de los *pitthoi*, la existencia de pintura en la zona de las asas y el tipo anfórico representado (10.1.2.1., de Ramón Torres) son, desde mi punto de vista, indicadores cronológicos importantes para esta conclusión, sobre todo porque se encuentran claramente asociados. No parece haber ningún elemento que se destaque del conjunto, que, de este modo, se presenta con gran homogeneidad, no sólo cultural, sino tamo IV a.C., según la cronología tradicional o histórica. Más extraño es en este contexto el fragmento de borde n.º 199 (*ibid.*: fig. 17), que puede pertenecer a un ánfora de tipo R1, considerablemente más antigua que el conjunto de restos recogido en esta fase IV. Las características de este borde permiten incluirlo en el tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995: 230-231), tipo cuya producción parece haber terminado a mediados del siglo VI a.C. (*ibid.*).

Cabe insistir en que la cerámica a mano continúa siendo utilizada durante la fase IV, aunque su porcentaje en relación al conjunto total de cerámica re-

cuperada en los estratos 8 y 7 sea baja (4.1% en el estrato 8 y 0.4% en el estrato 7).

Los investigadores responsables de la excavación de 1979 en el Castillo de Alcácer do Sal verifican también que en la fase V, a la que corresponde el estrato 6, predomina todavía «...o elemento cultural mediterráneo de feição itálicos...» (*ibid.*: 211), siendo raros los materiales itálicos, de los que apenas se registran escasos fragmentos de cerámica campaniense y un ánfora. En contrapartida, la cerámica pintada, aunque ahora exclusivamente monocroma, y la cerámica gris continúan dominando en el contenido del inventario, siendo evidente que la cerámica común está también en la tradición de las fases anteriores, tanto a nivel de las formas como de las manufacturas (*ibid.*: 155-6).

En lo referente a la ocupación durante la Edad del Hierro en el Castillo de Alcácer do Sal queda por apuntar que las construcciones identificadas en las fases III y IV evidencian que las habitaciones estaban formadas por paredes de adobes, edificadas sobre cimientos construidos con bloques de arenisca calcárea del Mioceno, ligados con arcilla. Los tejados, formados por elementos de origen vegetal, estarían estructurados por barros de madera, de los que se encontraron evidencias en los cimientos de los niveles de derrumbe (*ibid.*: 165).

Desgraciadamente, no es posible saber si los resultados obtenidos en las excavaciones de 1979 se confirmaron en las campañas siguientes, hecho que implica que cualquier comentario sobre la ocupación de la Edad del Hierro en el Castillo de Alcácer do Sal tendrá únicamente en consideración los pocos elementos que están disponibles.

No obstante, el análisis de la secuencia estratigráfica y de los restos asociados a ella merecen todavía alguna consideración, sobre todo, por las implicaciones que su interpretación suscitó en algunos investigadores, que ven en esa secuencia argumentos que se adecuan a sus lecturas de la evolución diacrónica y cultural de la Edad del Hierro en el Sur del actual territorio portugués.

Uno de los aspectos -afortunadamente uno de los más importantes- que destacan de la estratigrafía publicada es la existencia de un aparente hiato en la ocupación del Castillo de Alcácer do Sal entre finales del siglo VI e inicios del IV a. C., en cronología tradicional. Este hiato ocupacional, con una duración de un siglo, no fue verificado a partir del análisis de los restos recogidos, sino por la naturaleza de los estratos 7 y 8. En este último se evidenció la existencia de un incendio, incendio que habría destruido las viviendas de la fase III y que explicaba la presencia de

numerosos carbones, a veces de grandes dimensiones, recogidos en 8e, y la presencia de abundantes fragmentos de adobes, más o menos cocidos y quemados, en 8a. Por otro lado, el estrato 7, con 30 cm de espesor medio, fue considerado como de abandono, a pesar del material arqueológico que en él se recogió (*ibid.*: 156-7).

Debo confesar que no comprendo las razones por las cuales el incendio, cuya existencia fue comprobada en los estratos 8a y 8e, y la débil representatividad de restos en el estrato 7 se pueden interpretar como indicios de abandono del Castillo de Alcácer do Sal al final de la fase III, o de cualquier modo, validar la destrucción de los estratos 10 y 9, datados a finales del siglo VI a.C.

Si es en los estratos 8 y 7, fechados en los siglos IV y III a.C., donde se constatan los indicios de abandono, entonces el incendio tuvo que haber destruido las estructuras de la fase IV, pero no las de la fase inmediatamente anterior, a la que corresponden los estratos 10 y 9, siendo posible admitir que, si hubo hiato, lo que no es completamente seguro, sólo podría haber ocurrido entre la fase IV y la fase V.

Considero, sin embargo, que la cuestión del abandono del poblado de Alcácer do Sal en cualquier momento de la diacronía de la Edad del Hierro es, ante todo, un falso problema, porque ese abandono no parece estar comprobado por datos arqueológicos. Ciertamente, no es el hecho de haber ocurrido un incendio que obligó al abandono del lugar y mucho menos acreditado que ese abandono pudiese provocar un hiato ocupacional de un siglo. En primer lugar, debo decir que me parece que existen datos que prueban que, durante la segunda mitad del siglo V a.C., el Castillo de Alcácer do Sal permanece ocupado. El fragmento de *skyphos* ático (*ibid.*: 185, fig. 17, n.º 198) y el ánfora n.º 200 (*ibid.*: fig. 17), integrable en los tipos 11.2.1.4. o 11.2.1.5. de Ramón Torres (1995: 236-237), y que fueron recogidos en los estratos correspondientes a la fase IV, indican cronologías tradicionales o históricas del tercer cuarto del siglo V a.C.

Por otro lado, me parece importante no perder de vista que la atribución de cronologías más o menos exactas a través de la simple observación de las secuencias de estratos arqueológicos y de los materiales en ellos recuperados me parece un ejercicio difícil y peligroso en yacimientos de amplia cronología donde el «tempo longo» invalida lecturas de «tempo curto». Los materiales de la Edad del Hierro del Castillo de Alcácer do Sal presentan tal similitud cultural y tecnológica a lo largo de toda la diacronía, que creo difícil hablar de discontinuidades ocupacionales y mucho menos de rupturas culturales.

Considero que los datos publicados evidencian el carácter orientalizante que adopta la ocupación de la Edad del Hierro, sin dejar dudas de que los restos arqueológicos de Alcácer do Sal, al menos los recuperados durante las excavaciones de 1979, se caracterizan, prácticamente en su totalidad, por sus características mediterráneas, siendo claro que los modelos cerámicos (formas y tratamientos de las superficies) y las técnicas constructivas tienen origen o directamente en un área costera del Próximo Oriente o en los asentamientos colonizados por ese área, sea en el Norte del continente africano, o en la región meridional de la Península Ibérica.

Cabe también destacar la permanencia a lo largo de toda la Edad del Hierro, de formas, decoraciones y tecnologías alfareras, quedando también aquí demostrado el «conservadorismo orientalizante» que puede constatar en Santarém (v. *Infra*) y del que ya hablé en 1993.

En este contexto creo importante insistir en que no fue posible detectar en el Castillo de Alcácer do Sal, concretamente en los estratos correspondientes a la segunda mitad del I milenio a. C., los materiales arqueológicos que se asocian a la II Edad del Hierro de matriz continental que, supuestamente, se extenderían a partir de mediados del siglo V a.C. a todo el Sur del actual territorio portugués. La cerámica decorada con grandes estampillas está de hecho completamente ausente en el contenido de los inventarios.

Así, aun admitiendo que el presumible hiato ocupacional de Alcácer do Sal hubiese sido efectivamente verificado durante el siglo V a.C., ello no podría ser resultado de la llegada de «...populações com feição cultural diferente das anteriores, denunciando estreitas afinidades continentais ou meseténhas» (Silva y Gomes, 1992: 167). Por el contrario, la continuidad cultural que quedó evidenciada en las excavaciones de 1979 e inmediatamente constatada por los responsables de las excavaciones (Silva *et al.* 1980-81: 210-213), desmienten las tesis que preconizan la existencia en todo el Sur portugués, de dos Edades del Hierro sucesivas, la 1ª marcadamente orientalizante y la 2ª estrictamente continental, que serían resultado de llegadas de poblaciones con distintos orígenes. No consigo pues comprender, cómo es posible continuar sustentando que los estratos 7 y 8 del Castillo de Alcácer do Sal constituyen la comprobación arqueológica del modelo arriba comentado, validando su utilización en el litoral occidental portugués (Silva y Gomes, 1992: 167; Correia, 1993a: 250-51; 1997: 50).

Quisiera todavía añadir que el área probable de ocupación en la Edad del Hierro ronda las 4 ha. Así, si asumimos que a cada hectárea le corresponden 300

habitantes, como propone Renfrew (1972), se puede admitir que, durante la Edad del Hierro, Alcácer do Sal tuvo una población de 1200 individuos. Sin embargo, al corregir este número de acuerdo con otras propuestas, como la de Naroui –la población de un asentamiento arqueológico corresponde a un tercio de su área total (1962)- o de Casselbery – el número de habitantes corresponde a un sexto del área total (1974), se obtiene un número de 1300 y 500 respectivamente. Ante esta disparidad de números y sin que otros datos puedan ser utilizados, principalmente la cantidad de restos destinados al almacenamiento y el área útil ocupada con habitantes, se hace difícil evaluar cuál sería el número que más se aproxima a la realidad, a pesar de considerar posible que ese número se aproxima al millar.

Este número de habitantes es todavía muy elevado, sobre todo si se tiene en consideración que, para suplir las necesidades alimenticias de esta población, sería necesaria una amplia área de recursos que no parece disponible en Alcácer do Sal. Atendiendo a los cálculos de Halstead (1989) y de Fernández Martínez y Ruiz Zapatero (1984), que establecen que cada individuo necesita por año 200 o 210 kg de cereal respectivamente, 1000 individuos necesitarían anualmente cerca de 200 toneladas de cereal. Teniendo en cuenta que el cultivo cerealístico está estimado en 400 kg por hectárea, abastecer Alcácer do Sal de cereales implicaría un área cultivada de 500 hectáreas.

En este contexto, parece útil recordar que, a pesar de que los suelos que rodean Alcácer do Sal serían en general de tipo C y D, y por ello mismo con razonables condiciones de aprovechamiento agrícola, los potenciales territorios de explotación de 12 y 30 minutos poseen áreas de 12 y 76 ha. respectivamente.

Con todo, no se debe olvidar que en la dieta alimenticia de las poblaciones protohistóricas las proteínas animales pueden significar un 50% (Alarcão, 1992b: 46), lo que permite disminuir considerablemente las áreas necesarias para el cultivo de cereales. El estudio de la fauna mamífera recogida en Alcácer do Sal (Cardoso, 1996: 165-6) probó que el consumo de proteínas animales fue importante en la alimentación de la población del asentamiento, quedando demostrado el predominio, en términos de carne consumida, de los grandes bóvidos. La actividad cinegética no fue descuidada, estando documentada por la presencia de restos de venado, jabalí y por un considerable número de conejos (42.9% del total de la fauna identificada), número que, no obstante, no debe sobrevalorarse, dado el bajo peso del animal y, consecuentemente, su relativa poca importancia en términos de carne consumida (*ibid.*: 168).

En la dieta alimenticia de la población de Alcácer do Sal ciertamente no fueron desestimados los recursos marinos, como atestigua la fauna malacológica recuperada (Silva *et al.*, 1980-81). En todas las fases de ocupación de la Edad del Hierro se recogieron conchas de *Mytilus*, *Solen*, *Cardium edule*, *Scrobicularia plana*, *Ostrea*, *Pecten maximus* y *Patella* (*ibid.*), lo que revela un considerable complemento alimenticio, a pesar del reducido valor proteínico de estos recursos.

No puedo terminar este análisis sobre la ocupación protohistórica del Castillo de Alcácer do Sal sin mencionar que sus características orientalizantes pueden interpretarse por la presencia, durante la 1ª mitad del I milenio a.C., de navegantes/comerciantes en el estuario del Sado. Esta presencia, también comprobada en los asentamientos de Abul y en el área urbana de Setúbal, puede tal vez entenderse por la posibilidad de acceder al interior alentejano a través del río Sado, río que conduce a la región de Ourique, cuya riqueza minera, en este contexto, no puede olvidarse. Alcácer do Sal, situada en el fondo del estuario, detenta una posición geográfica que le permitía dinamizar y rentabilizar el comercio regional e interregional, constituyéndose como punto de bisagra entre el litoral y el interior.

5.2.2. LA NECRÓPOLIS DE SENHOR DOS MÁRTIRES

Al igual que el Castelo, del cual dista cerca de 1 km hacia occidente, la necrópolis de Senhor dos Mártires, en Alcácer do Sal, se localiza en el margen derecho del río Sado, extendiéndose actualmente hacia el Nordeste y hacia el Sudeste de la Iglesia del Senhor dos Mártires, fechada en el siglo XIV.

Es ya bien conocida la «historia» de los trabajos arqueológicos que tuvieron lugar en este yacimiento desde principios del siglo XX, siendo muy reciente una síntesis donde se relatan, detalladamente, los diversos acontecimientos que rodearon el descubrimiento y la excavación de la necrópolis (Fabião, 1999). Por ello, no tiene sentido comentar aquí las vicisitudes por las que pasó esta necrópolis, desde que, a finales del siglo XIX se descubrieron los famosos y ampliamente publicados vasos griegos (Silva, 1875 y 1887; Cartailac, 1886; Veiga, 1886; Vasconcellos, 1905; Correia, 1925a y 1925b; García Bellido, 1936; Pereira, 1956; Pereira 1962; Rouillard, *et al.*, 1988-89; Rouillard, 1991), por lo que únicamente me queda remitir al lector a la mencionada síntesis de Carlos Fabião.

Aún así, la importancia de la necrópolis, su evidente asociación a un poblado, los materiales, los ri-

tos funerarios y también las interpretaciones que han suscitado me obligan a detenerme, con el máximo de detalle posible, en este importante yacimiento de la Protohistoria del Sur del actual territorio portugués.

Desgraciadamente, me veo obligada a iniciar el análisis lamentando la suerte de este espacio funerario, cuya importancia merecería otro destino, posiblemente más prometedor. La información disponible sobre la necrópolis de Senhor dos Mártires es escasa, a pesar de que las áreas investigadas tienen una considerable extensión, reduciéndose, casi exclusivamente, a lo poco que fue dado a conocer por Vergílio Correia (1925a, 1925b, 1925c, 1928, 1930a y 1930b). De las varias campañas de excavación en las décadas 70 y 80, dirigidas por António Cavaleiro Paixão, no se conoce casi nada, de manera que, lamentablemente, me veo enfrentada a la necesidad de recurrir a la publicación de los diarios de las narraciones de los trabajos de campo (Paixão, 1982, 1983b, 1984). No se comprende por qué razón este investigador únicamente publicó una, concretamente la 22/80, de entre el numeroso conjunto de sepulturas que tuvo la oportunidad de excavar (Paixão, 1983a).

La limitación motivada por la escasez de datos hace que el análisis sea poco profundo, lo que no impide que se traten a continuación algunos aspectos concretos.

En primer lugar, es importante mencionar que las excavaciones llevadas a cabo en 1925, 1926 y 1927 por Vergílio Correia en la necrópolis permitieron documentar la existencia de cuatro tipos distintos de sepultura (Correia, 1928). Éstas se agrupaban en dos grandes grupos, que corresponden a dos rituales distintos, concretamente a la incineración *in situ* y a la incineración en *ustrinum*, con la posterior deposición de las cenizas en urnas.

El último grupo (incineración en *ustrinum* con posterior deposición de las cenizas en urnas), comprendía los tipos 1 y 2 de Vergílio Correia, que se diferenciaban entre sí no sólo por su posición estratigráfica, sino también por las distintas morfologías de las urnas y de sus tapaderas.

Como ha comentado recientemente Carlos Fabião (1999: 359), tanto la distribución de los restos conocidos de cada sepultura, como los tipos de sepultura de Alcácer do Sal, plantean varias dificultades por razones diversas. Los registros que llevó a cabo Vergílio Correia durante los trabajos de excavación nunca fueron publicados y hoy en día se encuentran perdidos, por lo que las reconstrucciones de los ajuares que se han propuesto para cada sepultura no están exentas de problemas, siendo muchas veces contradictorias (*ibid.*). Esta situación dificulta considerablemente el estudio de

la necrópolis de Senhor dos Mártires y cualquier tentativa de atribuir cronologías a las diferentes fases o tipos de sepulturas está limitada por la casi total ausencia de información sobre qué materiales arqueológicos cabe relacionar con los grupos establecidos por Vergílio Correia, o entre sí. Debe mencionarse que los pocos datos existentes se refieren sobre todo a las sepulturas del primer tipo. En base a las informaciones que publicó este investigador a principios de siglo, y también a través de lo que es posible observar en las indicaciones sobre los restos depositados en las diversas instituciones que los recibieron (Museu Nacional de Arqueologia, Museu Municipal de Alcácer do Sal, Universidade de Coimbra), ha sido posible reconstruir algunos conjuntos, aunque muy parcialmente. Así, las reconstrucciones elaboradas por Schüle (1969), Paixão (1970) y Rouillard, Paixão, Villanueva Puig y Durand (1988-89), al margen de algunas contradicciones, permitieron relacionar conjuntos de materiales asociados a la última fase de la Edad del Hierro.

En las sepulturas de tipo 1, las urnas se encontraban colocadas a poca profundidad y estaban tapadas por cuencos, «...semelhante(s) a uma tigela de fogo alentejana ...» (Correia, 1928: 172). Los vasos que contenían las cenizas, de cuello estrangulado y cuerpo más o menos globular, aparecían pintados en el borde, panza y cuello con anchas franjas rojas. A veces, la pintura sobre la panza se acompañaba «...de linhas ondeadas horisontais, cortadas a espaços de novas linhas ondeadas verticais.» (*ibid.*). Las urnas estaban colocadas sobre «...as armas e adereços do defunto...» (*ibid.*: 173), mayormente, «... falcatas, adagas [...] folhas de lanças longas [...], as placas de cinturo, as fibulas e os braceletes» (*ibid.*) y junto a ellas existían uno o dos vasos pequeños y dos fusayolas (*ibid.*: 172). Vergílio Correia apuntó también que el rojo de la decoración pintada de las urnas era el mismo que aparecía en los cuencos/tapaderas y señala asimismo los vasos griegos de figuras rojas se encontraron en las sepulturas de tipo 1.

Los datos dados a conocer por Vergílio Correia en 1928 y los que fueron recopilados por varios investigadores que trabajaron sobre los materiales exhumados (Schüle, 1969; Paixão, 1970; Rouillard *et al.*, 1988-89) permiten concluir que el 1º tipo de sepulturas corresponde al último momento del Hierro en la utilización de la necrópolis, momento que podría datarse entre finales del siglo V y el siglo VI a.C., según la cronología tradicional.

Esta datación se basa principalmente en el hecho de que parece claro que a las sepulturas de este 1º tipo se les puede asociar la cerámica ática recogida en la necrópolis, que iba acompañada de armas (escudos,

falcatas, lanzas y puñales de apéndice) y también de fibulas anulares hispánicas, arcos de caballo, fusayolas y broches de cinturón cuadrangulares. Más difícil de explicar es la atribución a estos conjuntos de un collar con colgantes (Schüle, 1969: 281, taf. 89, 1-4), ya que Vergilio Correia, cuando describe el tipo 3, afirma «... e nunca estas pulseiras de sanguessugas aparecem com os enterramentos do 1º tipo.» (Correia, 1928: 177).

Toda esta evidencia permite suponer que la cremación en *ustrinum*, con deposición de las cenizas en urna, fue posterior a la cremación *in situ*, suposición que viene reforzada también por la secuencia estratigráfica que el entonces profesor de Coimbra observó en la necrópolis «houve naquela zona duas camadas de enterramentos ...» (*ibid.*: 171). El autor afirma expresamente que, muchas veces, los dos estratos estaban separados entre sí por una capa de tierra arqueológicamente estéril y no tuvo dudas en considerar la existencia de «...dois estratos de sepulturas, um mais antigo que o outro ...» (*ibid.*), sugiriendo que los dos estratos correspondían a «...ritos sepulcrais diversos ...» (*ibid.*).

La posición estratigráfica del 2º tipo de sepulturas de Vergilio Correia no deja de causar cierta perplejidad. Se trata también de cremaciones en *ustrinum*, con deposición de cenizas en urnas, urnas que aparecen «... no terreno firme do fundo, sobre a própria rocha, que muitas vezes escavavam para tal efeito ...» (*ibid.*: 175).

La caracterización de este tipo de sepultura evidencia otras diferencias con relación al primer tipo, concretamente en lo que respecta a la forma de las propias urnas, que son ahora de tendencia ovoide, y en cuanto a sus tapaderas, que pueden ser simples lajas de esquisto o bien tratarse de lo que se denominó «...espécie de testos de asado coimbrao...» (*ibid.*). A estas urnas, de borde corto, con o sin asas, no iba asociado ningún tipo de arma o adornos, pero el autor recogió, junto a ellas, lucernas de un solo pico. Queda por añadir que Vergilio Correia asoció la forma de las urnas de su 2º tipo de sepulturas a las de las necrópolis de Cruz del Negro, e informa que los ejemplares de Alcácer do Sal estaban decorados con líneas rojas pintadas «...da gola à base...» (*ibid.*).

La casi total ausencia de información sobre los conjuntos de materiales hallados en la necrópolis de Alcácer do Sal, y el desconocimiento sobre qué restos se pueden asociar a los cuatro tipos de sepulturas establecidos por Vergilio Correia, es particularmente grave en lo que se refiere a estas sepulturas de tipo 2. De este modo, es casi imposible saber cuáles son los materiales arqueológicos publicados (Schüle, 1969;

Paixão, 1970; Frankenstein, 1997) que corresponden a este 2º tipo de sepultura, contando únicamente con los escasos datos mencionados por el autor de las excavaciones en la década de los años 20. Sin embargo, las informaciones ofrecidas por Vergilio Correia no parecen suficientes para respaldar la cronología de estas incineraciones en urna, y queda por aclarar si su posición topográfica indica la antigüedad pretendida por Carlos Fabião (1999: 356) o si es únicamente el resultado de una deliberada voluntad de enterrar profundamente estas urnas, lo que obligaría a la perforación de estratos ya depositados, hecho que les retiraría dicha antigüedad o, al menos, impide considerar este 2º tipo de sepulturas contemporáneo del 4º tipo.

Lo que cabe deducir de los datos que presenta Vergilio Correia es que este 2º tipo es anterior al 1º, sin ser clara su relación con los tipos 3º y 4º. De hecho, los materiales arqueológicos que este investigador asocia a sus sepulturas de tipo 2 evidencian cierta antigüedad, concretamente las propias urnas (de tipo «Cruz del Negro»), las lucernas de un solo pico, así como los «*pratos de peixe*» (platos de pescado) que Carlos Fabião identificó (*ibid.*: 356) como tapaderas de tipo «...testo de asado coimbrao, de covo semiesférico e abas direitas.» (Correia, 1928: 175).

Atribuir una cronología precisa a esta fase de la necrópolis no es, como ya se ha dicho, tarea fácil, sobre todo porque los materiales que se les atribuye nunca fueron publicados, por lo que no sabemos si formaron parte de los conjuntos sepulcrales de las sepulturas de tipo 2. Sin embargo, no es imposible pensar que las lucernas publicadas por Frankenstein (1997: 330, lám. 58) sean las que menciona Vergilio Correia (fig. 38), siendo más difícil, pero no imposible, considerar que los «testos de tipo asado coimbrao» corresponden a los platos representados en la lámina 57 del trabajo de la investigadora británica (*ibid.*: 329).

A pesar de saber que esta asociación de materiales en las sepulturas del tipo 2 no es completamente segura, debo señalar que ello no me parece del todo imposible, a pesar de la aparente discrepancia cronológica entre las lucernas y los platos de pescado. Si estos últimos (fig. 39), por las características morfológicas que presentan —borde sub-horizonta! y muy ancho (75 mm), depresión central troncocónica y fondo cóncavo— pueden datarse en un momento relativamente avanzado de la Edad del Hierro (segunda mitad del siglo VI a la primera mitad del siglo V a.C., según la cronología tradicional), las lucernas de un solo pico indican cronologías bastante más antiguas, lo que parece causar cierto trastorno. De hecho, existen datos suficientes para considerar antiguas las lu-

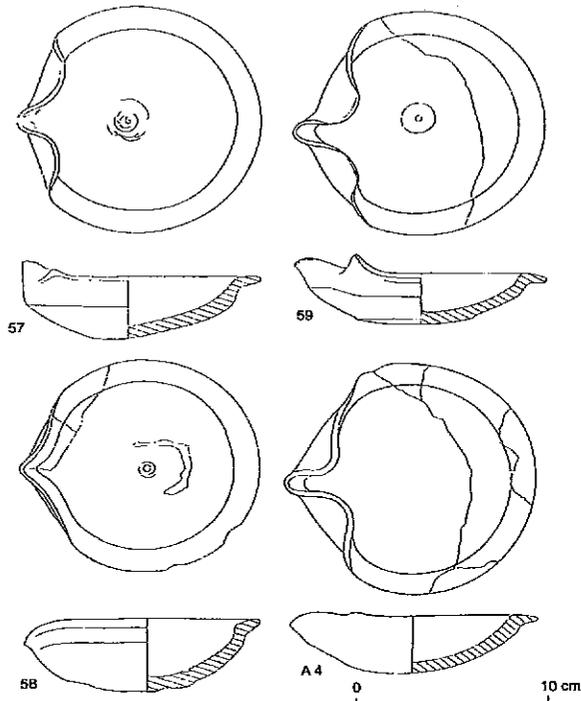


Figura 38. Necrópolis de Senhor dos Mártires: lucernas (según Frankenstein, 1997: 330, lám. 58).

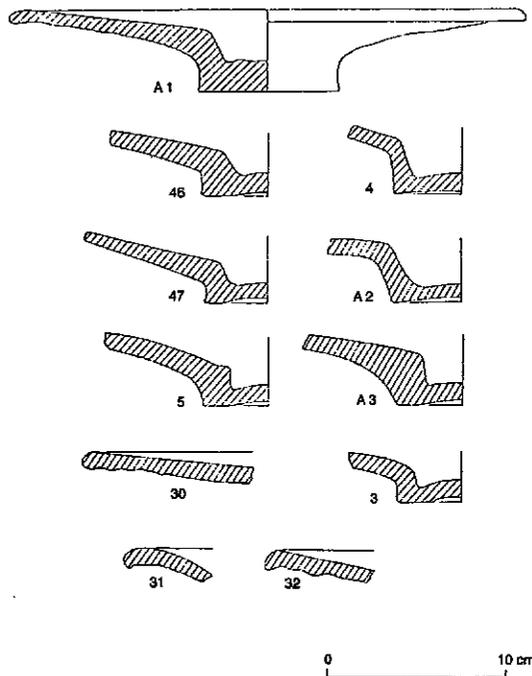


Figura 39. Necrópolis de Senhor dos Mártires: platos de pescado (según Frankenstein, 1997: 329, lámina 57).

cernas de un solo pico, pareciendo también evidente que éstas dominan en el área del Mediterráneo oriental, en cuanto que las lucernas de dos picos son más frecuentes en Occidente, apareciendo preferentemente en contextos tardíos. Sin embargo, es importante aclarar que lucernas de uno y dos picos coexisten, siendo obvio que la existencia de una o dos mechas no constituye un indicador cronológico seguro.

Extraigo también del texto de Vergílio Correia la asociación que establece entre las urnas que encontró en Alcácer do Sal y las de Cruz del Negro (fig. 40). Una vez más, resulta imposible saber si las mencionadas urnas de las sepulturas de tipo 2 de la necrópolis de Senhor dos Mártires son las que fueron publicadas por Susan Frankenstein (*ibid.*: 324, 325, lámina 48-50) o por António Cavaleiro Paixão (1970: 238). La información de Vergílio Correia al respecto no debe, sin embargo, ignorarse. Independientemente de si los mencionados dibujos corresponden o no a las urnas de las sepulturas de tipo 2, es importante señalar que los materiales que se conocen a través de los dibujos publicados son efectivamente urnas de tipo «Cruz del Negro». Se trata de tres piezas (*ibid.*) de cuello alto, cilíndrico o troncocónico, cuerpo ovoide de tendencia bicónica y fondo plano o convexo (fig. 40).

Las características morfológicas y tecnológicas que presentan estas urnas Cruz del Negro merecen algunos comentarios. En primer lugar, cabe destacar el hecho de que las piezas de Alcácer no poseían el típico cuerpo globular de las halladas en el yacimiento epónimo. En la necrópolis del litoral del Alentejo la panza es ovoide, adquiriendo también en uno de los casos un perfil casi troncocónico (Frankenstein, 1997: 48). Las diferencias se observan también a nivel de las asas, cuya sección es bífida en un sólo ejemplar (*ibid.*: lámina 49), existiendo otro en el que el asa es circular (*ibid.*: lámina 54). En el asa de la urna de la lámina 53 (*ibid.*), el doble cilindro únicamente se insinúa a través de un surco central. Más importante es el hecho de que una de las urnas de tipo «Cruz del Negro» de Alcácer do Sal está fabricada a mano (*ibid.*: 321, 324, lámina 49). Sólo en una de las piezas es actualmente visible una decoración pintada sobre la superficie externa, concretamente bandas sobre el borde y en la parte final de la panza (*ibid.*: lámina 48).

Las características morfológicas de las urnas de Alcácer do Sal (forma de la panza y perfil de los cuellos) parecen indicar una cronología relativamente tardía, que en fechas tradicionales podría situarse ya en el siglo VI a.C., quizá en su segunda mitad.

Sin embargo, no quiero descartar totalmente la hipótesis de que la forma de estas urnas pudiera ser únicamente entendida como una variante local de las

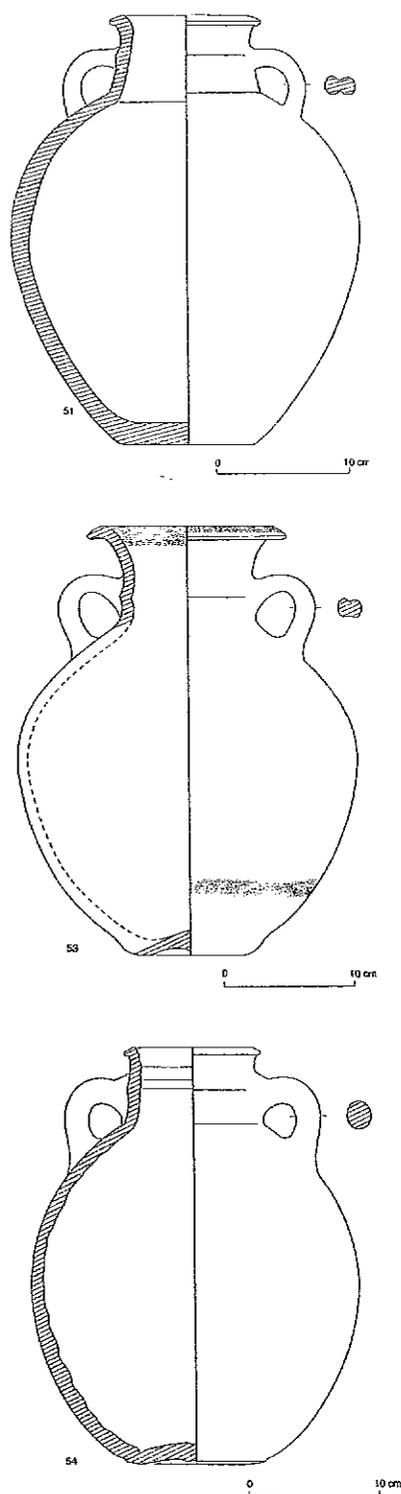


Figura 40. Necrópolis de Senhor dos Mártires: urnas de tipo Cruz del Negro (según Frankenstein, 1997: 324-325, láminas 48-50).

conocidas urnas «Cruz del Negro» y de no poseer, por tanto, ningún significado cronológico.

No puedo dejar de mencionar que la asociación de urnas Cruz del Negro a lucernas de un solo pico fue también documentada en el yacimiento del mismo nombre, lo que tiene particular importancia.

No obstante, soy consciente de que todas las consideraciones suscitadas a propósito de estas piezas, concretamente en cuanto a morfología y datación, han sido realizadas sin tener ningún dato que confirmen su relación con las sepulturas de tipo 2 de Vergilio Correia.

En cuanto a la cronología absoluta y relativa de las sepulturas de tipo 3 y 4, la situación no resulta más sencilla. A pesar de que la lectura de los textos de Vergilio Correia no dejan lugar a duda en cuanto al hecho de que ambos tipos eran de incineración *in situ*, no queda clara la distinción morfológica y cronológica entre ambas. Del mismo modo, no se explica la relación existente entre estos dos tipos y el 2º grupo de incineraciones en urna.

Una vez más, la falta de información sobre los conjuntos de los ajuares por sepultura o, al menos, por grupos de sepulturas, dificulta cualquier análisis e interpretación.

Sin embargo, a la luz de los datos publicados por Vergilio Correia, y también tomando como referencia las excavaciones que desde finales de la década de los 60 del siglo XX llevó a cabo António Cavaleiro Paixão en la necrópolis de Senhor dos Mártires, parece claro que el 4º tipo de sepultura definido por el arqueólogo en la primera mitad del pasado siglo corresponde a la primera utilización de aquel espacio como necrópolis.

Este 4º tipo se caracteriza por la cremación *in situ*, realizada en el interior de una fosa excavada en la roca madre. Esta fosa tenía planta rectangular, y en su centro se definía otro rectángulo, también excavado en la roca, pero de menores dimensiones que el anterior (*ibid.*: 177-1781).

Todo indica que la gran mayoría de las sepulturas excavadas por António Cavaleiro Paixão corresponden a este 4º tipo de Vergilio Correia, a pesar de que la planta publicada por aquel investigador (1983, fig. 4) permita considerar que el tipo 3 fue también identificado.

Parece innegable que son a estas sepulturas a las que hay que asociar los escarabeos (Correia, 1925a; Paixão, 1970, Paixão, 1971; Gamer-Wallert y Paixão, 1983; Paixão, 1983a) (fig. 39) y las lanzas de tipo «Alcácer do Sal» (Schüle, 1969; Paixão, 1970; Paixão, 1983a). Todo indica que el instrumento musical (Correia, 1928) y los restos de ruedas de carros encon-

trados tanto por Vergilio Correia como por Cavaleiro Paixao (Correia, 1925b y 1928; Paixão 1970) fueron exhumados en sepulturas de este tipo.

También es cierta la existencia de fauna mamífera en ellas (Correia, 1928; Paixão 1970).

El ánfora que publican Cavaleiro Paixao (1970) y Susan Frankenstein (1997) (fig. 41), que se integra fácilmente en el tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995), fue recogida por Vergilio Correia en la «parte baixa da necrópole» (Paixão, 1970: 72), aunque no se comprende el significado exacto de esta indicación. Sin embargo, la morfología y datación (siglo VII-VI a.C. en cronología tradicional) parecen indicar que la mencionada ánfora se sitúa en el momento más antiguo de la necrópolis.

No es imposible que las fibulas de doble resorte, tipo Acebuchal, arco engrosado y arco poco engrosado (Correia, 1930b; Paixão, 1970; Ponte 1985) correspondan también a las sepulturas del 4º tipo (fig. 42), a pesar de que se desconoce el contexto exacto de la recogida de la gran mayoría de los ejemplares. Únicamente Vergilio Correia afirma que las fibulas que recogió en la necrópolis de Alcácer fueron «...encontradas quer em sepulturas com espólio definido, quer avulsamente» (Correia, 1930b: 184). Sólo para la fibula de tipo Acebuchal (Correia, 1930b: 185; Ponte, 1985: 140, 150, fig. 3), Vergilio Correia adelanta otra información, que, sin embargo, únicamente parece confundir todavía más la ya complicada verificación de los contextos. Según el profesor de Coimbra, la mencionada fibula fue hallada «...junto com fragmento de um vaso ornado de palmetas negras sobre fundo vermelho ...» (Correia 1930b: 185), sin que se entienda el tipo de vaso al que se refiere, si bien parece difícil que se trate de cerámica griega de figuras negras.

La indicación de la existencia de fibulas anulares en las sepulturas del 3º tipo (fig. 42) permite pensar que las restantes (doble resorte, tipo Acebuchal, arco engrosado y arco poco engrosado) pueden provenir de las sepulturas del 4º tipo, como ya sugirió Carlos Fabião (1998).

Los collares con cuentas (fig. 42) (Correia, 1925b y 1928; Schüle, 1969; Paixão, 1970; Paixão 1983a) y los cuchillos afalcatados (Correia 1925a y b, 1928; Schüle 1969; Paixão, 1970; Paixão 1983a) son más difíciles de situar, sin que esté claro que puedan incluirse en las sepulturas del tipo 4 o en las del tipo 3, o en ambas.

Los restos hallados indiscutiblemente en las sepulturas de tipo 4, y aquellos que cabe asociar con reservas, apuntan a una datación relativamente antigua dentro de la Edad del Hierro, que podría centrarse entre el siglo VII y los inicios del VI a.C. en cronología tradicional. Por otro lado, es importante mencio-

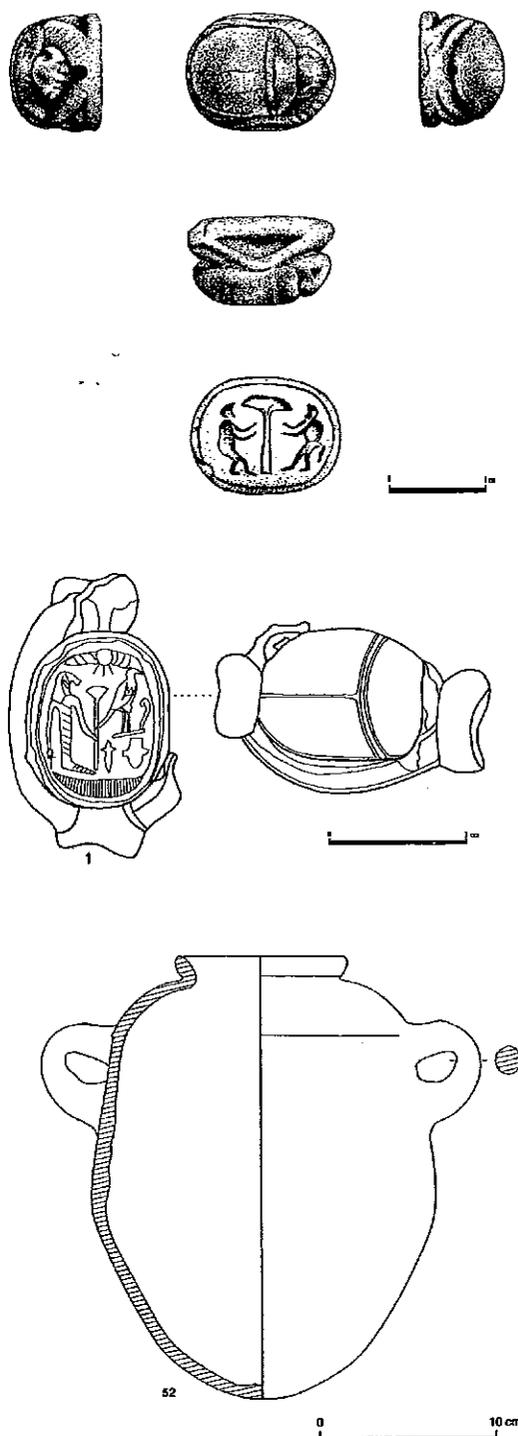


Figura 41. Necrópolis de Senhor dos Mártires: escarabeos y ánforas (según Paixão, 1983; Gamer Wallert y Paixão, 1983 y Frankenstein, 1997).

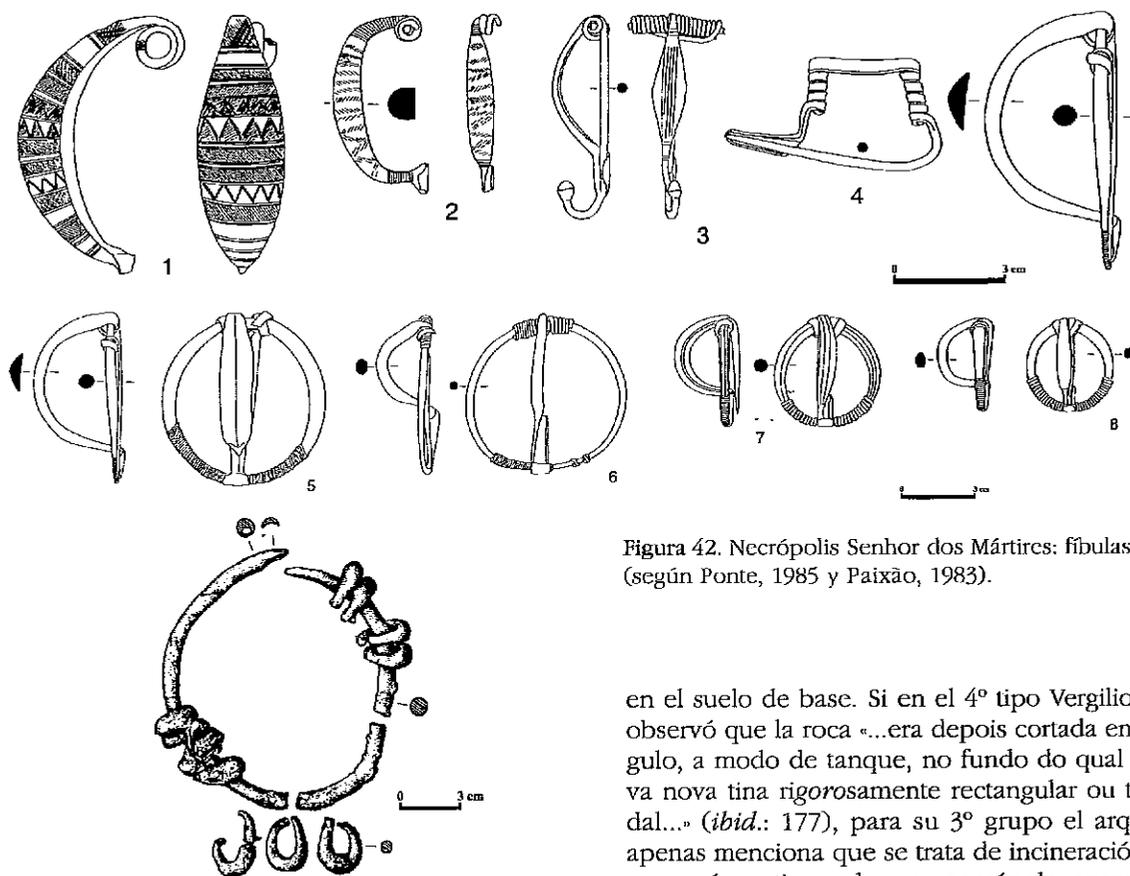


Figura 42. Necrópolis Senhor dos Mártires: fíbulas y collar (según Ponte, 1985 y Paixão, 1983).

nar que muchos de estos restos presentan un origen mediterráneo evidente, mientras que otros sólo parecen inspirarse en ese mismo mundo oriental.

El origen mediterráneo de los escarabeos de Alcácer do Sal, por ejemplo, no se puede negar, y hoy es seguro que las ánforas de tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres fueron producidas en el área meridional de la Península Ibérica, concretamente en los centros fenicios del área del estrecho de Gibraltar (Torres, 1995). Relacionar las fíbulas de doble resorte y las de tipo Acebuchal con el mundo meridional tampoco resulta difícil, a pesar de que la distribución del primero de los dos tipos supone algunas reservas en cuanto a esa relación directa.

El tercer tipo de sepulturas de Vergílio Correia es también de incineración *in situ*, siendo posible deducir de la descripción del autor que esa incineración era realizada sobre la roca madre (Correia, 1928: 175). Es difícil conocer los motivos que determinaron la distinción de este 3º tipo del 4º grupo ya mencionado. Considero que esa distinción se debió no sólo a las diferencias observadas a nivel de los restos, sino, tal vez, a la estructuración distinta de las fosas excavadas

en el suelo de base. Si en el 4º tipo Vergílio Correia observó que la roca «...era depois cortada em rectângulo, a modo de tanque, no fundo do qual se cavava nova tina rigorosamente rectangular ou trapezoidal...» (*ibid.*: 177), para su 3º grupo el arqueólogo apenas menciona que se trata de incineración *in situ* y que «é um tipo vulgar na necrópole, aparecendo a nódoa de cinza e restos de ossos, contendo pequenos vasos, armas e enfeites semi-calcinados, sobre a rocha de fundo...» (*ibid.*: 175).

Las informaciones transmitidas por Vergílio Correia, aun siendo escasas y poco circunstanciales, no permiten extraer grandes conclusiones a nivel de relación cronológica entre los dos tipos que comparten el mismo ritual funerario (la incineración *in situ*). Sin embargo, la planta que publicó António Cavaleiro Paixão en relación a sus trabajos de 1980 (1983a: fig. 4) (fig. 43) permite pensar que, de hecho, la diferencia entre los tipos 3 y 4 se basa en la cronología de ocupación, ya que resulta visible que algunas sepulturas «cortan» otras, lo que implica que la incineración *in situ* perduró en el lugar, siendo obvio que las que fueron «cortadas» son anteriores a las que se les superponen.

Más importante resulta la real o aparente diferenciación que existe a nivel de los restos recuperados. Independientemente de que admitamos que las omisiones de Vergílio Correia pueden tener un significado concreto, el hecho es que en relación al 3º tipo no se mencionan restos de fauna, como los que se identificaron en el 4º grupo. Por el contrario, el autor menciona

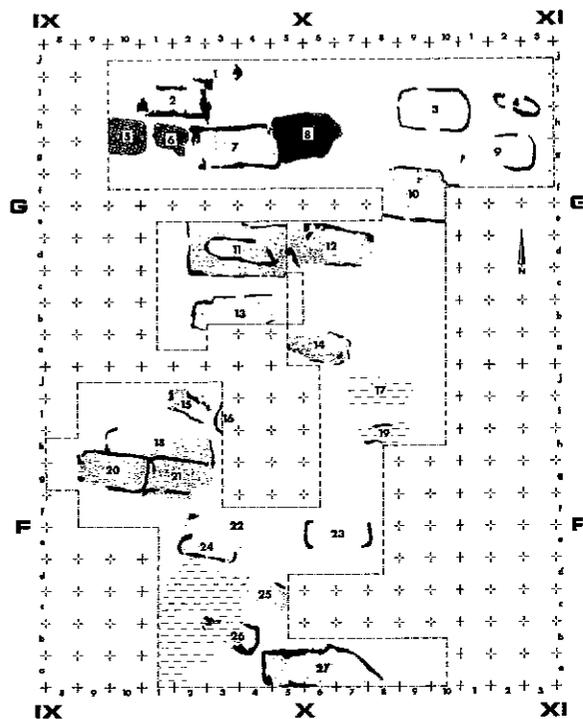


Figura 43. Necrópolis de Senhor dos Mártires: planta del área excavada en 1980 (según Paixão, 1983: 280-281, fig. 4).

que en las sepulturas del tipo 3 se recuperaron fíbulas anulares hispánicas, broches de cinturón con gancho y también lucernas de un solo pico, materiales aparentemente ausentes de las sepulturas del 4º tipo.

Ambos tipos de sepultura tenían armas, aunque no existe información que permita establecer alguna diferenciación tipológica o cronológica entre ellas, a pesar de estar claramente indicado que en el 3º tipo no se encontraron espadas.

Los restos que cabe asociar de forma segura a estas sepulturas de tipo 3 poseen una cronología tradicional que se pueden situar, grosso modo, entre finales del siglo VII y finales del siglo VI a.C., tal vez con una incidencia en la segunda mitad del VI a.C. De hecho, si las lucernas de un solo pico y también las broches de cinturón de gancho pueden remitir a los inicios del siglo VI, así como hasta finales del VII, las fíbulas anulares indican una cronología más tardía, aunque también dentro de la misma centuria.

Si la relación entre los dos tipos de incineración *in situ* es difícil de establecer con rigor, se hace casi imposible contrastar la hipotética sincronía entre éstos y las sepulturas del tipo 2, donde se identificó otro rito funerario.

De este modo, se pueden considerar varias hipótesis interpretativas:

1. La división por tipos de sepultura que estableció Vergilio en 1928 revela un proceso evolutivo lineal, en el que las sepulturas más antiguas corresponden al tipo 4 y las más recientes pertenecen al tipo 1. Las sepulturas de tipo 3 y 2 serían las que fueron utilizadas en el momento medio de la diacronía de utilización de este espacio como necrópolis, siendo el tipo 2 posterior al tipo 3. Así, en un momento indeterminado entre la segunda mitad del siglo VI y el siglo V a.C., el ritual funerario que conllevaba la incineración *in situ* habría sido sustituido por la incineración *ustrinum*, con la posterior deposición de las cenizas en urna, siendo evidente una ruptura en cuanto al rito practicado. Esta ha sido la hipótesis compartida por casi todos los investigadores que se han preocupado de la necrópolis de Alcácer do Sal, con mayor o menor ligereza, quienes asumen una ruptura del ritual como consecuencia directa de la llegada al litoral portugués de poblaciones de origen continental.

2. Si es cierta mi suposición de que las sepulturas de tipo 3 cortan algunas de las sepulturas de tipo 4, no quedaría duda sobre la secuencia cronológica de unas con relación a las otras, aunque esta situación apenas tiene un significado evolutivo, manteniéndose el mismo ritual funerario. Es posible que fuera esta situación la que impidió a António Cavaleiro Paixão comprender las diferencias establecidas por Vergilio Correia entre los dos tipos de sepultura -não obstante consideramos insuficiente a descrição dos enterramentos do tipo 3 y 4, os mesmos poderão, com algumas reservas, identificar-se com as sepulturas por nós escavadas, muito particularmente as do último daqueles tipos» (Paixão, 1983a: 277), que corresponden al final de una ocupación continuada de la necrópolis, de acuerdo con patrones similares de carácter cultural. La confirmación de la existencia de los dos tipos de sepultura no implica la existencia de dos fases de ocupación de la necrópolis, ya que no parece darse ninguna ruptura o discontinuidad en el ritual, en el tipo de sepultura o en los restos recogidos. Esta evolución es perceptible a nivel de los propios restos arqueológicos recuperados en uno y otro tipo de sepultura, siendo obvio que algunos materiales más tardíos (fíbulas anulares, por ejemplo) que forman parte del ajuar de las sepulturas de tipo 3 están ausentes en las sepulturas de tipo 4. Las sepulturas de tipo 2 y 1, con un ritual funerario distinto, serían posteriores a las del tipo 3 y 4, y todo indicaría que las de tipo 1 corresponden a la última fase de ocupación. Esta hipótesis comporta también la existencia de una ruptura en los

ritos funerarios existentes en la necrópolis de Senhor dos Mártires, que se explicaría por filiaciones culturales distintas en los dos momentos.

3. Si se mantiene la hipótesis 2 en relación a las sepulturas de tipo 3 y 4, las sepulturas de tipo 2 son, al menos en parte, coetáneas de las del tipo 3. De hecho, su posición topográfica y, sobre todo, los restos que se les asocia ofrecen indicaciones en este sentido. Recuerdo que las urnas de incineración son de tipo «Cruz del Negro» y que las lucernas de un solo pico se encontraron junto a estas urnas, materiales estos que pueden conferir antigüedad a las sepulturas del tipo 2. Por otro lado, las lucernas de una sola mecha también forman parte de los restos recuperados en las sepulturas de tipo 3. Las incineraciones en *ustrinum*, con posterior deposición en urna, correspondientes a las sepulturas de tipo 1, continúan siendo las más tardías de la necrópolis del Olival de Senhor dos Mártires.

Los datos disponibles para analizar la necrópolis de Alcácer do Sal son tan escasos y contradictorios que no facilitan la elección de ninguna de las hipótesis arriba formuladas. La información existente apenas permite concluir con alguna certeza que las sepulturas de tipo 1 corresponden de hecho al momento final de la utilización de este espacio funerario durante la Edad del Hierro, siendo posteriores a todos los restantes tipos, y pudiendo datarse entre finales del siglo V y principios del IV a.C.

Los restos conocidos evidencian también que el Olival do Senhor dos Mártires fue utilizado como necrópolis a partir de mediados del siglo VII a.C., y que, entre este siglo VII y el siglo VI, se practicó la incineración *in situ* en las sepulturas de los tipos 3 y 4. No es imposible que a partir de un determinado momento del siglo VI a.C. pasara a utilizarse la deposición de las cenizas en urna, siendo entonces coetánea de la incineración *in situ*. Parece evidente que este último rito se abandona en el siglo V, o quizás a finales del VI a.C., momento en el que la incineración en urna pasa a ser el ritual exclusivo.

Esta hipótesis, que parece la más probable a la luz de los datos disponibles, plantea muchos interrogantes y permite varias interpretaciones.

Si admitimos que las incineraciones en urna e *in situ* coexisten durante algún tiempo, hay que establecer las causas de la sincronía entre dos rituales funerarios distintos, lo que evidentemente no resulta tarea fácil. No obstante, no puedo dejar de mencionar las numerosas semejanzas que encuentro entre las sepulturas del tipo 4, en fosa rectangular excavada en el suelo de base, y las sepulturas de la necrópolis fenicias de Andalucía, concretamente de las Cádiz (Perdigones Moreno, 1991; Perdigones Moreno *et*

al., 1990), Jardín (Schubart, 1995), de Cerro del Mar (Niemeyer, 1979) o Puente de Noy (Molina Fajardo y Huertas Jiménez, 1983; *idem*, 1985). Por otro lado, no deja de ser curioso que las incineraciones en urna, concretamente las de tipo Cruz del Negro, sean frecuentes en el medio indígena, justamente en Cruz del Negro (Bonsor, 1899), yacimiento en el que este rito coexiste con el de la inhumación (Bonsor, 1927; Gil de los Reyes y Puya, 1991).

Resulta tentador relacionar la existencia de dos rituales distintos y coetáneos con dos realidades étnicas diferenciadas, asumiendo que la incineración *in situ* correspondería al segmento exógeno de población, en este caso fenicio, y que las incineraciones en urna serían practicadas por la población indígena.

Aún admitiendo que en el Castelo de Alcácer do Sal, asentamiento que indiscutiblemente corresponde a la necrópolis que se está analizando, se instalaban grupos de fenicios occidentales, y que la población nativa se mantuvo en el lugar, soy consciente de que esta hipótesis carece de datos que las excavaciones hasta el momento no proporcionan.

Sin embargo, creo importante destacar en este contexto los pocos datos cronológicos que se han podido deducir de lo que se ha publicado, datos que sugieren que la incineración en urna es en efecto posterior a la incineración en *ustrinum*, aunque los dos ritos pueden haber coexistido durante algún tiempo.

Las razones de la coexistencia de los dos ritos funerarios, aunque apenas visible en un corto espacio de tiempo (el relativo a la utilización de la necrópolis), pueden ser varias, y las interpretaciones posibles no deben ocultar que las diferencias que existen entre las sepulturas de tipo 3 y 4 y las sepulturas de tipo 2 sobrepasan el rito practicado. Así, en cuanto a las sepulturas de tipo 3, está atestiguada la presencia de armas, Vergilio Correia afirma expresamente que «sob os ossuários [das sepulturas de tipo 2], nada de armas dobradas ...» (Correia, 1928: 175).

También se podría pensar que los distintos rituales practicados no tienen una relación directa con la existencia de una población mixta en Alcácer do Sal, o bien no están exclusivamente conectados con una diferenciación cronológica, aunque podrían reflejar tan sólo diferencias a nivel del estatus de la persona incinerada. Tal como señala Carrilero Millán (1993: 179), distintos rituales funerarios únicamente pueden traducir diversidad a nivel de sexo, edad o diferencias de escala en la pirámide social.

Tal vez sea esa misma diversidad lo que explique que dentro del mismo tipo de sepultura se observen también diferencias respecto a los restos. Esas diferencias parecen evidentes, pese al peligro que su-

pone extraer conclusiones de los datos divulgados por Vergilio Correia, o de las reconstrucciones de los restos de cada sepultura. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar que si bien en las sepulturas 9, 11, 15, 18, 88, 98, 101 apareció abundante y diversificado material arqueológico (cerámica, bronce, armas), en las sepulturas 6, 23, 26, 38, 60, 64, 68, 93, 118 únicamente se halló la urna funeraria.

La información procedente de los trabajos de António Cavaleiro Paixão confirma de algún modo la existencia de diferencias considerables en cuanto a la cantidad de restos hallados en cada sepultura, si bien es cierto que, en este caso, se está en presencia exclusivamente de sepulturas de incineración *in situ*, de tipo 3 o 4, lo que confiere a estos datos una innegable sincronía. De las sepulturas F11 y G10, se recuperó un abundante y diversificado material arqueológico, que incluía cerámica, armas y diversos objetos de adorno (fíbulas, collares, placas de cinturón) (Paixão, 1970: 78-89). En las sepulturas G11, G11S, G11N y F12 no se encontró ningún resto cerámico o metálico (*ibid.*).

Concluir que estas diferencias traducen estatus sociales distintos es, posiblemente, desajustado y excesivamente reduccionista, ya que podrían responder

también a una diferenciación sexual o de edad. Sin embargo, parece innegable que, al morir, determinados miembros del grupo que habitaba en Alcácer do Sal tenían la oportunidad de hacerse acompañar de determinados objetos que, utilizados o no en vida, los distinguían socialmente.

Quisiera añadir que, si se confirma la hipótesis de que las incineraciones *in situ* y en urna pueden corresponder a un mismo momento de la diacronía, lo que considero que es posible deducir, a pesar de todo, a partir de lo que publicó Vergilio Correia y de los materiales procedentes de las sepulturas de tipo 2, los dos rituales funerarios no reflejan ninguna ruptura cultural: Además, considero que no está de más insistir en que los materiales recuperados en las sepulturas de tipo 2 (urnas Cruz del Negro, lucernas de un solo pico, platos de pescado) presentan características orientalizantes indiscutibles, lo que significa que no cabe atribuirles ningún origen continental. Incluso admitiendo que el ritual de incineración en *ustrinum* fue introducido en un momento avanzado de la utilización de la necrópolis y que hasta ese momento las incineraciones *in situ* fueron exclusivas, parece claro que la matriz cultural mediterránea se mantiene todavía desde el siglo VI a.C.

Sepulturas de la Necrópolis del Olival do Senhor dos Mártires

Tipo *	Arquitecturas	Materiales	Ritos	Secuencia**
1	Urnas depositadas en fosa excavada en el suelo.	Cerámicas áticas, escudos, puñales, espadas de antenas, falcatas, fíbulas anulares hispánicas.	Incineración en <i>ustrinum</i> , deposición en urna.	Último cuarto del s. V, 1ª mitad del IV s. a.C.
2	Urnas depositadas en fosa excavada en el suelo, alcanzando o sobrepasando la roca.	Urnas Cruz del Negro y lucernas de un sólo pico.	Incineración en <i>ustrinum</i> , deposición en urna.	Segunda mitad del s. VI, 1ª mitad del V a.C.
3	Fosa rectangular excavada en el suelo.	Fíbulas anulares, broches de cinturón de gacho, armas, collares.	Incineración <i>in situ</i> .	Final del s. VII a finales del s VI a.C.
4	Fosa rectangular excavada en la roca, con depresión central	Escarabeos, ruedas de carros, lanzas de tipo Alcácer, fíbulas de doble resorte y Acebuchal, instrumento musical, collares.	Incineración <i>in situ</i> .	Mediados del S. VII a la mitad del s. VI A.C.

* Según Vergilio Correia

** Según la autora

Hay que hacer referencia también a una serie de materiales, que pudiendo ser debidamente encuadrados, o no, en sus contextos de origen, han implicado lecturas historiográficas de naturaleza varia que conviene analizar.

Con anterioridad he sugerido el carácter indiscutiblemente mediterráneo de los escarabeos, del ánfora 10.1.2.1., de las urnas de tipo Cruz del Negro y de las lucernas de un solo pico (*infra*). Estos materiales fueron hallados en las sepulturas de tipo 2, 3 y 4 y revelan una filiación cultural que debe buscarse en el mundo orientalizador.

También asociadas a esta «fase» de la necrópolis, que en un determinado momento incluye sepulturas con dos rituales funerarios distintos, aparecen fíbulas de tipo Acebuchal, de doble resorte y también fíbulas anulares de carácter arcaizante (Ponte, 1985). Las evidentes conexiones de estos objetos de adorno con realidades culturales meridionales son tan evidentes que ahorran cualquier comentario.

António Cavaleiro Paixão, que únicamente pudo excavar sepulturas de incineración *in situ* (Paixão, 1970; *idem*, 1983a) correspondientes al tipo 3 o 4 de Vergilio Correia (Correia, 1928), llegó a encontrar al menos un collar con cuentas (Paixão, 1983a: 283, 284, fig. 5). Este collar, procedente de la sepultura 22/80, estaba claramente asociado a un escarabeo egipcio, a dos lanzas de «tipo Alcácer do Sal» y a dos cuchillos. Si en relación al escarabeo no parece necesario hacer ningún otro comentario, en lo que respecta a los collares de cuentas (Schüle, 1969: lám. 108), que Vergilio Correia también recogió en las sepulturas de tipo 3 (Correia, 1928: 176), considero importante destacar que están casi completamente ausentes en los contextos meridionales peninsulares, a excepción del Alto Alentejo y de Bacia do Sado (Gomes, 1983). Por otro lado, las evidentes concentraciones de este tipo de adorno en ambientes continentales, principalmente el Alto Tajo y Alto Duero, parecen sugerir, para este caso concreto, la existencia de la ruta terrestre que Carlos Fabião parece negar de antemano (Fabião, 1999: 365). Creo que esa ruta terrestre fue efectivamente responsable de la existencia de un numeroso conjunto de collares en el litoral portugués que, a su vez, habría contribuido a su expansión hacia el Alentejo interior a través del río Sado. Lo que es evidente es la filiación continental de los mencionados collares, independientemente de que sea cierto que no son extraños en ambientes orientalizantes, incluso en el actual territorio portugués, donde aparecen en Santa Olaia (v. *infra*) y en las necrópolis de Ourique (Beirão, 1986).

En cuanto a las lanzas que Schüle clasificó como de tipo Alcácer do Sal (Schüle, 1969), éstas son más difíciles de analizar, sobre todo porque parecen haber sido utilizadas en todos los momentos de la diacronía, aunque con algunas diferencias morfológicas, no sólo en relación a la sección de la nervadura central (fig. 44). De cualquier forma, creo que es posible relacionar los ejemplares más antiguos de Alcácer do Sal, concretamente los de nervadura central de sección rectangular encontrados por António Cavaleiro Paixão (1970 y 1983a) en las sepulturas de incineración *in situ*, con las piezas de Córdoba —principalmente las halladas en la necrópolis de Almedinilla— y de Granada (Schüle, 1969: Lám. 78). De este modo, parece segura una vez más una relación preferencial, aunque no exclusiva, de los primeros momentos de la necrópolis con el mundo meridional peninsular, lejos de los ambientes meseteños y continentales, siendo posible que la difusión de este tipo de armas se realizara también por vía marítima.

Cabe señalar, sin embargo, que las lanzas, que pueden asociarse a las sepulturas de incineración en urna de tipo 1, y cuya nervadura central puede ser de sección romboidal o triangular, se distribuyen efectivamente por el interior de la Península Ibérica, en particular en las provincias de Ávila, Soria, Navarra y Guadalajara (Schüle, 1969: Lám. 28). Es posible que su presencia en Alcácer do Sal guarde relación con estas relaciones geográficas concretas.

En cuanto a los broches de cinturón, no se dispone de ninguna información contextual segura sobre los denominados broches «de tipo tartésico». Los dos broches de la necrópolis de Alcácer do Sal (Schüle, 1969, Lám. 95 y 108; Paixão, 1970: 134-136), recogidos, uno por Vergilio Correia y el otro a raíz de las labores de campo de 1885, no pueden asociarse a ninguna sepultura, aunque es muy probable que correspondan a las «fases» más antiguas de la necrópolis. Se trata de dos piezas macho, de placa rectangular, y de una pieza hembra que siempre se ha asociado a una de las piezas macho. Se encuadran en el tipo 4a de Cuadrado y Ascensão (1970) y su cronología se situaría en la primera mitad del siglo VI a.C. La filiación meridional de estos broches de cinturón de «tipo tartésico» es casi indiscutible, siendo el bajo Guadalquivir el área de mayor concentración de estas piezas, con una notable incidencia en la región de Sevilla (Mancebo Davalos, 1996: 53-54). La difusión de estos broches por el litoral occidental del actual territorio portugués debe incluirse dentro de su secuencia de expansión por la Extremadura española.

Los denominados broches de tipo «céltico» están también presentes en Alcácer do Sal (Correia,

1925b; Almeida y Ferreira, 1967; Schüle, 1969; Paixão 1970; Caetano, en prensa) (fig. 45). Domina el conjunto, con cinco ejemplares, la variante de tres ganchos que se incluye en el tipo D de Cerdeño Serrano (1978). Dos de las piezas no poseen ningún contexto, ya que fueron encontradas en las tareas de labranza de 1885. De las restantes, dos aparecieron durante las excavaciones de Vergilio Correia y proceden de las sepulturas 42 y 52 (Correia, 1925b: 6; Schüle, 1969: Lám., 91, 92; Paixão, 1970: 136-138; Caetano, en prensa). Hay que señalar que la sepultura n.º 42 ofreció también una fibula anular hispánica (Correia, 1925b: 8). Se desconoce en qué tipo de sepultura deben encuadrarse éstas, las n.º 42 y 52. Únicamente cabe mencionar que la primera debería situarse, según la cronología tradicional, entre finales del siglo VI y el siglo V a.C. De hecho, tanto la hebilla de cinturón de tipo Cerdeño DIII3d, como la propia fibula, apuntan en ese sentido. Los trabajos dirigidos en la necrópolis por António Cavaleiro Paixão permitieron recuperar un fragmento de otra hebilla de este tipo en la sepultura F11 (Paixão, 1970: 79, 231, diseño 1). Esta sepultura es de incineración *in situ* y se puede integrar en los tipos 3 o 4 de Vergilio Correia. La hebilla de cinturón estaba asociada a un collar de cuentas y en la base de la sepultura, sobre la roca, este arqueólogo recogió también tres hojas de lanza de «tipo Alcácer do Sal», con nervadura central de sección rectangular.

Durante las excavaciones realizadas a finales de los años 70 se encontró en la sepultura G10 otro broche de cinturón macho, en este caso asociado a la pieza hembra serpentiforme (Paixão, 1970: 86, 139, dibujo 3) (fig. 43). El broche es de tipo Acebuchal (Parzinger y Sainz, 1986) o C de Cerdeño Serrano (Cerdeño Serrano, 1978), formado por talón y placa central.

El origen de estos broches es todavía muy discutido, aunque está prácticamente descartada la posibilidad de un origen centroeuropeo para los broches de talón rectangular y placa poligonal con uno o más ganchos, tipos C y D de Cerdeño Serrano (1978). De hecho, a nivel formal, estos tipos específicos de broches de cinturón no parecen tener su origen en los hallados en Alemania o en Suiza y también se debe sumar a ello que se circunscriben a la Península Ibérica y al sur de Francia, siendo importante recordar que al ejemplar descubierto en Centroeuroa, en Magdalenenberg, le ha sido atribuido un origen ibérico (Spindler, 1973: 231-235).

Tampoco hay que olvidar que el área de mayor concentración de broches de tipo D, de tres ganchos, se sitúa efectivamente en el interior de la Península Ibérica, concretamente en las provincias españolas de

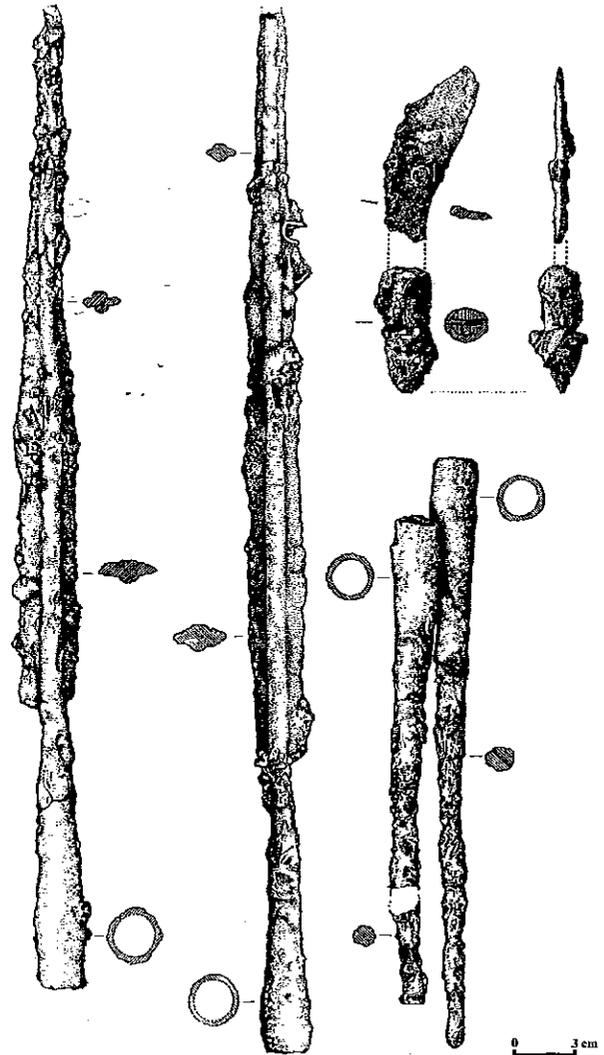


Figura 44. Necrópolis de Senhor dos Mártires: lanzas y cuchillo afalcado de hierro de la necrópolis de Senhor dos Mártires (según Paixão, 1983: 284, fig. 5).

Guadalajara, Soria y Teruel (Schüle, 1969), siendo muy escasos los ejemplares recogidos en el litoral, con excepción de Cataluña (*ibid.*).

En cuanto a los broches de tipo C o Acebuchal, la situación es inversa. Es segura su distribución en el área meridional de la Península Ibérica, con grandes concentraciones en Andalucía, muy especialmente en el Valle del Guadalquivir (Schüle, 1969; Parzinger y Sainz, 1986; Cerdeño Serrano, 1978). Su aparición en el área meseteña es escasa y casi siempre residual (*ibid.*).

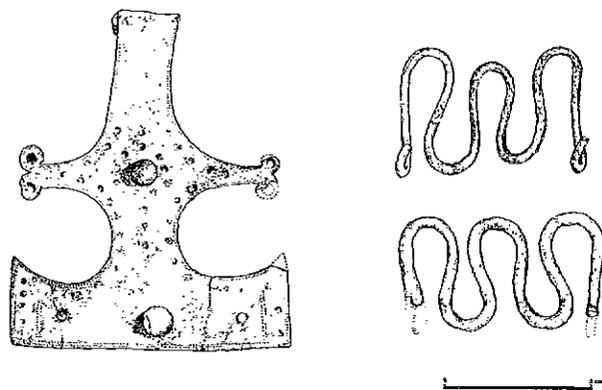


Figura 45. Necrópolis de Senhor dos Mártires: hebillas de cinturón de tipo Acebuchal encontrado sobre la sepultura G10 (según Paixão, 1970: 86, 139, dibujo 3).

Tal como defiende Gaetano (en prensa), todo indica que los broches de cinturón de tipo Acebuchal y los de tipo D constituyen un grupo individualizado que fue considerado como «tipo céltico», sin que se puedan comparar a los tipos A y B. Tal vez inspirados en modelos orientales, son objetos que difícilmente se pueden asociar al mundo centroeuropeo, tanto en términos estrictamente formales como decorativos.

Las falcatas de Alcácer do Sal (Schüle, 1969: lám. 98 y 99), por ejemplo, que están presentes en la última fase de la necrópolis (fig. 46), tienen una distribución fundamentalmente meridional, siendo abundantes en Andalucía oriental y en el Levante español. Así, tal como señala Carlos Fabião (1999: 365), todo indica que su llegada a la costa occidental portuguesa se realizó por vía marítima, y no tiene mucho sentido interpretar su presencia en el Olival do Senhor dos Mártires a través de alguna vía terrestre.

Sin embargo, éste no parece ser el caso de las espadas y puñales de antenas con incrustaciones en plata (fig. 47), ni tampoco, como ya comenté anteriormente, de las lanzas de tipo Alcácer do Sal con nervadura central de sección losángica, los collares con cuentas y las hebillas de tipo D de Cedeño Serrano. Si el elemento mediterráneo parece dominar en todas las fases de la necrópolis (añadiendo a todos los conjuntos anteriormente analizados los vasos griegos, cuyo lugar de origen no es cuestionable), me gustaría insistir en que a lo largo de toda la diacronía de ocupación, algunos materiales también remiten al interior de la Península, teniendo que admitir que los contactos entre el litoral y el interior pueden haber tenido lugar directamente y sin ningún protagonismo por parte de los navegantes fenicios.

Con todo, no considero que haya ninguna ruptura étnico-cultural en ningún momento de la utilización de la necrópolis y que las incineraciones en urna puedan traducir esa ruptura. No sólo la utilización de los dos ritos parece ser evidentemente coetánea, sino que también los materiales que se asocian a las primeras incineraciones en urna se hayan en total consonancia con una matriz mediterránea dominante.

Continuar sustentando que la necrópolis de Alcácer do Sal es un testimonio elocuente de discontinuidad cultural entre una I Edad del Hierro Orientalizante y una II Edad del Hierro Continental, basándose también en el incendio del poblado localizado en el Castelo, parece insostenible. La lectura atenta de los textos que se han publicado sobre Alcácer, aunque escasos y resumidos, desmienten en mi opinión las tesis que apresuradamente se construyeron sobre el yacimiento, tesis en las que yo misma me basé no hace demasiado tiempo (Arruda, 1994), sin duda por no haber leído con la debida atención los textos mencionados.

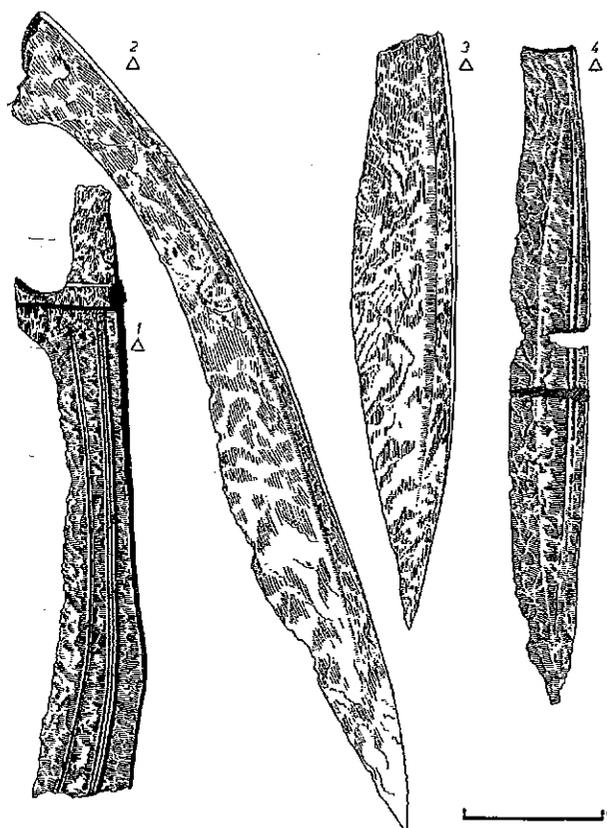


Figura 46. Necrópolis de Senhor dos Mártires: falcatas (según Schüle, 1969: lám. 98 y 99).

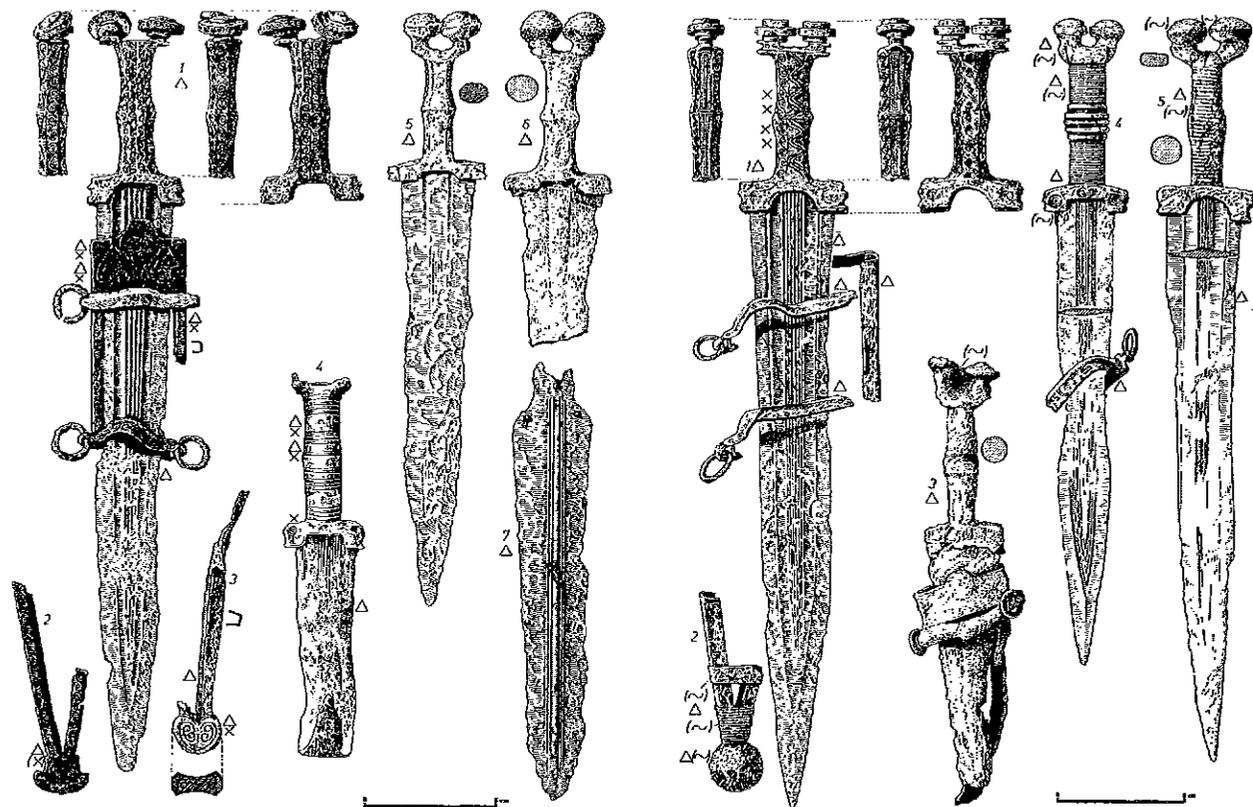


Figura 47. Necrópolis de Senhor dos Mártires: espadas y puñales de antenas (según Schüle, 1969: lám. 99).

En este contexto, es de la más elemental justicia recordar que, ya en 1970, António Cavaleiro Paixão se refería a la necrópolis de Senhor dos Mártires en los siguientes términos: «Aliás, um rápido golpe de vista lançado sobre el espólio conhecido da necrópole de Alcácer do Sal, obtido desde as primeiras descobertas até às recentemente realizadas, evidenciam o carácter acentuadamente mediterrânico de grande parte do material» (Paixão, 1970: 192).

Al igual que Carlos Fabião, insisto en una «marcada continuidade cultural, de feição meridional/mediterrânea no local...» (Fabião, 1999: 357), pareciendo obvio que los restos recuperados en la necrópolis de Alcácer do Sal revelan un orientalismo evidente que cabe relacionar con la presencia de fenicios occidentales en el Estuario del Sado. No parece existir una discrepancia entre el poblado y la necrópolis a partir de mediados del I milenio a.C., notándose una clara afinidad cultural entre los restos de ambos yacimientos, «...havendo pois uma matriz mediterrânea que se mantém constante ao longo dos séculos...» (*ibid.*: 365). Ello no significa que se deban ignorar los elementos continentales que ob-

jetivamente fueron recogidos en el Olival do Senhor dos Mártires. En este caso discrepo de Carlos Fabião (*ibid.*) al considerar que, a pesar de todo, los elementos culturales de aspecto continental son significativos y que su presencia en Alcácer do Sal no se pueden atribuir, al menos totalmente, al transporte marítimo. Naturalmente, esto no significa que defienda la llegada de algunas poblaciones de origen celta al territorio en análisis, y todavía menos, que tal llegada hubiera implicado discontinuidades culturales, sustentadas en los ritos funerarios practicados. La presencia de objetos culturalmente originarios del área meseteña puede significar solamente que los contactos comerciales con el mundo meridional y mediterráneo, mantenidos a través de los fenicios instalados en el propio estuario del Sado, no fueron exclusivos o únicos y que existió, a pesar de todo, cierta diversidad geográfica en esos contactos.

En este contexto, parece útil comentar que los *Cempsi* mencionados por Avieno (v.182 y 200-201) se localizan tradicionalmente en el área analizada, teniendo en cuenta que la correspondencia entre el

cabo Espichel y el *Cempsicum* del periplo masaliota parece innegable. El origen indoeuropeo de los *Cempsí*, reconocido desde antiguo (Schülten, 1922; Lambrino, 1955-56), es también aceptado por la investigación actual (Ferreira, 1992; Alarcão, 1996), y su naturaleza céltica está también defendida por diversos investigadores (Silva, 1990; Alarcão, 1996). Sabiendo además que la adecuación mecánica de la etnia mencionada por las fuentes clásicas y una cultura material no es, metodológicamente, un proceso que se deba seguir sin reservas, pienso que la población del estuario del Sado pudo haber integrado a los *Cempsí* de Avieno y que, a pesar de su permanente y preferencial contacto con el mundo fenicio occidental, responsable de la «tonalidad» mediterránea de gran parte de los restos de la región, mantuviera relaciones con un área continental basadas en algunos materiales hallados en la necrópolis de Senhor dos Mártires.

5.3. ABUL

Abul se localiza en el margen derecho del estuario del Sado, entre Alcácer do Sal y Setúbal, próximo a la desembocadura de la ribera de S. Martinho. El asentamiento de la Edad del Hierro se situó sobre una pequeña elevación, que en la Antigüedad era casi una isla que bordeaba el Sado. Son testimonio de esta situación los arrozales que actualmente circundan casi totalmente el pequeño y poco elevado espolón, donde en época romana se estableció un alfar especializado en la producción de ánforas.

Desde 1990, el yacimiento de Abul viene siendo objeto de excavaciones dirigidas por Françoise Mayet y Carlos Tavares da Silva, en el marco de las actividades de la Missão Arqueológica Francesa em Portugal (Mayet y Silva, 1992, *idem*, 1993, *idem*, 1997).

Los trabajos arqueológicos permitieron encontrar un edificio que, construido en la Edad del Hierro, fue objeto de remodelaciones durante su ocupación. La secuencia estratigráfica observada hizo posible que el equipo luso-francés definiera, claramente, dos fases de construcción, proporcionando datos suficientemente explícitos para datar, con cierta seguridad, la secuencia ocupacional y las fases constructivas (*ibid.*).

Los datos publicados indican que, en un primer momento, se construyó un edificio de planta cuadrangular limitado por un muro, de cerca de 1 m de espesor, y que definía un cuadrado casi perfecto (22 x 22 m). En el área limitada por este muro, y adosados a él, se edificaron una serie de compartimentos

rectangulares alrededor de un patio central, también de planta cuadrangular (11 x 11 m) (fig. 48). Los compartimentos del ala sur, con 4.5 m de largo por 2.5 de anchura, son considerablemente menores que los identificados en las restantes alas (con más de 9 m de largo). Los dos grupos de salas se diferencian también a nivel del revestimiento de los suelos que, en el caso de las de menor dimensión, es de arcilla roja, mientras que en las salas del área norte, este y oeste los pisos son de arena más o menos compacta. Parece también relevante el hecho de que las salas del norte, este y oeste tienen acceso directo al patio central, y las del ala Norte están separadas de este patio por un corredor. Estas evidencias permitieron al equipo luso-francés considerar que los compartimentos del ala sur se destinaron a habitaciones y los de las restantes alas podrían haber sido utilizados como almacenes o lonjas (Mayet y Silva, 1997: 265).

El acceso al edificio se realizaría a través de una especie de torre rectangular que poseía una abertura en la parte sur (*ibid.*).

El suelo del patio fue construido con piedra caliza triturada y los vestigios de una canalización hallados a lo largo del muro occidental de la sala 6, que atraviesa el muro que define el edificio, es evidente testimonio de que el mencionado patio central se encontraría a cielo abierto (*ibid.*).

Queda por señalar que los muros, construidos con piedras ligadas y revestidas de arcilla, corresponden a las bases sobre las cuales se levantarían paredes de adobe, de lo cual se encontraron vestigios (*ibid.*).

Como ya se ha mencionado, este edificio fue remodelado de nuevo durante la Edad del Hierro (fig. 48), en un momento que los arqueólogos responsables de los trabajos datan en la segunda mitad del siglo VII a.C. (*ibid.*: 267). El área del patio central se reduce entonces sustancialmente, transformándose en un espacio rectangular (7 x 6.5 m), quedando delimitado por muros de esquisto, con aberturas que conducen a un corredor periférico a partir del cual se tiene acceso a las salas del edificio. El suelo de este patio, ahora rectangular, fue construido con pequeños guijarros de cuarzo lechoso, ligados y cubiertos de arcilla roja. Las canalizaciones encontradas muestran que el patio continuó estando a cielo abierto. En el centro de este patio se identificó una estructura subcuadrangular (1.40 x 1.25 m), en el interior de la cual se acumulaban cenizas, hecho que contribuyó a considerarla como un altar (*ibid.*).

Alrededor del patio central se mantuvieron, con las mismas dimensiones, los compartimentos de las alas Norte y Este. En las alas Sur y Oeste, las salas meno-

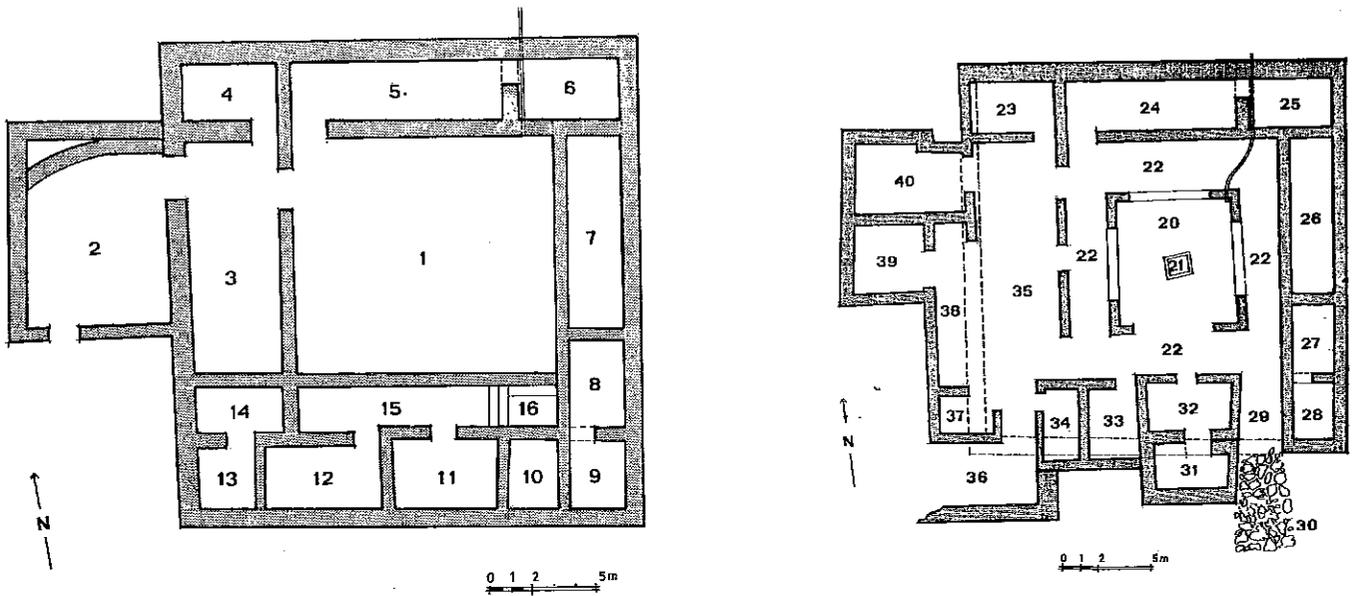


Figura 48. Plantas de las dos fases de Abul (según Mayet y Silva, 1997: 266 y 268, fig. 128 y 129).

res fueron reconstruidas, en algunos casos sobrepasando el antiguo muro de cierre, que en estos lugares fue desmontado en la segunda fase. Quedó también demostrado que la entrada se trasladó de la fachada Oeste a la Sur (*ibid.*).

La estratigrafía (*ibid.*: 257) observada (fig. 49) mostró que, en el momento de la llegada de los primeros ocupantes, el asentamiento estaba cubierto por arenas eólicas (estrato 9), que cubrían el substrato arcilloso (estrato 10). Se individualizaron claramente dos horizontes de ocupación, siendo el primero de la Edad del Hierro (estrato 4 y 8) y el segundo de época romana (estratos 2 y 3) (*ibid.*).

Sobre el estrato 8, que regulariza el suelo de base y corresponde al inicio de la construcción del edificio de la Edad del Hierro, reposa el primer piso estructurado (estrato 7). El estrato 6 es, una vez más, de regularización, que se relaciona con la remodelación operada en el edificio y que ya se ha mencionado. Sobre este estrato 6 se encontró otro suelo, el estrato 5, sobre el que se recogió abundante material arqueológico resultado del abandono y destrucción del monumento. Los adobes que constituían las paredes de las estructuras identificadas formaban el estrato 4, que en algunos sectores alcanza 1 m de espesor y que se puede considerar como un nivel de abandono (*ibid.*: 257).

En el momento en que escribo, lo que se conoce de los restos arqueológicos recogidos en Abul pre-

sentan características orientalizantes y merece que se le dedique cierta atención.

Aparentemente no se detectó, a nivel de los materiales, ninguna alteración significativa entre los dos momentos constructivos (*ibid.*: 259). Según los autores de los trabajos, «...seules les proportions des différents céramiques dans chacun des deux niveaux phéniciens permettront d'affiner l'évolution chronologique du site d'Abul» (*ibid.*: 259), lo que tal vez se pueda relacionar con el hecho de que la ocupación pudo haber sido relativamente corta, en lo que se designa como Abul A.

Desgraciadamente, esos porcentajes no están aún disponibles y de los trabajos divulgados hasta el momento (Mayet y Silva, 1992; *idem*, 1993; *idem* 1997) no se desprende qué materiales de los publicados se pueden relacionar con la primera fase de ocupación y cuáles se hallaron en los niveles correspondientes a la segunda fase.

Las ánforas parecen pertenecer, en su totalidad, al vasto grupo de las R1 (fig. 50), siendo posible relacionar los ejemplares de Abul (Mayet y Silva, 1993: 139, fig. 7, nº 1; *idem*, 1997: 260, fig. 125, nº 1) con los tipos 10.1.1.1. y 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995: 229-231), pareciendo claro que se trata de una error tipográfico la referencia al tipo 1.1.2.1. (Mayet y Silva, 1997: 259). Si la identificación del tipo 10.1.2.1. no suscita la menor duda (Mayet y Silva 1993: 139, fig. 7, nº 1), reconozco que la clasificación del frag-

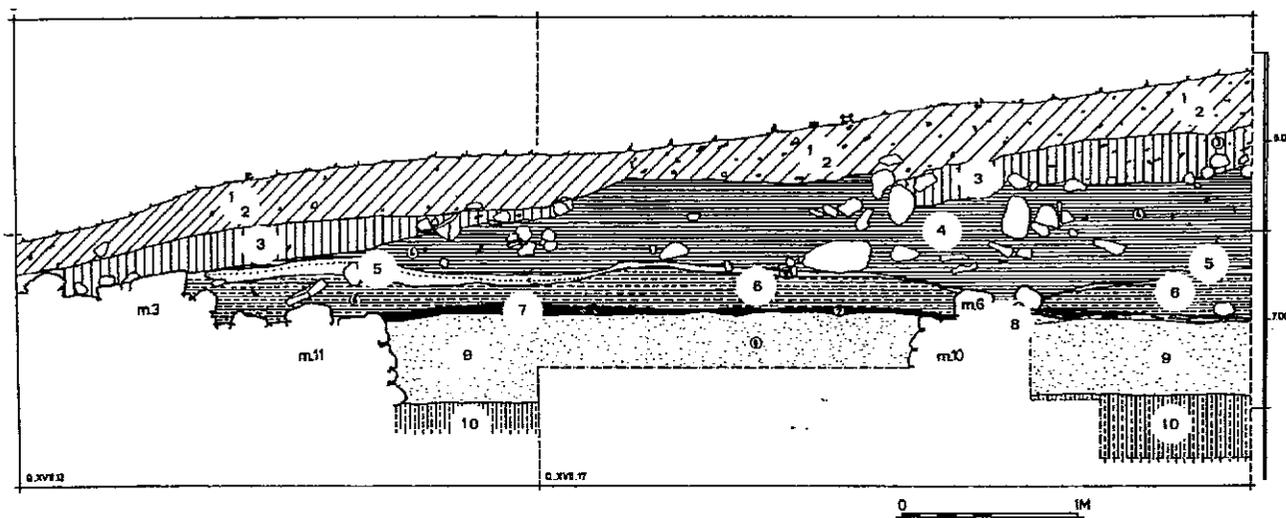


Figura 49. Perfil del interior del establecimiento de Abul (según Mayet y Silva, 1997: 258, fig. 124).

mento de borde y hombro n.º 1, de la figura 125 del trabajo de 1997, identificándolo con el tipo 10.1.1.1. es más problemática. Sin embargo, y con las necesarias reservas, considero que este último tipo se aproxima más a las características morfológicas que presenta el mencionado fragmento, hallando semejanzas entre él y el n.º 393 de Ramón Torres (1995: 558, fig. 195).

Como es obvio, sería de gran utilidad en esta clasificación conocer el contexto arqueológico exacto de este fragmento. Una vez que estuviese clara su asociación a la primera fase de Abul, sería más fácil atribuirle una clasificación, si bien ésta no estaría exenta de dudas, al menos no causaría excesiva complejidad. Es sabido que las ánforas 10.1.1.1. fueron los primeros contenedores que se fabricaron en los centros fenicios del área del estrecho de Gibraltar, y que su producción se sitúa entre el segundo cuarto del siglo VIII a.C. y la primera mitad del siglo VII a.C., en fechas tradicionales (Ramón Torres, 1995: 229-230). Las ánforas 10.1.2.1., extensamente producidas en todo el Occidente peninsular, y también en Levante e Ibiza entre los años 675 y 550, tuvieron gran difusión, apareciendo en numerosos yacimientos occidentales, tanto de ámbito indígena como colonial. Queda por mencionar que, mientras el tipo 10.1.2.1., está ampliamente representado en el actual territorio portugués (Santa Olaia, Conímbriga, Santarém, Lisboa, Almaraz, Alcácer do Sal, Castro Marim), las ánforas más antiguas, de tipo 10.1.1.1., son bastante más raras, habiéndose reconocido fragmentos en Santarém y Lisboa, en el estuario del Tajo (*infra* 6). El hecho de desconocer si la posible ánfora 10.1.1.1. y las ánforas 10.1.2.1

en Abul provienen de la misma fase de ocupación o de las dos fases subsiguientes no permite otros comentarios.

La cerámica de engobe rojo está representada en Abul por dos formas, concretamente el plato de borde ancho y aplanado y la pátera carenada de borde simple (Mayet y Silva, 1993: 137, fig. 6, n.º 5-8; Mayet y Silva, 1997: 260, fig. 125, n.º 3 y 4) (fig. 50).

Los platos de borde ancho y aplanado de Abul, con engobe únicamente en la superficie interna, presentan bordes cuya anchura es de 55/56 mm, variando el cociente establecido entre esta medida y el diámetro externo entre los 44 y los 47 (Mayet y Silva, 1997: 263), lo que puede considerarse un valor relativamente bajo. Este valor, que permite asociar los platos de Abul con los correspondientes a los niveles medios de Alcáçova de Santarém, (*v.infra*), apunta a una cronología de la segunda mitad del siglo VII a.C. Aparentemente, no hay distinción formal entre los platos de la 1ª y de la 2ª fase de Abul, siendo difícil, al menos a través de los platos de engobe rojo, establecer barreras cronológicas en su sucesión diacrónica. Queda todavía por comentar que estos platos se incluyen en el tipo P2a de Rufete Tomico (1988-89: 17), forma que en Huelva es significativa a partir de mediados del siglo VII a.C. en cronología tradicional.

Los cuencos carenados (fig. 50) tienen bordes simples y la pared externa se presenta a veces doblemente cóncava (*ibid.*: 263; *idem*, 1993: 137, fig. 6, n.º 7 y 8). Tampoco parece haberse detectado una evolución morfológica en los cuencos carenados de

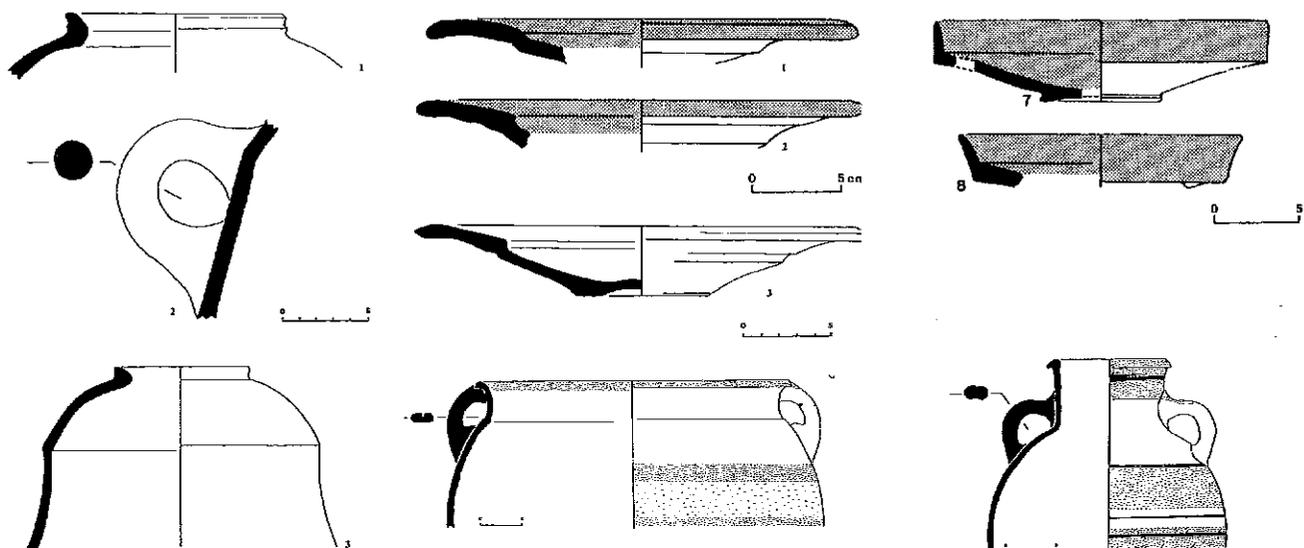


Figura 50. Cerámica de Abul A: ánforas, platos y cuencos de barniz rojo, *pitbos* y «urna» de tipo «Cruz del Negro» (según Mayet y Silva, 1997).

Abul, de manera que, de lo publicado, se puede deducir que la forma se mantiene inalterada a lo largo de las dos fases constructivas identificadas. Los cuencos carenados de Abul se engloban en el tipo C3c de Rufete Tomico (1988-89: 21), abundando en Huelva a partir del final del Tartésico Medio IIIb, siendo también muy frecuentes en el Tartésico Final, lo que permite atribuirles una cronología entre el último cuarto del siglo VII y mediados del VI a.C., en cronología histórica o tradicional.

La cerámica gris es muy abundante, a pesar de la poca variedad tipológica (fig. 50). Únicamente se registraron dos formas, concretamente:

1. Plato o cuenco bajo de borde recto o convexo engrosado en el interior (*ibid.*: 263, 260, fig. 125, n.º 5) y que corresponde a la Forma 1 de Santarém (v. *Infra*);

2. Cuenco de borde exvasado, con labio ancho y aplanado (*ibid.*: 263, 260, fig. 125, n.º 6), que se asemeja a la Forma 2 de Santarém (v. *infra*).

Las dos producciones de cerámica gris definidas en Alcácer do Sal (v. *Supra*) también se identificaron en Abul, donde se constató que el tipo A es más abundante en la 1ª fase de construcción, donde, a pesar de todo, convive con el tipo B. Este último predomina en el nivel de abandono, nivel en el cual la producción A apenas es testimonial (*ibid.*: 263). A nivel de la cerámica gris, ésta es aparentemente la única distinción observada entre las dos fases de Abul. No se dispone de información que indique alguna

variación formal a lo largo de la ocupación del yacimiento.

La cerámica pintada es poco abundante, apenas está representada por *pitboi* y por urnas tipo Cruz del Negro (*ibid.*: 263-264, 261, fig. 126) (fig. 50). Los primeros, de asas bífidas, poseen decoración pintada a bandas, que ocupan la superficie externa, sobre la panza y sobre el borde. Casi siempre existe una línea en la superficie interna inmediatamente a continuación del borde. Las bandas están pintadas alternativamente en rojo y blanco. El cuello del único *pitboi* publicado hasta el momento es troncocónico, su pared externa rectilínea y la interna curvilínea. Es corto y se encuentra separado de la panza por un resalte bien marcado. El borde es exvasado y triangular, aunque algo redondeado. Este ejemplar se aproxima bastante a otros que he recogido en la Alcáçova de Santarém, en niveles del final de la 1ª ocupación del Hierro, y que puede datar, en cronología tradicional, en la primera mitad del siglo VII a.C. (v. *infra*).

No se dispone de información alguna sobre la posición estratigráfica del fragmento de Abul, por lo que no es posible saber si corresponde a la 1ª o a la 2ª fase de ocupación, desconociéndose también si los restantes *pitboi* poseen estas características morfológicas o si formalmente se distancian de este ejemplar.

En cuanto a las urnas Cruz del Negro, de las cuales únicamente se conoce una sola pieza (fig. 50), es igualmente insuficiente la información sobre su

posición estratigráfica relativa. Este tipo de vasos no es abundante en el actual territorio portugués, pero su presencia en Abul merece un comentario más amplio, dada la relativa relevancia que le ha sido atribuida en la discusión, que permanece abierta, sobre la colonización oriental de la Península Ibérica.

La abundancia de urnas «Cruz del Negro» en el yacimiento epónimo, asociadas a lucernas de un solo pico, fue uno de los dos argumentos utilizados por Wagner y Alvar (1989: 93) para defender una colonización oriental en el valle del Guadalquivir, colonización que, según los autores citados, habría sido efectuada por grupos distintos a los que se instalaron en el litoral. El hecho de que los mencionados vasos no estén suficientemente documentados en los yacimientos fenicios costeros y que la forma sea claramente externa al territorio peninsular, fueron los datos que formaron la base de la hipótesis formulada, hipótesis recientemente contestada por M. Carrilero Millán (1993: 177).

Este último autor argumenta que el recipiente tipo Cruz del Negro «... está tan sumamente extendido por todo el ámbito indígena peninsular que incluso se documenta en la necrópolis de Agullana en Gerona (Palol, 1959: fig. 7), además de los asentamientos indígenas de Alicante y Murcia, como Peña Negra o Castellar de Librilla; en la Vega de Granada está documentado en la estratigrafía del Cerro de los Infantes y en su horno de fabricación de ánforas, lo que indica que se fabricaban *in situ* (Mendoza *et alii*, 1981: fig. 15 y 18), y en Cerro de la Mora (Carrasco, Pastor y Pachón, 1980: fig. 9); igualmente está representado en los yacimientos cordobeses de la campiña o en la subbética (Vaquerizo Gil, 1990, lámina VI), o en la serranía de Ronda y en casi todos los asentamientos tartésicos, desde Carmona a Huelva» (Carrilero Millán, 1993: 177). De hecho, no hay duda de que las urnas Cruz del Negro están bien documentadas en los yacimientos indígenas orientales de Andalucía, alcanzando también a la Extremadura española, donde se han registrado, por ejemplo, en Medellín (Almagro Gorbea, 1977), siendo difícil vincular todos estos yacimientos a colonos llegados del Próximo Oriente. Sin embargo, pienso que no puede obviarse el hecho de que su presencia está atestiguada en vastas áreas de la colonización fenicia, tanto en el territorio actual español -Toscanos, Cerro del Villar (Barceló *et al.*, 1995: fig. 4 i y j) e Ibiza (Ramón Torres, 1999: 155-160, fig. 4 y 5)-, como en el Norte de África, donde la forma es frecuente en Mogador (Jodin, 1966: 150-151, fig. 31) y en Rachgoun (Vuillemot, 1954: fig. XVII, nº. 10). Así, parece necesario considerar que la evidente aceptación de esta

forma por parte de la sociedad indígena del Sur peninsular no puede hacer olvidar que su origen se debe situar en el ámbito fenicio, siendo importante señalar que este tipo de vaso aparece en Tiro a partir de mediados del siglo VIII a.C. (Bikai, 1978: pl. XIV, nº. 8).

Como mencioné anteriormente, las urnas Cruz del Negro son raras en el territorio portugués. Su presencia se ha registrado en la necrópolis de Senhor dos Mártires, en Alcácer do Sal (*supra*; Frankenstein, 1997: láminas 48 y 49), en Santa Olaia (Rocha, 1908; Pereira, 1997: fig. 119 y 122), en Lisboa y Santarém (*infra*).

En Abul también se recogió un conjunto de cerámicas a torno que comprende vasos de cocina, de almacenamiento y servicio de mesa (Mayet y Silva, 1997: 264), de los cuales nada sabemos de momento, a no ser que «leur pâte, leur finition et leur morphologie les éloigne des céramiques produits à la fin de l'Âge du Bronze dans la vallée du Sado...» (*ibid.*).

Los datos disponibles sobre Abul son todavía escasos y esta escasez dificulta en cierto modo el análisis y el comentario final. Ciertamente la publicación de la monografía sobre el yacimiento, anunciada en breve, aportará más información y colmará los vacíos que aún existen a varios niveles.

Uno de los problemas de la interpretación de Abul reside en el hecho de no estar completamente clara la relación entre el edificio y otras posibles estructuras anejas que parecen haber existido «dans un dépotoir tardif situé à l'extérieur de l'édifice de Abul...» (*ibid.*: 262). Así, se desconoce si este edificio estaba aislado en el centro del pequeño espolón o si, por el contrario, formaba parte de una estructura más amplia, lo que implicaría otra lectura a nivel de la planta y también de la interpretación funcional. Tampoco se puede ignorar que los investigadores que han llevado a cabo la investigación en Abul afirman expresamente que «en arrière de cette presqu'île, une large coline s'étend en arc de cercle (Abul B y Abul C), sur laquelle nous espérons trouver des niveaux plus récents, postérieurs au VI siècle avant Jésus Christ, ce qui a déjà été reconnu par des sondages en 1995...» (*ibid.*: 257).

No obstante, estas dificultades interpretativas no impiden determinar con claridad que Abul fue un asentamiento de fundación *ex nihilo* y tal vez exógena. La planta que presenta el edificio central sugiere una clara inspiración mediterránea, asumiendo un papel importante en este contexto el patio central abierto. La propia localización topográfica del yacimiento, la ausencia de niveles del Bronce Final, así como la escasa diversidad tipológica de los tipos cerámicos

representados, son también elementos que apoyan esta hipótesis. Sin embargo, es preciso reconocer que son posibles otras interpretaciones y que mi apreciación está limitada únicamente al conocimiento de lo que se ha publicado, lo que es francamente insuficiente para una correcta argumentación.

La función del edificio de Abul A es, por otro lado, difícil de interpretar, ya que su pequeña dimensión es un factor a considerar en cualquier apreciación de esta naturaleza. Debo recordar que las salas que, según los autores, se destinaban a habitación son, en la primera fase de ocupación, únicamente cuatro, y que sus superficies oscilan entre los 5 m² y los 10 m², lo que reduce el área habitacional de Abul A a escasos 44 m² en la segunda fase. La superficie ocupada por el área de almacenamiento (cerca de 70 m²) parece también muy reducida para que se considere a Abul como un *emporion*, que concentrase «...marchandises importées de Phénicie via Gadir même, (et) les matières premières à exporter, fournies par les indigènes des environs...» (*ibid.*: 270).

Determinar si el edificio central está o no rodeado de otras estructuras habitacionales o de almacenamiento que lo delimiten (y que los investigadores afirman que existían) sería fundamental para interpretar más funcionalmente el yacimiento. Parece también evidente que la excavación de la necrópolis cuya localización parece conocerse «en arrière de cette presqu'île, une large coline s'étend en arc de cercle (Abul B y Abul C), sur laquelle nous espérons trouver des niveaux plus récents, postérieurs au VI siècle avant Jesus Christ, ce qui a déjà été reconnu par des sondages en 1995 et sur laquelle nous espérons découvrir un jour les tombes correspondent à tout cette habitat.» (*ibid.*: 257), podría proporcionar perfiles más precisos sobre la identidad étnica de los constructores del edificio de Abul A.

Por otro lado, hay que recordar que las dimensiones y la propia planta cuadrangular del edificio fueron ya utilizadas para comparar Abul con el palacio/santuario de Cancho Roano (Celestino Pérez, 1997: 382), comparación que tuvo también en consideración el altar erigido en la segunda fase de construcción en el centro del patio.

Independientemente del hecho que las simples analogías de planta son por sí solas un ejercicio peligroso, no puedo dejar de reconocer las semejanzas entre las plantas de los dos edificios y que la propia existencia del corredor de Abul, separando las salas del lado Sur del patio central, parece obedecer al mismo patrón arquitectónico del corredor perimetral de Cancho Roano A. Al igual que Celestino Pérez, me gustaría también valorar en esta apreciación la existencia,

en Abul, del altar en el centro del patio, sin olvidar que es también en el área central de Cancho Roano donde se encontraron los altares.

La existencia de un foso que circunda Abul A, los pavimentos de arcilla roja de los compartimentos y las paredes de adobe son también elementos que hablan de la similitud de los dos edificios, que parecen obedecer a una misma concepción arquitectónica, ciertamente inspirada en el exterior del territorio peninsular. Estas constataciones no implican, no obstante, que pueda deducirse la misma funcionalidad, aunque desde siempre se ha reconocido que en la Antigüedad y hasta nuestros días, las funciones comerciales y religiosas estuvieron muchas veces asociadas.

Antes de concluir, cabe mencionar que Abul se localiza entre Alcácer do Sal y Setúbal, sitios en los que los niveles del Hierro presentan incuestionables características orientalizantes. Cualquier interpretación sobre la fundación y función de Abul debe tomar en consideración esta realidad, dado que los tres yacimientos son difícilmente disociables. No hay que olvidar que en Alcácer do Sal los estratos de la Edad del Hierro se superponen a una ocupación del Bronce Final (v. *supra*), ocupación ésta que no fue detectada en Setúbal (v. *Infra*). Más difícil de interpretar es, sin embargo, el hecho de que la fundación de Abul parece ser anterior a los niveles del Hierro de Alcácer do Sal (unos escasos 20 o 30 años), no siendo posible, por la absoluta falta de datos, apuntar con un mínimo de rigurosidad alguna cronología para la llegada de elementos orientalizantes a Setúbal.

5.4. SETÚBAL

El descubrimiento de vestigios de la Edad del Hierro orientalizante en el área urbana de Setúbal se remonta al año 1983, cuando los trabajos arqueológicos realizados en la Travessa dos Apóstolos mostraron niveles de ocupación que, según los arqueólogos responsables de los trabajos, corresponderían a principios del siglo VII a.C., según la cronología tradicional (Soares y Silva, 1986).

Las excavaciones de 1983-1985 vendrían a demostrar que la ocupación de una de las aglomeraciones urbanas más pobladas de Portugal en la actualidad, se inició antes de la presencia romana, lo cual tiene cierto significado, sobretodo porque la misma ocupación romana de la ciudad llegó a ser cuestionada. La polémica que surgió a mediados del siglo pasado entre Fernando Bandeira Ferreira (1959) y José Marques da Costa (1960) a propósito de la identificación de la Cetóbriga de Ptolomeo con Se-

túbil perdió casi todo su sentido a la luz de los resultados obtenidos a través de las varias intervenciones efectuadas en la ciudad por el equipo del Museu de Arqueologia e Etnografia do Distrito de Setúbal (Silva y Soares, 1984; Silva y Coelho Soares, 1980-81; Silva, 1986; Silva, Coelho Soares y Soares, 1986), quedando demostrada la intuición de José Marques da Costa.

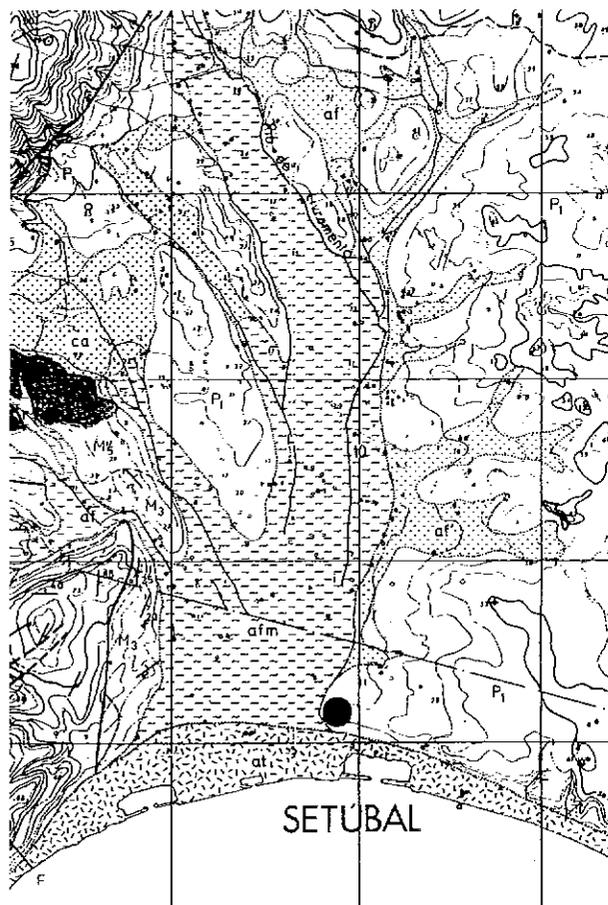


Figura 51. Localización (señalada por un círculo) del yacimiento de la Edad del Hierro del área urbana de Setúbal (según Soares y Silva, 1986: 91, fig.3).

Es importante comentar que el área donde se encontraron los vestigios de la Edad del Hierro se localiza en el centro Histórico de la ciudad, concretamente en la Travessa dos Apóstolos, en las traseras de la Iglesia de Santa María (Soares y Silva, 1986), lugar que se sitúa «...na encosta da única colina existente no casco histórico de Setúbal» (*ibid.*: 91-92). A pesar de que su cota no excede los 19 m, la colina, de la cual apenas se ha excavado una pequeña parcela, estaría en la Antigüedad perfectamente destacada en el paisaje y poseía buenas condiciones naturales de defensa, bañada por las aguas de la bahía y de un gran brazo de mar que entonces penetraba en los terrenos bajos de los actuales barrios de Montavão y de Liceu (*ibid.*: 100).

El lugar estaba limitado al norte por una línea de agua (que seguía la dirección de la actual Av. 5 de Outubro), al sur por la playa (hoy Av. Luísa Todí), al este por un barranco profundo y al oeste por una zona baja y pantanosa (la actual pendiente de Setúbal) (*ibid.*: 92) (fig. 51).

La excavación, que alcanzó una profundidad de cerca de 3.75 m, proporcionó una extensa estratigrafía con 15 estratos de sedimentos diferenciados (fig. 52). Los estratos del 1 al 4 correspondían a las ocupaciones medieval, moderna y contemporánea y del 5 al 11 a las diversas fases romanas. La Edad del Hierro se registró en los estratos 12 a 14, el último de los cuales se superponía al estrato 15, sobre la roca y estéril desde el punto de vista arqueológico (*ibid.*: 93-95).

A estos tres estratos del Hierro corresponderían, según los investigadores del Museu de Arqueologia e Etnografia de Setúbal, tres fases de ocupación de la Edad del Hierro, distintas desde el punto de vista cronológico y diferenciadas a nivel de cultura material.

En la fase I, la cerámica a mano domina en el conjunto de la cerámica, alcanzando un porcentaje del 84.4%. Las formas presentes son cuencos de bordes simples, cuencos de borde convexo, a veces ligeramente engrosado, cuencos carenados con la pared externa cóncava, vasos esferoidales de borde ligeramente inclinado hacia el exterior, vasos cerrados de cuerpo esferoidal y borde exvasado, pudiendo poseer estos últimos el labio decorado con incisiones o impresiones dentadas (fig. 53). Los fondos de la cerámica a mano de la fase I son planos y no poseen pie (*ibid.*: 96, fig. 6).

La cerámica a torno está representada por cerámica de engobe rojo (0.5%), cerámica pintada a bandas (0.5%), cerámica gris (2.7%), ánforas (2.7%) y cerámica común (9.2%) (*ibid.*: 97-99). Cabe añadir que, en el caso de la cerámica gris, la única forma representada es un cuenco con engrosamiento interno convexo cuya manufactura corresponde al grupo A de Alcácer do Sal (*v. infra*).

Desgraciadamente no están todavía disponibles los dibujos de estas cerámica a torno, por lo que se hace difícil una evaluación exacta de la cronología de esta fase de ocupación prerromana de Setúbal que, sin embargo, fue datada en el siglo VII a.C. por los investigadores del Museu de Arqueologia e Etnografia do Distrito de Setúbal.

En la fase II, la cerámica a mano decrece significativamente, correspondiéndole apenas un 23.9% del conjunto (fig. 52). Las formas representadas son, en su mayoría, las mismas que la fase anterior (*ibid.*: 96, 98, fig. 7, n.º 1-3), aunque se observa la ausencia de los cuencos de bordes simples. Los bordes dentados continúan también presentes (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 1 y 2).

Entre la cerámica gris de esta fase (12.4%), se reconocieron las dos manufacturas de Alcácer do Sal (*infra* 5.2), a pesar de haber quedado demostrado que el Grupo A está ahora peor representado que el grupo B (*ibid.*: 97). Las formas se diversifican en relación a la fase anterior, estando presentes los cuencos de borde con engrosamiento interno convexo, los cuencos de borde exvasado con perfil en S, los vasos cerrados de borde exvasado, los cuencos de bordes simples y los platos carenados (*ibid.*: 97, 98, fig. 7, n.º 13-20) (fig. 52).

La cerámica de engobe rojo de la fase II, a la que corresponde el 12.4%, incluye platos de borde ancho y aplanado y cuencos (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 21-28). La pequeña dimensión de los fragmentos recogidos impide grandes consideraciones de orden tipológico, lo cual tampoco facilita atribuciones cronológicas muy seguras (fig. 52).

La cerámica pintada tampoco aparece en esta fase muy representada, con un bajo porcentaje, 1.5%, presentándose sobre vasos de tipo *pitbos* de borde exvasado y cuello alto (*ibid.*: 98 y 99, fig. 7, n.º 30).

Las ánforas están bien representadas en la fase II (fig. 52), un 16.5%, y es evidente que los tres ejemplares publicados (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 10-12) se integran en el tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995: 230-231, 559-561, F196-198), cuya producción está atestiguada en los yacimientos fenicios del área del Estrecho entre 675 y 550 a.C., según la cronología tradicional.

Lo que se denominó «cerámica común fabricada a torno» constituye el grupo más numeroso de la fase II de la ocupación del Hierro de Setúbal (44.4%) y comprende: 1, vasos de pasta compacta y sonora y superficies alisadas, rosadas, beige o castañas claras; 2. Vasos de superficies rugosas y oscuras (negro, gris o castaño grisáceo), con pastas menos compactas que las del grupo anterior. Es importante comentar que el primer grupo domina claramente sobre el segundo, con un 36% contra un 8.4% (*ibid.*: 97). Las formas de esta cerámica común a torno incluyen cuencos de borde engrosado (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 4), cuencos de borde ligeramente extrovertido y vasos cerrados de borde extrovertido, a veces vuelto (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 7 y 8). También se debe apun-

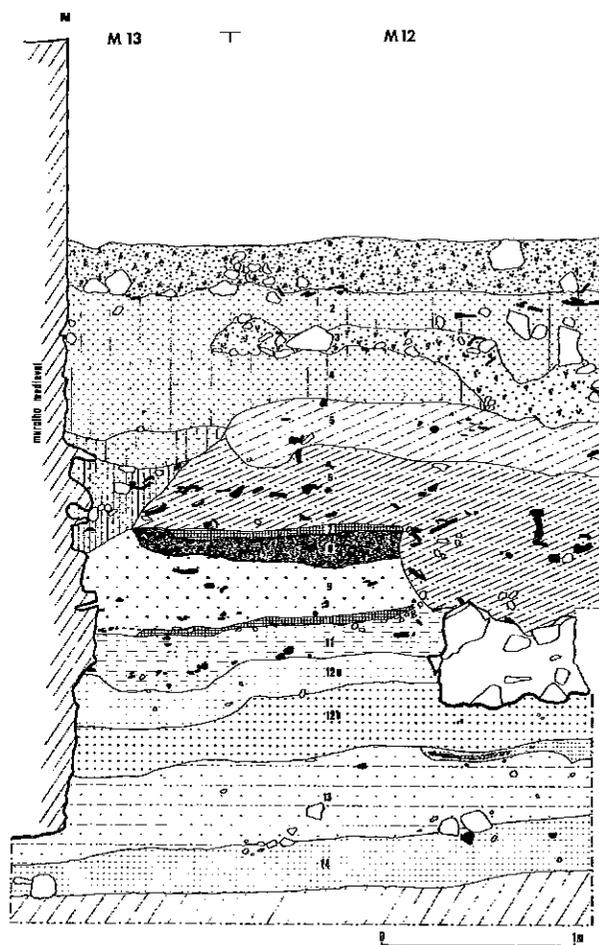


Figura 52. Travessa dos Apóstolos: perfil Este del Corte A (según Soares y Silva, 1986: 96, fig. 5).

tar la existencia de vasos con asas bífidas (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 9).

La fase III, que corresponde a los estratos 12a y 12b del Corte A, mantiene, en cuanto a los materiales, las mismas características que las fases anteriores, a pesar de que los restos cerámicos recogidos evidencian variaciones morfológicas y tecnológicas apreciables.

La cerámica a mano está ahora mal representada en el conjunto total de la muestra, alcanzando apenas el 18%, y presenta una escasa diversidad formal (*ibid.*: 96, 99, fig. 8, n.º 1-2) (fig. 53). Los cuencos de bordes simples y los vasos cerrados de cuerpo esferoidal y borde exvasado son ahora las únicas formas fabricadas a mano. Sin embargo, es relevante el hecho de que estos últimos presentan decoración dentada sobre el borde.

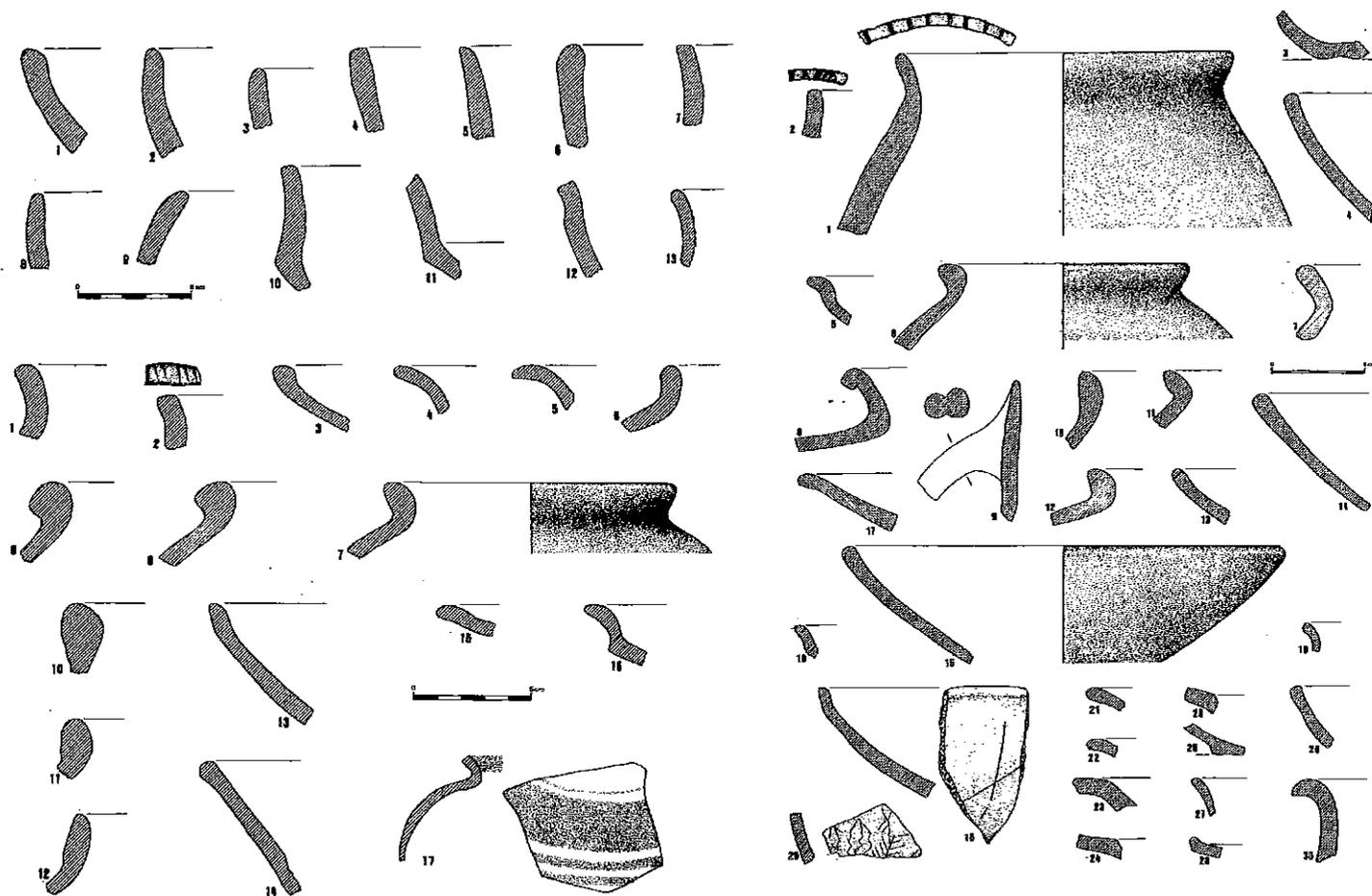


Figura 53. Travessa dos Apóstolos: cerámica (según Soares y Silva, 1986: 96, 98, 99, figs. 6, 7 y 8).

La cerámica gris es también abundante en esta fase, aunque hay que destacar la casi total desaparición del tipo A de Alcácer do Sal, que únicamente se identificó en cuencos de bordes simples, o cuencos de borde engrosado interno convexo (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 13 y 14), los últimos de los cuales presentan ahora, y al contrario de las fases anteriores, pies indicados (*ibid.*: 97). Estas mismas formas asociadas a vasos cerrados con borde exvasado aparecen mayoritariamente con pastas de los grupos B de Alcácer do Sal (*ibid.*: 97).

El engobe rojo está ausente de los estratos de esta fase de ocupación, al parecer sustituido por lo que se llamó «engobe vermelho ibero-tartésico», que apenas cubre la superficie de una única forma: el cuenco carenado de borde exvasado y paredes plano-cóncavas (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 15).

La cerámica pintada a bandas continúa repre-

sentada, en este caso por vasos cerrados de cuerpo globular u ovoide, cuello muy corto y estrangulado y borde exvasado. La pintura presenta bandas anchas o líneas más o menos estrechas de colores que varían entre el rojo, o rojo rosado y el castaño rojizo (*ibid.*: 99, fig. 8, n.º 17).

Las ánforas (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 8-11) aparecen con cierta abundancia, a pesar de que su número es inferior al que se obtuvo en la fase II (fig. 52). Algunos ejemplares (*ibid.*: 99, fig. 8, n.º 10-12) presentan características que permiten incluirlas en el amplio grupo de las Mañá Pascual A4, pero la escasa dimensión de los fragmentos impide una aproximación más concreta a alguna de las formas de la tipología de Ramón Torres (1995).

A la llamada «cerámica común fabricada a torno» le corresponde en esta fase el 54.8% del total de las cerámicas recuperadas, destacando que entre és-

tas dominan los vasos de pastas compactas y superficies alisadas de tonalidades claras (*ibid.*: 97). A semejanza de lo que ocurre en las fases anteriores, también los vasos con superficies rugosas de tonalidades oscuras son más raros (*ibid.*). Las formas no difieren de la fase anterior, manteniéndose los cuencos de borde simple (*ibid.*), los cuencos de borde engrosado (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 3), los cuencos de borde ligeramente exvasado (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 4 y 5) y los vasos cerrados de borde exvasado (*ibid.*: 97, 99, fig. 8, n.º 6 y 7). Se perciben alteraciones en cuanto a los fondos, que ahora poseen mayoritariamente pie indicado.

Los resultados obtenidos en las excavaciones de la Travessa dos Apóstolos indican que la ocupación prerromana de la ciudad de Setúbal se caracterizó por un marcado orientalismo, muy evidente en el material cerámico recogido en la totalidad de los estratos correspondientes a esta ocupación. Con todo, la cantidad de cerámicas a mano y, sobre todo, sus características formales y decorativas, no permiten olvidar que ese orientalismo incidió sobre una población con fuertes raíces en el Bronce Final local.

Las condiciones en las que se llevó a cabo la excavación, concretamente el hecho de que se tratara de una intervención en un área urbana, al limitar el área objeto de los trabajos arqueológicos, condicionaron la recogida de información, que básicamente se resume a fragmentos cerámicos de reducidas dimensiones. Este hecho, al dificultar y a veces impedir atribuciones formales rigurosas, limita un análisis cronológico.

En base a los datos disponibles, se hace difícil atribuir dataciones a las diversas fases de ocupación detectadas, muy especialmente a la primera, dificultad aumentada por la ausencia de elementos que aporten dataciones históricas, como es el caso de la cerámica griega.

Así, si un análisis tipológico de los materiales de la «Segunda» y de la «Tercera» fase permite una aproximación relativamente segura sobre el ámbito temporal de estas ocupaciones, no puedo decir lo mismo sobre lo que se consideró la Primera fase de ocupación de Setúbal. De hecho, las reducidas dimensiones de los platos de engobe rojo, que no permiten conocer las anchuras del borde u obtener cocientes, la ausencia de formas completas de *pitthoi*, que posibiliten verificar los perfiles de los cuellos o la forma de los cuerpos, y también el desconocimiento de los tipos de ánforas representadas se vuelve en contra cuando se pretende estimar el momento en el que se estableció el contacto entre las poblaciones de la desembocadura del Sado y los comerciantes orientales.

Los materiales de la tercera fase del Hierro de Setúbal (Soares y Silva, 1986: 99, fig. 8) permiten pensar que tendrían posiblemente como límites cronológicos tradicionales el último cuarto del siglo V e inicios del siglo IV a.C. La tipología de las ánforas halladas permite esta deducción, independientemente de que los ejemplares publicados se reduzcan a pequeños fragmentos de borde, lo cual, como ya mencioné, limita una caracterización tipológica rigurosa. Sin embargo, no parece que queden dudas de que las referidas ánforas (*ibid.*: n.º 10, 11 y 12) se pueden incluir en la serie 11.0.0.0., indicando que el Grupo sería el 11.2.0.0. y el Subgrupo el 11.2.1.0. (Ramón Torres, 1995: 233). Cualquiera de los Tipos posibles (11.2.1.1, 11.2.1.2, 11.2.1.3, 11.2.1.4, 11.2.1.5 y 11.2.1.6.) se integran en una fase tardía de producción y su cronología se centra entre mediados del siglo V y los inicios del siglo IV a.C. (datación tradicional).

Los restantes materiales asociados a esta fase de ocupación son más difíciles de analizar en la vertiente cronológica, pero el fragmento de cerámica pintado a bandas (Soares y Silva, 1986: 99, fig. 8, n.º 17), por las características morfológicas que presenta, cuello estrangulado y borde exvasado, no parece desentonar, en términos cronológicos, del conjunto del material anfórico. También el cuenco cubierto de «engobe ibero-tartésico» (*ibid.*: n.º 16) permite esta misma datación, no sólo por las características de su engobe, sino también por la acentuada carena y por la concavidad de la pared externa entre el borde y la carena. La información de que muchos de los pies de la cerámica común y de la cerámica gris son anulares e indicados, parece corroborar la atribución de la tercera fase de Setúbal a la transición entre el siglo V y el siglo IV a.C.

Atribuir una cronología a la segunda fase es tarea más bien compleja. Como ya mencioné, la pequeña dimensión de los fragmentos de platos y cuencos de engobe rojo (*ibid.*: 98, fig. 7, 21-28) impide cualquier tentativa de integración en las tipologías conocidas, y su datación intrínseca está, de este modo, imposibilitada. Los tipos anfóricos representados (*ibid.*: 98, fig. 7, 10-12), siendo relativamente fáciles de identificar, fueron producidos durante cerca de un siglo (675/550 a.C.) en diversos centros fenicios del mediodía peninsular. Si no es del todo seguro que al menos el fragmento n.º 12 de la figura 7 (fig. 52) (*ibid.*: 98) pertenezca a un ánfora de tipo 10.1.2.1., lo cierto es que los fragmentos n.º 10 y 11 de la misma figura (fig. 52) parecen ser variantes de esta misma forma que, como es sabido, fue reproducida en el ámbito indígena durante todo el siglo VI a.C., desde el Levante a Andalucía (Ramón Torres, 1995: 231). Teniendo en consideración, además, el restante material

dibujado de los estratos correspondientes a esta segunda fase, principalmente el borde y cuello de *pit-bos* (*ibid.*: 98, fig. 7, n.º 30) (fig. 52) y los bordes vueltos de los vasos cerrados, parece posible atribuir a esta fase una cronología situada en un momento indeterminado del siglo VI a.C.

La primera fase de ocupación de Setúbal es, a mi entender, y en base a los materiales publicados, completamente imposible de datar de forma absoluta. A pesar de todo, creo que ciertamente sería anterior a la segunda, ya que el suelo de los estratos de sedimentos que le corresponden se encuentran debajo de la fase siguiente, además de que parece claro que los materiales asociados a ambas fases se diferencian, al menos a nivel porcentual. En este primer momento, la cerámica a mano aparece todavía en número muy significativo (84%), hecho que, a mi entender, no puede ser ignorado. Estas evidencias no permiten, sin embargo, avanzar alguna propuesta cronológica para esta fase inicial de la Edad del Hierro.

Me queda aún por comentar que soy perfectamente consciente de lo absurdo que constituye el ejercicio de intentar establecer parámetros cronológicos ajustados y rígidos para estratos arqueológicos de yacimientos de amplia diacronía, siendo obvio que esos parámetros jamás pueden definirse por siglos, mitades de siglos o cuartos de siglo.

Sin embargo, lo que sí creo posible deducir de los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en la Travessa dos Apóstolos en Setúbal, es que el asentamiento estaba ya ocupado en la primera mitad del I milenio a.C. A pesar de que únicamente existen datos objetivos para la primera mitad del siglo VI a.C., no es imposible pensar que la ocupación del Hierro se remonte al siglo VII a.C., según la cronología tradicional, dado que la primera fase es anterior a los estratos cuyos materiales datan del siglo VI a.C.



Figura 54. Collar articulado y par de arracadas del tesoro de Gaio (según Alarcão, 1996b).

Queda por reseñar que, aunque la cerámica a mano revela evidentes tradiciones locales que justifican hablar de un fuerte substrato indígena, la ocupación del Hierro de Setúbal puede considerarse orientalizante, hecho que no es ajeno a la presencia de comerciantes orientales en la desembocadura del Sado y evidenciados en Abul y Alcácer do Sal.

5.5. EL TESORO DE GAIO

Aunque no se localiza en el estuario del Sado, la necrópolis de Gaio, en Sines, se debe incluir en este capítulo específico, no sólo por la proximidad geográfica, sino también por el hecho de que su naturaleza únicamente puede entenderse a través de la presencia fenicia en esta región.

El bien conocido tesoro de Gaio constituye, en el territorio actualmente portugués, un caso particular, no sólo por la cantidad de piezas exhumadas en el conjunto, sino también por la calidad y la riqueza que lo caracteriza (fig. 54). Las piezas provienen de una única sepultura rectangular, de tipo cista, hallada en el transcurso de los trabajos agrícolas en la Herdade do Gaio, comarca de Sines (Costa, 1966: *idem*, 1972). Al parecer, esta cista formaría parte de una necrópolis más vasta de la que nada se conoce (*ibid.*).

El tesoro incluía algunas piezas de oro (un collar articulado, un par de arracadas y varias cuentas de collar), un conjunto diverso de cuentas de collar de ámbar, cornalina y de pasta vítrea, lo que puede corresponder al fondo de un «braseiro» y un engaste en plata con escarabeo de cerámica. También se encontró una pulsera de bronce (*ibid.*).

El collar articulado está formado por 16 placas sub-rectangulares de oro, decoradas sobre un centro en relieve. El remate tubular que posee en la parte superior se destinó, seguramente, a facilitar el paso del hilo de suspensión. La extremidad inferior de cada una de las placas está partida en dos partes y recortada. El motivo decorativo central de cada placa es una mezcla de caballo y grifo alado, que reposa sobre dos palmetas abiertas. Entre las dos palmetas se puede ver una roseta.

El par de arracadas de oro presentan una forma de luna creciente. Del cuerpo central, hueco, irradian 14 pequeñas cabeza de dos caras femeninas, de las cuales parten 14 flores de loto, abiertas y caliciformes. La técnica decorativa utilizada fue el estampado y el repujado.

Tanto el collar articulado como las arracadas, a los que también se les puede sumar cuentas bitron-

cónicas y un pendiente en forma de bellota, presentan características de fabricación y decorativas con evidentes connotaciones mediterráneas y tartésicas orientalizantes. De hecho, el repujado y estampado sobre la matriz fue también la técnica utilizada en la decoración de los collares articulados del Carambolo y Ébora (Almagro Gorbea, 1989), siendo obvia la relación de los motivos decorativos con ese mundo orientalizante. La utilización del animal fabuloso y de los motivos fitomórficos, concretamente las palmetas que rematan la extremidad inferior, no dejan dudas sobre la inspiración oriental de la iconografía representada en el collar articulado de Gaio.

Las arracadas, cuyo mejor paralelo peninsular es sin duda la pareja incluida en el tesoro de Aliseda (Blázquez, 1975; Almagro Gorbea, 1977), presentan características formales, tecnológicas y decorativas perfectamente asimilables a la joyería del mundo meridional tartésico y/o orientalizante. Las formas, las flores de loto, las cabezas de dos caras, el estampado y el repujado reflejan con claridad su inspiración mediterránea, que se afianzara en el territorio meridional de la Península Ibérica en la 1ª mitad del I milenio a.C.

En pasta vítrea se recogió un *amphoriskos* y un fondo que perteneció a un *alabastron*. El primero presenta las típicas características del grupo I de Harden (Uberti, 1993: 476), líneas amarillas formando espirales en el hombro, en el cuello y en la parte inferior de la panza; líneas en zig-zag verdes y amarillas en la zona central del cuerpo. El fondo de *alabastron* se integra, con seguridad, en el mismo grupo tipológico, presentando el fondo líneas en zig-zag de color blanco.

Los ungüentarios de pasta vítrea del Grupo I de Harden son frecuentes en toda la cuenca mediterránea entre el siglo VI y el siglo IV a.C., contándose ejemplares en Cerdeña, en Ibiza y en la propia Fenicia (*ibid.*). Los ejemplares de Gaio no se distancian, ni formalmente, ni desde el punto de vista decorativo, de los típicos ungüentarios que Harden inventarió y clasificó. Una cronología de mediados del I milenio a.C. sería la más aceptable.

El escarabeo es de cerámica pintada y giraba en un engaste de plata de forma elipsoidal. En el cartucho es visible el nombre del faraón Tutmosis III, de la XVIII dinastía.

Las características del conjunto de joyas de Gaio, asociadas a los restantes materiales, principalmente los ungüentarios de vidrio polícromo y el escarabeo, no dejan dudas sobre el carácter oriental de los restos de la sepultura en que fueron recogidos. La localización en la costa occidental portuguesa de esta necró-

polis hace evidente que estas piezas llegaron al lugar por vía marítima y que los viajes y estancias en el litoral portugués de fenicios occidentales fueron los responsables de su aparición en la comarca de Sines.

También es importante mencionar, que la aparición en una única sepultura del «tesoro» evidencia que el inhumado que se hacía acompañar por estas piezas sería, ciertamente, de un estatus social distinto al de los restantes miembros del grupo al que pertenecía. Aún sabiendo que se desconocen todas las restantes sepulturas de la necrópolis de Gaio, no parece posible admitir que materiales similares fuesen comunes a todas las restantes cistas, lo que obliga a pensar en una lectura social de esta realidad arqueológica.

La necrópolis de Gaio y, concretamente, su «tesoro», permiten afirmar que en esta región existió un poblado donde un segmento de la población tomó a su cargo las relaciones con la región del estuario del Sado y con los grupos exógenos que lo frecuentaban. Ciertamente, fue un miembro de esa elite el que se hizo acompañar en la muerte por el «tesoro».

5.6. EL ESTUARIO DEL SADO EN EL I MILENIO A.C.

Los datos que he enunciado y analizado en los apartados anteriores permiten concluir, sin mucho margen de duda, que en un momento indeterminado de la primera mitad del siglo VII a.C., en cronología tradicional, los fenicios occidentales penetran en el estuario del Sado y contactan e interaccionan con las poblaciones que desde por lo menos el Bronce Final estaban instaladas allí. Con toda probabilidad fundarán en la zona por lo menos un establecimiento.

De hecho, las realidades detectadas en Alcácer do Sal, Setúbal y Abul son testimonios inequívocos de la presencia de población de origen oriental en esta región.

El estuario del Sado se puede considerar, así, un espacio colonial fenicio por excelencia, aunque como hipótesis se dude del carácter fenicio de Abul.

También parece seguro que esta presencia se debe relacionar con la actividad comercial y que este comercio tendría como base los recursos metalíferos que podía proporcionar el área. En este contexto, es importante no olvidar que el río Sado tiene acceso directo a la franja piritosa alentejana, concretamente a la región de Ourique, área donde ha sido identificado un importante y diversificado conjunto de yacimientos de *habitat* y de necrópolis con materiales orientalizantes (Beirão, 1986).

Por otro lado, hay que destacar que Abul se localiza cerca de la desembocadura de la Ribera de S. Martinho, a través de la cual se puede alcanzar la Serra da Serrinha, donde son conocidos vestigios de minería antigua (Mayet y Silva, 1993).

Como es obvio, sólo un conocimiento previo de la región y contactos anteriores con la población indígena puede justificar esta presencia de fenicios del área del Estrecho de Gibraltar en el estuario del Sado. El hecho de que en el Castelo de Alcácer do Sal haya quedado demostrado que el primer estrato con materiales orientalizantes se superpone a otro donde apenas existen cerámicas a mano permite deducir que fue con la población que allí habitaba con quienes ocurrieron esos contactos iniciales.

Considero, sin embargo, que no existen datos suficientes para comprender cómo fue «negociada» la instalación en Abul si, efectivamente, como parece seguro, Abul fue realmente una fundación exógena.

La inexistencia hasta hoy de niveles del Bronce Final en Setúbal resta consistencia a la propuesta presentada recientemente (comunicación de Françoise Mayet y Carlos Tavares da Silva presentada en la Mesa redonda «Os fenicios no atlântico: o estado da questão», Almada, Noviembre de 1999) de que habría sido en Setúbal donde habrían tenido lugar los primeros contactos entre fenicios occidentales y el mundo indígena del estuario del Sado.

En primer lugar, no hay que olvidar que los datos ofrecidos por la intervención arqueológica en el área urbana de Setúbal son poco significativos y no permiten sacar conclusiones sobre la cronología de la primera ocupación del Hierro, que asume sin duda un carácter orientalizante.

Por otro lado, la importancia de Alcácer do Sal durante la Edad del Hierro, que se manifiesta por ejemplo en el área ocupada, en su situación estratégica (en el extremo interior del estuario) y en los suntuosos materiales de la necrópolis, no dejan otra interpretación posible que no sea la de considerar que Alcácer do Sal representó un papel fundamental en todo el proceso de contactos con los comerciantes y colonos orientales.

Así, no parece creíble que un aparente e insignificante desajuste de cronologías, no comprobado completamente, entre la primera fase de Abul A y los primeros niveles del Hierro de Alcácer do Sal pueda sustentar la hipótesis de que las elites residentes en Alcácer do Sal hubieran permanecido al margen de los primeros contactos con los comerciantes/navegantes fenicios occidentales, así como de la instalación de poblaciones exógenas en Abul. Además, parece existir consenso en que es entre la primera mitad del siglo

VII a.C. y mediados del mismo siglo cuando deben situarse, por un lado, la fundación de Abul A y, por otro, los niveles más antiguos de la fase III de Alcácer do Sal. Me parece que, a la luz de los datos actualmente disponibles, no existen razones de peso para situar Abul a principios del siglo VII a.C. y Alcácer do Sal a mediados del mismo siglo, en cronología tradicional.

Creo que lo que cabe deducir de los datos existentes sobre el estuario del Sado, es que Alcácer do Sal es la que realmente representa la entidad organizadora del espacio del estuario y que fue responsable de la estructuración de las actividades productivas de ese espacio.

Considerando que Abul es de hecho un asentamiento fundado y ocupado por una población étnicamente diferenciada de la que habitaba en Alcácer do Sal y en Setúbal, parece seguro que Abul sólo puede entenderse en función de estos yacimientos indígenas y, muy especialmente, de Alcácer do Sal. La planta de Abul A (sea cual sea su interpretación funcional) y la dimensión de las áreas destinadas a vivienda, no permiten pensar que se esté ante un asentamiento donde pueda asentarse un número significativo de colonos, lo que impide su interpretación como *colonia*. Abul, en términos estrictamente económicos, estaría vinculada sin duda a la población nativa, de la cual también dependería para su propia reproducción, una vez que el segmento femenino de la población indígena fue utilizado por los fenicios de Abul.

Como ya mencioné anteriormente, la planta del edificio identificado en Abul A, la topografía, los materiales, el tipo de implantación y el grafito fenicio (comunicación de Françoise Mayet y Carlos Tavares da Silva presentada en la Mesa redonda «Os fenicios no atlântico: o estado da questão», Almada, Noviembre de 1999), indican que Abul corresponde, de hecho, a una fundación exógena. La inscripción muestra la propiedad de un vaso de cerámica de engobe rojo sobre el cual fue incisa, aunque no es posible, desgraciadamente, leer el nombre del propietario, dada la fractura que se observa sobre el vaso, justamente en esa zona.

Sin embargo, parece evidente que una fundación colonial en Abul no habría sido posible sin que los habitantes de Alcácer do Sal tomaran conocimiento de ella y de algún modo la «autorizasen», de modo que parece evidente que es este último poblado el que estructura y organiza la región, tanto desde el punto de vista territorial como a nivel de la actividad comercial regional, interregional y a larga distancia.

Creo también que existen datos suficientes para afirmar que Setúbal y Alcácer do Sal están profunda-

mente relacionados entre sí y se integran dentro del mismo espacio colonial. También creo posible deducir de los datos actualmente disponibles, que la presencia en Setúbal de poblaciones relativamente orientalizadas se debe a un proceso de colonización interna. Las élites de Alcácer do Sal pueden haber visto ventajas en una implantación humana que dependieran de ella en la desembocadura del estuario, donde mejor se podían controlar las llegadas por vía marítima.

Los datos arqueológicos que resultan de las excavaciones de la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal son reveladores de una realidad económica y social que justifica la propuesta formulada anteriormente. Por ello, creo necesario detenerme con más precisión en estos datos y en la mencionada realidad que cabe deducir de ellos. La riqueza y la diversidad de los restos encontrados a lo largo de toda la diacronía de la ocupación funeraria de este espacio se traducen en poder y riqueza. No es posible obviar en este análisis la existencia de armas y adornos, además de toda una gran variedad de otros objetos. Además, el hecho de que varios adornos sean de oro y de que existan armas con incrustaciones de plata refleja, por un lado, la capacidad económica de Alcácer do Sal y, por otro, el poder que ostentaban algunos elementos de su población.

Desgraciadamente, sobre las amplias y vastas áreas excavadas en el poblado correspondiente a esta necrópolis poco o nada se sabe, lo que impide constatar la existencia de áreas funcionales diversificadas y diferencias en las plantas de las habitaciones que evidencien una nítida diferenciación social. La propia existencia de edificios religiosos parece estar únicamente confirmada al final de la Edad del Hierro.

Sin embargo, me atrevo a suponer que, a pesar de que las plantas de las habitaciones sean rectangulares, de que el adobe haya sido utilizado en la edificación de esas habitaciones, de que los suelos estén pavimentados con arcilla o caliza molida, elementos que sólo con generosidad permitirían hablar de un cierto proto-urbanismo, no es posible todavía hablar de vida urbana en Alcácer do Sal durante la primera mitad del I milenio a.C., ya que no está demostrado que existieran realmente diferencias acentuadas en términos residenciales y funcionales, al menos defendibles en este momento y en el estado actual de nuestros conocimientos.

Desde mi punto de vista, los datos de la necrópolis no contradicen lo que anteriormente he afirmado, a pesar de parecer obvio que evidencian ya una acentuada jerarquización social. La existencia de élites sociales se puede deducir fácilmente de los ele-

mentos que ofrecen los enterramientos excavados, aunque no es posible saber si el grupo social al que corresponden estaba articulado en relaciones sociales que traspasaran la estructura de parentesco.

Como anteriormente he pretendido destacar, los distintos ritos funerarios, que al menos en un determinado momento de la diacronía deben haber coexistido, pueden traducir diversas escalas sociales, aunque también pueden significar únicamente diversas etnias de los incinerados o diferencias de edad o de sexo. Sin embargo, soy consciente de que la práctica de rituales distintos designan diversos estatus (sean los que fueren), lo que cabe relacionar eventualmente con un sistema social relativamente complejo.

De cualquier forma, pienso que es posible defender que es en el escenario de la muerte donde las élites de Alcácer do Sal ostentan su poder, al menos durante la llamada I Edad del Hierro. El conjunto de objetos exógenos con los que son sepultados los miembros de esta elite representan símbolos de ostentación con los que pretenden afirmar su supremacía en relación a los otros miembros del grupo social en el que se integraban.

No tengo demasiadas dudas de que el creciente poder de un segmento de la población que residía en Alcácer do Sal se debió, en gran medida, a la llegada de fenicios al estuario del Sado y condujo, a partir de un momento indeterminado de la 2ª mitad del I milenio a.C., a una efectiva diferenciación social que puede corresponder al embrión de una organización de tipo proto-estatal. Creo que en la II Edad del Hierro, el sistema social sobrepasó los lazos de parentesco en los que se basaba la organización de la sociedad en los primeros años de contacto con poblaciones exógenas, para ganar peso otro tipo de relaciones sociales, que pueden corresponder a un Estado arcaico.

Las élites del Bronce Final verían en la llegada de los colonos y comerciantes fenicios una forma de garantizar y aumentar considerablemente su poder, ya que los objetos que podían adquirir contribuirían a la reproducción y mejora de las relaciones sociales ya existentes. La ostentación en la muerte, con los objetos mencionados, verdaderos bienes de prestigio, permitirían acelerar un proceso de jerarquización que acabaría por conducir a la estratificación.

Alcácer do Sal asume, pues, un papel fundamental en todo el proceso colonial, ya que sus élites acabarán por integrarse en un sistema que les benefició y que, sin duda también, contribuyó a desestructurar todo el sistema social anterior.

Parece así posible defender que correspondería a Alcácer do Sal, concretamente a sus élites que os-

tentosamente exhibían su poder en la necrópolis de Senhor dos Mártires, la organización del territorio del estuario del Sado y pensar que la ocupación de Setúbal se produce por intereses de estas elites, quedando el yacimiento dependiente de ellas.

La localización geográfica de Alcácer do Sal le permitía tener acceso a un *hinterland* rico en minería, lo que también presupone que sería éste el poblado que controlaría la salida hacia el litoral de los metales extraídos en el interior. Tal hecho, al proporcionar a las elites residentes en este asentamiento del estuario del Sado la dinamización del comercio con los fenicios, lo transformó en un verdadero lugar central y les confirió un poder que ambicionaban y que pudieran administrar en beneficio propio.

Alcácer se constituyó, de esta forma, en el asentamiento indígena más importante de la región, asumiendo durante la Edad del Hierro un papel preponderante en la gestión de los recursos, en la organización del territorio y en la estructuración del comercio. Parece claro que Setúbal dependería de ella, o al menos mantendría con ella fuertes nexos de carácter económico, político e ideológico.

Ningún indicio permite saber si los fenicios instalados en Abul abandonaron la región a partir del siglo V a.C. o, por el contrario, permanecieron aquí, instalándose por ejemplo en Alcácer, como sucedería en varias regiones peninsulares, principalmente en Andalucía (López Castro, 1994). Sin embargo, creo que «el conservadurismo orientalizante» constatado en la II Edad del Hierro de Alcácer do Sal (v. *supra*) habla en ese sentido. En efecto, creo que es posible admitir que la presencia de fenicios en el asentamiento se puede remontar al momento inicial de su ocupación del Hierro, sin que parezca absurdo pensar en una presencia estructurada en un «barrio» propio, lo que

deja pensar que la relación entre Alcácer y Abul habría sido más estrecha de lo que se podía esperar.

Para terminar, me gustaría poner énfasis en el hecho de que la región del estuario del Sado constituye una unidad político-administrativa concreta, cuyo centro se puede situar en Alcácer, organizada en torno a elites que el comercio fenicio hizo progresivamente más poderosas. Parece claro que esta unidad posee un evidente comportamiento territorial y todo indica que allí existía una estructura social y un poblamiento jerarquizado. Sin poder definir los límites exactos de esta unidad, admito la posibilidad, a pesar de todo, y tal como propuso Jorge de Alarcão (1996:30); de que integrase también la región de Sines, área donde la influencia orientalizante se manifiesta a través de los materiales de la necrópolis de Gaio (Costa, 1966).

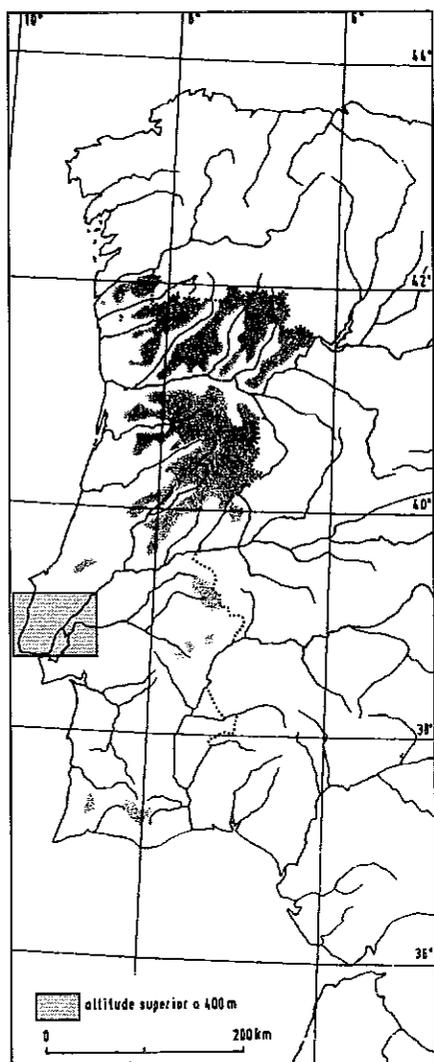
Tal como también defiende para el estuario del Mondego (*infra*), creo que los datos disponibles permiten pensar que en el Sado existió, en la primera mitad del I milenio a.C., una sociedad regionalmente organizada y jerarquizada, con una clara expresión territorial, lo que evidencia una formación social compleja, próxima a lo que la Antropología registra como «jefatura compleja». Esta estructura social corresponde, finalmente, a lo que Jorge de Alarcão sugirió para la misma zona, cuando preconizó la existencia en el estuario del Sado de una sociedad piramidal «...com um príncipe suzerano em Alcácer e chefes vassalos (na herdade do Gaio, por exemplo...» (1996: 30). La información disponible para la región, y que en este capítulo he procurado sintetizar, contribuye a hacer más razonable la hipótesis formulada por Jorge de Alarcão, ya que permite suponer que también Setúbal dependería de Alcácer, lo que da crédito a la existencia de los mencionados «chefes vassalos».

6. El estuario del Tajo

«Quis a sorte que assim fosse e o Tejo abrisse no calcário estremenho um estuário largo e majestoso, fundo e aconchegado, que, depois de magoar os montes, os transformasse em miradoiros de sonho»

Miguel Torga

6.1. LA CUENCA TERCIARIA DEL TAJO



El área que aquí se pretende analizar es extensa, ya que abarca dos regiones distintas, tanto en términos de relieve, como en relación al cuadro morfo-estructural (fig. 55). Se trata de la desembocadura del Tajo y de la cuenca sedimentaria de Ribatejo. Ambas forman parte de la cuenca terciaria del Tajo, pero «Depois o Tejo entra na vasta bacia sedimentar do Ribatejo, onde adquire finalmente feição de rio de planície. A larga caleira aluvial acaba em delta na enseada interior de Lisboa, mas o vale vai ainda apertar-se uma última vez, para desaguar no Atlântico por um corredor rectilíneo, bordejado por colinas» (Daveau, 1995: 66).

Es importante recordar que el Tajo es el río más extenso de la Península Ibérica y el segundo navegable después del Guadalquivir, constituyendo desde siem-

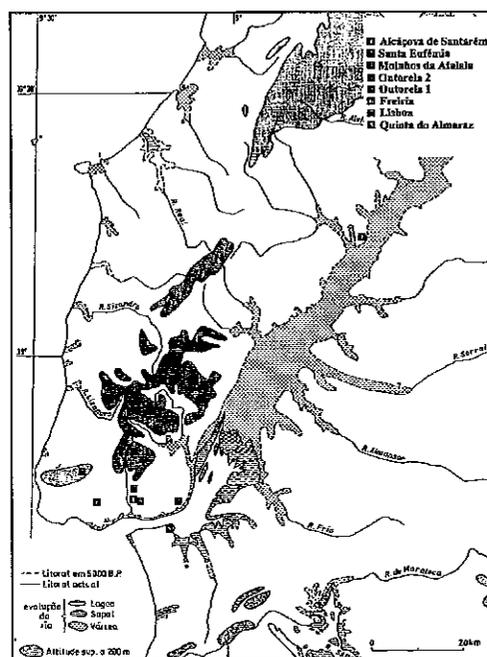


Figura 55. Localización de la desembocadura del Tajo en el territorio portugués actual (base cartográfica de Victor S. Gonçalves, 1989) y mapa de la evolución holocénica de su parte vestibular (según Daveau, 1994, modificado), con la localización de los yacimientos orientalizantes.

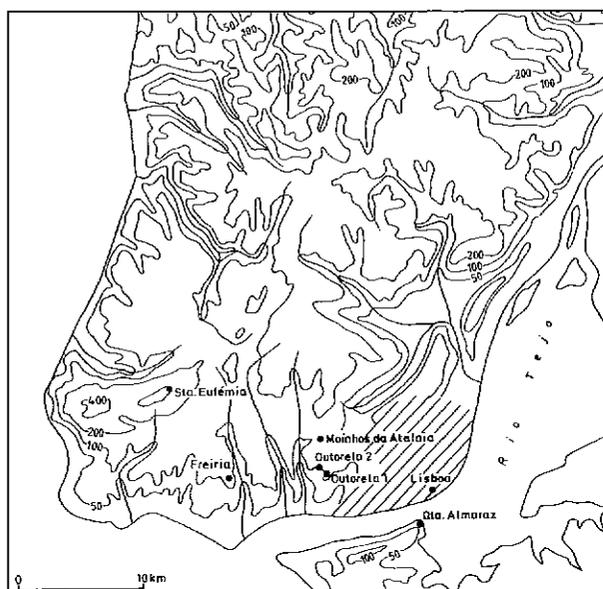


Figura 56. Mapa oro-hidrográfico de la desembocadura del Tajo con la localización de los yacimientos orientalizantes.

pre una importante vía de penetración hacia el interior.

Resulta difícil la reconstrucción paleográfica de esta zona durante la Edad del Hierro, a pesar de que actualmente se dispone de datos que hacen referencia a periodos anteriores (fig. 55). Se sabe que hace unos 9000 años, la transgresión flandriense provocó la subida de las aguas del mar, formándose entonces un enorme brazo de agua salada que penetraba profundamente a lo largo del valle excavado durante el periodo glacial Würm (Daveau, 1980, *idem* 1994). El enorme estuario entonces formado, llegaba «...até à garganta que morde o reborde do maciço calcário, isolando a ilha que iria ocupar, mais tarde, o Castelo de Almorol, uma centena de quilómetros a montante de Lisboa» (Daveau, 1994: 26). Se cree que el área del estuario correspondería, aproximadamente, al área del lecho de inundación actual, ocupada por la planicie aluvial del Bajo Tajo.

Esta situación permitió una total navegabilidad del río hasta Santarém durante la Prehistoria, confirmando que fue ésta también la situación durante la Edad del Hierro, así como en el periodo romano republicano. Por ello, no es erróneo pensar que Santarém era un puerto de mar, ya que se localiza en el extremo Norte de este amplio mar que era el estuario del Tajo en la Antigüedad, disfrutando también de un extenso curso de navegación fluvial hacia el interior.

Al igual que la del Sado, la cuenca del Tajo se encuentra llena de estratos continentales del Mioce-

no, siendo monótona morfológicamente, ya que aquí predominan las formas estructurales más simples (Lautensach, 1987). Se trata de un área de subsidencia que se encuentra colmatada por materiales detríticos de granulometría variable.

En términos generales, se puede decir que la región ribereña del estuario del Tajo se encuentra rodeada por relieves diferentes, teniendo al norte la Serra de Sintra y al Sur los afloramientos calcáreos de Arrábida. En los otros cuadrantes, el territorio es bajo, a veces incluso, pero al oeste el río ya se encaja entre las laderas que a veces sobrepasan los 100 m de altitud. Del lado de Lisboa, algunos declives bruscos caen hacia el río y en su margen Sur existe una alta y abrupta pendiente, donde se sitúa el yacimiento de Almaraz.

La región de Santarém se caracteriza por la sucesión de interfluvios, de elevaciones planas escalonadas a diferentes niveles de altitud, recortadas por valles que se encajan de manera variable. El nivel de meseta más extenso corresponde a una superficie plana y regular de unos 60-80 m, aunque es posible individualizar en esta superficie, zonas llanas de unos 40-50 m. El área está así constituida por una extensa superficie plana (Almeirim), un conjunto de colinas de cimas planas con forma trapezoidal y la meseta de Santarém.

6.2. EL MARGEN IZQUIERDO

6.2.1. Quinta do Almaraz

El poblado de Quinta do Almaraz se localiza en el margen izquierdo del estuario del Tajo, en el Distrito de Setúbal, Comarca de Almada, Parroquia de Cacilhas. Sus coordenadas UTM, leídas en GMP 431, son las siguientes: X: 88.4; Y: 108.4.



Figura 57. El poblado de Quinta de Almaraz visto desde el Norte (foto Pedro Barros).

El poblado de Quinta do Almaraz se sitúa sobre un espolón rocoso, estrecho y alargado y muy elevado sobre el Tajo (fig. 56). Con una altitud media de 50 m, domina visualmente una gran extensión del estuario del Tajo y la desembocadura del mismo río.

La existencia del prelitoral de Cacilhas fue seguramente determinante en la elección del espolón rocoso para la implantación humana. Justamente en Cacilhas, una intervención arqueológica revelaría una construcción que se interpretó como muelle de embarque, y debajo de una fábrica de salazón de época romana, se encontraron estructuras que parecen corresponder a almacenes (Barros, 1998). Casi con seguridad Cacilhas fue también durante la Edad del Hierro un puerto con excelentes condiciones de abordaje.

El poblado de Quinta do Almaraz ocupa la plataforma Este de la elevación, donde se sitúa también el Castelo de Almada y está «...delimitado a Norte e a Este pela arriba, a Sul por uma encosta de declive acentuado que morre num vale bem definido que confina com o morro de Cacilhas e a Oeste por uma encosta suave que sobe em direção ao Castelo de Almada. A sua situação geográfica permite dominar toda uma vasta área que se estende desde a bacia vestibular à foz do rio Tejo e as planícies a montante e da Serra da Arrábida a Sul à Serra de Sintra a Norte» (Barros, Cardoso, Sabrosa, 1993: 144).

La cartografía geológica disponible evidencia que el yacimiento ocupa un área constituida por calcáreas, areniscas, margas y arcillas formadas durante el Mioceno. Esta zona de afloramientos miocénicos, entre Almada y la Costa da Caparica, corresponde al prolongamiento hacia el Sur de las formaciones Cretácicas, Paleogénicas y Neogénicas existentes al norte del Tajo.

El poblado de Quinta de Almaraz ocupa actualmente cerca de 4.1 ha. Sin embargo, es posible estimar en cerca de 6 ha el área ocupada durante la Edad del Hierro, ya que es probable que las viviendas y las instalaciones industriales que se observan al este y al norte se habrían implantado sobre parte del antiguo poblado del Hierro (*ibid.*).

El lugar fue identificado en 1988 por Luís Barros y José Manuel de Sousa, y las excavaciones que tuvieron lugar desde 1988 permitieron recoger abundantísimos materiales arqueológicos e identificar restos de estructuras defensivas y de viviendas.

En cuanto a las primeras, debe decirse que se conservan dos partes de dos líneas de muralla, pero los investigadores que han estudiado el yacimiento no descartan la hipótesis de la existencia de una tercera (*ibid.*; Barros, 1998: 36). Las murallas fueron construidas con material calcáreo de conchas, pero también

se utilizaron en su edificación el basalto, el granito y el esquisto.

También fue constatada la existencia de fosos y parece claro, al menos en un caso, su localización frente a la primera línea de murallas (*ibid.*). Los fosos de Quinta do Almaraz tienen perfiles troncocónicos, llegando a alcanzar 1 m de profundidad (*ibid.*).

Algunos muros, asociados a pavimentos y a áreas de combustión, indican la presencia de estructuras de tipo habitacional. La aparición de bloques de arcilla groseramente cuadrangulares deja percibir que las habitaciones fueron construidas con muros de adobes sobre cimientos de piedras ligadas con arcilla. Los pavimentos eran de arcilla compacta y los hogares, que las excavaciones pusieron al descubierto en el interior de los compartimentos de las estructuras de habitación, fueron construidos con fragmentos cerámicos presentando formas de tendencia circular.

El amplio sector excavado ofrece, como ya se ha dicho, un abundante material (Cardoso, 1990; Barros *et al.*, 1993). A continuación dedicaré una especial atención a la cerámica, ya que es el apartado que mereció un estudio más detallado (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993).

En lo que respecta a los materiales metálicos «há a referir o aparecimento de anzóis, com e sem barbela, agulhas, fragmentos de fibulas e uma pinça de bronze. Foram igualmente recolhidos fragmentos de cadinhos de fundição de bronze e de ferro» (*ibid.*: 154).

Los artefactos de vidrio son más raros «...para além de dois bordos de pequenos recipientes de vidro, foram encontradas três contas, sendo uma oculada em pasta de vidro azul, amarela e branca, uma conta esférica em pasta de vidro branco e uma discóide em gomos de vidro azul» (*ibid.*, 154-155).

Cabe destacar, por su importancia y significado, la recogida en este yacimiento de un fragmento de borde de un recipiente de alabastro, cuya forma es sin embargo imposible de determinar (Barros, 1998: 40).

Al igual que en otros yacimientos, la cerámica es el tipo de material arqueológico más representativo en Almaraz.

Las manufacturas a mano son escasas, correspondiendo apenas a un 3.6% del total de la muestra (Barroso, Cardoso y Sabrosa, 1993: 155).

En cuanto a la cerámica fabricada a torno, están presentes:

1. Cerámica común;
2. Cerámica gris;
3. Ánforas y *pithoi*;
4. Cerámica de engobe rojo.

Del conjunto de material arqueológico recogido en las excavaciones de Quinta do Almaraz, úni-

camente se estudiaron con detalle las cerámicas de engobe rojo (*ibid.*: 157-160; 177-181), lo que, como es obvio, limita el análisis y la interpretación.

De los restantes materiales poco se conoce, aunque, sin embargo, están publicados algunos fragmentos cerámicos correspondientes a ánforas, *pitthoi* y cerámica gris (Cardoso, 1990).

Por ejemplo, el desconocimiento de los tipos de fíbula y del conjunto de las ánforas presentes en el yacimiento impide cotejar las cronologías indicadas por

las cerámicas de engobe rojo con las dataciones obtenidas de radiocarbono.

Sin embargo, lo que se ha publicado merece cierta atención, sobre todo porque hasta el momento es el mayor conjunto portugués conocido de este tipo de cerámica. A pesar de todo, cabe señalar que las cerámicas de engobe rojo divulgadas en 1993 provienen en su totalidad de una fosa excavada en el substrato geológico, Q.U45.3, que según los arqueólogos responsables de la excavación, se destinaba a la acumulación de desechos (*ibid.*: 141). Sin embargo, fue posible obtener una secuencia estratigráfica clara, donde se definieron seis unidades distintas correspondientes a varios estratos de tierra con coloraciones, consistencias y texturas diversas (*ibid.*: 148).

Dentro del amplio conjunto de las cerámicas de engobe rojo de Quinta do Almaraz, que corresponden a un 8.8% del total de las cerámicas recogidas, fue posible identificar varias formas, de las cuales destacan, por su representatividad, los platos y los cuencos. Entre los platos se cuentan ejemplares de borde estrecho (3.5 cm), mediano (5.5 cm) y muy ancho (8 y 9 cm) (fig. 58).

También cabe mencionar que los bordes más estrechos (entre los 3.5 y los 5.5 cm), presentan poca inclinación hacia el interior y son casi paralelos a la línea del borde, correspondiendo a platos poco profundos. Por el contrario, los platos de borde muy ancho (entre los 6 y los 9 cm) son más profundos, pero con un borde muy oblicuo, constituyendo éste prácticamente el propio cuerpo de la pieza, ya que se prolonga hasta un fondo que, formalmente, parece preludiar la cavidad central de un plato de pescado. Es importante apuntar que los últimos dominan claramente en el conjunto recogido en Almaraz.

Independientemente del hecho de que en la actualidad esté superada la tendencia a atribuir dataciones exclusivamente a través de la anchura de los bordes de los platos de engobe rojo, lo cierto es que las formas presentes en Almaraz y, sobre todo, su coexistencia, suscitan algunos problemas que se deben discutir.

En primer lugar, cabe destacar que no es únicamente la anchura de los bordes de engobe rojo recogidos en este yacimiento lo que se debe valorar. De hecho, es necesario considerar que los cocientes obtenidos se cifran mayoritariamente entre los 30 y los 32, lo que significa que a los platos de borde más ancho le corresponden casi siempre diámetros reducidos.

Los platos de borde muy ancho y oblicuo de Almaraz, con cocientes de 30 a 32, se pueden incluir con facilidad en el tipo P3d de Rufete Tomico (1988-89),

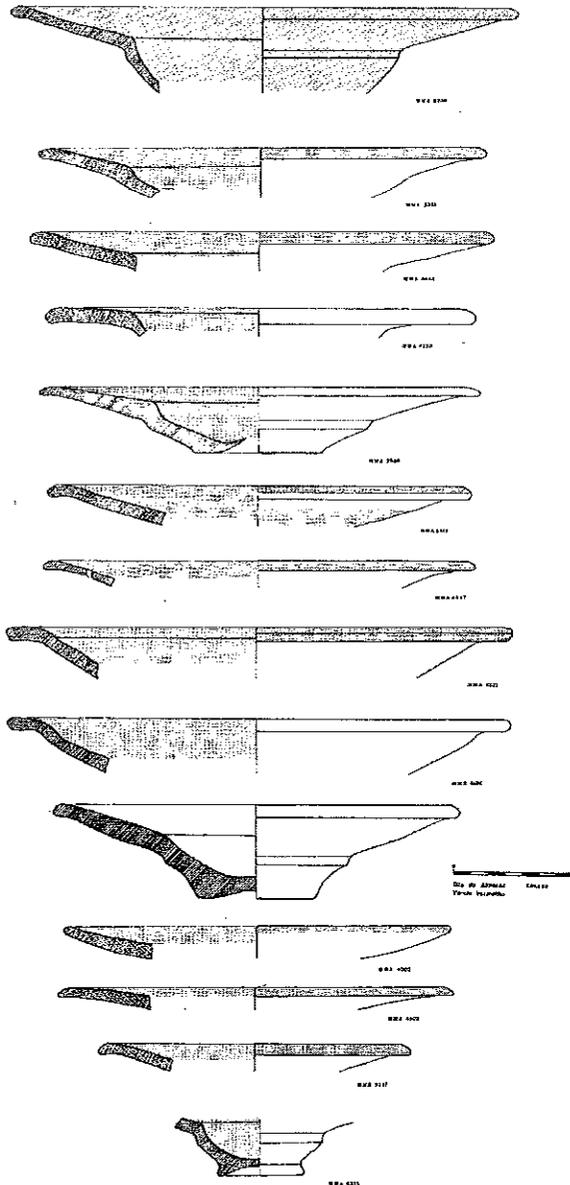


Figura 58. Quinta do Almaraz: platos de barniz rojo (según Barros *et al.*, 1993: 177-178).

ya que poseen la típica carena externa presente en esta variante de la forma P3.

Esta adscripción tipológica permite afirmar que la gran mayoría de los platos del yacimiento en análisis es tardía, ya que el plato P3d surge en los asentamientos andaluces únicamente en los niveles que corresponden a ocupaciones datadas tradicionalmente desde el siglo VI a.C. en adelante. En Huelva por ejemplo, los platos de este tipo se encuentran únicamente a partir de los estratos del Tartésico Final, datados a través de la cerámica griega a partir de la primera mitad del siglo VI a.C., perdurando y siendo abundantes hasta el final de este mismo siglo (*ibid.*). Esta misma cronología para este tipo de platos está constatada en muchos otros sitios, por ejemplo en Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993; Ruiz Mata y Pérez, 1995), Trayamar (Schubart, 1997) y Jardín (Masas-Lindemann, 1995), por lo que no se puede admitir, a la luz de los datos disponibles actualmente, que la forma en cuestión pueda llevarse en cronología tradicional más allá del siglo VI a.C.

En Almaraz, los platos de la forma P3d coexisten en los mismos niveles arqueológicos con otros de borde estrecho y horizontal, que podrían pertenecer a los tipos P1 y P2 de la misma tipología (Rufete Tomico, 1988-89). Se sabe que la producción de estos últimos tipos de platos se inició en un momento antiguo de la Edad del Hierro, ya que existen testimonios seguros de su utilización a partir de la primera mitad del siglo VIII a.C., en cronología tradicional. De esta evidencia hablan elocuentemente las estratigrafías de Toscanos, Mezquitilla, Doña Blanca y la misma Huelva.

Sin embargo, no se puede olvidar que los platos de borde estrecho, así como los de amplio diámetro, no son infrecuentes en niveles tardíos, siendo utilizados al menos hasta finales del siglo VI a.C., como quedó demostrado en Huelva (*ibid.*), así como también en Jardín (Maass-Lindemann, 1995).

Los cuencos de engobe rojo recogidos en Almaraz se dividen en dos grandes grupos: cuencos hemisféricos y cuencos carenados (fig. 59).

Los primeros, escasamente representados, se incluyen en el tipo C4 de Rufete Tomico (1988-89), estando presentes en Almaraz las dos variantes de la forma definida en Huelva. De hecho, los bordes pueden ser engrosados (C4a) o simples (C4b).

Los cuencos hemisféricos de engobe rojo no son frecuentes en los yacimientos fenicios del Círculo del Estrecho, pero abundan en poblados indígenas de Andalucía Occidental, principalmente en el Cerro Macareno (Pellicer Catalán *et al.*, 1983), San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986),

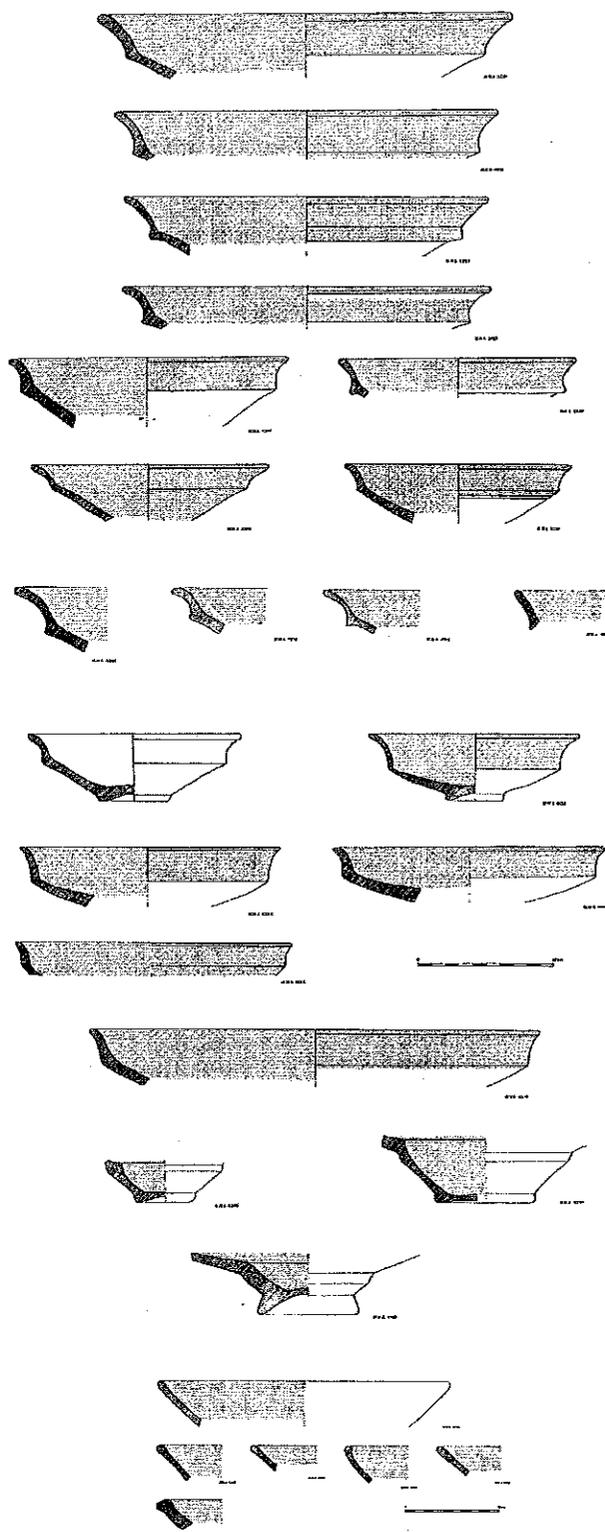


Figura 59. Quinta do Almaraz: cuencos carenados y cuencos hemisféricos de engobe rojo (según Barros *et al.*, 1993: 178, 179 y 180).

Tejada la Vieja (Rufete Tomico, 1987) y Huelva (Rufete Tomico, 1988-89).

La forma de estos cuencos es muy abundante en cerámica gris, tanto en Almaraz (Barros, *et al.*, 1993: 157), como en otros yacimientos portugueses, principalmente en Santarém (ver capítulo específico en este estudio), Conímbriga (Alarcão, 1976) o Alcácer do Sal (Silva *et al.*, 1980-81). Los cuencos hemisféricos de cerámica gris están también presentes en cantidades apreciables en yacimientos fenicios de la costa de Málaga y Granada y en los poblados indígenas orientalizantes de Huelva y del valle del Guadalquivir.

La forma C4 aparece en Huelva a partir de lo que se denominó Tartésico Medio IIIb, en niveles datados históricamente en la 2ª mitad del siglo VII a.C., pero es sobre todo abundante en los niveles correspondientes al Tartésico Final, cuya cronología puede ser contrastada en Puerto 6, Puerto 9 y Méndez Núñez a través de la presencia de *bucchero nero* y *bucchero gris* eólico. De este modo, todo indica que la utilización de estos cuencos se generaliza entre el 600 y 500 a.C., en fechas tradicionales o históricas (Rufete Tomico, 1988-89).

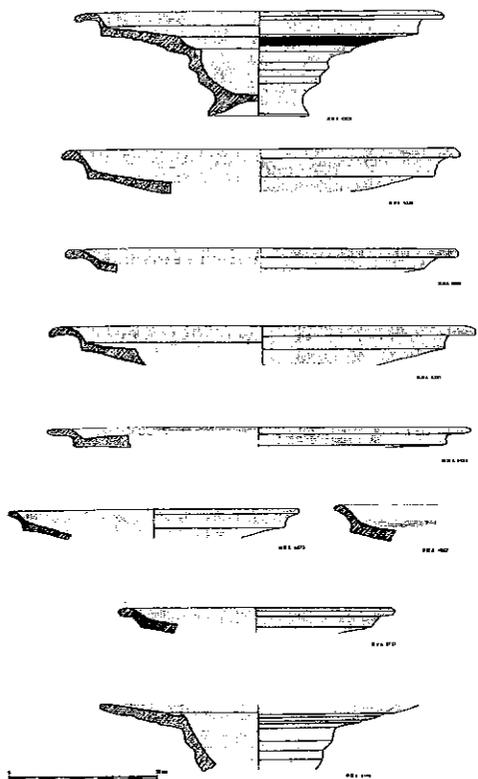


Figura 60. Quinta do Almaraz: cuencos con pie (según Barros *et al.* 1993: 180-181).

Los cuencos carenados de Almaraz presentan carena media y bien marcada. Las paredes pueden ser bicóncavas, convexo-cóncavas o recto-cóncavas. El fondo es cóncavo, con o sin pie que, cuando existe, puede estar simplemente indicado o ser anular (Barros *et al.*, 1993: 178, 179).

También se identificó en este yacimiento otro tipo de cuenco. Tiene carena bien marcada, posee pie alto y las paredes externas del cuerpo y el pie presentan varias acanaladuras (fig. 60). El fondo interno constituye una depresión profunda y circunscrita (Barros *et al.*, 1993: 180-181).

Independientemente del hecho de que los cuencos carenados de engobe rojo tienen una larga tradición en la cerámica fenicia, es imposible no reconocer que los ejemplares de Almaraz muestran una serie de características relativamente anómalas en los yacimientos fenicios y orientalizantes de la Península Ibérica, pareciéndose mucho a los hallados en el Claustro da Sé de Lisboa, que serán dados a conocer por vez primera en este trabajo.

En primer lugar, cabe destacar que los perfiles de estos cuencos son casi siempre bastante sinuosos, teniendo por ejemplo muy marcada la concavidad de las paredes. Los pies altos y las profundas acanaladuras que algunos ejemplares muestran en las superficies externas, tanto en los pies como en las paredes, le confieren al conjunto un aspecto «barroco», relativamente infrecuente en el contexto de la Edad del Hierro orientalizante peninsular.

Estas particularidades, aparentemente regionales y que de hecho conllevan un particular significado, dejan entrever varias explicaciones probables que más adelante intentaré exponer.

Conviene, sin embargo, dejar claro que los cuencos carenados son una de las formas más frecuentes en los yacimientos fenicios, tanto occidentales como orientales, siendo evidente que algunos de los que se recogieron en el estuario del Tajo pueden encontrar paralelos en Huelva (Rufete Tomico, 1988-89) o en Medellín (Almagro Gorbea, 1977).

Efectivamente, ciertos ejemplares de Almaraz pueden corresponder al tipo C3b de Rufete Tomico, a pesar de que en el yacimiento portugués parece evidente que los bordes son más exvasados y extravertidos, y que el perfil de la pared es más curvilíneo que en el caso de los cuencos de Huelva.

En cuanto a los cuencos con pie, es en la Extremadura española donde se encuentran las similitudes formales, ya que en la necrópolis de Medellín se hallaron piezas que formalmente se asemejan a los ejemplares de Almaraz. Uno de ellos es también

un cuenco de engobe rojo (*ibid.*: 363, fig. 145, 1), pero su pared externa está marcada por dos resaltes y no por acanaladuras. También el borde es considerablemente menos exvasado y extravertido, lo que se constata en los cuencos de Almaraz. El perfil es, en general, considerablemente menos sinuoso y curvilíneo.

Del mismo modo, se observan semejanzas formales en el caso del cuenco con pie recogido en el conjunto nº 19 de la misma necrópolis (*ibid.*: 334, fig. 139), sólo que aquí el cuenco está pintado a bandas y no cubierto de engobe rojo. También en el perfil del borde y de la pared existen evidentes diferencias, aunque hay que destacar las acanaladuras que decoran la superficie externa de la pared del cuenco de Medellín.

Los materiales de la necrópolis extremeña pueden datarse, a través de su asociación a otros restos, concretamente fibulas, a finales del siglo VI e inicios del siglo V a.C.

En general, los cuencos carenados tienen tendencia a adquirir un perfil más curvilíneo en los momentos más tardíos (Maass-Lindemann, 1982), aunque en estos momentos raramente aparecen cubiertos de engobe rojo, lo que manifiestamente no sucede en Almaraz.

No puedo dejar de mencionar que los perfiles complejos, sinuosos y curvilíneos de los cuencos carenados de este yacimiento y la propia existencia de pies altos, apuntan a cronologías bajas, muy posiblemente de la segunda mitad del siglo VI a.C., en cronología tradicional.

También cubiertas de engobe rojo se identificaron otras formas, principalmente vasos que corresponden a los tipos VI y V2 de Huelva (Rufete Tomico, 1988-89) (fig. 61). Es importante insistir en el carácter tardío de los vasos de tipo V2 en la antigua

Onuba, donde se incluyeron en niveles correspondientes al Tartésico Final (*ibid.*).

Barros, Cardoso y Sabrosa (1993: 181) incluyeron también en la categoría de cerámica de engobe rojo cuatro fragmentos de borde y cuello de vasos, cuyo perfil de borde (exvasado y triangular) y de cuello (truncocónico o cilíndrico) (fig. 61), además de la existencia de engobe rojo únicamente en la superficie interna, hacen pensar que se está en presencia de vasos cerrados tipo *pithoi*, eventualmente pintados con bandas en la superficie externa, por lo que no deben incluirse en el conjunto de las cerámicas de engobe rojo.

Por su abundancia, diversidad formal y características generales, las cerámicas de engobe rojo recogidas en Quinta do Almaraz justifican un último comentario.

En primer lugar, es importante recordar que los materiales fueron recogidos en un contexto que los propios excavadores reconocen como una fosa de acumulación de detritos (*ibid.*: 151). Considero que esta situación permite concluir que los mencionados materiales, a pesar de que se depositaron en época antigua, fueron encontrados en un contexto de deposición primaria, aunque necesariamente posterior a la fecha de su utilización.

Sin embargo, este hecho no impide pensar que la cerámica de engobe rojo que proviene de la mencionada unidad pudiera representar un conjunto bastante homogéneo. De hecho, todos los indicadores cronológicos disponibles permiten afirmar que los platos de borde ancho y oblicuo con cavidad central pueden asociarse a los cuencos de perfil sinuoso y paredes externas marcadamente cóncavas. Por otro lado, los cuencos con pie tienen una serie de características tipológicas que no desentonan en el conjunto, ni formal ni cronológicamente.

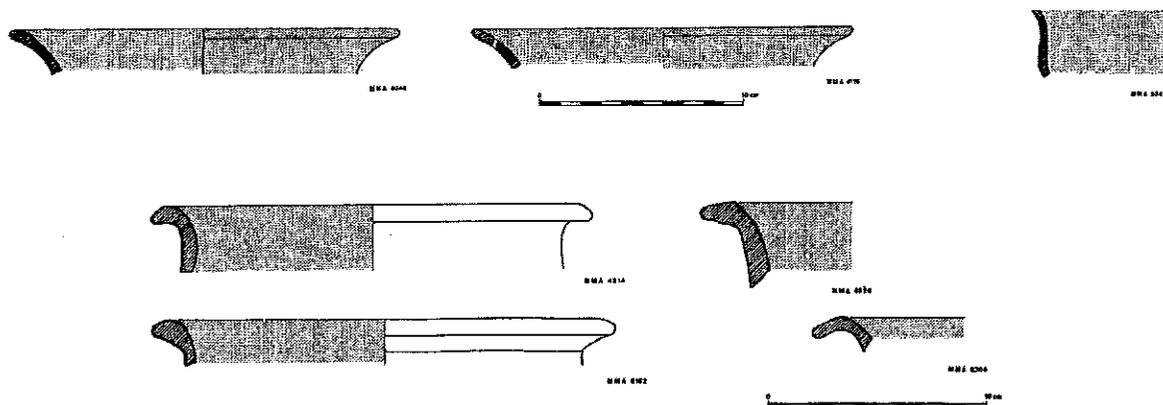


Figura 61. Quinta do Almaraz: vasos de engobe rojo y vasos cerrados de tipo *pithoi* (según Barros *et al.* 1993: 180-181).

La aparición en el mismo contexto de escasos ejemplares de platos con bordes horizontales y estrechos (3.5 a 5.5 cm), no interfiere negativamente en la clara homogeneidad del conjunto, ya que, como ya mencioné, no es inusual el hallazgo de platos con estas características en ambientes relativamente tardíos y donde se constatan algunas de estas asociaciones de materiales. Es éste por ejemplo el caso de Huelva (Rufete Tomico, 1988-89) y de Jardín (Maass Lindemann, 1995).

El conjunto publicado ostenta efectivamente un impresionante «ar de família» desde el punto de vista formal y, en tanto es posible evaluar, tecnológico. Los cuencos carenados, por ejemplo, independientemente de los detalles tipológicos que los diferencian, parecen salidos de las manos del mismo alfarero, o al menos del mismo centro productor. Las singularidades formales y de fabricación que presentan las piezas, cuyos únicos paralelos conocidos se localizan, como se verá, en el área urbana de Lisboa, remiten obviamente a una producción local o regional de escasa difusión.

Otro dato importante a considerar es la diversidad formal que muestra el conjunto, hecho extraño en los yacimientos de fundación fenicia y más frecuente en los sitios indígenas fuertemente orientalizados, como por ejemplo Huelva.

No puedo dejar de lamentar de nuevo la ausencia de datos publicados relativos a otros materiales que se asociaban a la cerámica de engobe rojo, principalmente las ánforas y las fíbulas. Estoy segura de que esos datos contribuirían en gran medida a ayudar a esclarecer, entre otras cosas, la cuestión de la cronología de esta cerámica.

Atendiendo a los datos ofrecidos por las cerámicas de engobe rojo, creo posible situar el relleno de la mencionada fosa de desechos en el siglo VI a.C., y más concretamente a partir de la segunda mitad, fecha convencional.

A esta misma conclusión llegaron los propios autores del trabajo donde se publica el material objeto de análisis (*ibid.*: 167). Las características morfológicas y los paralelos que pueden establecerse para sus cerámicas indicaban esta misma cronología.

Las fechas de radiocarbono publicadas en el mismo trabajo (*ibid.*: 167, nota 1) no dejan de causar perplejidad, así como alguna aprensión, ya que no queda completamente clara, en la lectura del mencionado estudio, la asociación entre las dataciones radiométricas y los restos cerámicos presentados.

Las dataciones son las siguientes:

- ICEN 926 (huesos) - 2660±50 B.P., que, calibrada a dos sigmas, ofrece el siguiente intervalo de tiempo: 910-790 CAL B.C.;

- ICEN 914 (conchas) - 2640±50 B.P., que, calibrada a dos sigmas, ofrece el siguiente intervalo de tiempo: 900-780 CAL B.C.

Como ya he mencionado, no consigo comprender en qué contexto preciso fueron recogidas las muestras objeto de análisis. La única información ofrecida por los autores, «...datações do plano 11 (Muro)...» (*ibid.*), no permite determinar si las conchas y los huesos fechados provienen de la fosa de detritos donde se recogió la cerámica de engobe rojo.

No está realmente indicado en ninguna parte del texto si el «Muro» que corresponde al mencionado «plano 11» es el que se identificó junto al fondo de la fosa «...separando-a em duas partes iguais. [e que] será portanto contemporâneo da construção desta» (*ibid.*: 151) o si, por el contrario, se trata de alguno de los muros circundantes que fueron también identificados en el cuadrado U45.3 y que estaban asociados a «...um pavimento construído por seixos achatados cimentados por argila. [que] foi destruído no decurso da abertura da fossa...» (*ibid.*). Puede tratarse también de algún otro muro aparecido durante los trabajos de campo, por ejemplo en la cuadro. 42.3SO.

Como es obvio, la ausencia de información en cuanto a este aspecto concreto dificulta cualquier tentativa de analizar la cuestión del evidente desfase cronológico entre las fechas que indican los materiales cerámicos y las dataciones del radiocarbono.

Efectivamente, la problemática es completamente distinta si las dataciones radiométricas se pueden conectar con los materiales arqueológicos publicados o si, por el contrario, éstas corresponden a un momento anterior a la construcción y relleno de la fosa de detritos, es decir si *se relacionan con otros materiales que no son aquellos que conocemos* y que de acuerdo con los más elementales y básicos conocimientos de arqueología, ellos serían anteriores.

Me veo forzada por las circunstancias a dejar abierta por ahora y en términos estrictos la cuestión de las dataciones de radiocarbono obtenidas en Almaraz, a pesar de que tienen, por la antigüedad que presentan, una considerable importancia. Este hecho me obligará a volver a ellas más adelante en este mismo trabajo, a la hora de discutir toda la problemática que se desprende respecto a la cronología de la presencia fenicia en el actual territorio portugués.

La excavación de la fosa de detritos ofrece también importantes datos que se refieren a los hábitos alimenticios de los habitantes de este yacimiento durante la primera mitad del I milenio a.C. (*ibid.*: 160-166, Cardoso, 1996).

La principal conclusión que proporciona el estudio de la fauna es el peso que tienen las especies domésticas en el conjunto. El buey, a pesar de que porcentualmente no es de las especies más numerosas (30.5% del total), ofrece comprensiblemente la mayor base de las proteínas animales consumidas, ya que los restos identificados corresponden a un peso en carne de siete a nueve veces superior al de los ovicápridos. Estos últimos constituyen la representación más numerosa (65.6%), contribuyendo también de forma significativa a la dieta alimenticia de la población. No parece tener especial significado la aparición de restos de un único caballo o burro doméstico (0.2%). La contribución del conejo, también doméstico, puede considerarse insignificante (3.1%) (*ibid.*).

A juzgar por los escasos restos de venado (un individuo) y de jabalí (dos individuos), no parece que la caza fuese una actividad que ocupase mucho tiempo a las poblaciones de Almaraz, lo que ya no sucede con la pesca, actividad que ciertamente debió tener un importante papel en el asentamiento. La recogida de abundantes artefactos relacionados con esta última práctica, concretamente de redes y anzuelos, y los más de 0.6 kg de restos ictiológicos obtenidos (vértebras, escamas, etc) hablan por sí mismos (*ibid.*)

«A recolção de moluscos teria também um expressivo papel na dieta: recolheram-se na fossa de detritos cerca de 70 000 conchas, denunciando exploração de biótopos litorais diversos, desde os bancos vasosos do estuario (com *Ostrea edulis*, 10%), até às praias arenosas, com *Venerupis decussata*, que constitui a espécie mais abundante (com 36%), *Cerastoderma edule* (4.5%) e *Solem marginatus* (3.5%), passando pelos trechos mais rochosos, com predominância de *Mytilus* (15% dos restos). Os caracóis terrestres (*Helix* sp.) eram, também, apreciados, atingindo 23% do total dos restos de moluscos.» (*ibid.*)

No está de más recordar que «a predominância de grandes bóvidos na componente proteica da dieta alimentar salienta o carácter estável e sedentário das populações» (Cardoso, 1995: 167).

Especial significado tiene la ausencia, de momento, de cerdo doméstico, ya que los dos restos de suidos hallados corresponden a jabalíes.

Sobre el yacimiento se han publicado también algunas referencias que, a pesar de breves, comportan gran interés, por lo que es importante que se mencionen aquí.

Durante la excavación se encontró en un área limitada una apreciable cantidad de granos de uva, hallazgo que no es imposible relacionar con la producción de vino (Barros, 1998:38), a pesar de que las evidencias del proceso de transformación no han sido

detectadas. La recogida de crisoles de fundición y de escorias de bronce y hierro indican que la práctica de la metalurgia era una actividad local, existiendo también datos reveladores de producción de cerámica en el lugar, como por ejemplo es el caso de los prismas recogidos (*ibid.*: 38-39).

Parece así posible deducir, que las actividades industriales eran intensas en el asentamiento y constituían una importante vertiente de su economía. Estas actividades implicaban también la existencia de grupos de individuos especializados, que dominaban técnicas y procedimientos.

Como es lógico, los datos dados a conocer sobre Quinta do Almaraz ofrecen apenas un conocimiento parcial y fragmentado de la realidad de la ocupación humana en el asentamiento durante la Edad del Hierro, lo que, como ya se mencionó, limita y dificulta el análisis.

Sin embargo, hay que discutir los datos disponibles en la medida en que se relacionan directamente con el significado y con la función que pudo desempeñar el yacimiento, lo que reviste particular interés en el momento de analizar su relación con los vestigios orientalizantes detectados en pequeños asentamientos del margen izquierdo, aparentemente dentro de su área de influencia directa, así como también con el resto de los poblados del Hierro del estuario del Tajo.

En primer lugar, cabe mencionar que no fue únicamente durante la Edad del Hierro cuando el sitio conocido como Quinta do Almaraz se escogió como lugar para vivir. De hecho, ya estuvo ocupado en el Calcolítico aquel espolón rocoso, tan elevado sobre el estuario del Tajo, como ha quedado demostrado por la aparición de fragmentos cerámicos con decoración tipo «folha de acácia» (Barros *et al.*, 1993: 145).

Más importante por sus implicaciones fue la identificación de cerámicas que aparentemente evidencian una ocupación durante el Bronce Final (*ibid.*).

Desgraciadamente, tampoco hay mucha información disponible sobre esta ocupación, cuya existencia apenas se comenta. De cualquier forma, es importante destacar que los niveles correspondientes al Bronce Final se situaban en la «plataforma mais elevada» (*ibid.*: 146), donde «... a camada arqueológica não remexida, não permitiu recolher grande informação...» (*ibid.*), ya que su «...presença era meramente residual...» (*ibid.*). «Neste quadrado, apenas no lado Sul uma fina camada de escassos cm e, em especial, conservada em cavidades do substrato geológico, se conservava. As cerâmicas recolhidas *in situ*, muito escassas, eram, na totalidade de fabrico manual, e atribuíveis ao Bronze Final, sendo as formas mais comuns a taça carenada e o esférico» (*ibid.*).

En lo referente a este momento ocupacional de Almaraz, cabe señalar que los autores mencionan que «...na área de maior concentraçõ de vestígios do Bronze Final faltam materiais da Idade do Ferro, [e que] nos sectores onde ocorrem, assumem carácter quase exclusivo...» (*ibid.*: 167).

Estas aparentes evidencias llevaron a los arqueólogos a defender la hipótesis de la existencia de un hiatus entre las ocupaciones del Bronce Final y la del Hierro (*ibid.*).

Como es natural, siempre es difícil hablar sobre excavaciones que no son nuestra responsabilidad y donde ni siquiera se participó. Sin embargo, algunas expresiones utilizadas, principalmente «área de **maior** concentraçõ» y «carácter **quase** exclusivo» (la negrita es mía), se deben tener en cuenta en el momento de plantear todas las lecturas posibles. Creo pues, que tengo cierto derecho a preguntar qué es lo que ocurría en «nas áreas de menor concentraçõ de vestígios do Bronze Final» y cuál es el significado exacto en este contexto del adverbio «casi». Por otro lado, no comprendo la razón por la cual los autores descartan la posibilidad de que los estratos superiores de la plataforma más elevada, donde se excavó el nivel correspondiente al Bronce Final, estuvieran destruidos.

Todo indica que se debió al deseo de ver en Quinta do Almaraz un establecimiento fenicio que permitiera sustentar la existencia de una discontinuidad en la ocupación protohistórica del asentamiento, ya que para estos autores no parece posible una instalación de tipo colonial sobre un *habitat* indígena.

Es innegable la extraordinaria importancia del yacimiento de Almaraz en el contexto del comercio fenicio occidental, materializada por los hallazgos allí realizados, donde cabe destacar, además de la cerámica de engobe rojo y de las ánforas, el vaso de alabastro (Barros, 1998) y los dos pequeños pesos cúbicos de plomo (información personal de Luís Barros), idénticos a los del Cerro del Villar (Aubet Semmler, 1997: 210). Todo ello hace que se le atribuya un gran reconocimiento que, desde mi perspectiva, no quedaría disminuido en el caso de que el yacimiento fuese simplemente un poblado indígena fuertemente orientalizado.

Creo que los datos publicados no autorizan, por ahora, una opción válida sobre el origen étnico de sus ocupantes durante la Edad del Hierro.

La arqueología protohistórica de Andalucía oriental ya demostró que la estrategia colonial fenicia en esa zona consistió exactamente en «...su establecimiento junto a un asentamiento indígena costero, configurando un barrio o un núcleo comercial adyacente, tal como se ha podido observar en Almuñécar, en Salobreña o en la desembocadura del Guadiaro (Montilla).

No sólo ésto, sino que algunos poblados indígenas aparecen situados muy cerca de las colonias e incluso en clara posición de dominio...» (Aubet, 1997: 9). El hecho de que en Almaraz pueda descartarse la posibilidad de una instalación diferenciada, debido a condiciones geomorfológicas concretas, podría explicar la instalación de fenicios en el mismo espolón rocoso entonces ya ocupado. Pero parece obvio que este hecho no explicaría la pretendida «...distribuaçõ diferencial no terreno dos materiais respectivos [da Idade do Bronze e da Idade do Ferro]» (Barros *et al.*, 1993: 167).

De cualquier forma, quisiera dejar claro que la existencia en el asentamiento de ocupantes permanentes originarios de las colonias fenicias del área del Estrecho me parece una hipótesis a tener en cuenta, aunque, para que ello hubiese ocurrido, no sería necesario defender la existencia de algún *hiatus* entre la ocupación del Bronce Final y la de la Edad del Hierro.

Para finalizar, considero que es importante no perder de vista que en el poblado de Quinta do Almaraz existen demasiados datos que concurren para defender una profunda «orientalización» del lugar, principalmente la existencia del foso (con evidentes semejanzas tipológicas al detectado en Doña Blanca -Ruiz Mata y Pérez, 1995), algunos materiales (vaso de alabastro y pesos cúbicos de plomo), bajo porcentaje de cerámica a mano y elevado grado de desarrollo de la tecnología alfarera en la fabricación de las cerámicas de engobe rojo.

Sin embargo, los regionalismos de los que se impregna la producción de esta cerámica de engobe rojo, concretamente en lo referente a la variedad tipológica (tan extraña en los asentamientos de fundación fenicia) y los perfiles de los cuencos, así como la existencia en el lugar de un *habitat* indígena del Bronce Final, obligan a formular un modelo interpretativo que tenga en consideración esas realidades.

Sólo un conocimiento más profundo del yacimiento, que implica lógicamente la publicación de más resultados sobre los trabajos arqueológicos ya realizados, podrá ayudar a la interpretación de Quinta do Almaraz en el contexto de la expansión fenicia occidental, tarea muy dificultada por la ausencia de datos, datos estos que, hoy por hoy, únicamente poseen los arqueólogos responsables de los trabajos. Creo que debo insistir en que la publicación de una planta general, donde se sitúen las estructuras habitacionales, el foso y las líneas de muralla, así como la publicación de los materiales arqueológicos cerámicos, metálicos, de vidrio y otros, permitirán analizar de otra forma un yacimiento de la importancia de Almaraz.

Sin embargo, y basándome en lo que se ha publicado, me atrevo a afirmar que considero muy probable una presencia, aunque no exclusiva, de población oriental en Almaraz. La forma como se llevó a cabo esa instalación está por aclarar, aunque creo que no es absolutamente necesario que las estrategias seguidas aquí sean las mismas que se llevaron a cabo en el Mediterráneo Central, en Andalucía Oriental, o en el mismo estuario del Sado y del Mondego, por lo que me parece inoportuno apostar por un *hiatus* ocupacional. Creo que es necesario ofrecer una interpretación más adaptada a las circunstancias concretas, aunque esa interpretación no esté de acuerdo con los modelos de colonización propuestos en los años 70 y 80 para la costa de Málaga y Granada. Por ello, debo recordar que los datos procedentes de Andalucía oriental a partir de los años 90, en cuanto a la ocupación indígena, establecieron nuevos modelos interpretativos para la estrategia colonial fenicia en esta región que, naturalmente, pusieron en duda los anteriores.

En relación a Almaraz, me permitiré realizar algunos cálculos, con la intención de aproximarme a otro tipo de análisis. Al establecerse que a cada hectárea le corresponden 300 habitantes, tal como propuso Renfrew (1972), cabría considerar la posibilidad de que este asentamiento tuviese una población de unos 1800 individuos. Sin embargo, al corregir este número de acuerdo con otras propuestas, como las de Narroul (1962) o Casselberry (1974), se obtiene un número de 2000 y 1000 respectivamente. Ante esta disparidad de cifras y sin que se puedan utilizar otros datos, como la cantidad de materiales destinados al almacenamiento y el área útil ocupada por viviendas y actividades industriales, se hace difícil evaluar cuál es el número que más se aproxima a la realidad. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar que, aunque parte de sus 6 ha estuviesen destinadas a actividades industriales, no hay que olvidar que esas actividades implicaban una mano de obra relativamente numerosa que no es posible estimar ahora.

Aún así, aunque se opte por el número obtenido según los cálculos propuestos por Casselberry, es decir, menor, se constata que para suplir las necesidades alimenticias de la población de Almaraz sería necesaria una extensa área de explotación de recursos. Atendiendo a los cálculos de Halstead (1989) o de Fernández Martínez y Ruiz Zapatero (1984a), que establecen que cada individuo necesita por año 200 o 210 kg de cereal respectivamente, 1000 individuos necesitarían anualmente cerca de 200 toneladas de cereal. Teniendo en cuenta que el cultivo cerealístico está estimado en 400 kg por ha, abastecer Almaraz de cereales implicaría un área cultivada de 500 ha.

Al comparar estos cálculos con las áreas potenciales de recursos de 12, 30 y 60 minutos, comprobé que éstas eran de 11, 23 y 35 ha respectivamente, lo que sin duda sería insuficiente para suplir las necesidades alimenticias de la población que residía en el yacimiento.

El estudio de la fauna, anteriormente mencionado, demuestra que las proteínas animales contribuían de modo decisivo a la alimentación del grupo humano instalado en el asentamiento, lo que sin duda puede reducir de forma drástica las áreas necesarias para la explotación cerealística.

Sin embargo, aún admitiendo, como hace Jorge de Alarcão (1992: 46), que las proteínas animales correspondan al 50% de una posible dieta alimenticia de las poblaciones protohistóricas, lo que me permite disminuir considerablemente las áreas necesarias para el cultivo de cereales, obtengo un número todavía superior al que proporciona la determinación del área potencial de recursos de 60 minutos: 250 ha necesarias - 35 ha obtenidas. Los cálculos efectuados para un área potencial de recursos de 2 horas (110 ha) tampoco resuelve el problema, agravándolo por el hecho de que la existencia de ovicápridos y bóvidos en cantidades apreciables implica también áreas de pastos de dimensiones considerables.

Así, considerando la explotación de los recursos marinos, de los que la fauna ictiológica y malacológica hallada en Almaraz es elocuente testimonio, no parece viable que las necesidades alimenticias de la población de este asentamiento, aun admitiendo que 1000 habitantes sea un número exagerado, fuese suplida únicamente por sus recursos directos.

En la comarca de Almada se hallaron otros yacimientos que revelaron ocupación de la Edad del Hierro y cuyos materiales denotan fuertes afinidades con los recogidos en Almaraz. Las relaciones que seguramente se establecieron entre los asentamientos y el significado de esas relaciones justifican su inclusión en este trabajo, a pesar de que los datos que existen sobre los primeros son dramáticamente escasos.

6.2.2 Otro asentamiento del Hierro en el margen izquierdo del estuario del Tajo

En la comarca de Almada se han identificado otros yacimientos arqueológicos donde se constata una ocupación de la Edad del Hierro de tipo orientalizante y que, naturalmente, se pueden relacionar con el poblado de Almaraz. Desgraciadamente, son muy escasas las informaciones de las que se dispone de estos yacimientos.

En la Calle Manuel Febrero, en la Cova da Piedade, la construcción de un inmueble de viviendas sacó a la superficie materiales arqueológicos de la Edad del Hierro, cronológica y culturalmente afines a los de Almaraz (Silva y Soares, 1986; Barros, 1998). No se llevó a cabo ningún trabajo arqueológico en el lugar, recogiendo únicamente algunos materiales «...destacando-se um fragmento de prato de engobe vermelho (aplicado no interior do recipiente) de bordo largo e dois vasos de fabrico manual: um decorado por impressões feitas a punção, encontra paralelos, pelo que respeita à forma e à decoração, em Toscanos; e outro é decorado por duplas unguilações» (Silva y Soares, 1986: 135). Existe también información sobre la aparición en el lugar de cerámica pintada a bandas policromas y ánforas (Barros, 1998: 38).

El tipo de información de que se dispone sobre este yacimiento arqueológico, en alguna publicación calificado como «povoado da pedrada», es, como puede verse, prácticamente nulo, de lo que deriva la imposibilidad de extraer alguna conclusión. No es posible determinar cuál habría sido su extensión, cuáles serían las áreas ocupadas, tampoco se sabe cuál era la representatividad de los materiales orientalizantes en el total del conjunto. Únicamente es posible afirmar que la actual Cova da Piedade, localizada al SE de Almaraz, está rodeada de terrenos arcillosos con considerable potencial agrícola, y que en la actualidad, como en la Antigüedad, los terrenos donde se implanta el yacimiento son llanos. Así, en la ocupación que se intuye, no parece evidenciarse ningún tipo de preocupación de orden defensivo.

La Quinta do Facho se sitúa sobre el peñasco fósil de los Capuchos, siendo un área aplanada y poco accidentada. El lugar no destaca del paisaje circundante, y no parece que en la estrategia de ocupación hubieran pesado factores relacionados con la protección del asentamiento. Se localiza junto al Monte da Caparicia, al Sudoeste de Almaraz.

Tampoco aquí se efectuaron trabajos arqueológicos de excavación, y únicamente se limitó a la recogida de materiales hallados en superficie, debido a obras de urbanización. La información sobre el conjunto artefactual es igualmente limitada. Se conoce únicamente la existencia de cerámica a torno idéntica a la de Almaraz, principalmente ánforas y platos de engobe rojo (Barros, 1998: 35, 38). Parece ser que la cerámica a mano predomina en el inventario (información personal de Luís Barros).

El análisis de la cartografía muestra que el asentamiento se emplazó sobre terrenos arcillosos, donde es posible detectar un predominio de suelos de las Clases A y B.

La excavación de las grutas artificiales de S. Paulo permitió recoger también materiales arqueológicos afines a los de Almaraz, principalmente platos y cuencos de engobe rojo, cerámica gris y ánforas (*ibid.*: 35; Barros y Espírito Santo, 1997). Sin embargo, no me parece que sea posible hablar de ocupación de la Edad del Hierro en estos monumentos funerarios, a no ser que esa ocupación correspondiese únicamente a «...um acampamento...» (*ibid.*: 218). La cerámica orientalizante, al igual que la abundante fauna (macrofauna, malacológica, ictiológica), puede proceder simplemente de una violación durante la Edad del Hierro de los espacios funerarios neolíticos y calcolíticos. Esa violación, que los propios autores admiten («É de referir que na grande maioria dos quadrados escavados havia materiais da Idade do Ferro e cascas de moluscos até à rocha de base, em percentagem variável, o que pode ter acontecido através de um remeximento intencional...» - *ibid.*), era perceptible por el estado revuelto de casi todos los enterramientos prehistóricos, revuelto que ciertamente sería el resultado de la citada violación.

También es posible que las grutas artificiales de S. Paulo fuesen utilizadas con frecuencia como abrigo, lo que justificaría, desde mi punto de vista, la existencia de los hogares y alimentos consumidos de los que da testimonio la fauna encontrada.

La proximidad entre las grutas artificiales de S. Paulo y de Almaraz sugiere que fueron los habitantes de este último yacimiento los responsables de la violación de las primeras y, naturalmente también, de los materiales arqueológicos orientalizantes allí encontrados. No creo que exista ningún dato que apunte a que se trata «...de população aparentemente nao indígena.» (*ibid.*).

6.2.3. Breve análisis del poblamiento orientalizante del margen izquierdo del estuario del Tajo

No dudo del hecho de que los tres yacimientos anteriormente analizados se encuentran íntimamente relacionados entre sí en cuanto a su contemporaneidad, al menos durante un momento concreto de la Edad del Hierro.

Los datos que he presentado parecen indicar también que existió en esta región un poblamiento jerarquizado, donde Quinta do Almaraz representó con toda certeza el papel de Lugar Central. La implantación y localización de los tres yacimientos son de hecho distintas, sin que se pueda ignorar el área ocupada y la cantidad y diversidad de material arqueológico recogido en el poblado de Almaraz.

Por otro lado, y en el mismo contexto, no me parece desencaminado imaginar que el poblamiento del Hierro de Quinta do Almaraz, de Quinta do Facho y de Cova da Piedade se puedan diferenciar entre sí por los distintos tipos de actividades económicas practicadas.

A pesar de que los datos disponibles no se caracterizan por su abundancia, es posible admitir que las industrias transformadoras y el comercio ocupaban mayoritariamente a los habitantes del primer asentamiento. Ya mencioné anteriormente que los prismas recogidos durante la excavación revelan que la producción de cerámica en el lugar fue una realidad, existiendo también suficientes indicios para defender que la práctica de la metalurgia era una actividad practicada en el yacimiento. Igualmente, la concentración en una zona limitada de granos de uva podría relacionarse con la producción de vino.

La localización de Almaraz, la existencia de un puerto en Cacilhas directamente relacionado con el poblado y la posibilidad de que parte de la población tuviera un origen oriental, permiten considerar como acertada la hipótesis de que este yacimiento del margen izquierdo del Tajo asumiría el control territorial, controlando igualmente los pequeños poblados localizados en su área de influencia directa, que dependerían de él política y administrativamente.

Quinta do Facho y Cova da Piedade, situados sobre suelos fértiles de gran productividad agrícola, contribuirían tal vez a suplir las necesidades en términos alimenticios de la población de Almaraz, cuyo esfuerzo productivo se concentraría en otras actividades económicas.

Todo indica, por tanto, que se trata de un ejemplo de relaciones típicas de subordinación. Esta conclusión, que considero factible a través de los datos existentes, conduce inevitablemente a considerar que sería en Almaraz donde residiría la elite político-ad-

ministrativa que, por un lado controlaba y gestionaba la producción del área circundante, y por otro dominaba el comercio regional y a larga distancia. Me parece obvio que era esa elite de Almaraz la que centralizaba las funciones administrativas y sociales y controlaba el comercio. La organización de la producción y de la propiedad de los medios de producción, y tal vez la distribución y el consumo, serían tareas llevadas a cabo por dicha elite.

Creo importante señalar que considero que el poblamiento orientalizante del margen izquierdo del Tajo está íntimamente relacionado con aquél que se constata al norte del estuario, materializado en los hallazgos de los poblados de Lisboa y Santa Eufémia y en los yacimientos de Outorela, Moinhos de Atalaia y Freiria. La forma que asumió esa relación será analizada posteriormente, análisis que sólo tiene sentido tras la descripción de los yacimientos y de los materiales, así como de los comentarios que estos sugieren.

6.3. EL MARGEN DERECHO

6.3.1. Lisboa

La ocupación humana de Lisboa, durante la Edad del Hierro, parece limitarse, hasta el momento, a la colina donde se implanta el Castillo de S. Jorge. Excavaciones recientes, tanto en la cima, ocupada por el castillo medieval, como en la plataforma de la Catedral, y en la ladera, revelaron vestigios arqueológicos de esta época (fig. 62).

El llamado «morro» del Castillo estaba limitado al Sur y a Occidente por el río Tajo y por los restos del brazo de este mismo río, que, en esa época, ya sería un área parcialmente inundada. Debe mencionarse que, durante las excavaciones en la calle Augusta, se constató la existencia de una playa, por lo que pare-

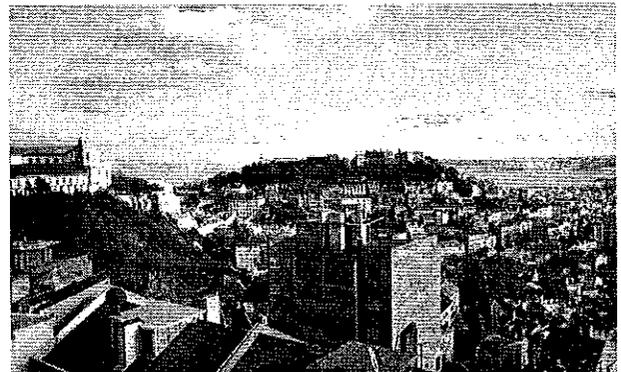
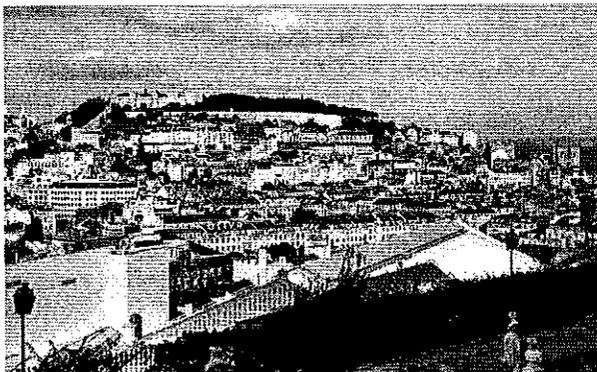


Figura 62 - El Castillo de S. Jorge visto desde el Oeste y el Norte (fotos Pedro Barros).

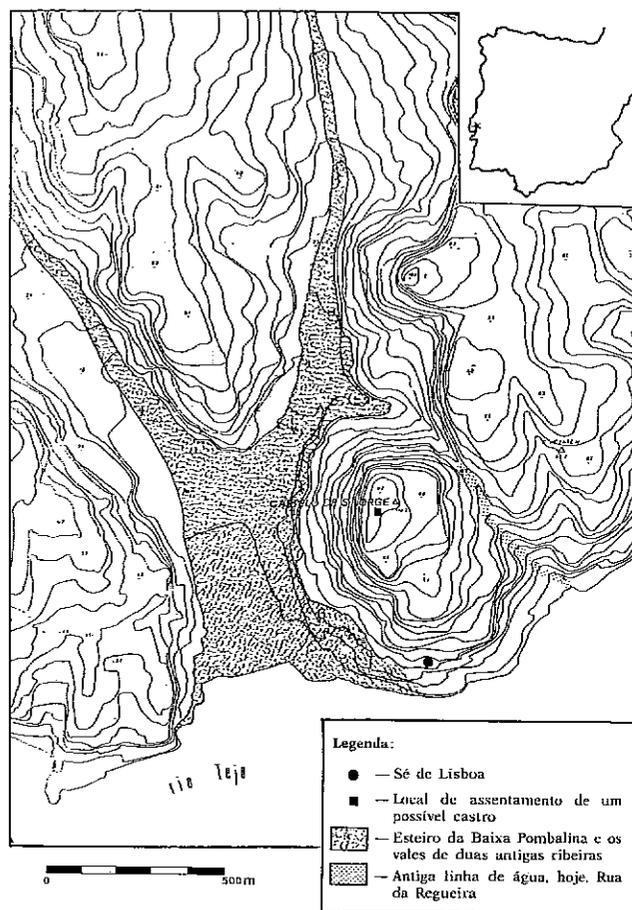


Figura 63. Mapa oro-hidrográfico del Morro del Castillo de São Jorge (según, Amaro, 1993: fig. 1).

ce claro que las factorías de salazones de época romana habrían sido construidas sobre un arenal (Amaro, 1993: 186). Hacia Oriente, corría una línea de agua, la actual calle de Regueira (fig. 63).

La colina del Castillo posee, pues, una situación topográfica y una morfología propias, que muestran condiciones privilegiadas para la implantación humana, dado que el yacimiento tiene, además, amplia visibilidad y considerable defensibilidad.

El topónimo prerromano que los autores clásicos consagraron, y que mucha epigrafía romana dejó registrado, deja entrever una afinidad lingüística con el área meridional de la Península Ibérica. De hecho, el sufijo *-ipo*, patente en *Olisipo*, apunta a un origen mediterráneo, que descarta cualquier filiación centro-europea, por lo que creo que sería conveniente abandonar, y no sólo en este caso, la designación «ibérica», todavía frecuentemente utilizada (*ibid.*; Mantas, 1994: 74).

La relación de la actual ciudad de Lisboa con el Sur peninsular, durante la época prerromana, que la paleolingüística deja entrever se confirma también con los numerosos hallazgos arqueológicos que han proporcionado las intervenciones preventivas y de urgencia, llevadas a cabo en el área urbana.

La ocupación de *Olisipo* durante la Edad del Hierro quedó demostrada cuando Vergílio Correia recuperó, en la Catedral y en la calle de los Douradores, algunos materiales arqueológicos con esa cronología. Estos restos, publicados en la última década del siglo pasado (Cardoso, 1994, Cardoso y Carreira, 1993), remitían para el carácter, indiscutiblemente, orientalizante de esta ocupación.

Las excavaciones en el Claustro de la Catedral, en el Castillo de S. Jorge y en la calle de los Correiros, todas iniciadas en los años 90 del siglo XX, darían contornos más nítidos a las interpretaciones realizadas a partir de los materiales que Vergílio Correia recuperó del subsuelo de la actual capital portuguesa.

El Claustro de la Catedral

Los trabajos llevados a efecto en el Claustro de la Catedral permitieron excavar, bajo las zapatas de los muros romanos datados en el siglo I d.C., cerca de 1.50 m de tierras, correspondientes a varios niveles arqueológicos, cuyos materiales pertenecen, sin ninguna duda, a una Edad del Hierro Orientalizante. Desgraciadamente, «...atendendo à natureza e bom estado de conservação das estruturas que se desenvolvem sobre o contexto orientalizante e à grande altura dos aterros, não foi ainda oportuno proceder-se ao alargamento da escavação deste contexto» (Amaro, 1993: 184). Así, los materiales recuperados en la Catedral de Lisboa, pertenecientes a la Edad del Hierro, son, casi en su totalidad, procedentes de un estrecho sondeo (1.5 × 1 m), que, por razones de seguridad, no alcanzó la roca madre (*ibid.*) (fig. 64).

Los materiales recuperados están constituidos, casi exclusivamente, por cerámicas. Algunas escorias de hierro y fragmentos sin forma de cobre y bronce constituyen la excepción (*ibid.*: 185).

Algunas de las cerámicas del Hierro recogidas durante las excavaciones de la Catedral se publicaron en 1993 (*ibid.*). En este trabajo, quedaba absolutamente confirmado el carácter orientalizante que poseía la ocupación protohistórica de Lisboa, carácter éste que los hallazgos de Vergílio Correia ya dejaban entrever (Cardoso y Carreira, 1993).

Por determinación del presidente del Instituto Portugués do Património Arquitectónico tuvo la oportunidad de estudiar directamente, y de forma ex-

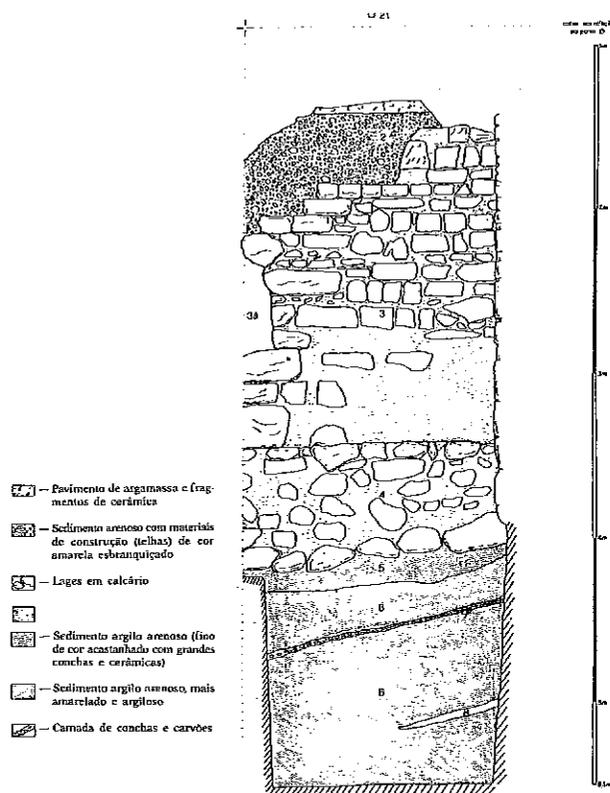


Figura 64. Perfil Oeste del Claustro de la Catedral (según Amaro, 1993, fig. 2).

haustiva, los materiales exhumados en la mencionada excavación.

Como era inevitable, el estudio reveló algunas dificultades, que se desprenden, sobre todo, del hecho de desconocer, con el necesario detalle, las condiciones exactas de la recogida de los materiales, independientemente de toda la información ofrecida por el director de los trabajos de campo, Clementino Amaro. También debo aclarar que, al ser igualmente responsable de excavaciones en áreas urbanas, reconozco las limitaciones que se encuentran en este tipo de intervenciones, tanto a nivel del espacio disponible, como en lo que se refiere a las dificultades que presentan las lecturas estratigráficas.

Sin embargo, no puedo dejar de lamentar que la metodología utilizada en estas excavaciones, aunque tal vez legitimada por la escasa área disponible y por la profundidad alcanzada (5.5 m), ha perjudicado el análisis, ya que la extracción de tierras mediante estratos artificiales, de 10 o 20 cm, no favorece una comprensión real de la forma en cómo se depositaron los estratos, de sus superposiciones y, naturalmente, de las posibles asociaciones de materiales (fig. 64).

El estudio que aquí se presenta es pues, fundamentalmente, tipológico, dado que las condiciones de recogida del material arqueológico, dictadas por el método adoptado, no permiten ninguna otra aproximación.

De acuerdo con las siglas leídas en los fragmentos cerámicos y con su inventario, los restos aquí estudiados se recogieron en un estrato que se situaba entre los 420 y 550 cm, lo que parece corresponder al nivel 6 del corte publicado en 1993 (Amaro, 1993: 189, fig. 2). El hecho de que el mencionado nivel parezca estar interrumpido por el nivel 7 y, en parte, por el nivel 8, hace pensar que las tierras correspondientes al nivel 6 pueden haberse depositado, al menos, en tres momentos distintos de la diacronía. Así, es correcto dudar de la coherencia cronológica de los materiales que aquí se recogieron, ya que la lectura de la estratigrafía, que el análisis del Corte publicado permite, deja muchas dudas en cuanto a la secuencia que se observó durante los trabajos de campo, y, lógicamente, a la forma en como fueron clasificados los materiales recuperados, desde el punto de vista estratigráfico. Por otro lado, debo aclarar que las cerámicas están sigladas no de acuerdo con alguna unidad estratigráfica, sino en relación a la profundidad en que fueron recogidas, existiendo, también aquí, una considerable variedad de criterios. Así, mientras hay fragmentos (pocos) donde se puede leer 4.20 - 4.40, o 4.50 - 4.70, lo que equivale a un estrato artificial de 20 cm, otros están marcados con 4.20 - 5.00, 4.10 - 5.50, etc. Como es obvio, esta situación fue imposible de controlar, a pesar de todos los esfuerzos realizados en este sentido, esfuerzos justificados por el hecho de que el estudio tipológico de las piezas permitió constatar que algunos materiales parecen tener una mayor antigüedad que otros.

En este caso concreto, las piezas y las consideraciones que ellas me sugirieron valen por sí mismas. Cabe esperar que las excavaciones de las áreas anexas al lugar donde fue abierto este corte, iniciada pero abandonada, adopte otro método arqueográfico, y pueda esclarecer muchos de los problemas con los que me debatí, y no pude resolver, por la absoluta falta de datos. Es necesario ser consciente de que la dimensión de la muestra y la variedad formal y funcional de los materiales de la Catedral de Lisboa les confieren una importancia que merece un encuadre estratigráfico y cronológico riguroso, que les está, en este momento, completamente vedado. Consideré, sin embargo, que el conjunto era demasiado importante para permanecer inédito y, por ello, luché para estudiarlo e incluirlo en este trabajo. Ahora pienso que el esfuerzo

valió la pena y que los materiales justificarán las dificultades que tuve que superar para estudiarlos.

En primer lugar, no puedo dejar de mencionar que impresiona la dimensión de la muestra, sobre todo, teniendo en cuenta el área excavada, que, como ya mencioné, no sobrepasa los 2.5 m². He de señalar que pude contar cerca de 10000 fragmentos cerámicos pertenecientes a la Edad del Hierro.

Además de la cerámica, que engloba varias manufacturas y distintos tipos, la excavación de este sector permitió recoger una abundante fauna mamífera y malacológica, cuyo estudio preliminar, que aquí se presenta, fue realizado por el Prof. João Luís Cardoso.

En cuanto a la cerámica debe decirse que está fabricada a torno prácticamente en su totalidad. Entre la decena de millar de fragmentos, apenas pude contar unos diez escasos de fabricación manual (fig. 65). Estos, de paredes gruesas y superficies apenas alisadas, corresponden a vasos de distintos tamaños y tipos. Sin embargo, en general poseen bordes exvasados y exvertidos. Debe mencionarse que uno de ellos, de cuello estrangulado y corto, posee decoración en el borde (dentada) y en la superficie externa del cuerpo (digitaciones). Las formas y la decoración, así como el tratamiento de las superficies, son características comunes a las cerámicas a mano halladas en yacimientos de la Edad del Hierro orientalizante.

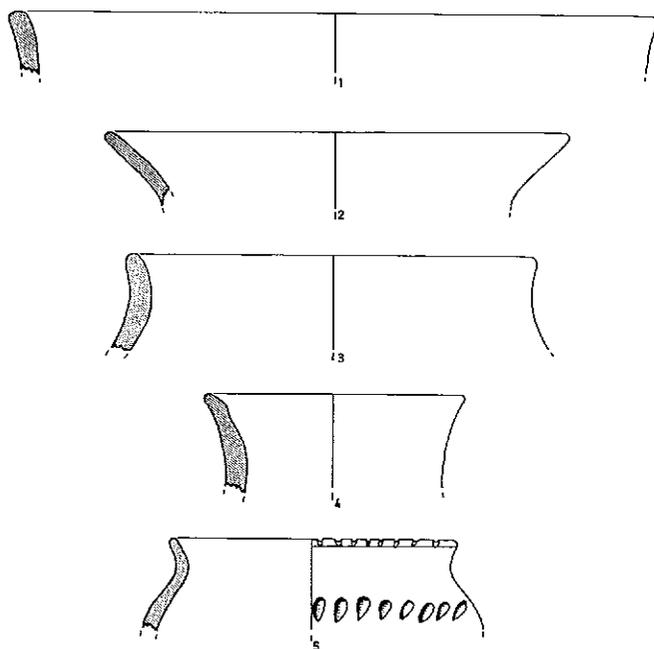


Figura 65. Catedral de Lisboa: cerámica fabricada a torno.

La cerámica a torno incluye ánforas, cerámica gris, cerámica de engobe rojo (platos y cuencos), cerámica pintada a bandas (*pitboi* y urnas tipo Cruz del Negro) y un conjunto de formas (platos, cuencos, vasos de almacenamiento de tipo *pitbos*) cuyas superficies no fueron objeto de tratamiento alguno (sin engobes o pintura).

En lo relativo a la cerámica cubierta de engobe rojo, se verifica una extraordinaria semejanza entre las muchas de las piezas de Lisboa y las que se estudiaron en Almaraz (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993). A nivel formal, las similitudes que encontré entre los platos y algunos cuencos de los dos yacimientos son enormes. Sin embargo, es importante comentar que si los platos de borde ancho y aplanado de Lisboa y Almaraz pueden encontrar paralelos en otros lugares de la Península Ibérica, algunos cuencos carenados presentan, en estos dos poblados, características muy propias y específicas.

Los cuencos carenados cubiertos de engobe rojo de la Catedral de Lisboa pueden incluirse en dos tipos distintos.

En el primero, las carenas a media altura son suaves y las paredes convexo-cóncavas, ó recto-cóncavas (fig. 66, nº 1-8, lám. 67, nº 1, 5-9). El engobe cubre la totalidad de la pared interna y toda la superficie de la pared externa hasta la carena. Los bordes son exvasados. Formalmente son semejantes al Tipo B de Almaraz (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993: 179) y son asimilables al tipo C3b de Rufete Tomico (1988-89), que, en Huelva, está presente a partir del Tartésico Medio IIIb, datado históricamente a partir de 650 a.C.

El segundo grupo, presenta también carena media bien marcada (figura 66, nº 9; figura 67, nº 2-4, 6 y 10). Las paredes pueden ser bicóncavas o recto-cóncavas. El fondo externo es cóncavo, con o sin pie, que, cuando existe, puede estar simplemente indicado o estar claramente destacado y ser anular. Este segundo grupo tiene fuertes afinidades con el Tipo A de los cuencos carenados de Almaraz.

Como ya mencioné a propósito de Almaraz, es indiscutible que los cuencos carenados de engobe rojo tienen una larga tradición en la cerámica fenicia, pero es imposible no reconocer que los ejemplares recogidos en los niveles de la Edad del Hierro del Claustro de la Catedral de Lisboa, y que he incluido en el segundo grupo, muestran una serie de características relativamente infrecuentes en los yacimientos fenicios orientalizantes de la Península Ibérica, siendo, no obstante, idénticos a los recuperados en Almada.

La sinuosidad que estos cuencos presentan, las molduras que se constata en la unión de la parte del

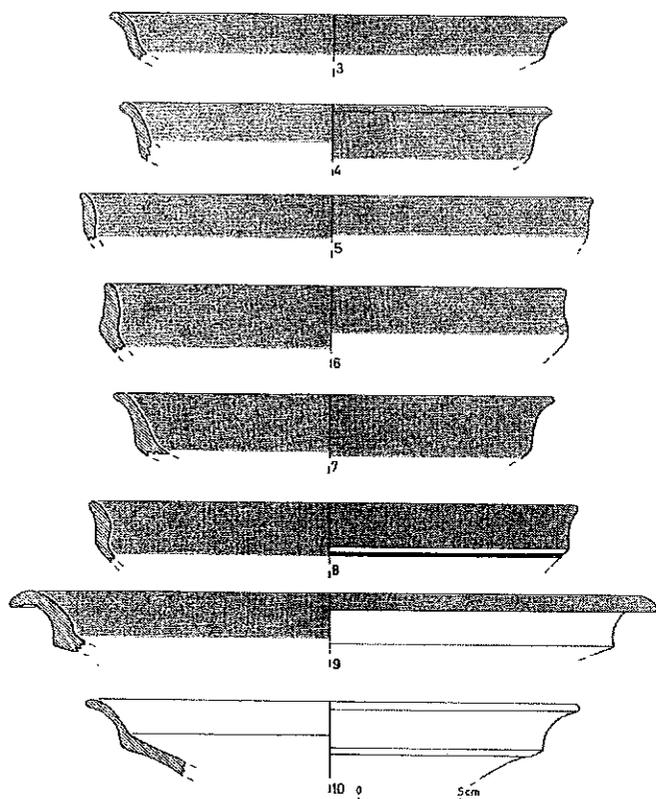


Figura 66. Catedral de Lisboa: cuencos carenados cubiertos de engobe rojo.

pie, y la propia existencia de pie anular, así como la marcada concavidad de las paredes, confieren también a los cuencos de Lisboa un aspecto «barroco», relativamente infrecuente en el contexto de la Edad del Hierro Orientalizante Peninsular.

Es evidente que el hecho de que los cuencos carenados de engobe rojo sean comunes en las áreas de poblamiento en contacto con el mundo fenicio occidental implica que sea posible incluir algunos ejemplares de Lisboa en las tipologías conocidas. Además parece claro que el segundo grupo de los cuencos recogidos también pueden integrarse en el tipo C3b de Rufete Tomico (1988-89). Sin embargo, es indispensable no olvidar que en este yacimiento portugués, tal como ocurría en Almaraz, los bordes son más exvasados y exvertidos y que el perfil de la pared es más curvilíneo que en el caso de los cuencos de Huelva.

En este contexto, es importante recordar, una vez más, que en Andalucía, los cuencos carenados tienen tendencia a adquirir un perfil más curvilíneo en los momentos más tardíos de la Edad del Hierro (Ma-

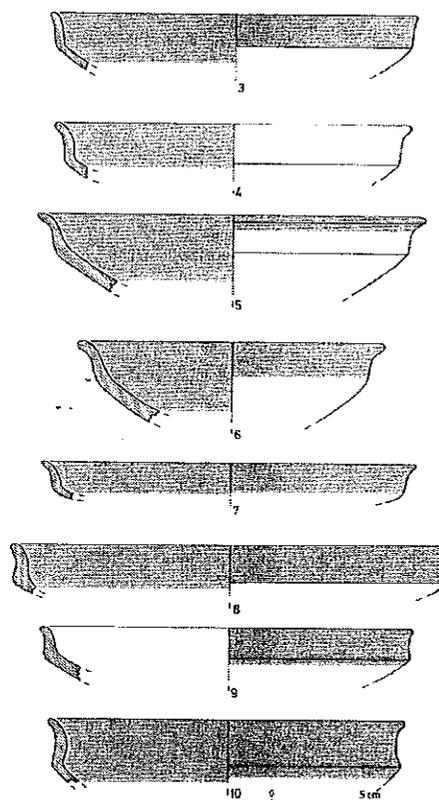


Figura 67. Catedral de Lisboa: cuencos carenados cubiertos de engobe rojo.

ass-Lindemann, 1982), a pesar de saber que en los yacimientos españoles, y en estas fechas, raramente aparecen cubiertos de engobe rojo. Se puede adelantar que en Lisboa existe esta misma forma sin aplicación de engobe.

Los perfiles complejos, sinuosos y curvilíneos de los cuencos carenados del yacimiento que se comenta, y la propia existencia de pies destacados o anulares, apuntan a cronologías bajas, muy probablemente de la segunda mitad del siglo VI a.C., en cronología tradicional.

También es importante señalar que esta misma forma, en su segunda variante, pero sin engobe rojo, está también presente en Lisboa (fig. 66 nº 10). En este caso, las superficies de los cuencos carenados pueden estar cubiertas por una aguada de la misma tonalidad que la pasta, que fue ligeramente pulida antes de la cocción, existiendo ejemplares en el que el pulido, aunque también efectuado antes de la cocción, se produjo directamente sobre la pasta.

Los cuencos hemisféricos también están presentes en el Claustro de la Catedral de Lisboa, aunque

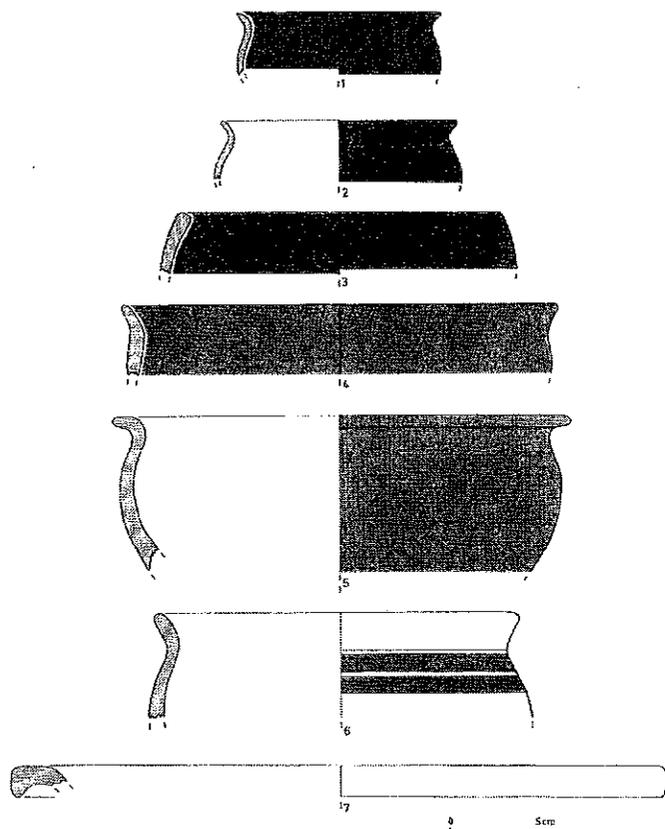


Figura 68. Catedral de Lisboa. 1-2: vasos abiertos, de perfil en S; 3: cuenco hemiesférico; 4-6: vasos abiertos, de perfil en S; plato de la forma 23 de Lamboglia (producción de tipo Kouass).

en número muy reducido (fig. 68, nº 3). Se incluyen en el tipo C4b de Rufete Tomico (1988-89).

Como ya mencioné a propósito de Almaraz, los cuencos hemiesféricos de engobe rojo no son frecuentes en los yacimientos fenicios del área del Estrecho, pero abundan en los poblados indígenas de Andalucía Occidental. Debe señalarse que, en el territorio portugués actual, únicamente son conocidos en estos dos yacimientos del estuario del Tajo. Lo que se conoce de los conjuntos de Abul, Alcácer do Sal, Santa Olaia, Conímbriga o Santarém, permite afirmar que esta forma, cubierta de engobe rojo, está ausente de los inventarios. Por el contrario, la forma es bien conocida en cerámica gris en el mundo orientalizante portugués y español.

En cuanto a la cronología de su utilización, poco más tengo que añadir en relación a lo que afirmé cuando comenté el yacimiento de la comarca de Almada. Todos los datos coinciden en el sentido de

considerar que la forma C4 de engobe rojo se generalizó entre 600 y 530 a.C., en fechas tradicionales o históricas (Rufete Tomico, 1988-89).

En cuanto a los platos de engobe rojo (fig. 70, 15 y 16), los bordes son casi siempre muy anchos (8-9 cm), presentando cocientes que pueden determinar valores bajos. Algunos ejemplares presentan también líneas negras pintadas sobre el borde (fig. 69, nº 1 y 2) y el engobe cubre la totalidad de la superficie interna, borde incluido, y, generalmente también, una estrecha franja en la superficie externa inmediatamente seguida del borde.

Al igual de lo que mayoritariamente sucede en Almaraz, muchos de los platos de engobe rojo reco-

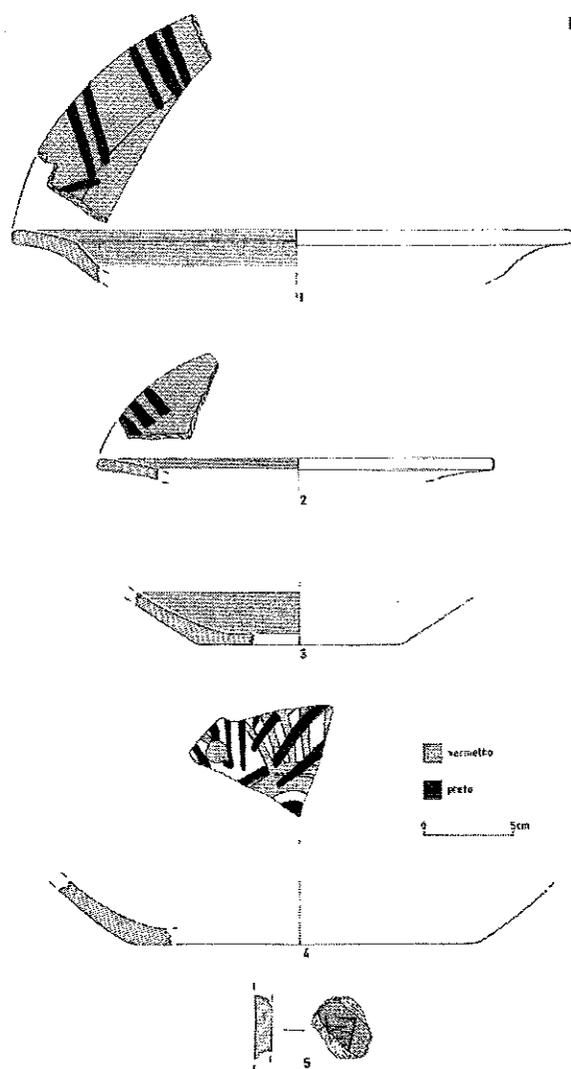


Figura 69. Catedral de Lisboa: cerámica (platos y cuencos) de engobe rojo, algunos con decoración pintada de líneas negras.

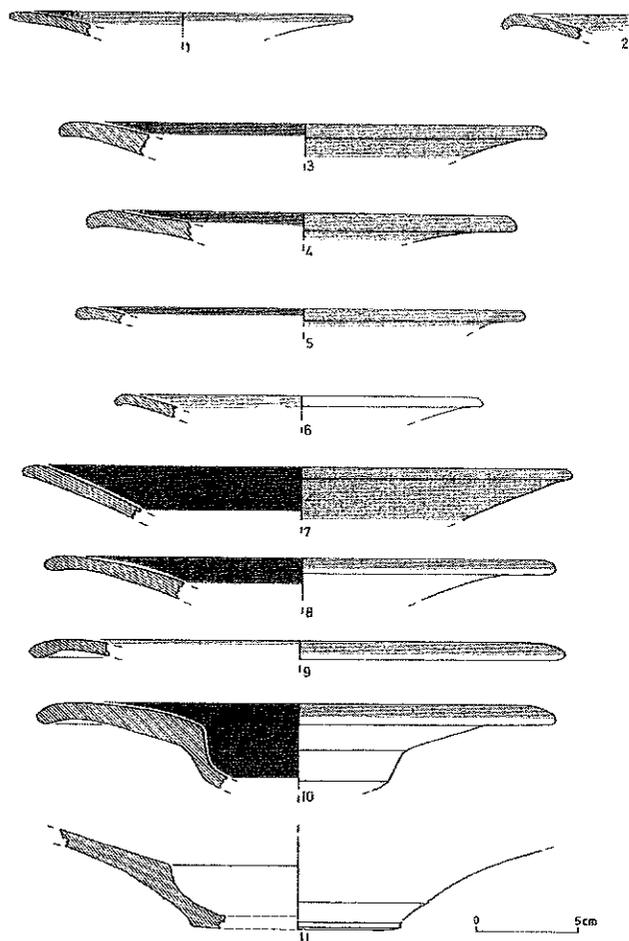


Figura 70. Catedral de Lisboa: platos de engobe rojo

gidos en la Catedral de Lisboa son profundos y de borde muy oblicuo, constituyendo prácticamente el propio cuerpo de la pieza, ya que se prolonga hasta el fondo, que, formalmente, parece preluir la cavidad central de un plato de pescado (fig. 70, nº 11).

Dadas las características morfológicas que estos platos exhiben, se pueden incluir con facilidad en el tipo P3d de Rufete Tomico (1988-89), por lo que se puede afirmar que el conjunto es tardío en términos de la Edad del Hierro Orientalizante Peninsular. De hecho, el plato P3d ha aparecido en los yacimientos andaluces únicamente en los niveles que corresponden a ocupaciones datadas tradicionalmente a partir del siglo VI a.C. en adelante. En Huelva por ejemplo, los platos de este tipo únicamente se encuentran a partir de los estratos del Tartésico Final, datados a través de la cerámica griega a partir de la primera mitad del siglo

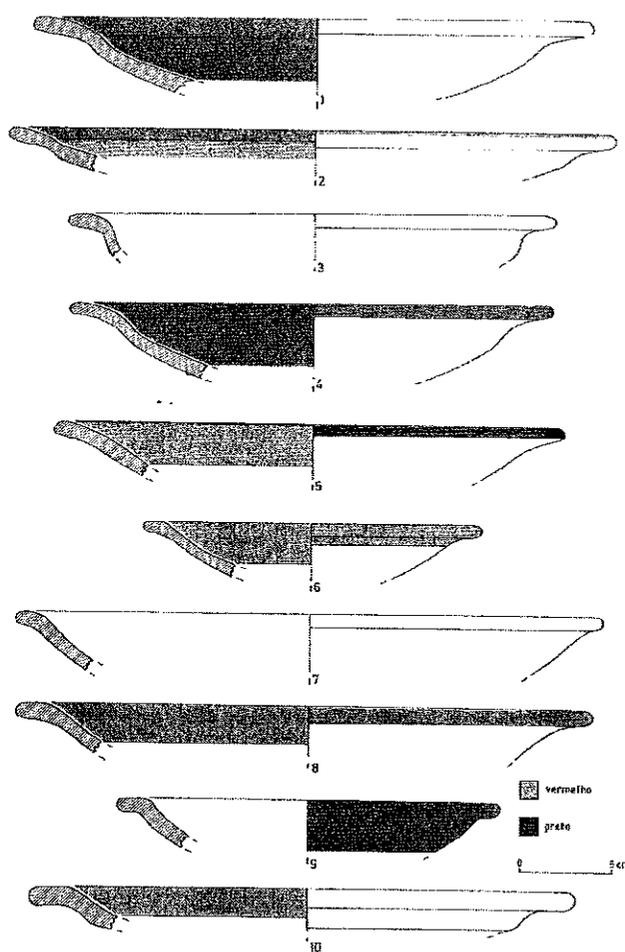


Figura 71. Catedral de Lisboa: platos de engobe rojo

VI a.C., perdurando y siendo abundantes hasta el final del mismo siglo (*ibid.*). Esta misma cronología para este tipo de platos está atestiguada en muchos yacimientos, como por ejemplo en Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993; Ruiz Mata y Pérez, 1995), Trayamar (Schubart, 1977), Jardín (Maass-Lindemann, 1995) y en Mezquitilla (Schubart, 1979b, 1982b, 1986), por lo que no es admisible, a luz de los datos actualmente disponibles, considerar que la forma en cuestión pueda llevarse, en cronología tradicional, más allá del siglo VI a.C.

Más raros son los platos de borde estrecho (2 – 3 cm) y amplio diámetro (25 – 27 cm), cifras que permiten obtener cocientes entre los 130 y los 135 (figura 71, nº 3, 6, 8-10). La morfología sugiere su inclusión en los tipos P1 y P2 de la tipología de Rufete Tomico (1988-89). Como ya mencioné en relación a Al-

maraz, es importante señalar que a pesar de que la producción de estos tipos se inició en un momento antiguo de la Edad del Hierro (primera mitad del siglo VIII a.C., en cronología tradicional), no se puede ignorar que los platos de borde estrecho, así como los de amplio diámetro, no son infrecuentes en niveles tardíos, habiendo sido utilizados hasta al menos finales del siglo VI a.C., como quedó demostrado en Huelva (*ibid.*) así como en Jardín (Maass-Lindemann, 1995).

También se encuentran representados por un escaso número de ejemplares, los platos con borde horizontal y de anchura media (5-7 cm). Sus diámetros varían entre los 15 y los 20 cm (fig. 71, nº 1-2 y 4). Se incluyen en el tipo 2 de Rufete Tomico (1988-89).

En el caso concreto de la Catedral de Lisboa, y atendiendo a las particulares condiciones de la excavación, no es posible saber si los platos de borde ancho y de borde estrecho llegaron a coexistir, o si, por el contrario, existió un desfase cronológico en su utilización.

También con superficies cubiertas con engobe rojo, existe en el Claustro de la Catedral de Lisboa un conjunto de vasos abiertos, de perfil en S, de cuello corto y borde exvasado (fig. 68, nº 1 y 2). Se trata de pequeños vasos, con diámetros que oscilan entre los 10 y los 12 cm, y cuya profundidad, a pesar de no haberse podido determinar con rigor, no debe exceder los 6 cm. El engobe cubre, en este caso, ambas superficies.

Esta forma tiene paralelos en Huelva, tipo V2 de Rufete Tomico (1988-89: 12, cuadro 1: 22), donde la estratigrafía observada en Puerto 9 permitió determinar el siglo VI a.C. (cronología tradicional) como fecha del inicio de su utilización. Esta forma, con aplicación de engobe rojo, es únicamente conocida en Lisboa, o en la antigua *Onuba*, pero no forma parte de los inventarios de los poblados fenicios occidentales, ni de la gran mayoría de los yacimientos indígenas orientalizantes.

Vasos semejantes a estos, desde el punto de vista formal, pero de dimensiones considerablemente superiores (fig. 68, nº 4; fig. 79, nº 4; fig. 78, nº 3, 4 y 7), se recuperaron también durante los trabajos de campo. En este caso, los diámetros máximos se sitúan entre los 20 y los 23 cm, pudiendo, o no, aparecer el engobe rojo en ambas superficies, o cubrir sólo la externa. Hay casos en los que la superficie externa presenta líneas reservadas (fig. 80, nº 7).

Engobes rojos cubren también las superficies de vasos de otro tipo de forma, como es el caso de vasos también en perfil en S, de cuello estrangulado y corto, y borde exvasado aplanado y en ala (fig. 68,

nº 5; fig. 79, nº 5). Se trata de una forma abierta, cuyos diámetros de borde oscilan entre los 23 y los 25 cm, y cuya profundidad, aunque no ha sido posible determinarla con exactitud, sería siempre muy inferior al valor del diámetro del borde. En este caso, el engobe sólo cubre la superficie externa.

El engobe rojo que cubre las superficies de los vasos de Lisboa es de buena calidad, espeso y muy adherente. Es, casi siempre, rojo anaranjado (Munsell 10R 5/8), coloración que domina en los cuencos de perfil en S y que igualmente se observa en los platos. En este último caso, el rojo oscuro (Munsell 10R 4/8), a veces agrisado, también está presente.

La cerámica de engobe rojo recogida en el Claustro de la Catedral de Lisboa es, como se ha visto, muy variada desde el punto de vista tipológico, existiendo formas que no se encuentran en ningún otro yacimiento del Sur peninsular, como es el caso de los grandes vasos de perfil en S. Por otro lado, se debe destacar la gran calidad tecnológica observada, por ejemplo en los acabados y en el engobe rojo, así como en algunos detalles de los cuencos carenados.

En cuanto a estos últimos, es necesario considerar que sus características formales hacen evidentes las enormes similitudes existentes entre los cuencos carenados de engobe rojo de Lisboa y los de Almaraz. Es importante también insistir de nuevo, en que al menos en lo que respecta a los cuencos (carenados o hemiesféricos), ambos conjuntos no son comparables con ningún otro del territorio peninsular. Los cuencos carenados de engobe rojo de Santarém, o de Abul, por ejemplo, no se parecen morfológicamente. También los cuencos hemiesféricos, a pesar de que están escasamente representados, sólo se han encontrado, hasta el momento en que escribo, en estos dos yacimientos del área metropolitana de Lisboa.

Pienso que esta constatación permite hablar de un área de producción concreta, destinada a abastecer a la población residente, y de un único centro alfarero. De hecho, tales son las similitudes que encuentro entre las piezas de engobe rojo de ambos yacimientos, incluso a nivel de pequeños detalles, que me atrevo a considerar que provienen de un único centro productor que abastecería los dos yacimientos. Este centro productor estaría localizado, forzosamente, en esta zona, tales son los regionalismos que las formas de los cuencos, así como de los platos, poseen en el contexto de la cerámica de engobe rojo peninsular. La presencia exclusiva en estos dos yacimientos de estas formas específicas permite concluir que la producción de estas cerámicas no tuvo di-

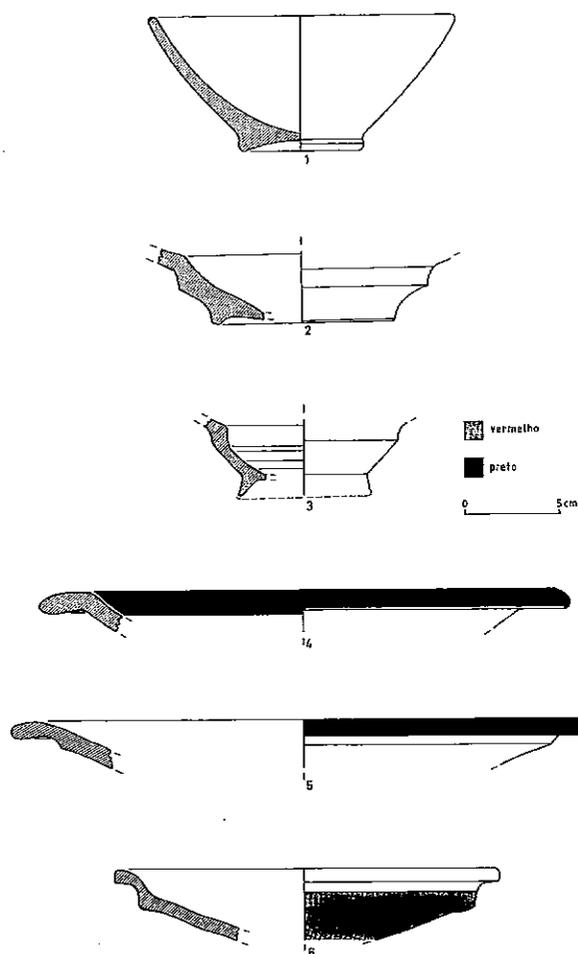


Figura 72. Catedral de Lisboa: 4-6: cerámicas de engobe rojo.

fusión en ninguna de las áreas próximas, como Santarém. Por otro lado, esta situación tiene consecuencias directas en la apreciación de las relaciones existentes entre los dos poblados, y ofrece una importante contribución para evaluar los sistemas sociales y políticos existentes en el área de Lisboa al final de la primera mitad del I milenio a.C.

La cerámica pintada a bandas está representada por *pithoi* y urnas Cruz del Negro.

De los primeros existen, en los depósitos del IP-PAR, varios bordes. Un único fragmento de borde y cuello pudo ser clasificado como perteneciente a una urna Cruz del Negro (fig. 73, nº 1). Debo aclarar que algunos fragmentos de panza pintados en bandas pueden haber formado parte de vasos de este tipo (fig. 74, nº 1 y 6)

La urna Cruz del Negro (fig. 73, nº 1) posee borde exvertido y engrosado de perfil triangular. El

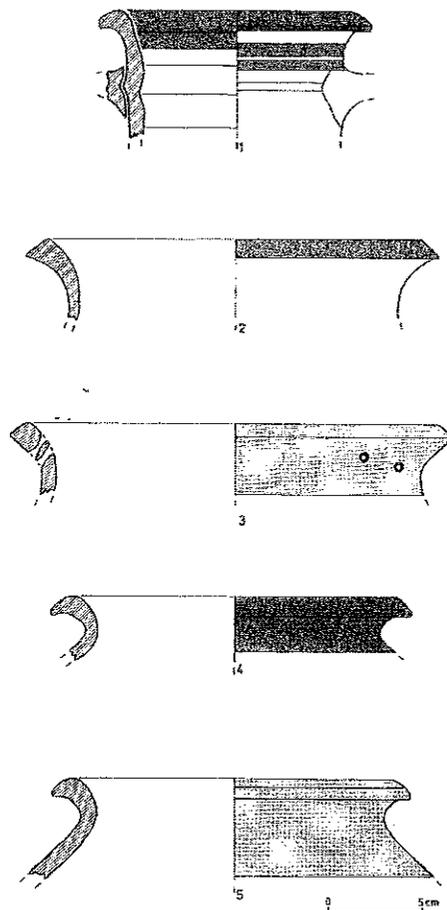


Figura 73. Catedral de Lisboa: 1: urna Cruz del Negro; 2-5: vasos de tipo *pithoi*.

cuello es cilíndrico, con el típico resalte o moldura en la zona media, donde es visible el arranque de un asa. El diámetro externo del borde es de 14 cm. En la superficie externa, existe pintura roja sobre el borde y en la mitad superior del cuello, entre el resalte y el borde. En esta zona del cuello, la pintura se organiza en dos bandas separadas entre sí por una estrecha franja reservada. La pintura roja se encuentra también en la superficie interna, limitándose, en este caso, a una banda inmediatamente siguiendo al borde.

Las características formales de esta urna Cruz del Negro, principalmente el cuello cilíndrico, se aproxima a los ejemplares del nivel IVb de Toscanos (Schubart, Niemeyer y Pellicer Catalán, 1969, lámina I, nº 268, 867; lámina V, nº 400; lámina IX, nº 705), datado a través de la cerámica griega, en el siglo VII a.C.

Las urnas Cruz del Negro son raras en el actual territorio portugués, habiéndose registrado su aparición en la necrópolis de Senhor dos Mártires, en Alcácer do Sal (Frankenstein, 1997: láminas 48 y 49), Abul (Mayet y Silva, 1993: 139, fig. 7, nº 4; *idem.* 1997), Santa Olaia (Rocha, 1908; Pereira, 1997: fig. 119 y 122), Lisboa y Santarém (V. *infra*).

La abundancia en yacimientos indígenas orientalizados de Andalucía, como en Cruz del Negro (Aubert Semmler, 1976-78), Carmona (Bonsor, 1989: 128, Lámina LXXXV, nº 27 y 28; Belén Deamos *et al.*, 1997: 91; fig. 19, nº 3, fig. 26, nº 6, fig. 25, nº 7) o Medellín (Almagro Gorbea, 1977), llevarán a muchos investigadores a vincular esta forma al mundo tartésico, a pesar de que su presencia está atestiguada en vastas áreas de la colonización fenicia occidental, tanto en el territorio actual español, Toscanos (*ibid.*), Cerro del Villar (Barceló *et al.*: 1995, fig. 4 i y e) e Ibiza (Ramón Torres, 1999: 155-160, fig. 4 y 5), como en el Norte de África, donde la forma es frecuente en Mogador (Jodin, 1966: 150-151, fig. 31) y en Rachgoun (Vuillemot, 1954: fig. XVII, nº 10). La evidente aceptación de esta forma por la sociedad indígena del Sur peninsular no puede hacer olvidar que su origen se debe situar en el ámbito fenicio. Es importante seña-

lar que este tipo de vaso se encuentra en Tiro a partir de mediados del siglo VIII a.C. (Bikai, 1978: pl. XIV, nº 8).

Los *pithoi*, al menos en su forma clásica, no abundan en la Catedral de Lisboa (fig. 73, nº 2 y 3). Los bordes, exvasados, nunca presentan el perfil triangular que caracteriza a este tipo de vasos, encontrándose a continuación del cuello, sin que exista por tanto, la nítida separación entre estas dos partes del vaso. Por otro lado, los cuellos de los *pithoi* de Lisboa poseen paredes curvilíneas y nunca rectas. Teniendo en cuenta la altura general de los cuellos y el perfil de los bordes, fue posible deducir que estos *pithoi* son tardíos en el contexto de la Edad del Hierro orientalizante, por lo que creo que su datación tradicional no puede llevarse más allá de la segunda mitad del siglo VI a.C.

Por el examen de los fragmentos de pared que indiscutiblemente pertenecen a esta forma (fig. 74, nº 2-5), los *pithoi* tendrían cuerpo ovoide y su superficie externa estaría pintada con bandas rojas y líneas negras. El rojo de estas bandas es semejante, en cuanto a la textura e a la coloración, al engobe rojo que reviste las paredes de algunos platos y cuencos.

Debo también señalar, que en algunos fragmentos de paredes, pertenecientes a *pithoi* o a ánforas (fig. 75, nº 1-4), es visible una decoración reticulada, obtenida mediante el dibujo de líneas negras cruzadas sobre una superficie cubierta o no de engobe rojo. La pintura en retícula no es infrecuente en

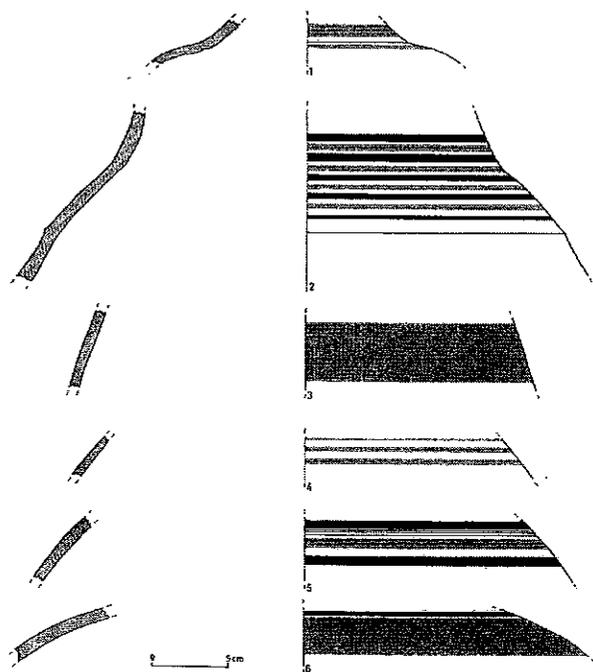


Figura 74. Catedral de Lisboa: fragmentos de pared de vasos pintados a bandas policromas. 1 y 6: urnas Cruz del Negro; 2-5: *pithoi*.

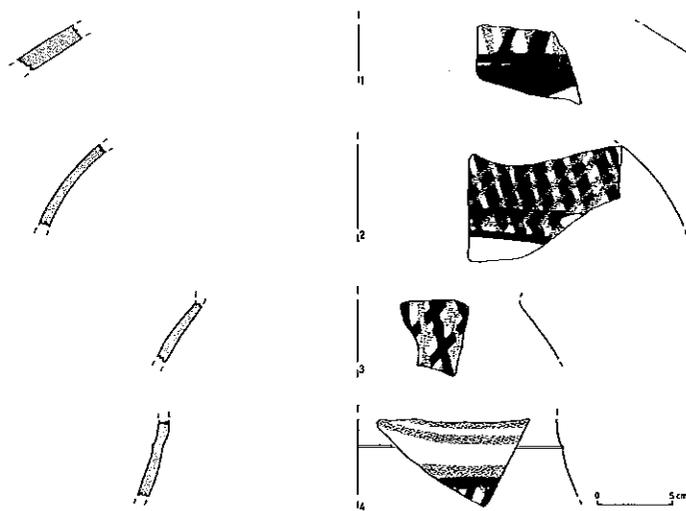


Figura 75. Catedral de Lisboa: fragmentos de pared de vasos decorados con líneas negras pintadas, en retícula, sobre engobe rojo.

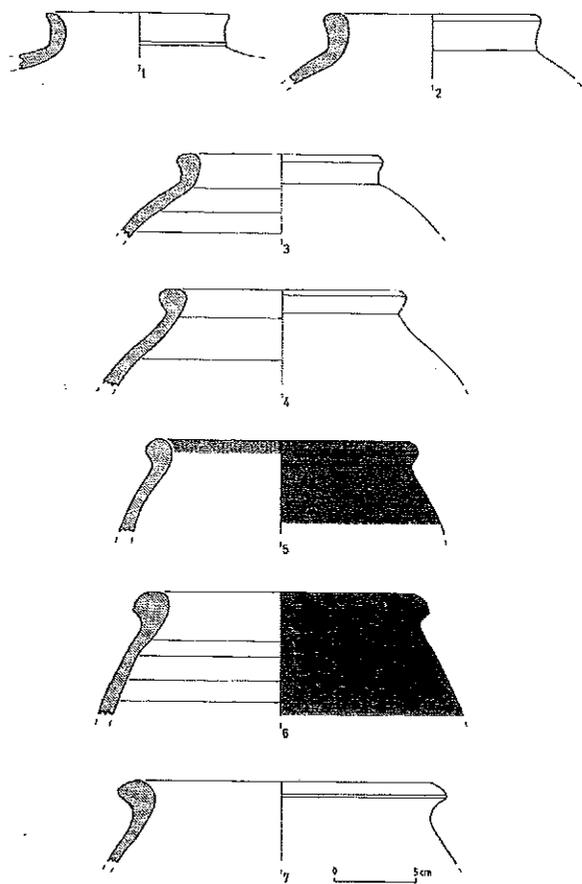


Figura 76. Catedral de Lisboa: ánforas.

el mundo fenicio occidental, aunque parece que su utilización se inició a partir del inicio del siglo VII a.C., en cronología tradicional. Esto es lo que se puede deducir de su existencia en el horizonte IV de Toscanos (Schubart *et al.*, 1969). Este motivo continúa siendo utilizado en la decoración de ánforas y *pithoi* durante el siglo VI a.C., y no es improbable que pueda alcanzar los inicios del siglo V. De hecho, la mencionada decoración está atestiguada en el estrato más antiguo de la fase II del Cerro del Villar (Arribas y Arteaga, 1975, 1976; Aubet Semmler, 1991a y b), datada, en cronología histórica, en la segunda mitad del siglo VI a.C., encontrándose también presente en la necrópolis de Jardín (Maass-Linsemann, 1995) y en el Cerro del Peñón (Niemeyer, Briese y Bahnemann, 1988), yacimientos donde se confirmó una cronología de finales de la primera mitad del I milenio a.C. Todavía queda por mencionar, que la decoración reticulada de Lisboa se observa en el cuerpo de los vasos, sin que se limite a la zona de las asas,

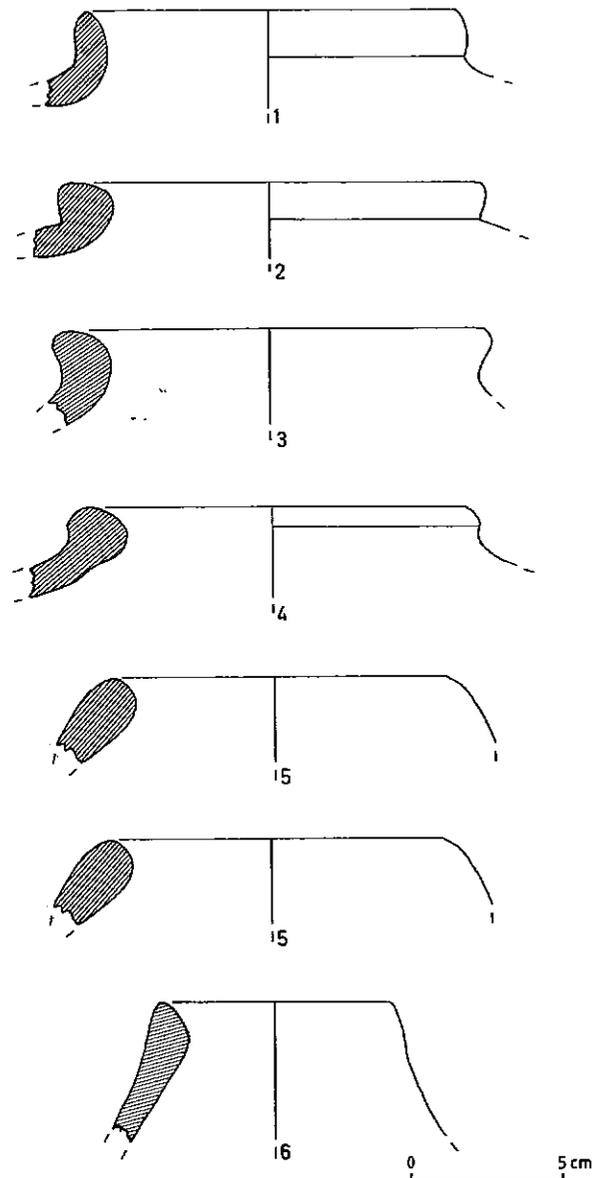


Figura 77. Catedral de Lisboa: ánforas.

como sucede en los ejemplares recogidos en Andalucía.

También en Santa Olaia, esta decoración invade la panza, lo que podría indicar una cronología más avanzada para los ejemplares portugueses (finales del siglo VI a.C.). Considero así posible, que la decoración reticulada en las paredes del cuerpo de los vasos de almacenamiento, está en plena sincronía con lo que se comprobó con los bordes de los platos de engobe rojo (líneas negras o blancas, en Lisboa y Santa Olaia

respectivamente), cuya forma refleja un momento bastante tardío en la producción.

Las ánforas no son numerosas, y como ocurre casi siempre en un contexto de poblado, se encuentran reducidas a fragmentos de pequeñas dimensiones, lo que dificulta su integración tipológica y su aproximación cronológica. Sin embargo, con lo que contamos permite demostrar la presencia de dos grandes grupos diferenciados en cuanto a forma y en cuanto a cronología. El primero corresponde a las llamadas ánforas de saco o R1 de Vuillemont, y a él pertenecen tres de los ejemplares estudiados (fig. 76, nº 1 y 2; fig. 77, nº 1).

El borde nº 1 de la figura 76 presenta características formales (borde alto con cara externa recta y cara interna convexa, unión del borde a la pared realizada a través de resalte) que indican que se está en presencia de un ánfora de tipo 10.1.1.1. de Ramón Torres (1995: 229, 558, fig. 195).

Las ánforas de esta forma fueron las primeras en ser fabricadas en los centros fenicios del área del Estrecho de Gibraltar, atribuyéndoles una cronología tradicional entre el 2º cuarto del siglo VIII a.C. y el 1º tercio del siglo VII a.C.

El ejemplar de Lisboa posee pasta friable y porosa, con cocción media/fuerte, de color castaño anaranjado claro (Munsell 5YR 6/6) y núcleo gris claro

(Munsell 2.5YR 6/1). Las superficies están cubiertas por un engobe rosado (Munsell 5YR 7/4) y la pasta contiene abundantes componentes no plásticos de reducidas dimensiones (calcitas, cuarzos, cuarcitas y escasas partículas de mica), lo que permite que pueda asociarse, aunque con reservas, a lo que Ramón Torres designó «grupo de Málaga» (*ibid.*: 256).

El borde nº 2 de la lámina 76 y el nº 1 de la lámina 77 son cortos, engrosados internamente, con pared externa rectilínea. Estas características permiten integrarlos en el Tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (*ibid.*: 320-321, 559-561, fig. 196-198).

Se sabe que este tipo anfórico se fabricó entre 675/650-575/550 (fechas tradicionales) en diferentes centros del Sur de España (*ibid.*: 231).

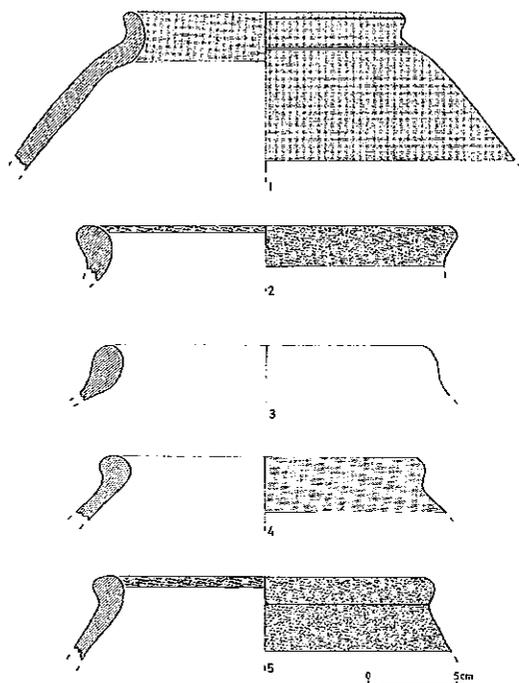


Figura 78. Catedral de Lisboa: ánforas.

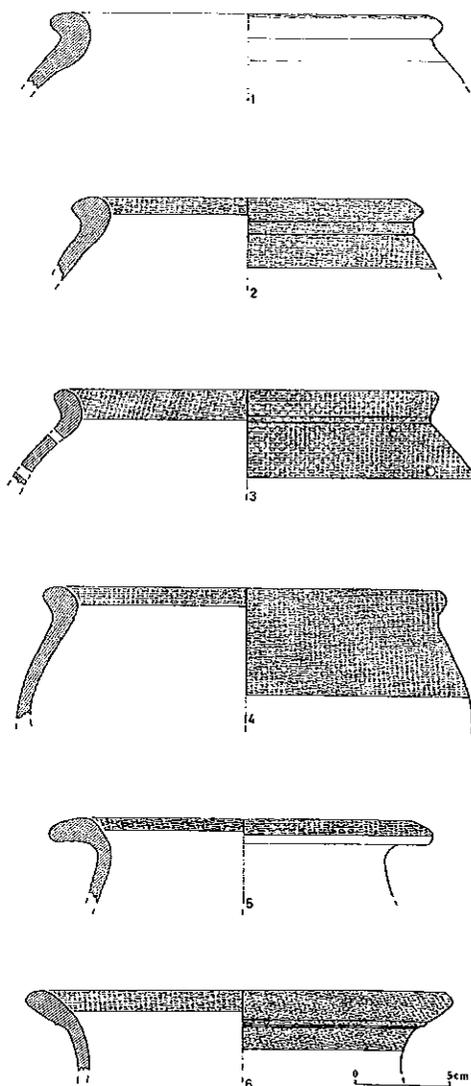


Figura 79. Catedral de Lisboa: ánforas.

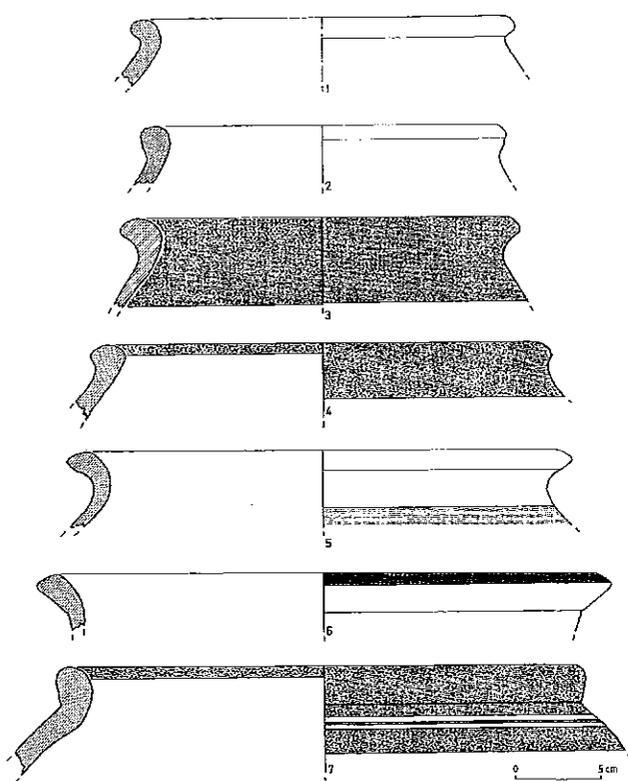


Figura 80. Catedral de Lisboa: grandes recipientes.

El segundo grupo (fig. 76, nº 3-7) está compuesto por un conjunto de bordes y paredes que se parecen a las ánforas del grupo 1.3.2.4. de Ramón Torres, cuyos prototipos datan del siglo V a.C. y pertenecen al «grupo Villaricos» (*ibid.*: 172-173).

La cerámica gris está bien representada en el conjunto de los materiales recogidos durante las excavaciones del Claustro de la Catedral de Lisboa.

La forma más abundante es el cuenco hemisférico con borde entrante y engrosado internamente (fig. 80, nº 1), forma que es también la que, casi siempre, domina en los restantes yacimientos orientalizantes de la Península Ibérica.

Los platos de borde aplanado están también bien representados en el conjunto de la cerámica gris del Claustro de la Catedral de Lisboa (fig. 81, nº 2 y 3), siendo menos frecuentes los pequeños pots (lám. 81, nº 4) y los cuencos o copas de paredes convexo-cóncavas y carena baja (fig. 81, nº 5).

Se identificó un único soporte (fig. 81, nº 6). Se trata de una pieza de forma circular y de sección cilíndrica.

Todas las formas de cerámica gris de Lisboa se encuentran también representadas en la Alcáçova de

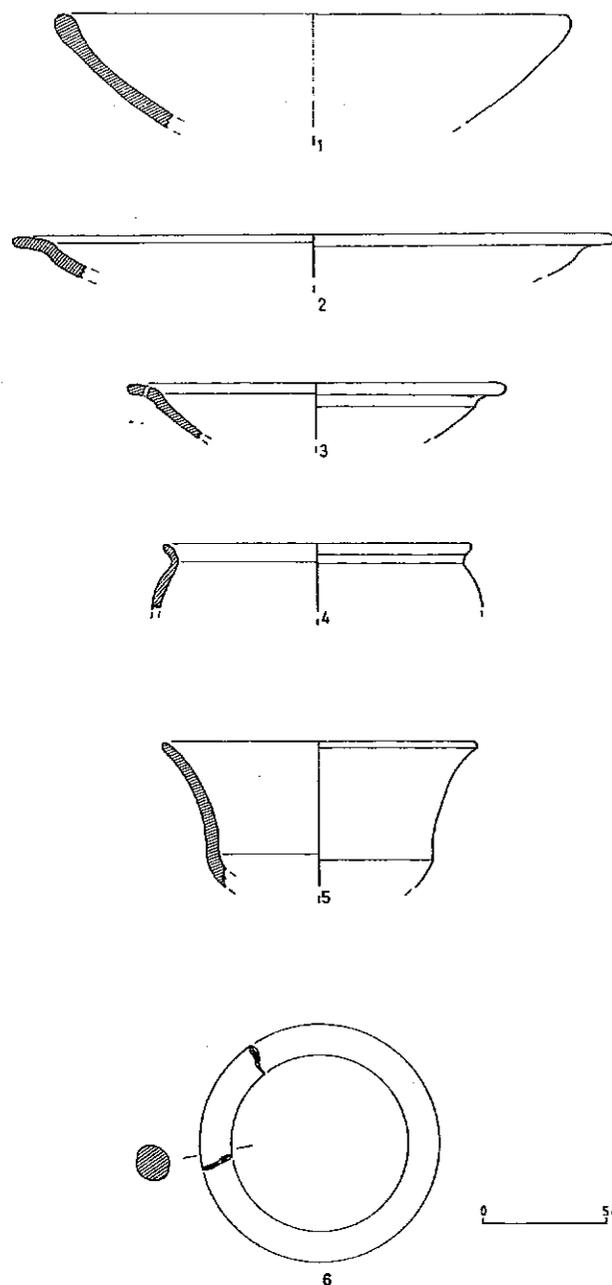


Figura 81. Catedral de Lisboa: cerámicas grises.

Santarém. Dichas formas se encuentran debidamente comentadas en cuanto a morfología y funcionalidad, en la parte que en este trabajo dedico al estudio del yacimiento de la ribera del Tajo (*infra*).

Además de estos grupos cerámicos, con características funcionales y tecnológicas fácilmente distinguibles, también se recogió un vasto conjunto de otros recipientes.

Algunos reproducen formas de cerámica de engobe rojo, como es el caso de los cuencos carenados de perfil sinuoso y paredes bicóncavas (fig. 66, nº 10). Son abundantes y las paredes muestran aplicación de aguada y bruñido anterior a la cocción. También debe decirse que los pies de estos cuencos pueden ser altos y destacados, presentando en estos casos, las paredes del exterior del fondo con molduras o carenadas (fig. 72, nº 2 y 3). Las semejanzas entre estos pies y los que se observan en algunos de los cuencos de engobe rojo de Almaraz (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993: 179) son enormes, por lo que parece admisible que los cuencos carenados de engobe rojo de Lisboa tuviesen también pies idénticos, lo cual no puede comprobarse, ya que desconozco la forma que éstos presentaban cuando estaban enteros.

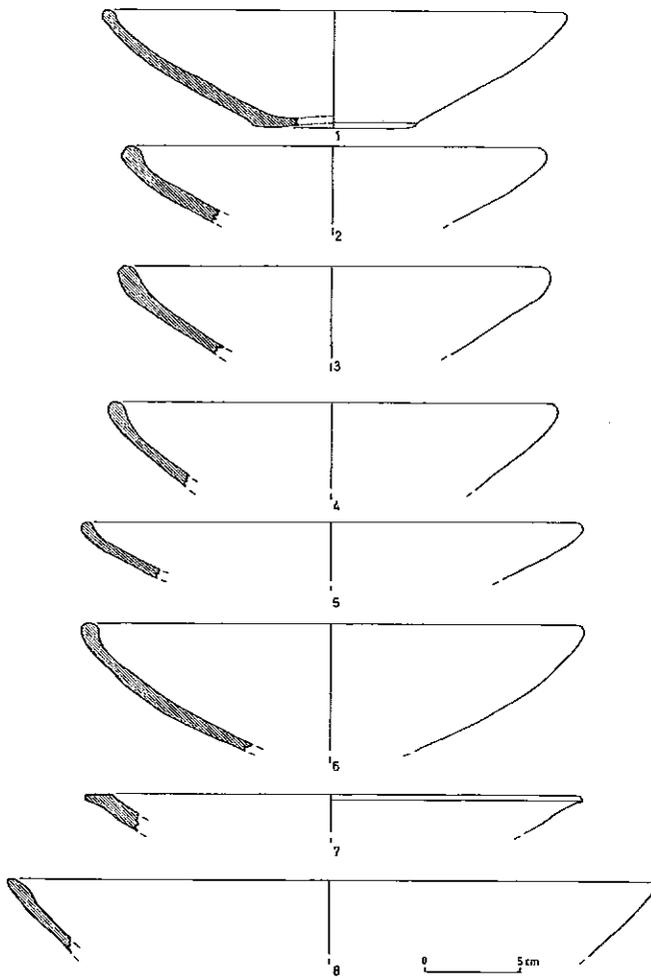


Figura 82. Catedral de Lisboa: cuencos revestidos con aguadas del color de la propia pasta.

También se exhumaron platos de borde ancho y aplanado, pero sin engobe rojo (fig. 71, nº 3 y 7). Es importante señalar que los bordes son considerablemente más estrechos (3.5 – 4 cm) y los diámetros mayores (23 – 24 cm) que los de los ejemplares cubiertos de engobe rojo. Las superficies, a pesar de no estar cubiertas de engobe rojo, fueron cuidadosamente bruñidas sobre la aguada que es visible en el interior. Estos platos son pues semejantes, desde el punto de vista tecnológico, a los cuencos carenados y hemiesféricos, igualmente sin engobe, hecho que asociado a pastas idénticas en cuanto a textura, dureza y componentes no plásticos, confiere al conjunto gran homogeneidad a nivel de manufactura.

Los cuencos hemiesféricos (fig. 82, nº 1-6), son también muy representativos en el conjunto estudiado. Poseen bordes engrosados internamente, de perfil redondeado. Los fondos son ligeramente cóncavos y no tienen pie. Las superficies, sobre todo la interna, se presentan cuidadosamente bruñidas y frecuentemente, están revestidas por una aguada del color de la propia pasta. Estos cuencos tienen, en cuanto a la morfología, enormes semejanzas con los cuencos de cerámica gris.

Los restos recogidos en las excavaciones del Claustro de la Catedral de Lisboa son pues diversos, tanto desde el punto de vista tecnológico como morfológico, de donde se pueden derivar las múltiples funcionalidades representadas.

Por otro lado, es importante comentar que existen indicios de que el conjunto no es cronológicamente uniforme, pareciendo obvio que la ocupación del Hierro en la meseta de la Catedral de Lisboa presenta una considerable diacronía.

Si bien es cierto que la gran mayoría de los materiales que tuve la oportunidad de estudiar presenta características formales y tecnológicas que le confieren cierta coherencia cronológica, hay datos que ponen en duda esa coherencia y esa uniformidad. De hecho, los cuencos carenados del grupo 2, y la mayor parte de los platos de engobe rojo, las ánforas y los *pithoi* pueden situarse en un momento relativamente avanzado de la Edad del Hierro Orientalizante, que podría ser fechada, en cronología tradicional, a partir de mediados del siglo VI a.C., pero con gran facilidad se podría llegar hasta pleno siglo V a.C.

Claro que el ánfora de tipo 10.1.1.1 difícilmente será contemporánea de los mencionados materiales, lo que deja entrever que la ocupación protohistórica de la meseta de la Catedral de Lisboa puede haberse iniciado, por lo menos, en el principio del siglo VII a.C. Esta constatación se ve plenamente confirmada por la presencia de urna tipo Cruz del Negro, datada histó-

ricamente también en el siglo VII a.C., sin que sea imposible que algunos cuencos (grupo 1) y platos de engobe rojo, así como la cerámica a mano, puedan también incluirse en esta misma cronología.

Como ya mencioné, las condiciones en las que se vio envuelta la excavación del Claustro de la Catedral de Lisboa no permiten interpretar este desfase cronológico de los materiales, aparentemente recogidos en la misma unidad estratigráfica. Sin embargo, y porque no me parece posible aceptar la contemporaneidad de los materiales aquí estudiados y también porque según los responsables de los trabajos, la excavación no alcanzó la roca madre (Amaro, 1993: 184), creo que algunas zonas más profundas del nivel 6 pueden corresponder a un estrato arqueológico necesariamente más antiguo, de donde procederían las ánforas 10.1.1.1., la urna de tipo Cruz del Negro y, tal vez también, con las necesarias reservas, la cerámica a mano y algunos platos y cuencos de engobe rojo.

El estudio que el Prof. João Luís Cardoso realizó sobre la fauna recogida en las excavaciones de la Catedral de Lisboa, en los contextos en los que se recuperaron materiales orientalizantes, ofrece elementos cuya importancia justifica su inclusión en este trabajo.

Los fragmentos óseos y dentarios incluían:
 126 pertenecientes a ovicápridos;
 53 a *Bos taurus*;
 1 a *Bos auroque*;
 45 a *Sus*, 6 de los cuales corresponden a jabalí y 13 son domésticos;
 8 a *cervus*;
 8 a *Oryctolagus cuniculus*;
 1 a *Canis familiaris*;
 1 a perro o gato;
 3 a carnívoros indiferenciados (gato o raposa);
 11 a aves

Se demuestra, por tanto, que dominan los ovicápridos, que representan el 49.03% del total de la muestra, seguidos, de lejos, por el *Bos taurus*, con un 20.62%. Los suidos son también importantes en el conjunto, 17.51%, siendo las otras especies casi irrelevantes en su contribución a la dieta alimenticia a nivel de proteínas animales. Debe destacarse, por la cantidad de carne que se obtiene, el 3.11% de *cervus* identificados. Por el contrario, el 3.11% de conejo y el 4.28% de aves pueden considerarse irrelevantes en términos proteicos, y lo mismo sucede con las calorías proporcionadas por el perro, gato/raposa, en el caso de que efectivamente hayan sido comidos, lo cual no es absolutamente seguro.

Estos datos permiten demostrar que la contribución que la caza ofreció a la dieta alimenticia no es significativa, dominando claramente los animales domésticos, tanto en número como en cantidad de carne obtenida (20.62% de *bos taurus*, 49.03% de ovicápridos, así como la gran mayoría de los suidos). La práctica cinegética no ocupaba de forma significativa a la población de *Olisipo*.

A pesar de que la identificación de la edad únicamente ha sido posible en un número restringido de elementos, los datos que esta identificación proporcionó también deben presentarse.

En la especie *bos taurus*, apenas fue posible determinar la edad de 9 individuos, todos ellos muy jóvenes. En el conjunto de los 12 ovicápridos, sólo 43 ofrecieron indicaciones de este tipo, comprobándose que estos 41 eran jóvenes o subadultos y que dos eran muy viejos.

El hecho de que la edad sólo haya sido comprobada en un número relativamente reducido de casos impide grandes conclusiones. Se puede pensar, aunque no tenga mucho sentido, que, al menos en parte, los rebaños y manadas se constituían para el sacrificio y consumo inmediato, sin que aparentemente se aprovecharan otras potencialidades de estos animales. Así, el *bos taurus*, se destinaba preferentemente a la alimentación y al parecer se despreció su capacidad de tracción o de productor de leche. La lana, la leche y sus productos derivados, concretamente el queso, no parece que hayan sido aprovechados en los ovicápridos, muchos de los cuales fueron sacrificados y consumidos siendo jóvenes o muy jóvenes.

Extrañamente, la fauna marina (ictiología y malacología) es reducida, comprobándose únicamente el consumo de 5 pescados y tres crustáceos (lapas y almejas). Esta escasa representación de los productos marinos es casi inexplicable, por lo que no puedo dejar de preguntarme si esto no es el resultado de la forma en que tuvo lugar la recogida de este tipo de restos, que, al menos en el caso de los peces, pudo pasar desapercibido fácilmente.

Debe mencionarse que entre los peces se contó una vértebra de esturión, cuyo tratamiento evidente deja percibir que nos encontramos ante un artefacto cuya funcionalidad no podemos comprender.

El Castillo de S. Jorge

Por lo que parece, y «segundo fontes geralmente bem informadas», las excavaciones arqueológicas preventivas que se realizaron en el Castillo de S. Jorge hicieron posible la recogida de numerosos restos de la Edad del Hierro, que constituyen un importante conjunto

de cerámicas orientalizantes, principalmente de engobe rojo y pintadas en bandas policromas. Desgraciadamente, nada se conoce ni sobre los materiales ni del contexto exacto de su descubrimiento, ya que la mencionada intervención se efectuó en un secretismo verdaderamente inexplicable en nuestros días. Todas las diligencias que realicé para obtener datos sobre estos descubrimientos fueron, casi completamente infructíferas, siendo posible, únicamente, confirmar su existencia.

Me queda esperar, con natural expectativa, que los resultados de las excavaciones sean publicados.

A pesar de la escasez de la información, pienso que estos descubrimientos ponen definitivamente en cuestión «...a hipótese da existência de um povoamento indígena na área do actual Castelo e a instalação de um entreposto comercial na plataforma sobranceira ao rio e onde se situa a Sé de Lisboa.» (Amaro, 11993: 186).

La calle Augusta (BCP)

En la calle Augusta, concretamente en el local de la sede del Banco Comercial Português, los trabajos arqueológicos posibilitaron la excavación de un conjunto de estructuras asociadas a materiales indiscutiblemente del Hierro. Tanto de los unos como de los otros, poco se conoce, a no ser por lo que se divulgó en el pequeño folleto publicado por la institución bancaria que financió los trabajos arqueológicos (AAVV, 1995) y por lo que se puede observar en la exposición que precede al área musealizada de estas ruinas descubiertas.

Las estructuras visibles son rectangulares y están constituidas por muros de piedras de pequeñas y medianas dimensiones ligadas con arcilla. Estas paredes, de pequeña altura, son casi con seguridad el basamento de una construcción que estaría construida con adobes, de los que parece que se han recogido evidencias (*ibid.*) Los dos edificios tienen en su interior pequeñas estructuras circulares, compuestas por guijarros rodados, con evidentes señales de haber sido sometidos a altas temperaturas. Este hecho, asociado a la forma circular, indica que se está ante la presencia de estructuras de combustión.

También se detectó la presencia de un horno ovoide con paredes y fondo de arcilla. La inexistencia de parrilla destierra la hipótesis de que se destinara a la función alfarera, hipótesis que sin embargo, fue considerada (*ibid.*).

Como ya mencioné, la escasa información de que se dispone no permite grandes conclusiones, ni sobre la función de los edificios, ni sobre su crono-

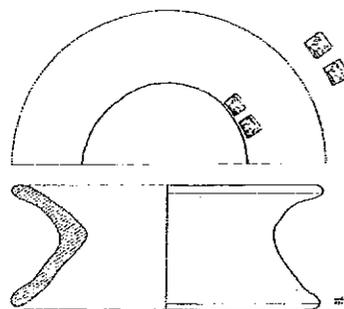


Figura 83. Soporte de ánfora de la Rua Augusta, con marca de alfarero doble, representando la estilización de un équido, procedente de los estratos del siglo IV-III a.C. (según, AAVV, 1995: 31).

logía. En cuanto a este último aspecto, lo que está publicado y lo que es visible en la exposición de las ruinas, permite situarlo en una fecha de finales del siglo VI y siglo V a.C. De hecho, es lo que se puede deducir a partir del fragmento de copa ática (Arruda, 1997) y también del ánfora y otros dos vasos asociados a esta ocupación. Creo saber que esta misma excavación ofreció también un importante conjunto de cerámicas de engobe rojo, del que, sin embargo, no se ha publicado nada hasta el momento.

Es evidente que con los datos disponibles no es fácil percibir cual es la verdadera funcionalidad de estas estructuras, aunque creo prematuro concluir, únicamente en base a su localización (sobre la playa),

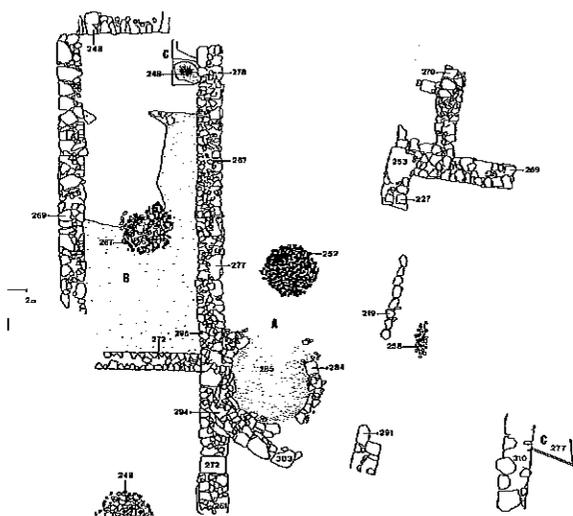


Figura 84 - Estructuras de la Edad del Hierro halladas en la Rua Augusta (BCP) (según Bugalhão, 2001: p. 34, fig. 18.)

que se trata de almacenes relacionados con la actividad portuaria (Amaro, 1993: 187). El desconocimiento del tipo de materiales que estaban asociados a las construcciones, así como la indefinición sobre a qué actividad estaría destinado el horno excavado, impide que se elabore cualquier modelo interpretativo fiable.

Lo que queda claro, es que esta ocupación es cronológicamente sincrónica al menos, de la parte que se constató en la meseta de la Catedral, y eventualmente del Castillo de S. Jorge, a los cuales está asociada. Lo poco que se conoce de los restos arqueológicos recuperados, deja percibir que también a nivel de la cultura material, la ocupación del Hierro en Lisboa, presenta una considerable uniformidad.

Es posible comprender que en términos de área ocupada, *Olisipo* corresponde al mayor poblado orientalizante del territorio actual portugués, habiendo ocupado, en la protohistoria, una extensión que no es comparable a ninguna otra conocida hasta el momento.

Toda la llamada colina del castillo, desde la cima hasta la base, fue utilizada también de forma discontinuada por la población del Hierro. Esta discontinuidad ocupacional se puede explicar por lo abrupto de las laderas, hecho compensado por la existencia de algunas plataformas, como la que se constata exactamente en el lugar donde se construiría la Catedral. No parece pues que la topografía registrada impida que se pueda hablar de un único poblado y que las áreas ocupadas no pudiesen estar de algún modo unificadas. Lo que parece cierto es que la instalación de la población se adapta a las condiciones topográficas existentes, teniendo tal vez ensayados modelos constructivos que permitiesen vencer las condiciones menos favorables impuestas por la topografía, a semejanza de lo que ocurriría, más tarde, durante la época romana.

Conocidas las ocupaciones en las áreas del Castillo de S. Jorge, de la plataforma de la Catedral y de la Calle Augusta, hay que considerar que *Olisipo* tendría un área total de 15 ha., lo que sin embargo, no corresponde exactamente a la superficie urbanizada. De estas 15 ha muchas constituirían espacios no construidos, situación en gran parte impuesta por la propia morfología de la colina del Castillo. Los paralelos históricos son también datos importantes a tener en cuenta en este contexto, y se sabe, por ejemplo, que el perímetro que, en la Edad Media, estaba limitado por la llamada «cerca moura» ya era exiguo para la población residente (Silva, 1993: 265), y que el terreno que la muralla fernandina delimitó, más tarde, estaba repleto de pequeñas huertas y terrenos baldíos, sin que estuviera por tanto ocupado en su totalidad

por construcciones destinadas a viviendas (AAVV, 1990).

Cualquier cálculo demográfico que se pretenda realizar para la Lisboa prerromana, está muy limitado por un conjunto de dificultades difícilmente controlables, a lo que no es ajeno el hecho de que las excavaciones arqueológicas no han ofrecido ningún dato que permita hablar, con mayor claridad, sobre el tipo de implantación humana constatado en cada uno de los yacimientos intervenidos. Curiosamente, también para épocas más recientes, principalmente la Edad Media, donde otros elementos contribuyen a este tipo de cálculos, no ha sido posible llegar a un consenso. Las cifras propuestas por cada investigador presentan disparidades que son reveladoras del estado embrionario en el que se encuentra el estudio de la población. Así, por ejemplo, Claudio Torres considera que en Lisboa podrían vivir, en época islámica, cerca de 30.000 habitantes. Es importante adelantar que, en estos cálculos, consideró no sólo el espacio intramuros, si no también los dos arrabales, lo que suma 30 ha (Torres, 1994: 83). Luís Adão da Fonseca, para un área de 20 ha, propone para la misma época, 5.000 habitantes (Fonseca, 1994: 86), en cuanto que Oliveira Marques habla de 15.000 personas, para un área de 15 ha (AAVV, 1990), esto por no hablar de las 60.000 familias que el supuesto cruzado Osberno había creído ver en Lisboa (en el caso de que hubiese existido).

Independientemente de cualquier cálculo demográfico seguro, lo que es innegable es que la extensión de *Olisipo*, la cantidad de materiales arqueológicos que se han recuperado y la dispersión de las áreas que, en la colina del Castillo, mostraron vestigios de ocupación durante la Edad del Hierro, dejan entrever un lugar de importancia capital y una población probablemente muy numerosa.

Considerando una vez más las cifras que Renfrew (1972), Naroul (1962) o Casselberry (1974) manejan, obtengo para la Lisboa prerromana una población situada entre los 25000 y los 5000 individuos. Me parece perfectamente posible que el número de habitantes de *Olisipo* pueda situarse entre estos valores, que no considero excesivos, teniendo en cuenta la naturaleza de la información disponible.

Sea cual fuere, entre los valores calculados, el que más se aproxime, comprobé que para suplir las necesidades alimenticias de una población de esta dimensión era necesario un área de recursos de extensión considerable, que no es compatible con la que Lisboa podía explotar, incluso considerando territorios de explotación a dos horas de marcha.

Abastecer Lisboa de cereales implicaba 1500 ha de área disponible, ya que para una población media de

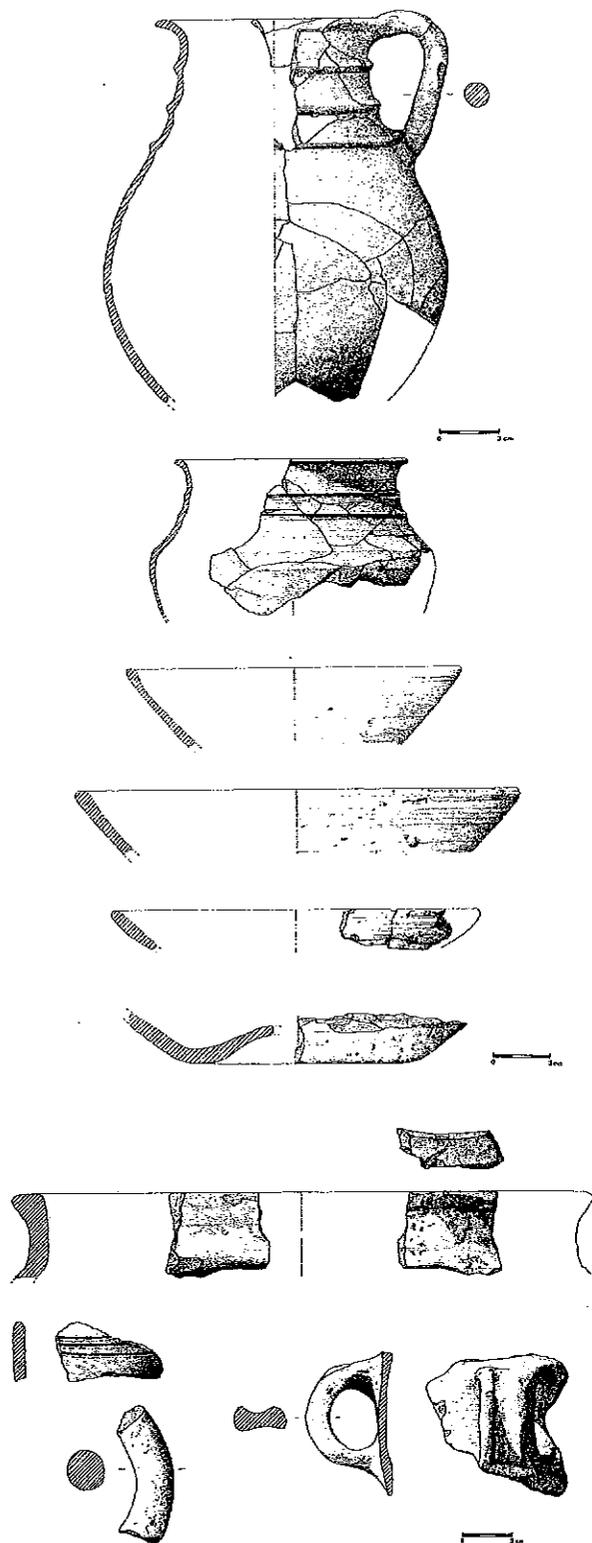


Figura 85. Cerámicas procedentes de Outorela I y II (según Cardoso 1990, fig. 12-14).

3000 habitantes serían necesarias anualmente cerca de 600 toneladas de cereales, y es sabido que 1 ha de terreno produce entre 400 y 410 kg, de cereal por año.

Estos valores, asociados a lo que se conoce de la ocupación del Hierro al norte del estuario del Tajo, y que seguidamente expondré, ofrecen algunas propuestas interpretativas que consideran el nivel de la estructura social y política del área metropolitana de Lisboa durante la Edad del Hierro.

6.3.2. Outorela

En el margen Norte del estuario del Tajo, en la actual comarca de Oeiras, João Luís Cardoso excavó dos yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro que son conocidos por Outorela I y II (Cardoso, 1990, 1994). Ambos yacimientos, que distan entre sí poco más de 500 m, se localizan en pendientes suaves, orientadas hacia el Sur y hacia el estuario del Tajo. No se destacan en el paisaje, no poseen condiciones naturales de defensa, no están rodeados de ninguna estructura defensiva. Sus coordenadas Gauss, leídas en la C.M.P. 431, son las siguientes: M - 048 P - 959 (Cardoso y Cardoso, 1993: 96).

Las excavaciones permitieron identificar estructuras correspondientes a viviendas de planta rectangular, en cuya construcción se utilizaron bloques basálticos, disponibles en el lugar, que no se encontraban aparejados, ni ligados por ningún tipo de argamasa (Cardoso, 1990: 129).

Entre los materiales arqueológicos recogidos durante los trabajos de campo, se cuenta cerámica y una fibula anular hispánica (*ibid.*). Es importante mencionar que la cerámica incluye algunas ánforas, vasos de tipo *pitthoi* y cerámica gris (*ibid.*: 131, fig. 13).

El conjunto de material publicado apunta hacia una cronología tardía dentro de la Edad del Hierro, eventualmente del siglo V a.C., o, como máximo, del final del siglo VI a.C., en fechas tradicionales. Sin embargo, no parece que queden dudas de que se debe incluir el mencionado material en un contexto de inspiración orientalizante, o, como mínimo, mediterráneo.

A pesar de la total ausencia de cerámica de engobe rojo, debe anotarse que los perfiles, las asas y la pintura roja de las superficies internas, inmediatamente siguiendo al borde (*ibid.*: 131, fig. 13), son elementos que remiten a esa filiación. Debo añadir que el ejemplar nº 1 de la figura 13 (*ibid.*) no parece tratarse de un ánfora, sino de un vaso tipo *pitthos*. También algunas formas de cerámica gris (*ibid.*: 132, fig. 14, nº 1-3) pueden considerarse buenos argumentos a favor de esta hipótesis.

La cronología indicada para el conjunto del material está patente no sólo en la fíbula anular hispánica, sino también en varias características del material cerámico. En este contexto, es importante resaltar que las asas de grandes recipientes ya no son bifidas, presentando surco central (*ibid.*: 131, fig. 13 nº 4), y algunas cerámicas grises tienen particularidades que las pueden hacer remontar a un momento tardío de la Edad del Hierro orientalizante, principalmente a nivel formal (*ibid.*: 130, fig. 12 nº 1 y 2). Las molduras que decoran los cuellos de estas formas (*ibid.*) son también, desde mi perspectiva, un factor de peso en el momento de situar el yacimiento cronológicamente. Por otro lado, la ausencia de algún tipo cerámica a mano parece también un buen indicador cronológico en este contexto específico.

Los yacimientos de Outorela poseen áreas de ocupación reducidas, por lo que parecen corresponder a pequeños lugares de *habitat*, tal vez agrícolas, aunque se hace difícil pensar que estuvieran aislados y existieran en función únicamente de sí mismos. Lo que se conoce de otras áreas del actual territorio portugués, principalmente del estuario del Mondego, o del otro margen del estuario del Tajo, permite pensar que formarían parte de una red de poblamiento, estando integrados en un territorio regido y dominado por cualquier otro asentamiento con características de implantación y áreas de ocupación bien distintas al que se analiza. Sin embargo, la intensa ocupación del suelo en el área metropolitana de Lisboa en general, y en la de la comarca de Oeiras y áreas limítrofes en particular, podría haber «escondido», así como destruido, ese eventual asentamiento, cuya existencia no deja de ser una hipótesis meramente académica.

6.3.3. Moinhos da Atalaia

Con una localización más hacia el interior que los yacimientos de Outorela, el *habitat* de Moinhos da Atalaia se localiza en la comarca de Amadora. Sus coordenadas Gauss son las siguientes. M – 104.4; P – 198.3.

El yacimiento se asienta en una plataforma un poco inclinada en la vertiente occidental de la elevación del Moinho da Atalaia, sobre el manto basáltico de Lisboa, con suelo de baja profundidad, formado por la disgregación de la toba de base (Pinto y Parreira, 1977: 147).

Las elevaciones de la Serra da Cargueira y de Adá-Beja al norte, de la Serra de Monsanto al este, y el valle de la Ribeira da Lage a occidente, limitan una microregión natural que se abre al sur hacia el estuario

del Tajo, en dirección al cual corren los principales cursos de agua. La Ribeira de Barcarena y el río Jamor, con su afluente Ribeira de Carenque, forman aquí una bahía natural propicia a la instalación de comunidades humanas (*ibid.*: 152).

Los trabajos de prospección llevados a cabo por miembros del Centro Cultural Roque Gameiro, en Amadora, en 1973, condujeron primero a la realización de «sondeos» y, posteriormente, a la excavación de dos cortes perpendiculares al talud, en la parte de la carretera que une la E.N. 11 a Amadora, en la zona de Reboleira, cuya construcción fue responsable de la destrucción de gran parte del yacimiento. Los trabajos arqueológicos realizados permitieron identificar trozos de muros, pero no posibilitaron la lectura de ninguna secuencia estratigráfica.

El material recogido en las prospecciones, «sondeos» y excavación es abundante. Su análisis remite «...para a existência de três horizontes na ocupação do povoado...» (*ibid.*: 148), correspondientes al Calcolítico Final, al Bronce Final y a la Edad del Hierro. La ya mencionada ausencia de una secuencia estratigráfica, impide determinar si estas ocupaciones se efectuaron secuencialmente, o si, por el contrario, se habrían observado discontinuidades y rupturas entre los diversos momentos.

El material publicado de la Edad del Hierro no deja dudas sobre su carácter orientalizante. La «cerámica anaranjada», las ánforas, la cerámica gris fina y también los objetos de adorno (fíbulas y cuentas de collar oculadas de pasta vítrea) remiten al mundo mediterráneo y tienen sus mejores paralelos en contextos orientalizantes del sur de la Península Ibérica y en el actual territorio portugués. El análisis de este material nos indica que el conjunto no puede ser anterior al final del siglo VI a.C., aunque me parece que los siglos V y VI a.C. serían la cronología tradicional que mejor se adapta a los materiales de este yacimiento.

Todas las fíbulas (*ibid.*: 161, fig. 5) (fig. 86) se incluyen en los tipos anulares hispánicos, concretamente en las formas 4a y 4b de Cuadrado (1957, 1963). Las llamadas «cerámicas anaranjadas» abarcan cuencos, vasos de almacenamiento, «jarros» y ánforas (*ibid.*: 169, fig. 3). Sus formas y características generales indican también una datación tardía (fig. 87).

En lo que se refiere a los grandes vasos de almacenamiento, de forma general similar a los *pithoi*, debe decirse que tienen bordes de perfil rectangular y que las asas no son bifidas, a pesar de que se sugiere un doble surco (*ibid.*: 161, fig. 5a-d). Las ánforas aparecidas (*ibid.*: 161, fig. 5e y f) se pueden incluir también en el grupo afín de las 1.3.2.4. de Ramón To-

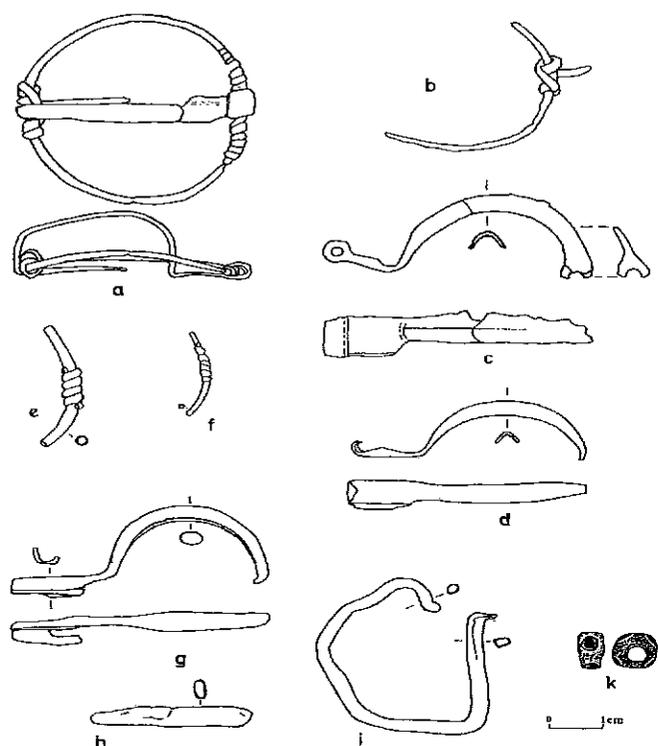


Figura 86. Moinhos de Atalaia: fibulas y cuenta de collar (según Pinto y Parreira, 1977: fig. 3).

res, cuyos prototipos datan del siglo V a.C. y pertenecen al «grupo Villaricos» (Ramón Torres, 1995: 172-73).

Algunas cerámicas grises (fig. 88) (*ibid.*: 160, fig. 4) presentan características consideradas tardías, principalmente la existencia de pies destacados (*ibid.*: 160, fig. 4 j y k), las molduras sobre el cuello (*ibid.*: 160, fig. 4 a y b) y las sinuosidades de las paredes de los cuencos (*ibid.*: 160, fig. 4 l y m). Debe apuntarse la ausencia de cerámicas de engobe rojo o de pintura en bandas sobre los vasos de tipo *pithoi*. Por la absoluta falta de datos, no parece posible determinar si la cerámica a mano de paredes poco gruesas y cuidadosamente bruñidas, pertenecen a la Edad del Hierro, o si, por el contrario, corresponden a la ocupación del Bronce Final (fig. 89). Con todo, debe comentarse que, al igual que en Outorela, la cerámica a mano de fabricación grosera, con paredes gruesas y superficies a veces *cepilladas* y bordes dentados, no forman parte del inventario.

Los materiales arqueológicos recogidos en el yacimiento de Moinho de Atalaia tienen fuertes afinidades con los que João Luís Cardoso recuperó en la co-

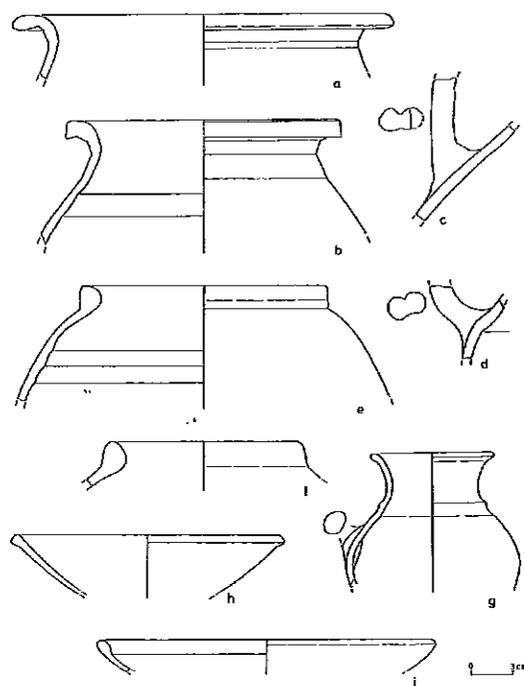


Figura 87. Moinhos de Atalaia: «cerámicas anaranjadas» (según Pinto y Parreira, 1977: fig. 3).

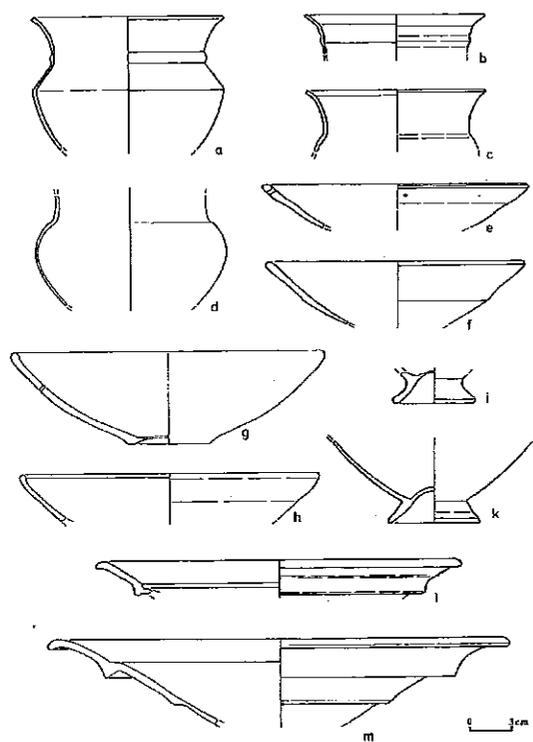


Figura 88. Moinhos de Atalaia: cerámica gris de Moinhos de Atalaia (según Pinto y Parreira, 1977: fig. 2).

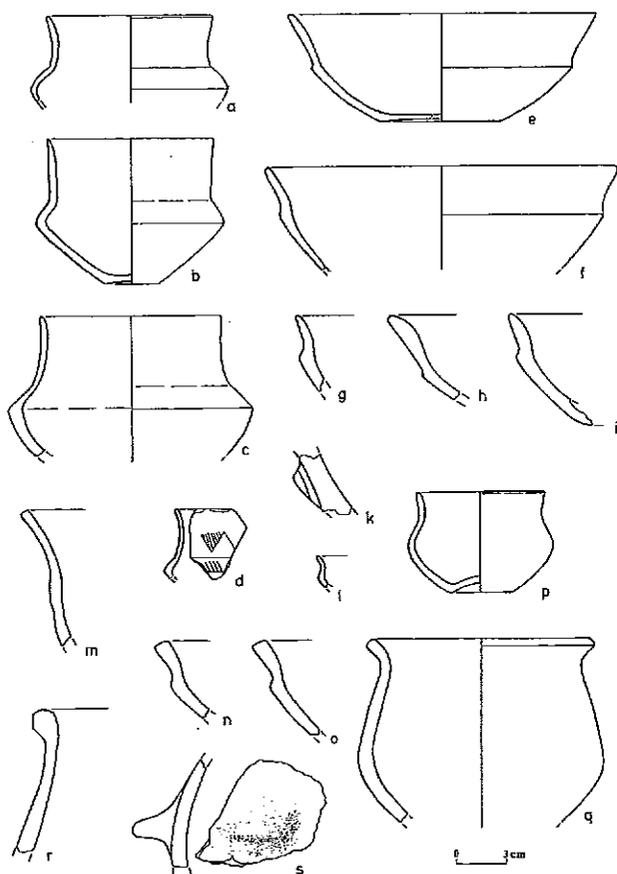


Figura 89. Moinhos de Atalaia: cerámica a mano de Moinhos de Atalaia (según, Pinto y Parreira, 1977: fig. 2).

marca de Oeiras, en Outorela, por lo que es importante aclarar que la distancia entre los dos núcleos no excede los 5 km.

Tal como en Outorela, también en Amadora se detectaron restos de otro núcleo de poblamiento aparentemente contemporáneo, localizado en el lado opuesto de la elevación y que se denominó Moinho da Atalaia Leste (*ibid.*: 163, nota 1).

A pesar de que no existen muchos datos publicados, es posible admitir que, en estos dos casos, se está en presencia de pequeños yacimientos de *habitat*, cuyas condiciones ambientales circundantes permitirían desarrollar una actividad eminentemente agrícola. Saber si estos yacimientos están o no conectados entre sí, o si se integrarían con otros lugares con estrategias de ocupación idénticas o distintas son cuestiones que se ignoran. Por este motivo, considero igualmente válidas para este caso, las observaciones que anteriormente también realicé a propósito de Outorela.

6.3.4. Santa Eufémia

El poblado de Santa Eufémia se localiza en la comarca de Sintra, en la parroquia de S. Pedro de Canaferrim. Sus coordenadas UTM, leídas en la C.M.P. 416, son las siguientes: X. 466.7; Y: 4293.6. Su cota es de 436 metros.

El yacimiento arqueológico se implanta en el llamado Monte de Santa Eufémia, que forma parte del área Este de la Sierra de Sintra, lo que significa que el paisaje circundante es bastante accidentado. Al norte, sur y oeste existen elevaciones altas, muchas de ellas con cotas superiores a Santa Eufémia. Al Este y al Sudeste los terrenos ya son llanos (fig. 90).

Santa Eufémia se encuentra rodeada de líneas de agua. Los recursos hídricos son abundantes y de fácil acceso. Debe destacarse que la fuente más próxima se localiza apenas a unos 50 metros del poblado.

Desde el punto de vista geológico, la zona se encuentra en la disjunción entre los granitos de Sintra y los calcáreos compactos y metamórficos de São Pedro, ambos formados en el Jurásico Superior. También debe mencionarse que el macizo de la sierra de Sintra constituye uno de los principales accidentes de rocas eruptivas de Extremadura, con origen en fenómenos volcánicos e intrusiones magmáticas de la Edad Alpina.

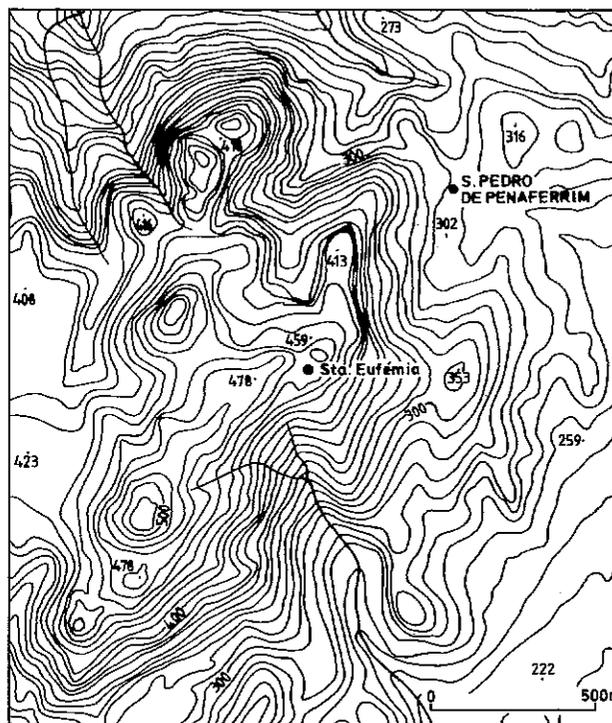


Figura 90. Mapa oro-hidrográfico con la localización del poblado de Santa Eufémia.

La sierra de Sintra es conocida, sobre todo, por la capacidad forestal, la cual no significa que al Sur y Sudeste del poblado en análisis, y a una distancia relativamente corta, no existan suelos de la clase A.

El poblado de Santa Eufémia fue identificado a finales del siglo pasado por Joaquim Fontes, volviendo a ser visitado por Félix Alves Pereira en 1927 (1957) y por Gustavo Marques, que, en 1973, efectuó en el lugar una pequeña y poco ortodoxa intervención arqueológica (Marques y Andrade, 1973; Marques, 1982-83), efectuando nuevos hallazgos en 1984. Desde hace algunos años, Vera Freitas ha estado prospectando el lugar, recogiendo material arqueológico.

Los vestigios de ocupación protohistórica únicamente se encuentran en plataformas de la ladera Sur y Sudeste del Monte de Santa Eufémia. Todo indica que en esta ocupación se despreciaron las cotas más altas, lo que parece demostrado por la total ausencia de material o restos de estructuras en la cumbre del Monte. En las ya mencionadas laderas, son visibles varios muros, algunos de los cuales parecen formar recintos.

El área total limitada por estos recintos ronda las 0.5 ha., a las que pueden unirse las cerca de 1.5 ha circundantes, por lo que es posible admitir que durante la Edad del Hierro el área total ocupada fuese de 2 ha.

Como ya se ha mencionado, el poblado de Santa Eufémia se localiza en la plataforma de una vertiente inclinada del Monte del mismo nombre, donde el declive es acentuado (30%), lo que no hace fácil su acceso, acceso que además es difícil para équidos u otros animales de carga.

La implantación del yacimiento tiene, además, consecuencias de visibilidad que, sin embargo, varía según los cuadrantes. Los Montes da Pena, de Cruz Alta y de Castelo dos Muros, con cotas de 478, 528 y 465 metros, limitan esta visibilidad hacia el oeste, sudoeste y noroeste respectivamente. Hacia el norte, sin embargo, ya se consigue avistar cerca de unos 2.500 metros. Hacia el noroeste, y sobre todo al sudeste, la visibilidad es grande, debiendo señalar que desde Santa Eufémia se avista una gran extensión del estuario del Tajo y parte de la costa, siendo también posible ver Almada a 24 km, la Serra da Arrábida a 48 km de distancia, así como el cabo Espichel, lo que naturalmente tiene cierto interés desde el punto de vista defensivo.

En cuanto a la defensibilidad, se debe decir que el poblado de Santa Eufémia tiene excelentes condiciones naturales de defensa, ya que se implanta en una elevación de cota elevada y bien destacada del paisaje. El fuerte declive y la existencia de peñascos en las laderas son tal vez responsables de la probable ausencia de estructuras defensivas construidas.

Los materiales arqueológicos de Santa Eufémia, tanto los recogidos en prospecciones como los procedentes de las excavaciones de Gustavo Marques, se incluyen bien en lo que habitualmente se designa como I Edad del Hierro Orientalizante.

El estudio que Gustavo Marques efectuó sobre el material cerámico por él recogido en Santa Eufémia (Marques, 1982-83) debe ser encarado con muchas precauciones, sobre todo en lo que se refiere a la distinción que estableció entre cerámicas de «Tipo Alpiarça» y cerámicas de tipo «Santa Olaia». De hecho, no me parece que tenga ningún sentido esta distinción, que, no sólo en la gran mayoría de los casos, no es comprensible, sino que además se introduce en la bibliografía de la especialidad con conceptos vacíos de contenido y sin ningún significado. Creo que se debe evitar completamente la designación de cerámica «Tipo Alpiarça», no sólo porque no representa ningún tipo decorativo o formal específico, sino, sobre todo, por la connotación étnica y cultural que siempre se atribuye al concepto, que continua siendo evidente en el texto de este arquitecto «...dá-se a ocupação do local na época do Ferro, por populações da cultura celta (cultura de Alpiarça)» (*ibid.*: 84). De igual modo, no considero correcta la utilización de la expresión cerámica «Tipo Santa Olaia», ya que parece evidente que lo que se designó así, corresponde a fabricaciones a torno habituales en los contextos orientalizantes de la Edad del Hierro, principalmente cerámica gris, cerámica de engobe rojo, grandes recipientes de almacenamiento de tipo *pithoi* y de ánforas. Así, la expresión, abarca demasiados tipos cerámicos, en cuanto a forma, características de fabricación así como funcionales. Estas cerámicas están, de hecho, presentes en Santa Olaia, como también en otros yacimientos orientalizantes de la Península Ibérica y del todo el Mediterráneo. El mayor problema reside en el hecho de que, también en estos mismos yacimientos, se encontraron cerámicas que se incluyen en el «Tipo Alpiarça».

Lo que resalta de los materiales publicados es la existencia, en Santa Eufémia, de cuencos hemiesféricos (*ibid.*: 74, fig. 14c y d) y vasos de perfil en S (*ibid.*: 80, fig. 19e), algunos de ellos con bordes dentados (*ibid.*: 83, fig. 21b), de cerámica a mano, todos considerados «Tipo Alpiarça» (fig. 91).

La cerámica a torno «Tipo Santa Olaia» incluye abundantes cuencos de cerámica gris, siendo también frecuentes los bordes de vasos de borde exvasado, que parecen pertenecer a recipientes destinados al almacenamiento, de tipo *pithoi* (*ibid.*: 77, fig. 17f), formas a las que igualmente pertenecerían las asas bifidas (*ibid.*: 76, fig. 16b; 78, fig. 18b) (fig. 92). Las ánforas están bien representadas con bordes (*ibid.*: 77, fig. 17a,

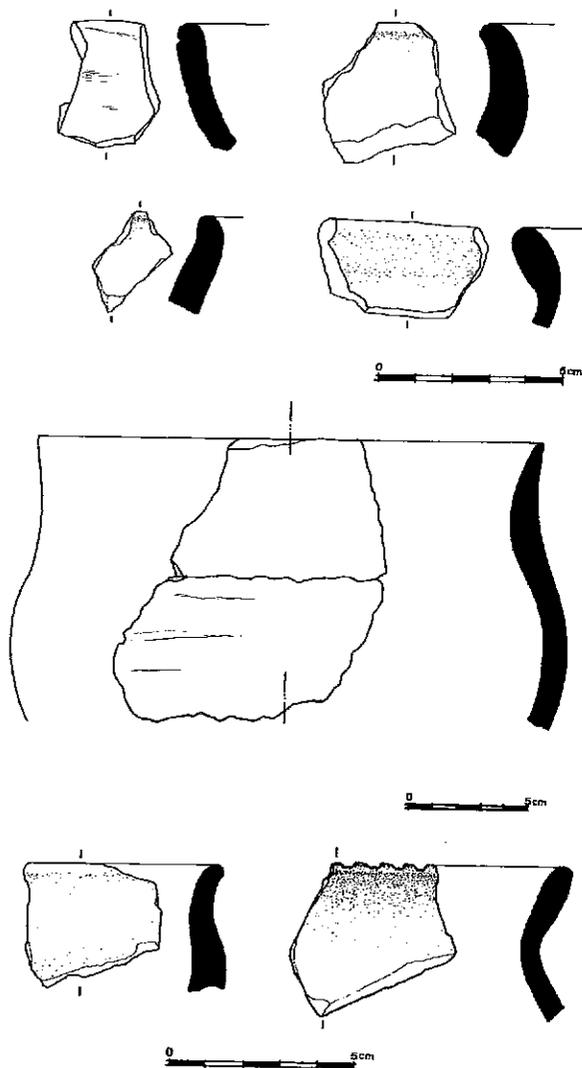


Figura 91. Santa Eufémia: cerámica a mano (según Marques, 1982-83).

c, d y e) y asas (*ibid.*: 75, fig. 15c; 78, fig. 18a), que pueden integrarse en los tipos Maña Pascual A4 (*ibid.*: 77, fig. 17a) y en variantes de las 11.2.1.3 – 11.2.1.6 de Ramón (*ibid.*: 77, fig. 17c y d) (fig. 93).

La cerámica de engobe rojo está presente en Santa Eufémia. Gustavo Marques comenta la aparición de «um fragmento com engobe ou pintura vermelha» (*ibid.*: 73) y, recientemente, Vera Freitas recogió en superficie un borde de plato de borde ancho y aplanado, cuyo interior está cubierto de engobe rojo, sobre el cual existen trazos negros pintados.

El análisis que permiten los datos publicados está limitado por la escasez de información que estos

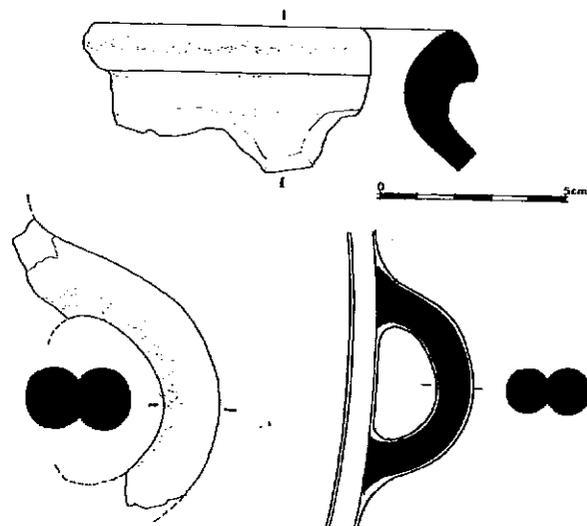


Figura 92. Santa Eufémia: fragmentos de bordes y asas pertenecientes a formas de almacenamiento (según Marques, 1982-83).

últimos proporcionan, siendo, por ejemplo, difícil de evaluar la cronología de la ocupación del yacimiento. Si bien hay materiales, como las ánforas, que indican cronologías relativamente tardías, siglo V y IV a.C., existen por otro lado, indicios de que la ocupación pudo haberse iniciado durante la primera mitad de I milenio a.C., como es el caso de la abundancia de cerámicas a mano, con formas y decoraciones inspiradas en modelos del Bronce Final. En este contexto, es importante comentar que estos materiales están ausentes de los inventarios de los yacimientos de Outorela y Moinhos de Atalaia, que no mostraron decoraciones dentadas sobre los bordes.

Cualquier consideración sobre el yacimiento es por ahora prematura y sólo excavaciones de cierta dimensión permitirán esclarecer debidamente aspectos concretos del poblamiento de Santa Eufémia.

Lo que a pesar de todo sí se puede adelantar, es el innegable «orientalismo» del que se reviste la cultura material hallada, que, como ya se dijo, se incluye bien en la llamada Edad del Hierro Orientalizante.

La dimensión del asentamiento y las condiciones de implantación permiten también afirmar que la estrategia de ocupación fue radicalmente distinta de la que se observó en Moinhos de Atalaia y Outerola, aproximándose más a lo que se constató en Almaraz o en la colina del Castelo en Lisboa. Así, parece correcto presuponer que también la función y la importancia del poblado de Sintra no son comparables con los dos yacimientos de Amadora y Oeiras.

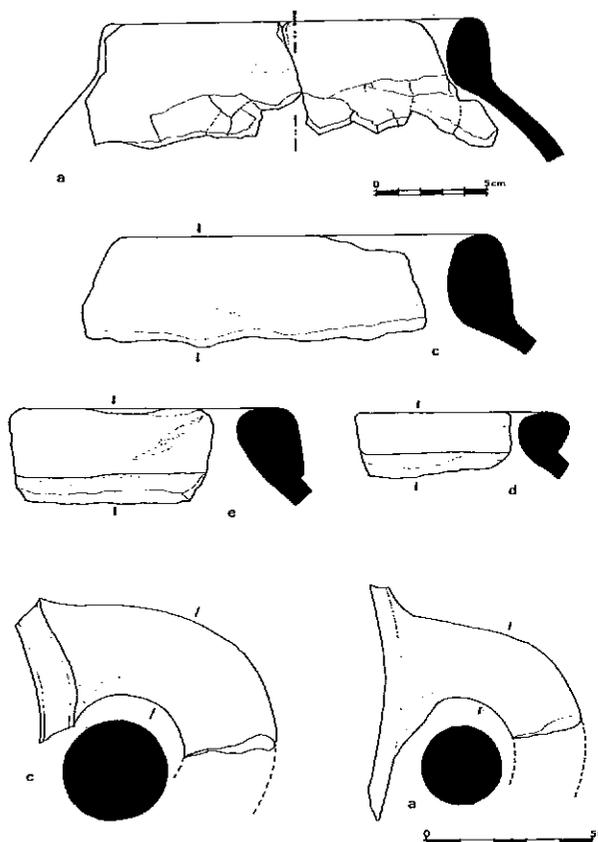


Figura 93. Santa Eufémia: bordes y asas de ánforas (según Marques, 1982-82).

Los datos disponibles no son compatibles con la hipótesis de considerar Santa Eufémia como una pequeña unidad habitacional, de tipo granja agrícola, como defendió hace poco tiempo João Luís Cardoso, que incluyó este yacimiento en el mismo grupo que Moinhos de Atalaia y Outorela (Cardoso, 1994; *idem* 1995). Debe también añadirse que la propia cronología de los materiales indica que el poblamiento de Santa Eufémia se inició en una época más antigua, existiendo aquí, al contrario de lo que sucede en los restantes yacimientos del área metropolitana de Lisboa, materiales que apuntan a la primera mitad del siglo VI a.C., o incluso de finales del VII, en cronología tradicional. Están en este caso las asas bífidas y los platos de engobe rojo, además de la cerámica a mano con bordes dentados, restos que, como ya mencioné, no constan en los inventarios de Moinhos de Atalaia o de Outorela I y II.

De este modo, lo que existe, tanto en términos de materiales, como a nivel de dimensión e implantación topográfica, evidencia una situación semejan-

te a la que se constató en la colina del Castelo en Lisboa y en Almaraz.

Como ya mencioné, el papel de Santa Eufémia en el contexto de la Edad del Hierro en la región del estuario del Tajo se hace difícil de evaluar con los escasos elementos disponibles. Sin embargo, y dadas las similitudes que presenta con algunos yacimientos, y las diferencias que se evidencian en relación a otros, es posible considerar, con las necesarias reservas, que este poblado tuviese una importancia considerable en el cuadro de la organización territorial de la región. Santa Eufémia, efectivamente, puede corresponder a un Lugar Central, englobando en su territorio pequeños núcleos de poblamiento, «fincas agrícolas» de dimensiones y características de implantación semejantes a las de Outorela y Moinhos de Atalaia, que obviamente controlaría política y administrativamente.

6.3.5. Freiria

El yacimiento arqueológico de Freiria es sobre todo conocido por su ocupación romana (Cardoso, 1991; Cardoso y Encarnação, 1984; 1986, 1990; Encarnação y Cardoso, 1994). En este lugar de la parroquia de S. Domingos de Rana, en la comarca de Cascais, se ha excavado una *villa* construida en el siglo I d.C., en un lugar donde la ocupación humana parece que se remonta al Calcolítico. Los testimonios de esta ocupación, así como los que se refieren a la Edad del Bronce y del Hierro, son relativamente mal conocidos, ya que las construcciones romanas afectaron gravemente sus vestigios. Considero, sin embargo, que los elementos existentes son suficientemente importantes para justificar la inclusión de Freiria en este trabajo.

En 1990, las excavaciones permitieron recoger una cuenta de collar de pasta vítrea, decorada con «ojos» de color amarillo, azul turquesa y blanco (AAVV, 1994: 204). Este hallazgo constituía un indicio de que la *villa* romana había sido construida sobre una ocupación anterior, ya que la cuenta de collar en cuestión remitía indiscutiblemente a la Edad del Hierro.

La ocupación protohistórica del yacimiento sería confirmada en 1994 y 1998, en varios sectores de la villa, principalmente en el exterior de la pared del ábside oriental de las termas del sur, al norte del lagar de aceite y en el área de la necrópolis romana (Cardoso y Encarnação, en prensa). En cuanto al primero de los lugares, únicamente se detectó «...uma pequena lixeira encaixada num afloramento calcáreo...» (*ibid.*). Ya en la zona del lagar, existían estructuras construidas atribuibles a la Edad del Hierro. En

los niveles de enterramiento de la necrópolis romana del Alto Imperio, se descubrieron también abundantes cerámicas de aquella época (*ibid.*).

Entre los materiales recuperados en estos contextos, se destacan dos broches de cinturón de bronce, del llamado «tipo céltico» (Caetano, en prensa). Se trata de un broche macho y de un alambre serpentina (pieza hembra), de los cuales el primero pertenece al tipo Cerdeño DIII y el segundo se puede integrar en el tipo Cerdeño EI de la misma tipología (*ibid.*).

El broche macho, de tres ganchos, posee talón rectangular y placa poligonal, entre los cuales se observan ojales realizados con pequeños aros. La placa, los agujeros y el talón están decorados con líneas de puntos impresos. También aparecen círculos en el talón y en el centro de la placa (*ibid.*).

El serpentina está constituido por un alambre de sección cilíndrica que forma un enganche (*ibid.*).

La cronología indicada para estas piezas puede situarse entre finales del siglo VI y el siglo V a.C.

En la actualidad, parece descartada la posibilidad de un origen centroeuropeo para los broches de talón rectangular y placa poligonal, con uno o varios ganchos, tipos C y D de Cerdeño Serrano (1978). Pero, además del hecho de que, a nivel formal, estos tipos específicos de broche de cinturón no parecen tener un origen en los que se encuentran en Alemania o en Suiza, también se debe añadir que se circunscriben a la Península Ibérica y Sur de Francia, siendo importante recordar que al ejemplar recogido en Centroeuropa, en Magdalenenberg, se le atribuyó un origen Ibérico (Spindler, 1973: 231-235).

Como ya mencioné a propósito de los broches de tipo D de la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal (v. *Infra*), no se debe olvidar que, al contrario de lo que se constata en el caso de los broches de un solo gancho de tipo Acebuchal, el área de mayor concentración de este tipo de broches de tres ganchos se localiza en el interior de la Península Ibérica, concretamente en las provincias españolas de Guadalajara, Soria y Teruel (Schüle, 1969), siendo muy escasos los ejemplares recogidos en el litoral, con excepción de Cataluña (*ibid.*). Por otro lado, conviene mencionar que los serpentina que están asociados a las placas macho, también se asocian con los llamados tipos «tartésicos».

Tal como Caetano defiende (texto en prensa), todo indica que los broches de tipo Acebuchal y de tipo D constituyen un grupo individualizado en lo que se consideró como «tipo céltico», no debiendo asociarse a los tipos A y B. Tal vez inspirados en modelos orientales, son objetos que difícilmente se pue-

den asociar al mundo centroeuropeo, tanto en términos estrictamente formales, como a nivel de la decoración que exhiben.

Otros materiales de la Edad del Hierro se recogieron también en Freiria, tanto en niveles sellados como en contextos de deposición secundaria. Es el caso de ánforas de tipo I-1 y 4 de Ribera, y de la cerámica gris fina bruñida y pintada a bandas (Cardoso y Encarnação, en prensa).

Así, parece evidente que las cerámicas, los broches de cinturón y la cuenta de collar oculada, de sabor indiscutiblemente oriental, coinciden en el sentido de que sea posible considerar que la ocupación protohistórica de Freirias se inscribe en una Edad del Hierro de cariz y filiación orientalizantes.

Desgraciadamente, poco más se puede añadir sobre el poblamiento del Hierro de Freiria, sin que sea posible determinar el área ocupada o elaborar algunos cálculos demográficos. Se desconoce también si el asentamiento estaba o no rodeado de alguna estructura defensiva, de cuáles fueron las técnicas utilizadas en la construcción de las estructuras identificadas en la zona del lagar y cuál era exactamente su planta y su dimensión. Con todo, es posible avanzar que las condiciones naturales de defensa no parecen ser las mejores, ya que el yacimiento se implanta en una zona llana, de poca visibilidad. Los suelos circundantes son fértiles y favorables a la práctica de la agricultura, lo que, asociado al tipo de implantación topográfica, puede sugerir que se está en presencia de un asentamiento de características idénticas a las de Outorela o Moinhos de Atalaia. Sin embargo, lo que parece claro, es que la ocupación durante la Edad del Hierro de los tres lugares o fue sincrónica o se inició en un momento relativamente próximo, que dato entre finales de la primera mitad y los inicios de la segunda mitad del I milenio a.C., en cronología tradicional.

6.3.6. La Alcáçova de Santarém

6.3.6.1. Localización y marco espacial

Es hoy incuestionable que la *Scallabis* de los textos clásicos (Plinio, Ptolomeo, Itinerario de Antonio...) corresponde a la actual ciudad de Santarém, localizada en el margen derecho del estuario del río Tajo, a escasos 80 Km de su desembocadura. Su situación, en términos estratégicos y de accesibilidad, era francamente favorable. Anteriormente se ha mencionado que Santarém se localiza entre el Océano y el río, en el extremo Norte del extenso mar que el antiguo es-

tuario constituía, y en el inicio del curso fluvial propiamente dicho. Era pues un puerto marítimo con acceso directo hacia el interior, posición privilegiada a varios niveles.

También debe mencionarse que el Planalto de la Alcáçova ocupa una posición estratégica fundamental que posibilita controlar el río en excelente posición defensiva, ya que domina visualmente amplias zonas de su valle.

El yacimiento arqueológico se sitúa en una alta meseta elevada sobre el río, con laderas muy abruptas al este, Sur, Sudeste y Noroeste, siendo más suaves al Nordeste (fig. 94).

Posee una cota máxima de 106 metros sobre el nivel medio de las aguas del mar, presentando gran defensibilidad natural y, como ya se mencionó, un vastísimo dominio visual (fig. 95).

Posee actualmente 4.5 ha, aunque es posible admitir que en la Antigüedad, su extensión fuese mayor, pudiendo haber alcanzado 5 ha. Sabemos que las vertientes de la meseta, donde se implantaría también la Alcazaba medieval, se encuentran, desde hace mucho, en acelerado proceso de erosión, lo que provoca una enorme inestabilidad de las laderas y su continuo desmoronamiento. Algunas estructuras de época romana, localizadas en estas laderas, son prueba irrefutable de lo que acabo de afirmar.

La meseta donde se localiza el área arqueológica, conocida en la bibliografía por el topónimo «Alcáçova de Santarém», es en la actualidad una parro-

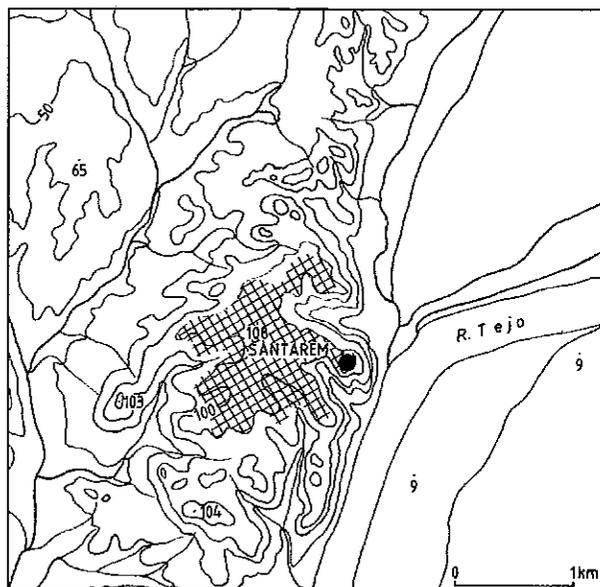


Figura 94. Mapa oro-hidrográfico con la localización de la Alcáçova y de la actual red urbana de Santarém.



Figura 95. La meseta de la Alcáçova de Santarém, vista desde el Tajo (foto cortesía de la Câmara Municipal de Santarém).

quia urbana de la ciudad, en cuya zona se encuentra un jardín municipal, Jardim das Portas do Sol, y varias construcciones de viviendas y edificios religiosos, además de la red viaria urbana.

Geológicamente, se encuentra en el llamado Macizo Calcáreo Estremenho, dominando visualmente una gran extensión de la planicie aluvial del Tajo.

En la actualidad, Santarém pertenece a la provincia de Ribatejo, dentro de la región administrativa de Lisboa y Vale do Tejo.

6.3.6.2. Historia de los trabajos arqueológicos y diacronía de la ocupación

Las excavaciones arqueológicas en la Alcáçova de Santarém se inician en 1979, con la realización de un pequeño sondeo llevado a cabo por los responsables de una Asociación local de Defesa do Património.

A partir de 1983 y hasta 1990, dirigí ocho campañas de trabajos arqueológicos en este yacimiento, efectuando los trabajos en la zona ocupada por el Jardín. Las excavaciones continuarían en 1992-3 en el interior de la Iglesia de Santa María da Alcáçova, bajo la responsabilidad de Catarina Viegas, entonces arqueóloga municipal. En los años 1994 y 1995, y en 1997, yo misma en colaboración con Catarina Viegas, efectué varios sondeos relativamente amplios y dispersos por varias zonas (fig. 96).

Las extensas excavaciones arqueológicas ya realizadas en el lugar permitieron recoger un abundantísimo material correspondiente a varias épocas de su ocupación, así como poner al descubierto estructuras de diversa índole y cronología.

Los resultados obtenidos con estos trabajos (Arruda, 1983-4b; 1986c; 1987a; 1987c; 1993; Arruda y Almeida, 1998; en prensa a; en prensa b; Arruda y Catarino, 1982; Arruda y Viegas, 1999; en prensa a; en prensa b; Viegas y Arruda, 1999) demostraron que la Alcáçova de Santarém era un yacimiento arqueológico con una amplia diacronía, que permaneció ocupado desde la I Edad del Hierro hasta la actualidad, sin que se registrase, aparentemente, ninguna discontinuidad en esa ocupación.

6.3.6.3. Los condicionantes y la estrategia de excavación

Las dificultades inherentes a cualquier excavación en área urbana concurren también en la Alcáçova de Santarém. Raras veces fue posible excavar en extensión, dadas las limitaciones del medio urbano, siendo así difícil comprender varios aspectos, principalmente, los que se desprenden de la organización espacial de las estructuras de habitación de la Edad del Hierro.

Por otro lado, la situación de ocupación continuada en el yacimiento es, en gran parte, responsable del grado de información del que se dispone para estudiar los niveles más antiguos de la Alcáçova de Santarém, información que ciertamente sería bastante más extensa si el yacimiento hubiese sido abandonado inmediatamente después de la Edad del Hierro o, incluso, tras la época romana.

De hecho, la ocupación romana e islámica del asentamiento interfirieron, a veces drásticamente, con los testimonios de su ocupación durante el Hierro. Las construcciones de época romana afectaron, a veces, los niveles de la Edad del Hierro, sobre todo cuando la edificación de grandes edificios implicaba la abertura de zanjas para la implantación de cimientos, como por ejemplo sucede en el área del templo (Arruda y Viegas, 1999 y en prensa a, b), en el Corte 3 (cisterna de la ladera noroeste), y el Corte 4. Particularmente graves y muy perturbadores para la estratigrafía, son los silos subterráneos, datables en el periodo islámico, abiertos en la caliza de base, y que obligaron a sus constructores a perforar y a veces remover (como se observa en el Corte 2) la totalidad de los niveles arqueológicos anteriores, en este caso romanos y de la Edad del Hierro (*ibid.* y Veigas y Arruda, en prensa).

Estos silos, que se extendían casi por toda el área de la Alcáçova, pueden aparecer dispersos o muy concentrados, siendo obvio que, en el último caso, sus constructores se vieron obligados a remover íntegramente las tierras preexistentes.



Figura 96. Localización, en la planta de la Alcáçova, de las áreas excavadas entre 1983 y 1998.

6.3.6.4. La excavación: metodología y áreas excavadas

Las excavaciones en zona urbana están siempre limitadas desde el punto de vista metodológico, siendo muy difícil, por ejemplo, adoptar un sistema de *open area*. Las limitaciones se imponen también debido a las áreas disponibles para realizar los trabajos, áreas éstas confinadas a espacios no ocupados por viviendas, equipamientos o infraestructuras.

Las excavaciones arqueológicas en la Alcáçova de Santarém incidirían sobre el área ocupada por el Jardim das Portas do Sol, en la urbanización de Largo da Alcáçova, en la Igreja, en Largo da Alcáçova nº 3-5 y también en la Avenida 5 de Outubro nº 9.

En todos estos lugares, los trabajos de campo tuvieron que adaptarse a las condiciones concretas que estos presentaban, o a los motivos de la intervención. De hecho, las excavaciones que tuvieron lugar en 1997 en Largo da Alcáçova y en parte del Jar-

dín das Portas do Sol fueron excavaciones preventivas que se destinaron a abrir, por medios arqueológicos, la zanja para la instalación de la red de alcantarillado de esta zona de la ciudad de Santarém, lo que limitó en gran medida esa excavación. También las excavaciones de 1998, en la Avenida 5 de Outubro nº 9, tuvo por objetivo excavar el área que iba a ser ocupada por el sótano del edificio proyectado para el lugar. La presión urbanística impone, casi siempre, la metodología a utilizar y las áreas a excavar. Sin embargo, el área excavada en la Alcáçova de Santarém abarca ya una superficie de 1.072 m², siendo hoy posible conocer muchas de sus ocupaciones antiguas (fig. 96).

El área actualmente ocupada por el Jardim das Portas do Sol es sin duda aquella en donde se intervino una mayor superficie. Se excavaron varios cortes, diseminados por todo el Jardim, incluyendo éstos un número variable de cuadrículas.

En el lugar del huerto, fue posible excavar una superficie relativamente amplia. Allí se localizan los Cortes 1, 2, 3 y 4 y también un pequeño sondeo (dos cuadrados de 3 x 3 m) realizado en 1979 por la Asociación para el Estudo e Defesa do Património Histórico-Cultural de Santarém.

En el Corte 1, se excavaron nueve cuadrados (E15, E 16, F15, F16, G16, G17, G18, H17, H18) de 4 x 4 m. En estos se inscribían otras de 3 x 3 m, después de haberse marcado los respectivos testigos, Sur y Oeste. El derrumbe de estos testigos fue efectuado siempre que las cuadrados en las que se confinaban estaban totalmente excavadas. La excavación del Corte 1 ocurrió entre 1983 y 1987 y el total del área intervenida fue de 116 m².

La cuadrícula que se estableció en el Corte 1 se orientó aproximadamente en sentido Norte/Sur, y los cuadrados que la componían se designaron de forma alfanumérica, aumentando los algoritmos en sentido Norte/Sur y las letras en el sentido W/E.

A pesar de estar circunscrito en un área concreta, el Corte 1 no corresponde a una unidad arqueológica específica, ya que las realidades observadas en cada cuadrado difieren tanto en términos de secuencia estratigráfica como a nivel de las estructuras detectadas. Por otro lado, conviene mencionar, desde ahora, que la construcción de silos de época islámica, por haber sido dispersa en este lugar, acabó por determinar grados diversos de destrucción de los niveles romanos y prerromanos, siendo por tanto distinta la calidad de la información que pude extraer de los varios cuadrados de este sector, cuya área no excede los 116 m².

Así, mientras que, por ejemplo, en G18 pude observar una secuencia estratigráfica del Hierro de

gran nitidez, donde los niveles y las estructuras fueron preservados de toda perturbación posterior, los estratos de ocupación de la Edad del Hierro de los cuadrados G16 y G17 fueron casi completamente alterados por la construcción de un silo de época islámica que estaba localizado en el centro de G16 y cuyo corredor de acceso se situaba en G17.

También los cuadrados H17 y H18 se vieron profundamente afectados por remociones musulmanas. En E15, E16, F15, F16, los niveles del Hierro estaban completamente ausentes, situación que puede explicarse por la construcción durante la Alta Edad Media de un pozo cisterna, construcción ésta que implicó la demolición total de los niveles arqueológicos romanos y prerromanos en E15 y parte de E16. La ocupación romana imperial estaba apenas parcialmente conservada en F15 y F16, habiendo sido esta la responsable de la destrucción de los niveles anteriores, en este caso romanos republicanos y de los pertenecientes a la Edad del Hierro.

El Corte 2, excavado entre 1984 y 1987, está asociado al Corte 1, poseyendo por ello la misma orientación y el mismo sistema general de cuadrículado. Los cuadrados en él excavados (H8, 18, 19 I10, I11, J8, J9, J10, J11, K8 y K9) siguen la malla de la cuadrícula del Corte 1, y los testigos fueron marcados y excavados de acuerdo con el sistema descrito anteriormente.

La excavación del Corte 2, que abarcaba 128.5 m², revelaría una extensa área de construcciones subterráneas de época islámica. Se trata de 26 fosas excavadas en la roca madre calcárea, de planta circular y perfil globular u ovoide, con profundidades que variaban entre los 30 y los 210 cm. Algunas de estas fosas, las de mayores dimensiones, poseían pasadizo de acceso semicirculares, algunas en número de tres (Viegas y Arruda, en prensa). Las fosas se encontraban a 4.5 m de la superficie actual y su construcción implicó la remoción total de las tierras que existían, que correspondían a los niveles de ocupación romanos y prerromanos, cuya existencia está atestiguada por algunos materiales de esta época que se recogieron en varios estratos de escombros sucesivos que el área ofreció.

También el Corte 3 está asociado al Corte 1, se marcó al oeste de éste en una zona que la muralla medieval había sido desmontada en los años 40 por la Direção Geral dos Edifícios e Monumentos Nacionais. El área excavada correspondía, pues, al principio de la ladera muy oblicua del Noroeste de la meseta de la Alcáçova.

Aquí se excavaron cuatro cuadrados (A17, A18, B17 y B18), verificándose que este lugar estaba totalmente ocupado por una cisterna de grandes dimen-

siones, datada en época romana. Esta estructura, en parte construida en la roca madre calcárea, se componía de cuatro tanques revestidos de *opus signinum*, que se comunicaban entre sí a través de arcos abiertos en las paredes de los tanques que formaban la cisterna.

Esta construcción tuvo como principal consecuencia la destrucción de los estratos correspondientes a la ocupación de la Edad del Hierro, que presumo que existían en el lugar, dada la proximidad del Corte 1 (12 metros), donde detecté niveles y estructuras de esta época.

También en el huerto del Jardín, se marcó y excavó el Corte 4, localizado entre el Corte 1 y el Corte 2. Al estar asociado con ellos, se integra en la misma maya de triangulación. Se componía de cuatro cuadrados (J14, J13, J14, K13). Como aquí únicamente se derrumbaron dos testigos, el área total excavada fue de 42 m², que corresponden a 3 x 3 m reales de intervención de cada cuadrícula de 4 x 4 metros y los dos testigos derrumbados.

También en el Corte 4, las estructuras de almacenamiento subterráneas, construidas en el periodo musulmán, afectaron gravemente los niveles arqueológicos anteriores, en este caso romanos. La ocupación romana en esta zona había provocado ya la destrucción de los niveles de la Edad del Hierro, ya que las paredes detectadas pertenecientes a esta época fueron construidas sobre la roca madre, donde se abrieron sus cimientos.

El sondeo que en 1979 la Associação para o Estudo e Defesa do Património Histórico Cultural de Santarém realizó, también en la zona del huerto (18 m²), reveló únicamente niveles arqueológicos de construcción reciente, dado que se limitó a remover las tierras que cubrían una de las partes del alcantarillado del actual Jardín. La construcción de este alcantarillado debió destruir testimonios anteriormente conservados de las ocupaciones romana y de la Edad del Hierro, ya que se recogieron abundantes restos de estas épocas en los estratos removidos que entonces fueron objeto de excavación (Diogo, 1984; Arruda y Catarino, 1982).

De este modo, la excavación en el huerto del Jardín ocupó un área total de 333 m². A pesar de todas las perturbaciones que la ocupación musulmana provocó en los testimonios arqueológicos del periodo romano y de la Edad del Hierro, el hecho es que fue posible extraer de los trabajos realizados en esta zona, información fundamental de ambas épocas. En lo que respecta a la Edad del Hierro, es importante mencionar que fue posible excavar un área (Corte 1, G16, G17, G18, H18) donde los niveles arqueológicos del

Hierro estaban particularmente bien conservados, lo que permitió detectar restos de estructuras construidas, así como recoger un abundante material cerámico, que, al estar *in situ*, permitió reconstruir, muchas veces en su totalidad, los perfiles de los vasos. La detección de varios estratos sobrepuestos posibilitó también una lectura vertical de esta ocupación de la Edad del Hierro, lo que significa que pude observar la evolución tipológica y tecnológica de la producción cerámica de esta época.

A partir de la 6ª campaña de trabajos arqueológicos, que transcurrió en 1988, inicié los trabajos en el Jardín das Portas do Sol propiamente dicho. La excavación, sin embargo, estuvo condicionada por algunas limitaciones previas impuestas por la administración. Así, y a pesar de haber sido autorizada a investigar en la zona del Jardín, se me solicitó que no efectuase sondeos en las áreas ajardinadas y los límites a las calles.

Se marcaron y excavaron seis sondeos dispersos en el área antigua de la Alcáçova, hoy ocupada por el Jardín das Portas do Sol (Corte V, Corte VI, Corte VII, Corte VIII, Corte IX y Sector B), siempre localizados en las calles, de acuerdo con la determinación de la administración.

El sector B, excavado en 1988, fue la primera zona intervenida fuera del huerto. Se trata de un cuadrado de 3 x 3 m y su excavación permitió advertir que los niveles romanos, imperiales y republicanos, estaban bastante mejor conservados que los que tuve la oportunidad de excavar anteriormente. Con todo, no se encontraron vestigios de niveles del Hierro.

Los Cortes V, VI, VII, excavados en 1989, 1990, consisten en cuadrados de 4 x 4 m, en un total de 48 m². El Corte VIII abarcaba un área considerablemente mayor (82.5 m²) y el Corte IX, compuesto por dos sectores, llegó a un total de 28 m².

Los trabajos que aquí desarrollé, me permitieron observar que también en el centro de la Alcáçova siguieron construyendo silos en época musulmana, continuando igualmente la destrucción de estructuras de épocas anteriores, así como la remoción de los niveles que su construcción obligó a perforar. Sin embargo, era evidente que las mencionadas estructuras de almacenamiento se encontraban en este lugar menos concentradas, lo que permitió obtener secuencias estratigráficas sin anomalías, en los Cortes V, VI, VII y VIII.

En 1992, Catarina Viegas siendo arqueóloga de la Câmara Municipal de Santarém, procedió a una intervención arqueológica en el interior de la Iglesia de Santa María da La Alcáçova. En el área intervenida, 30.65 m², y además de los enterramientos de época

medieval y moderna, inevitables en este contexto, detectó una construcción romana de gran solidez y dimensiones que al no ser posible delimitar completamente, dado el reducido espacio ocupado por los trabajos de arqueología, no pudo ser interpretada en cuanto a su funcionalidad. Los aparejos y dimensiones son, sin embargo, elementos suficientes para considerar la hipótesis de que pertenecen a un edificio de gran importancia y volumen, hecho reforzado por la columnas, que todavía hoy sustentan el travesaño de la cubierta de la Iglesia, que están coronadas por capiteles romanos de los siglos II y III d.C.

Era inevitable que esta construcción, que parte de la roca madre, afectara y destruyese los niveles de la Edad del Hierro. Sin embargo, Catarina Viegas encontró en las zanjas de los cimientos del edificio romano, algunos materiales cerámicos que indican que este lugar fue ocupado en época prerromana.

En 1994 y 1995 se realizó una excavación en Largo da Alcáçova 3-5. En un momento inicial se efectuaron trabajos que pueden considerarse como de arqueología de urgencia, ya que se localizaron en un lugar donde un inmueble, cuya construcción no pudo datarse con seguridad, sólo que ya existía a mediados del siglo XVIII, iba a ser remodelado, lo que implicaba las remociones y grandes movimientos de tierra, principalmente para la construcción de una piscina.

Se preveía, entonces, que el área que iba a ser objeto de sondeos arqueológicos fuese justamente aquella que abarcaba la mencionada piscina, aunque, sin embargo, se tuvo la cautela de que la obra del inmueble, y las construcciones anejas, estuviesen siempre acompañadas por un equipo de arqueólogos.

Fue exactamente en el seguimiento del acompañamiento arqueológico de la continuación de las obras del inmueble donde, tras la demolición de un garaje y de un picadero que existían en el local, se pudo identificar el *podium* del templo romano de *Scallabis* (Arruda y Viegas, en prensa a y b). De hecho, estas estructuras, incrustadas en las fachadas oeste y Este del templo, lo escondían por completo.

Los sondeos arqueológicos probarían que el espacio aprovechado para el garaje, tenía al final su origen en construcciones que, en época moderna (siglo XVIII), se habían adosado al *podium* del templo. Muy posiblemente del mismo momento, databa la cisterna construida en su cima, ya que los varios conductos de agua que la alimentaban, y que fueron puestos a la vista durante los trabajos de campo, estaban asociados con esas construcciones, lo que indica que las aguas pluviales, captadas por sus tejados, continuaban canalizadas por los conductos directamente hacia el interior de la cisterna. El picadero había sido construi-

do a finales del siglo XIX, destruyendo gran parte de la fachada Este del *podium*.

La estructura de época romana se encontraba, pues, rodeada de otras construcciones muy posteriores, debido a lo cual sólo se hizo visible tras la demolición de esas construcciones.

La parte de muralla localizada al este y Norte del templo, que acostumbra a datarse en la Edad Media, fue objeto, en el siglo XIX, de una profunda restauración y reconstrucciones varias, como prueba una fecha inscrita en una de sus puertas: 1880.

Sin embargo, debe mencionarse que el templo romano se encuentra en una zona de la Alcáçova donde, en la Edad Media, como en la actualidad, se levantaban importantes construcciones. La iglesia de Santa María da Alcáçova y el antiguo Palacio Real, residencia de D. Alfonso Henriques, el primer rey portugués.

De este modo, todo indica que era en esta zona de la meseta de la Alcáçova donde se debería localizar el área donde se situaban los edificios públicos de la ciudad romana.

Los principales objetivos de la excavación que se realizó en el área del templo romano de la Alcáçova de Santarém no sólo consistieron en poner al descubierto la estructura de su *podium* sino, sobre todo, obtener elementos que permitiesen su datación. La detección de otras posibles estructuras en esta zona, que abarcasen urbanísticamente la estructura religiosa, era otro de los objetivos considerados.

Sabiendo que la colonia romana de *Scallabis* había sido fundada sobre un poblado indígena, era importante averiguar la conservación en esta zona de los niveles arqueológicos que le correspondían.

Para el cumplimiento de estos objetivos, se definió una cuadrícula ortogonal, formada por cuadrados de 4 x 4 m, orientados aproximadamente en sentido Norte Sur, y que, procurando que se adaptase a las condiciones de la realización de los trabajos, no se dejase de considerar la realización de cortes estratigráficos perpendiculares a la base del *podium*, de modo que permitiera una lectura lo más correcta posible de la estratigrafía.

La excavación del área circundante al *podium* del templo permitió analizar su estructura y detectar una serie de elementos que con él se relacionaban, de una forma o de otra. Se registraron paredes de época romana, unas contemporáneas de la estructura objeto de análisis, otras que, claramente, eran anteriores, así como restos de muros y pavimentos asociados a construcciones de época moderna.

En cantidad apreciable se contaron, también aquí, silos del periodo islámico, de perfil oval y ex-

cavados en la roca. Debe apuntarse que, como ocurre en el resto de la Alcáçova, para llegar a la roca madre calcárea los constructores de los silos perforaron todos los niveles arqueológicos de época romana y prerromana que se le sobreponían, lo que provocaría profundas perturbaciones en la secuencia estratigráfica.

Contrariamente a lo que cabría esperar, algunos de los cuadrados excavados ofrecieron abundante información sobre la ocupación del Hierro en la meseta donde se implantó la Alcáçova medieval. Aunque es obvio que la construcción, a finales del siglo I a.C., de un gran edificio religioso, implicó la abertura de zanjas para su implantación, lo cierto es que los estratos pertenecientes a la Edad del Hierro fueron, en época romana, únicamente afectados en el área de construcción del templo propiamente dicho, cuyo *podium* se asienta directamente en la roca madre. Las zonas que abarcan los silos musulmanes están bastante más perturbadas desde el punto de vista estratigráfico.

La superficie total de la excavación en Largo da Alcáçova 3-5, fue de 427 m², repartidos por los 26 cuadrados donde se intervino. Éstos se integran en una cuadrícula ortogonal formada por cuadrados de 4 x 4 m, orientados aproximadamente en sentido N/S, y donde, según el clásico método Wheeler con las adaptaciones de Ferdière, se inscribían cuadrículas de 3 x 3 m, tras marcar los respectivos testigos Sur y Oeste, que se derrumbaron siempre que los cuadrados que confinaban habían sido excavados completamente.

En los cuadrados 3, 5, 12, se detectaron niveles arqueológicos preservados y pertenecientes a la Edad del Hierro. A pesar de que en este lugar no fue posible identificar, ninguna estructura, el material arqueológico (cerámica y fauna) era abundante, y el hecho de que su aparición ocurriera en contextos primarios de ocupación, permitió reconstruir íntegramente los perfiles de algunos vasos.

Aparte de este material del Hierro, debidamente contextualizado, se recogieron muchos otros en contextos de deposición secundaria, principalmente en los niveles que corresponden a las escombrerías de los silos islámicos.

Como ya mencioné anteriormente, la Campaña de 1997 tuvo como objetivo fundamental minimizar los impactos negativos que el establecimiento de la red de alcantarillado en esta zona de la ciudad, seguramente, iba a provocar en el patrimonio arqueológico de la Alcáçova. Estos trabajos de saneamiento básico preveían la abertura de una zanja que, con cerca de 100 metros de largo, atravesaba perpendicularmente todo el Largo da Alcáçova y parte del Jardim das Portas do Sol, concretamente la zona com-

prendida entre la puerta del Jardim y las instalaciones sanitarias.

También estaban previstas obras de ampliación del restaurante del Jardim, que implicarían la abertura de profundas zanjas para la implantación de cuatro zapatas destinadas a la sustentación de pilares.

La organización de la Campaña de excavación de 1997 dependió así, de la planta ofrecida por la administración, donde se localizaba la zanja donde se situaría el alcantarillado, así como el lugar exacto de la construcción de las zapatas del anejo del restaurante.

En el interior del Jardim, concretamente entre su puerta y las instalaciones sanitarias, se marcó un amplio corte en el lugar donde iría el alcantarillado, formado por 8 cuadrados (Q.1-Q.8). Acompañando también la zanja para la instalación de las estructuras de apoyo al saneamiento básico, se excavaron, en Largo da Alcáçova, 9 cuadrados (Q.9-17).

Al Norte del restaurante, en el área de los viveros, se delimitó y excavó un tercer sector de excavación, los cuadrados Q. 18 y Q.19.

Las instalaciones eléctricas y las canalizaciones de agua, de las que no existe ningún registro topográfico, dificultaron, como habitualmente sucede, el proceso de excavación, obligando a veces a la sustitución de las áreas intervenidas y lógicamente a la alteración del propio curso de las tuberías del alcantarillado.

La excavación de 1997 en la Alcáçova de Santa-rém, a pesar de sus limitaciones objetivas, permitió la obtención de datos relevantes para el estudio de la ocupación del Hierro en este yacimiento. Si las lecturas horizontales se hicieron difíciles, o casi imposibles, la estratigrafía obtenida posibilitó complementar y afinar resultados de anteriores campañas.

Los trabajos entonces realizados permitieron identificar amplias áreas conservadas, siendo posible la excavación de secuencias ocupacionales de la Edad del Hierro. En Q.4, por ejemplo, se excavaron cerca de 1.80 m de tierras correspondientes a 4 niveles de la Edad del Hierro, bien diferenciados entre sí, asociados a restos de estructuras de habitación y de combustión.

También es importante mencionar que hubo zonas donde se constataron grandes destrucciones de estratos de ocupación, dándose el caso de cuadros donde los 3 metros de tierra excavados correspondían, en su totalidad, a niveles de escombros, como fue el caso de Q.1 y Q. 8 en el Jardim, y de Q.12, Q.13, Q.14 y Q. 16 en Largo da Alcáçova. En otras ocasiones, las intrusiones de época musulmana afectaron sectorialmente los niveles romanos y de la Edad del Hierro, como es el caso de Q.5.

Los cuadrados Q.1 a Q.6, localizados en el Jardín, se excavaron en secuencia, siendo posible obtener un perfil estratigráfico bastante completo. El Q.1 estaba totalmente constituido por niveles de derrumbe, constatándose en todos ellos la coexistencia de materiales arqueológicos de varias épocas (desde la Edad del Hierro hasta época medieval).

El conjunto de Q.2 a Q.6 constituyó una zona bien conservada, donde fue posible observar una secuencia estratigráfica bien definida, correspondiente a la evolución cronológica de la ocupación de la Alcáçova de Santarém, desde la Edad del Hierro hasta época romana.

Como ya mencioné, en Q.4 se identificaron cuatro niveles arqueológicos de la Edad del Hierro, y se pusieron al descubierto fragmentos de estructuras de habitación de esta época. A pesar de que no quedaron totalmente definidas en el área investigada, lo que existía permitió inferir que correspondían a compartimentos de planta rectangular. En Q.2, Q.6 y Q.4 se vio que estas estructuras de habitación estaban pavimentadas con suelos de arcilla compactada y también de material calcáreo molido.

La existencia en Q. 5 de un silo construido en el periodo islámico fue responsable de la destrucción de parte de los niveles del Hierro, que, a pesar de todo, fueron detectados sectorialmente.

Q.2 presentaba un estrato de escombros en todo idéntico al que se constató en Q.1, pero, al igual que en Q.5, los niveles correspondientes a la Edad del Hierro no habían sido destruidos completamente.

Los cuadrados Q.7 y Q.8, localizados entre el lago del Jardín y las instalaciones sanitarias, a pesar de haber sido trabajados en secuencia inmediata, presentaban lecturas estratigráficas distintas. El Q.8 estaba íntegramente constituido por niveles de derrumbe, mientras que en Q.7 existía un nivel (4) romano alto-imperial sobre 3 estratos de escombros.

En Largo da Alcáçova, se excavaron 9 cuadrados: Q.9 a Q.17.

En Q.9, Q.10, Q.11, Q.15 y Q.17 se constató la existencia de intrusiones medievales en los niveles de la Edad del Hierro, que, aún así, aparecerán bien conservados en Q.9, Q.15 y Q.17. A semejanza de lo que se había comprobado en la zona del Jardín, estos niveles de la Edad del Hierro estaban separados entre sí por pavimentos de calcáreo molido o de arcilla o compactada. En Q.12, Q. 13, Q. 14 y Q.16, existían paredes que correspondían a estructuras de habitación del siglo XVIII.

En los cuadrados situados al Sur del restaurante, se detectaron niveles de la Edad del Hierro bien conservados y asociados a paredes pertenecientes a

estructuras de habitación de esta época. También aquí, la secuencia ocupacional del Hierro pudo ser leída en una sucesión de estratos de tierras separadas por pavimentos de arcilla, uno de los cuales estaba decorado con círculos concéntricos.

El área total excavada en 1997 fue de 103.25 m².

En 1998, nuevos trabajos de urgencia se realizaron en la Alcáçova de Santarém, ahora localizados en la Avenida 5 de Outubro nº 9. La zona iba a ser objeto próximamente de la construcción de un edificio de viviendas.

Se realizaron nueve sondeos en el lugar (Q.1-Q.9) excavándose un total de 21.25 m².

La excavación no revelaría ni restos, ni estructuras de habitación, o de otro tipo, de la Edad del Hierro, que de haber existido habrían sido removidos durante la ocupación romana, republicana e imperial. De hecho, datan de esta época buena parte de los niveles excavados, perteneciendo los restantes a las épocas medieval y moderna.

6.3.6.5. La estratigrafía

Entiendo que es imprescindible iniciar esta presentación de la estratigrafía del Hierro que observé en la Alcáçova de Santarém, con algunos comentarios previos a cerca del significado real de las secuencias estratigráficas, y, sobre todo, de las interpretaciones cronológicas que siempre suscitan.

Por mucho que los investigadores lo deseen, los niveles arqueológicos no se forman de acuerdo con los periodos o épocas definidos históricamente, y, mucho menos, de acuerdo con las cronologías que normalmente se atribuyen a esos periodos. Tampoco me parece probable que las reparaciones de pavimentos o la edificación de nuevas estructuras de habitación correspondan a los cambios de siglo o de sus cuartos, situación ciertamente gratificante, pero raramente comprobada.

Cuando no se verifica ninguna discontinuidad en la ocupación humana, como es el caso en análisis, me parece obvio que las secuencias de diferentes texturas y coloraciones que las tierras presentan no traducen, linealmente, las dataciones que posteriormente se atribuyen a diversos estratos. Así, para mí, continua siendo sorprendente que algunos consigan encontrar en escasos metros de tierra, niveles ocupacionales que correspondan a ochocientos años de Historia, divididos en periodos de 100, 75 o 50 años. Tal vez por mi propia incompetencia, no conseguí en la Alcáçova de Santarém, encajar los siglos VIII, VII, VI, V, IV, III, II y I a.C., en ocho o dieciséis niveles arqueológicos distintos desde el punto de vista geológico, ha-

bilidad que muy frecuentemente algunos investigadores consiguen fácilmente realizar.

No fue esa la realidad que detecté en Santarém, donde, a pesar de todas las perturbaciones que la estratigrafía sufrió, pude excavar, para la Edad del Hierro, secuencias de estratos que teniendo, a veces, casi los 2 m de espesor, presentaban diversas coloraciones y texturas, y estaban frecuentemente separados por pavimentos. Naturalmente, nunca tuve dudas de que los que se sobreponían a otros eran posteriores, ni tampoco vacilé en considerar más antiguos los que se situaban más cerca de la roca madre y más recientes los más próximos a la superficie actual. Fue siempre también obvio que los niveles inmediatamente anteriores a aquellos que ofrecían restos de época romano-republicana pertenecían a una fase tardía, o al final de la Edad del Hierro, y que los niveles inferiores podían considerarse de sus momentos iniciales.

Lo que efectivamente pretendí esclarecer en los párrafos anteriores es el hecho de que los resultados que obtuve en Santarém me permitieron, sobre todo, hablar de «cronologías relativas», quedando muy claras algunas asociaciones de materiales. Además, son los datos que la estratigrafía me permitió leer, en los que se basan mis consideraciones acerca de los aumentos o disminuciones de ciertos tipos morfológicos y tecnológicos cerámicos a lo largo de la secuencia del Hierro. Se, por ejemplo, que los *pitthoi* son muy raros en los niveles de base, pero que surgen también en los estratos antiguos de la Edad del Hierro. Confirmé que estos recipientes sufren una clara evolución morfológica (así como en el lenguaje decorativo), a lo largo del tiempo, poseyendo, en los niveles inmediatamente anteriores a los de la época republicana, perfiles distintos y decoraciones diferentes a aquellos que se observan en los estratos inferiores. También la cerámica gris fina bruñida no es, como se verá, un grupo uniforme en la secuencia ocupacional del Hierro en Santarém.

La obtención de datos de radiocarbono para los niveles del Hierro de este yacimiento, que presentaré y comentaré en las páginas siguientes, me facilitó cierta seguridad en el establecimiento de fechas de C14 para los materiales de los niveles datados radiométricamente, y para algunos otros de características afines. Sin embargo, me parece obvio que los resultados de estas dataciones no pueden extrapolarse a todas las situaciones detectadas en Santarém.

Por otro lado, es importante decir que recogí pocos materiales que ofrecieran dataciones históricas, como es el caso de la cerámica griega, y que éstos fueron todos encontrados en niveles de revuelto o de derrumbe. Así, los cinco fragmentos áticos recupera-

dos en la Alcáçova de Santarém me permitieron únicamente inferir que al inicio del siglo IV a.C. el yacimiento estaba ocupado, y que su población mantenía, directa o indirectamente, contactos comerciales con el mundo mediterráneo.

Las consideraciones anteriores sirven, pues, para precisar que en la Alcáçova de Santarém hubo una ocupación de *longue durée* (para utilizar la expresión que la historiografía francesa de la Escuela de los Annales consagró tras la publicación de la obra de Fernand Braudel «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en el tiempo de Felipe II»), hecho que no facilita la atribución de dataciones precisas para los niveles arqueológicos del Hierro y, lógicamente, para los materiales que en ellos recuperé. El «tiempo corto» del paradigma braudeliiano, no es de hecho, visible en un análisis fundamentado en la estratigrafía, al menos en Santarém.

Los datos que la «cronología relativa» ofrece, asociados a las dataciones de radiocarbono y a los paralelos de algunos materiales, me permiten únicamente hablar de «tiempo largo». Este «tiempo largo», con un contenido temporal específico, transcurre porque la ocupación del Hierro de Santarém no tuvo discontinuidades, no siendo por tanto visible ninguna ruptura, ni en términos de ocupación del espacio, ni en términos de cultura material.

Lo que de hecho, puedo decir es que la meseta donde se instalaría, en al Edad, Media la Alcazaba de la ciudad fue ocupada a partir de los inicios de la Edad del Hierro, concretamente en un momento próximo al comienzo del I milenio a.C., por una población que mantuvo, hasta la romanización, una curiosa continuidad cultural.

Una vez expuestas las cuestiones previas, presento a continuación las lecturas estratigráficas de la Alcáçova de Santarém y sus interpretaciones posibles, habiéndome parecido importante iniciar esta presentación con un conjunto de observaciones generales que sintetizan la realidad observada.

Nunca está demás recordar que, durante la Edad Media, se constataron grandes remociones de tierras que afectaron gravemente los testimonios arqueológicos anteriores, y es seguro que, en la gran mayoría de los casos, tales remociones se debieron a la construcción de silos subterráneos excavados en la roca madre. Es también una realidad que las obras más recientes, principalmente la instalación en los años 50 de la red de alcantarillado en el Jardim das Portas do Sol, tuvieron los mismos efectos destructivos. La ocupación romana de *Scallabis* acabaría por interferir también, a veces drásticamente, en los niveles de ocupación inmediatamente anteriores. La Alcáçova de

Santarém puede considerarse, con propiedad, un verdadero palimpsesto donde se escriben e se borran, continua e ininterrumpidamente, datos a lo largo de su historia. Esta situación, sin embargo, no impidió que ciertas áreas, de mayores o menores dimensiones según los casos, hubiesen sido conservadas, permitiendo recuperar materiales arqueológicos de la Edad del Hierro en sus contextos primarios de ocupación, lo que sucede con menor frecuencia en el caso de la ocupación romana republicana y raramente en lo que respecta a la época romana imperial.

Las excavaciones en el Huerto del Jardín

En el corte 2, no se constató ninguna ocupación de la Edad del Hierro, ya que la construcción de un gran número de fosas excavadas en la roca calcárea destruyó, casi completamente en este lugar, los testimonios de todas las ocupaciones anteriores a la época musulmana.

La estratigrafía allí observada fue la siguiente:

- nivel 1 – tierra gris, de granulometría fina y muy suelta, repleta de fragmentos de cerámica actual;
- nivel 2 – tierra gris amarillenta, donde se recogió fauna mamífera y malacológica, cerámicas romanas, azulejos hispano-árabes y materiales de construcción, principalmente piedras, ladrillos y tejas;
- nivel 3 – tierra gris clara, compacta, con abundantes fragmentos cerámicos de amplia cronología, manchas de estucado, ladrillos y tejas;
- nivel 4 – tierra castaño oscura, menos compacta que la anterior, con abundantes fragmentos cerámicos de amplia cronología, pero dominando las cerámicas musulmanas;
- nivel 5 – (no está presente en toda el área excavada) tierra amarilla, bastante compacta, poco espesa, con materiales arqueológicos de época romana y que en algunas zonas (J9), se asienta directamente sobre un pavimento de *opus signinum*, construido directamente sobre el suelo calcáreo, donde estaban excavadas las fosas.

Sobre la roca, e inmediatamente debajo del nivel 5, eran también visibles, en las zonas en que este nivel existía, pequeños empedrados.

La secuencia estratigráfica probó que los primeros 4 niveles no correspondían a niveles de ocupación o abandono, si no a derrumbes sucesivos, y que la construcción de las fosas implicó la destrucción y remoción de niveles arqueológicos de época romana y eventualmente prerromana.

Como ya mencioné en el punto anterior, en los cuadrados E15, E16, F15, F16, del Corte 1, también los niveles del Hierro estaban completamente ausentes. La

razón de esta ausencia se debió a la construcción, durante la Alta Edad Media, de un pozo cisterna, lo que implicó la remoción total de los niveles arqueológicos romanos y prerromanos en F16 y parte de E16. La ocupación romana imperial estaba únicamente conservada parcialmente en E15 y F15, siendo esta responsable de la destrucción de los niveles anteriores, en este caso romanos republicanos y de los pertenecientes a la Edad del Hierro.

La secuencia estratigráfica de E16 y F16, con 2.65 m de altura, se compone de dos únicos niveles:

- un primero (1) de constitución reciente, formado por tierra mezclada con piedras y ladrillos de época contemporánea;

- un segundo (2), que dividí en varios estratos, ya que estaba totalmente abarrotado de ladrillos modernos y alto medievales.

En E15 y F15, además de un nivel de tierras grises (1) idéntico en cuanto a constitución, a textura y a formación, a los de E y F16, se detectó un nivel 2 de tierras castañas claras, con materiales atribuibles a la Edad Media, donde se registró la aparición de dos paredes datables en la misma época. Este nivel 2 se asentaba sobre el nivel 3, de tierra amarilla, de granulometría fina y poco compacta, con escasos materiales arqueológicos de época romana imperial. Bajo éste, se excavó el nivel 4, correspondiente a un derrumbe romano (piedras, ladrillos, *tegulae* y *imbrices*). El nivel 5, de color castaño muy oscuro, era arqueológicamente estéril y se sobreponía al sustrato rocoso.

Los cuadrados G16, G17, G18, H17 y H18 presentaron secuencias estratigráficas más complejas, por lo que es importante describirlas con mayor detalle, ya que algunos niveles corresponden a ocupaciones del Hierro.

La excavación de G16, que alcanzó una profundidad de 3.20 m, revelaría que durante la ocupación musulmana en esta zona había sido construido un silo. Las tierras que contenía este silo corresponden al nivel 2, que puede dividirse en varios estratos correspondientes a los varios momentos de su relleno.

Este nivel 2 se localizaba bajo un nivel 1 de tierras acastañadas oscuras muy sueltas y removidas, y que eran de formación muy reciente. Correspondía a escombros variados y ofreció innumerables fragmentos de cerámica actual y de los siglos XVIII y XIX, así como algunas monedas de los años 60 y 40 del siglo XX. Su grosor variaba entre los 50 y los 60 cm.

Como es obvio, el nivel 2 llegaba a la abertura del silo en la roca madre, pudiéndose comprobar que estaba edificado prácticamente en el centro del área que delimitaba el cuadrado G16. La construcción de este silo no destruyó, sin embargo, la totalidad de los

niveles anteriores, quedando, en los límites del cuadrado, niveles conservados, principalmente el 3, con cerca de 20 cm de tierras amarillas compactas, y estéril desde el punto de vista arqueológico. Bajo el nivel 3, se encontraba el nivel 4, de tierras castañas claras muy compactas, que poseía 60/70 cm de espesor y cuyo material recuperado permitió datarlo en el inicio del reinado de Augusto. Los niveles 5 y 6 corresponden a la Edad del Hierro. Se localizaron bajo el 4, siendo las tierras compactas, castañas amarillentas y amarillas claras respectivamente. El nivel 7, de tierras castañas oscuras rojizas, no contenía material arqueológico y reposaba directamente sobre la roca.

En G17, se observó, aproximadamente, la misma secuencia estratigráfica que en G16, hecho en gran parte explicable por la existencia de otro silo islámico que corresponde al pasillo de acceso, y que ocupaba casi totalmente el área delimitada por la excavación.

Los niveles de la Edad del Hierro (7, 8 y 9), que únicamente se detectaron junto al testigo Norte, no se extendían más de 1 m², pero estaban claramente diferenciados por dos pavimentos. Aquí estaban ausentes los niveles correspondientes a la ocupación romana.

El Cuadrado G18 fue uno de los que, hasta el momento, ofreció un mayor conjunto de datos sobre la ocupación del Hierro en la Alcáçova de Santarém.

Tras una sucesión de niveles de derrumbe y revueltos varios, con cerámicas de la Edad del Hierro, romanas, medievales y modernas, mezcladas con fauna mamífera y malacológica, piedras de dimensiones medias y pequeñas, tejas más o menos fragmentadas (niveles 1, 2, 3, 4), se encontró un pavimento de tie-

rra batida y pequeñas piedras ligadas por una argamasa amarilla, sobre el que reposaba el nivel 5, ya casi sin mezclas posteriores. Bajo el pavimento existía un fino estrato de tierra amarilla de granulometría gruesa y textura arenosa, estéril desde el punto de vista arqueológico, que se asentaba sobre un empedrado. Retirado el empedrado, se comprobó la existencia de un nivel (6) de tierras compactas de coloraciones ligeramente diversas (amarillentas oscuras y amarillas rojizas), donde se detectó un hogar construido con fragmentos cerámicos.

Bajo el nivel 6, se registró la aparición de otro, el nivel 7, constituido por tierra castaña oscura, arcillosa y muy compacta. En este nivel reposaba una estructura constituida por dos paredes perpendiculares entre sí, con cerca de 45 cm de espesor máximo. Estas paredes tenían anejas dos estructuras circulares, con 1 m de diámetro, construidas con pequeños esquistos.

Bajo el nivel donde se detectó la estructura arriba mencionada, fue posible excavar una tierra castaña verdosa, nivel 8, que se asentaba, o directamente sobre el suelo de base, o en el lado SW sobre el nivel 9, estéril arqueológicamente.

El cuadrado G18 del Corte 1 reveló, pues, una secuencia estratigráfica del Hierro muy nítida, la cual

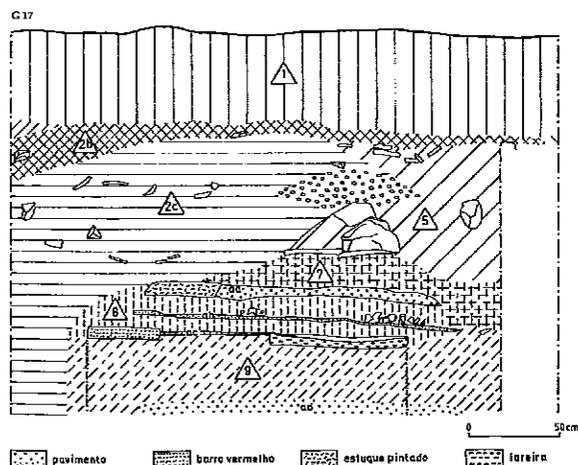


Figura 97. Alcáçova de Santarém: perfil Norte del Cuadrado G 17 del Corte 1.

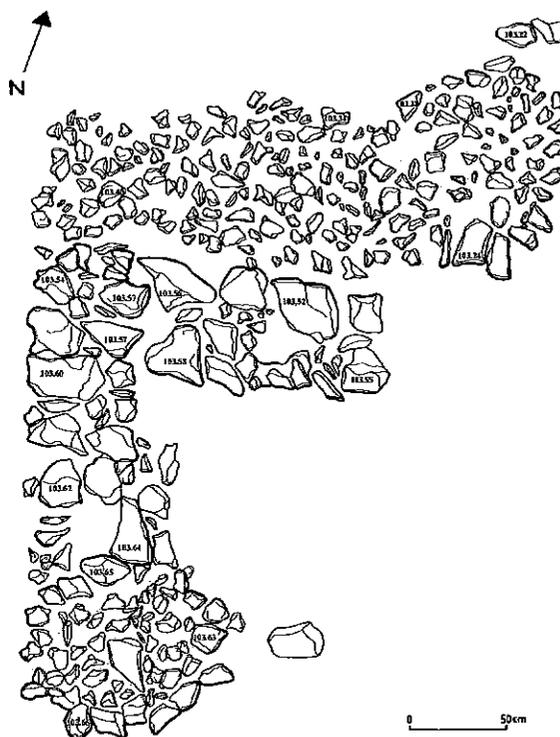


Figura 98. Alcáçova de Santarém: planta de las estructuras de la Edad del Hierro del Cuadrado G18 del Corte 1.

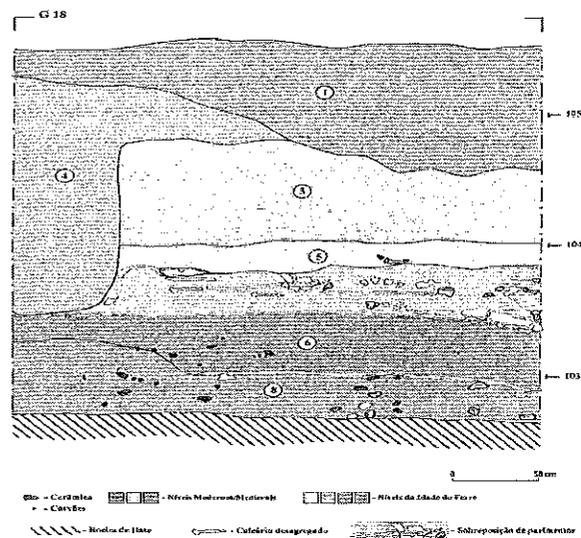


Figura 99. Alcáçova de Santarém: perfil Norte del Cuadrado G18 del Corte 1.

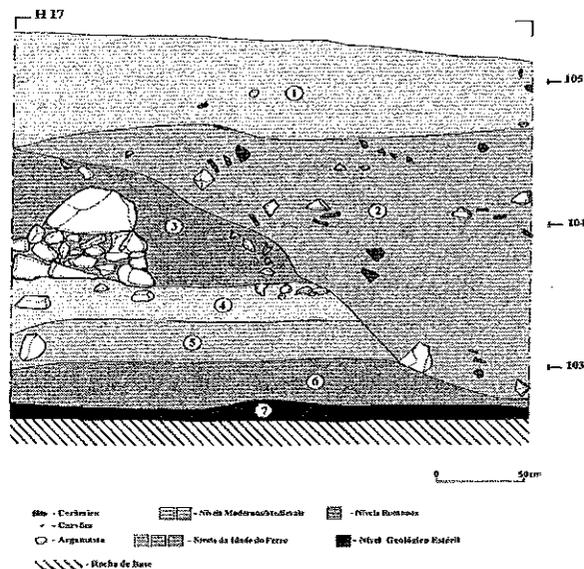


Figura 100. Alcáçova de Santarém: perfil Este del Cuadrado H17 del Corte 1.

fue posible asociar a estructuras pétreas y a numeroso material arqueológico, haciéndose evidente la existencia de cuatro momentos distintos de ocupación. Tales hechos permitieron importantes observaciones a cerca del crecimiento y disminución de tipos de manufactura cerámicos.

La excavación de H17 mostraría una estratigrafía con grandes perturbaciones, pero también se conservaban niveles intactos.

El nivel 1 de tierra castaña oscura muy suelta y removida, era de formación muy reciente. Correspondía a desechos variados y ofreció innumerables fragmentos de cerámica actual y de los siglos XVIII y XIX. Su espesor variaba entre los 40 y los 120 cm. Era en todo idéntico al nivel 1 de G16.

El nivel 2, de tierra castaño oscuro de granulometría media y fina, correspondía a un nivel de escombros que debe su origen a la abertura, en época medieval, de una fosa excavada en los niveles romanos y prerromanos. Este nivel ofreció un elevado número de fragmentos cerámicos de la Edad Media, siendo muy abundante la fauna mamífera. Eran también frecuentes los estratos de cenizas y carbonos. Estas características indican que la fosa fue utilizada como basurero, siendo rellena con detritos diversos, principalmente restos de comidas. Este nivel, que como ya mencioné se introduce en los anteriores, alcanza la profundidad máxima del cuadrado.

El nivel 3 ocupaba apenas el área Nordeste del cuadrado, ya que el nivel 2 lo había destruido en el res-

to de la superficie. Estaba compuesto por tierra amarilla, compacta y de granulometría media. De él provienen cerámicas romanas, principalmente *terra sigillata* itálica y ánforas. Se identificó la cara externa de un muro perteneciente a una construcción que se extendería por la zona que no era objeto de excavación.

Los niveles 4, 5 y 6 estaban bajo el nivel 3 y ocupaban la misma área que éste. Los materiales en ellos recogidos eran de la Edad del Hierro. Parece que las diferentes texturas y coloraciones que los tres niveles presentaban podrían corresponder a momentos sucesivos de la Edad del Hierro.

El nivel 7, sobre la roca madre, era estéril arqueológicamente.

La estratigrafía del cuadrado H18 seguía *grosso modo*, la que se obtuvo en H17.

Un nivel superficial formado en época reciente, se sobreponía al nivel 2 de escombros, que alcanzaba la profundidad máxima del cuadrado. Este nivel 2 penetraba también en los niveles anteriores. Se formó de forma idéntica al nivel 2 de H17 y al nivel 2 de G16. Se localizaba en el centro del cuadrado, cortándolo en sentido Norte/Sur y tenía una anchura aproximada de 2 m. Dejó preservados a los lados, los niveles 3 y 4 con cerámicas romanas, y los niveles 5, 6 y 7, con cerámicas de la Edad del Hierro. Sobre la roca se identificó todavía el nivel 8 que era estéril arqueológicamente.

En el Corte 3, se excavaron cuatro cuadrados (A17, A18, B17 y B18). Como ya mencioné anterior-

mente, se verificó que este lugar estaba en su totalidad ocupado por una cisterna de grandes dimensiones, datada en época romana. Esta estructura, en parte construida en la roca madre, destruyó todos los estratos correspondientes a la ocupación de la Edad del Hierro, que presumo que existieron en el lugar, dada la proximidad del Corte 1 (12 metros), donde detecté niveles y estructuras de esta época.

En la estratigrafía aquí observada, se registró un nivel 0, con cerca de 50 cm de espesor, que estaba constituido por tierra vegetal de color castaño. Los materiales en él recogidos indican que se trata de un estrato formado recientemente (últimos 40 años).

El nivel 1, sobre el que se asienta la muralla medieval, era de tierra gris clara y ofreció poco material arqueológico. Éste muy fragmentado pertenecía cronológicamente a las épocas medieval y romana.

El nivel 3, formado por un estrato de tierra arcillosa compacta y húmeda, se sobreponía al nivel 4, de tierra castaña muy suelta, con abundantes piedras de medianas y pequeñas dimensiones y muchos ladrillos. Correspondía a la última fase de derrumbe de las paredes y la cubierta de la cisterna.

Finalmente, el nivel 5 se componía de tierra suelta de color amarillo torrado, continuando surgiendo, con mayor abundancia, las piedras y los ladrillos del nivel anterior. Se trata igualmente de un nivel que corresponde al derrumbe de las paredes y de la cubierta de la cisterna.

La excavación del Corte 4, localizado entre los Cortes 1 y 2, revelaría datos semejantes a los obtenidos en el Corte 1. Las estructuras de almacenamiento subterráneas, construidas en el periodo musulmán, afectarían, gravemente, los niveles de habitación anteriores, en este caso romanos. El hecho de que las paredes romanas aquí encontradas hubieran sido construidas partiendo de la roca madre, así como las aberturas de sus cimientos, habría provocado ya la destrucción de los niveles de la Edad del Hierro.

En el Corte 4, se excavaron los cuadrados J13, J14, K13, y K14. En K14, se delimitó una pared que atravesaba el cuadrado en sentido Noroeste/Sudoeste, manteniéndose parte de ella relativamente bien conservada (junto al testigo Sur), obteniendo aquí 1.20 m de altura. Posee un espesor de 50 cm y fue construida en *opus mixtum*. En el área restante, apenas sobresalen sus cimientos, siendo perfectamente visibles las zanjas de construcción. Junto al testigo Sur, y al oeste de la pared, se delimitó un silo musulmán, excavado en la roca madre. No fue posible finalizar su excavación dada la escasez de espacio útil y su profundidad.

La pared romana detectada en K14 continuaba en J14, aunque aquí apenas si se detectaba su base. La pared estaba destruida junto al testigo Norte, destrucción, una vez más, provocada por la construcción, durante la ocupación islámica de la Alcáçova, de un silo abierto en la caliza.

En J13, los silos afectarían, junto al perfil Sudeste del cuadrado, los dos conductos de agua romanos allí identificados.

La estratigrafía del Corte 4 presenta diversos niveles de escombros Bajo Medievales, que rellenarían los propios silos, así como sus zanjas de construcción, tras su abandono.

En J13 y K13, fue posible excavar niveles (4 y 5) de tierras compactas, de granulometría media y de tonalidad amarillenta o castaña, correspondientes a estratos de ocupación y abandono de época romana. El hecho de que partieran de la roca madre permite pensar que fueron los responsables de la inexistencia, en este lugar, de estratos datados en la Edad del Hierro.

Excavaciones en el Jardín

En 1988, durante la 6ª campaña de excavaciones, se iniciaron los trabajos en la zona del Jardín, excavándose lo que se denominó sector B.

El Sector B se sitúa inmediatamente detrás del Posto de Turismo del Jardín das Portas do Sol y consiste en un rectángulo de 3 x 7 m, aunque la excavación únicamente tuvo lugar en un cuadrado de 3 x 3 m, inscrito dentro del rectángulo, y cuyos lados menores tienen una orientación Oeste/Este.

La secuencia estratigráfica observada fue la siguiente:

Nivel 0 – arena gruesa mezclada con arcilla, que constituye la pavimentación de la calle del Jardín;

Nivel 1 – tierras castañas grisáceas, de granulometría muy fina;

Nivel 2 – argamasa blanca y tejas;

Nivel 3 – tierra de textura arenosa sobre pavimento de piedras de pequeñas dimensiones y fragmentos cerámicos triturados, ligados con argamasa;

Nivel 4 – inmediatamente bajo el pavimento, estaba compuesto de tierra castaña de grano fino y de piedras de medianas dimensiones y materiales de construcción (tejas y ladrillos);

Nivel 5 – tierras de color castaño amarillento, con abundantes restos romanos alto imperial (ánforas Dressel 7-11 y 20, *terra sigillata* itálica, cerámica común y de paredes finas);

Nivel 6 – tierras negras de grano fino, se introducía en una estrecha área del nivel 5 y los materiales databan de la Edad Media;

Nivel 7 – debajo del 5, estaba constituido por tierras compactas, de grano medio, de color castaño. Ofreció bastante material del periodo tardo republicano (ánforas Dressel 1, Haltern 70, Maña C2, cerámica campaniense A, B y *B-ólide*, cerámica de paredes finas y común).

El Corte 5

El Corte 5 corresponde a un cuadrado de 4 x 4 m, marcado en una de las construcciones del Jardín. No se registraron grandes anomalías estratigráficas. Únicamente en una zona limitada, localizada al Nordeste, encontramos escombros medievales en toda la profundidad del cuadrado. Estos escombros corresponden al nivel 3, nivel que se introducía en los estratos de ocupación correspondientes a las épocas romana y de la Edad del Hierro.

Se identificaron varias estructuras con diversas cronologías y se excavaron varios niveles arqueológicos (fig. 102).

La Estructura 2, que se data en el periodo medieval, es una pared que se desarrolla en sentido Noroeste/Sudeste, siendo paralela al testigo Sudoeste. Medía de espesor cerca de 50 cm. En esta pared, se observaba una abertura de 90 cm de anchura, que corresponde, muy posiblemente, a un vano de puerta rellena con piedras y ladrillos (Estructura 3) en un momento indeterminado, pero muy probablemente también durante la Edad Media. Es, sin embargo, casi seguro, que el tapiado de la puerta se realizara cuando se procedió a la construcción de la estructura 1,

que está definida por una pared en arco redondeado y que debe corresponder, aproximadamente, a la mitad de la apertura de un pozo. Las estructuras 1 y 2 fueron construidas con piedras de medianas dimensiones y algunos ladrillos, sin que exista ninguna argamasa de unión. Se evidenciaron a escasos centímetros de la superficie actual.

Para la construcción de la Estructura 2 no se realizó ningún tipo de cimiento, por lo que se asienta directamente sobre el nivel arqueológico inmediatamente anterior a su construcción.

La Estructura 4 no se define totalmente en el área que abarca el Corte 5. Lo que de ella quedó visible, es un paralelepípedo macizo construido con piedras de medianas dimensiones, ligadas con argamasa de color amarillo. Esta fuerte argamasa cubre casi totalmente las piedras de la construcción, ofreciendo gran solidez. Se prolonga hacia el Nordeste, alcanzando la parte visible 158 x 86 cm. Como se comprobaría, su construcción partía de la roca madre. La robustez que presentaba, la forma como estaba argamasada, su anchura (su longitud es por ahora imposible de determinar) y el hecho de que su construcción partiera de la roca madre, permiten suponer que se trata de parte del contrafuerte de una pared perteneciente a un gran edificio. Su construcción fue datada, por los materiales arqueológicos recogidos en los

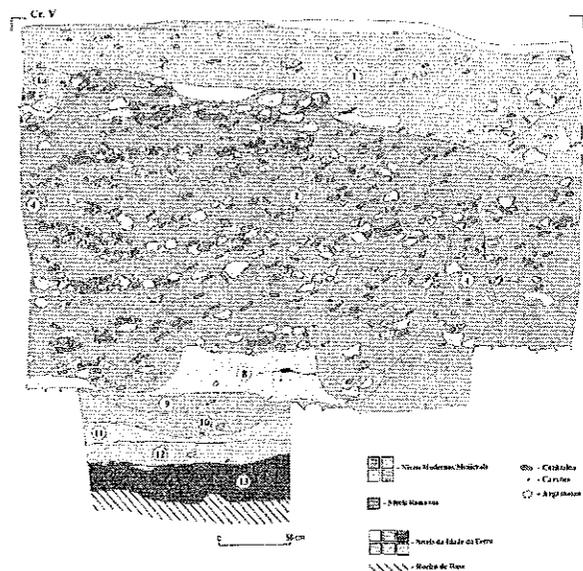


Figura 101. Alcáçova de Santarém: perfil Norte del Corte 5.



Figura 102 - Alcáçova de Santarém: planta compuesta de las diferentes fases de construcción observadas en el Corte 5.

niveles que se le asociaban, en época romana, concretamente en los inicios del siglo I d.C.

La excavación también mostraría estructuras del Hierro, correspondientes a habitaciones. Se trata de dos paredes identificadas en niveles arqueológicos distintos, pero ambos de la Edad del Hierro, habiendo sido construidas con recursos y técnicas diferentes.

La más reciente, Estructura 5, con 52 cm de espesor, presenta dos caras definidas por piedras de medianas dimensiones, estando el espacio interno relleno con piedras de pequeño tamaño.

La Estructura 6 fue construida con dos hiladas de piedras, paralelas entre sí, y de dimensiones idénticas (medianas).

Estratigráficamente, el Corte 5 presenta una secuencia de niveles arqueológicos perfectamente legibles, correspondientes a varios momentos de ocupación en la Alcazaba (fig. 101). Debe mencionarse, que los correspondientes a la Edad del Hierro son justamente aquellos que presentaban mejor estado de conservación. Del estrato 5 al estrato 22 las tierras extraídas pertenecen a 7 niveles arqueológicos, que fueron diferenciados arqueológicamente, a través de las diferentes texturas y coloraciones que las tierras que los formaban presentaban.

Nivel 0 – superficie (pavimento del jardín con cerca de 9 cm de espesor);

Nivel 1 – tierra suelta, castaña oscura, donde se registró la aparición de abundante material de construcción, principalmente piedras, ladrillos, tejas, restos de argamasa y fragmentos de cerámica medieval;

Nivel 2 – compuesto de tierras castañas, poco compactas, donde continúa registrándose la aparición de restos de argamasa, piedras y otros materiales de construcción;

Nivel 3 – localizado junto al testigo Norte, nivel de escombros, que llena una fosa abierta en el nivel 2 y que alcanza la profundidad máxima del cuadrado;

Nivel 4 – tierras amarillas, compactas, con material republicano;

Nivel 5 – Nivel 22 – sucesivos estratos de tierras compactadas y plásticas con materiales de la Edad del Hierro.

Los Cortes 6 y 7

Se trata de dos cuadrados de 4 x 4 m abiertos en las calles del Jardín.

Su excavación mostraría paredes de época romana y niveles arqueológicos correspondientes a casi toda la diacronía de la ocupación de la Alcáçova de Santarém.

Sin embargo, a pesar de la proximidad entre los dos sectores excavados y de que las estructuras ha-

lladas formaron parte de los mismos conjuntos arquitectónicos, la estratigrafía observada no tiene la misma secuencia. Las razones de esta diferencia no proceden de distintos orígenes de los sedimentos acumulados, si no al hecho de que los niveles arqueológicos correspondientes a la ocupación romana y a la Edad del Hierro, han sido perturbados de forma diferente en la Alta Edad Media.

Así, el Corte 6, que alcanza una profundidad de 2.70 m, estaba compuesto, casi en su totalidad, por niveles de escombros. Sólo junto al testigo Nordeste, se pudieron excavar niveles relativamente conservados. Esta potencia de escombros sólo se hizo comprensible cuando al alcanzar la roca madre se delimitó una fosa excavada en el calcáreo de base, abierta en el periodo musulmán. Se trataba de un silo.

El Corte 7 presentaba igualmente estratos de escombros que alcanzaban la profundidad total del cuadrado, pero su área estaba considerablemente más limitada, lo que permitió la excavación de niveles de la Edad del Hierro y sobre todo romanos bien conservados.

El Corte 8

El Corte 8 consiste en 5 cuadrados de 4 x 4 metros (C8.1, C8.2, C8.3, C8.4 y C8.8) abiertos de forma consecutiva, en las calles del Jardín.

La excavación en este sector puso al descubierto una gran estructura de almacenamiento de agua, de planta rectangular y cubierta de una bóveda. Data del siglo XVI. Las paredes que la limitaban externamente tenían una altura conservada de 1.95 m. La profundidad, en el interior, sobrepasaba el nivel de la roca madre, alcanzando 8.75 m. Tanto la bóveda como la abertura de la cisterna estaban construidas con ladrillos macizos de lados rectangulares. Las paredes internas estaban revocadas con una argamasa que las regularizaba, de color blanco. Se identificaron varios conductos que conducían directamente a la abertura de la cisterna y que se habían destinado a su alimentación.

La construcción de la cisterna, que se remonta al siglo XVI, provocó sin duda la remoción integral de los niveles arqueológicos romanos y prerromanos en casi toda el área excavada en el Corte 8. Únicamente en C8.3 y C8.4 se registraron tierras que no habían sido removidas en época posterior al periodo romano. Así, se pudieron encontrar materiales arqueológicos en sus contextos primarios, a los que se asociaban algunas construcciones de época romana.

En ninguno de los cuadrados aquí excavados se encontraron niveles arqueológicos datables en el Edad del Hierro, a pesar de que se recogieron algunos restos cerámicos de esta época, recuperados en contexto de posición secundaria, pero en niveles de escombros.

Corte 9

En el Corte 9, situado también en las calles del Jardín das Portas do Sol, se excavaron dos cuadrados, C9.1 de unas dimensiones de 3 x 4 metros y C9.17, de 4 x 4 metros.

Los trabajos realizados en C9.1 permitieron detectar dos silos, excavados en la roca, de abertura circular y perfil oval, con una profundidad de 1.20 m y 0.60 m.

La construcción de estos dos silos en época musulmana implicó, como se pudo observar, la destrucción de los niveles arqueológicos preexistentes, cuya existencia, en esta zona, se hizo perceptible por los materiales que se recogieron en los escombros de los mencionados silos.

El cuadrado C9.17 alcanzó una profundidad máxima de 3.20 m. También aquí, como en el cuadrado anterior, abundaban escombros y estratos de revuelto, pero fue posible sin embargo, excavar niveles arqueológicos conservados tanto romanos como de la Edad del Hierro.

La excavación del Templo

La intervención arqueológica que permitió identificar el templo romano de *Scallabis* transcurrió entre finales de 1994 y 1996, en el inmueble nº 5, sito en Largo da Alcáçova.

Las obras de remodelación que se pretendían efectuar en el mencionado inmueble, habían previsto la construcción de una piscina, lo que implicaba grandes movimientos de tierras. Por esta razón, era necesario proceder a una excavación arqueológica urgente exactamente en el lugar donde estaba prevista la construcción de dicha piscina. También quedó a cargo de las arqueólogas responsables del proyecto de investigación en la Alcáçova de Santarém (yo misma y Catarina Viegas), la vigilancia arqueológica de las restantes obras, principalmente de todas las demoliciones y remociones que el propietario pretendía efectuar.

Los objetivos de la intervención fueron, pues, en un primer momento, salvaguardar a través del registro arqueológico, las informaciones que podrían ser destruidas por la construcción de la piscina.

En el lugar donde se preveía la instalación del mencionado equipamiento, fueron marcados y excavados 5 cuadrados de 3 x 3 m (Q.1-Q.5). Aquí, no se registró ninguna estructura arqueológica digna de ser conservada, a pesar de que, en algunas zonas, los trabajos permitieron excavar niveles arqueológicos conservados de la Edad del Hierro y del periodo romano.

Cuando se procedía a la vigilancia de las demoliciones de las construcciones anejas al edificio principal, fue posible identificar el *podium* del templo romano de *Scallabis*. De hecho, estas construcciones, adosadas a las fachadas Oeste y Este del templo, lo ocultaban por completo, ya que el espacio aprovechado para el garaje tenía, al final, su origen en construcciones que, en la época moderna (siglo XVIII), se habían adosado al *podium* del templo, y el picadero había sido construido a finales del siglo XIX, destruyendo gran parte de la fachada Este del edificio romano.

Fue entonces necesario proceder a una serie de sondeos junto a las fachadas del *podium*, que tenían como objetivo poner a la vista la totalidad de su estructura.

Los principales objetivos de la excavación, que tuvo lugar en la zona del templo romano de la Alcáçova de Santarém, eran, no sólo poner al descubierto la estructura de su *podium*, sino sobre todo, obtener elementos que permitiesen su correcta datación. También la detección de otras estructuras posibles en esta zona, que inscribiesen, urbanísticamente, la estructura religiosa, era otro de los objetivos considerados.

Para el cumplimiento de estos objetivos, se definió una cuadrícula ortogonal formada por cuadrados de 4 x 4 m, orientados aproximadamente en sentido Norte/Sur. Se procuró su adaptación a las condiciones de la realización de los trabajos, sin dejar de tomar en consideración la realización de cortes estratigráficos perpendiculares a la base del *podium*, de modo que permitieran una lectura, lo más correcta posible, de la estratigrafía que se pudiera detectar.

La excavación del área circundante del *podium* del templo permitió analizar su estructura y detectar una serie de otros elementos que se relacionaban, de una forma o de otra, con él. Se registraron paredes de época romana, unas contemporáneas de la estructura religiosa, otras que le eran claramente anteriores y, también, restos de muros y pavimentos asociados a construcciones de época moderna. En cantidad apreciable, se contaron silos del periodo islámico, de perfil oval y excavados en la roca. Debe apuntarse que, para llegar al calcáreo de base, fue necesario perforar todos los niveles arqueológicos de época romana y prerromana que se le sobreponían, lo que provocaría profundas perturbaciones en la estratigrafía.

Es importante mencionar que la excavación en esta zona permitió, también, la recogida de importantes testimonios de la Edad del Hierro, principalmente, materiales debidamente situados estratigráficamente.

La excavación de los 5 cuadrados situados en el área de la piscina (antigua huerta)

La estratigrafía

En todos los cuadrados se excavó un estrato cuyo espesor variaba entre los 20 y los 50 cm y que se designó como Nivel 0. Se componía básicamente de tierras con mucho humus y muy húmedas, con bastantes raíces. Era el resultado de los trabajos hortícolas que se habían practicado aen este lugar, ya que esta zona correspondía al huerto del edificio ahora objeto de remodelación. En algunos cuadrados, se identificaron en este nivel 0 los enterramientos de varios équidos. De manera general, el escaso material arqueológico presente en este nivel, es del periodo contemporáneo.

Cuadrado 1

Nivel 1 – Nivel de tierras arenosas y blanquecinas, con muchas piedras a las que seguía una gran concentración de tejas. Poseía un espesor de cerca de 70/100 cm y puede considerarse un nivel de derrumbes.

Nivel 2 – Nivel compuesto por diversas realidades estratigráficas (estratos 2 a 5) que se fueron individualizando, tanto en el plano horizontal como en el vertical, siendo igualmente diferenciados los respectivos materiales. De una manera general, podemos describirlo como el resultado de grandes movimientos modernos o medievales, detectándose restos de pavimentos y de estructuras de difícil identificación, debido al mal estado de conservación que presentaban. Los materiales arqueológicos aquí recogidos abarcan un amplio espectro cronológico, desde el periodo romano a época moderna.

Nivel 3 – El nivel 3, compuesto por los estratos 6 a 15, que corresponden a varias realidades estratigráficas, está también constituido por tierras provenientes de derrumbes variados. Junto a la roca madre se encontró un conjunto de piedras de medianas dimensiones, bien aparejadas, que sin embargo no definían ninguna estructura. Algunas de estas piedras estaban envueltas por una argamasa blanca, formada por material calcáreo y arcilla.

La roca se encontraba a 4 metros de la superficie actual.

Cuadrado 2

Nivel 1 – Está compuesto de tierra amarilla clara, muy suelta, con piedras de pequeña y mediana dimensión y muchas tejas. Los materiales arqueológicos recogidos son medievales, modernos y contemporáneos. Al final de este nivel, se detectaron dos paredes

formadas por piedras argamasadas que, a pesar de todo, no pueden asociarse entre sí.

Nivel 2 – se sobrepone a la base de las dos paredes del nivel 1. La tierra del que estaba compuesto, aunque era más oscura, continuaba ofreciendo el mismo tipo de restos arqueológicos y de materiales de construcción que el nivel anterior.

Nivel 3 – Correspondía a tierra que se encontró bajo las estructuras del nivel 1, ya desmontadas. La tierra presentaba aquí una mayor concentración de carbones y cenizas, abundando los materiales arqueológicos. Estos son, casi exclusivamente, cerámicos y datan de la Edad Moderna y Contemporánea. Debe mencionarse la aparición de una moneda de 25\$00 de 1987.

Nivel 4 – Constituido por argamasas, se localiza en el área Sudoeste del cuadrado y corresponde al relleno de la zanja de los cimientos del muro que se encontraría en el cuadrado 3.

Nivel 6 – Localizado junto al testigo Norte. Se trata de un pavimento de arcilla que se data en época

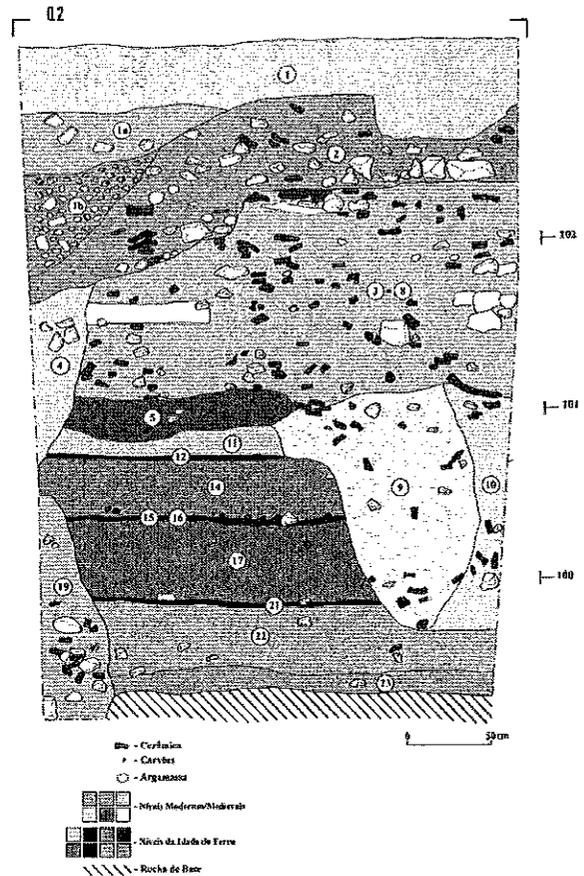


Figura 103. Alcáçova de Santarém: perfil Sur del Cuadrado 2 del área del Templo.

medieval o moderna. Estaba limitado al Sur por tres piedras alineadas.

Nivel 7 – Localizado junto al perfil Sudeste, bajo el nivel 3. Se compone de tierras compactas de color amarillento. En él se recogieron materiales romanos y de la Edad del Hierro.

Nivel 8 – Abarca casi toda la zona útil de la excavación y se encuentra a continuación del nivel 3. Corresponde a escombros de época medieval.

Nivel 9 y 10 – Sobre la roca y bajo el nivel 8. Las tierras que los constituyen (sueltas, de grano fino, con abundantes carbones y cenizas, piedras y tejas, cerámicas medievales) continúan presentando características que permiten interpretarlas como resultado de derrumbes sucesivos.

Nivel 11 – Junto al perfil Sudeste, y bajo el nivel 7. Se encontró una tierra compacta, castaña, que corresponde ya a tierras que no fueron afectadas por las «excavaciones» medievales. Se trata de un nivel preservado donde se recogieron materiales de la Edad del Hierro.

Niveles 12 y 13 – Localizados también junto al perfil Sudeste, se sitúan bajo el nivel 7. Constituidos por tierras (12) que envolvían lo que quedaba de una estructura (13). Ambos se datan en la Edad del Hierro.

Nivel 14 – Bajo los niveles 12 y 13, surgieron tierras de color castaño más claras que las anteriores, se asentaban sobre un pavimento construido con pequeñas piedras.

Se identificó un silo excavado sobre la roca madre calcárea, lo que hizo posible entonces, comprender la formación y la cronología de los niveles 3, 8, 9 y 10. Se trata de niveles que resultaron del derrumbe de la fosa abierta para la construcción de la estructura de almacenamiento subterránea, construida en época islámica.

Los niveles 15 y 16, corresponden a un único pavimento en el que se asentaba el nivel 14.

El nivel 17, que era grueso, se excavó bajo el pavimento que constituían los niveles 15 y 16. Las tierras eran compactas, amarillas castañas, y el material arqueológico cerámico, era de la Edad del Hierro. En su base se constató la existencia de abundante fauna malacológica y carbones, la tierra que los envolvía estaba quemada. Este conjunto se denominó nivel 21.

El nivel 22 se encontraba debajo del nivel 21 y estaba constituido por tierras castañas y verdosas. El material arqueológico recogido, de la Edad del Hierro, era sobre todo cerámico.

Sobre la roca existía un nivel poco espeso de tierras también castañas y verdosas, que no ofrecieron ningún resto arqueológico.

Se debe mencionar que el nivel 19, en el lado SW, cortaba los niveles previamente formados (14-23) y la propia roca, y fue el resultado del relleno medieval del silo islámico allí identificado.

Cuadrado 3

Tras la remoción del nivel 0, se verificó la existencia de varios estratos de escombros y derrumbes (niveles 1, 2 y 3). Tras la excavación de estos niveles, que ofrecieron únicamente materiales de épocas recientes, se delimitó una pared construida con piedras ligadas con argamasa amarillenta, que se desarrollaba en sentido Norte/Sur.

La excavación del área Este de la pared reveló la continuación de niveles que resultaron de los derrumbes de la estructura de habitación de la que la pared identificada formaba parte (Niveles 4 y 4a).

La zanja de construcción de la mencionada pared estaba rellena de tierra mezclada con gran cantidad de arena (Nivel 6) y en el lado NO de carbones (Nivel 7).

En el lado oeste de la pared, la excavación permitió comprobar la existencia, en la parte alta Norte del cuadrado, de otra que hacía esquina con la hallada anteriormente.

En este espacio, limitado por las dos paredes, que ciertamente definían un compartimento, se encontró un pavimento de ladrillos datado en época moderna (Nivel 5). Bajo este pavimento se excavaron los niveles 8 y 9, también con materiales modernos.

Las zanjas de los cimientos de los muros eran también visibles y se pudieron diferenciar estratigráficamente (Nivel 8a y 10).

En los lugares ocupados por las zanjas de los cimientos de las paredes mencionadas, rellenas completamente de materiales modernos, fue posible registrar junto al testigo Este, una secuencia de niveles preservados datados del periodo romano y de la Edad del Hierro (Niveles 11, 11a, 12 y 13e, 13a).

Cuadrado 4

El nivel 1, tal como en la mayor parte de las restantes zonas excavadas en este sector, está compuesto de abundantes materiales de construcción. Se trata de un nivel de escombros.

El nivel 2 corresponde también a varios derrumbes, aunque se registraron materiales romanos y medievales.

El nivel 3 se diferenciaba del anterior por la tonalidad, un poco más oscura, y por el mayor número de materiales de construcción y de cerámicas medievales. Se localizaba en el lado Sudeste del cuadrado.

El Nivel 4 se circunscribía al área Noroeste, aunque también estaba compuesto de tierras removidas, donde se recogieron materiales medievales y escasos restos romanos.

El Nivel 6 ocupaba el área central del cuadrado, y en él se delimitó un muro que partía del testigo Sur. Las tierras eran más compactas, pero se continuaron registrando materiales de construcción y restos arqueológicos de varias épocas (medieval, romana y de la Edad del Hierro).

El Nivel 7, debajo del 6, estaba ya intacto, ofreciendo únicamente materiales romanos. Al Este del muro, se delimitó también el Nivel 8, que se diferenciaba del 9, junto al testigo Este, por el hecho de que la tierra que lo formaba era más amarillenta.

El Nivel 10, en el lado oeste de la pared, correspondía al nivel 9.

Los materiales del Nivel 11 son medievales, y éste se localizaba en la zona Norte del cuadrado, donde los estratos de escombros proseguían.

El Nivel 12 correspondía a las tierras de relleno de la zanja de cimentación del muro. Los materiales arqueológicos recogidos pertenecen a época romana, lo que indica esa misma cronología para la mencionada pared.

El Nivel correspondiente al 12, pero del lado oeste de la pared (nivel 13), no tenía restos asociados.

El Nivel 14, localizado debajo del 13, se superponía a la roca y era estéril desde el punto de vista arqueológico.

El Nivel 15, debajo del 12, estaba constituido por un empedrado con tres estratos de piedras medianas, bien encajadas unas a otras, que formaban la base de la pared. El nivel 16 es semejante al 15, localizándose hacia el Norte de la continuación de la base del muro.

Cuadrado 5

Tras la remoción del nivel 0, de tierra humosa, se excavaron los niveles 1 y 2, compuestos de escombros variados. Bajo éstos, se definió una aglomeración de piedras que parecía tratarse del derrumbe de alguna estructura localizada al Sur de este cuadrado. La retirada de este posible derrumbe, permitió constatar la existencia de un espeso y amplio Nivel 3, compuesto por tierra mezclada con piedras y otros materiales de construcción, que ofreció restos arqueológicos de época medieval.

Debajo del Nivel 3, se excavó el 4, una franja de tierra amarillenta junto al testigo Este, que corresponde al relleno de la zanja de cimentación de la pared detectada en el Cuadrado 3.

Al Norte del cuadrado, se identificó el Nivel 5,

de tierras amarillas, en el cual se recogió material de la Edad del Hierro. Este nivel corresponde a un área vagamente rectangular de 0.70 x 1.60 m.

Los niveles 6 y 7 corresponden respectivamente, a los lados oeste y Este del cuadrado y constituyen el prolongamiento, en profundidad, del nivel 3. Eran niveles de escombros, cuyas tierras y piedras de las que se componían, habían rellenado las zanjas abiertas en época islámica en los niveles romanos y prerromanos, y destinadas a la construcción de dos silos subterráneos, cuyas aberturas se detectarían en estas mismas zonas del cuadrado.

La excavación de los niveles preservados en la zona Norte del cuadrado; bajo el nivel 5, se inició con la retirada del nivel 8, de tierra amarilla con materiales de la Edad del Hierro, que reposaba sobre un empedrado, Nivel 9. Debajo de éste, surgió todavía un conjunto de varios niveles de tierras con coloraciones y texturas distintas, que fueron individualizadas (Niveles 10 y 11). La excavación terminó con la retirada del nivel 12, sobre la roca, donde se recogieron también materiales arqueológicos de la Edad del Hierro.

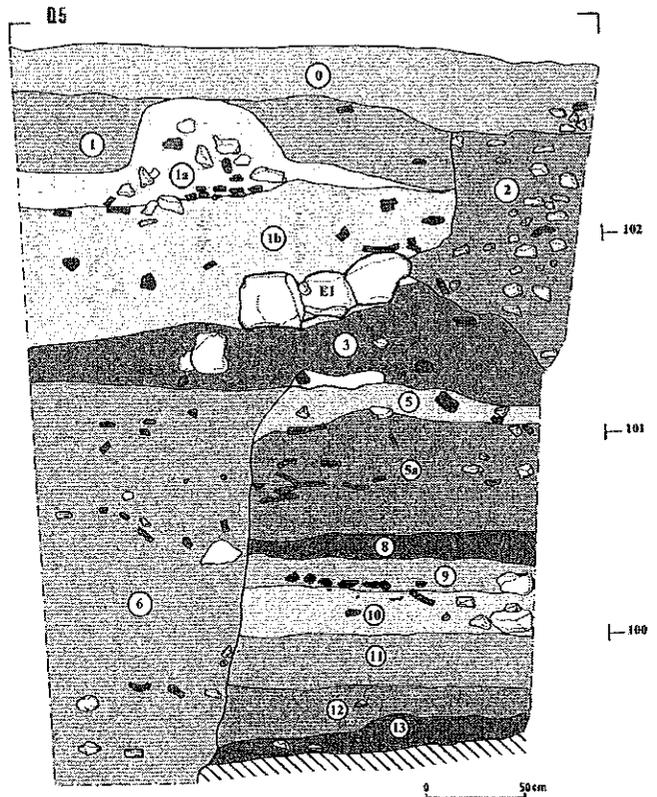


Figura 104. Alcáçova de Santarém: perfil Norte del Cuadrado 5 del área del Templo.

La excavación del área circundante del podium del templo

Como ya mencioné, la demolición de una serie de estructuras localizadas frente a la casa de vivienda, al Sudeste del área de la piscina, y del picadero, permitieron poner a la vista el podium del templo romano de Scallabis.

Fue entonces cuando se programó una nueva campaña de excavación, efectuándose 31 sondeos que se designaron por «Cuadrados», a pesar de que muchas veces su forma no correspondía exactamente a la de un cuadrilátero. Se numeraron a medida que se iban excavando, optando por no iniciar una nueva numeración que prolongase la que ya había sido establecida para el «área de la piscina».

Se intentó, siempre que fue posible, prolongar los cuadrados ya definidos en la zona de la piscina, lo que se hizo en los sondeos efectuados junto a las fachadas oeste y norte. Junto a la fachada sur, se pensó que era conveniente que los «cuadrados» fuesen perpendiculares a la pared del *podium*, no estando de este modo ligados al resto de la cuadrícula del terreno. En la orientación de estos «cuadrados» se siguió la misma que la que presentaban los que se excavaron junto a la fachada Este.

En cuanto a los «cuadrados» marcados en la parte más alta del *podium*, sus dimensiones siguieron las posibilidades del espacio disponible, pero se orientaron siguiendo la cuadrícula marcada en el «área de la piscina» y las fachadas oeste y Norte del *podium*.

Siempre que por motivos dictados por la investigación fue necesario prolongar los cuadrados ya excavados, éstos recibieron una numeración del cuadrado adyacente seguida de la letra A (ej.: Q.6 A, etc.).

De manera general, los cuadrados marcados procuraron siempre adaptarse a las condiciones de realización de los trabajos, sin dejar de perder de vista el establecimiento de cortes estratigráficos perpendiculares a la base del *podium*, de modo que permitieran una lectura de la estratigrafía lo más correcta posible.

La excavación de los cuadrados de la fachada Sur del podium

En este lugar, se excavaron 6 cuadrados (Q.6, Q.6a, Q.7, Q.18, Q.19, Q.20). A excepción de Q.6a, todos medían 3 x 3 m. Se derrumbaron también todos los testigos que fue posible.

En esta zona, la excavación mostraría una pared que se prolongaba casi paralela al *podium* del templo, cuya cronología no fue posible determinar.

En Q.6, Q.18 y Q.19, se encontraron niveles romanos, mejor o peor conservados. También fue posible identificar trozos de muros afines entre sí. Los materiales que se les asociaban indicaban que estas paredes correspondían a un momento cronológico inmediatamente anterior a la construcción del templo, pudiendo datarse en época romano-republicana.

En Q.6 y Q.7, se excavaron silos, de cuyo interior se recuperó una apreciable cantidad de cerámica medieval.

En este sector, la excavación no reveló ningún nivel arqueológico de la Edad del Hierro.

Cuadrado 6

Conforme se puede observar en la planta anterior, figura 6.51, los cuadrados 6 y 7 se localizaron entre el inmueble y la fachada Sur del *podium* del templo.

El Nivel 0, que correspondía al pavimento que entonces servía de área límite a la casa objeto de remodelación, estaba formado por tierra compacta y piedras de pequeñas dimensiones ligadas con argamasa. Debajo de este nivel, se excavaron niveles de escombros formados por tierra suelta mezclada con materiales de construcción con diferentes grados de concentración (Nivel 1, 2 y 3).

El nivel 4 se sobrepone al 3. En él, se recogió poco material arqueológico, pero fue posible detectar la base de una pared que se desarrollaba paralelamente a la fachada Sur del *podium* del templo. Junto a este muro, fue posible diferenciar una tierra amarilla con materiales arqueológicos de época romana.

Cuadrado 7

En este cuadrado, se registró un conjunto de niveles superficiales (escombros con argamasa de diferentes coloraciones y fragmentos de materiales de construcción y restos arqueológicos medievales y modernos), que se prolongan hacia el Sur.

También se identificó, en la base, un nivel romano, en el que se pudo verificar la existencia de una pared de la que apenas quedaba una única hilada de piedras. En los lados Sudeste y Sudoeste, se excavaron silos, de cuyo interior fue posible recuperar una apreciable cantidad de cerámica medieval.

La excavación del testigo Sur del cuadrado 6 permitió una lectura más completa del área aquí excavada.

Cuadrado 8

El cuadrado 8 se marcó en el espacio disponible existente en la entrada del picadero. Su excavación te-

nía por objeto comprobar si la pared que se extendía paralelamente a la fachada Sur del *podium* del templo, detectada en el «cuadrado» 6, se prolongaba en esta dirección y averiguar su cronología.

Tras la remoción del nivel superficial, formado por una arena amarilla y, al Sur, por una pequeña calzada, se constató la superposición de una serie de niveles de escombros, con materiales de construcción y restos arqueológicos medievales y modernos. De hecho, se comprobó que la mencionada pared se prolongaba hasta este lugar, sin que fuera posible su datación, dada la total ausencia de niveles arqueológicos conservados.

La excavación de los cuadrados de la fachada oeste del podium

En la zona oeste del *podium* del templo romano, se excavaron 5 cuadrados (Q.9, Q.10, Q.11, Q.13, Q.21). Se obtuvieron secuencias estratigráficas bastante diferenciadas entre sí. De hecho, también aquí, hubo áreas donde los depósitos medievales y modernos perturbaron la estratigrafía, aunque, sin embargo, se verificó que estas alteraciones esquivaron, a veces, sectores donde se detectaron niveles arqueológicos romanos conservados.

En el lugar del antiguo garaje (Q.11, Q.13 y Q.21), se constató que la pared del templo se encontraba en buen estado de conservación, lo que no se observaba en el área que abarcaban los Q.9 y Q.10. Aquí, las piedras del *podium* habían sido removidas, pudiendo observarse todavía su negativo.

Cuadrado 9

El «Cuadrado» 9 se abrió junto al lado Noroeste del *podium* del templo. Tras la remoción del estrato superficial, humoso, con muchas raíces de higuera, surge un estrato con innumerables escombros compuestos de materiales de construcción, esencialmente fragmentos de argamasa. La excavación confirmó la continuación del muro de Q.3, así como la continuación del pavimento de ladrillo.

Removido el pavimento, se comprobó que debajo de éste existían varios estratos de tierras arenosas y blanquecinas, seguidas de niveles de tierras castañas más oscuras. Se trataba de niveles correspondientes a escombros variados y otros depósitos de época moderna, donde se recogieron abundantes fragmentos de cerámicas medievales y modernas.

Bajo este conjunto de niveles, se detectó un trozo de pared, cuyo alineamiento permitió relacionarla con los muros encontrados junto a la fachada Sur, anteriormente descritos, así como con aquellos que se

detectarían en los cuadrados 11 y 13 de esta misma zona.

Cuadrado 10

Tras el nivel de superficie, se registró una serie de estratos revueltos medievales y modernos, constituidos por materiales de construcción. Tal como sucedió en los Cuadrados 3 y 9, también en este lugar surgió un pavimento de ladrillo que ciertamente, formaba parte del conjunto de habitaciones modernas que se encontraban adosadas al *podium* del templo. Bajo el pavimento, continuaban los niveles con tierras castañas claras y materiales de construcción, que, a veces, alternaban con estratos de tierras más oscuras, persistiendo los materiales medievales y modernos.

Alcanzando la roca madre a 2.90 m de la superficie actual, se verificó, junto a la base del templo, la existencia de una zapata que habría servido para soportar una de las paredes de las estructuras modernas. Parte de la argamasa de esta zapata se acumuló y solidificó junto a la base del *podium*. Fue exactamente bajo esta zapata, sobre la roca, donde se obtuvieron algunos niveles antiguos preservados.

Junto al testigo Oeste, se identificaría un silo musulmán excavado en la roca madre y que ciertamente, constituía el origen de la remoción de tierras romanas y prerromanas existentes en el lugar.

Cuadrado 11

El primer nivel correspondía a la pavimentación del garaje que existía en este lugar y que estaba constituido por una calzada de piedras de mediana dimensión ligadas con argamasa. Debajo de éste, se registró un conjunto de niveles de tierras castañas con bastantes materiales arqueológicos medievales y modernos.

La continuación de la excavación en profundidad permitió identificar dos muros paralelos entre sí y claramente asociados a un urbanismo romano anterior a la construcción del templo. Estos muros se relacionaban, claramente, con los identificados junto a la fachada Sur (Q.7, Q.18 y Q.19) y con aquellos que se encontraban en Q.4, en el área de la piscina, y en Q.9, en esta misma fachada oeste. Era perfectamente visible, en este lugar, que la construcción del templo tuvo un carácter destructivo para este urbanismo preexistente, pero ya romano. Los niveles arqueológicos asociados a estas estructuras, aunque algo afectados por los depósitos medievales y modernos, se encontraban, sin embargo, conservados en algunos sectores, lo que permitió datarlos, con cierta precisión, a través de los materiales arqueológicos recogidos, en medios del siglo I a.C.

Cuadrado 13

Los resultados que se obtuvieron en Q.13 siguen de cerca los que se verificaron en Q.11, habiéndose observado que las paredes puestas al descubierto en este último cuadrado y los niveles arqueológicos que se le asociaban se prolongaban en Q.13. Sobre ellos, se constató la existencia de un espeso conjunto de estratos formados por tierras de escombros con diferentes intensidades de materiales de construcción, restos arqueológicos medievales y modernos y bolsas de carbones. Junto al testigo Sur, se puso al descubierto un silo musulmán, excavado en la roca y responsable de la destrucción de las paredes romanas y dos niveles arqueológicos de esta misma época.

Alcanza la roca madre a 2.40 m de la superficie actual.

La excavación de los cuadrados de la fachada Norte del podium

La fachada Norte del *podium* del templo romano se encontraba totalmente cubierta con tierra, que abarcaba todo el espacio hasta la muralla que giraba hacia la Calçada de Santiago.

Los cuadrados marcados fueron orientados de acuerdo con la cuadrícula establecida en el área de la piscina y ya seguida también junto a la fachada oeste.

Cuadrados 14 y 17

El Nivel 0 estaba compuesto por tierra humosa bastante suelta, con abundantes piedras y algunos materiales arqueológicos modernos y contemporáneos. Los niveles siguientes estaban compuestos por escombros de variada procedencia, abundando diferentes materiales de construcción, argamasa, ladrillos, tejas y piedras, pero escaseaban los materiales arqueológicos. Debajo de este conjunto de diferentes derrumbes, se puso al descubierto, en la totalidad del área excavada, un pavimento de ladrillos semejante a los detectados anteriormente junto a la fachada oeste del área de la piscina.

Bajo el pavimento de ladrillos, fue posible obtener niveles preservados con materiales romanos y de la Edad del Hierro, en una primera fase todavía con zonas bien definidas de depósitos medievales y modernos (fosa, silos). Debe mencionarse la aparición de estructuras construidas (paredes) de época romana contemporáneas a la utilización del edificio religioso, asociadas a materiales arqueológicos.

Cuadrado 12

El cuadrado 12 se marcó junto a la esquina Noroeste del *podium*.

Tal como en los cuadrados adyacentes (Q.9 y Q.14), se comprobó la existencia de un pavimento de ladrillos (nivel 2) tras el nivel de superficie y de una serie de estratos de derrumbes. Bajo la argamasa que sirve de base al pavimento, surgieron, todavía, algunas intrusiones medievales y modernas, obteniéndose seguidamente niveles romanos preservados, apenas interrumpidos por las zanjas de intrusión presentes en las capas de tierras paralelas a la base del templo. En el lado Nordeste del área, se diferenció también otro nivel preservado, más antiguo, caracterizado por una tierra castaña más oscura.

Junto al testigo Este, era visible la violación realizada junto a la fachada Norte del templo, que destruyendo parte del pavimento de ladrillos, alcanza la roca madre. Esta zanja abierta para proceder al «robo» de las piedras aparejadas de la esquina del templo, se abría a la superficie, indicado que el robo de los sillares debió ocurrir ya en lo siglo XX.

Esta violación no impidió, sin embargo, que los niveles romanos hubiesen quedado parcialmente conservados. Más importante todavía, fue la aparición de tierras correspondientes al menos a dos niveles prerromanos, donde se recogió algún material arqueológico de la Edad del Hierro. Sobre la roca madre, que en este lugar se encontraba a 4.20 m de la superficie actual, se excavó un estrato de tierra donde se recogieron materiales que pueden datarse, con reservas, en la Edad del Bronce.

La excavación de los cuadrados de la fachada Este del podium

La fachada Este del templo fue totalmente destruida, a finales del siglo XIX, por la construcción de un picadero. De hecho, sus constructores procedieron, en este lugar, a la remoción integral de las piedras argamasadas del *podium*, apenas visible a nivel de sus cimientos.

Las circunstancias de la propia excavación acabaron por dictar la reducida dimensión de las áreas excavadas junto a la fachada Este, donde también se vigiló la abertura de las zapatas que se realizaron para la implantación de los pilares de sustentación del edificio que iba a ser construido en este lugar.

Cuadrados 23, 25 y 26

La remoción de las tierras superficiales con diversos materiales de construcción reveló la existencia de rellenos con restos medievales y modernos. A pesar de que, en la mayor parte del área excavada, los revueltos llegaban hasta la roca madre (que se encontraba a cerca de 1 m de profundidad), hubo zo-

nas en las que los estratos preexistentes quedaron preservados y donde fue posible recoger material arqueológico asociado a la construcción del edificio religioso.

Algunas estructuras relacionadas directamente con el mismo edificio permiten lanzar la hipótesis de que la escalinata de acceso al mismo se localizaría justamente en esta fachada y se encontraron, además, trozos de muros que parecen corresponder a la ocupación romana anterior al templo, de la cual se registraron también vestigios junto a las fachadas Sur y oeste.

Como ya ha quedado dicho, el edificio proyectado en el lugar del antiguo picadero, obligó a la abertura de un conjunto de zapatas para la fijación de pilares de sustentación. La excavación de las zapatas, que corresponden a los cuadrados 27-36, estuvo siempre acompañada por la vigilancia del equipo de arqueología.

Los resultados obtenidos no difieren, en lo esencial, de los que la excavación de los restantes «cuadrados» de esta área Este ofrecieron, registrándose la presencia de niveles romanos conservados asociados, tanto a la construcción del templo, como a momentos inmediatamente anteriores.

La cima del podium: Cuadrados 15, 16, 22 y 24

La cima del *podium*, que constituía parte del terreno de la casa con función de huerta/jardín, se encontraba cubierta de tierra y árboles.

Estaba destruido, en la zona central, por una cisterna datada en el siglo XVIII. En toda la superficie restante eran visibles los «robos» de piedras, cuyos negativos quedaron, sin embargo, bien marcados.

Una serie de conductos de agua, construidos con ladrillos, también se detectaron aquí. Conducían directamente a la cisterna con la que están relacionados, y deben asociarse a las construcciones de habitación que, durante la Edad Moderna, se adosaron al *podium*.

Pero, además de las mencionadas canalizaciones, la limpieza de la cima del *podium* también permitió observar que éste era macizo y había sido construido con piedras de medianas dimensiones dispuestas de modo que formaban hiladas, más o menos concéntricas, y ligadas con una argamasa de cal y arena blanquecina, el típico *opus caementicium*. Esta construcción maciza fue, en el momento final, revestida por sillares aparejados; sillares que todavía eran visibles en el fachada Sur, y por piedras de medianas dimensiones, únicamente con una de las caras inclinadas.

Las excavaciones de 1997

Las excavaciones que tuvieron lugar en 1997 en la plaza de la Alcáçova y en parte del Jardín das Portas do Sol fueron excavaciones preventivas que se destinaron a abrir, por medios arqueológicos, la zanja de instalación de la red de alcantarillado de esta zona de la ciudad. El trabajo de campo tubo, por tanto, como objetivo primordial la minimización de los impactos negativos que la implantación de esta infraestructura, en esta zona de la ciudad, ciertamente provocaría sobre su patrimonio arqueológico.

Como ya mencioné anteriormente, la organización de la excavación de la Campaña de 1997, dependió de la planta ofrecida por la administración, donde estaba localizada la zanja donde se situaría el alcantarillado, así como el lugar exacto de la fijación de las zapatas del anexo del restaurante. De este modo, más de una vez, varias de las áreas abiertas, a las que se denominan cuadrados, no corresponden realmente a cuadriláteros, ya que los lados que los definen no son iguales.

La excavación en el área del Jardín

Los cuadrados Q1, Q2, Q3, Q4, Q5, Q6, Q7 y Q8 se localizan en el interior del Jardín das Portas do Sol, concretamente entre su entrada y las actuales instalaciones sanitarias, situándose en dos de las calles principales del Jardín.

Los Q1 y Q6 se excavaron contiguos, situándose en un amplio corte de 20 x 2.5 m, entre el Jardín das Portas do Sol y el restaurante.

Cuadrado 1

En el cuadrado Q1, de 3 x 3 m, el nivel 0 estaba compuesto por arenas y arena gruesa mezclada con arcilla, que constituían la pavimentación de las calles del Jardín. A pesar de que se constataron ligeras diferencias de coloración, este estrato se extendía por toda el área del cuadrado. Su consistencia era compacta.

Bajo el nivel 0, surgió el 1, de tierra castaña oscura. Medía cerca de 10 cm de espesor y seguía el declive natural del terreno (en sentido Norte/Sur). Se extendía por todo el cuadrado, con excepción del lugar donde se había instalado un cable eléctrico, donde la zanja abierta para esta instalación había sido rellena con arenas. La zanja y el respectivo cable eléctrico se desarrollaban en sentido Norte/Sur, junto al testigo Este del cuadrado. Dada la presencia del cable eléctrico se limitó el área de excavación a 1.5 m de ancho manteniéndose los 3 m de largo.

Retirado el nivel 1, se excavó el 2, de tierra castaño oscuro, con 15 cm de espesor.

La nueva realidad estratigráfica que se identificó a continuación presentaba 3 estratos distintos en el mismo plano horizontal. Se mantenían las zonas de relleno de la zanja del cable eléctrico y estaba presente el nivel 3 (en el área Noroeste/Sudeste), compuesto de tierras castañas claras y restos de materiales de construcción, y el nivel 4 (en el área Sudoeste), que presentaba un color castaño amarillento.

La retirada de los niveles 3 y 4 dejó a la vista el nivel 5, de tierras color castaño grisáceo, poco compactas y con abundantes materiales de construcción.

El nivel 6, debajo del 5, estaba constituido por tierras compactas y arcillosas amarillas.

El nivel 7, en el área Sur del cuadrado, estaba formado por tierras castaño oscuro, compactas y con una orientación Norte/Sur.

El nivel 8 ocupaba el área Este del cuadrado, anteriormente ocupada por el nivel 5. Presentaba tierras de grano fino muy sueltas, de color castaño verdoso.

Las tierras del nivel 9 eran compactas, arcillosas, de color verdoso, con nódulos de arcilla y algunos carbones.

Todos estos niveles eran de revuelto y/o de escombros. Al constatar este hecho, se consideró que estos niveles estaban ya suficientemente documentados y eran de reducido interés científico, por lo que a partir de 1.5 m de profundidad se limitó la excavación, únicamente, al área Norte del cuadrado. Se comprobó que los niveles 10 y 11 tampoco correspondían a ninguna ocupación de abandono y eran el resultado de varios derrumbes.

Se alcanzó la roca madre a 2.30 m de la superficie actual.

Cuadrado 2

Tal como en las restantes áreas intervenidas durante la campaña de 1997, tras el desmonte de los niveles superficiales (0), constituidos por arenas y arcillas gruesas de las calles del Jardín, se hizo necesario reconsiderar un sondeo, dada la presencia de cañerías de agua y cables eléctricos. El área de excavación de este cuadrado, inicialmente de 3 x 3 m, quedó circunscrita de este modo, a 1.5 m x 3 m.

El nivel 1 era de tierra castaño oscura y medía de espesor cerca de 15 cm.

El nivel 2 estaba compuesto de tierras amarillentas, bastante compactas y ofreció abundante material romano. El nivel 1 continuaba introduciéndose en este nivel 2. La excavación integral del nivel 2 permitió identificar una pared de piedras aparejadas, li-

gadas con argamasa, que se desarrollaba en sentido Norte/Sur, paralela al testigo Este del cuadrado.

Los niveles 3 y 4, por debajo del 1, estaban compuestos de tierras sueltas castañas grisáceas y amarillentas, respectivamente. Ofrecieron materiales romanos, medievales y modernos. Se trataba de niveles de escombros que se introducían en los estratos conservados romanos y de la Edad del Hierro.

En el nivel 5, compuesto por tierras compactas, se recogió abundante material de la Edad del Hierro.

El nivel 6, idéntico al 5, se distinguía de éste, por la presencia de fragmentos de adobe, lo que indicaba, por tanto, que se trataba de un nivel de derrumbe de paredes de la Edad del Hierro.

Los niveles 7, 8 y 9, localizados en el área Sur, Sudeste y Noroeste respectivamente, correspondían a la misma unidad estratigráfica que el nivel 6, diferenciándose en el momento de la excavación, por sus localizaciones distintas dentro del cuadrado.

El nivel 10, que se sobreponía a la roca madre, se componía de tierras castañas oscuras, muy compactas, con zonas donde surgían grandes concentraciones de cenizas y carbones.

Alcanzaba la roca madre a 2.30 m de la superficie actual.

Cuadrado 3

Al igual que en los cuadrados anteriores, el área inicialmente marcada poseía una serie de zanjas con tuberías de electrificación y de conducción de aguas, siendo necesario prolongar el área a excavar. Las zanjas (nivel 0) atravesaban el cuadrado en sentido Norte/Sur y su base correspondía al inicio de los niveles conservados.

El nivel 1, de tierras amarillas compactas, ofreció abundantes restos arqueológicos de época romana, principalmente *terra sigillata*, ánforas, cerámica común y de paredes finas y lucernas. Este nivel presentaba, sin embargo, alteraciones en una pequeña zona (nivel 2), donde se identificó otra zanja que se desarrollaba en sentido Nordeste/Sudeste y donde se habían introducido cables eléctricos.

Bajo el nivel 1, se identificó el nivel 3, de tierras castañas amarillentas, donde se recogió material romano de cronología idéntica al obtenido en el nivel 1. Sin embargo, se debe mencionar que este nivel 3 presentaba, también, materiales de construcción romanos, como *tegulae* y ladrillos, así como abundante fauna mamífera y malacológica.

Los niveles 4 y 5 son también romanos y corresponden a dos estratos de derrumbe de estructuras de esta época.

Los niveles 6 y 7 son ya de la Edad del Hierro.

Estaban formados por tierras de color amarillo anaranjado y ofrecieron abundantes restos cerámicos. El nivel 7 se asentaba, en el lado Noroeste, sobre un pavimento de arcilla compacta, bien conservado. Se debe mencionar que un nivel 8, de época romana, se introducía en el área de los niveles 6 y 7.

El nivel 9 poseía una tierra de coloración verdosa, debido a la presencia de numerosos nódulos de arcilla resultantes de la disgregación de pequeños ladrillos de adobe.

Bajo el nivel 9, se registro el 10, de tierras menos compactas que las del 9, y donde la presencia de adobes era considerablemente más escasa.

Los niveles 11 y 12 sucedían al 10, situándose el 12 sobre la roca madre.

Se alcanzó la roca a 2.30 m de la superficie actual.

Cuadrado 4

El nivel 0 era semejante a sus correspondientes de los Q1, Q2 y Q3, ya descritos anteriormente. A éste se seguía el nivel 1, de tierras sueltas y removidas, lo que se explicaba por la existencia, en el lugar, de un conjunto de canalizaciones y cables eléctricos y sus respectivas zanjas.

Los niveles 2 y 3, que se asemejaban al nivel 1, estaban compuestos de tierras castañas oscuras y grisáceas. En todos ellos, se recogió material arqueológico correspondiente a época medieval y moderna.

Retirado el nivel 3, se comprobó la existencia, en el mismo plano horizontal de dos realidades estratigráficas distintas: un nivel de tierra compacta, de color castaño amarillento, con materiales de la Edad del Hierro (5); un nivel de tierra suelta, de color castaño oscuro, con materiales de época medieval (4), que se introducía en el nivel 5. Este nivel 4 se localizaba, únicamente, en el extremo Sudoeste del cuadrado.

Bajo el nivel 5, se definió el 6, de tierras castañas verdosas y donde se registraron algunas concentraciones de piedras de medianas dimensiones. El ma-

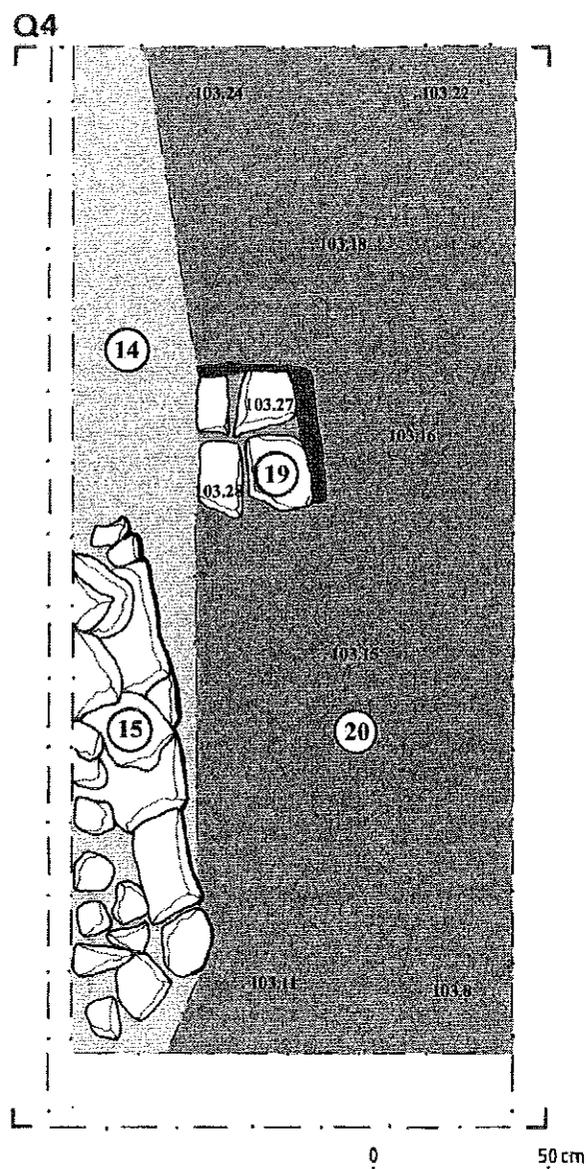


Figura 105. Alcáçova de Santarém: planta compuesta de las estructuras de los niveles inferiores de Q4 (excavaciones de 1997).

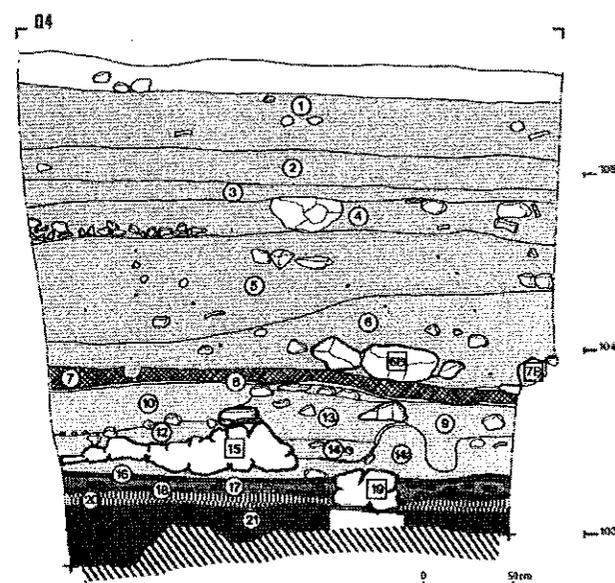


Figura 106. Alcáçova de Santarém: perfil oeste del Cuadrado 4 (excavaciones de 1997).

terial de este nivel se puede integrar, cronológicamente, en la Edad del Hierro.

El nivel 7 se componía de tierras de tonalidad verdosa y se asentaba sobre un pavimento de rocas calcáreas molidas, con 10 cm de espesor máximo. Fue designado como nivel 8. En el nivel 7, se delimitó una pared formada por piedras de medianas dimensiones, cuyos derrumbes correspondían a las concentraciones de piedras constatadas en el nivel 6. Esta pared había sido construida sobre el pavimento calcáreo que corresponde al nivel 8.

Retirado el pavimento, se identificaron, todavía, varios niveles sobrepuestos (9-20), constituidos por tierras muy compactas, con una coloración que variaba entre el castaño y el naranja oscuro. Es importante mencionar que algunos de ellos estaban separados por pavimentos de tierra batida.

Se alcanzó la roca a 2.85 m de la superficie actual.

Cuadrado 5

Situado entre los cuadrados 2 y 3, el área real excavada en este cuadrado se limitó a 2 x 2.5 m.

La remoción del nivel 0, de características idénticas a los correspondientes de Q1, Q2, Q3 y Q4, ya descritas, permitió identificar la continuación de la pared que se registró en Q2. También aquí se desarrollaba en sentido Norte/Sur y era paralela al testigo Este.

El nivel 1, debajo del 0, correspondía ya a un nivel conservado de época romana, pero se circunscribía a una zona localizada en un eje Sudoeste/Norte. Estaba constituido por tierras compactas de color castaño amarillento.

En el mismo plano horizontal que el nivel 1, pero en las áreas Sudeste y Este, encontramos el nivel 2, dividido en varios estratos y formado por escombros variados procedentes de épocas distintas. Las tierras que componían el nivel 2 eran sueltas, castañas cenicientas, de grano fino y con abundantes materiales datados en época medieval y moderna.

En el área Sudeste del cuadrado, el nivel 3 se sobreponía al 2, habiéndose constatado, tras el fin de la excavación, que correspondía a los escombros de una fosa excavada durante la época islámica en los niveles romanos y de la Edad del Hierro, y que permitía el acceso a la roca madre calcárea, donde se había abierto un silo.

En las restantes áreas del cuadrado no afectadas por la abertura de la fosa, se encontraría, bajo el nivel 1, el nivel 4, de tierras castañas verdosas oscuras, que corresponden a la Edad del Hierro.

La consecución de los trabajos en profundidad permitió excavar una secuencia de niveles conserva-

dos de la Edad del Hierro (5-18), que se sobreponían con gran nitidez hasta la roca madre, que se encontraba a 2.40 m de la superficie actual.

Cuadrado 6

El cuadrado 6 se localiza entre el 3 y el 4. Sus dimensiones reales son de 2 x 2.5 m, aunque el área útil de excavación fue reducida, a partir del nivel 4, a 1 x 2.5 m.

Retirado el nivel superficial (0), que correspondía al pavimento del Jardín, se excavaron los niveles 1, 2 y 3, de tierras amarillas más o menos compactas, de acuerdo con las zonas.

El nivel 4 sucedía al 1, 2 y 3. En él, se recogieron materiales arqueológicos de época romana.

Los niveles que a continuación se identificaron (5-13) pertenecían a la Edad del Hierro. Es importante registrar que los niveles 10 y 11 estaban separados por un pavimento de material calcáreo, mezclado con piedras de pequeñas dimensiones.

Estos niveles, de tierras compactas, muchas veces mezcladas con carbones, ofrecieron abundante material arqueológico. También debe mencionarse que, en algunos de ellos, se encontraron vestigios de adobes (8-11), y que, además, la tierra de esos niveles ofrecían coloraciones verdosas o anaranjadas.

Se alcanzó la roca a 2.55 m de la superficie actual.

Los cuadrados Q7 y Q8, también localizados en el interior del Jardín, se encuentran entre las instalaciones sanitarias y la plaza del Jardín. El área de excavación fue de 1.50 x 3 m.

Cuadrado 7

También en este cuadrado, el nivel 0 estaba constituido por grava y arenas que corresponden a la pavimentación actual del Jardín. Igualmente en esta zona, se registró la aparición de hilos eléctricos y sus respectivas zanjas, rellenas con arena.

El nivel 1 se componía de tierras castañas oscuras cenicientas, que contenían materiales arqueológicos medievales y modernos, y materiales de construcción principalmente tejas y piedras de medianas dimensiones.

Debajo de este nivel 1, todavía fue posible excavar los niveles 2 y 3, también correspondientes a revuelto y/o escombros.

La continuación de la excavación en profundidad permitió encontrar una pared que seguía paralela al testigo Este, asociándose a un nivel de tierras amarillas y compactas, que se designó como 4. La pared, construida con piedras aparejadas de medianas di-

mensiones, estaba, en su cara oeste, revestida de estucados pintados, la gran mayoría de los cuales se encontró mezclado con las tierras del nivel 4. Los materiales recogidos en este nivel 4, *terra sigillata*, ánforas, vidrios, cerámica de paredes finas y común, indicaron que nos encontrábamos ante un nivel romano alto-imperial, datación confirmada por las características que los estucados presentaban.

La roca madre calcárea se encontraba a 2.50 m de la superficie actual, verificándose que el nivel 4 se prolongaba hasta la roca, no habiendo sido excavado, en este lugar, ningún nivel correspondiente a la Edad del Hierro, hecho al que, ciertamente, no será extraña la presencia de la construcción romana de la que se registró la pared ya descrita.

Cuadrado 8

Los 2.70 m de tierras excavados en el cuadrado 8 corresponden, íntegramente, a tres niveles de tierras revueltas, castañas grisáceas, donde se mezclaban cerámicas de varias épocas y materiales de construcción. Se trata de sucesivos derrumbes.

Entre el cuadrado 4 y el cuadrado 7, se excavó únicamente una zona correspondiente a la zanja de la instalación de saneamiento básico, alcanzando la excavación, exclusivamente, la profundidad necesaria para la instalación del conducto de alcantarillado.

En líneas generales, la secuencia estratigráfica observada revela una o varias fases de destrucciones, y depósitos medievales y modernos, que, frecuentemente, cortan, en profundidad, los niveles de ocupación atribuibles al periodo romano y a la Edad del Hierro.

Luego, tras la remoción del nivel de grava que pavimentaba esta parte de la calle del Jardín, surgió un nivel de aterramiento moderno/contemporáneo (Nivel 0), constituido por tierras muy sueltas, de tonalidad oscura, con abundantes piedras y fragmentos cerámicos modernos. Este nivel, que se extendía por toda la dimensión de la zanja, poseía una mayor potencia al Sur, acompañando el desnivel del terreno.

Debajo del Nivel 0, se definieron simultáneamente varias realidades: el nivel 1, el nivel 2 y una estructura de época moderna (Estructura 1 = E1), con una orientación perpendicular al trazado de la zanja. Esta estructura estaba constituida por piedras de medianas y grandes dimensiones, consolidadas con una argamasa compacta, de color amarillento. Contenía abundantes fragmentos cerámicos de pequeña dimensión y, también, pequeñas piedras.

Adosados a esta estructura, tanto hacia el Norte como hacia el Sur, se encontraban los niveles 1 y 2,

correspondientes ya al momento final del uso/destrucción de la mencionada estructura. El nivel 1 estaba compuesto de tierras de color castaño grisáceo muy compactas, con algunos nódulos de argamasa y fragmentos cerámicos, así como alguna piedra de mediana y gran dimensión. Este nivel corresponde, muy probablemente, al derrumbe/destrucción de la Estructura 1 y de las probables estructuras que estarían contiguas. El nivel 2, que aparentemente se situaba en el espacio extramuros, debe estar relacionado con un gran aterramiento, situación que ya había sido constatada durante la excavación del cuadrado 4. Este nivel estaba constituido por tierras sueltas, de tonalidad castaña verdosa, con abundantes piedras y fragmentos cerámicos modernos.

Continuando la excavación en profundidad, con la retirada de los niveles 1 y 2, y con el desmantelamiento de la Estructura 1 (tras su registro gráfico, topográfico y fotográfico), se diferenció otro gran momento de construcciones y depósitos. Subyacentes al nivel 1, se encontraban dos estructuras que, como se comprobaría, pertenecían a una misma construcción (Estructura 2 = Nivel 4). Esta construcción poseía una planta aproximadamente circular, similar a un pozo, con cerca de 1 metro de altura conservado, y un aparejo de piedra seca, con bloques de mediana y gran dimensión. Según fue posible observar, para la construcción de esta estructura fueron destruidos, en una gran extensión, los niveles preexistentes, designados como 6 y 7.

Inmediatamente tras la construcción de ésta, se procedió al nivelamiento del área circundante, resultando la formación del nivel 5 y 5b.

En el espacio interior de la Estructura 2 (=Nivel 4), se encontraba un derrumbe o escombrería, el nivel 3, constituido por bloques de piedra de mediana y gran dimensión y argamasa disgregada. Este nivel colmataba la totalidad del «pozo», desde la base hasta la altura conservada.

Posteriormente a la excavación de estos niveles, se procedió a la remoción de los estratos, parcialmente conservados, del periodo romano y de la Edad del Hierro. Bajo el nivel 5, se identificó un pequeño nivel perteneciente al periodo tardo-republicano (Nivel 6), en el cual se recogió un considerable número de fragmentos de cerámicas de importación, principalmente ánforas (Dressel 1, Maña C2 y producciones béticas antiguas) y cerámicas finas (campaniense y paredes finas), así como alguna cerámica común. Este estrato, de reducida potencia, cerca de 10 cm, estaba constituido por tierras de características algo arcillosas, compactas y de tonalidad amarillenta. No había sido registrado en el cuadrado 4, hecho

comprensible teniendo en cuenta que éste se encontraba cortado, al norte, por un nivel medieval/moderno, anteriormente identificado en el mencionado cuadrado.

Debajo del nivel 6, se registró un primer nivel perteneciente a la Edad del Hierro, el nivel 7. Al igual que el anterior, también este nivel estaba formado por tierras de características arcillosas, muy compactas, pero de tonalidad amarilla verdosa. Poseía abundantes restos, constituido por cerámicas comunes, cerámicas grises y castañas finas bruñidas, así como alguna cerámica grosera y a mano. Este nivel, que cubría a su vez la Estructura 3 (E3 = Nivel 8) y el nivel 9, corresponde al nivel 5 del cuadrado 4.

El nivel 8 corresponde a una estructura, que ciertamente debería limitar, al Sur, el interior de un espacio de habitación ya registrado anteriormente, el cual estaba asociado al nivel 9. Este nivel consistía en un suelo de *habitat*, formado por material calcáreo disgregado compactado, que se asentaba en un pequeño empedrado. Poseía un espesor variable entre los 20 y los 15 cm. Tanto este nivel, como el nivel 8, fueron desmontados.

Los trabajos fueron entonces interrumpidos, ya que se había alcanzado la profundidad necesaria para la instalación del conducto del alcantarillado, (en el extremo Norte a cerca de 1.90 m, y al Sur a 1 m, en relación a la cota de la superficie actual).

La excavación en la Plaza de la Alcazaba

La excavación en el Largo de la Alcáçova consistió en la abertura de un conjunto de sondeos de 1.5 ¥ 3 m (Q9-Q17) y de un área de 1 ¥ 6.5 m (Q17), correspondiendo estas medidas a la adaptación de las realidades del lugar.

Cuadrado 9

Después de la retirada, por medios mecánicos, del asfalto que revestía el largo, se evidenciaron tres niveles arqueológicos. El 1 consistía en la base del asfalto y estaba constituido por piedras de medianas dimensiones y gran cantidad de material de construcción muy fragmentado. El nivel 1 se apoyaba sobre el 2, de tierra compacta, arcillosa y de color amarillo. Era un nivel conservado que, por el material recogido (cerámica gris fina, de engobe rojo y pintada a bandas), fue posible datarlo en la Edad del Hierro. En el lado Sudeste del cuadrado 9, surgió otro estrato, nivel 3, que se diferenciaba de los dos restantes por poseer una tierra de color oscuro, de grano fino, con materiales de construcción y piedras de medianas dimensiones.

La continuación de la excavación en profundidad permitió identificar, en el lado Sudoeste, otro nivel de escombros, nivel 4, que igualmente había cortado el nivel 2. A este nivel le sucedía, en el mismo lugar, otro de formación idéntica, pero de características algo distintas (tierra más oscura y con grandes concentraciones de cenizas y carbones, fauna mamífera y numeroso material cerámico de época medieval), por lo que se entendió que había que diferenciarlo del nivel 4, recibiendo la asignación de nivel 5.

El nivel 3 dio paso al nivel 6, en el momento en que los escombros desaparecían para iniciarse un estrato de tierra compacta, de características idénticas al del nivel 2, de tierras compactas y con materiales del Hierro.

El nivel 7 seguía al 2, presentando semejanzas con éste, a pesar de la existencia de piedras de medianas dimensiones y de restos de material calcáreo disgregado, además de una tonalidad verdosa. Este nivel 7 parece ser el resultado de la destrucción de una construcción con base pétreo y paredes de tapial.

Debajo del nivel 7, fue todavía posible excavar los niveles 10, 11 y 12, todos pertenecientes a la Edad del Hierro. Se debe añadir que el nivel 13, sobre la roca madre calcárea, era de color verdoso oscuro y no mostró materiales arqueológicos.

En la zona de las fosas continuaban los niveles de escombros, 8 y 9.

La roca se encontró a 1.65 m de la superficie actual.

Cuadrado 10

La excavación se inició con la remoción del nivel 0, constituido por piedras de pequeñas y medianas dimensiones, que constituían la base del asfalto. Esta remoción puso a la vista el nivel 1, compuesto por tierras castañas oscuras colocadas allí en el momento de la pavimentación de la Plaza.

A este nivel 1 se seguía el 2, de tierras oscuras y sueltas que contenían gran número de materiales de construcción muy fragmentados. Este nivel 2 ocupaba gran parte del cuadrado, pero coexistía, en el mismo plano horizontal, con el nivel 3, que estaba en parte destruido. El nivel 2 correspondía, por tanto, a los escombros de una fosa abierta en el nivel 3. La excavación del nivel 3, de tierras compactas, castañas amarillentas, permitió identificar, en su parte alta, una pared (Estructura 1) y, en su base, un pavimento de arcilla de tonalidad amarillenta y/o verdosa. La Estructura 1 se asentaba sobre el nivel 3.

El pavimento del estrato 3 se asentaba sobre una pequeña estructura de guijarros rodados (hogar), existiendo, en esta misma cota, un pavimento de material

calcáreo molido, al que sucedía otro con las mismas características.

Bajo los pavimentos de material calcáreo molido, surgió otro nivel arqueológico, nivel 4, cuyas tierras poseían un color amarillo verdoso. Eran compactas y en ellas se recogieron abundantes restos cerámicos de la Edad del Hierro. En este nivel se sucedían estratos de arcilla compactada, correspondientes a pavimentos sucesivos. También se delimitó una pared que se designó como Estructura 2.

El nivel 5 se registró también debajo del 3, pero se caracterizaba por tierras poco compactas, de color oscuro, mezcladas con muchos carbones y cenizas. Ocupaba todo el lado Sur del cuadrado. Los materiales recogidos en este nivel 5 pertenecían a la Edad del Hierro.

Se desmontó la Estructura 1, delimitada en la superficie del nivel 3, atribuyendo las tierras procedentes del derribo al número 6 de la secuencia estratigráfica de este cuadrado, a pesar de las semejanzas que, tanto a nivel de color, como de la textura y material recogido, existían con el nivel 3. Debe señalarse que este nivel 6 ofreció un fragmento de ánfora de la Clase 32.

Las tierras procedentes del desmontaje de la Estructura 2 se designaron como nivel 7.

La excavación integral del nivel 5 permitió alcanzar el nivel 8, que estaba compuesto de tierras compactas, castañas amarillentas, donde se registraron abundantes nódulos de arcilla cocida que correspondían a adobes. Este nivel, que ocupaba casi totalmente el cuadrado, ofreció materiales de la Edad del Hierro.

En el lado oeste, donde continuaba el nivel 2, la tierra se volvió más suelta y más verdosa, lo que justificó una nueva designación – nivel 9. Este nivel 9 era también de escombros y era el resultado del relleno de la fosa medieval. Continuaba introduciéndose en los niveles preservados.

El nivel 8 se asentaba sobre un pavimento de material calcáreo molido, cuya remoción permitió identificar el nivel 10, cuyas tierras continuaban siendo compactas.

El nivel 9, de escombros, se mantenía sin embargo, presente.

Bajo el nivel 10, se registró una tierra de color amarillo, muy compacta, y donde aparecieron innumerables semillas carbonizadas, nivel 11. En este nivel 11 se definió otra estructura pétreo (nº 3). Se debe también añadir que la base de este nivel 11 estaba marcada por otro pavimento de material calcáreo molido.

El nivel 11 dio lugar al 12, de tierras castañas amarillentas, mezcladas con nódulos de arcilla cocida

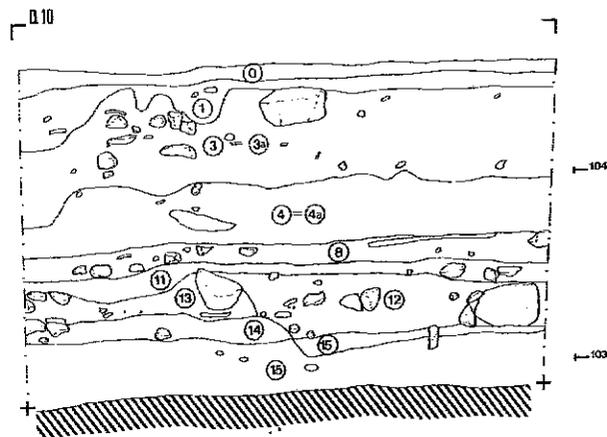


Figura 107. Alcáçova de Santarém: perfil del Cuadrado 10 (excavaciones de 1997).

de color rojizo (fragmentos de adobes). En este nivel 12, se registró una sucesión de pavimentos de material calcáreo molido y, además, la Estructura 4, correspondiente a una pared que se desarrollaba en sentido W/E. Las piedras de esta estructura, de medianas dimensiones, estaban ligadas con una arcilla de color amarillento. La fosa medieval que constituye el nivel 9 continuaba visible a esta cota y había sido responsable de la destrucción de una parte de la pared de la Estructura 4. Al Norte de esta pared, se definió el nivel 13, cuyas tierras eran compactas y castañas grisesáceas.

Debajo del nivel 13, se identificó el 14, compuesto de arenas gruesas pero compactadas, con nódulos de arcilla roja y esquistos de pequeñas dimensiones, y, debajo de éste, el 15, de tierras compactas, castañas oscuras, donde se identificaron semillas.

El nivel 16, de color castaño rojizo, antecedía a la roca que se encontraba a 1.70 m de la superficie actual.

«Cuadrado» 11

El «cuadrado» 11 presentaba, tras el levantamiento del asfalto, un nivel de escombros, nivel 1, constituido fundamentalmente por piedras, tejas, ladrillos, argamasa y material cerámico de varias cronologías (romano, medieval, moderno y contemporáneo). Este nivel ciertamente se formó por el transporte y deposición de estos materiales debido a la necesidad de nivelar el terreno antes de la colocación del asfalto.

La excavación en profundidad permitió verificar la existencia de un nivel 2, datable del periodo romano, que ofreció materiales arqueológicos de esta época. En la base de este nivel, fue posible identificar una pa-

red, con orientación SE./NW, de la que únicamente quedaba un trozo. Un nivel 2a era visible en el extremo oeste del cuadrado. Se trataba de un nivel de escombros, visiblemente posterior al nivel 2, al cual había destruido en parte.

Debajo del nivel 2 se excavó el nivel 3, que ofreció materiales de la Edad del Hierro, y la unidad estratigráfica 4, que correspondía a un pavimento construido con arcilla compactada.

El nivel 5 era el resultado del relleno de una pequeña fosa (15 cm de diámetro) abierta en el pavimento (UE 4) y en los niveles 6 y 7 que estaban a continuación del nivel 2a. Estos últimos estaban constituidos por escombros que se habían depositado allí en época medieval.

Bajo el pavimento que correspondía al nivel 4, se excavó el nivel 8, compuesto por restos del propio pavimento y por un conjunto de piedras de medianas y pequeñas dimensiones que, ciertamente, constituía la base del pavimento del nivel 4. No se encontró ningún resto arqueológico en este nivel 8.

El nivel 9 correspondía a la continuación en profundidad del nivel 7.

La excavación del nivel 8 permitió detectar, debajo de él, otro pavimento, en este caso de material calcáreo molido y compactado (nivel 12), que se encontraba roto en dos pequeñas zonas (nivel 10 y 11). Pertenecía a la Edad del Hierro.

El pavimento que constituía el nivel 12 se asentaba sobre un nivel (13), donde existían abundantes carbones sin ningún material arqueológico asociado.

Sobre la roca madre, que se encontraba a cerca de 1.89 m de la superficie actual, se constató la existencia de un estrato de tierra rojiza compacta y pesada, estéril desde el punto de vista arqueológico.

«Cuadrados» 12 y 12A

El área de excavación comprendida por los «cuadrados» 12 y 12 A poseía 4 x 1.5 m, siendo el cuadrado 12A una prolongación de 1 m hacia el oeste del «cuadrado» 12.

Retirado el asfalto y el estrato de piedras de pequeñas dimensiones que constituía su base (nivel 0); se observó un conjunto de niveles de escombros compuestos por grandes cantidades de materiales de construcción (piedras, ladrillos, tejas, argamasa). Estos desechos se encontraban sobre una pared construida con piedras de mediana dimensión, ligadas con una argamasa de color amarillento, de cal y arena. Un pavimento de argamasa rosada con fragmentos cerámicos y pequeños esquistos rodados estaba asociado a la pared. El hecho de estar roto en algunas zonas permitió observar que se asentaba sobre tierras de es-

combros con abundantes materiales de época medieval.

Aunque no se recogió material que datase, con seguridad, las construcciones aquí detectadas, pueden haber estado en funcionamiento entre el final del siglo XVII y el siglo XIX, ya que la cartografía de la Alcazaba de Santarém de esta época registra algunas construcciones exactamente en este mismo lugar.

En un área reducida, al este de la pared, era visible la existencia de niveles más o menos conservados con materiales romanos.

El hecho de que los «cuadrados» 12 y 12A se encontraran casi totalmente ocupados por estas construcciones, que se entendió que debían preservarse, impidió que la excavación continuase en profundidad.

«Cuadrado» 13

La excavación del «cuadrado» 13 revelaría una secuencia en todo idéntica a la observada en los «cuadrados» 12 y 12A. De hecho, las construcciones detectadas en estos últimos (pared y pavimento) se prolongan hacia el «cuadrado» 13.

«Cuadrado» 14

El «cuadrado» 14 se localizó al norte de los «cuadrados» 12 y 12A, y se abrió con el objetivo de constituir una alternativa al trazado previsto para el alcantarillado, de modo que se conservasen los vestigios de construcciones detectados en 12, 12A y 13.

También aquí era visible un nivel correspondiente al derrumbe de estructuras de época moderna/contemporánea, formado por piedras, ladrillos, tejas y argamasa, y también se constató la existencia del pavimento que se registraba en 12, 12A y 13. Este pavimento, roto en algunas áreas, se sobreponía a unas tierras castañas, poco compactas, de grano fino y con abundantes cerámicas medievales.

La existencia de estructuras bien conservadas, aunque de época moderna, obligó a la abertura de una nueva área de excavación, esta vez al Sur de los cuadrados 12 y 12A (cuadrado 16), que constituyese una alternativa al trazado del alcantarillado.

«Cuadrado» 15

El cuadrado 15 se situó entre los «cuadrados» 9 y 10 y tenía de dimensiones reales 1.5 x 2 m.

Tras la remoción del nivel 0 (asfalto y su base), se excavó un nivel de tierras revueltas, castañas oscuras, con materiales de construcción y cerámicas medievales (nivel 1), semejantes a las de la zanja del «cuadrado» 9. Esta tierra se asentaba, al oeste, en una tierra compacta de color amarillento (nivel 2).

El nivel 3 se encontraba en profundidad, tras el nivel 1, siendo también por ello un nivel removido.

El nivel 4, debajo del nivel 2, estaba constituido por tierras compactas correspondientes a la Edad del Hierro.

Se ha de mencionar que los niveles preservados (2 y 4) ocupaban una ínfima parte del área excavada que estaba cubierta, casi totalmente, por niveles correspondientes a escombros de fosas y zanjas abiertas en época medieval.

«Cuadrado» 16

Debido al hecho de que el «cuadrado» 14 estaba también ocupado con construcciones de época moderna bien conservadas, se optó por la abertura de una nueva zona de excavación, ahora localizada al Sur de los «cuadrados» 12 y 12A, con la intención de encontrar alternativas para el trazado final de la cañería del alcantarillado.

El «cuadrado» 16, de 1.5 x 3.5 m, se localizó al Sur de los «cuadrados» 12 y 12A. Los estratos superficiales, con gran cantidad de materiales de construcción, se asentaba sobre el pavimento de argamasa que se constataba en 12, 12A, 13 y 14, que, en este caso, se encontraba destruido en casi toda su extensión, lo que facilitó la decisión de su remoción, siendo posible excavar los niveles arqueológicos sobre los que había sido construido. Inmediatamente bajo el pavimento, existía un nivel de tierras castañas oscuras, revueltas, que se asentaban sobre un estrato casi exclusivamente formado por tejas. Por debajo de las tejas, la tierra continuaba siendo castaña y, en cuanto a la textura, era semejante a la que se verificó sobre ellas. Los materiales recogidos mostraban que estos niveles correspondían a tierras acarreadas hasta este lugar, en un momento anterior a las construcciones del siglo XVIII o XIX.

Debajo de estos escombros, y en un área muy estrecha, localizada en el extremo Sur del «cuadrado», se detectaron niveles de tierras castañas amarillentas, compactas, correspondientes a las ocupaciones romanas y de la Edad del Hierro de la Alcáçova de Santarém.

Bajo los escombros y bajo los estratos conservados, se encontró todavía una tierra estéril, de color castaño rojizo, que se depositaba sobre la roca madre, que estaba a 1.90 m de la superficie actual.

«Cuadrado» 17

El «cuadrado» 17 poseía unas dimensiones de 7 x 1 m y fue abierto a continuación del cuadrado 9.

Retirado el nivel 0, que corresponde al asfalto y a su base, se verificó la existencia de niveles conser-

vados, a la par de otros niveles revueltos y/o de escombros. Los niveles 1 y 3, de tierra castaña grisácea, estaban constituidos por tejas y abundante cerámica medieval, y únicamente se diferenciaron numéricamente por el hecho que no eran contiguos. Se trata de niveles de revuelto, que se habían introducido en el nivel 2 en un momento muy posterior a la formación de éste último.

La continuación de la excavación en profundidad probaría que, de hecho, el nivel 3 era el resultado del relleno de una fosa abierta en el nivel 2, y que esa fosa había alcanzado la roca madre.

Los niveles conservados se sucedían debajo del 2, identificándose los niveles 4, 5, 6 y 7, todos de la Edad del Hierro.

Las tierras rojizas, pesadas y arcillosas, que antecedian a la roca, nivel 8, eran ya estériles desde el punto de vista arqueológico.

Los trabajos en el área aneja al restaurante

«Cuadrado 18»

Como ya se explicó anteriormente, la excavación de este cuadrado, así como el 19, resultó de la necesidad de realizar sondeos arqueológicos en la zona donde se preveía la instalación de las zapatas que soportarían el edificio que se iba a construir anejo al restaurante del Jardim das Portas do Sol.

Retirado por medios mecánicos el nivelamiento de tierra de 1.5 m depositado en época reciente, se inició la excavación del «cuadrado» 18 (1.5 x 2.5 m), localizado junto a la pared del restaurante en un área donde estaba prevista la instalación de una de las zapatas.

El nivel 0, que cubría toda la extensión del «cuadrado», estaba formado por tierras de color castaño oscuro, muy suelta, con abundantes tejas, cerámica y huesos. Tras el levantamiento de este nivel 0, se identificaron en el mismo plano horizontal varias realidades estratigráficas. Un estrato 1, se encontraba adosado a la pared del restaurante y estaba compuesto por arena gruesa, amarillenta, que a veces envolvía algunas piedras de mediana dimensión.

Todos los niveles arqueológicos excavados hasta el que se definió como 7, correspondían a varios estratos de escombros colocados allí desde la Edad Media.

El nivel 7, de tierras más compactas y amarillentas, ofrecía ya, casi exclusivamente, materiales de época romana, pero todavía aparecía mucho revuelto.

El nivel 8, que se identificó en el mismo plano que el 7, era el resultado del relleno de una fosa y estaba constituido por tierras sueltas, muy oscuras, de

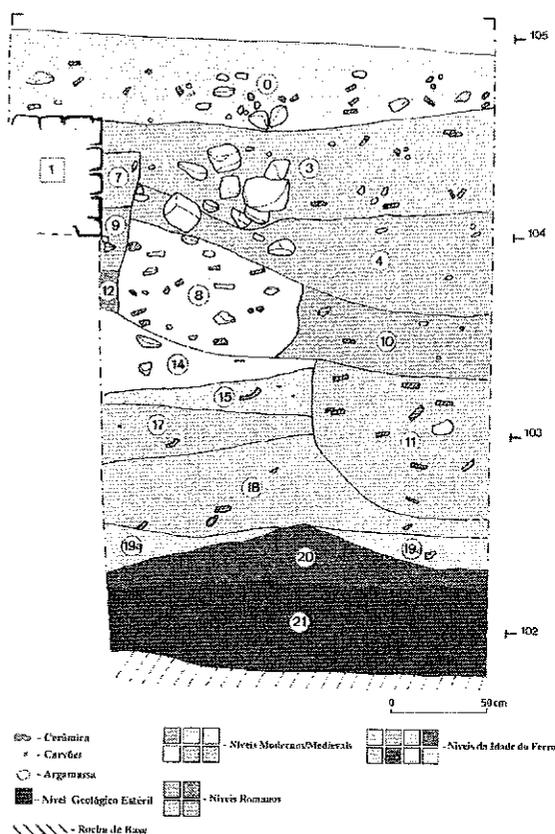


Figura 108. Alcáçova de Santarém: perfil Sur de Q. 18 (excavaciones de 1997).

grano fino. Contenía piedras de medianas dimensiones, restos de argamasa, tejas y cerámicas medievales. Este nivel se localizaba en la zona oeste del «cuadrado» y cortaba los niveles 7, 9 y 10.

El nivel 9, se encontraba debajo del 7. Las tierras amarillas de las que estaba compuesto eran más compactas que las del nivel 7. Presentaba exclusivamente materiales de época romana y cubría un muro, también romano, que se identificó en el área Norte del cuadrado. Asociados al muro (Estructura 1) surgían una serie de pavimentos compuestos de arcillas compactadas, que se designaron como nivel 12.

En el área Sur del «cuadrado», se identificó el nivel 11, que estaba formado por el relleno de una fosa. Las tierras eran amarillas cenicientas y contenían algunos fragmentos de tejas y abundante cerámica, toda perteneciente a época romana (*terra sigillata*, lucernas, ánforas).

Bajo los pavimentos anejos al muro designado como Estructura 1, era visible una franja de tierra rojiza, compactada y con pocos materiales arqueológicos (nivel 13).

El nivel 14, de tierras amarillas y compactas, ocupaba la totalidad del área útil de excavación, con excepción del relleno de la fosa, que correspondía al nivel 11. Los materiales que aquí se recogieron permiten datar este nivel 14 en la Edad del Hierro.

Bajo el nivel 14, también fue posible excavar una sucesión de estratos de tierras de diferentes coloraciones y texturas (niveles 15-20), atribuibles, en su totalidad, a la ocupación del Hierro de la Alcáçova de Santarém.

El nivel 21, de tierras rojizas oscuras, se encontraba sobre la roca madre que se detectó a 3.10 m de la superficie actual.

«Cuadrado» 19

Retirado por medios mecánicos el aterramiento de 1.5 m aquí depositado en época reciente, se inició la excavación del «cuadrado» 19.

Tras la remoción del nivel superficial (0), se detectó en la mitad Este del «cuadrado» una tierra de color castaño, compacta, con abundantes piedras de medianas dimensiones y algún material de construcción (nivel 1). En el resto del área, se identificó el nivel 2, de tierras arenosas, poco compactas, con muchas raíces. Su color era verdoso y abundaban los materiales de construcción modernos.

En el área abarcada por el nivel 1, y debajo de éste, se excavó el nivel 3, que estaba igualmente formado por abundante material de construcción de época moderna. La sucesión de estratos de formación reciente se mantiene hasta el nivel 9, aunque fue posible diferenciar varias realidades de tierras con coloraciones distintas, circunscritas a zonas determinadas del «cuadrado» (niveles 4, 4a, 5, 6a, 7, 7a y 8).

El nivel 9, de tierras amarillentas y arcillosas, ofrecía materiales de época romana.

Debajo de este nivel, se identificaron varias estructuras: Estructura 1, UE 10, al oeste del «cuadrado»; Estructura 2, UE 12, orientada en sentido Norte/Sur y ocupando una zona central del «cuadrado»; Estructura 3 UE 13, se orientaba en sentido Este/Oeste, y se localizaba en la zona Sur del «cuadrado». Las Estructuras 2 y 3 estaban claramente asociadas y definían un espacio que ciertamente formaba parte de un compartimento.

El nivel 11 se detectó en este mismo plano, pero se circunscribía al lado Norte del «cuadrado». Presentaba tierras grises con carbones y nódulos de arcilla cocida.

En el interior del compartimento definido por las Estructuras 2 y 3 se distinguió el nivel 14, formado por tierras de color castaño, con cerámicas del período romano.

Bajo este nivel 14, encontramos el nivel 15. Se trataba de una fosa que fue totalmente rellena con fragmentos de ánforas romanas.

En el lado Norte del cuadrado, y bajo el nivel 11, se excavó el nivel 16 de tierra castaño claro grisáceo, con nódulos de carbones y arcilla cocida.

En esta zona Norte, se detectarían los niveles 18 y 18a, constituidos por franjas de tierra de coloración verdosa, paralelas a las Estructuras 2 y 1 respectivamente.

El nivel 17, de tierras de color castaño grisáceo, se encontraba bajo el 14, pero sólo aparecía paralelo a los muros de las estructuras 2 y 3, o sea, en la zona que fue destruida por la fosa que corresponde al nivel 15.

La necesidad de proseguir la excavación en profundidad, implicó el desmantelamiento de la Estructura 3, bajo la cual se identificó el nivel 19, que poseía tierras sueltas, de color verdoso oscuro y que ofreció abundante material arqueológico de época romana.

El nivel 20, de color amarillo verdoso, se registró debajo del 17. Las tierras eran compactas y arcillosas y sobre él se asentaba la Estructura 3.

En esta zona Este del «cuadrado», y bajo el nivel 20, se excavó el nivel 21, de color castaño. Las tierras eran compactas.

Debajo del nivel 21 se excavó el 22, compuesto de arena y arcillas compactas de tonalidades rojizas anaranjadas. Este nivel 22 correspondía a un pavimento.

Al nivel 22 le sucedía el 23, compuesto de tierras color gris verdoso oscuro. En este nivel se identificó, junto al testigo Este, una estructura de forma ovalada (Estructura 4 – UE 24).

Bajo el nivel 23, se identificó el 25, de tierras castañas verdosas, con cerámica y fauna. Adosado a éste, al oeste, se detectó el nivel 26, área reducida de tierras rojas arcillosas.

Debajo de estas dos realidades estratigráficas, se encontrarían las tierras rojas, arcillosas y compactas (nivel 27) que se sobreponían a la roca madre. Este nivel 27 era estéril arqueológicamente.

La excavación proseguiría en la zona Oeste del «cuadrado», donde se localizó un pavimento de arcilla compactada, decorado con círculos impresos (nivel 28). Este pavimento se asentaba sobre un estrato de nivelamiento constituido por fragmentos cerámicos, nivel 29. Este nivel estaba sobre una tierra amarillenta, arcillosa y compacta que constituía el nivel 30.

Bajo el nivel 30 se excavó el 31, de tierras amarillas verdosas y/o acastañadas, también compactas y arcillosas. La Estructura 5 (UE 32) se encontró deba-

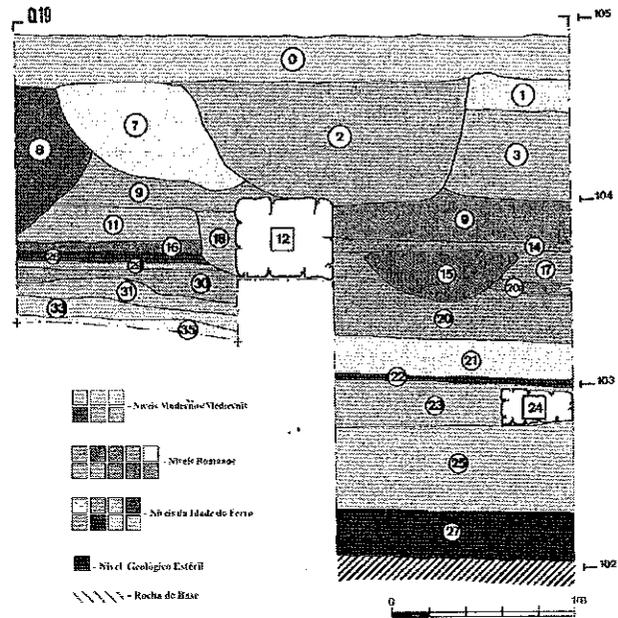


Figura 109. Alcáçova de Santarém: perfil Este de Q.19 (excavaciones de 1997).

jo del nivel 31, siendo el 33 el que se encontró por debajo de éste. El nivel 33 se componía de tierras arcillosas, compactas, de color castaño claro.

La excavación del área Oeste del «cuadrado» 19, se concluyó con la remoción de los niveles 34 y 35, correspondiendo el primero a un pavimento de material calcáreo molido y el segundo al prolongamiento en profundidad del nivel 33.

Las excavaciones de 1998 en la Av. 5 de Outubro nº 9

Los trabajos arqueológicos de 1998 consistieron en una intervención de carácter preventivo que tuvo lugar en el nº 9 de la Av. 5 de Outubro. Como ya mencioné anteriormente, se destinaron a descubrir los vestigios arqueológicos en esta zona donde iba a ser construida la bodega del edificio proyectado en el solar.

Previamente a la intervención propiamente dicha, se realizó la vigilancia de la abertura de las zanjas de sustentación lateral de este inmueble, intentando de esta forma, minimizar el impacto negativo sobre el patrimonio arqueológico que la apertura de las mencionadas zanjas junto a los lados Norte-Oeste, Oeste-Sur y Sur-Este del inmueble provocarían. Por cuestiones de seguridad estos trabajos se realizaron por medios mecánicos y fueron previos a la abertura de los sondeos.

En una segunda fase, los «cuadrados» se situaron exactamente en el lugar de las zapatas para la instalación de los pilares de sustentación de la construcción prevista.

De una manera general, se pretendía documentar el potencial arqueológico existente en esta área de la Alcáçova y registrar las informaciones arqueológicas allí existentes, tanto bajo la forma de niveles arqueológicos, como de estructuras o materiales.

En la intervención realizada, se abrieron un total de 9 «cuadrados», de los cuales, 4 los primeros correspondían a las zanjas para el refuerzo de los cimientos del inmueble. Los «cuadrados» 1 a 4, consistían en zanjas de diversas dimensiones abiertas por medios mecánicos, se recogieron los materiales más significativos y se dibujaron los cortes estratigráficos de forma esquemática.

«Cuadrado» 5

Los niveles superficiales (nivel 1) estaban constituidos por tierras grisáceas con abundantes materiales contemporáneos. Bajo este nivel, surgió una estructura (muro 1) construida con bloques pétreos de dimensión mediana, unidos por argamasa. Esta estructura atraviesa el cuadrado hacia la mitad, en un eje aproximado Oeste-Este, y puede datarse en época contemporánea. Es lo que se deduce de la aparición de restos de plásticos que se encontraron asociados.

El nivel 2 estaba formado por una tierra de color castaño oscuro, suelta. Se trata de un área de escombros, con material arqueológico de varias épocas.

El nivel 3 se componía de tierra castaña clara, compacta, con cierto grado de plasticidad, como húmeda, presentando abundante material romano, sobre todo anfórico. Este estrato se encontraba debajo de un estrato 1 y estaba en parte interrumpido por el estrato 2. Debajo de este nivel, se detectó otra estructura (muro 2) construida con bloques de piedra de gran dimensión, unidos por argamasa de color naranja amarillenta, que se asentaba directamente sobre la roca madre. Este muro se localizaba en el lado norte de la cuadrícula. Aproximadamente en el mismo plano donde se encontraba el muro 2, se identificó también otra estructura (de difícil definición). Se trataba de un conjunto de piedras de pequeñas dimensiones, aparentemente ordenadas, que surgían en el perfil Oeste-Norte (Estructura 3).

El nivel 4, un estrato conservado del periodo romano, estaba compuesto por tierra de color castaño verdoso con vestigios de fuego. Presentaba abundante material anfórico. Debajo de este estrato se definió otro nivel (5) de tierra color castaño amarillento vivo,

de grano medio, algo suelta, que se asentaba directamente sobre la roca madre. Este nivel, al igual que el anterior, fue destruido parcialmente por la intrusión de la bolsa de escombros del estrato 2.

La excavación de este «cuadrado» se concluyó con la aparición de la roca madre, que se encontraba en fase de degradación en su parte alta, y presentaba una ligera inclinación en dirección al perfil Norte-Oeste. Su profundidad en este lugar era de cerca de 1.40 m.

«Cuadrado» 6

El nivel superficial (estrato 1) era semejante al del «cuadrado» anterior, con numerosos elementos contemporáneos. Tras la remoción de este estrato, se detectó un pavimento de argamasa compactada y varios cimientos en bastante buen estado de conservación.

Tras desmontar el pavimento, se puso al descubierto un nivel de deshechos, compuesto por tierras castañas grisáceas, con intrusión de nódulos de argamasa y materiales de construcción. Formaba una zanja paralela al corte Sur-Oeste, con una anchura media de 50 cm. Junto al corte Oeste-Norte, surgió un bloque de argamasa de grandes dimensiones, posiblemente un conducto de aguas.

El nivel 3, que ocupaba la totalidad del «cuadrado», era un estrato de escombros de color castaño oscuro, de tierra suelta. En el lado Oeste, se registró una gran concentración de bloques de piedra de mediana dimensión.

El nivel siguiente (4), estaba constituido por un estrato de tierras castañas, plásticas y compactas, con abundante material del periodo romano. Debajo de este nivel, junto al corte Nordeste, surgió una serie de grandes bloques de piedra aparentemente estructurados. Se consideró que se trataba de la Estructura 3, un nivel de bloques de piedra de mediana dimensión que se asentaba directamente sobre la roca madre (incluido en el nivel 4) con algún material asociado.

El nivel 5 se circunscribía al lado Oeste del cuadrado y estaba formado por una bolsa de tierra color amarillo verdoso, suelta, de grano mediano, y constituía un estrato conservado. Debajo de este nivel surgió la roca madre a una profundidad de cerca de 1.80 m.

«Cuadrado» 7

El estrato de superficie (nivel 1) se parecía al detectado en los cuadrados anteriores.

El estrato siguiente (nivel 2) era de color castaño oscuro, muy revuelto, con abundantes deshechos y material diverso que desaparecía progresivamente en dirección al corte S-E.

El nivel 3 poseía un color castaño claro, con alguna plasticidad, cuando estaba húmeda, compacta, con bastante material romano. Se encontraba bajo el estrato 1 y se hallaba interrumpido por el estrato 2. En el lado Este, sorprendía la cantidad infrecuente de fragmentos de ánfora. Este estrato, claramente del periodo romano también se vio afectado por la bolsa de escombros (nivel 2).

Debajo de este nivel, se definió una estructura horizontal de difícil identificación, formada por un lado, de argamasa rodeada por bloques de piedra de mediana dimensión. Podría haber tenido una forma circular, pero la destrucción causada por el estrato 2, así como el hecho de que se introducía en el perfil S-E, impidió la comprensión del conjunto.

El estrato romano conservado que seguía (nivel 4), presentaba un color castaño, era compacto y con abundante material romano. Se asentaba sobre la roca madre, que en este lugar se situaba a unos 1.50 m. También había sido interrumpido por la bolsa de escombros que constituía el estrato 2.

Se distinguió el estrato 5, debido a la aparición de diversos bloques de piedra, procedentes probablemente de un derrumbe.

El estrato 5 estaba constituido por tierras de color castaño oscuro, compactas, plásticas y con abundantes materiales romanos. Se situaba en la mitad Sur-Este del cuadrado debajo de la Estructura 1.

La excavación terminó cuando se alcanzó la roca madre, cuya superficie era bastante irregular en esta zona.

«Cuadrado» 8

Los primeros estratos (nivel 1), estaban formados por tierras de color gris y revueltas, como se comprobó en el resto del área excavada. Tras su remoción se detectó un pavimento empedrado (pavimento 1), construido con piedras de mediana y pequeña dimensión, ligadas por una argamasa. Después del pavimento, surgió igualmente un muro (muro 1), paralelo al corte Oeste-Norte, construido con grandes bloques de piedra unidos por una argamasa amarilla anaranjada, algo arenosa, que corría paralela al corte Sur-Oeste.

El nivel 2 era un estrato de escombros de tierra color castaño oscuro, con numerosos elementos cerámicos incorporados. Se concentraba en una bolsa junto al perfil Sur-Este y en el lado Oeste. Junto a este perfil, este estrato se asentaba sobre un pavimento de argamasa y caliza (Estructura 6) y contactaba con los muros que limitaban allí su extensión.

El estrato romano conservado (nivel 3) estaba compuesto de tierra color castaño, compacta, húme-

da, con una cantidad muy significativa de fragmentos de ánforas.

La Estructura 4 era un derrumbe constituido por bloques de piedra de diversas dimensiones, contemporáneo del nivel 4. Este nivel puede estar relacionado con el derrumbe encontrado en Q.9, estrato 4.

El nivel 4 era un estrato de tierra castaño clara del periodo romano, que se extendía por todo el cuadrado, distinguiéndose del anterior por la abundancia de fragmentos de ánforas, que parecían formar un pavimento.

Debajo de este nivel, se detectó un muro (Estructura 5) del periodo romano, paralelo al perfil S-E, que ocupaba casi toda la longitud del cuadrado. Esta estructura fue construida con bloques de dimensión mediana y grande, y parece tener uno de sus lados en el extremo Sur. Este muro es anterior a los pavimentos 2 y (estructura 6 y 7) y se asentaba sobre la roca madre, que se encontraba a una profundidad de unos 1.50 m.

Durante los trabajos se detectó el pavimento 2 (Estructura 6) entre el perfil S-E y la cara del muro 3 (Estructura 5), formado por calizas blancas compactas, con un espesor medio de unos 8-10 cm. El pavimento 3 (Estructura 7) se diferenció del anterior por situarse en el lado N-O del muro. Se encontraba parcialmente destruido y tenía un espesor medio de 5 cm. Se prolongaba hasta la roca madre.

Debajo del pavimento 2 (entre el muro y el corte S-E) se puso al descubierto otro nivel (6), formado por una tierra de color castaño y compacta.

La roca madre presentaba, excavada en su superficie, una estructura en negativo (Estructura 6) de forma rectangular (67 x 24 cm) y una profundidad de cerca de 10 cm, con orientación E/O. Además de esta estructura se encontró otra depresión en la roca madre (Estructura 9). Tenía forma circular, con cerca de 8/10 cm de diámetro y una profundidad de 12 cm.

«Cuadrado» 9

El nivel 1 era semejante a los anteriormente descritos y cubría el muro 1 (Estructura 1), que es una pared contemporánea construida con bloques de piedra de grandes dimensiones, unidos con argamasa amarillenta. Incorporaba algunos elementos de construcción, principalmente tejas y ladrillos. Este muro acompañaba a los perfiles Norte-Este y Este-Sur.

El nivel 2 se identificó como un estrato de escombros. Presentaba un color castaño oscuro, revuelto, con tierra muy suelta y con numerosos elementos intrusivos que tenían una gran disparidad cronológica.

Debajo del muro 1, junto al perfil N-E, surgieron bloques de piedras de grandes dimensiones que estaban alineados (Estructura 2).

En este «cuadrado», también se identificó un muro romano de dimensiones considerables, cerca de 1 m de anchura, que atravesaba todo el cuadrado en un eje Noroeste-Sudeste.

El nivel 3 era un estrato del periodo romano, compuesto por tierra castaña clara, compacta, plástica, con abundantes materiales de época romana. Se restringía a una zanja abierta en el perfil Oeste-Sur, con cerca de 10 a 50 cm de anchura.

El nivel 4 era un estrato situado debajo del estrato 3, junto al corte Sur-Oeste. El reducido espacio disponible no permitió su excavación, aunque se puede afirmar que se trataba de un estrato de derrumbe.

En este cuadrado no fue posible alcanzar la roca madre.

La excavación de la Avenida 5 de Outubro permitió verificar la presencia de niveles del periodo romano republicano, aunque dentro de este amplio periodo cronológico fue posible diferenciar varias fases. Es de resaltar la abundancia de material anfórico que esta intervención ofreció, registrándose también fragmentos de cerámicas finas como Campaniense, paredes finas, lucernas, *terra sigillata*. Además de los restos cerámicos, se recogió vidrio, fauna y una moneda de la época de Sertorio.

Me parece importante mencionar, que en este lugar no se detectaron niveles de la Edad del Hierro, aunque sí se registró la aparición de materiales de este periodo en los niveles romanos republicanos, tales como cerámica gris y pintada a bandas.

6.3.6.6. Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro y sus relaciones crono-estratigráficas

Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro recogidos en Santarém son casi exclusivamente cerámicos. De hecho, no fue posible recuperar ningún artefacto metálico ni de hueso ni de piedra, registrándose únicamente la presencia de objetos de pasta vítrea, concretamente de adorno. En cuanto a los metales, se debe mencionar que se encontraron fragmentos raros de bronce, a los cuales no fue posible atribuir forma alguna, ni siquiera adivinar de qué tipo de objeto o artefacto habían formado parte. En este contexto, es importante llamar la atención para el hecho de que esta misma situación se da también en el conjunto de restos de época romana, donde sólo se

recogió una fibula y donde la numismática está representada por 4 únicas monedas. Los metales del periodo romano están, por tanto, mayoritariamente representados por clavos y clavijas de hierro y bronce.

6.3.6.6.1. Las cerámicas

Las cerámicas de la Edad del Hierro son, sin embargo, muy abundantes. Como pretendí dejar claro en las páginas anteriores, los materiales se encontraron en contextos diversos, concretamente:

1. Materiales en contexto de posición secundaria, principalmente en estratos de escombros formados en el periodo medieval.

2. Materiales hallados en contextos primarios de utilización/abandono.

Si los primeros únicamente permiten lecturas tipológicas y funcionales, sin que sean posibles grandes consideraciones cronológicas, los segundos posibilitan análisis más complejos.

Abarcar el conjunto de las cerámicas de la Edad del Hierro de la Alcáçova de Santarém reveló problemas de diferente naturaleza, el primero de los cuales fue, sin sombra de duda, la metodología a seguir.

De hecho, no fue fácil escoger un criterio a seguir en el análisis de los restos cerámicos, ya que eran posibles varias opciones. Finalmente, decidí presentar el conjunto de acuerdo con las diversas tecnologías utilizadas en la producción de las cerámicas halladas, a pesar de haber constatado, a lo largo del estudio que realicé, que no fueron las técnicas alfareras las que determinaron las funcionalidades de los recipientes cerámicos, si no que la función a la que estaban destinados venía determinada, fundamentalmente, por su forma. Así por ejemplo, los grandes potes de almacenamiento se fabricaron a mano o a torno y en el último caso, era posible distinguir *pithoi* pintados en bandas bicromas, potes de cerámica gris o de cualquier otra manufactura. Y no debemos olvidar que las propias ánforas pueden haber desempeñado la misma función. También los recipientes destinados al servicio de mesa (cuencos para beber, platos y cuencos para comer) son indistintamente a mano o a torno, y en el caso de los últimos, pueden estar o no cubiertos de engobe rojo, ser de cerámica gris fina bruñida o con cocciones oxidantes.

Intentando no perder nunca de vista que la función de los recipientes cerámicos constituye, en última instancia, la propia esencia de su producción, el hecho es que me decidí a presentar las cerámicas de la Edad del Hierro de Santarém de acuerdo con los criterios no morfológicos o funcionales, sino tecnológicos, lo cual no significó que dentro de estos gran-

des grupos no distinguiese categorías formales, intentando, siempre que esto fue posible, avanzar propuestas sobre las funciones que podrían haber desempeñado.

La Edad del Hierro orientalizable corresponde ya a una «fase» donde se confirma una especialización de la alfarería, hecho que me parece suficiente para que el estudio fuese compatible con un análisis próximo al que se utiliza en los trabajos sobre cerámica romana. No puedo olvidar que el hecho de haber trabajado con un conjunto donde algunas cerámicas habían sido importadas (o bien lo fueron sus modelos) de áreas donde esa especialización de la actividad alfarera era ya una realidad indiscutible, pesó también en la forma en como decidí presentar el conjunto.

También me veo obligada a reconocer que esta opción fue igualmente dictada por la tradición de los estudios cerámicos de esta época y filiación, donde la tecnología y los diversos tipos de manufacturas siempre se valoran. Es sabido que los tratamientos de las superficies, la presencia de cerámicas cubiertas por engobes rojos o la existencia de pintura bicroma, remiten a cuestiones que se relacionan con el tipo de yacimiento ante el que nos encontramos. De este modo, sabiendo que el engobe rojo se encuentra casi siempre cubriendo platos y cuencos, lo cierto es que, en la Alcáçova de Santarém, recogí platos y cuencos morfológicamente idénticos a los cubiertos con engobes rojos, pero cuyas superficies estaban únicamente alisadas, y así no me atreví a colocar unos y otros en el mismo único grupo, a pesar de que, como es obvio, habrían desempeñado la misma función y corresponden exactamente al mismo tipo formal.

Debo también apuntar que el criterio seguido reveló algunas dificultades de clasificación con algunos materiales que no entraban, fácilmente, en ninguna de las categorías inicialmente definidas, problema que intenté resolver de la mejor forma posible.

Así, el conjunto fue, inicialmente, dividido en cerámica a mano y en cerámica a torno.

En el primer caso, fue posible establecer tres grandes grupos, en cuanto a su fabricación, y, dentro de estos, se estableció un conjunto de formas distintas, desde el punto de vista morfológico.

En lo que respecta a la cerámica a torno, fue fácil la distinción entre:

1. Cerámicas de engobe rojo, donde se incluyen varios tipos formales (platos, cuencos, vasos «à chardon», jarritas);
2. Cerámicas pintadas a bandas, también divididas de acuerdo con los criterios morfológicos (*pitboi*, «urnas» tipo Cruz del Negro, vasos «à chardon» y otros);

3. Cerámicas grises bruñidas de gran variedad tipológica;
4. Ánforas;
5. Cerámicas áticas;
6. Producciones de Kouass.

No en tanto, la metodología seguida, dificultó la integración y la agrupación de un conjunto abundante de otros materiales cerámicos, con características tecnológicas distintas, pero también con formas y funcionalidades muy diversas, que, por un lado, no se integraban en ninguno de los dos grupos descritos anteriormente, pero tampoco eran suficientemente homogéneos para que constituyesen, por sí mismos, uno o varios grupos tecnológicos.

Por razones obvias, no me parece adecuado recurrir al concepto de «cerámica común», como a veces es frecuente y adoptar aquí un esquema clasificativo que tome en consideración las funcionalidades respectivas. Así, entendí que también tendría sentido establecer las siguientes categorías:

1. Vasos de mesa;
2. Vasos de almacenamiento;
3. Lucernas;
4. Soportes;
5. Cerámicas relacionadas con la metalurgia.

En cuanto a la fabricación, las cerámicas recogidas en la Alcáçova de Santarém pueden dividirse en dos grandes categorías: a mano y a torno. Dentro de estas dos grandes categorías, obviamente también se pudieron distinguir manufacturas y formas que en algunos casos, fue posible incluir en grupos funcionales.

6.3.6.6.1.1. La cerámica a mano

Muy abundante en los niveles inferiores, donde oscila entre el 86% y el 96%, es el número de piezas cerámicas fabricadas a mano y, lógicamente, su porcentaje en el total de las cerámicas, decrece en la estratigrafía con el transcurso del tiempo, sin que nunca esté completamente ausente. Así, en los niveles que se asocian a los últimos momentos de la Edad del Hierro, nunca sobrepasa el 15%, aunque es frecuente, en algunos contextos, únicamente representar el 8% del total de las cerámicas recogidas.

Las cerámicas manuales de Santarém se pueden dividir en cuanto a la fabricación, en tres grupos distintos:

1. Cerámicas de pastas groseras, cocciones reductoras, con abundantes componentes no plásticos de medianas dimensiones, con superficies apenas ligeramente alisadas, a veces cepilladas;

2. Cerámicas de pastas groseras, cocciones reductoras, reductoras con enfriamiento oxidante o cocciones totalmente oxidantes, y ambas superficies acusando un tratamiento cuidado, siendo evidente el pulimento;

3. Cerámicas de pastas finas, cocciones reductoras, escasos componentes no plásticos de dimen-

siones reducidas (inferiores a 1 mm), con superficies cuidadosamente pulidas, muchas veces bruñidas.

La primera manufactura corresponde siempre a vasos de paredes gruesas (1 cm), siendo escasa la variedad morfológica.

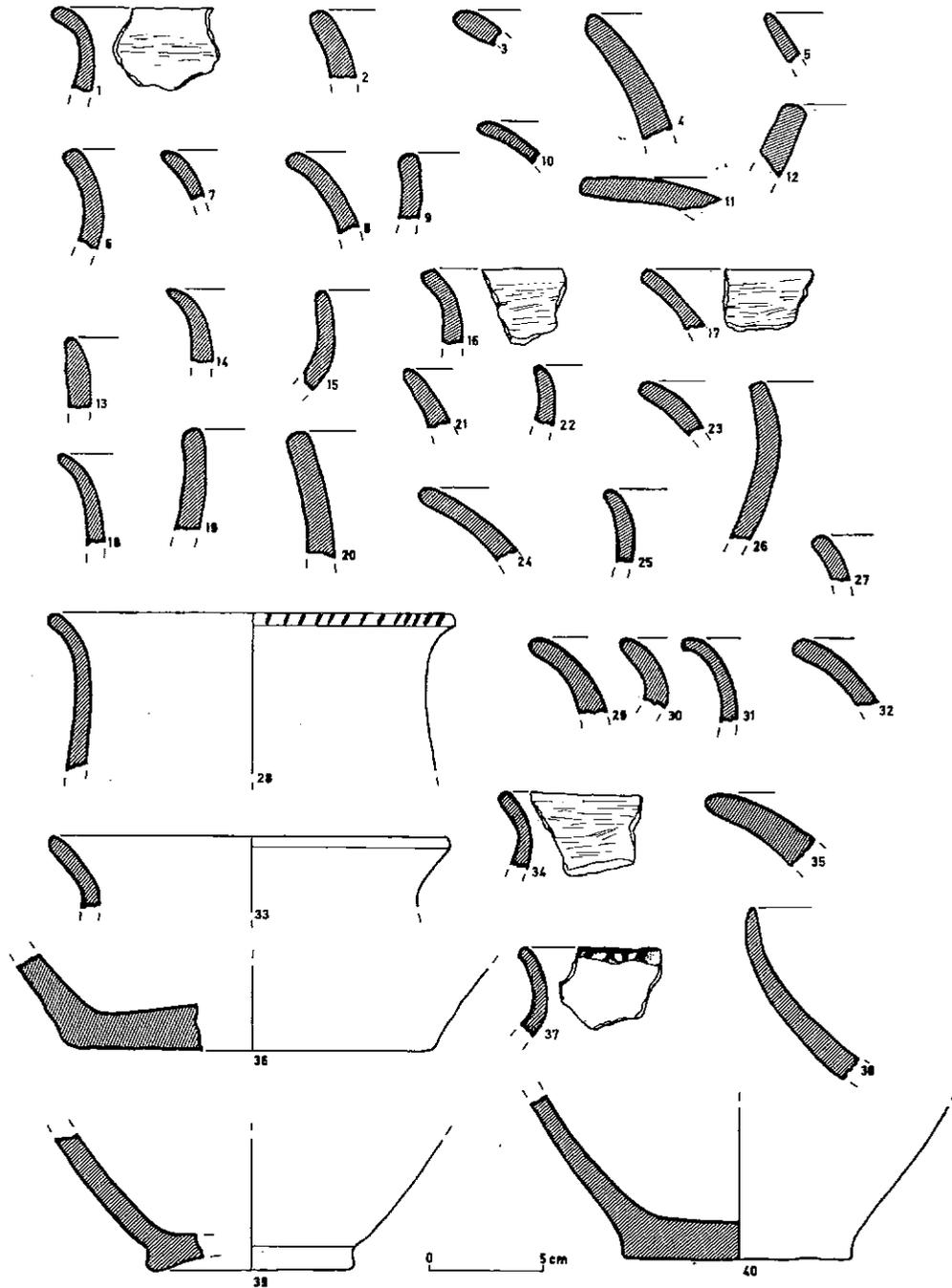


Figura 110. Alcáçova de Santarém: cerámica a mano (1-10, 12-34, 36-37, 39-40: manufactura 1; 11, 35, 38: manufactura 2).

La forma más abundante registrada en esta fabricación se caracteriza por un vaso de perfil en S, muy posiblemente con cuerpo globular, fondo plano, borde exvasado, de perfil redondeado o triangular, y cuello más o menos alto, de perfil mayoritariamente troncocónico, pero que puede asumir una forma general cilíndrica (fig. 110 y 111).

Los diámetros del borde varían entre los 17 y los 22 cm.

Con cierta frecuencia, los bordes de esta forma están decorados con incisiones sobre el borde y los fondos, y las paredes externas se presentan ennegrecidas, con evidentes signos de su utilización en el fuego.

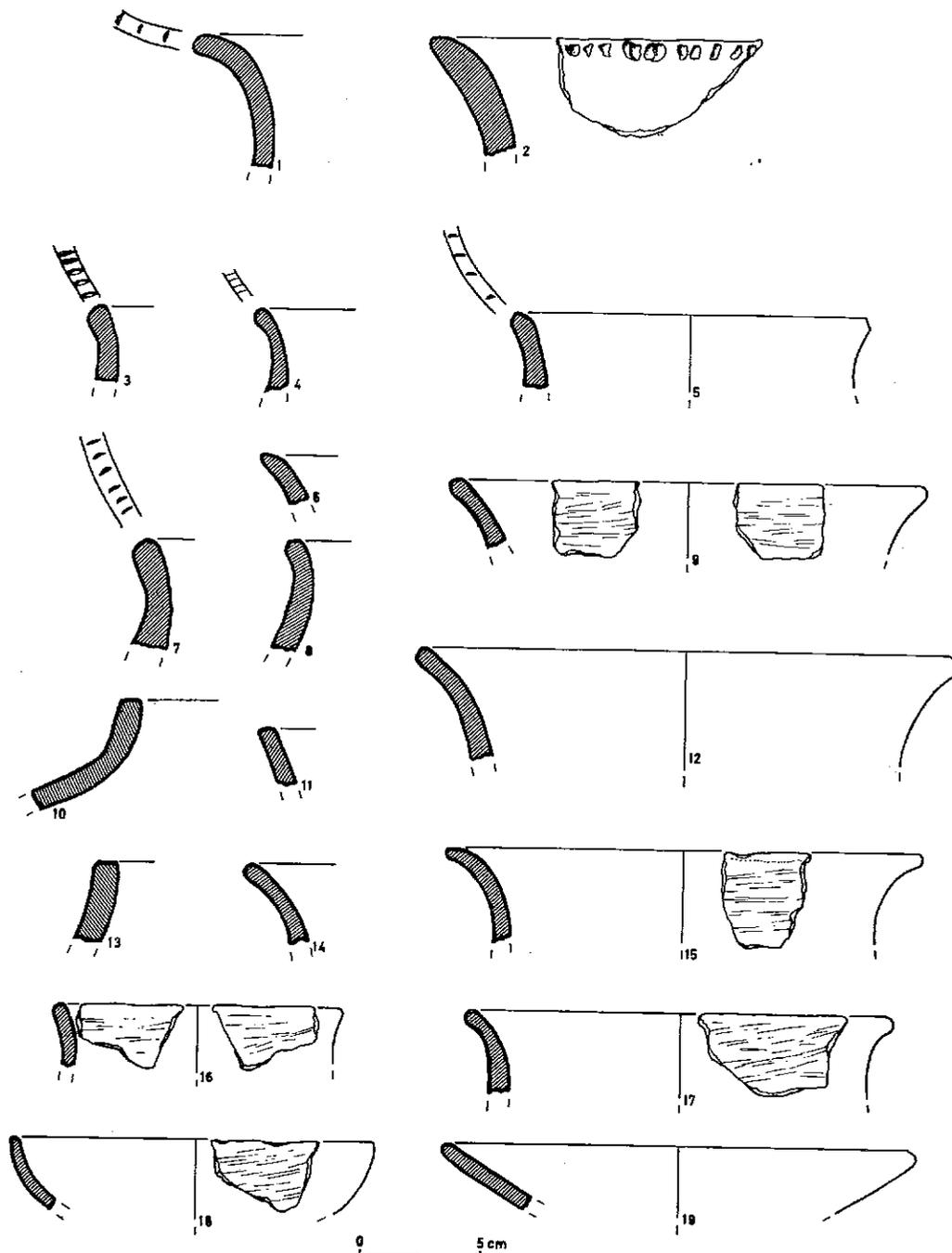


Figura 111. Alcévoa de Santarém: cerámica a mano (1-18: manufactura 1; 19: manufactura 2).

Las superficies externas son generalmente grises (Munsell 10YR 5/1) o negras (Munsell 5YR 2.5/1), y las internas varían entre el castaño (Munsell 7.5 YR 5/4) y el gris (Munsell 10YR 5/1).

Las superficies externas no presentan en general un tratamiento cuidado, estando únicamente alisadas groseramente, siendo nítidos en algunos ejemplares los trazos de un alisado mediante el *cepillo*.

Las superficies internas por el contrario, pueden evidenciar un acabado más cuidadoso, sin que sea infrecuente su pulido o también un bruñido.

Como ya mencioné, las pastas de estos vasos son grises (Munsell 7.5 YR 5/1) y groseras, con abundantes componentes no plásticos de medianas dimensiones, abundando, entre éstos, los cuarzos y las micas plateadas.

Las características formales (vasos cerrados, fondos planos, diámetro medio del borde 20 cm) y tecnológicas (tratamiento poco cuidado de las superficies externas y pulido en las internas) de estos vasos, junto a los evidentes signos de utilización en la lumbre (paredes y fondos externos ennegrecidos), indican que esta forma se destinaba, mayoritariamente, sino exclusivamente, a la preparación de alimentos. Todo indica pues, que estamos en presencia de vajilla de cocina, muy concretamente de ollas.

Con las mismas características tecnológicas, tanto a nivel de las pastas como de los tratamientos de las superficies, se recogieron bordes de vasos cuya forma es más difícil de averiguar, dadas las dimensiones que presentan. Los bordes son verticales y lo que queda de las paredes no permite saber si estamos en presencia de cuellos totalmente cilíndricos o de vasos formalmente idénticos a copas (fig. 110, nº 11, 13, 16)

La manufactura nº 2 es más rara, a pesar de que se encuentra presente en un número mayor de formas. Presenta también pastas groseras, cocciones reductoras, con enfriamiento oxidante. Se distingue claramente de la fabricación anterior por el tratamiento de la superficie externa que aquí, acusa un tratamiento cuidadoso, estando pulida al igual que la superficie interna. Las pastas son grises (Munsell 7.5 YR 7/1) o castañas grisáceas (Munsell 10 YR 5/1) y las superficies varían entre lo gris oscuro (Munsell 10YR 4/1), el castaño claro (Munsell 7.5 YR 6/4) y el rojo anaranjado oscuro (Munsell 10R 5/6).

Los cuencos hemisféricos, representados por escasos ejemplares, son una de las formas que se pueden integrar en esta fabricación. Corresponden a cuencos de borde recto, sin ningún engrosamiento, que pueden o no poseer un labio estrecho, pero aplanado (fig. 110, nº 38; fig. 111, nº 19; fig. 112, nº 21-23, 28, 30-34, 41, 42, 45, 46, 49, 51, 52).

Otros bordes con este tipo de fabricación nº 2, no permiten identificar, con claridad, la forma del vaso a la que pertenecen. Son también escasos, pero puede decirse que se trata de vasos abiertos, con paredes muy oblicuas, pudiendo tener o no el borde con un labio aplanado. Parece que se trata de platos (figura 110, nº 11, 35; lám. 112, nº 35-40, 43, 44, 48, 50).

A pesar de que los datos que poseo no son completamente definitivos, me atrevo a considerar que tanto los cuencos hemisféricos como los posibles platos de esta manufactura 2 de la cerámica a mano eran utilizados en la cocina como vajilla destinada a la preparación de alimentos.

Otro grupo de bordes que puede incluirse en esta manufactura parece corresponder a un forma asimilable a un vaso «à chardon». Se trata ciertamente, de vasos de dimensiones considerables, cuyos diámetros de borde varían entre los 45 y los 50 cm. Lo que queda de la pared de un ejemplar, deja entrever un cuello alto y acampanado, siendo posible imaginar que tendría cuerpo ovoide. La pared es gruesa y está pulida. La forma está representada por tres únicos ejemplares.

Todo indica que estos vasos se utilizaron en la cocina y se destinaron para almacenar líquidos.

Por tanto, se puede concluir que los vasos incluidos en lo que consideré fabricación 1 y 2 eran usados preferentemente en la cocina y en relación directa con el almacenamiento o la preparación de alimentos.

Curiosamente, y al contrario de la fabricación 3, estos recipientes cerámicos son muy poco numerosos en los niveles medios y finales de la Edad del Hierro de Santarém, a pesar de la enorme abundancia de ollas de manufactura 1 en los estratos que corresponden a los momentos iniciales de la ocupación del Hierro.

Los fragmentos cerámicos que pueden incluirse en lo que designé como fabricación 3 (Figs. 114-116) tienen siempre paredes de grosor reducido (1-4 mm). Ambas superficies se presentan cuidadosamente pulidas y tienen color castaño (Munsell 10YR 5/2), gris (Munsell 10YR 4/1), o negro (Munsell 2.5Y 2.5/1). Las pastas grises (Munsell 2.5YR 5/1) o castañas rojizas (Munsell 5YR 5/6 – Munsell 10YR 6/3), a veces con núcleo gris claro (Munsell 2.5Y 6/1), son depuradas, a pesar de que contienen cierta abundancia de desgrasantes de reducidas dimensiones (micas, cuarzos y cuarcitas).

Estas características tecnológicas son exclusivamente de vasos abiertos, grupo que sin embargo, engloba formas diferenciadas entre sí.

Se trata mayoritariamente de cuencos, más o menos profundos (fig. 114, nº 4, 6, 7, 9, 10 fig. 115,

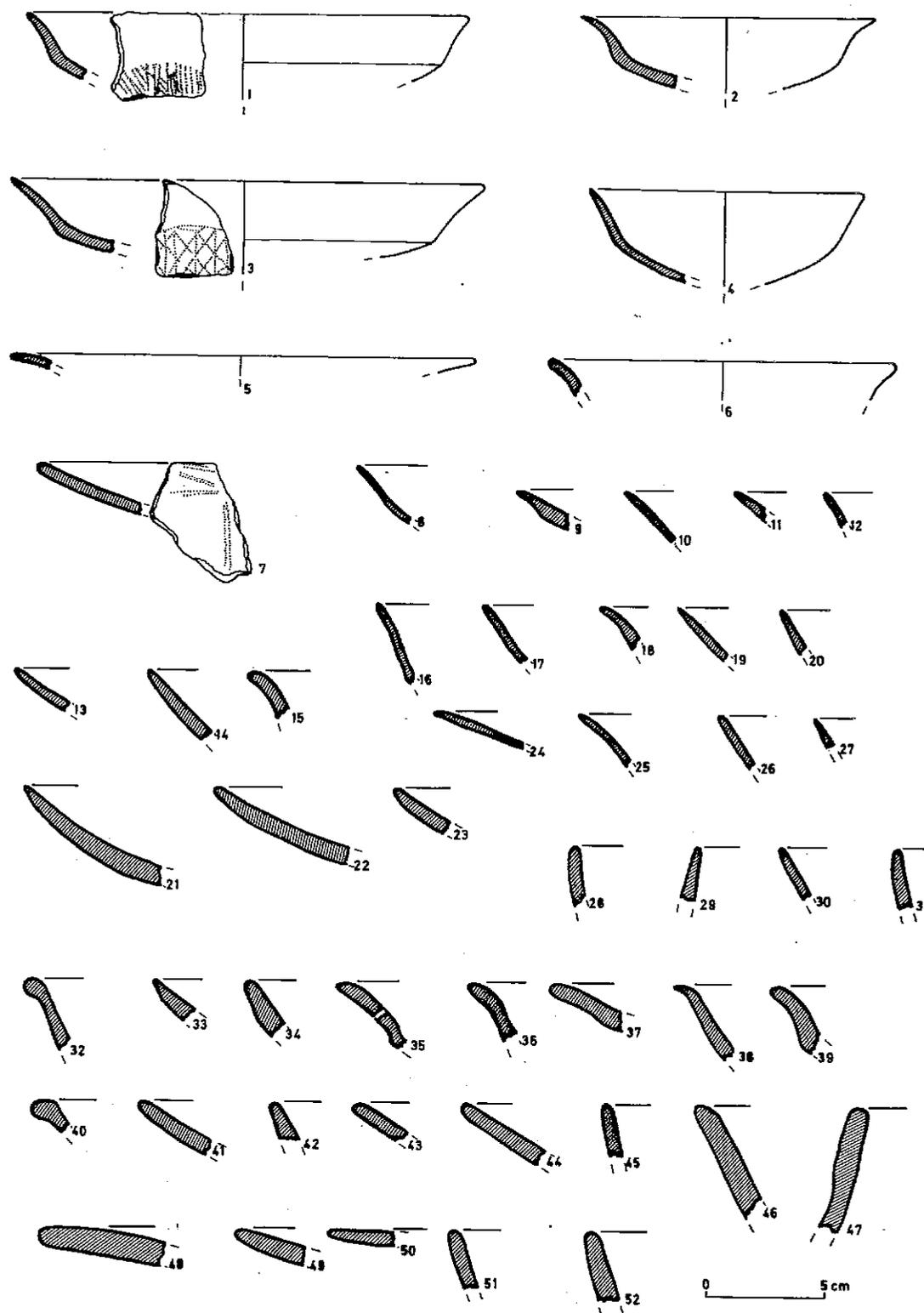


Figura 112. Alcáçova de Santarém: cerâmica a mano (1-20, 24-27: manufatura 3; 21-23, 28-46, 48-52: manufatura 2; 47: manufatura 1).

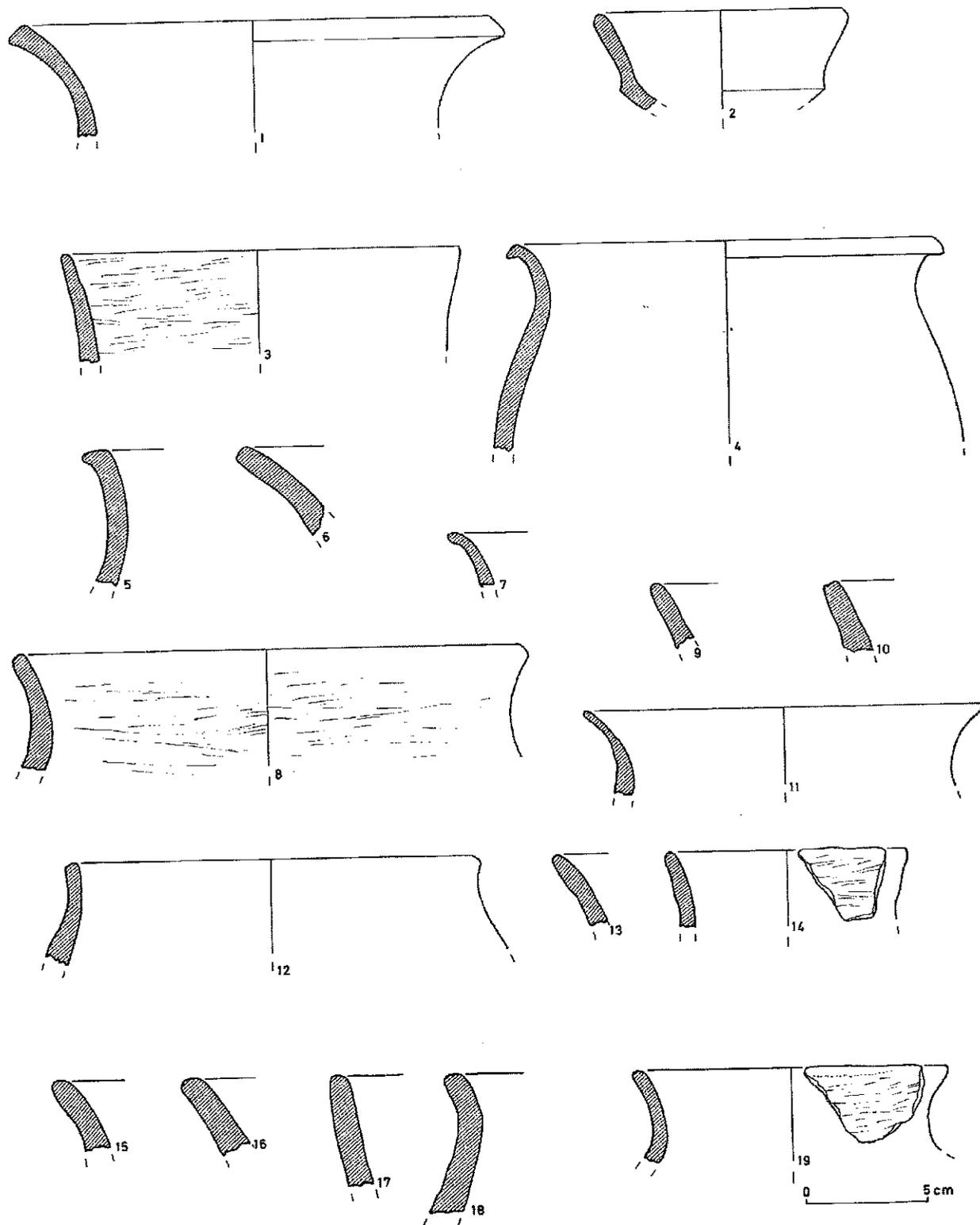


Figura 113. Alcáçova de Santarém: cerâmica a mano de la manufactura 1.

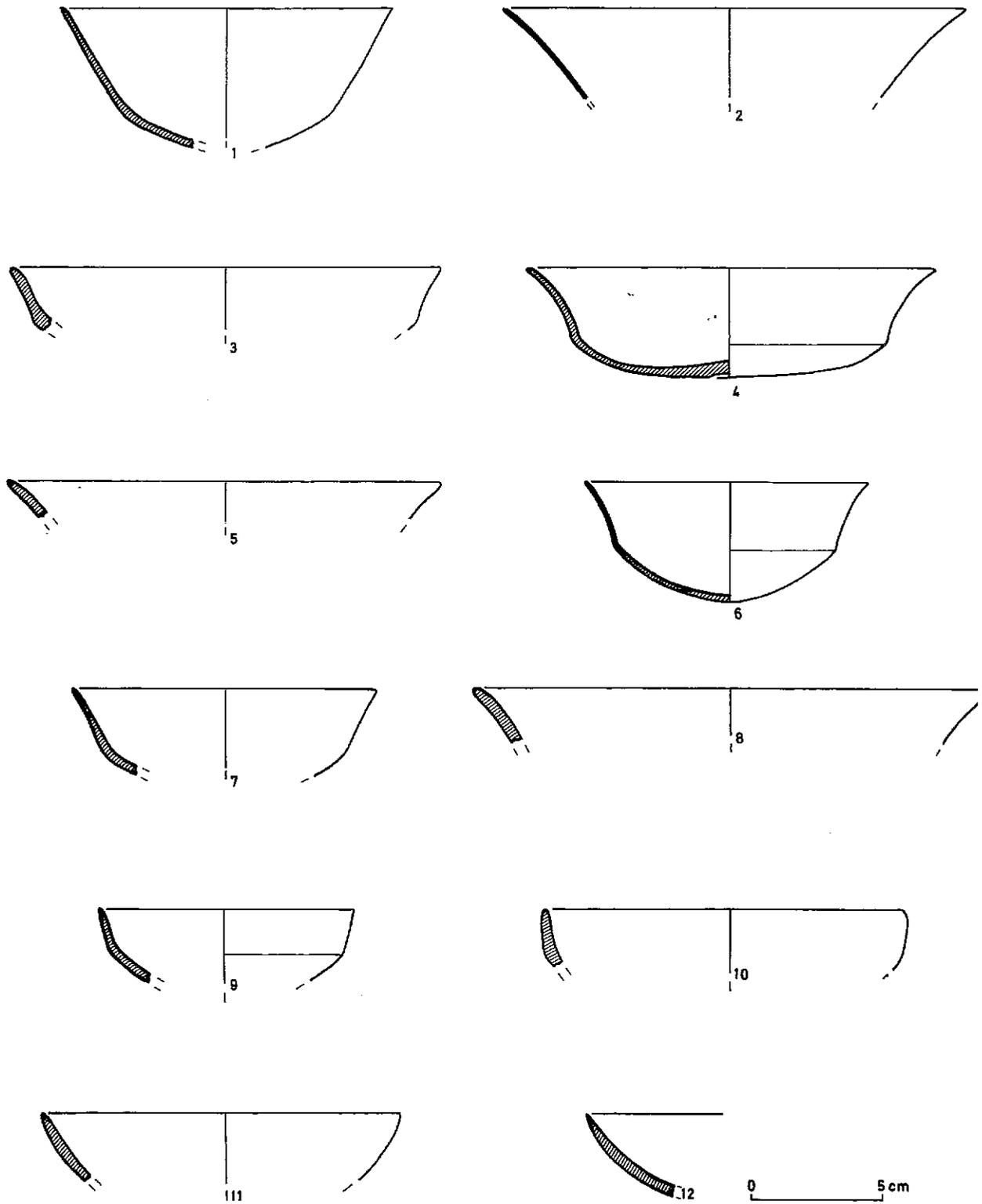


Figura 114. Alcáçova de Santarém: cerâmica a mano de la manufactura 3.

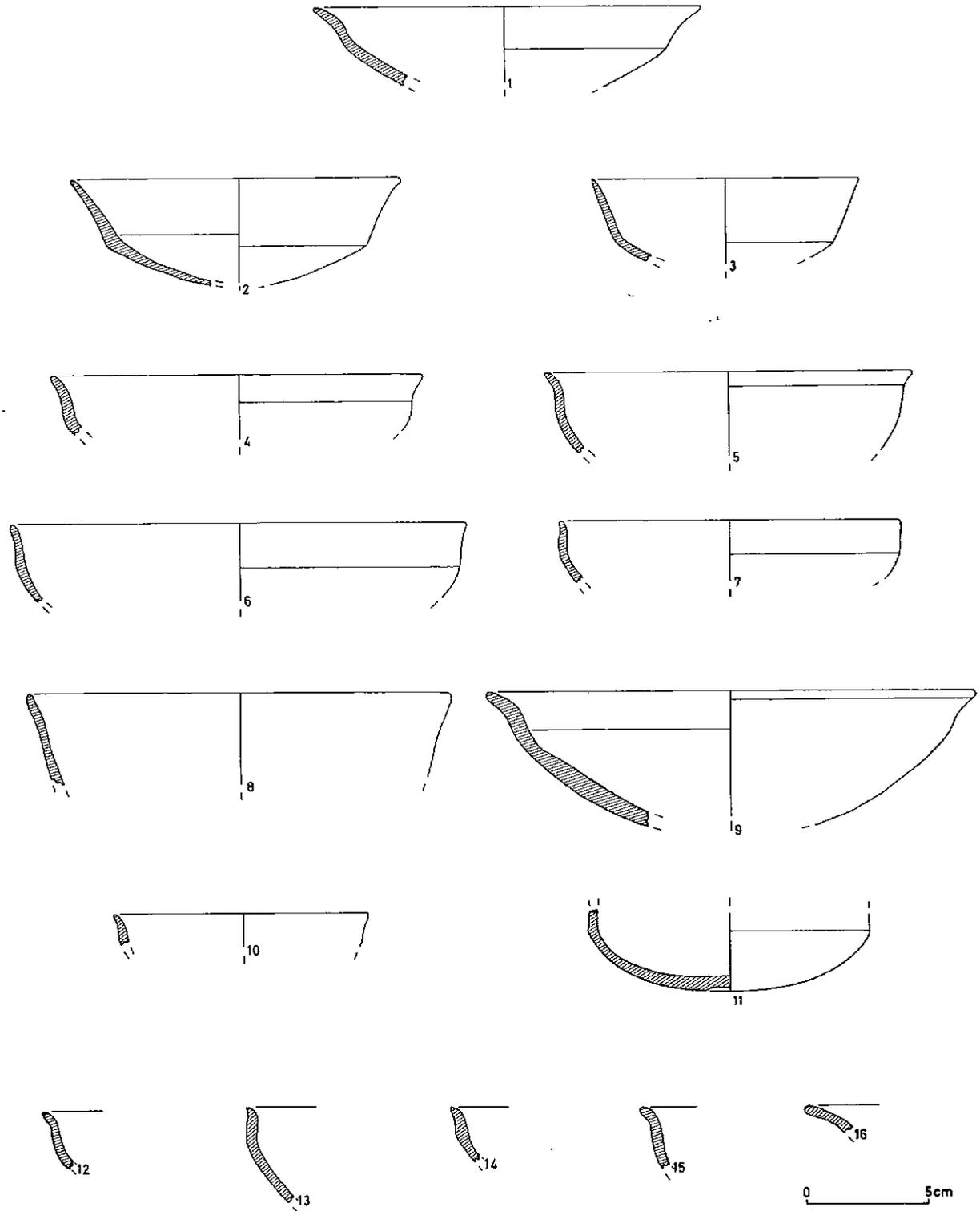


Figura 115. Alcáçova de Santarém: cerâmica a mano de la manufactura 3.

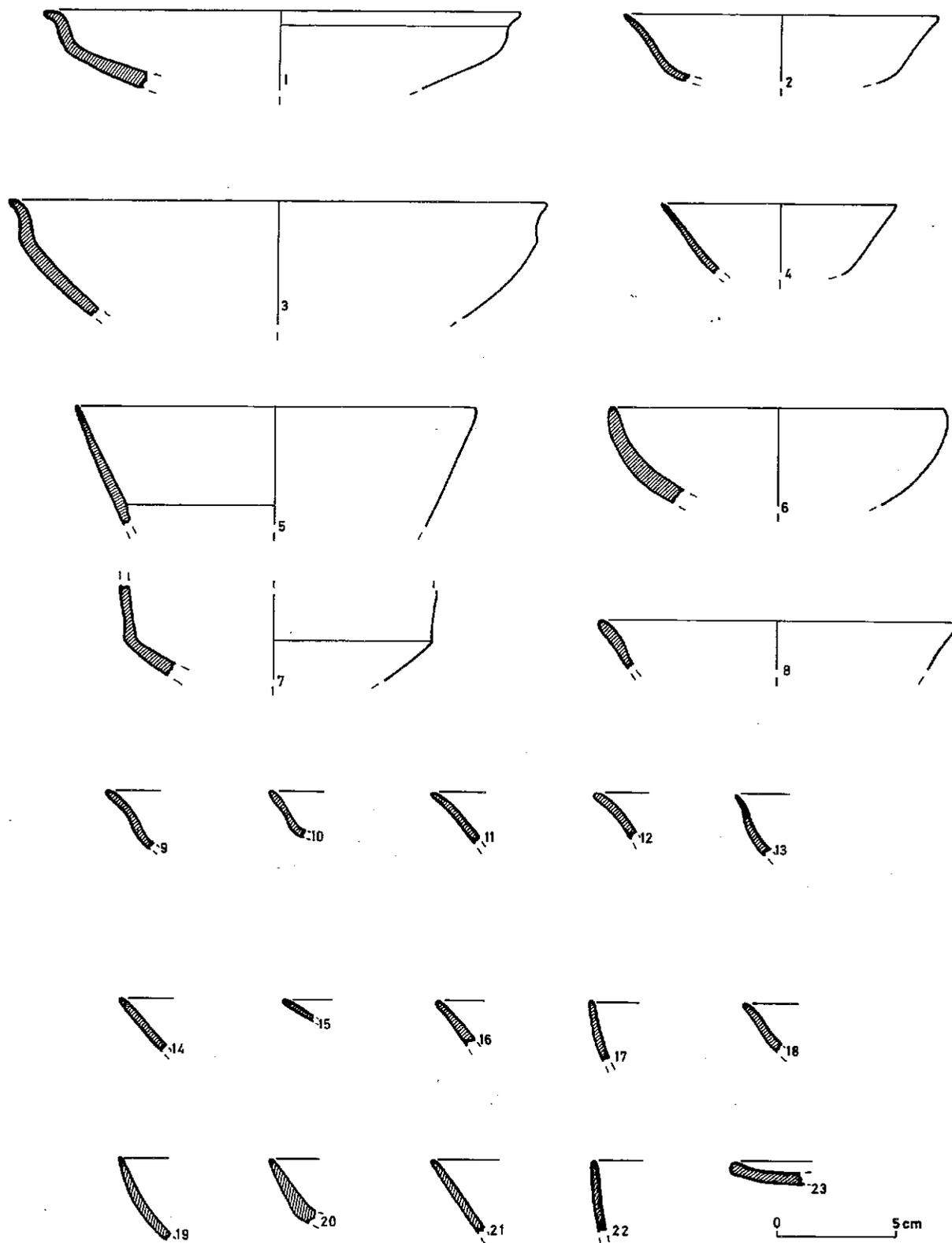


Figura 116. Alcáçova de Santarém: cerâmica a mano de la manufactura 3.

nº 3, 9, 12, 13, 14, 15), siendo seguro que un gran número de ejemplares poseía fondos en ónfalo y que los bordes raramente presentaban engrosamiento.

Este grupo de cuencos puede dividirse en cuencos hemiesféricos y cuencos carenados. Relativo a los últimos, debe mencionarse que la carena, más o menos señalada, puede ser alta, media o baja. Cuando la carena es baja (fig. 114, nº 4), y el cuenco es ancho (16 cm de diámetro), es más abierto que en los casos en que la carena se localiza en el área central de la pared del cuerpo. En este último caso, el diámetro raramente sobrepasa los 11 cm. La profundidad de ambos tipos de cuencos carenados es reducida (5-6 cm de altura). Las paredes, muy oblicuas en relación a la línea del borde, son convexo-cóncavas.

Los cuencos carenados fabricados a mano, sobre todo los de mayor diámetro, presentan, a veces, la superficie interna decorada con retícula bruñida (fig. 112, nº 2, 3, 5 y 7).

Los cuencos hemiesféricos tienen diámetros que rondan los 14 cm. A pesar de no haber sido posible reconstruir, ni siquiera gráficamente, ningún ejemplar, pienso que la profundidad de estos cuencos no excedería los 6 cm.

También fue posible recuperar fragmentos de borde y pared de otro tipo de cuenco (fig. 114, nº 1). Posee paredes rectilíneas y, a pesar de que son también oblicuas en relación a la línea del borde, el ángulo que describe es claramente inferior al de los cuencos carenados de paredes convexo-cóncavas, siendo por ello bastante menos exvasados.

Mucho más escasos son los cuencos con borde engrosado y aplanado, muy ligeramente exvasado.

Este grupo cerámico incluye también algunos (pocos) bordes de vasos que pude clasificar como platos. Se trata de vasos con poca profundidad, con bordes sin engrosamiento y paredes muy exvasadas (fig. 112, nº 48-50).

Las cerámicas a mano pulidas recogidas en al Alcáçova de Santarém presentan características formales y tecnológicas que permiten pensar que se está en presencia de cerámicas destinadas al servicio de mesa. De hecho, el espesor de las paredes, las formas presentes y el pulido de las superficies son datos que deben valorizarse en el momento de atribuir la funcionalidad de este tipo cerámico. Todo indica que estos vasos de mesa eran utilizados para beber, siendo, por tanto, funcionalmente equivalentes a las cerámicas de paredes finas de época romana.

Los contextos arqueológicos donde se recogieron las cerámicas a mano finas y pulidas son todos de la Edad del Hierro, a excepción, naturalmente, de los que se formaron a través de los escombros efectua-

dos en época medieval. Claramente mayoritarias en los niveles inferiores (por ejemplo, Corte 1, G18, nivel 8, H18 niveles 7 y 8; Templo Q3, niveles 17-23, Q5, niveles 11 y 12), lo cierto es que este tipo cerámico se encuentra en los niveles medios y superiores de la ocupación del Hierro, aunque en número reducido, como es por ejemplo el caso de 1997, Q. 19, niveles 11, 14, 16 y 17.

Las cerámicas a mano halladas en la Alcazaba de Santarém representan, pues, un conjunto numérica y funcionalmente muy importante en la globalidad del inventario de los artefactos recogidos, por lo que merecen, obviamente, un comentario extenso y detallado.

En primer lugar, a pesar de se poder hoy considerar casi un lugar común, debe mencionarse que las cerámicas manuales se inscriben, tanto formal como tecnológicamente, en la tradición local. Su fabricación y utilización no fueran, sin embargo, abandonadas, al menos, hasta el siglo I d.C., siendo por tanto obvio que estas cerámicas convivieron largos siglos con otras ya fabricadas a torno. El análisis que realicé sobre los restos recogidos en la Alcáçova de Santarém volvió claro que las cerámicas a mano estaban destinadas a determinadas funciones muy específicas, siendo fundamentalmente usadas para cocinar y almacenar. Su utilización en el servicio de mesa, concretamente como cuencos para beber o contener líquidos, quedó también demostrada.

Sin embargo, y como se verá, las funciones de almacenamiento fueron igualmente desempeñadas por vasos fabricados a torno, como por ejemplo los *pitthoi* y los potes de cerámica gris. También algunos cuencos de cerámica gris fina pulida torneada reproducen, formalmente, las formas de cerámica a mano pulida, siendo obvio que ambas tecnologías fueron utilizadas en la fabricación de vasos destinados al servicio de mesa, concretamente aquellos que se destinaban a contener líquidos para beber.

También es curioso notar que:

(1) Los grandes recipientes de almacenamiento continuarán, hasta los momentos finales de la Edad del Hierro, siendo fabricados a mano;

(2) Algunas cerámicas a mano de paredes poco gruesas y superficies pulidas permanecen en los inventarios de los niveles del Hierro tardíos;

(3) Los vasos que incluí en la manufactura 1, y cuya forma y actual estado de las superficies externa indicaban una utilización como olla, sólo se encuentran en los niveles inferiores y medios, siendo aparentemente sustituidos en la función que desempeñaban por vasos formalmente idénticos, pero fabricados a torno.

Debe también mencionarse que no es sólo la fabricación lo que permite afirmar que las cerámicas manuales pertenecen a la tradición local. De hecho, el tratamiento de las superficies tanto de los vasos de la manufactura 1, como de aquellos que incluí en la 3, concretamente la utilización del «cepillo» y la decoración en retícula bruñida en las superficies, los bordes dentados y también las formas representadas, sobre todo en las manufacturas 1 y 3, son indicadores claros de una tradición antigua, que se debe buscar en el Bronce Final.

La retícula bruñida interna sugiere, desde luego, varias observaciones, unas de carácter general y otras más particulares.

Siendo ya conocida durante el Calcolítico (Gonçalves, 1989), puede decirse que la técnica de bruñido alcanzó su apogeo durante la Edad del Bronce, más concretamente en sus momentos finales.

La decoración bruñida, que siempre se asocia a los cuencos carenados, fue muy utilizada en la mitad occidental de la Península Ibérica durante el Bronce Final. Desde mi perspectiva, la división clásica en dos grandes grupos – tipo Lapa de Fumo o de «ornatos bruñidos» y tipo Andaluz – (Almagro Gorbea, 1977) continúa, de algún modo, teniendo sentido, sobre todo, por no ser únicamente la localización de la decoración lo que permite diferenciarlos. Su propia organización y los motivos de los que se compone son efectivamente distintos, independientemente del hecho de que las formas decoradas mediante bruñido parecen las mismas – los cuencos carenados. Esta convicción no me hace desechar, en este aspecto concreto, a Raquel Vilaça cuando afirma que «as fronteiras dos dois mundos das cerâmicas com decoração brunida – o do Baixo Tejo e o Andaluz – estão hoje esbatidas» (Vilaça, 1995: 297), ya que también reconozco que «...na vasta região que separa, ou antes parece unir, estes dois núcleos, composta pela Beira Baixa, Extremadura espanhola e Alentejo, encontramos, simultaneamente, cerâmicas decoradas exterior e interiormente e, inclusive, os mesmos fragmentos podem comportar decoração interior e exterior.» (*ibid.*).

Es importante mencionar que la región del Valle del Tajo, al igual que casi todo el actual territorio portugués (desde la Beira Interior – Vilaça, 1995; Sena-Martinez, 1989, hasta el Algarve, pasando naturalmente, por la Extremadura portuguesa, Península de Setúbal y Alentejo), no es pródiga en hallazgos de vasos decorados con retícula bruñida, o Tipo Andaluz, en contextos de la Edad del Bronce, a pesar de la abundancia que se registra de cerámicas con decoraciones bruñidas en las paredes externas de los vasos (decoración bruñida externa «tipo Lapa do

Fumo»), tanto en contextos domésticos como funerarios, desde el Abrigo das Bocas (Serrão, 1959) y Cova da Moura (Spindler, 1981), en la Extremadura, hasta la Roça do Casal do Meio (Spindler *et al.*, 1973-4) y la propia Lapa do Fumo (Serrão, 1970), en la península de Setúbal.

De este modo, la región extremeña se inserta durante la Edad del Bronce Final en el amplio conjunto de yacimientos portugueses que presentan cuencos carenados con las superficies externas decoradas con bruñidos del tipo Lapa do Fumo. No obstante, parece que las dos variantes de este tipo de decoración bruñida tienen lugar preferencialmente en áreas distintas del territorio, aunque no totalmente exclusivas: surcos bruñidos en el Centro y Norte, y franjas anchas y bicolores en Extremadura y Sur (Vilaça, 1995).

Naturalmente, debe recordarse que Santarém se localiza exactamente en el área donde se definió un tercer grupo de cerámicas bruñidas – el tipo Alpiarça – (Marques y Andrade, 1973), designación que, como ya mencioné, me parece que hay que evitar, no sólo por no representar ningún tipo decorativo o formal específico, sino, sobre todo, por la connotación étnica y cultural que siempre se le atribuye el concepto.

Por tanto, no deja de ser importante constatar que es justamente en Andalucía, tanto en el Bronce Final como en los yacimientos orientalizantes, donde es posible encontrar los mejores paralelos para los vasos de Santarém y para los que se recogieron en otros sitios orientalizantes portugueses, principalmente Alcácer do Sal (Silva *et al.* 1980-81), Santa Olaia (Rocha, 1908, Frankenstein, 1997) y Conímbriga (Alarcão, 1976). Este hecho evidentemente hace pensar que, a pesar de que la técnica del bruñido es conocida en el Occidente de la Península Ibérica desde el Bronce Final, su utilización en el interior de los vasos, en trazos cruzados más o menos regulares y sin gran variación temática, puede haber sido aquí una inspiración foránea, inspiración nacida en el momento de los primeros contactos del Atlántico con el mundo andaluz, por vía del comercio con los navegantes fenicios del círculo del Estrecho.

Estas observaciones podrían ser matizadas a través del análisis de los contextos cronológicos de las cerámicas con decoración bruñida. De hecho, parece incuestionable que la decoración bruñida tipo Lapa do Fumo no surge en contextos del Hierro, siendo abandonada a partir del inicio de la Edad del Hierro. Aún admitiendo que en las Beiras o en el Alentejo no se conoce ninguna secuencia estratigráfica que permita analizar cuales fueron exactamente las alteraciones constatadas, en términos de cultura material, entre la Edad del Bronce Final y la Edad del Hierro, y que las

estratigrafías de Alcácer do Sal (Silva *et al.*, 1980-81) o de Setúbal (Soares y Silva, 1986) no son suficientemente esclarecedoras en cuanto a esta cuestión concreta, parece que es posible afirmar que la decoración bruñida de tipo Andaluz es, en el actual territorio portugués, y más concretamente en Extremadura, típica de la Edad del Hierro, sustituyendo aquí al tipo Lapa do Fumo, o adornos bruñidos. Naturalmente, no pretendo decir que los vasos con decoración en retícula bruñida en las superficies internas sean, en su totalidad, de la Edad del Hierro. Como ya mencioné anteriormente, los bruñidos de tipo Andaluz aparecen en contextos claros del Bronce Final en Andalucía y también en el actual territorio portugués son conocidos los casos alentejanos de Côroa do Frade, Évora (Arnaud, 1979) y de Outeiro do Circo, Beja (Parreira y Soares, 1980). Me gustaría insistir en el hecho de que la decoración bruñida tipo Lapa do Fumo parece estar ausente de yacimientos de la Edad del Hierro, lo que significa que el tipo Andaluz se vuelve exclusivo en estos últimos, también en áreas donde los adornos bruñidos dominaban en los inventarios de la época inmediatamente anterior, como es el caso de la Extremadura portuguesa.

La cerámica *cepillada*, tratamiento aplicado sobre vasos con bordes dentados o no, tiene también origen en el Bronce Final, encontrándose frecuentemente asociada a cerámicas de retícula bruñida. El listado recientemente elaborado por Raquel Vilaça (1995) de los yacimientos peninsulares que ofrecen tanto bordes dentados como tratamientos a *cepillo* no se alteró. Me queda por decir que estas características son bien conocidas en contextos del Bronce Final, en el Noroeste (Martins, 1988 y 1989), en la Beira Interior (Vilaça, 1995; Senna-Martinez, 1989), en el Alentejo (Silva y Soares, 1978; Parreira, 1983; Arnaud, 1979), en la Extremadura española (Almagro Gorbea, 1977) y en Andalucía (Ruiz Mata, *et al.*, 1981; Amo y Belén Deamos, 1981; Fernández Jurado, 1988-89).

Estas cerámicas han sido reconocidas en el área meridional de la Península Ibérica en contextos de la Edad del Hierro, tanto en Andalucía, como por ejemplo en los niveles 26 a 20 del Cerro Macareno (Pellicer Catalán, Escacena y Bendala, 1983), en el estrato 12 de Los Quemados (Luzón, 1973), en el Carambolo (Carriazo, 1970) o en Huelva (Fernández Jurado, 1988-89), como en la Extremadura española, principalmente en Medellín (Almagro Gorbea, 1977).

En Portugal, conocemos su aparición en yacimientos del Hierro orientalizantes, principalmente en Santa Olaia, en el Baixo Mondego (Rocha, 1908), en Alcácer do Sal (Silva *et al.*, 1980-81) y en Setúbal (Soares y Silva, 1985).

En Santarém, las cerámicas *cepilladas* y los bordes con decoración incisa o impresa son muy abundantes en los estratos inferiores, disminuyendo en los niveles medios, para desaparecer, por completo, en los estratos superiores de la Edad del Hierro. Todo indica, pues, que también aquí se verifica el esquema evolutivo observado en Andalucía y en la Extremadura española, donde las cerámicas con estas características desaparecen de los inventarios a partir del siglo VI a.C.

6.3.6.6.1.2. La cerámica a torno

La cerámica de engobe rojo

La cerámica con las superficies cubiertas de engobe rojo está presente en Santarém desde los niveles inferiores. Es abundante en los niveles medios, y prácticamente inexistente en los niveles correspondientes a los momentos tardíos de la Edad del Hierro. Resumiendo, diría que a partir del siglo V a.C., en cronología tradicional, la cerámica de engobe rojo desaparece completamente de los conjuntos exhumados.

El engobe rojo se aplicó sobre la superficie de platos, cuencos, vasos acampanados de tipo «à char-don» y en un pequeño ungüentario. La segunda categoría formal presenta algunas diferencias morfológicas que permitirán diferenciar varios tipos.

Es sabido cómo la evolución morfológica de los platos de engobe rojo ha servido, tras los pioneros trabajos de Schubart (1976a, 1983), como «...uno de los elementos clave para la fechación de los horizontes arcaicos de los siglos VIII/VI en extremo occidente» (Ramón Torres, 1999). La conciencia de tal hecho, me llevó a abordar el conjunto de los platos de Santarém de forma exhaustiva, sin despreciar ningún elemento que pudiese ser utilizado en la comprensión de su evolución en este yacimiento portugués.

Los platos recogidos en Santarém constituyen el grupo más representativo de la cerámica cubierta con engobe rojo (fig. 117, nº 1-11; fig. 118, nº 1-3). Éste cubre siempre únicamente la superficie interna, borde incluido, y casi siempre es espeso y bien adherente, pudiendo variar el color entre el rojo anaranjado claro (Munsell 10R 5/8) y el rojo oscuro (Munsell 10R 4/8). Los bordes son aplanados, o muy ligeramente convexos, y, generalmente, se inclinan hacia el interior, aunque existen algunos ejemplares con inclinación interna y externa. La superficie externa, aunque si bien no se encuentra cubierta de engobe rojo, está, sin embargo, bien alisada, pudiendo estar revestida por una aguada del color de la pasta.

De forma general, los diámetros de los platos varían entre los 25 y los 33 cm y la anchura de los bordes oscila entre los 2.5 cm y los 6 cm. Sin embargo,

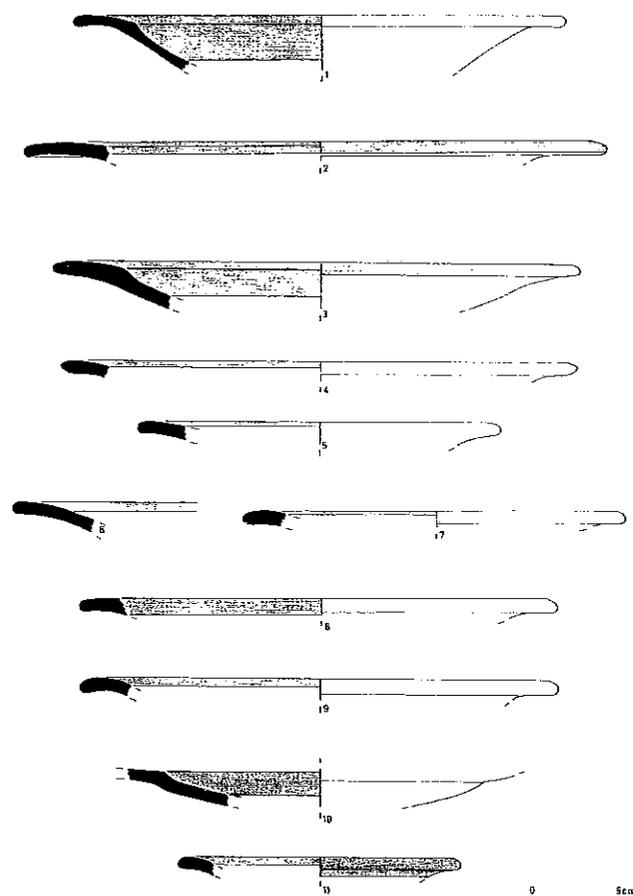


Figura 117. Alcáçova de Santarém: platos de engobe rojo.

son mayoritarios los que miden 4,5 – 5 cm. Son muy escasos los ejemplares cuyo diámetro no excede los 16 cm y cuya anchura del borde no fue posible determinar. Los fondos de los platos de engobe rojo son cóncavos y los pies apenas están indicados y nunca destacados o anulares. La relación entre la anchura de los bordes y el diámetro máximo presenta valores altos, casi siempre superiores a 50, aunque debe indicarse que el valor de estos cocientes tiende a disminuir en sentido inverso a la estratigrafía. Así, mientras que en los niveles inferiores oscilan entre los 68 y los 70, ya en los niveles medios de Santarém, el valor obtenido de la división entre la anchura del borde por el diámetro máximo, multiplicado por 10, oscila entre los 40 y los 50.

Los platos de borde más ancho son aquellos cuyo engobe es más oscuro, aunque debo aclarar que los engobes anaranjados dominan en los de borde más estrechos.

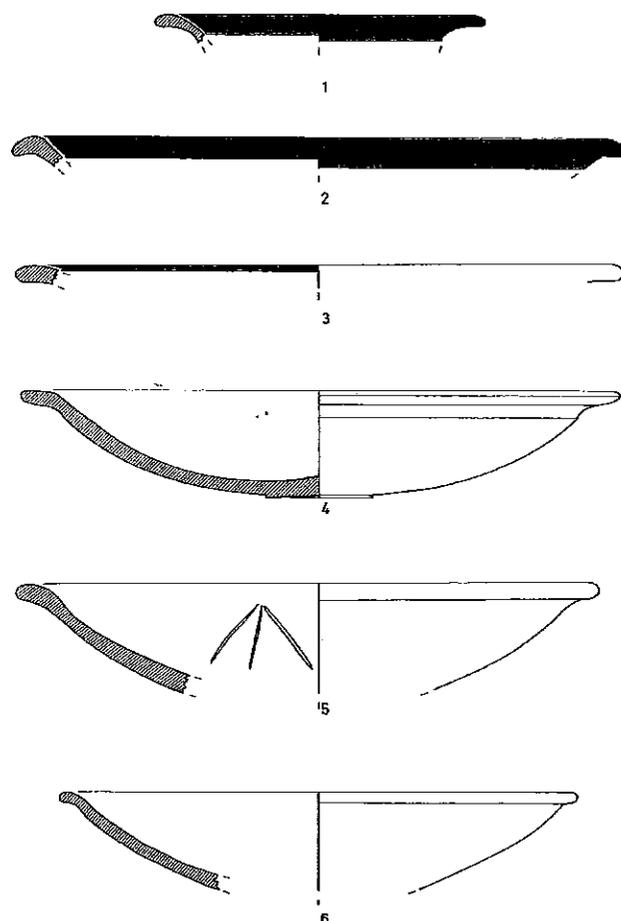


Figura 118. Alcáçova de Santarém: 1-3: platos de engobe rojo; 4-7: cuencos sin engobe de pastas claras.

Los platos de engobe rojo surgen en Santerám desde los niveles inferiores, datados por radiocarbono entre finales del siglo X e inicios del VIII a.C., cronología que en fechas tradicionales, podría adelantarse hasta la segunda mitad del siglo VIII e inicios del VII a.C. En estos niveles, se encontraron mayoritariamente los platos de borde más estrecho, de cocientes más altos y de engobe más anaranjado.

Los platos con las superficies cubiertas de engobe rojo están presentes, también de forma abundante, en los niveles medios, datados históricamente en los finales del siglo VII y VI a. C., desapareciendo de los conjuntos a partir del siglo V a.C.

Atendiendo exclusivamente a la cuestión de la anchura de los bordes y aún considerando también las relaciones entre éstos y los diámetros máximos de estos platos, me vería obligada a admitir que los ejemplares de Santarém se aproximan morfológicamente, por ejemplo, a los de las fases más antiguas de Tos-

canos y Mezquitilla. Sin embargo, existe una cantidad de detalles formales que es necesario considerar en el momento de establecer paralelos y atribuir cronologías a partir de éstos. Por ello, debo mencionar que ninguno de los platos de Santarém posee acanaladuras en los bordes y que éstos raramente presentan la típica doble inclinación y el exvasamiento exterior registrado en los ejemplares de la fase B1 de Mezquitilla (Schubart, 1977: 51, fig. 12-14; Schubart, 1979b: 197, fig. 12-14; Schubart, 1983: 111; Schubart, 1985: 152, fig. 6g) o III de Toscanos (Schubart y Maass-Lindemann, 1984; Schubart y Niemeyer, 1969; Schubart, Niemeyer y Pellicer Catalán, 1969; Schubart, Niemeyer y Maass-Lindemann, 1972), cuya cronología histórica apunta al siglo VIII a.C.

Los platos de los niveles inferiores de Santarém tienen, de hecho, innumerables semejanzas formales con los que se recogieron en el estrato IVb de Toscanos (Schubart, Niemeyer y Pellicer Catalán, 1969: lám. XII, nº 888, 892) y en los niveles superiores de la fase B1 de Mezquitilla (Schubart, 1985: fig. 7, k, l), a pesar de ser evidente que muchos de ellos poseen cocientes más altos de los que se registraron en aquellos yacimientos de Andalucía. Debo recordar, que estos momentos de ocupación han sido datados, a través de la cerámica griega, en el siglo VII a.C.

Los datos que pude obtener en Santarém, en el caso concreto de los platos de engobe rojo, me permitieron comprobar que la tendencia del aumento progresivo de la anchura del borde, y la disminución del valor establecido por la división de esta anchura por el diámetro máximo, también se constató aquí, siguiendo pues la evolución que los platos fenicios parecen haber sufrido en el Mediterráneo Central y Occidental.

Sin embargo, no puedo dejar de hacer referencia al hecho de que las diferencias que se observan en algunos detalles morfológicos se puedan relacionar con características propias de cada centro alfarero, sin que posean necesariamente un significado cronológico preciso.

En el momento de atribuir cronologías basadas en paralelos morfológicos, me parece también absolutamente indispensable no perder de vista que las dataciones obtenidas por los análisis radiométricos no han coincidido con las que se atribuyen a través de la cerámica griega, por ejemplo. Así, las cronologías históricas o tradicionales se presentan casi siempre más tardías que las de radiocarbono, hecho que, desde mi perspectiva, no ha sido debidamente encuadrado. Debo por tanto aclarar que los análisis efectuados para la fase B1 y B2 de Mezquitilla ofrecen intervalos de tiempo localizados entre los siglos X y IX a.C. y VIII y VI a.C. respectivamente (Schubart,

1983: 130). En este contexto, parece importante recordar que las fechas históricamente atribuidas a las mismas fases son del siglo VIII y del siglo VII a.C. Exactamente la misma situación ocurre en relación a la cronología de Toscanos, cuya primera ocupación fue datada por radiocarbono entre finales del siglo X y la primera mitad del siglo VIII a.C. (Almagro Gorbea, 1970: 23, *idem*: 1972: 233), ocupación ésta que las cronologías históricas han situado a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C.

Estas observaciones me llevan a concluir que, tanto en cronología absoluta, como tal vez también en términos morfológicos (bordes estrechos, diámetros amplios, cocientes altos), los platos de engobe rojo de los niveles inferiores de Santarém, se aproximan a los que se encontraron en los niveles superiores de la fase B1 de Mezquitilla. Como ya antes mencioné, los ejemplares de la ribera del Tajo provienen de niveles datados por radiocarbono entre finales del siglo X y los inicios del siglo VIII a.C., presentando, en cuanto a morfología, algunas características arcaicas, independientemente de algunos detalles que pueden tener su origen en regionalismos sin significados cronológicos concretos.

Desde el punto de vista estrictamente tipológico, también es posible decir que los platos de la Alcáçova de Santarém se incluyen en los tipos P1 y P2 de Rufete Tomico (1988-89: 15-17), que se incluyen en Huelva en los horizontes del Tartéssico Medio II y IIIa, datados entre la segunda mitad del siglo VIII y la primera mitad del VII a.C., en cronología tradicional o histórica.

Los datos cronológicos que los platos de engobe rojo proporcionan, permiten afirmar que las influencias orientalizantes llegaron temprano a Santarém, pudiendo situarse, en fechas tradicionales, en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Esta evidencia, también corroborada por otros elementos de la cultura material que presentaré más adelante, da cuerpo a la hipótesis de que los fenicios occidentales, instalados en el área del Estrecho de Gibraltar, habían frecuentado el Atlántico pocos años más tarde de su instalación en Occidente.

En lo relativo al actual territorio portugués, hay que señalar que, ni en el caso concreto del estuario del Tajo, ni en otras zonas, encontré similitudes con la situación que pude observar en la Alcáçova de Santarém. De hecho, ninguno de los platos de Almaraz, Lisboa, Santa Olaia, Setúbal, Alcácer do Sal o Abul se pueden integrar en los tipos arcaizantes aquí registrados.

Los cuencos de engobe rojo también se recogieron en Santarém, siendo no obstante exclusivos de los niveles inferiores y medios.

De manera general, puede decirse que se encontraron representados dos tipos morfológicamente distintos. El primero, más numeroso, engloba cuencos carenados, con borde exvasado, de perfil triangular y labio pendiente. Las paredes son rectilíneas, a veces ligeramente convexas (fig. 119, nº 2). La ausencia de fondos que indiscutiblemente puedan ser relacionados con estos cuencos me obliga, de momento, a reservar este asunto hasta que puedan sumarse otros datos. El engobe cubre completamente la superficie interna. En la superficie externa, únicamente fue aplicado hasta la carena. Estos cuencos están presentes en los niveles inferiores y medios, siendo más abundantes en estos últimos. Entre los cuencos que con estas características se recogieron en ambos horizontes cronológicos, no es visible ninguna alteración morfológica.

Como variante de esta forma, se hallaron algunos ejemplares de paredes menos gruesas, presentando en su borde un resalte en su unión a la pared interna. Por otro lado, el borde, a pesar de engrosado y exvasado, no posee labio pendiente, hecho que determina la ausencia del perfil triangular (fig. 119, nº 1). Esta variante de la primera forma es exclusiva de los niveles correspondientes a la primera ocupación del Hierro de Santarém.

También se detectó otro tipo de cuenco de engobe rojo, en este caso también exclusivo de los niveles inferiores, donde convive con el grupo anterior. Se trata de un recipiente también de borde exvasado, pero recto, que está separado del cuerpo del cuenco por un estrangulamiento muy señalado. El cuerpo está definido por una pared convexa. La forma en como estaba realizada la unión al fondo no fue posible clarificar, como también desconozco las características que este asumía (fig. 119, nº 3).

Los cuencos de engobe rojo de Santarém encuentran buenos paralelos en el mundo fenicio occidental, encontrándose presente nuestro grupo 1, por ejemplo en Toscanos (Schubart y Maass-Lindemann, 1984: fig. 5, nº 151, 152, 152a), Mezquitilla (Schubart, 1985: fig. 5b y d), Chorreras (Aubet Semmler, Maass-Lindemann y Schubart, 1979: fig. 6, nº 62, 66) y Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993: fig. 7, nº 6-8, fig. 8 nº 6).

Las estratigrafías de los yacimientos mencionados permiten afirmar que la utilización de esta forma se inició en los finales del siglo VIII a.C. (Doña Blanca, Chorreras), aunque su fabricación sólo se generalizó a partir del siglo VII a.C. (fechas tradicionales).

La morfología de los bordes y de las paredes de la variante de los cuencos del grupo 1 de Santarém y de la totalidad de los del segundo pueden aproximarse a los ejemplares arcaicos de Doña Blanca.

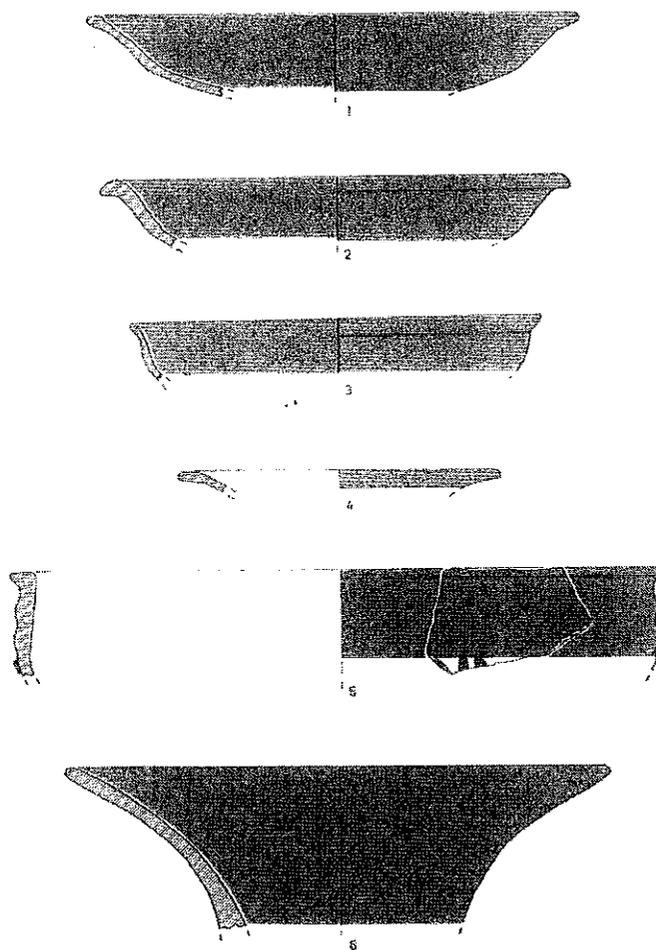


Figura 119. Alcáçova de Santarém: 1-3 y 5: cuencos de engobe rojo; 4: plato de engobe rojo; 6: vaso «à chardon» de engobe rojo.

Queda por mencionar que los cuencos de engobe rojo, en todo idénticos a los de la Península Ibérica, son frecuentes en otros puntos del Mediterráneo semitizado, concretamente en los niveles inferiores de Cartago (Vegas, 1989: 239, fig. 6, 81-83). En la costa africana se registran también en el Atlántico, principalmente en Mogador (Jodin, 1966: 90, fig. 17).

Otra forma de cuenco está representada por un único ejemplar (fig. 119, nº 5). Se trata de una pieza abierta, de borde exvasado y ligeramente engrosado, cuya pared presenta varias molduras. Poseía una carena poco acentuada, a partir de la cual el engobe rojo se sustituyó por una decoración de líneas oblicuas del mismo color y textura que el engobe que cubre toda la superficie debajo de la carena. Este cuenco tie-

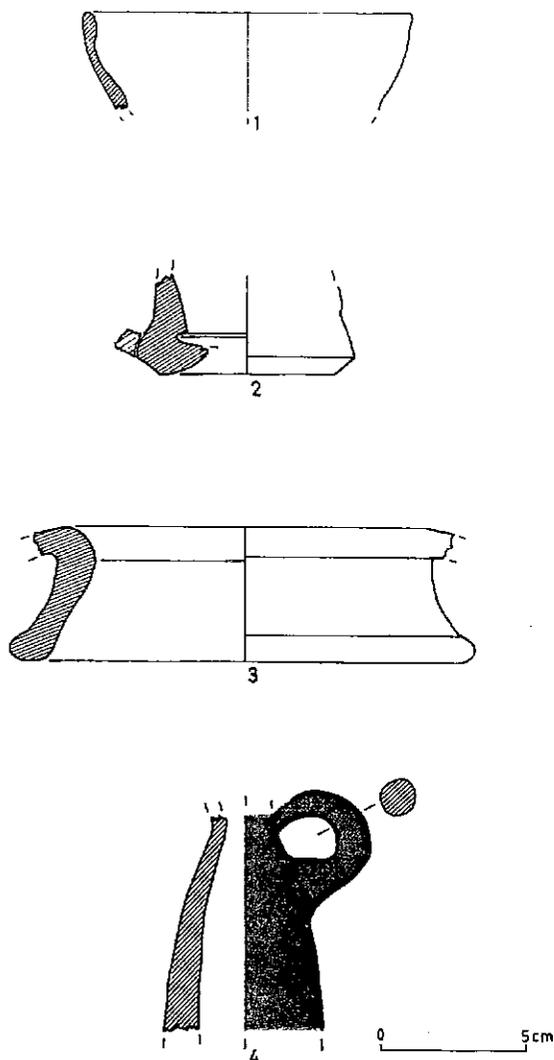


Figura 120. Alcávoa de Santarém: 1 y 2: lucernas; 3: soporte; 4: ungüentario o «jarrita».

ne algunas semejanzas tanto a nivel decorativo, como en relación al perfil que posee, así como a las molduras que presenta, con una pieza procedente del estrato IVa de Toscanos (Schubart, Niemeyer y Catalán, 1969: lám. 6, nº 699).

Los platos y cuencos de engobe rojo fueron utilizados como vasos de mesa, pudiendo considerarse que constituían una especie de «vajilla de lujo».

También con la superficie externa cubierta de engobe rojo, se encontró un pequeño ungüentario o «jarrita», cuya asa, gruesa y de sección circular, parte del borde (fig. 120, nº 4). El cuerpo es de tendencia piriforme, el cuello es corto y estrangulado y las paredes

son gruesas. El hecho de que el borde y el fondo se encontraran fracturados hace imposible determinar su forma. El engobe rojo, que cubre toda la superficie externa y el asa, es de buena calidad, muy adherente y espeso, y es rojo anaranjado (10R 5/8). La pasta es dura, compacta, con escasos elementos no plásticos (cuarzo y partículas de mica plateada). Se encontró en los niveles medios de la ocupación del Hierro, que puedo datar, en cronología tradicional, en el siglo VI a.C.

La forma es conocida en ambientes fenicios tanto occidentales como orientales. Parece, sin embargo, que es en Oriente donde se deben buscar sus prototipos. Ya utilizadas durante el Bronce Final, obteniendo gran difusión durante la Edad del Hierro, siendo abundantes en los niveles más recientes de Tiro, estratos IV y III, (Bikai, 1978: lámina 12, nº 1-23), en el estrato C1 de Sarepta (Anderson, 1988: 365, plate 37, nº 2), en los niveles 5-4 de Tell Keisan y también en varias necrópolis del próximo oriente, principalmente en el nivel III, sepultura 121 de Khaldé (Saidah, 1966, p. 71, nº 31 y 33).

Las «jarritas», o «juglets» en la terminología anglosajona, son también comunes en áreas de colonización fenicia centro-mediterráneas, sobre todo en necrópolis, y surgen con cierta abundancia en los poblados y en algunas necrópolis fenicias de la costa de Andalucía, tanto a Oriente como a Occidente del Estrecho de Gibraltar. En cuanto a los lugares de *habital*, existen ejemplos en Toscanos (Schubart, 1983: 122, fig. 9 m. d. e. I. K.), Mezquitilla (Schubart, 1997: 33, fig. 9 d. E. K.), Chorreras (Aubert Semmler, 1974: 115, fig. 10) y Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993: 62, fig. 12, nº 9). La Necrópolis de Puente de Noy, en Almuñecar (Molina Fajardo, 1982: fig. 3), y la de las Cumbres en el Puerto de Santa María, ofrecen también «jarritas» semejantes a la que pude recoger en Santarém.

La forma es también frecuente en España ya en ambientes del siglo VIII a.C., pero continua siendo utilizada hasta el siglo V a.C. (fechas tradicionales), sin grandes variaciones formales.

El fragmento de borde y pared de lo que designé como vaso «à chardon» (fig. 119, nº 6) levantó algunas dudas clasificativas, sobre todo porque su dimensión no permitía identificar con precisión su forma, ni saber si el engobe que cubre su pared externa y una franja ancha en la interna, se extendía a toda la superficie visible. Lo que queda apenas permite hablar de un recipiente abierto, de borde no engrosado y sin que destaque de la pared, cuello alto y en forma de cáliz, al que muy posiblemente le antecedía una panza globular u ovoide. El tipo de borde y cuello que pude estudiar aproximan al ejemplar en cuestión a lo que habitualmente se denomina vaso «à chardon».

Las dimensiones del ejemplar *scallabitano*, principalmente el diámetro del borde (28.4 cm), dificultan los paralelismos que se podrían establecer con el perfil de los vasos de tipo V1 de Rufete Tomico (1988-89: 22).

Debo insistir en que no estoy segura de que toda la superficie externa del recipiente estuviese cubierta de engobe rojo. Esta duda surge, sobre todo, porque también en la Alcáçova de Santarém pude recoger fragmentos de vasos de formas semejantes, y cuyas panzas estaban decoradas con pintura bícroma. Sin embargo, en esos ejemplares, la banda roja era considerablemente menos extensa y eran ya visibles, en el cuello, las líneas y bandas pintadas de negro y rojo.

Creo necesario apuntar que los vasos «à chardon» pintados en bandas o revestidos de engobe rojo, no son frecuentes en el Sudoeste peninsular, ni en contextos coloniales ni en ambientes indígenas. Estas características decorativas están, sin embargo presentes en vasos tipológicamente similares en Cartago (Cintas, 1970: 330-335, lám. XXV), yacimiento en el que son abundantes con «...une peinture qu'un lustrage soigné a rendu brillante ...» (*ibid.*: 330), en los niveles inferiores del *tophet* y donde «exceptionnellement ... etait décorés de bandes ...» (*ibid.*).

Su rareza en el área del Mediterráneo Oriental no permite que se pueda encontrar el origen de esta forma en Oriente, a pesar de su escasísima representación en Chipre (Cintas, 1952: 476).

Sin ninguna decoración o revestimiento superficial, así como, en su gran mayoría, fabricados a mano, la forma identificada en Santarém es habitual en yacimientos indígenas de Andalucía, principalmente en necrópolis, donde fue utilizada como urna. El mejor ejemplo de ello es, sin lugar a dudas, los túmulos de Setefilla (Aubet Semmler, 1975, 1978b), pero debe añadirse que la excavación de las «Mesas» ofreció, en la fase III orientalizante, igualmente vasos afines a los «à chardon», hecho que revela su utilización en contexto doméstico (Aubet Semmler, *et al.* 1983: 89, fig. 33, n° 161). En este caso, los bordes se presentan engrosados, destacándose de la pared del cuello y poseyendo dos pequeños mamelones bajo el inicio de la panza.

En el territorio actualmente portugués, no parece que existieron vasos con esta morfología en ninguno de los yacimientos de la Edad del Hierro orientalizante.

La cerámica pintada a bandas

Entre la cerámica pintada recogida en Santarém, se destaca un pequeño fragmento perteneciente a un vaso cerrado, en el que una carena alta define un hombro (fig. 121, n° 3). Un engobe rojo, espeso, adherente y brillante, cubre la totalidad de la superficie,

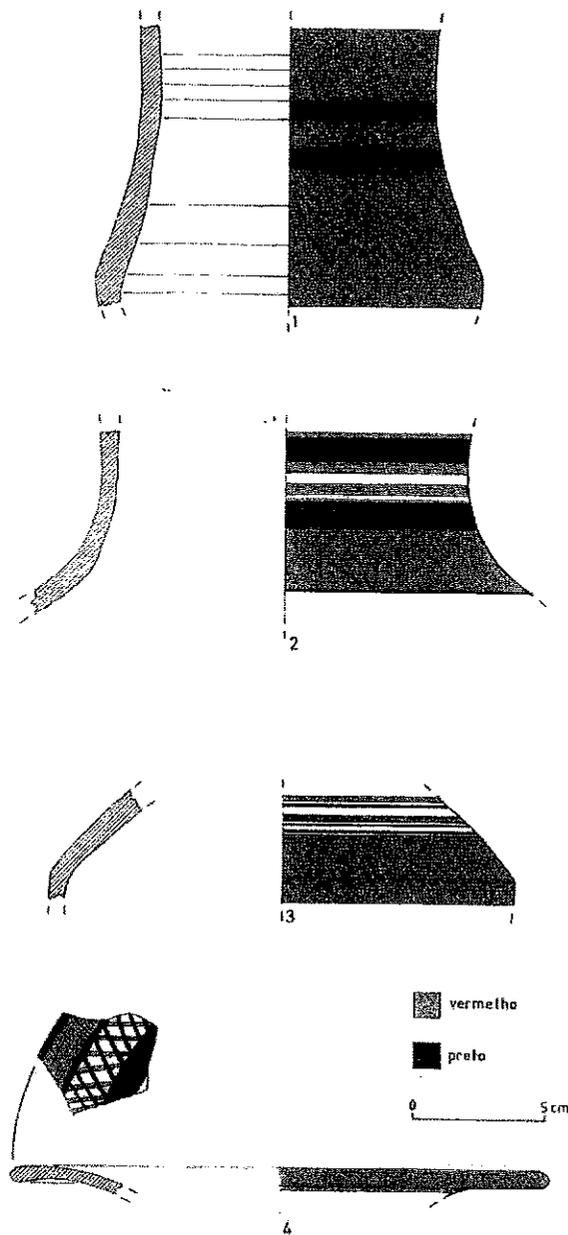


Figura 121. Alcáçova de Santarém: 1 y 2: vasos cerrados pintados a bandas; 3: «jarra de espalda carenada»; 4: plato de engobe rojo con labio pintado con líneas negras y rojas formando una decoración reticulada.

a excepción de estrechas líneas reservadas en el área del hombro, donde se localiza una decoración de líneas paralelas, rojas y negras. La pasta es dura, bien depurada, con escasos componentes no plásticos, de los cuales apenas son visibles, a ojo, partículas de mica de reducidas dimensiones.

La pequeñez del fragmento *scallabitano* y el hecho de que se trata de la pared, a pesar de carenada, hace difícil una clasificación formal rigurosa o alguna adscripción tipológica seguro.

Sin embargo, parece posible encontrar semejanza entre el perfil del fragmento de Santarém y el que en la bibliografía española se designa como «jarras de espalda carenada». A pesar de que es escasa en Andalucía, la forma corresponde al tipo 2 de Trayamar (Schubart y Niemeyer, 1976: 212-213, lám. 12, n° 547, 557, 48c y 49c; lám. 16, n° 606, 51b), estando también representada en Toscanos (Schubart y Maass-Lindemann, 1984: 82-85, fig. 3, n° 110-113) y Almuñecar (Molina y Huertas, 1985: 1129, fig. 81). En Toscanos, la superficie externa está normalmente cubierta de engobe rojo, que puede o no constituirse en bandas que alternan con líneas negras pintadas.

En Ibiza, y en el occidente Norte Africano, esta forma se encuentra igualmente documentada con engobe rojo, contándose ejemplares en Sa Caleta (Ramón Torres, 1999: 161, fig. 5, n° XXXI-35) y en Mogador (Jodín, 1966: 91-93, fig. 21 d y 24).

Atendiendo al perfil y al tratamiento que ofrece la superficie externa, me parece posible incluir el ejemplar de Santarém en esta categoría de vasos, que no es habitual clasificar como ánfora, a pesar de que su forma lo sugiere.

Los recipientes de hombro carenado tuvieron un considerable éxito en casi todo el mundo fenicio, siendo evidentes las semejanzas formales y decorativas de los ejemplares de Occidente con los que se recogieron en las zonas del Mediterráneo Central y Oriental.

Las llamadas «ánforas de hombro» (Cintas, 1952: 133), tan abundantes en Cartago desde los niveles más antiguos del santuario, parecen corresponder exactamente al mismo modelo. También aquí, «...la partie supérieure de la panse des vases, [...] au haut de la épaule, est marquée par une rupture de la courbe de leur profil.» (Cintas, 1970: 353). También es importante añadir que en la colonia Norte Africana este tipo de vasos tiene también las superficies externas cubiertas por bandas de engobe rojo (*ibid.*: lám. XXXII-XXXIV), que, en el área del hombro, alternan con líneas negras pintadas. En el cuerpo de las «ánforas de hombro» de Cartago, una zona sin engobe ostenta decoración de líneas verticales, rectilíneas o ondulares, aunque existen ejemplares que presentan una decoración figurativa, como es el caso del ya célebre vaso decorado con pájaros procedente de Tanit I (*ibid.*: lám. XXXII A).

Ya Cintas puso en evidencia un origen oriental para sus «amphores à épaulement», cuya forma, ins-

pirada en recipientes utilizados a partir de finales del II milenio a.C., era conocida en Meggido, Lachish y Tell el-Fara (*ibid.*: 355). Los trabajos de los americanos en el Líbano, tanto en Tiro (Bikai, 1978) como en Sarepta (Anderson, 1988), vinieron a dar más consistencia a la hipótesis del antiguo director de la Escuela Francesa en Túnez, demostrando que los vasos clasificados en la serie «storage jars» eran muy abundantes en el Próximo Oriente, y, en lo referente al perfil, estaban próximos a lo que Virginia Grace había denominado «canaanite jar» o «angular jar» (Grace, 1956).

También en el Mediterráneo Oriental, la presencia de estos recipientes, igualmente decorados con líneas y bandas pintadas, quedó probada en Chipre (Bikai, 1987: Plate XXI, n° 567 y 584), donde se utilizaron como vasos funerarios, por ejemplo en la necrópolis de Larnaca, en Kition (*ibid.*: 43 y 45).

El vaso de Santarém posee características que lo aproximan a los ejemplares más antiguos de Cartago, no sólo a nivel morfológico, sino, sobre todo, en cuanto al tratamiento que la superficie externa presenta. Su relación con los conocidos en Andalucía, o en el occidente africano, parece incuestionable.

Me gustaría añadir, además, que considero, casi seguro, que el vaso al que pertenece el fragmento en análisis es importado de un área exterior al territorio portugués y que no descarto la posibilidad de que en ese vaso hayan sido transportados productos alimenticios. La zona exacta de la importación no es posible de determinar, ya que no dispongo de ningún elemento que me permita esta contrastación.

No puedo terminar sin aclarar que este fragmento perteneciente a la pared del recipiente cerámico, proviene del último nivel de G 18 (área del huerto del Jardín), correspondiendo, de este modo, a los inicios de la ocupación de la meseta de la Alcazaba y, naturalmente, a los primeros contactos con el mundo fenicio, momentos, que, como ya he mencionado, pude datar radiométricamente entre finales del siglo X e inicios del VIII a.C. Una datación centrada en el siglo IX sería, de este modo, perfectamente aceptable y no incompatible con las fechas históricas, del final del siglo VIII a.C., propuestas para los ejemplares de Toscanos (Ramón Torres, 1999: 161).

Sin paralelos conocidos son los vasos n° 1 y 2 de la figura 121. Desgraciadamente, ninguno de ellos posee borde o fondo, lo que dificulta su atribución a una forma específica. Sin embargo, puede decirse que se trata de vasos cerrados, cuyas superficies externas presentan decoración pintada.

En el caso del n° 2, el engobe es castaño claro, espeso y adherente. El pulido al que ha sido sometido le da un aspecto lustroso, semejante al que se

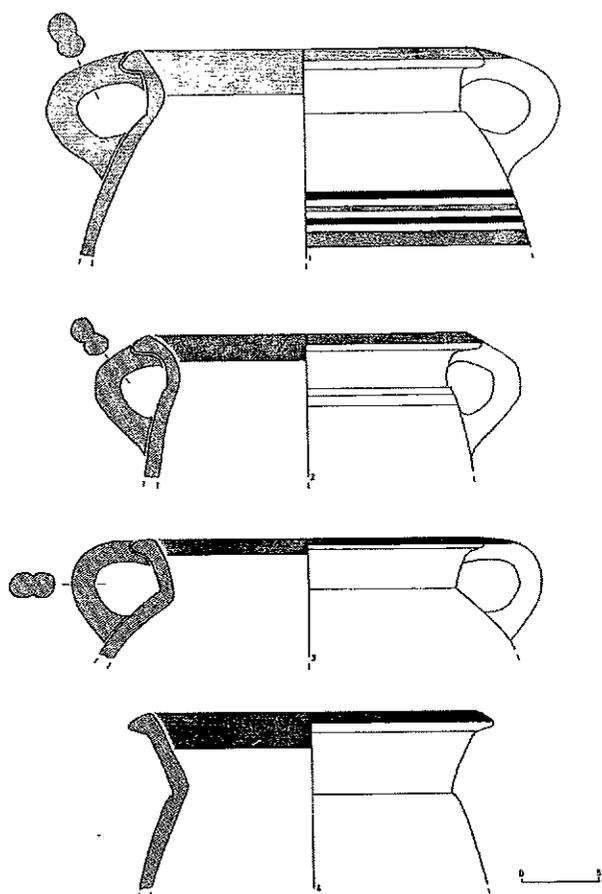


Figura 122. Alcáçova de Santarém: *pithoi*.

aprecia en las bandas de engobe rojo. La pasta es dura, compacta, bien depurada, con escasos elementos no plásticos. La pintura se organiza en bandas y líneas negras, más o menos anchas, que alternan con bandas estrechas de engobe castaño claro y líneas reservadas. Sin poder precisar a que forma pertenece el fragmento en cuestión, me queda la convicción de que se trata de un vaso de dimensiones razonables, muy posiblemente destinado al almacenamiento, con cuello alto, cilíndrico, de paredes verticales, que anteceden a un cuerpo más o menos globular. Se encontró en el mismo nivel arqueológico que el fragmento que creo que corresponde a un «storage jar», lo que le confiere gran antigüedad en el contexto de la Edad del Hierro de Santarém. El engobe y las características de su pasta hacen suponer que se está ante la presencia de una pieza externa al lugar, así como a la región en la que fue encontrado, sin que tenga datos para concretizar mejor su origen exacto.

En lo referente al nº 1, la cuestión no es más sencilla, siendo muy difícil establecer paralelos. Se debe añadir que el vaso, procedente del estrato más reciente de los niveles inferiores, tiene toda la superficie externa cubierta de engobe rojo, sobre el cual están pintadas las dos bandas negras. Entre varios centenares de fragmentos pintados a bandas, éste es el único en el que esta característica se constata. Ya que, en los restantes casos, las bandas o líneas negras, están pintadas directamente sobre la superficie y no sobre el engobe rojo. Pienso que, en este caso, se está, de hecho, en presencia de la técnica que los arqueólogos anglosajones denominaron *Black on Red*, hecho que, a pesar de todo, no me permite extraer grandes conclusiones. Un origen exterior al actual territorio portugués parece ser también defendible para este recipiente.

Los *pithoi* son abundantes en Santarém, y están presentes en todos los estratos de la Edad del Hierro. Presentan, a nivel formal, cierta variabilidad tipológica, variabilidad que, a través del el análisis estratigráfico, se pudo relacionar directamente con cuestiones de orden cronológico.

En términos generales, se puede decir que estos vasos, destinados al almacenamiento, se caracterizan por poseer un cuerpo ovoide, cuello diferenciado, borde exvasado, dos o cuatro asas de doble sección circular, y fondo plano o cóncavo. Las paredes externas se presentan decoradas con pintura bícroma, que consiste en líneas y bandas paralelas al borde y entre sí.

Como ya mencioné, los *pithoi* de Santarém presentan características formales distintas en las diversas fases de ocupación de la Edad del Hierro.

Los *pithoi* son muy escasos en los niveles inferiores, aquellos que el Carbono 14 permitió datar desde finales del siglo X a los inicios del VIII a.C., y surgen siempre en estratos de transición para los niveles medios. Los ejemplares que aquí pude recoger (fig. 122, nº 3 y 4; fig. 123, nº 3) presentan cuellos troncocónicos de paredes rectas. Los bordes, exvasados y engrosados, de perfil triangular y con labio casi siempre pendiente, están bien diferenciados del cuello. Los diámetros oscilan entre los 23 y los 26 cm. La separación entre el cuello y el cuerpo de la panza se realiza a través de un resalte bien marcado. Las asas, cuyo número no es posible determinar, pero que, al menos y como mínimo, siempre serán dos, son bífidas y arrancan del borde para unirse al cuerpo en el inicio de la panza. La decoración que exhiben se resume a dos estrechas bandas rojas, pintadas, respectivamente sobre el borde y la pared interna inmediatamente siguiendo al borde. La ausencia de fragmentos de pared procedentes de estos niveles me impide re-

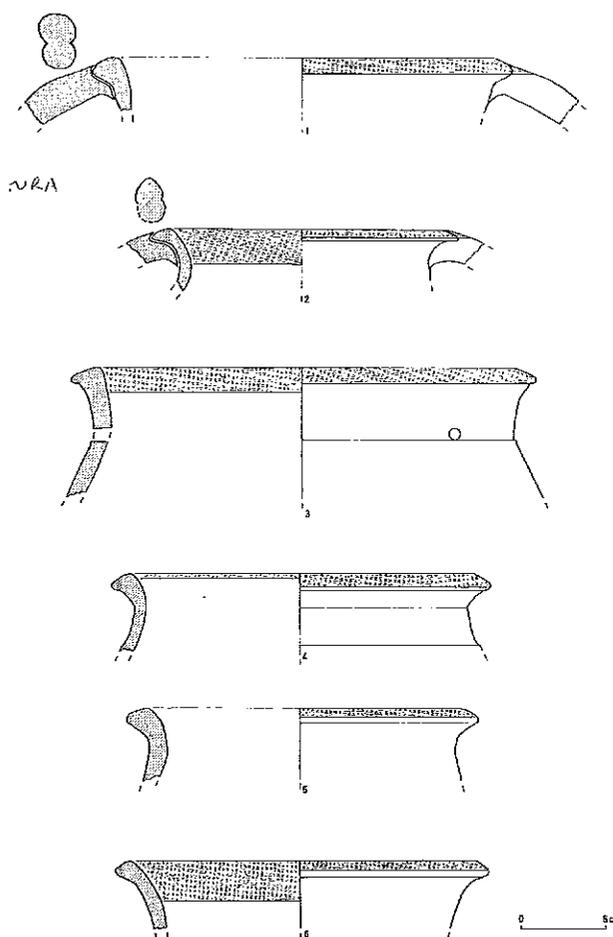


Figura 123. Alcáçova de Santarém: *pitboi*.

construir la decoración que exhibían sobre el cuerpo de la panza, pudiendo únicamente afirmar que esta se encontraría únicamente colocada debajo de las asas, ya que la zona donde estas se sitúan (así como las asas propiamente dichas) se presenta reservada.

Lo que destaca del conjunto de los *pitboi* más arcaicos de Santarém son sus formas angulosas y rectas, características que van a perderse a partir de los niveles siguientes. De hecho, no sólo es el cuello lo que permite adivinar paredes rectilíneas, si no que se puede observar que, en el propio borde, los cambios de dirección son marcadamente angulosos. También se debe destacar que es un resalte lo que marca la separación del cuello con la panza y no alguna moldura redondeada como ocurre en los ejemplares más recientes.

También debo apuntar que en un ejemplar recogido en tierras correspondientes a los momentos iniciales de los niveles medios de ocupación (fig. 122,

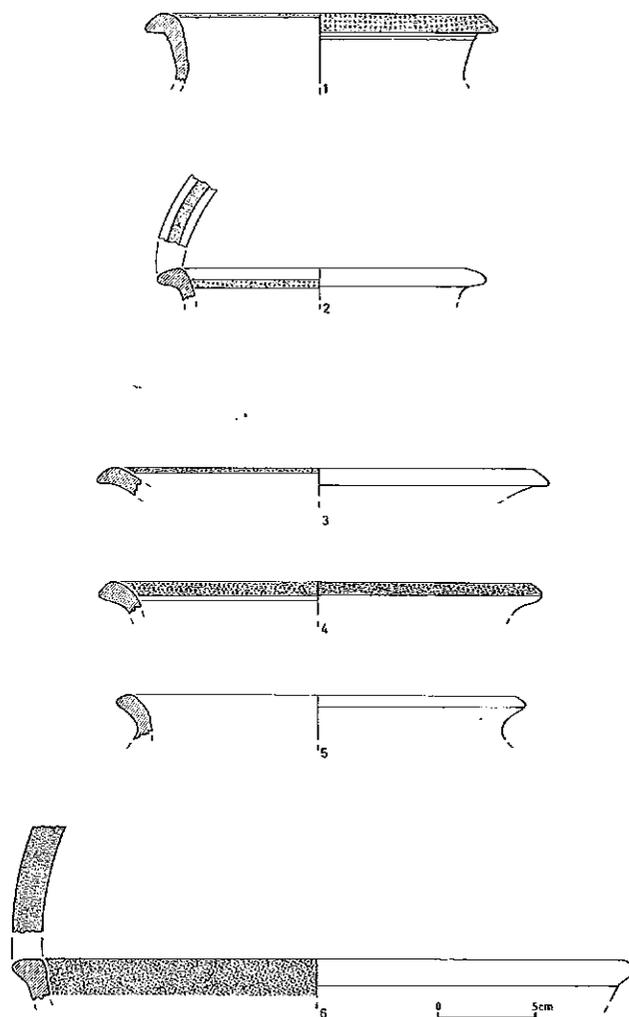


Figura 124. Alcáçova de Santarém: *pitboi*.

nº 1) se observa que la pared externa del cuello es también recta, aunque su pared interna es curvilínea, en este caso convexa. Además, la separación entre el cuello y la panza se obtiene a través de un resalte profundo. El borde, si bien es exvasado y triangular, es más redondeado de lo que se aprecia en los ejemplares anteriormente comentados, estando también claramente diferenciado de la panza.

En los niveles que corresponden a los estratos medios de la ocupación del Hierro de Santarém, los *pitboi* son ya numerosos (fig. 122, nº 2 y 3; fig. 123, nº 1-6; fig. 124, nº 1; fig. 125, fig. 126; fig. 128). Se recogieron en estratos que, en cronología tradicional, puedo datar entre la segunda mitad del siglo VII a.C. y el final del siglo VI a.C. Los fragmentos que recogí

en los niveles que se incluyen en esta cronología son más completos y permiten una definición más concreta de la forma que asumen estos vasos.

Los cuellos presentan perfiles bitroncocónicos, sus paredes son acentuadamente cóncavas, cayendo en desuso las paredes rectilíneas y el perfil troncocónico. El borde es también exvasado y triangular, más o menos pendiente, pero surge inmediatamente a continuación del cuello, sin que se diferencie de éste. Los cambios de dirección en estos bordes son redondeados y la unión del cuello a la panza se hace a través de una o varias molduras, igualmente redondeadas. Las asas son también bífidas lo que evidencia que los *pitthoi* de dos asas coexisten con los de cuatro asas. De hecho, los ejemplares de las figuras 127 y 128, de dos y cuatro asas respectivamente, se recogieron exactamente en el mismo nivel arqueológico (Largo de Alcáçova 3/5, cuadrado 5, nivel 5).

La zona de las asas está también reservada, ocupando la decoración pintada la panza o el borde en una estrecha banda inmediatamente a continuación del borde, en la superficie interna.

En estos contextos los fragmentos de pared son abundantes, de manera que algunos ejemplares han podido ser reconstruidos casi completamente. Ello ha permitido verificar que el cuerpo de estos vasos es ovoide o piriforme y que los de cuatro asas eran ligeramente menos anchos.

La decoración pintada está constituida por bandas rojas anchas (5,5 – 9,4 cm), que limitan áreas de líneas (6 – 8 mm) rojas y negras, separadas entre sí y de las bandas por líneas reservadas.

El color de las bandas anchas es siempre rojo (Munsell 10 R 4/8), color que también es utilizado en algunas líneas. En el caso de las bandas, la zona pintada fue cuidadosamente pulida, volviéndose brillante y satinada, produciendo casi un bruñido que recuerda al engobe rojo de los platos y los cuencos. En las líneas, además del rojo, los colores varían entre el gris (Munsell 10YR 5/1) y el gris muy oscuro o negro (Munsell 10 YR 4/1). El castaño (Munsell 5 YR 5/6) se utilizó raramente.

La pintura se aplicó directamente sobre la superficie alisada, o más raramente sobre una aguada del mismo color de la pasta.

Las excavaciones en Santarém probaron que, durante la segunda mitad del I milenio a.C., los *pitthoi* continuaron siendo fabricados y utilizados. De hecho, en los niveles que pude hacer corresponder a las fases más tardías de ocupación de la Edad del Hierro de la Alcáçova, concretamente entre el siglo V y el III a.C. en cronología tradicional, encontré todavía

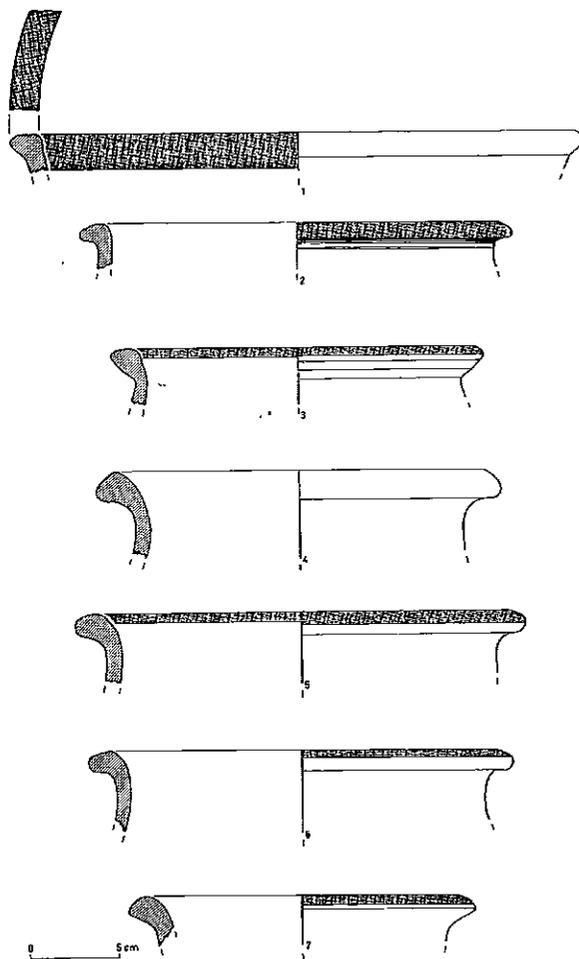


Figura 125. Alcáçova de Santarém: *pitthoi*.

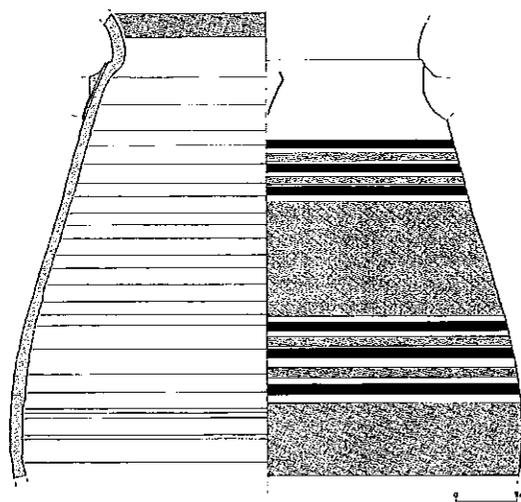


Figura 126. Alcáçova de Santarém: *pitthoi*.

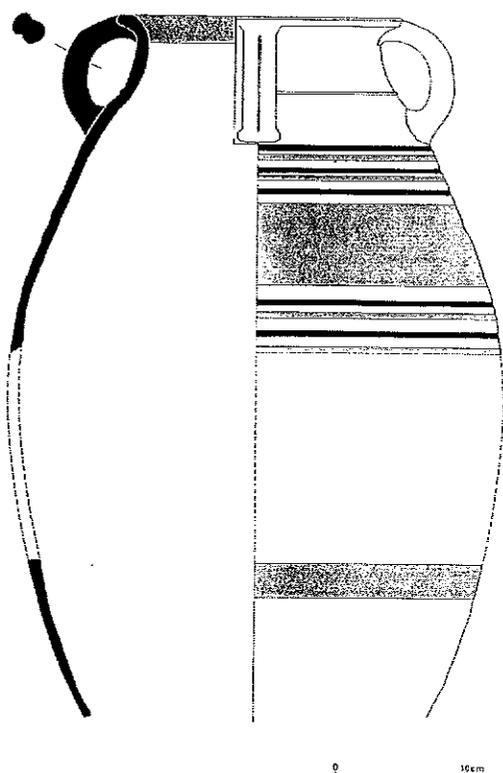


Figura 127. Alcáçova de Santarém: *pithoi*.

varios fragmentos de borde, cuya forma, aunque ya no es la de un *pithos* clásico, podía ser considerada como tal (fig. 124, nº 2-6; fig. 125, nº 1-7). Las paredes de los cuellos, ahora más verticales, son claramente curvilíneas, perdiendo los bordes su típico perfil en «pico de pato», a pesar de que continúan siendo exvasados y engrosados. Dado el estado de fragmentación de los recipientes, no fue posible determinar como se realizaba la unión del cuello a la pared. Sin embargo, quedó demostrado que las paredes externas de la panza estaban también pintadas en líneas y bandas bicromas, pero el rojo de las bandas, que cubre también el borde y la estrecha zona que en la pared interna le sigue al borde, era más oscuro que en los ejemplares de la primera mitad del I milenio a.C. Mencionar también que, en cuanto a la pintura, en algunos ejemplares más tardíos la decoración ocupa también parte del cuello.

Igualmente debe llamarse la atención hacia el hecho de que estos ejemplares estaban, frecuentemente, cubiertos por un engobe blanco amarillento (10 YR 8/3), sobre el cual también se aplicó la pintura, y

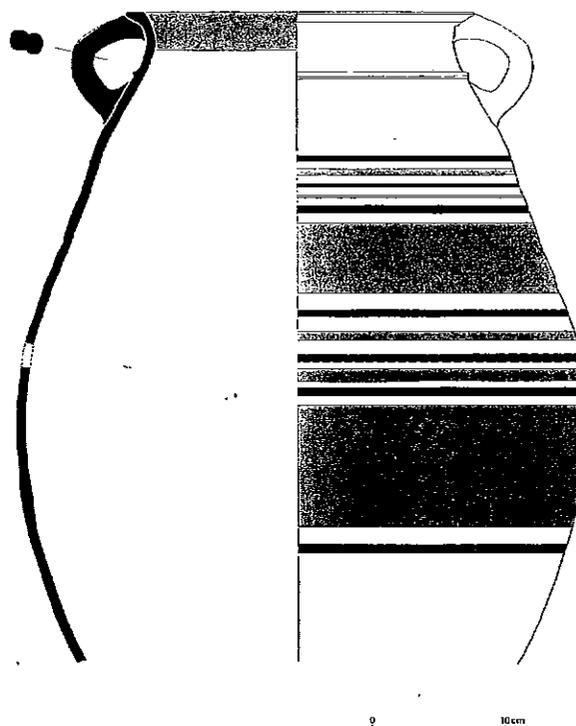


Figura 128. Alcáçova de Santarém: *pithoi*.

que las líneas que alternan con las rojas son de un gris que no es comparable al que fue utilizado en los *pithoi* de la primera mitad del I milenio a.C., siendo mucho más claro.

Las diferencias que pude observar a nivel morfológico y decorativo no se dan aparentemente en las pastas de los recipientes. Éstas son siempre muy homogéneas, duras y compactas, denotando buenas cocciones. Los componentes no plásticos son, sin embargo, abundantes y mayoritariamente de pequeñas dimensiones, reconociéndose cuarzos, micas, feldspatos y minerales de hierro magnesiados. Se comprobó también la inclusión de concreciones silico-ferrocinosas. Las cocciones son oxidantes, lo que produjo pastas de color naranja (Munsell 2.5 YR 6/8), algunas de las cuales poseen núcleo grisáceo (Munsell 10 YR 6/3).

En el gran área excavada en Santarém, no recogí ningún fragmento pintado con líneas o bandas blancas, como aquellos que tuve la oportunidad de estudiar con Helena Catarino, y que provenían de la excavación llevada a cabo, en 1979, por la Associação de Defesa e Investigaçao do patrimonio Histórico e Cultural de Santarém (Arruda y Catarino, 1982: 36).

Los *pitboi* de Santarém, sobre todo los que la estratigrafía me permitió hacer corresponder a los niveles antiguos y medios, no se diferencian, en cuanto a forma y en cuanto a decoración, de los que se han encontrado en el Sudoeste de la Península Ibérica.

Así, quedó probado que la evolución morfológica observada en los *pitboi scallabitanos* sigue, en términos generales, la que se constató en los yacimientos fenicios occidentales, donde esta forma es también muy abundante. De hecho, a semejanza de lo que sucede en Santarém, los cuellos de los *pitboi* arcaicos andaluces son troncocónicos, ya que las paredes que los definen son rectas, pero oblicuas (Aubert Semmler, Maass-Lindemann y Schubart, 1979: fig. 8, nº 110-113). Sin embargo, debe mencionarse que, en el sur de la Península Ibérica, existen también, con frecuencia en los niveles antiguos, cuellos cilíndricos, cuyas paredes, siendo rectilíneas, son verticales (Maass-Lindemann, 1983: fig. 3, nº 19 y 20), tipo completamente ausente en el yacimiento ribatejano. Otros detalles diferencian también los vasos de unos y otros yacimientos, principalmente en lo referente a la altura de los cuellos, que, en el caso andaluz, parecen ser más cortos que en los ejemplares registrados en la Península de Lisboa. Aquí, los cuellos altos dominan en los *pitboi* arcaicos, a pesar de que existen, igualmente, cuellos relativamente cortos. En los niveles medios, los cuellos son todos cortos, característica que los aproxima a los ejemplares españoles.

También me gustaría añadir que los *pitboi* con decoración pintada a bandas tuvieron un considerable éxito en el yacimiento del Ribatejo, siendo, sin duda alguna, la forma más utilizada para el almacenamiento de productos alimenticios. De hecho, la cantidad de ejemplares identificados no tiene comparación con otros tipos de vasos con la misma funcionalidad, aún contabilizando, en conjunto, los vasos a mano, los de cerámica gris u otros.

Quisiera además insistir en que los fragmentos cerámicos pertenecientes a *pitboi* decorados con pintura bícroma están presentes en todos los niveles arqueológicos del Hierro, por lo que parece que queda demostrada la permanencia, hasta época romana, de una forma que, asociada a una decoración, tiene su origen en el exterior de nuestro territorio.

Algunos fragmentos de cuello y pared de la panza, que aunque indudablemente pertenecen a la misma pieza no fue posible reconstruir, pueden corresponder a un vaso de forma semejante a una «urna» tipo Cruz del Negro. Lo que queda, permite afirmar que se trata de un vaso cerrado, de cuello cilíndrico, de paredes rectilíneas y un cuerpo globular.

El cuello está revestido de engobe rojo, engobe que también cubre, en parte, la superficie externa de

la pieza. La decoración se inscribe en una zona reservada, inmediatamente a continuación del cuello y en el inicio del cuerpo de la panza, limitada inferior y superiormente por el engobe rojo y por dos bandas estrechas pintadas (negra y roja), respectivamente. La decoración reticulada, se obtuvo mediante el cruce de líneas rojas y negras pintadas en diagonal. Esta decoración corresponde al tipo C de Toscanos (Schubart, Niemeyer y Pellicer Catalán, 1969: 101), que surge en este yacimiento andaluz en el estrato IV.

El ejemplar de Santarém no parece tratarse de una «urna» tipo Cruz del Negro clásica. De hecho, la presencia de engobe rojo en la superficie externa del cuello y la forma suave como se realiza la unión de éste al cuerpo de la panza alejan al vaso de Santarém de esta clase de cerámica bien caracterizada morfológicamente. Estos vasos, a pesar de su escasa representatividad en el conjunto de los inventarios portugueses, surgen, por ejemplo, en Abul, Santa Olaia y Lisboa, pero no tuvieron ningún éxito en Santarém, contrariamente a lo que sucede con los *pitboi*.

En el nivel 6 del cuadrado 4 de las excavaciones de 1997, en el Jardín das Portas do Sol, nivel que puede hacer corresponder con el inicio de los niveles medios de la ocupación del Hierro (2ª mitad del siglo VII, en cronología tradicional), se encontró un vaso en buen estado de conservación y que permitió obtener un perfil casi completo (fig. 129). Se trata de una pieza en forma de cáliz, con cuello alto acampanado, cuerpo ovoide, pared convexo-cónca-

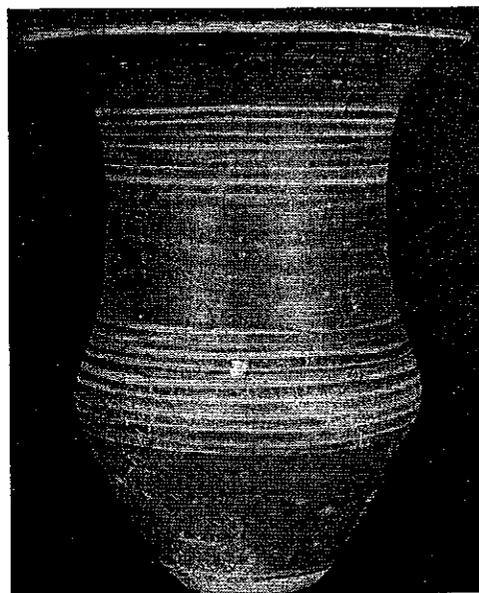


Figura 129. Alcáçova de Santarém: vaso «à chardon», a torno. (foto de Vítor S. Gonçalves).

va y borde exvasado. El cuello está separado del cuerpo por una carena suave. La superficie externa está, casi completamente, cubierta por un engobe rojo oscuro, que, en algunas zonas, y ciertamente debido a fenómenos postdeposicionales, adquirió un color negro. Algunas líneas reservadas, localizadas en la zona inmediatamente encima de la carena y en el inicio del cuello, proporcionan una decoración bicroma. En el interior del vaso, el engobe cubre apenas una estrecha banda, inmediatamente siguiendo al borde.

El vaso en análisis no encuentra paralelos en el actual territorio portugués, pero tiene muchas semejanzas, tanto a nivel formal como decorativo, con algunas de las urnas a torno de la necrópolis de Setefilla, en Sevilla (Aubet Semmler, 1975: 94-95, fig. 27). También los ejemplares de Setefilla están decorados, pero, en el caso de la necrópolis andaluza, se encuentran cubiertos por un engobe rojo y además pintados con líneas de color negro.

La forma de estos recipientes se aproxima a lo que habitualmente se denomina vaso «à chardon», forma que, como ya mencioné a propósito de un ejemplar cubierto de engobe rojo, no es frecuente en el Sudoeste Peninsular, ni en contextos coloniales ni en ambientes indígenas.

Los vasos de Setefilla y de Santarém se asemejan, no solamente en la morfología como en la decoración, a ejemplares de Cartago (Cintas, 1950: 330-335, lám. XXV), yacimiento en el que son abundantes.

Para terminar el análisis de la cerámica pintada a bandas de Santarém, me gustaría insistir, de nuevo, en su abundancia y, sobre todo, en su amplitud cronológica. Como espero haber dejado claro en las páginas anteriores, los vasos decorados con pintura bicroma aparecen en todos los estratos de la ocupación del Hierro. Los *pithei* dominan claramente en esta clase de cerámica y, a pesar de la evolución morfológica verificada, se encuentran en la Alcáçova de Santarém desde momentos tempranos de su ocupación, perdurando la forma hasta los inicios de la ocupación romana.

La cerámica gris fina pulida

En este caso, lo que se acostumbra a designarse como cerámica fina pulida abarca un conjunto de producciones cerámicas con superficies pulidas, bruñidas o espatuladas, de color gris más o menos oscuro, negro o castaño, coloraciones que provienen de cociones reductoras.

La cerámica gris fina pulida fabricada a torno es extremadamente abundante en la Alcáçova de Santarém en todos los niveles del Hierro, alcanzando tam-

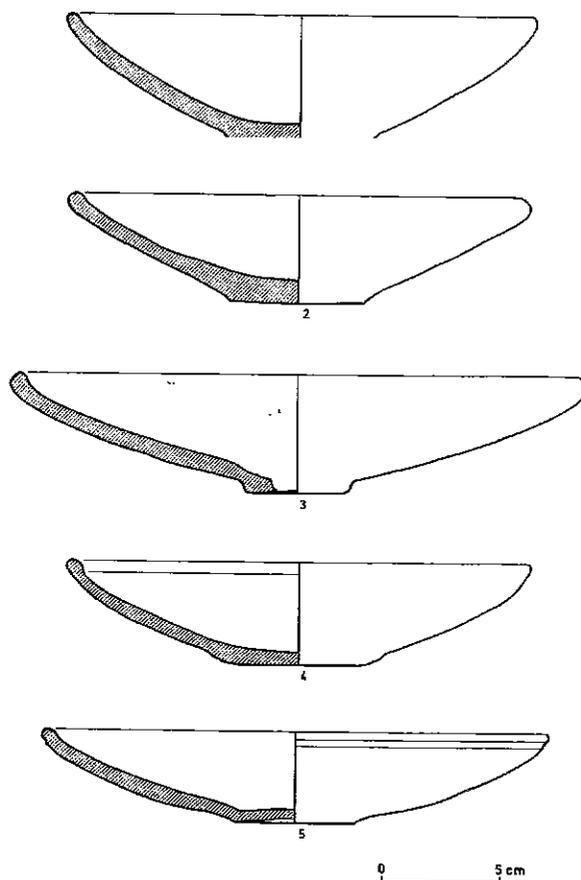


Figura 130. Alcáçova de Santarém: cerámica gris de la forma 1.

bién los inicios de la ocupación romana. Representa, sin margen de duda, el grupo cerámico mejor representado en este yacimiento.

Se registró cierta variabilidad formal, lo que permitió distinguir nueve formas distintas.

La forma de cerámica gris fina pulida más común en Santarém es el plato o cuenco bajo de borde convexo y engrosado internamente, designado aquí como Forma 1 de cerámica gris. Corresponde al 55% de la cerámica gris recogida en el yacimiento. El diámetro del borde varía entre los 20 y los 24 cm y la profundidad máxima nunca excede los 6 cm.

Aparece en todos los niveles del Hierro de la Alcáçova, aunque debe notarse que su presencia es mayoritaria en los niveles antiguos y medios. A pesar de surgir en menores cantidades, está también presente en los momentos finales de la Edad del Hierro (siglo III y II a.C.), siendo testimonial en los niveles repu-

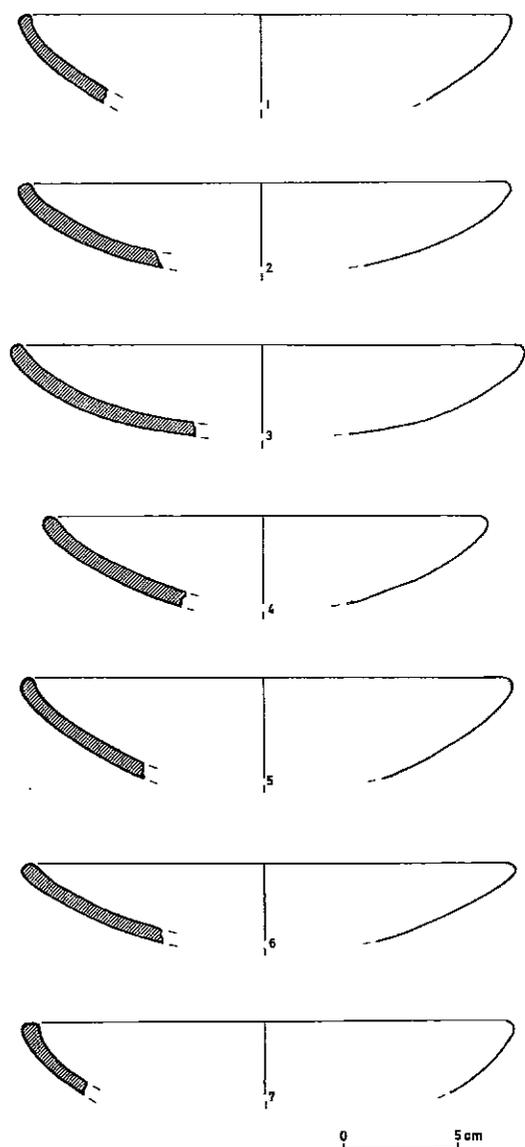


Figura 131. Alcáçova de Santarém: cerámica gris de la forma 1.

blicanos y del reinado de Augusto, donde, a pesar de todo, continúa presente.

Estos cuencos fueron fabricados mediante tres procesos distintos, concretamente:

1. Cocción media/fuerte, con superficies uniformemente negras o gris muy oscuro (Munsell 2.5Y 2.5/1 - 10YR 4/1), bruñidas, o muy bien alisadas, con pastas porosas, pero compactas, con escasos componentes no plásticos de medianas dimensiones (micas y cuarzos) y de color castaño anaranjado (Munsell 5YR 5/6);

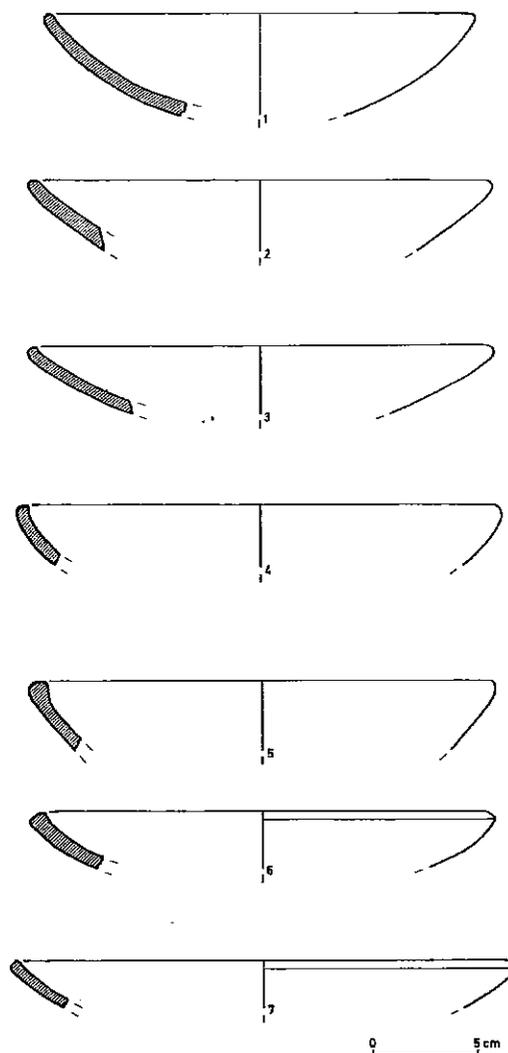


Figura 132. Alcáçova de Santarém: cerámica gris de la forma 1.

2. Cocción media/fuerte, pero irregular, que se materializa en superficies manchadas de color castaño, con zonas más o menos oscuras (Munsell 10YR 6/3), a veces grises, alisadas y más raramente pulidas, con pastas también de tonalidad castaña (Munsell 7.5YR 6/4), duras y compactas, con escasos componentes no plásticos de reducidas dimensiones;

3. Cocción fuerte, con superficies de color uniforme, gris claro (Munsell 2.5Y 6/1), alisadas, y con pastas gris claro (Munsell 5Y 7/1), muy compactas, duras con pocos desgrasantes de reducidas dimensiones.

En cuanto a la fabricación, debe decirse que dominan claramente las manufacturas 1 y 2, mientras

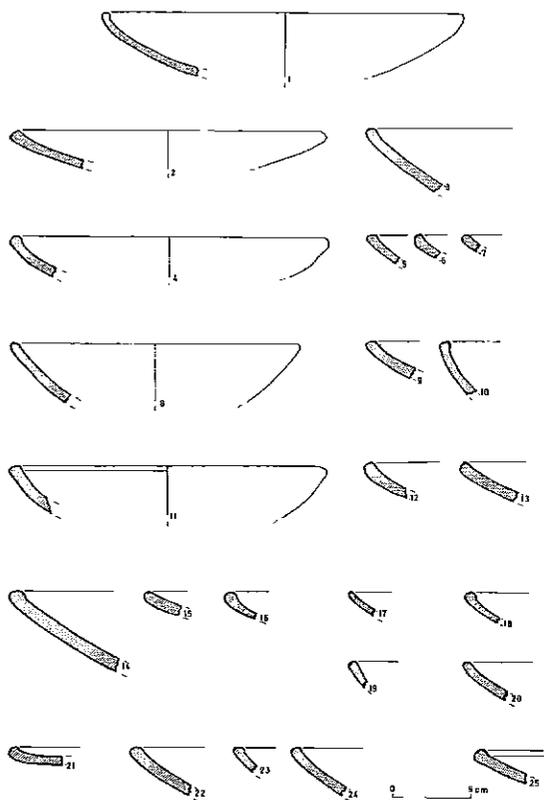


Figura 133. Alcávoa de Santarém: cerámica gris de la forma 1.

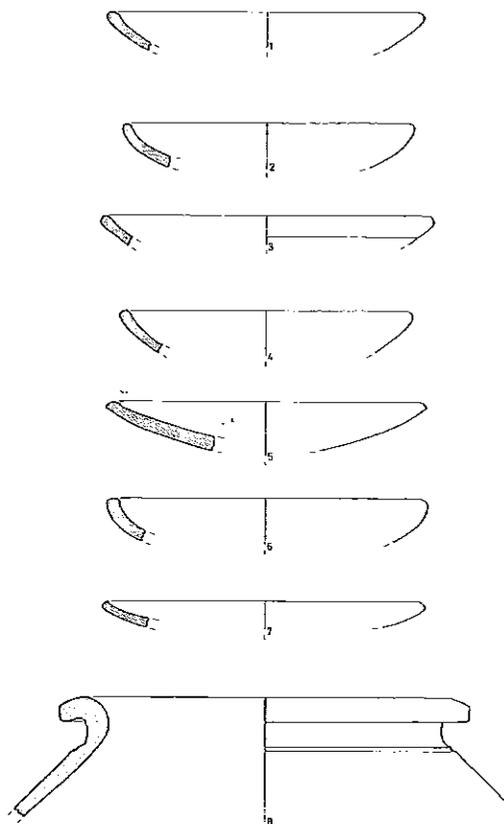


Figura 134. Alcávoa de Santarém: 1-7: Cerámica gris 1-7: Forma 1; 8: Forma 9.

que el tercer tipo es más extraño y exclusivo en los niveles del Hierro más tardíos.

Desde el punto de vista morfológico, es importante registrar que se observan algunas diferencias a nivel del perfil y grosor de los bordes y los fondos, diferencias éstas que creo importante discutir.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que esta forma, así como también las restantes de cerámica gris y de las otras categorías, son vasos realizados a torno, método de producción que no es propicio a la repetición de perfiles iguales, o incluso idénticos, ya que se fabricaron según un proceso poco favorable a la reproducción constante de tipos.

Por otro lado, me parece evidente que los alfareros que se dedicaban a la fabricación de ésta y de otras formas tenían, efectivamente, un modelo mental, según el cual trabajaban la arcilla. Así, los detalles que se pueden observar en los perfiles de los bordes o de los fondos tal vez no puedan o no deban valorizarse de forma excesiva, porque pueden no tener, necesariamente, el significado cronológico que éstos u otros detalles tienen en cerámicas fabricadas con moldes,

como es, por ejemplo, el caso de la cerámica fina de época romana, principalmente la *terra sigillata*.

En el caso concreto de la cerámica del Hierro, y muy especialmente en cuanto al análisis de la Forma 1 de Santarém (fig. 130, nº 1-5; fig. 131, nº 1-7; fig. 132, nº 1-7; fig. 133, nº 1-25; fig. 134, nº 1-7; fig. 135, nº 1-36 y 40; fig. 137, nº 4 y 6), el vaso más característico de los contextos orientalizantes peninsulares, me vi obligada a considerar el conjunto de la forma, o sea el aspecto general del cuenco, ya que, efectivamente, no fue posible establecer ninguna relación entre los diferentes tipos de bordes (más o menos engrosados, más o menos entrantes, más o menos redondeados, o más triangulares) y la secuencia estratigráfica observada.

Por tanto, debo dejar claro, desde ahora, que todos los tipos de borde de la forma 1 surgen indistintamente a lo largo de la ocupación de la Edad del Hierro de la Alcávoa de Santarém.

Sin embargo, me parece relevante indicar que pude dividir los bordes de la Forma 1 en los siguientes tipos:

1. Borde simple, ligeramente exvasado, de extremo redondeado;
2. Borde entrante, de perfil redondeado, engrosado en el interior;
3. Borde biselado, oblicuo (algunos están ligeramente engrosados).

En cuanto a la morfología de los fondos de la Forma 1, la situación es más pacífica. Se trata, mayoritariamente, de fondos planos, o ligeramente cóncavos, sin pie. Raramente presentan un pie incipiente y bajo, apenas indicado. Los dos principales tipos de fondos surgen indistintamente a lo largo de toda la estratigrafía y en las tres principales manufacturas, sin que exista, tampoco aquí, ninguna relación entre características formales concretas y una cronología específica.

Como ya mencioné, estos platos o cuencos bajos, que designé como Forma 1 de Santarém, son frecuentísimos en yacimientos peninsulares orientalizantes, tanto en el territorio actualmente portugués, como en el área meridional española, Levante y Extremadura. Esta forma está presente en grandes cantidades en los establecimientos fenicios de la Andalucía costera, así como en los de *habitat* y necrópolis indígenas de la misma Andalucía, abarcando también la Extremadura española y el Levante. Está incluida en todas las tipologías ya elaboradas para la cerámica gris de la zona tartésica, principalmente la de Belén Deamos (1976), Ross (1982) o Caro Bellido (1989).

De acuerdo con las estratigrafías publicadas, esta forma comenzó a ser fabricada, en el litoral andaluz, en cerámica gris hacia el siglo VIII a.C. Todo indica, además, que el apogeo de su utilización se debe datar entre los siglos VII y VI a.C., aunque existen datos para afirmar que, también en el área meridional de la Península Ibérica, fue utilizada al menos hasta el siglo IV a.C.

Los datos que recogí en la Alcáçova de Santarém me permiten afirmar, con seguridad, que esta forma comenzó a fabricarse desde el inicio de la ocupación del Hierro del yacimiento, ocupación ésta que pude datar, en cronología de radiocarbono calibrada, entre el final del siglo X y los inicios del VIII a.C. Como ya afirmé anteriormente, esta forma fue utilizada durante toda la Edad del Hierro, independientemente de los detalles que los perfiles de los bordes y de los fondos presentan.

Los cuencos de la Forma 1 de Santarém son vasos destinados al servicio de mesa, donde ocuparían un lugar destacado. Ciertamente se usaban para comer.

La misma función parece haber tenido otro grupo de vasos que identifiqué como Forma 2, el cual puede dividirse en tres tipos distintos.

El primero, Forma 2A (5%), es un plato de borde ancho, plano y horizontal, o ligeramente oblicuo, que reproduce, en cerámica gris, la forma de los platos de engobe rojo, siendo importante mencionar que la anchura de sus bordes nunca sobrepasan los 3.5 cm (fig. 135, nº 42; fig. 136, nº 1).

La Forma 2B (fig. 135, nº 41) corresponde también a un plato, o cuenco bajo, de borde corto, horizontal o ligeramente oblicuo, que parte de una carena suave. También aquí es nítida la inspiración en las formas fenicias de engobe rojo. Puede englobarse en la Forma 17 A de Caro Bellido (1989: 140-145), y es frecuentemente en contextos del Sur peninsular, tanto en yacimientos fenicios como por ejemplo, en Toscanos, Morro de Mezquitilla (Schubart, 1976-78; Schubart *et al.*, 1969) o Guadalhorce (Arribas y Arteaga, 1975), como en ambientes indígenas, principalmente Huelva (Blázquez *et al.*, 1979).

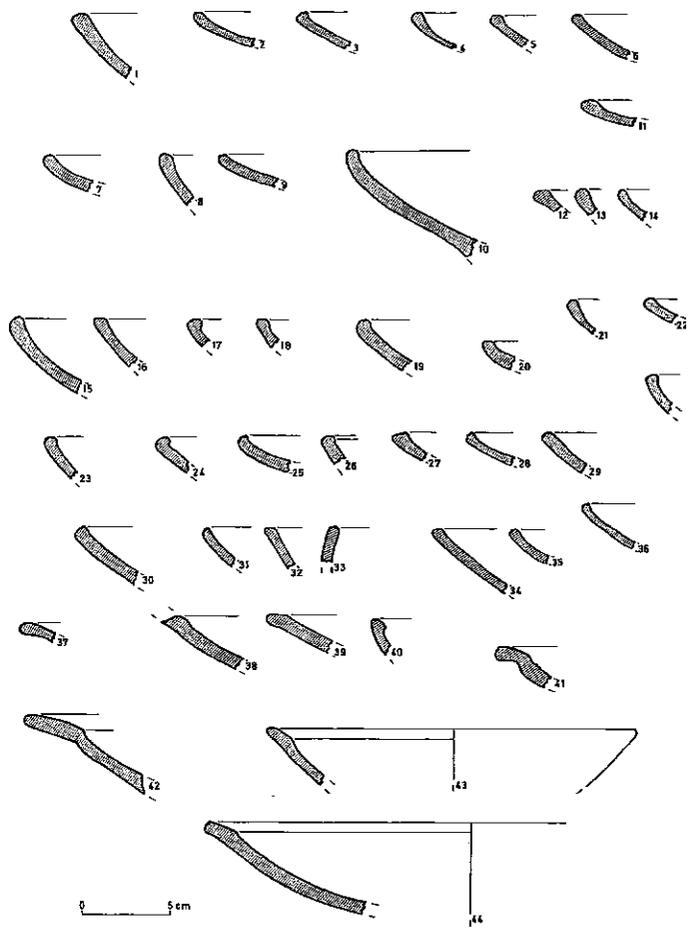


Figura 135. Alcáçova de Santarém: cerámica gris. 1-36 y 40: Forma 1; 41: Forma 2B; 38-39, 43 y 44: Forma 2C; 37: Forma 6B.

Otro cuenco de borde corto, aplanado u oblicuo, también se incluyó en la Forma 2, como el tipo C (fig. 135, nº 38, 39, 43 y 44). Esta forma no está bien caracterizada en el conjunto de las producciones de cerámica gris, aunque, sin embargo, se pueden encontrar ciertos buenos paralelos en algunos yacimientos orientalistas del área meridional, como por ejemplo en el Cerro Salomón (Blanco *et al.*, 1970), en el Cerro de los Infantes (Molina *et al.*, 1983) y en el Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1982).

Los cuencos y platos de borde aplanado de cerámica gris no son abundantes en Santarém, sobre todo en su variante B y C, que corresponden al 0.5% y 2%, respectivamente. La variante A representa el 4% del total de cerámica gris recogida.

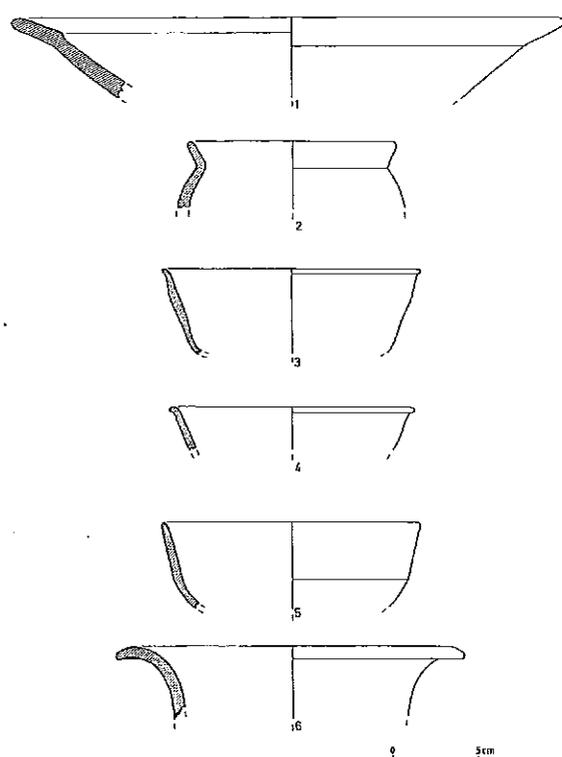


Figura 136. Alcáçova de Santarém: cerámica gris. 1: Forma 2 A; 2: Forma 4 B; 3-4: Forma 5A; 5: Forma 5B; 6: Forma 6 A.

Los platos y cuencos de la Forma 2 pueden incluirse en las manufacturas 1, 2 y 3 identificados en la Forma 1.

El registro estratigráfico permite afirmar que esta forma se utilizó en Santarém, durante toda la Edad del

Hierro, estando presente en toda la secuencia ocupacional, aunque se debe mencionar que son más abundantes en los niveles antiguos y medios, siendo escasos los ejemplares procedentes de los estratos arqueológicos que corresponden a la última fase de la ocupación del Hierro.

Todavía más raros (3%), pero igualmente destinados al servicio de mesa, son los cuencos abiertos y carenados, de paredes convexo-cóncavas, formalmente semejantes a los cuencos carenados a mano. Aquí se designaron como Forma 3 (fig. 137, nº 2 y 3).

Dos de los ejemplares tienen pastas compactas, duras, bien depuradas y de color castaño (próximo a la fabricación 2 de la Forma 1, aunque aquí la pasta es más compacta y dura). Las superficies están pulidas y tienen color negro o gris oscuro.

Otro fragmento presenta paredes poco gruesas (2.5 mm) y las superficies fueron cuidadosamente pulidas. La pasta, castaña, es todavía más fina, a pesar de la porosidad que evidencia.

Los contextos arqueológicos en los que fueron hallados los cuencos carenados de la Forma 3 permiten afirmar que el ejemplar de «paredes finas» es claramente más antiguo que los dos restantes, éstos últimos pueden ser fechados en los momentos medios/finales de la ocupación del Hierro de la Alcáçova.

La Forma 4 (fig. 136, nº 2; fig. 137, nº 7-9) está constituida por lo que designé como «*potinhos*», y se caracterizan por ser formas de pequeñas dimensiones, con borde exvasado, cuello muy corto y estrangulado, y cuerpo globular. Sus diámetros de borde varían entre los 14 y los 16 cm.

En el conjunto de esta forma, se pudo observar dos manufacturas distintas:

1. Superficies bien alisadas, a veces pulidas, de color negro (Munsell 2 2.5/5BP), o gris muy oscuro, pasta muy bien depurada con escasísimos desgrasantes, de reducidas dimensiones y de color gris claro (Munsell 2 6/5BP) (fig. 137, nº 7-9);

2. Superficies de color grise, o castaño oscuro, cuidadosamente pulidas y pastas castañas que se asemejan a las de la manufactura 1 de los cuencos de la Forma 1, pero mejor depuradas, con abundantes componentes no plásticos de dimensiones reducidas (micas, cuarzos y calcitas) (fig. 136, nº 2).

Estas dos manufacturas corresponden a vasos que se pueden distinguir entre sí no sólo por la coloración de las superficies y por las texturas y colores de las pastas, sino también por el grosor de sus paredes. La primera incluye únicamente «*potinhos*» con paredes que nunca sobrepasan los 1.5 mm. Las pare-

des de los vasos que englobé en la 2ª fabricación tienen espesores en el orden de los 4 mm. Estas diferencias permitieron distinguir dos variantes dentro de la Forma 4, la A (fig. 137, nº 7-9) y B (fig. 136, nº 2), respectivamente.

Esta forma sólo se desarrolla a partir de los niveles medios, siendo más abundante en los niveles superiores a finales de la Edad del Hierro. Sin embargo, es importante mencionar que es la variante A la más representada en los niveles superiores, sobre todo, en los casos en los que los vasos están simplemente alisados o ligeramente pulidos.

También son relativamente abundantes (11%) los cuencos de carena baja, poco acentuada, pared poco gruesa (de 1 a 2.8 mm), vertical o ligeramente convexa, que se incluyeron en la Forma 5, forma que pude subdividir en dos variantes: de borde recto, Forma 5 A (fig. 136, nº 3 y 4); de borde exvasado, Forma 5, variante B (fig. 136, nº 5).

Los cuencos de la Forma 5 presentan características de manufactura idénticas a las constatadas en algunos de los «*potinhos*» de la Forma 4.

Las superficies son siempre negras (Munsell 2.5/5BP), o gris muy oscuro, y las pastas, porosas pero compactas y depuradas, son castañas (Munsell 7.5YR 6/4), o grises claras (Munsell 2.6/5BP).

Los cuencos de la Forma 5 dominan claramente en los niveles inferiores y medios, apareciendo en menor número en los niveles superiores.

Otra forma (Forma 6) de cerámica gris corresponde a un cuenco profundo con borde en haba y pared muy oblicua. Suma apenas un 2% del total de la cerámica gris. Las dos variantes identificadas, A (fig. 136, nº 6; fig. 138, nº 1) y B (fig. 135, nº 37; fig. 138, nº 2) se diferencian por el borde que puede ser o no pendiente.

En estos cuencos, la pasta es castaña (Munsell 7.5YR 6/4) y depurada, y las superficies son grises, a veces con manchas castañas, revelando una cocción irregular.

Los cuencos de la Forma 6 se encuentran exclusivamente en los niveles antiguos y medios, no habiéndose registrado ningún ejemplar en los niveles superiores.

La Forma 7 de Santarém (fig. 138, nº 3-4) es un vaso abierto, de cuello ligeramente estrangulado y borde exvasado. Se trata también de un cuenco o escudilla, presentando paredes poco gruesas, pulidas, pasta fina, gris o castaño grisáceo. Está escasamente representada en Santarém, correspondiéndole apenas el 1% del total.

También de cerámica gris son los vasos que incluí en la Forma 8, y que se caracterizan por la exis-

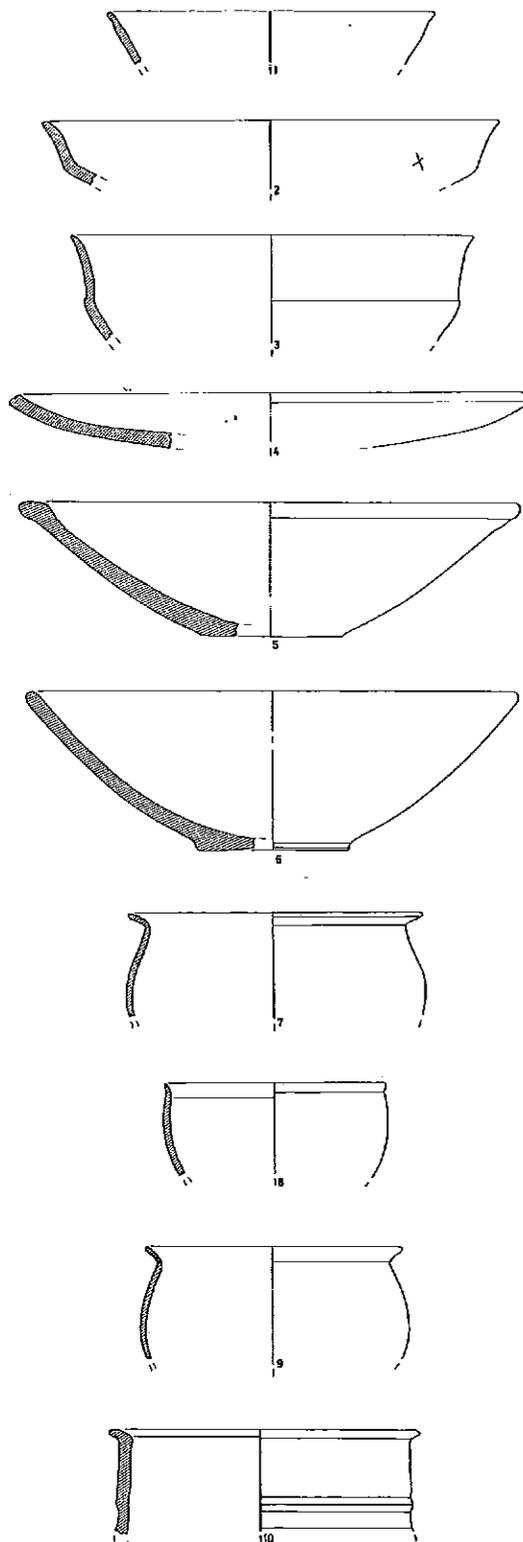


Figura 137. Alcáçova de Santarém: cerámica gris. 1: Forma 5 A; 2 y 3: Forma 3; 4-6: Forma 1; 7-9: Forma 4 A; 10: Forma 5 A.

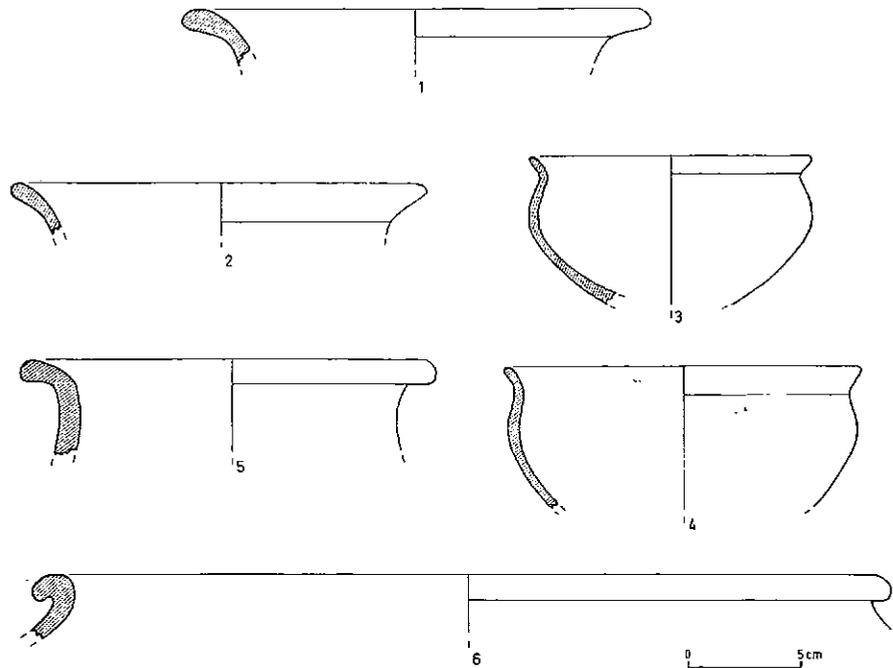


Figura 138. Alcéçova de Santarém: 1: Cerámica gris. 1: Forma 6 A; 2: Forma 6 B; 3-4: Forma 7; 5-6: Forma 8.

tencia de cuello cilíndrico y borde exvasado y engrosado. El grosor de las paredes y la forma del borde y de la pared, indican que se está en presencia de un vaso cerrado, muy probablemente de una olla.

Poseen pastas que se pueden integrar en la manufactura 1 definida para los cuencos de la Forma 1, y pastas grises con abundantes elementos no plásticos de medianas dimensiones. Las superficies son grises y fueron alisadas o groseramente pulidas.

También pude recoger en la Alcéçova de Santarém un conjunto de rollos casi todos macizos, estando solo uno hueco. Tienen las superficies pulidas, de color gris oscuro, pastas castañas con o sin núcleo gris, de sección circular. Todo indica que se trata de soportes (fig. 139, nº 1-3), destinados a proporcionar estabilidad a los vasos de fondos convexos y con dimensiones variables, ya que los diámetros de estos soportes oscilan entre los 14 y los 20 cm.

Tal como Caro Bellido (1989) ya mencionó, se trata de objetos fácilmente confundibles con fragmentos de asas cilíndricas, o de sección circular, lo que tal vez explique la «ausencia» de otros ejemplares en los restantes yacimientos orientalizantes portugueses. Son también escasos en el resto de la Península Ibérica, donde suelen ser frecuentemente huecos, presentando también secciones de forma más variada (*ibid.*: 36).

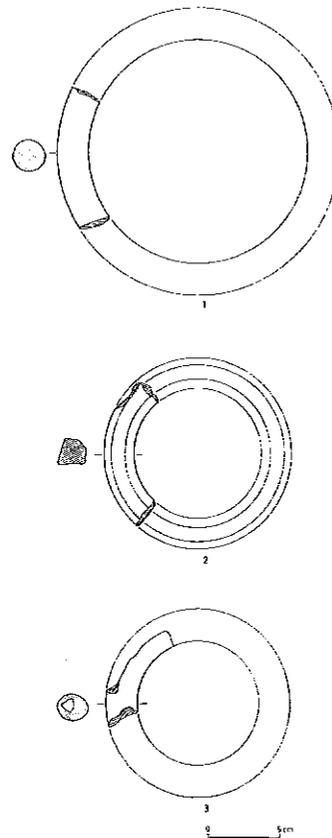


Figura 139. Alcéçova de Santarém: 1-3: Forma 9.

Otro soporte, también macizo, presenta sección romboidal (fig. 139, nº 2), aparentando semejanzas formales con ejemplares recogidos en Conímbriga (Alarcão *et al.* 1976) y en Santa Olaia (Rocha, 1908; Pereira, 1997), yacimientos donde, sin embargo, son huecos, presentando el de Conímbriga decoración pintada.

Pude recoger en Santarém dos vasos correspondientes a dos formas distintas que no se integran en ninguno de los tipos anteriormente presentados.

Uno de ellos corresponde a un cuenco de carena alta, próximo a la Forma 3. Tiene pasta gris, bien depurada y fina, con escasos desgrasantes de pequeñas dimensiones. Las superficies externas fueron cuidadosamente pulidas. Como particularidad, presenta el fondo interno decorado con retícula bruñida, retícula ésta que rellena triángulos que alternan con otros reservados. Como ya mencioné anteriormente, la técnica decorativa y la organización de la decoración es habitual tanto en el Bronce Final como durante la Edad del Hierro, en esta misma forma, por lo que no merecería ser destacada. Su aparición sobre un vaso fabricado a torno hace del cuenco en cuestión un caso especial y sin paralelos conocidos, ya que si bien es frecuente la fabricación a torno de formas conocidas por manufacturas a mano, es más extraña la aplicación de decoración bruñida, y más con esta organización concreta, en producciones a torno que se pueden integrar en el conjunto de la cerámica gris. También debe añadirse, que la pieza en cuestión aparece en un nivel que corresponde a las fases medias de la ocupación del Hierro de Santarém, donde los materiales a los que se asocia se pueden datar, en cronología tradicional, en el siglo VI a.C. (fig. 140).

Lo que queda de otro vaso no es suficiente para identificar su forma general. Tiene las paredes rectas y su superficie externa presenta molduras (fig. 137, nº 10). Se recogió en un nivel arqueológico tardío, en el contexto de la Edad del Hierro, lo que puede corresponder, en cronología tradicional, al siglo V-III a.C.

El conjunto de las cerámicas de la Alcáçova de Santarém registra, pues, una variedad formal considerable y justifica también algunas observaciones de diversa naturaleza.

En primer lugar, se debe insistir en que la cerámica gris se utilizó preferentemente en el servicio de mesa. De hecho, de las ocho formas identificadas, únicamente dos (Formas 8 y 9) tuvieron funciones que no se inscriben en el contexto del consumo de alimentos.

La extraordinaria abundancia de la Forma 1 (55% del total de la cerámica gris), cuyos ejemplares fueron usados, sin ningún margen de duda, como platos,

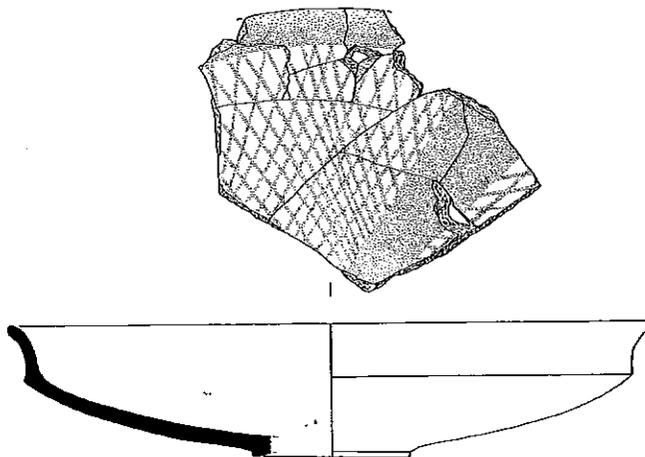


Figura 140. Alcáçova de Santarém: cuenco carenado, a torno, con el fondo interno decorado con retícula bruñida.

permite esta conclusión. La misma utilización tuvo, ciertamente también, la Forma 2, que, a pesar de su escasez en el conjunto del inventario (5%), permite ampliar el número de vasos de cerámica gris que consideré que estaba destinada a la comida.

La funcionalidad de los cuencos y platos de la Forma 3, por otro lado, escasamente representados (3%), fue más difícil de definir. Sin embargo, las características formales y de manufactura que presentan indican una utilización en la mesa, donde podrían destinarse al consumo de alimentos no sólidos, sino líquidos.

En cuanto a los «potinhos», incluidos en la Forma 4 (11%), a los cuencos de la Forma 5 (11%) y a las escudillas de la Forma 7 (1%), también se concibieron para el servicio de mesa, donde, conjuntamente con algunos de los cuencos de cerámica a mano, cuya forma además algunos reproducen, serían utilizados como vasos para beber (Formas 5 y 7), o irían destinados a contener y a servir salsas u otros condimentos, en el caso concreto de la Forma 4. Esta conclusión parece correcta teniendo en cuenta la dimensión de los vasos, el reducido espesor de sus paredes, el tratamiento de las superficies y la forma que presentan.

Los cuencos de borde en haba (Forma 6) son más difíciles de clasificar funcionalmente, ya que no fue posible calcular su altura probable. Con todo, una vez más, el grosor de sus paredes, la forma y el tratamiento de las superficies parecen indicar que se está ante la presencia de recipientes destinados a contener líquidos y, eventualmente, a servirlos en la mesa.

Los vasos de la Forma 8 corresponden a ollas, ciertamente destinadas al almacenamiento de alimentos, y la función de los soportes incluidos en la Forma 9 está bien definida en su propia designación.

Las cerámicas grises finas de Santarém tienen, tanto formal como tecnológicamente, evidentes semejanzas con las que se recogieron en los restantes yacimientos orientalizantes portugueses y españoles, aunque también son evidentes algunas particularidades que conviene destacar.

Comenzaré insistiendo en que la cerámica gris fina hallada en la Alcáçova de Santarém se integra en lo que ya fue denominado «cerámica gris orientalizante» (Vallejo Sanchez, 1998), diferenciándose así, claramente, de otras producciones identificadas en la Península Ibérica, producidas aquí o no, concretamente de las «cerámicas grises de filiación greco-oriental», de ámbito griego, de las «cerámicas grises del Mediterráneo occidental de filiación greco-oriental», producidas en centros griegos del Mediterráneo occidental, como Ampurias o Marsella, del *bucchero* negro etrusco, de las «cerámicas grises de época ibérica», de las «cerámicas grises catalana, ibérica y valenciana» y de las «cerámicas grises ampuritanas» (*ibid.*).

El vínculo que puede establecerse entre la gran mayoría de las cerámicas grises finas portuguesas y las que se han encontrado en Andalucía, con extensiones hacia la Extremadura española y al Levante, es pues directo y revelador, y tiene un significado muy especial.

La problemática del origen de la llamada cerámica gris fina, que constituyó durante años una cuestión fundamental en su estudio (Almagro, 1949; Belén Deamos, 1976; Aranegui, 1975), está hoy superada, predominando, desde los años 70, los estudios monográficos que tienen en cuenta una caracterización regional y cronológica de las producciones de cerámicas con cocciones reductoras (entre otros Belén Deamos, 1976; Aranegui, 1975; Pellicer Catalán, 1966; Mancebo, Bandera y García, 1992).

Tales estudios permitieron comprender que «La uniformidad de las cerámicas grises propugnada por Almagro (1949: 111), fruto del estadio embrionario en el que aún se encontraban las investigaciones, se vieron puestos prontamente en duda por las evidencias que ofrecía el material arqueológico que iba desarrollándose desde los años sesenta, y cuyo análisis tipológico y técnico indicaba una clara heterogeneidad» (Vallejo Sánchez: 11).

Hoy, es incuestionable que la cerámica gris aparecida en Andalucía y en Portugal corresponde a un grupo homogéneo, bien diferenciado de los que se han ido identificando en el Levante español (Aranegui,

1975; González Prats, 1979), que surge siempre acompañado de cerámicas asociadas al mundo fenicio, principalmente a las pintadas en bandas y a las cubiertas de engobes rojos así como a ánforas y otros productos.

Independientemente del hecho de que esta evidencia pone fuertemente el énfasis en un origen griego en general, o focense en particular, como casi siempre ha sido defendido (Almagro, 1949; Schubart, Niemeier y Pellicer Catalán, 1969) y continúa siéndolo todavía hoy (Garrido y Horta, 1994), lo cierto es que no se debe olvidar que las cerámicas grises no son muy comunes en el Mediterráneo Central y Oriental, a excepción de Chipre y de Anatolia (Vallejo Sánchez, 1998: 3).

De este modo, no es posible considerar que la cerámica gris orientalizante, o del Sudoeste peninsular, constituya una cerámica de inspiración fenicia oriental, ni desde el punto de vista formal ni en lo referente a las técnicas de cocción. Por otro lado, pienso que es importante destacar que las cerámicas de cocciones reductoras, con superficies pulidas, bruñidas o alisadas, estaban ya en la Edad del Bronce muy divulgadas en estas mismas áreas, a pesar de que en esta época eran fabricadas a mano. También parece ser interesante el hecho de que muchas de las formas de cerámica gris a torno, encontradas en contextos de la Edad del Hierro, reproducen modelos anteriores, a pesar de que también es importante señalar que muchas otras son, de hecho, creaciones típicas del I milenio a.C., como es el caso específico de los platos y cuencos de las formas 1 y 2 de Santarém.

Los datos disponibles para Andalucía indican que las cerámicas grises son siempre mayoritarias en los yacimientos indígenas orientalizantes, lo que no sucede en los centros fenicios, donde a pesar de que están presentes no tienen un peso importante en los inventarios (*ibid.*: 26-27). En Portugal, únicamente se sabe que la cerámica gris domina en Santarém (23%) y es también «...o grupo específico mais numeroso, com 17% do total de fragmentos [cerâmicos] recolhidos...», en Almaraz (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993: 155). Todo indica que en Conímbriga la situación es semejante (Alarcão, 1976; Correia, 1993b).

Así pues, esta cerámica parece que es una creación fenicia occidental que, según algunos investigadores (Belén Deamos, 1976; Aranegui, 1975 y Ross, 1982), se destinó a satisfacer los mercados indígenas que tradicionalmente apreciaban las cerámicas de superficies negras o grises, cuidadas y pulidas. Ciertamente su producción se extendió a los centros indígenas en el momento en que se aprendió la técnica del torno.

Esta producción en el medio indígena se demostró claramente en Conímbriga, donde análisis químicos probaron su fabricación en el yacimiento, fabricación esta que se puede diferenciar de las que se realizaban en Santa Olaia y en Lisboa, no sólo por las distintas composiciones de las pastas, sino también por la tecnología utilizada (Cabral *et al.*, 1983; *idem*, 1986). Es importante recalcar que en Santa Olaia se encontraron ejemplares producidos tanto en Conímbriga como en Lisboa, y que en las muestras de Conímbriga y de Lisboa se detectaron vasos fabricados en Santa Olaia (*ibid.*).

Virgilio Hipólito Correia admite también la hipótesis de que existe en Conímbriga un grupo de cerámica gris importada (¿de Andalucía?) que no se incluyó en el muestreo aleatorio del conjunto analizado (Correia, 1993: 240).

No quiero dejar de señalar que, además de algunos regionalismos (escasos y poco representativos), *las cerámicas grises finas encontradas en los yacimientos orientalizantes del Sudoeste peninsular presentan una significativa uniformidad desde el punto de vista formal y del tratamiento de las superficies*. Este hecho, asociado a los resultados que los análisis químicos proporcionaron, permite suponer la existencia de centros productores y exportadores de ámbito trans-regional, centros éstos que, en un primer momento, se localizarían en los yacimientos fenicios del área del Estrecho de Gibraltar.

Pienso que los datos que he presentado sobre la cerámica gris de la Alcáçova de Santarém dejan también claro que es una realidad indiscutible su supervivencia hasta los inicios de época romana. De hecho, algunas formas de esta clase de cerámica, como por ejemplo la 1, están presentes a lo largo de toda la diacronía del Hierro del yacimiento, existiendo también ejemplos de su permanencia en estratos datados en el reinado de Augusto. El análisis que la estratigrafía permitió, hace que realmente se asuma aquí un dato que ya Jorge de Alarcão había verificado en Conímbriga (1975), a pesar de que, en Santarém, esta permanencia no puede ser explicada por la débil representatividad de la cerámica de paredes finas de época republicana, explicación válida para el *oppidum* del Mondego, pero imposible de admitir en Santarém, donde la cerámica de paredes finas, republicana y de Augusto, es muy abundante.

Las ánforas

El hecho de que las ánforas de la Edad del Hierro recogidas en la Alcáçova de Santarém sean, en su totalidad, fragmentos de reducidas dimensiones dificultó su adscripción tipológica, lo cual también llevaría a

impedir la atribución de cronologías precisas para la mayoría de los materiales que ahora son objeto de análisis. Sin embargo, algunos bordes permitieron una aproximación a las formas establecidas en las tipologías en uso, de las cuales destaco por su actualidad y exhaustividad, la de Juan Ramón Torres (1995), pero sin olvidar que esta tipología fue elaborada basándose en especímenes físicamente completos.

A la hora de iniciar el estudio de las ánforas de la Edad del Hierro de Santarém, me parece imprescindible recordar las palabras del autor de la más actual tipología para las ánforas fenicio púnicas, que no olvida el hecho de que «No existen formas cerámicas vigentes *stricto sensu* a lo largo y ancho de zonas de gran envergadura a través de muchos siglos. Existen, con mucho, esquemas muy amplios que se pueden repetir de múltiples maneras...» (*ibid.*: 159).

El testimonio de comercio de productos entre Santarém y los centros fenicios del área del Estrecho se materializa en ánforas que se acostumbra a designar «de saco» o R1 de Vuillemot.

En esta gran categoría, que engloba ánforas de cuerpo piriforme, hombros altos y carenados, y bordes verticales, se pudieron distinguir dos grupos de bordes que parecen corresponder a dos tipos anfóricos distintos.

El primero está representado por cinco ejemplares (Alc. Sant. 8161, 10303, 10189, 9410 y 403 – fig. 141, nº 1, 2 y 3), tres de los cuales únicamente tienen borde (Alc. Sant. 8161, 9410 y 403) y los otros dos poseen borde y parte de la pared del hombro (Alc. Sant. 10303, 10189). Todos se encontraron en niveles conservados (Corte 1, G18; Templo, Q.2, nivel 9; Templo Q.3, nivel 11; 97, Q.19, nivel 21 y nivel 25), correspondientes a la fase más antigua de la ocupación del Hierro en la Alcáçova de Santarém, datada por radiocarbono en años calibrados, entre finales del siglo X y los inicios del VIII a.C.

Los bordes son altos, con la cara externa recta o ligeramente cóncava y la cara interna convexa. En tres ejemplares (Alc. Sant. 8161, 9410 y 403, fig. 141, nº 1), la unión del borde a la pared se realiza a través de una acanaladura.

Juntamente con un ejemplar de Lisboa (ver *Infra*), estas cinco ánforas de Santarém corresponden a los primeros ejemplares del actual territorio portugués, integrándose, muy posiblemente, en el tipo 10.1.1.1. de Ramón Torres (1995: 229, 558, fig. 195). Las ánforas pertenecientes a esta forma fueron las primeras que se fabricaron en los centros fenicios del área del Estrecho de Gibraltar, atribuyéndoles una cronología tradicional entre el 2º cuarto del siglo VIII a.C. y el 1º tercio del siglo VII a.C.

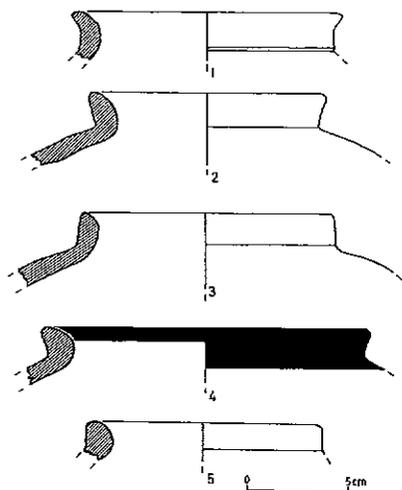


Figura 141. Alcáçova de Santarém: ánforas. 1-3: Tipo 10.1.1.1.; 4 y 5: Tipo 10.1.2.1.

Cuatro de los ejemplares de Santarém (Alc. Sant. 403, 8161, 9140 y 10303, fig. 141, nº 1 y 3) poseen pastas friables y porosas, con cocciones medias/fuertes, de color castaño anaranjado claro (Munsell 5YR 6/6) y núcleo gris claro (Munsell 2.5YR 6/1). Las superficies están cubiertas por un engobe rosado (Munsell 5YR 7/4), beige (Munsell 7.5YR 7/4) o blanco verdoso (Munsell 5Y8/2), y la pasta contiene abundantes desgrasantes de reducidas dimensiones (calcitas, cuarzos, cuarcitas y escasas partículas de mica). Estas características permiten que se puedan asociar, aunque con reservas, los fragmentos de ánfora en cuestión, a lo que Ramón Torres designó como «Grupo de Málaga» (*ibid.*: 256).

El fragmento de borde Alc. Sant. 10189 (fig. 141, nº 2) posee características de fabricación distintas del grupo anterior, mostrando una cocción fuerte y una pasta compacta, donde no es posible distinguir, a simple vista, ningún componente no plástico, a no ser escasas partículas de mica plateada. La pasta es naranja claro (Munsell 5YR 7/6) y las superficies están cubiertas por un engobe castaño claro (Munsell 7.5 YR 6/6). No pertenece al «Grupo de Málaga» o al de la «Bahía de Cádiz», por lo que puede incluirse en el amplio grupo designado como del «Extremo Occidente indeterminado».

También incluidas en la gran categoría que abarca la generalidad de las ánforas «de saco» o R1, pude individualizar otro grupo de bordes de ánfora que me parece que se aproximan al Tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (*ibid.*: 320-321, 559-561, fig. 196-198).

Este tipo posee también cuerpos piriformes, hombros altos y carenados. Los bordes son engrosa-

dos hacia el interior y sus superficies externas presentan múltiples variantes en cuanto al perfil. Sin embargo, no puedo dejar de hacer referencia al hecho de que el propio autor de la tipología que aquí se está siguiendo, afirma que: «Considerando las distintas combinaciones existentes, según alturas de espaldas, concavidades bajo la carena, posición de los diámetros máximos, perfil y altura de los bordes, fondos, etc. [es] de temer que (...) si siguieran estrictamente las directrices aplicadas en muchos otros casos, a cada ejemplar diferente correspondería, prácticamente, un tipo distinto. Se trata evidentemente de unas manufacturas que, si bien se basaron todas ellas en un mismo «perfil ideal», fueron el resultado de muchas manos, de muchos pequeños talleres a veces bastante distanciados entre sí, de multitud de «pequeñas industrias locales» esparcidas un poco por todo el extremo occidental del Mediterráneo y el Atlántico ...» (*ibid.*: 230).

Los 11 ejemplares de Santarém incluidos en esta forma (Alc. Sant. 2354, 4116, 5321, 5329, 5333, 9413, 4540, 5782, 3933, 2357, 8027, fig. 141, nº 4 y 5; fig. 142, nº 1, 2, 5, 6 y 9) poseen todos bordes relativamente cortos (1-1.5 cm), engrosados hacia el interior, que presentan la superficie externa rectilínea o convexo-cóncava. La gran mayoría de los bordes de esta forma (7 ejemplares) provienen de niveles de deposición secundaria, lo que no permite grandes consideraciones cronológicas. Sin embargo, cuatro de los fragmentos se recogieron en un nivel conservado (Corte 5 – nivel 9), nivel perteneciente a la ocupación del Hierro. De acuerdo con el perfil estratigráfico allí observado, puede decirse que estos materiales corresponden a niveles medios de la ocupación del Hierro de la Alcáçova de Santarém, que pudimos datar, en cronología tradicional, en los finales del siglo VII y VI a.C. Pero además se pudo obtener una datación por radiocarbono, cuya calibración para dos sigmas, no ofrece gran precisión. Como se acostumbra, la datación ^{14}C ICEN – 525 es de 2470 ± 70 BP, que calibrada por la curva de Pearson y Stuiver, ofrecen los siguientes intervalos de tiempo:

para 1 sigma – 780-408 cal. B.C.
para 2 sigmas – 800-400 cal. B.C.

Es comprensible que esta datación no permita fechar los materiales arqueológicos recogidos en el nivel analizado por el radiocarbono, quedando únicamente establecido que dichos materiales, se sitúan en la primera mitad del I milenio a.C., y que son claramente posteriores a los que se encontraron en el nivel de ocupación inmediatamente anterior, también da-

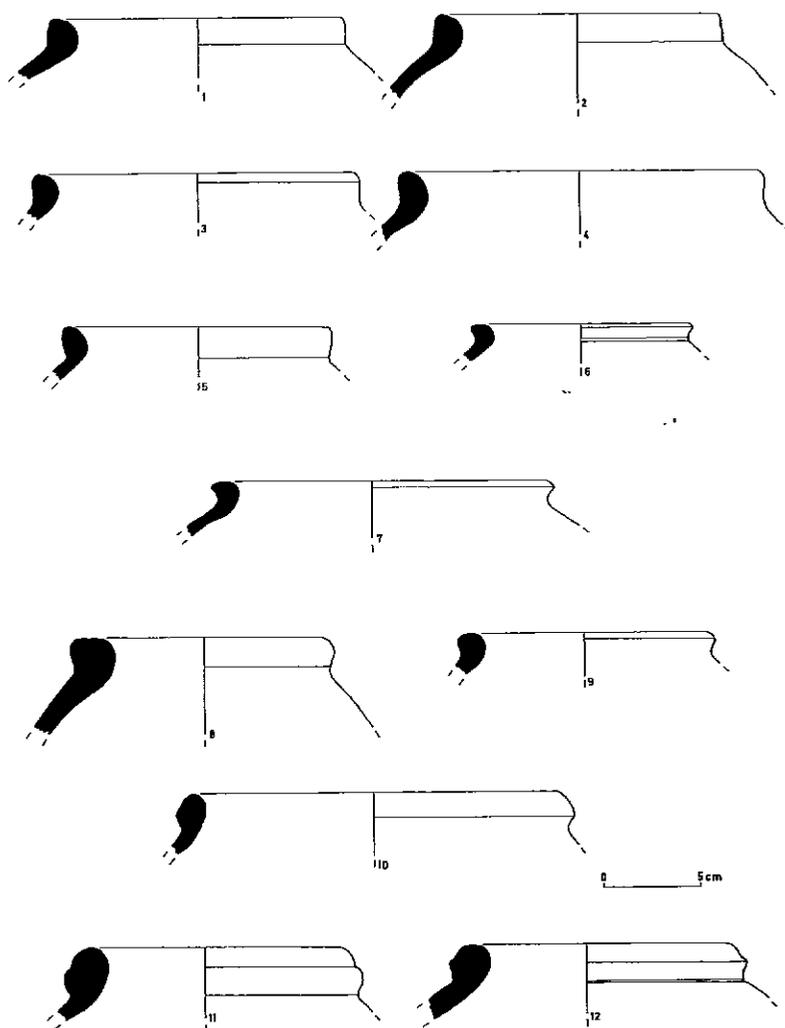


Figura 142. Alcáçova de Santarém: ánforas. 1, 2, 5, 6 y 9: Tipo 10.1.2.1.; 3 y 4: Grupo 3 de Santarém; 7: Grupo 4 de Santarém.

tado por radiocarbono (ICEN - 532: 2640 ± 50 BP. Calibrada para 1 sigma, 838-799 cal B.C.; para 2 sigmas, 900 - 780 cal B.C.).

Se sabe que este tipo anfórico se fabricó entre 675/650-575/550 (fechas tradicionales), en diferentes establecimientos del sur de España (*ibid.*: 231), siendo, por tanto, obvio que los datos estratigráficos y la cronología absoluta obtenidos en la Alcáçova de Santarém no son incompatibles con esta cronología.

Dos de los ejemplares Alc. Sant. 2354 y 5329 (fig. 142, nº 1 y 2), desgraciadamente pertenecientes a contextos arqueológicos de deposición secundaria, parecen más tardíos que los restantes, ya que los hombros son claramente más caídos, a pesar de que la división entre el borde y el hombro esté marcada por

una ranura. Una datación tradicional de la 2ª mitad del siglo VI a.C. es la que creo más adecuada para estos dos fragmentos.

No puedo dejar de destacar el borde Alc. Sant. 4116 (fig. 142, nº 6), cuyas dimensiones (diámetro 11.5 cm) dejan entrever que estamos en presencia de un ánfora de pequeño formato de esta misma forma. Se sabe que fue frecuente la reproducción, a pequeña escala, de las ánforas fenicio-púnicas, reproducciones que de hecho presentan perfiles morfológicamente idénticos a los de las ánforas de «tamaño normal». Esta situación, conocida por ejemplo en La Caleta - Cádiz (Ramón Torres, 1985), está también documentada en el actual territorio portugués, concretamente en Castro da Azougada, Moura, de don-

de procede un ánfora de pequeño formato, morfológicamente idéntica a un ánfora R1.

En cuanto a la manufactura, puede decirse que ocho fragmentos recogidos en la Alcáçova de Santarém poseen características que indican el mismo origen. Pastas bien cocidas, duras, compactas, con escasos elementos no plásticos de reducidas dimensiones (calcitas, cuarzitas), de color naranja claro (Munsell 2.5YR6/6), a veces con núcleo gris claro (Munsell 2.5YR 7/1). Sobre las superficies externas se colocó una aguada o engobe muy fino del mismo color que la pasta. Estas características hacen pensar que se está ante producciones del amplio grupo designado como «Extremo Occidente indeterminado».

Los bordes Alc. Sant. 3933 y 4116 (fig. 142, nº 6) parecen pertenecer al «Grupo de Málaga», presentando fuertes afinidades de manufactura con las ánforas que incluí en el Tipo 10.1.1.1., englobadas en este grupo.

Más curioso, es el fragmento nº 5782 (fig. 141, nº 4), que posee la superficie externa cubierta de barniz rojo (Munsell 10R 5/8). La pasta, color naranja (Munsell 10R 6/8), también se diferencia de los restantes ejemplares, siendo más porosa y menos compacta, con partículas de mica visibles.

Las ánforas decoradas no son infrecuentes, pudiendo aparecer cubiertas de engobe rojo, como es el caso, o también con pintura en bandas policromas. Esta situación se constata tanto en Andalucía, en los establecimientos fenicios, como por ejemplo en Tosacanos (Schubart y Niemeyer, 1971) o Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993), como en el propio territorio portugués, del que Santa Olaia es un buen ejemplo (Rocha, 1908; Pereira, 1997).

Las ánforas de Tipo 10.1.2.1. son muy comunes en los yacimientos orientalizantes portugueses, apareciendo en cantidades razonables en Santa Olaia (*ibid.*), en Alcácer do Sal (Silva, *et al.* 1980-81), en Abul (Mayet y Silva, 1993, 1997). En el valle del Tajo están presentes en Lisboa (*Infra*). Fueron fabricadas en centros fenicios del área del Estrecho de Gibraltar, donde se encontraron vestigios de su producción en el Cerro del Villar (Aubert Semmler, 1990a y 1991a, Aubert Semmler *et al.*, 2000), pero también en la zona levantina y en ambientes indígenas.

Las restantes ánforas del Hierro de Santarém son más difíciles de analizar tipológicamente, teniendo en cuenta que no se encuadran en ningún tipo específico. Por ello, yo misma decidí agruparlas de acuerdo con las características morfológicas concretas, lo que me permitió definir grupos muy generales de formas, a los que, siempre que me fue posible, atribuí un significado cronológico.

Los bordes Alc. Sant. 4522, 5310, 5319, 5410, 7573, 8336, 9505 y 11215 (fig. 142, nº 3 y 4), pertenecen también a ánforas de borde recto, engrosado hacia el interior y a veces, aplanado, y pared externa más o menos vertical (Grupo 3 de Santarém). El hecho de contar únicamente con bordes y arranques de pared no permite grandes conjeturas sobre la forma del cuerpo, pero lo que existe no deja dudas sobre la casi inexistencia de hombro, que consistiría en la prolongación de la pared superior de la panza. Están, de algún modo, emparentadas con los tipos anfóricos producidos en la zona de Villaricos, concretamente los Tipos 1.2.1.3., 1.3.1.3. y 1.3.2.4. de Ramón Torres (1995: 170; 172, 506, 507 y 509-511, Figs. 143, 144-148).

De los ocho ejemplares que agrupé, seis tienen la superficie externa cubierta de engobe rojo, Munsell 2.5YR 5/6 (Alc. Sant. 7573), rojo acastañado, Munsell 5YR 4/4 (Alc. Sant. 5316, 5325, 5410, 8336) y beige, Munsell 2.5YR 8/2 (Alc. Sant. 9505). Ciertamente, fueron fabricados en el mismo centro alfarero, en la zona meridional de la Península Ibérica, y poseen pastas de color castaño anaranjado (Munsell 5YR 6/6), pudiendo presentar núcleo gris claro (Munsell 5Y 7/1), compactas, con escasos desgrasantes de medianas dimensiones. Dos de ellos tienen pastas también compactas, de color anaranjado claro (Munsell 2.5YR 6/6), pero sobre las superficies es visible el empleo de un fino engobe de la misma tonalidad que la pasta.

La posición estratigráfica de estos ejemplares no deja dudas sobre el carácter tardío de estas ánforas en el contexto de la Edad del Hierro de Santarém. De hecho, algunas de las piezas que se recogieron en contextos primarios de ocupación están relacionadas con los últimos momentos de la ocupación del Hierro de este yacimiento, como es por ejemplo el caso de: 1997, Q.4, nivel 5; Corte 1, G.18, nivel 5.

Ánforas semejantes tipológicamente a este grupo 3 de Santarém forman parte de los inventarios de varios yacimientos de Andalucía, tanto fenicios como indígenas. Es el caso, por ejemplo, de Carmona (Pellicer Catalán y Amores Carredano, 1985: fig. 23, nº 16), Toscanos (Schubart y Mass-Lindemann, 1984) o Cerro Macareno (Pellicer Catalán, Escacena Carrasco y Bendala Galán, 1983: fig. 40, nº 256). Debe decirse que, en estos yacimientos, la cronología atribuida a los niveles que ofrecen estas ánforas es del siglo VI a.C., en fechas tradicionales.

A este grupo 3 también pueden pertenecer tres fragmentos de borde y pared, cuyos diámetros (18-22 cm) permiten, además, otras interpretaciones funcionales. La clasificación en este caso, está realizada con reservas, ya que las piezas Alc. Sant. 5326, 8146, 11146 (fig. 143, nº 5), tanto pueden pertenecer a ollas como

a otros vasos de almacenamiento. Su inclusión en el grupo de las ánforas se debe, sobre todo, a la similitud observada en las manufacturas que puede distinguirse, y que se aproximan mucho a las verificadas en algunas ánforas. Son semejantes, tanto formal como tecnológicamente, siendo las pastas compactas y duras, con escasos elementos no plásticos de reducidas dimensiones (calcitas, esquistos y micas), de color naranja claro (Munsell 10R 7/8) o acastañado (Munsell 2.5YR 5/6), con núcleo gris acastañado, más o menos oscuro (Munsell 7.5YR 6/1). Las superficies externas están cubiertas de un engobe rojo anaranjado (Munsell 2.5YR 5/6), o castaño (Munsell 7.5YR 4/2).

Un conjunto de 8 bordes (Alc. Sant. 8034, 8304, 7612, 9632, 8278, 8211, 4106, 5325; fig. 142, nº 7) parece que pertenecen a otro grupo de ánforas (Grupo 4). Se trata de fragmentos de borde engrosado en el interior y en el exterior, de tendencia exvasada, de sec-

ción que varía entre oval y triangular según el labio sea más o menos aplanado. Sus diámetros varían entre los 14 y los 15 cm. Lo que queda de pared deja entrever un hombro caído, sin que sea posible desentrañar cual era la forma general del cuerpo. No fue posible asociar este grupo a ningún otro conocido de ámbito fenicio-púnico, pero se debe decir, que ánforas de bordes semejantes aparecen, de vez en cuando, por toda la Andalucía costera Occidental en niveles datados en el siglo VI a.C., casi siempre englobadas en el amplio grupo de «ánforas de saco» o Trayamar 1 (Rodero, 1995). Las características de las pastas no hacen posible ninguna atribución en cuanto a su origen, aunque no es improbable que hubieran sido fabricadas en algún centro alfarero «ibero-turdetano». Seis de los ocho ejemplares tienen pastas bien cocidas, de color naranja claro (Munsell 2.5YR 6/4), a veces con núcleo gris claro (Munsell 10YR 6/1). Las su-

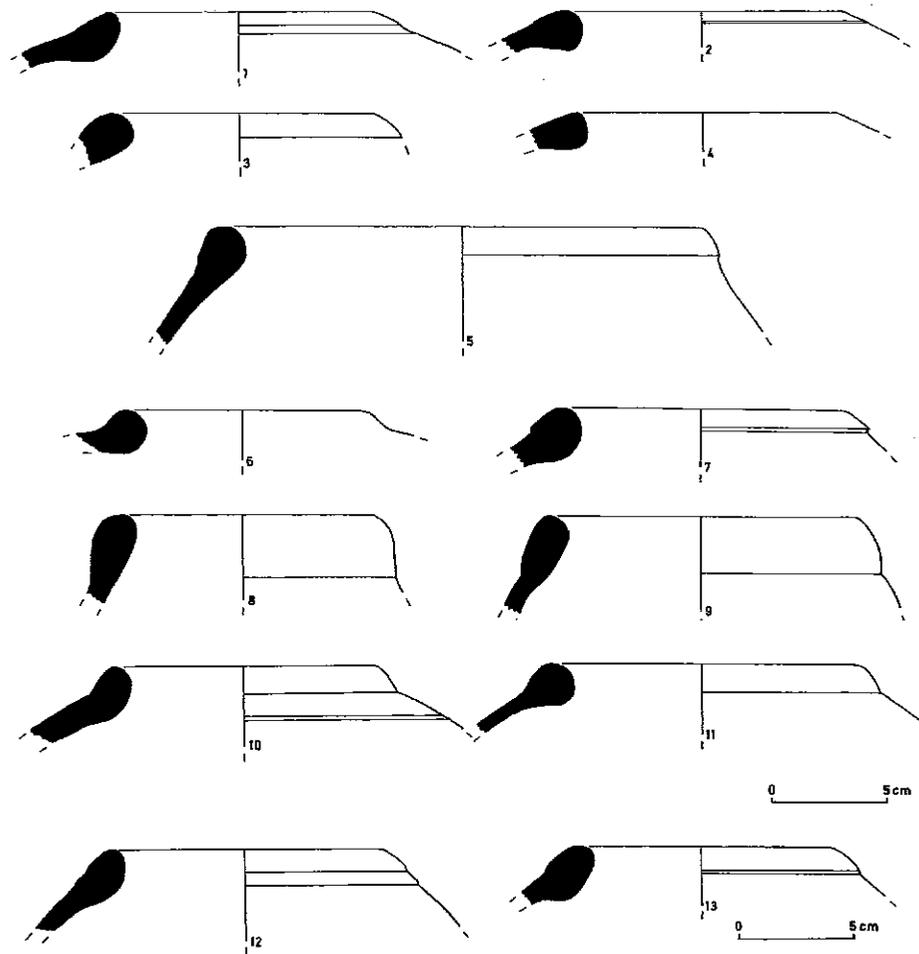


Figura 143. Alcáçova de Santarém: ánforas. 1-4, 6-7, 12-13: Tipo 1.4.4.1.; 8: Tipo 8.1.1.2; 9: Serie 11.2.0.0. (Tipo 11.2.1.6).

perfiles están, en algunos casos, cubiertas con engobes castaños claros (Munsell 7.5.YR 7/6), beige (Munsell 5YR 8/2), o rojos anaranjados (Munsell 10R 5/8). El borde Alc. Sant. 5325 (fig. 142, nº 7), tiene la pasta más porosa y friable, de color gris (Munsell 7.5YR 5/1), presentando la superficie cubierta con un engobe beige grisáceo (Munsell 10YR 7/1). El borde Alc. Sant. 4106 (no dibujado) tiene la pasta dura, gris (Munsell 10YR 6/1), y las superficies cubiertas con engobe castaño (Munsell 7.5YR 6/4). De los ocho ejemplares que incluí en este grupo, tres se recuperaron en niveles de ocupación, lo que permite atribuirles una cronología baja (siglo VI-IV a.C.), al menos a los tres fragmentos.

Como ya mencioné, ánforas semejantes son comunes en yacimientos andaluces, pudiendo citar entre muchos otros, los casos de Carmona (Carriazo y Raddatz, 1960, fig. 5, nº 1; Pellicer Catalán y Amores Carredano, 1985, fig. 23), y Cerro Macareno (Pellicer Catalán, 1978, 1982 y Pellicer Catalán, Escacena Carrasco y Bendala Galán, 1983). En cualquiera de estos yacimientos la cronología histórica propuesta abarca todo el siglo VI a.C.

Otros dos fragmentos de borde (Alc. Sant. 5317 y 10587, fig. 143, nº 8), pertenecen indiscutiblemente, a ánforas de tipo 8.1.1.2. de Ramón Torres (1995, 222, 549, fig. 186). Su orientación y el perfil del borde engrosado en el interior, permitieron la clasificación tipológica. Los bordes recuperados en Santarém tienen diámetros reducidos (13 y 14 cm) y presentan características de fabricación diferentes, lo que tal vez indique dos orígenes distintos. El fragmento Alc. Sant. 5317 (fig. 143, nº 8) tiene cocción fuerte y sonora, superficie castaña (Munsell 5YR 5/3) y pasta castaña (Munsell 2.5YR 5/4), de textura arenosa pero compacta, con escasos desgrasantes (cuarzos, pocas micas y partículas de esquisto). Estas características permiten lanzar la hipótesis de que el fragmento en cuestión, pertenece al «Grupo Bahía de Cádiz» (*ibid.*: 222). Las superficies del fragmento Alc. Sant. 10587 (no dibujado) son de color naranja (Munsell 5YR 7/6) y la pasta, del mismo color que las superficies, es porosa, pero compacta con abundantes componentes no plásticos de reducidas dimensiones (calcitas y micas). Su origen es, casi con seguridad, meridional, pero es difícil una mayor precisión.

Esta forma de ánfora, a la que también se denominó «Tiñosa» por su abundancia en aquel yacimiento andaluz (Rodero, 1995), es bien conocida en la región meridional de la Península Ibérica, concretamente, por ejemplo, en La Tiñosa - Lepe (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978: 26, nº 28), Cerro Macareno (Pellicer Catalán, Escacena Carrasco y Ben-

dala Galán, 1983: fig. 87) y Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1986: fig. 13, nº 23-25; Ruiz Mata y Pérez, 1995: 95, fig. 31, nº 2). Se trata de un ánfora fabricada a partir de los inicios del siglo IV a.C., cuya producción parece prolongarse hasta el siglo II a.C., como se desprende de su aparición en el nivel II de Cerro Macareno (Pellicer Catalán *et al.* 1983) y en el nivel Ib del Corte 3 de La Tiñosa (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978).

Únicamente uno de los dos fragmentos recogidos en Santarém tienen un contexto arqueológico seguro (Alc. Sant. 5317 - Corte 1: G18, nivel 3, fig. 143, nº 8), indicando momentos muy tardíos dentro de la Edad del Hierro, siendo aceptable una datación centrada en el siglo IV/III a.C.

Santarém ofreció todavía un fragmento más de borde (Alc. Sant. 8306) que pude incluir en el tipo 9.1.1.1. de Ramón Torres (1995: 226-227, 557, fig. 194). Se trata de ánforas cilíndricas, cuyo borde no consiste más que en un remate final de la pared del cuerpo. Fueron fabricadas en la actual Andalucía, principalmente Cádiz, y también en Ibiza. Son producciones típicas del siglo II a.C., aunque es posible que su producción se iniciara al final del siglo III a.C. (*ibid.*). Son muy abundantes en los campamentos numantinos, datados en 134-133 a.C. Debe mencionarse su abundante presencia en Chões de Alpompe - Vale de Figueira, Santarém (Diogo, 1993: 226, Est. II), yacimiento que se asocia a las campañas militares que Décimo Júnio Bruto llevó a cabo en el Ulterior, en 138 a.C.

El borde de Santarém, con 20 cm de diámetro, es engrosado en el interior, y en la cara externa, está separado del cuerpo por una ranura profunda. La pasta es naranja clara (Munsell 5YR 7/6), friable y porosa. Seguramente fue importada del área meridional de la Península Ibérica, y su producción podría localizarse en una zona situada en la Andalucía occidental.

En la Alcáçova de Santarém, se recogieron también 14 ejemplares de ánforas que parecen pertenecer a la misma manufactura. Poseen características formales que permiten encuadrarlas en un único grupo, a pesar de las ligeras diferencias que se observan en la orientación y el grosor del borde.

Los ejemplares Alc. Sant. 662, 5312, 5315, 5324, 5327, 5328, 5334 (fig. 143, nº 1, 2, 6, 7, 10, 12 y 13) y Alc. Sant. 4906, 5316, 5320, 5390, 1877, 9502, 5396 (no dibujados) tienen fuertes afinidades con el Tipo 1.4.4.1. de Ramón Torres (1995: 175; fig. 150, 151), tipo que está atestiguado en Santarém durante el siglo V a.C., aunque el investigador de Ibiza no excluye la hipótesis de que esta misma forma haya sido fabricada también en otros talleres púnicos, principalmente en Sicilia o en el área de Túnez.

Son también semejantes, en morfología, a las ánforas incluidas en la forma D recogidas en el Cerro Macareno – Sevilla (Pellicer Catalán, 1978; 1982; Pellicer Catalán, Escacena Carrasco y Bendala Galán, 1983), datadas entre el siglo IV y el siglo II a.C.

Por otro lado, ánforas semejantes, de boca estrecha, hombro casi horizontal y borde reentrante ligeramente engrosado, también se hallaron en el Castelo de Castro Marim (Arruda, 2000) en contexto tardo republicano (60-30 a.C.), a pesar de que aquí, las pastas eran compactas, duras, de tonalidades naranja vivo o verdosa, siendo claro que se trata de producciones peninsulares de contexto indígena. A la misma cronología pertenecen los ejemplares recogidos en Pedrão – Setúbal (Soares y Silva, 1973).

Los bordes de Santarém son reentrantes, ligeramente engrosados, y con perfil redondeado. Están separados de la pared del cuerpo por una acanaladura poco profunda o resalte poco acentuado, y sus diámetros varían entre los 12 y los 15 cm. Se recogieron algunas asas de ánforas, cuyas características físicas de las pastas son en todo semejantes a los bordes que acabo de mencionar. A pesar de que no es posible asegurar, sin sombra de duda, que pertenecen a ánforas con este tipo de borde, lo cierto es que las pastas y los contextos en que fueron halladas, apoyan esta hipótesis. Estas asas son casi siempre circulares, teniendo a veces un surco más o menos profundo en el área central.

Los bordes y las asas de estas ánforas denotan cocciones débiles y medias y poseen pastas poco compactas, de aspecto general poroso y áspero, de color castaño, más o menos oscuro (Munsell 5YR 4/4 – 7.5YR 4/4), a veces grises (Munsell 7.5YR 4/2), con abundantes desgrasantes de medianas y reducidas dimensiones, principalmente partículas de mica, cuarzos, cuarcitas y calcitas. Las superficies externas varían entre el castaño anaranjado claro (Munsell 5YR 5/6) y el gris (Munsell 2.5YR 4/1), estando únicamente ligeramente alisadas. Se trata, pues, de una manufactura algo «tosca». Es importante mencionar que en la unión de las asas a la pared del cuerpo casi parece que se está en presencia de una fabricación a mano.

Como es obvio, la observación macroscópica de las pastas de este grupo de ánforas no es suficiente para determinar si pertenecen o no al grupo «Cerdeña» identificado por Ramón Torres (*ibid.*: 261), siendo por tanto imposible afirmar que los ejemplares recogidos en la Alcáçova de Santarém efectivamente provienen del área central del Mediterráneo. No deja de ser importante recalcar que las ánforas cuyos bordes poseen las mismas características que las de San-

tarém, en el contexto fenicio y púnico son exclusivas de aquella región concreta. No debe perderse de vista que el investigador español limitó su estudio a las producciones fenicias y púnicas, en el sentido estricto de los términos, excluyendo por tanto de su trabajo las ánforas «íbero turdetanas», es decir, las que se fabricaron en la Península Ibérica en ámbitos indígenas, como parece ser el caso de las halladas en el Cerro Macareno, en el Castelo de Castro Marim y en Pedrão.

Considerados los contextos de las piezas recogidas en la Alcáçova de Santarém, que se aleja por completo de la hipótesis de que sean datadas en el siglo V a.C., así como sus características de fabricación, considero probable que este grupo *scallabitano* tenga su origen en algún centro productor regional, siendo difícil atribuirle algún origen púnico, o incluso «íbero-turdetano».

Es también importante señalar que la gran mayoría de las piezas pertenecientes a este grupo se hallaron en niveles de deposición secundaria, concretamente en los que resultaron del derrumbamiento de los silos de época islámica. Sin embargo, los escasos ejemplares encontrados en contextos primarios de ocupación, ofrecen indicadores cronológicos precisos. Las posiciones estratigráficas de estos últimos (Corte 1, H17, nivel 4; Corte 1, G16, nivel 4; Corte 9, nivel 10), indican que estas ánforas son tardías en el contexto de la Edad del Hierro de Santarém, asociándose claramente a sus momentos finales. Pueden datarse entre los siglos III y II a.C., pudiendo llegar hasta el siglo I a.C.

La hipótesis de que estas ánforas hayan sido fabricadas en un ámbito regional y que su difusión haya sido restringida gana consistencia cuando se comprueba su existencia en el yacimiento de Chões de Al-pompé (Diogo, 1993), donde su cronología no puede ser contrastada, pero cuya ocupación republicana es incuestionable.

También pertenecientes a la misma forma, pero con pastas que indican otra fabricación, existen dos bordes, Alc. Sant. 2355 y 2356 (fig. 143, nº 4 y 3). La pasta del primer ejemplar es compacta, a pesar de los numerosos desgrasantes de mínimas dimensiones (escasas partículas de mica dorada y minerales negros), de color castaño claro anaranjado (Munsell 5YR 6/4), y la superficie está cubierta con un engobe poco espeso, de color naranja (Munsell 2.5YR 6/6). No posee contexto estratigráfico.

El ejemplar Alc. Sant. 2356 (fig. 143, nº 3) presenta una pasta muy compacta, con escasos componentes no plásticos (calcitas, cuarzos y micas). La pasta es naranja claro (Munsell 2.5YR 6/6), pero con núcleo castaño gris claro (Munsell 10YR 6/3). La su-

perficie está cubierta por un engobe beige (Munsell 10YR 8/2).

Los dos ejemplares mencionados no pertenecen a la manufactura que domina en esta forma. Las características que presentan nos aproximan más a lo que se conoce como producciones meridionales de la Península Ibérica, teniendo su origen, muy probablemente, en la actual Andalucía.

Cerámica ática

La cerámica ática es muy escasa en la Alcáçova de Santarém, donde, a pesar de la vasta área excavada, únicamente se recogieron cinco fragmentos de cerámica griega. Como ya tuve la oportunidad de mencionar, todos se hallaron en contextos de deposición secundaria y sus dimensiones no permitieron una atribución formal particularmente exacta. Me queda por decir que cuatro son *kilikies*, y es casi seguro que, de éstos, únicamente uno de ellos se puede incluir en el grupo de los vasos de «figuras rojas». Tampoco en este caso es posible atribuirle un pintor, ni mencionar la cronología. Un último fragmento pertenece a una cratera, pero, tampoco en este caso, ha sido posible ninguna aproximación más concreta. Resta informar que, seguramente, se trata de productos fechados en la primera mitad del siglo IV a.C.

Cerámica de «Kouass»

También en contexto de deposición secundaria, pude exhumar un borde y un fondo, cuyas reducidas dimensiones sólo permiten clasificarlos con reservas. La forma y las características de fabricación (pastas y engobes) apuntan a posibles producciones de Kouass.

Ambos parecen pertenecer a platos de pescado. El borde posee labio exvasado y pendiente y está cubierto con un engobe gris verdoso. El fondo aparece también cubierto por un engobe, en este caso rojo, y posee la típica ranura que separa la pared del cuerpo del plato de la cavidad central del fondo interno.

Los platos de pescado pertenecen a la forma 23 de Lambogliá, y se incluyeron en la especie 1120 de Morel (1981). La forma, muy común en la cerámica de barniz negro, se fabricó ampliamente en Atenas y en la Magna Grecia, produciéndose también en talleres occidentales, aunque aquí se substituyó el barniz negro por engobe de mejor o peor calidad.

Su fabricación está atestiguada tanto en Ibiza (Amo, 1970; Guerrero Ayuso, 1980), como en el Norte de África (Ponsich, 1968 y 1969), existiendo también indicios de que se elaboraron en la región de Cádiz. Las características físicas que los ejemplares de Santarém presentan no permiten localizar el origen de estas cerámicas, aunque es evidente que son foráneas

a la región, así como al territorio actualmente portugués.

En Portugal, la llamada cerámica de Kouass no es frecuente, aunque debe mencionarse su abundancia en el Castelo de Castro Marim (Arruda, 1997a; Arruda, 2000), yacimiento donde los platos de pescado de la forma 23 y los cuencos de la forma 27 se hallaron en niveles de la segunda mitad del siglo IV a.C..

Los platos de pescado de la forma 23 también se reconocieron en Miróbriga, Santiago do Cacém (Soares y Silva, 1979), y en el área urbana de Faro.

En España, estas producciones están bien documentadas en varios yacimientos, desde la región Valenciana a Andalucía Occidental, en niveles datados desde el siglo IV al II a.C.

Otras cerámicas a torno

Como ya hice explícito anteriormente, pude recoger en al Alcáçova de Santarém un abundante conjunto de materiales cerámicos cuyas características tecnológicas no eran lo suficientemente homogéneas para que permitieran constituir uno o varios grupos, y que, tampoco, era posible integrar en ninguno de los anteriormente descritos y comentados.

Se trata de lo que cierta bibliografía arqueológica consagró como «cerámica común», término que no utilizo en este caso concreto por parecerme francamente un despropósito en estos contextos de la Edad del Hierro.

Por ello, me parece más apropiada una clasificación funcional, criterio a partir del cual he definido las siguientes categorías:

1. Vasos de mesa;
2. Vasos de almacenamiento;
3. Lucernas;
4. Cerámicas relacionadas con la actividad metalúrgica.

1. Vasos de mesa

Además de la cerámica cubierta de engobe rojo y de la cerámica gris, los ocupantes de la Alcáçova de Santarém utilizaron, durante la Edad del Hierro, platos y cuencos destinados a comer, que fueron fabricados siguiendo otras opciones tecnológicas.

Estos platos (fig. 144, nº 1-8) se pulieron cuidadosamente antes del proceso de cocción, que siempre fue oxidante. Sin embargo, no poseen ningún engobe, aunque en algunos ejemplares se observa la aplicación de una aguada del color de la pasta, que es naranja clara o beige.

A nivel morfológico, debe decirse que la forma de estos platos reproduce un típico plato de engobe rojo, de labio ancho y aplanado. Sus diámetros osci-

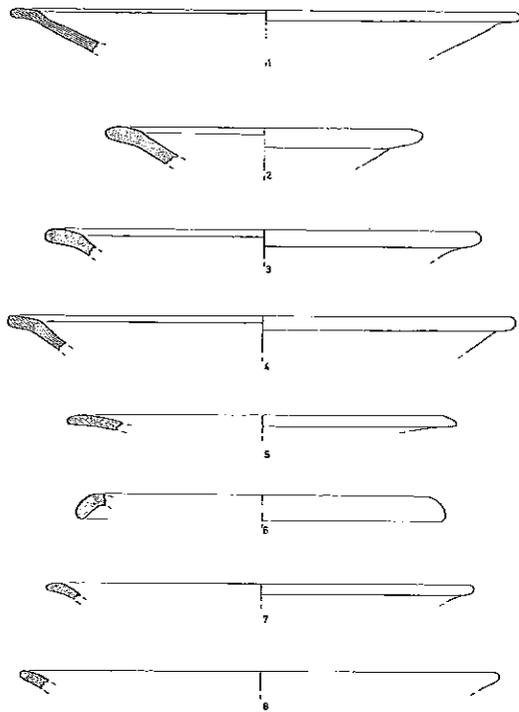


Figura 144. Alcáçova de Santarém: platos de pasta clara y cocción oxidante.

lan entre los 22 y los 36.5 cm, mientras que la anchura de los bordes es, en término medio, de 3 cm.

Queda por aclarar que estos platos aparecen siempre en los niveles superiores de la ocupación de la Edad del Hierro (siglo V a.C. en adelante), donde los platos cubiertos de engobe rojo o son testimoniales o desaparecen completamente de los inventarios.

No queda duda de que la forma del plato de borde ancho y aplanado es exterior a la región y que fue introducida en el asentamiento a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C., en cronología tradicional. El éxito que obtuvo en la población residente en Santarém ciertamente fue determinante en su adopción como forma privilegiada para servir y consumir alimentos sólidos, provocando, no sólo su producción en cerámica gris (*Infra* «la cerámica gris» Forma 2), si también su utilización prolongada. En los mismos momentos en que el engobe rojo no cubre más que sus superficies internas, el plato ancho de borde aplanado continua siendo fabricado y utilizado.

Al contrario de lo que sucede en Lisboa, los cuencos de engobe rojo no se reproducen en manufacturas llamadas comunes o sin engobe. En la Alcáçova de Santarém, se comprobó que fueron los cuencos de la Forma 1 de cerámica gris los que se fabricaron, tam-

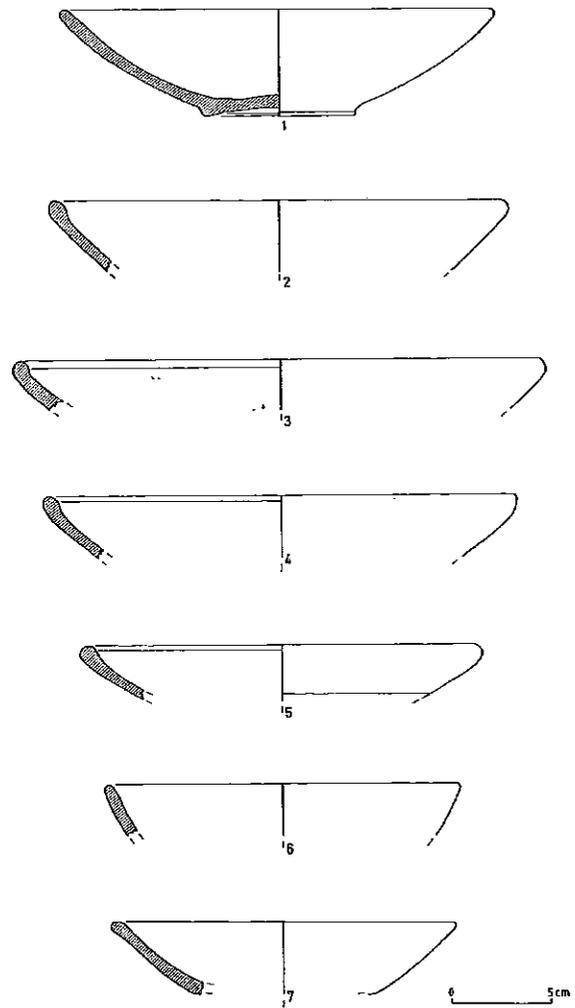


Figura 145. Alcáçova de Santarém: cuencos de pasta clara y cocción oxidante.

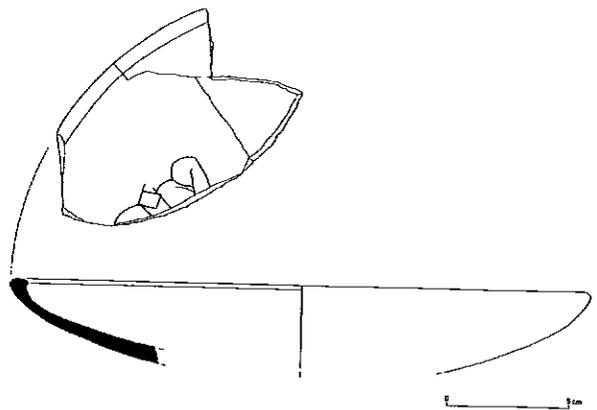


Figura 146. Alcáçova de Santarém: cuenco de pasta clara y cocción oxidante.

bién de forma abundante, en pastas claras y cocciones oxidantes (fig. 137, nº 5; fig. 145, nº 1-7; fig. 146). Se recogió un amplio conjunto de cuencos hemiesféricos, de superficies anaranjadas o beige. Presentan borde entrante, mayoritariamente engrosado en el interior, aunque se dan casos de borde sin engrosamiento. Los fondos son planos, o ligeramente cóncavos, y el pie, o no existe o simplemente está indicado.

Aún debe mencionarse que los contextos arqueológicos de estas piezas indican una cronología tardía en el contexto de la ocupación durante el Hierro de Santarém (segunda mitad del I milenio a.C), pudiendo considerarlos coetáneos de los platos anteriormente comentados. Esta situación indica, por tanto, que a pesar de que su producción se inició relativamente tarde, coexisten con sus congéneres de cerámica gris. Éstos, como dejé claro, (*Infra* «la cerámica gris»), sobreviven hasta los momentos finales de la Edad del Hierro.

2. Vasos de almacenamiento

También procedentes de niveles arqueológicos de la segunda mitad del I milenio a.C., son los numerosos fragmentos de vasos de borde exvasado y cuellos más o menos altos y estrangulados, con cuerpo ovoide y fondo cóncavo (fig. 147, nº 1-4; fig. 148, nº 16; fig. 149, nº 1-8). Los diámetros de los bordes oscilan

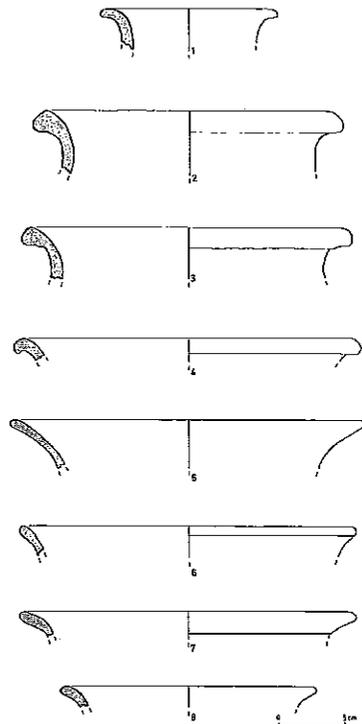


Figura 147. Alcáçova de Santarém: vasos de almacenamiento de pastas claras.

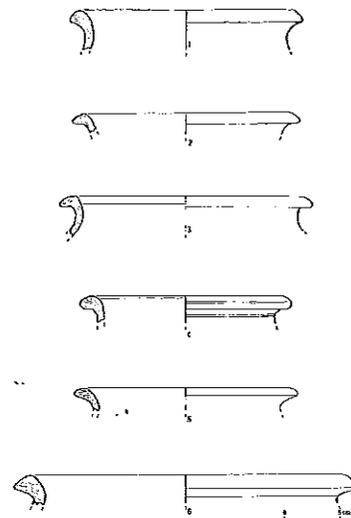


Figura 148. Alcáçova de Santarém: vasos de almacenamiento de pastas claras.

entre los 13 y los 22.5 cm, y su altura varía entre los 40 y los 45 cm. Las pastas son de color castaño claro o beige y las superficies externas se presentan, muchas veces, pulidas. Este pulido, realizado a torno, sólo aparece en algunas zonas del cuerpo de la panza, orga-

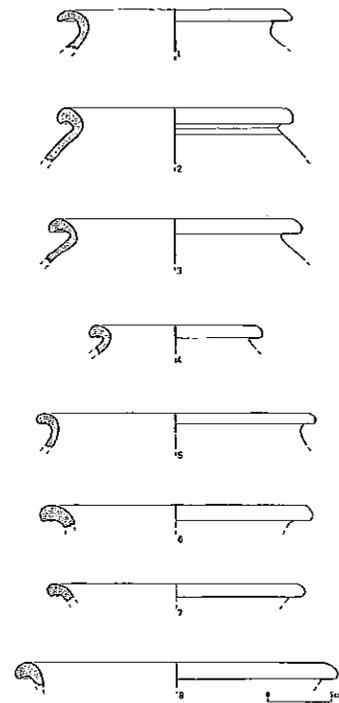


Figura 149. Alcáçova de Santarém: vasos de almacenamiento de pastas claras.

nizándose en bandas que alternan con otras no pulidas, lo que les confiere una especie de decoración.

La forma, los diámetros y la altura indican que se trata de vasos destinados al almacenamiento de productos alimenticios, función que compartirán con algunos *pithei* tardíos (*Infra* «cerámica pintada»), con ollas de cerámica gris (*Infra* «cerámica gris»), y otros de fabricación manual (*Infra* «cerámica a mano»).

Existe otro vaso destinado al almacenamiento que es típico de los momentos finales de la ocupación del Hierro (siglos III y II a.C.). Posee borde vertical y recto sin engrosamiento, cuello estrangulado y cuerpo globular. Las superficies apenas están alisadas y el color oscuro de las pastas revela ambientes de cocción reductora.

3. Lucernas

La excavación en la Alcáçova de Santarém, permitió recoger únicamente tres fragmentos de vasos que pueden interpretarse como pertenecientes a lucernas.

Uno de ellos (fig. 120, nº 2) es un fondo, que con facilidad se puede atribuir a lo que los arqueólogos españoles llaman «pebetero». En el caso concreto del ejemplar de Santarém, no puedo afirmar si estoy ante un inciensario o una lucerna, ya que lo que diferencia a los dos objetos es una parte del vaso de la que no se encontraron fragmentos. El fondo o arranque del soporte central del «pebetero» *scallabitano* no posee engobe, ni ningún tratamiento de las superficies. Debe apuntarse que la pasta es dura y compacta, pero posee abundantes elementos no plásticos, algunos de dimensiones medianas.

La forma en cuestión es, en cuanto a su origen, claramente foránea al territorio peninsular, donde se encuentra representada en yacimientos de fundación fenicia, principalmente en las necrópolis de Trayamar (Niemeyer y Schubart, 1975: 131, lámina 12, nº 554), en Jardín (Mass-Lindemann, 1995: 128-129, fig. 23, nº 417, fig. 18, nº 237), yacimientos en los que los «pebeteros» se presentan o cubiertos con engobe rojo o poseen la superficie externa decorada con bandas pintadas. Como ya mencioné, en lo que queda del ejemplar de Santarém, no es visible ninguna pintura o engobe, pero, el hecho de que únicamente dispongo del fondo, no me permite afirmar que el «pebetero» de *Scallabis*, no presentara decoración, hecho aparentemente importante desde el punto de vista cronológico. Si en la actual Andalucía parece evidente que el engobe de los «pebeteros» tiende a desaparecer en los ejemplares tardíos, lo cierto es que en el área central del Mediterráneo esta situación no se constata, existiendo en Nora «pebeteros» sin este tratamiento (Bartoloni y Tronchetti, 1981: 52).

La forma también está presente en los niveles arcaicos del *tophet* y de las necrópolis de Cartago, donde no es abundante (Cintas, 1950: lám. 51 104-105).

Se sabe que la forma perdura, en el extremo Occidente, hasta el siglo V a.C. Se ha de mencionar que el ejemplar de Santarém se encuentra en un estrato correspondiente a la primera ocupación del Hierro en la Alcáçova, fechada radiométricamente en el siglo IX a.C., datación que puede corresponder en cronología tradicional o histórica, a la segunda mitad del siglo VIII a.C.

Debo apuntar que su aparición en contexto de *habitat* es muy extraño. Además, parece importante recordar que estos objetos deberían «... desempeñar una función perfectamente definida en el culto a los muertos ...» (Mass-Lindemann, 1995: 128).

Los otros dos ejemplares que pude relacionar con la iluminación son cuencos hemisféricos, de borde engrosado en el interior, cuyo perfil indica que se trata de la parte superior de «pebeteros» (fig. 120, nº 1 y 2). La unión al cuenco inferior se realizaba mediante un soporte central, más o menos cilíndrico, del que en el nº 1, es visible el arranque. Tienen pastas duras, depuradas y compactas y las superficies fueron cuidadosamente pulidas. Ambos ejemplares se encontraron en niveles tardíos, en el contexto de la Edad del Hierro de la Alcáçova de Santarém.

4. Cerámicas relacionadas con la actividad metalúrgica.

Algunos fragmentos cerámicos recogidos durante las excavaciones arqueológicas de Santarém pueden relacionarse directamente con la práctica de la actividad metalúrgica (fig. 150).

Los fragmentos en cuestión forman parte de recipientes fabricados a mano. Presentan la superficie externa apenas alisada y la superficie interna no fue objeto de ningún tipo de tratamiento. Las pastas son groseras, con elementos no plásticos abundantes y de medianas dimensiones. Las superficies aparecen perforadas, siendo abundantes los orificios que tienen (fig. 150, nº 2).

Este tipo de artefacto cerámico se ha asociado a la práctica de la metalurgia de la plata, siendo evidente dicha asociación en Huelva (Jurado, 1988-89: 186-188), donde, además, encontré los mejores paralelos para los objetos cerámicos perforados que exhumé en la Alcáçova de Santarém (*ibid.*: fig. 4). Hay indicios de que en Huelva estos objetos cerámicos se utilizaban en el proceso de copelación, preparándose en su interior las copelas. Los orificios servían para facilitar la sudación de las mencionadas copelas, cuyos huesos molidos eran amasados con agua (*ibid.*: 186-187).

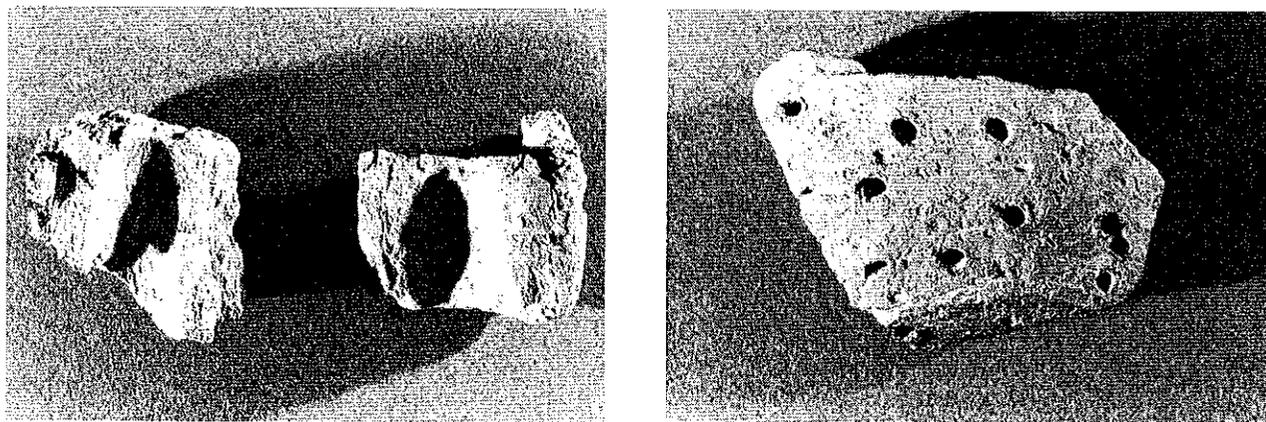


Figura 150. Alcáçova de Santarém: 1: Fragmentos de toberas; 2: fragmentos de recipientes cerámicos utilizados en la preparación de copeladas. (Fotos de Víctor S. Gonçalves).

No veo razón para no admitir la misma funcionalidad a las cerámicas recuperadas en las excavaciones de la Alcáçova de Santarém, donde sin embargo, no puedo olvidar que no recogí ningún otro indicio relacionado con la metalurgia de la plata. De cualquier forma, creo correcto considerar que estos objetos fueron expresamente fabricados con esta intención, ya que es imposible atribuirles alguna otra funcionalidad. Por otro lado, pienso que es importante mencionar que la copelación era exclusiva en la metalurgia del oro y de la plata y la ausencia de otros restos relacionados con la metalurgia de metales preciosos es, en parte, comprensible. De hecho, ningún vestigio de plata o de oro, por mínimo que sea, siempre es recuperado, lo que, con todo, tal vez no justifique completamente la ausencia de escorias, al menos en el caso de la plata.

Otro fragmento cerámico, también relacionado con la actividad metalúrgica, fue identificado. Parece ser que se trata del fragmento de un tubo de ventilación o de la parte cerámica de un fuelle, cuya superficie interna, además de estar ennegrecida, está prácticamente vitrificada por la acción del calor. No quedan dudas sobre el hecho de que este objeto se relaciona directamente con la existencia de un horno metalúrgico. (fig. 150, nº 1)

Debe añadirse que tanto los pequeños vasos perforados, como el fragmento de tubo de ventilación o de tobera, se encontraron en una misma unidad estratigráfica de un único cuadrado (Excavaciones en el Huerto del Jardín - Corte 1, G 18) y se encontraban asociados a dos estructuras circulares allí detectadas. Me gustaría recordar que éstas, con 1 m de diámetro, estaban construidas con pequeños esquitos rodados y estaban anejas a las dos paredes que

definían el compartimento identificado. El diámetro, la tipología y la técnica de construcción de estas estructuras circulares, y sobre todo su asociación a los pequeños recipientes perforados y al tubo de ventilación, permiten pensar que se está en presencia de dos hornos destinados a la metalurgia de la plata, ya que si fuera otro el metal que se fundió, ciertamente, abundarían las escorias y no se podría justificar la aparición de los pequeños recipientes perforados.

6.3.6.6.2. Los objetos de adorno

En los niveles medios de la ocupación del Hierro de Santarém, que corresponden en cronología tradicional a finales del siglo VII y al siglo V a.C., encontré tres cuentas de collar en pasta vítrea azul, una de ellas oculada.

Las dos cuentas sin decoración están intactas y tienen una forma general cilindroide. Los diámetros son de 18 y 17 mm y las perforaciones presentan sección subcilíndrica.

La cuenta decorada con ojos es sólo un fragmento que, sin embargo, corresponde a casi la mitad de este elemento de collar. La perforación es bicónica y el diámetro sería de 35 mm.

Los objetos en cuestión, se inscriben con facilidad en el mundo orientalizante y son abundantes en necrópolis y asentamientos en toda la cuenca del Mediterráneo. En Portugal, son también frecuentes en las necrópolis conectadas con esta realidad (Ourique, Gaio, Alcácer do Sal), estando también presentes, aunque en menor número, en algunos yacimientos influenciados por el comercio fenicio, concretamente Freiria y Moinhos da Atalaia, en la zona del Estuario del Tajo.

6.3.6.6.3. La fauna

La fauna recogida en los estratos de la Edad del Hierro fue estudiada por João Luís Cardoso, investigador que ya ha publicado los resultados de este estudio (Cardoso, 1996).

Lo que resulta evidente del análisis de los datos es una considerable presencia de los ovicápridos, que corresponden a un 46 % de la muestra. El *bos taurus*, con un 23 % sería sin embargo, el animal que más contribuiría en la dieta alimenticia. La actividad cinegética está demostrada por la presencia de jabalí, 19 %, de cervídeos 9,4 %, y de un conejo 0,9 % (*ibid.*: 166-167), pareciendo que esta actividad asumió un papel destacado en cuanto a fuente de proteínas animales.

Los datos faunísticos de Santarém, no se diferencian, excesivamente, de lo que se conoce en otros yacimientos del Hierro portugueses, concretamente aquellos que, de algún modo, se relacionan con los ambientes orientalizantes. Así, también en Santarém, el buey domina en la dieta alimenticia, a pesar de que, porcentualmente, no corresponde al número más elevado de restos faunísticos identificados.

6.3.6.7. Las estructuras

Como se puede constatar en la lectura de las páginas anteriores, las estructuras de la Edad del Hierro detectadas en la Alcáçova de Santarém se limitan a algunos trozos de muros, a veces asociados a pavimentos. Desgraciadamente, la metodología que las condiciones impusieron y las destrucciones que los niveles del Hierro sufrieron a lo largo de los siglos no permitieron averiguar cual fue el trazado urbanístico durante el primer milenio a.C., y de qué forma se organizaban los espacios domésticos.

Sin embargo, hubo oportunidad de comprobar que las estructuras de habitación poseían plantas rectilíneas, rectangulares o cuadrangulares, y que sus muros fueron construidos con un zócalo de piedra sobre el cual se levantaban ladrillos de adobe, de los cuales encontré muchos testimonios.

También puedo adelantar, que las paredes que definían los compartimentos poseían anchuras que variaban entre los 40 y los 55 cm, aunque no hay ningún dato que haga posible calcular su altura. Los cimientos pétreos de los muros identificados estaban construidos con piedras de medianas dimensiones ligadas con arcilla.

Asociados a estas paredes, que a veces formaban ángulos rectos, casi siempre se hallaron pavimentos de arcilla compactada o de calcáreo molido. A pro-

pósito de estos pavimentos, debe decirse que los de arcilla se encontraron tanto en los inicios como en los momentos finales de la Edad del Hierro, y que los de calcáreo molido surgen siempre asociados a los niveles medios. Me queda por añadir, que uno de los pavimentos de los momentos finales de la ocupación del Hierro (Excavaciones de 1997, Q. 19) se encontraba decorado con círculos impresos de 7.5 cm de diámetro. Es curioso registrar que, tanto a nivel de soporte como de decoración, este pavimento de Santarém es rigurosamente idéntico a los hallados en Conímbriga (Alarcão y Étienne, 1977; Arruda, 1997b). También en el yacimiento del Mondego, estos pavimentos corresponden a una fase inmediatamente anterior a la ocupación romana, tanto en el área de la basílica como en el compartimento 9 del «bairro indígena». El mejor paralelo para esta decoración en pavimentos de arcilla continua siendo el que se encontró en el *oppidum* d' Entremont, en Provenza (Benoit, 1957: 29).

6.3.6.8. La cronología relativa y radiométrica

La recogida de abundante carbón en los estratos correspondientes a la Edad del Hierro permitió obtener en un primer momento, dos dataciones de radiocarbono para los niveles del Hierro de la Alcáçova de Santarém, dataciones a las que ya hice referencia a propósito de las ánforas.

Los carbones datados en el Instituto de Tecnología Industrial, se recogieron en el Corte 5, excavado en 1989 en el área del Jardim das Portas do Sol. La primera muestra provenía del estrato más profundo de tierras, nivel 15, y los carbones estaban indiscutiblemente asociados a materiales del Hierro, que fueron considerados de la I Edad del Hierro Orientalizante (*pitboi*, platos y cuencos de engobe rojo, cerámica gris y cerámica a mano). La datación obtenida fue la siguiente:

ICEN - 532: 2640 ± 50 BP. Calibrada para 1 sigma - 838 - 799 ca B.C.; para 2 sigmas 900-780 cal B.C.

El intervalo de tiempo no deja grandes dudas sobre la antigüedad de la ocupación orientalizante en la meseta de la Alcáçova de Santarém, que de este modo se puede datar, radiométricamente, entre el inicio del siglo IX a.C. y el inicio del siglo VIII a.C.

La segunda datación se obtuvo a partir de carbones encontrados en un nivel claramente posterior al anterior, el 13, y proporcionó el siguiente resultado:

ICEN - 525: 2470 ± 70 BP.

La calibración para uno y dos sigmas ofreció los siguientes intervalos de tiempo:

Para 1 sigma – 780-408 B.C.

Para 2 sigmas – 800-400 B.C.

Esta datación C14, que muestra perfectamente la coherencia de la estratigrafía observada, era desgraciadamente de poca utilidad, ya que el intervalo de tiempo es en realidad muy alto. Sin embargo, quedó probado que lo que designé como niveles medios de la ocupación de la Edad del Hierro pertenecían a la primera mitad del I milenio, siendo así ésta (siglo VII a V a.C.) la cronología de los materiales que estaban asociados a los carbones objeto de análisis.

Consciente de la importancia que tienen las fechas obtenidas, procuré confirmar las cronologías de Santarém y de sus materiales. En Julio de 1999, el Beta Analytic Radiocarbon Dating Laboratory realizó nuevos análisis de radiocarbono en carbones recogidos en Santarém.

Una de las muestras también procedía del Corte 5, y los carbones se recogieron en un nivel por encima del que había ofrecido la datación ICEN 525 (2470 ± 70 BP).

Los resultados obtenidos en Miami, Florida, fueron los siguientes:

BETA – 131487: 2220 ± 60 BP

La calibración para uno y dos sigmas ofreció los siguientes intervalos de tiempo:

Para 1 sigma (68% de probabilidad) – 380-190 cal B.C.

Para 2 sigmas (95% de probabilidad) – 395-115 cal B.C.

Con intercepciones en Cal BC 355, 290, 230.

Una vez más, independientemente de que el intervalo de tiempo obtenido en la calibración para dos sigmas sea alto, no deja de ser importante recalcar que la secuencia de los estratos arqueológicos observada, a la que corresponde una clara evolución en la cultura material, se acompañe de una secuencia cronológica tan nítida, que me tranquilizó en el momento de analizar los restos arqueológicos recogidos (900-780; 800-400; 395-115).

Las cuatro fases en las que, en 1993, dividí la Edad del Hierro *scallabitana* parecen estar ahora, al menos en gran parte, comprobadas por el método de carbono 14, habiendo quedado claro, a través del material recogido, que la última de estas fases, que no ha sido objeto de análisis, corresponde ya al momento de los primeros contactos con las tropas romanas (Arruda, 1993: 202-203).

La otra datación americana se realizó sobre carbones recogidos en los últimos estratos de tierras del cuadrado 4, excavado en el área del Jardín en 1997. La cantidad de carbones recuperados en el nivel correspondiente a la primera ocupación del Hierro permitiría confirmar la antigüedad de esta ocupación, lo que parecía de hecho esencial, considerando que esa antigüedad estaba casi exclusivamente basada en una única fecha.

Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

BETA – 131488: 2650 ± 70 BP

La calibración para uno y dos sigmas ofreció los siguientes intervalos de tiempo:

Para 1 sigma (68% de probabilidad) – 840-790 cal B.C.

Para 2 sigmas (95% de probabilidad) – 920-770 cal B.C.

Con intercepción en Cal BC 810.

Este resultado vino pues a confirmar la datación realizada en Lisboa, quedando probado que los primeros contactos de Santarém con el mundo fenicio ocurrieron en un momento temprano, muy probablemente durante el siglo IX a.C., en cronología de radio carbono.

Por tanto, todo indica que los fenicios instalados a finales del siglo X/inicios del IX a.C., en fechas radiocarbónicas, en el área del Estrecho de Gibraltar, comenzaron a frecuentar el Atlántico, y más concretamente el estuario del Tajo.

6.3.6.9. La Alcáçova de Santarém durante la Edad del Hierro: área ocupada, población y recursos

Como ya mencioné, la meseta de la Alcáçova de Santarém posee actualmente 4,5 ha, pero estoy convencida de que en la Antigüedad esta área podría alcanzar, al menos, las 5 ha. La profunda erosión que la meseta ha venido sufriendo ha provocado el derrumbamiento continuo de sus laderas, laderas estas donde todavía son visibles restos de estructuras de época romana.

Las excavaciones arqueológicas verificaron que la meseta fue casi totalmente ocupada durante la Edad del Hierro, existiendo vestigios de esta ocupación en la mayor parte de todas las zonas intervenidas, a excepción de los nueve cuadrados abiertos en la Avenida 5 de Outubro, nº 19. La ausencia de testimonios ocupacionales del Hierro en esta zona permite afirmar, aunque con reservas, que el límite del poblado del Hierro (muralla?) se localizaba entre la mencionada Av. 5 de Outubro y el actual Largo da Alcáçova. Así, de

las 5 ha de probable área útil, la población del Hierro parece haber ocupado sólo 4 ha.

Partiendo de este número, y considerando los cálculos efectuados por los investigadores que se han dedicado a los análisis demográficos pre y protohistóricos (entre otros Renfrew, Naroul, Casselbery, Alarcão), puedo deducir que la población de Santarém, durante la Edad del Hierro, se contabilizaba entre los 700 y los 1300 habitantes. De estos números puede calcularse que sería necesaria una vasta área de recursos que incluyese pastos así como terrenos cultivables, de forma que suplieran las necesidades alimenticias de la población residente.

Debo comenzar por recordar que, en términos geológicos, en el área en donde se implanta Santarém, predominan las calcáreas, roca muy permeable, favoreciendo la filtración de agua y consecuentemente la creación de acuíferos. De ahí resulta la escasez de cursos de agua superficiales, lo que limita su utilización para la práctica de la agricultura.

Por otro lado, los terrenos se presentan pedregosos y, como tal, difíciles de ser trabajados. Con todo, la roca calcárea sufre un proceso de corrosión que origina la denominada *terra rosa* que se acumula en zonas deprimidas.

Es pues en los pequeños valles, con la presencia de ciertas aguas superficialmente disponibles debido a la mayor capacidad de retención de las arcillas, donde se encuentran las condiciones más propicias para la práctica de la agricultura.

Comprobé que el territorio abarcado por la isócrona correspondiente a los 12 minutos de marcha se encuentra totalmente ocupado por terrenos de las clases D y E, clasificados como no susceptibles de utilización agrícola. Si en el caso de los suelos de la Clase D, éstos pueden ser utilizados para el aprovechamiento de pastos, los suelos de la Clase E apenas permiten el crecimiento de vegetación natural adaptada a suelos bastante pobres.

El territorio que abarcan los 30 minutos incluye manchas de suelos de la Clase C, sólo susceptibles de ser cultivados por especies resistentes, principalmente de secano.

A medida que nos alejamos de Santarém, se comprueba una mejoría en la capacidad de uso de los suelos. En el territorio de 60 minutos de marcha, existe una mancha de suelos de la Clase B, que, sin embargo, durante la Edad del Hierro estarían sumergidos, ya que el lecho del curso de agua junto al cual se localiza sería considerablemente más ancho durante la Edad del Hierro.

Estas observaciones sirven, sobre todo, para probar que la población residente en Santarém, aún ad-

mitiendo el número más bajo, difícilmente sobreviviría si únicamente contase con sus recursos directos. También considerando que en este yacimiento, el porcentaje de animales cazados es claramente superior al que se obtuvo en otros poblados coetáneos (ver *Infra* la fauna), y que el ganado vacuno y ovicáprido encontraba aquí zonas de buenos pastos, la contribución cerealística a la dieta alimenticia tendría que adquirirse obligatoriamente en otros lugares.

Desgraciadamente, pocos son los datos sobre la ocupación protohistórica de la región de Santarém. En el margen izquierdo, los yacimientos de Alpiarça siguen levantando muchas dudas interpretativas, y las excavaciones del Alto do Castelo no parecen concluyentes en cuanto a una probable ocupación de la Edad del Hierro. Respecto al margen derecho, es urgente realizar prospecciones que permitan evaluar la probable existencia de otros yacimientos cultural y cronológicamente sincrónicos a la Alcáçova de Santarém, ya que es difícil admitir que este poblado pueda haber funcionado como asentamiento aislado.

En este contexto, no puedo dejar de mencionar que, al contrario de lo que se ha divulgado (Diogo, 1993), no me parece que los datos publicados permitan hablar de una ocupación orientalizante en los Chões de Alpompe.

En primer lugar, es importante decir, que los materiales publicados no corresponden, en su gran mayoría, a ánforas como pretende el autor (*ibid.*). De hecho, de la lámina 1 sólo los fragmentos nº 17 y 18 son efectivamente bordes de recipientes destinados al transporte por vía marítima, y los restantes (nº 1 - 16) poseen diámetros que los excluyen de este tipo cerámico. Los fragmentos de la lámina II pertenecen realmente a ánforas, cuya cronología, sin embargo, debe situarse en el siglo II/I a.C. En lo referente a los ejemplares nº 19 a 23, se trata de ánforas producidas en el área gaditana y se incluyen en el tipo 9.1.1.1. de Ramón Torres (1995: 226-227). A pesar de que la fecha de su fabricación puede llevarse hasta finales del siglo III a.C., es en la segunda mitad del siglo II a.C. cuando este tipo se difunde por Occidente, siendo importante constatar su abundancia en los campamentos numantinos de 134-133 a.C. Los bordes nº 25 y 26, pertenecen a ánforas Mañá C1, del tipo 7.3.2.1. de Ramón Torres (*ibid.*: 207-208) y, como tal, se datan en los inicios del siglo II a.C. Los bordes nº 27 y 28 pueden pertenecer a ánforas de cuerpo cilíndrico del tipo 5.2.1.1. o 4.2.2.4. de la misma tipología (*ibid.*: 193-196), lo que permite atribuirles una fecha entre finales del siglo III y el siglo I a.C. Así, sólo las ánforas nº 17 y nº 18 parecen poseer una cronología más antigua, a pesar de la dificultad de incluir estos bordes

en alguna tipología. Si pertenecen al tipo 1.3.2.4. (*ibid.*: 172), lo que sin embargo no es seguro, su cronología no podrá llevarse más atrás del final del siglo V a.C.

Estas observaciones no sólo sirven para precisar la cronología del yacimiento ribatejano, sino, sobre todo, para aclarar que los materiales publicados no permiten hablar de comercio fenicio en Chões de Al-pompé, y, mucho menos, hacer conjeturas sobre alguna presencia de tipo orientalizante.

6.3.6.10. La ocupación de Alcáçova de Santarém durante la Edad del Hierro: síntesis general

Los datos que he presentado y discutido en las páginas anteriores me permiten una serie de consideraciones de orden general, una vez que las cuestiones particulares ya han sido objeto de comentario específico.

Así, en primer lugar, debe recordarse la continuidad y la ausencia de rupturas observadas en esta ocupación, que se prolonga, ininterrumpidamente, desde el inicio del I milenio a.C. hasta la romanización. Por otro lado, y más importante aún, es el hecho de haber quedado demostrado el carácter orientalizante del que se reviste esta ocupación. De hecho, el material arqueológico recuperado durante las excavaciones de los 1072 m² intervenidos se afilia, en su gran mayoría, al mundo mediterráneo, quedando claro que los modelos de las cerámicas (formas, tecnologías y tratamientos de las superficies), de los objetos de adorno y de las técnicas constructivas tienen origen o bien directamente en el área costera del próximo Oriente o bien en los yacimientos colonizados por esa área, sea en el Norte del continente africano, o en la región meridional de la Península Ibérica.

Es también fundamental que se insista en la permanencia, a lo largo de toda la Edad del Hierro, de formas, decoraciones y tecnologías alfareras. Lo que ya se había observado en áreas más limitadas (Arruda, 1993) se confirmó absolutamente en todos los lugares intervenidos, sin que, en este momento, queden dudas de esa permanencia, dudas que anteriormente se habían suscitado, dado lo reducido de las zonas excavadas. Lo que de hecho parece demostrado es que el «conservadurismo orientalizante» que parece existir en los sitios costeros (*ibid.*) es realmente incuestionable, al menos en Santarém. Así, no tendrá sentido afirmar: «Por mais interessantes que os dados pareçam, «o conservadorismo orientalizante» está por verificar, em especial dada a pequena dimensão das sondagens e a pouca fiabilidade estatística de dados vindos destes «poços»» (Correia, 1997c: 50).

Santarém es pues un yacimiento fuertemente orientalizado, donde la gran mayoría de los vestigios de ese orientalismo no resulta sólo de la actividad comercial, sino de asumir plena y localmente formas, tecnologías y decoraciones que no tienen origen en la región, ni en el Sudoeste peninsular, lo que evidentemente no significa que considere que el 100% de sus habitantes eran fenicio-púnicos, como pretendió caricaturizar Virgilio Hipólito Correia (*ibid.*: 52).

Debo, sin embargo, decir que admito como muy probable la presencia en Santarém de poblaciones exteriores al territorio del estuario del Tajo, poblaciones que pueden haber tenido su origen en los yacimientos fenicios del área del Estrecho de Gibraltar. Me gustaría dejar claro que existen determinadas tecnologías que difícilmente se pueden aprender sin un conocimiento directo. El torno de alfarero, la obtención y colocación de engobes, la metalurgia de la plata, la pasta vítrea, por ejemplo, no son tecnologías que puedan dominarse únicamente a través de la observación de los objetos ya manufacturados. Tampoco son conocimientos que puedan transmitirse oralmente cuando tiene lugar algún trueque de productos. A pesar de que sabemos que no son técnicas transcendentales, parece obvio que el *know how* sólo puede aprenderse mediante la observación y, sobre todo, de la práctica directa, lo que evidentemente presupone la permanencia de individuos que dominen ya esas tecnologías.

Si no dudo que algunos materiales cerámicos recogidos puedan resultar de la actividad comercial, lo cierto es que me parece incuestionable que la gran mayoría de los *pitthoi*, platos y cuencos de engobe rojo y la mayor parte de la cerámica gris, fueron fabricados en el área inmediata de Santarém, según modelos externos, concretamente pertenecientes al mundo fenicio.

Creo importante en este contexto insistir en que no fue posible comprobar, en Santarém, lo que se acostumbra a designar como II Edad del Hierro, a pesar de que no existe duda alguna en cuanto al hecho de que durante la segunda mitad del I milenio a.C. la meseta de la Alcáçova permaneció ocupada. Los materiales arqueológicos que habitualmente se asocian a esa segunda Edad del Hierro permanecen ausentes del contenido de los inventarios. Es importante hacer notar que las escasas cerámicas estampilladas son, en su totalidad, procedentes de niveles arqueológicos correspondientes a la ocupación romano-republicana del yacimiento, concretamente datados en la segunda mitad del siglo I a.C. Se trata de pequeñas estampillas (palmetas) impresas sobre cerámicas de cociones reductoras, con las superficies pulidas y de

paredes poco gruesas. No quedan dudas sobre el carácter tardo republicano de estas cerámicas, cuyos niveles de origen ofrecen también cerámicas camparienses, cerámicas de paredes finas y ánforas de las Clases 3, 4, 5 y 32.

Por otro lado, tampoco dejé de comprobar que la cerámica ática está escasamente representada, como también están prácticamente ausentes las cerámicas denominadas de Kouass. Las ánforas de la segunda mitad del I milenio a.C. son relativamente extrañas si las comparamos con las importaciones de la primera mitad, no siendo fácil su encasillamiento en algún tipo específico. Si algunas de ellas, como se vio, tienen afinidades formales con las ánforas producidas en la Andalucía costera entre los siglos V y III a.C., las pastas, así como las características morfológicas, no permiten atribuir su presencia en Santarém exclusivamente a la actividad comercial de la región del valle del Tajo con la zona meridional de la Península Ibérica.

Al contrario de lo que se observa en el Algarve, en Castro Marim, Rocha Branca o Faro, el estuario del Tajo parece apartarse de los asentamientos de la región del Estrecho de Gibraltar a partir de un momento que puedo situar entre finales del siglo VI a.C. y la primera mitad del V a.C.

Así, si el inicio de la ocupación de la Edad del Hierro de la Alcáçova de Santarém está íntimamente relacionada con la presencia de poblaciones fenicias del Extremo Occidental, y parece tener profundas relaciones con el llamado «Círculo del Estrecho», todo indica que, a partir de mediados del I milenio a.C., las relaciones con el mundo costero andaluz se enfrían considerablemente, llegando tal vez a cesar. Lo que se verifica a partir de esta fecha es una continuidad cultural y de comportamiento que llega a impresionar, lo que justificó que, ya en 1993, se hablara de «conservadurismo orientalizante». Como se puede comprobar en la lectura de las páginas anteriores, y como ya mencioné, la cerámica gris, los *pithoi*, las decoraciones a bandas pintadas son, con excepción de algunos detalles, idénticas en todos los momentos de la diacronía de la Edad del Hierro. También pude observar que, a pesar de que el engobe rojo perdió su importancia en cuanto a revestimiento dominante de platos y cuencos de borde ancho, la forma se mantiene inalterada desde los momentos iniciales de la ocupación hasta la llegada de los primeros productos romanos.

Esta situación, que posiblemente se extendió a los restantes yacimientos costeros de la fachada occidental del actual territorio portugués, como Conímbriga, Lisboa, Almaraz y Alcácer do Sal, sería probablemente más fácil de comprender si consideramos que los yacimientos que creo que son de fundación

oriental, como Abul o Santa Olaia, son abandonados a partir de un momento indeterminado del siglo V a.C.

Aún, me gustaría mencionar que las características orientalizantes de las que se reviste la Edad del Hierro en Santarém deben relacionarse con la posición geográfica que ocupa en el actual territorio portugués. La presencia de fenicios en el lugar, y la actividad comercial que aquí se desarrolló, sólo se puede comprender si consideramos que el yacimiento se localiza al final de un ancho estuario, exactamente en el área donde se puede dinamizar y rentabilizar el acceso hacia el interior. Punto de bisagra entre el litoral y el interior, parece evidente que Santarém tenía excelentes condiciones para promover esta dinamización y rentabilidad y también para almacenar y transformar el estaño y hasta el oro de Beira y posteriormente controlar su salida hacia el Atlántico y el Mediterráneo.

6.4. LOS BRONCES DE TORRES VEDRAS

Junto al actual cementerio de Torres Vedras, se excavó, en los años 60, una sepultura de tipo cista que ofreció un *oinochoe* y las dos asas de un «brasero» (Trindade y Ferreira, 1965). Ambas piezas son de bronce.

El *oinochoe* (fig. 151) se integra en el tipo BI de Grau-Zimmermann (1978). Tiene forma general piriforme, cuerpo globular alargado y cuello troncocónico. El fondo es plano, en pastilla, con un resalte en el exterior. La separación entre el cuello y la panza está indicada por un cordón en relieve. Lo que queda del asa, fracturada en la parte superior, permite verificar que era bipartida. Se une al cuerpo en el cordón que separa el cuerpo del cuello, a través de una palmeta en relieve, formada por pétalos radiales, colocados sobre dos volutas invertidas.

Las asas de la pátera, vasos tradicionalmente llamados «braseros», son de sección circular y se mueven dentro de dos pequeños aros que forman parte de una pieza rígida, redondeada en las extremidades, que termina en dos manos extendidas. Si se atiende a los paralelos conocidos, esta pieza se fijaba al borde de una pátera a través de remates en forma de roseta. El «brasero» de Torres Vedras pertenece al Grupo 1 de Cuadrado (1966).

Ambas piezas poseen una evidente filiación oriental, estando bien documentadas en la Península Ibérica en áreas orientalizadas, principalmente en las necrópolis de los Alcores, abundando también en Andalucía y en la Extremadura española. Si los prototipos de estos objetos se deben buscar en el Mediterráneo, concretamente en su extremo oriental, es muy

probable que las piezas hispánicas hayan sido producidas en talleres locales (indígenas o fenicios), a partir de modelos orientales, como ya ha sido propuesto (Aubet, 1984). La asociación de las dos piezas en una misma sepultura en la fachada occidental atlántica se reviste de un significado muy particular, en la medida en que los dos recipientes forman parte, juntamente con los *thymiateria*, de los llamados «servicios rituales» del área tartésica, pareciendo desempeñar un papel relevante en el ritual de la libación.

6.5. EL OINOCHOE PIRIFORME DE FAIÃO (SINTRA)

Existe otro *oinochoe* que también parece que proviene del litoral occidental (fig. 152). Se trata de una pieza perteneciente a la colección particular de José Medeiros, publicada, por primera vez, como perteneciente a la región de Beja (Gomes, 1986). La zona del descubrimiento fue posteriormente rectificada (Alarcão, 1996b: 238), existiendo nuevas fuentes que indican que, finalmente, la pieza fue hallada en Faião, Sintra (Cardim Ribeiro, información personal que agradezco).

Este *oinochoe* de bronce tiene forma piriforme y está constituido por un cuerpo globular y cuello troncocónico que termina en cuello estrecho, del cual partía una boca trilobulada. El fondo es plano y en pastilla, con un resalte en el exterior, y la separación entre el cuerpo y el cuello está también marcada por un

cordón en relieve. El asa es tripartida y se une al cuerpo en la zona del cordón que divide el cuerpo del cuello, a través de una palmeta en relieve formada por 12 pétalos radiales, colocados sobre volutas invertidas (Gomes, 1986). Se incluye en el tipo BI de Grau-Zimmermann (1978).

Parece obvio que la presencia del *oinochoe* y del «brasero» de Torres Vedras, refleja una clara ostentación de poder por parte de un individuo hacia los otros miembros del grupo, a pesar de que, y a semejanza de lo que sucede en la necrópolis de Gaio, no existen informaciones sobre las restantes cistas ni, naturalmente, sobre qué tipo de materiales se les asociaba.

En ambos casos parece claro que se está en presencia de sepulturas de miembros de una élite social que, al inicio del I milenio a.C., ostentaba su poder en la forma en que se relacionaban con la muerte.

Sin embargo, también se debe mencionar que, a pesar del carácter excepcional y lujoso de los materiales que estas sepulturas presentan, son inhumaciones y, además, éstas tienen lugar en necrópolis organizadas en cistas, lo que evidencia las características nativas de los enterramientos.

Por otro lado, el hecho de que estos materiales, aunque ricos y diversos, hayan sido descubiertos en sepulturas de inhumación en necrópolis de cistas, no permite interpretarlos como evidencias de una adopción, pura y simple, de rituales funerarios exógenos y, por tanto, de una integración ideológica por parte de las élites indígenas en un sistema de valores orien-

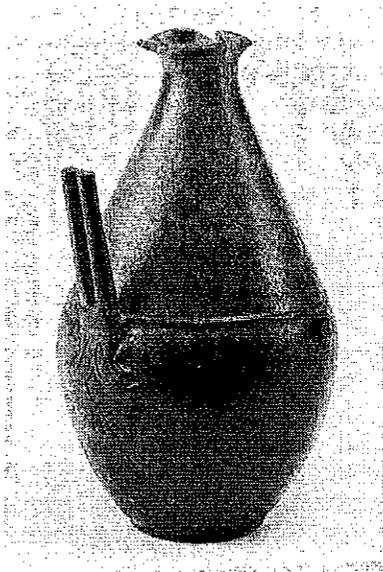


Figura 151. Oinochoe del tipo BI de Grau Zimmermann (según Alarcão, 1996b: 238).

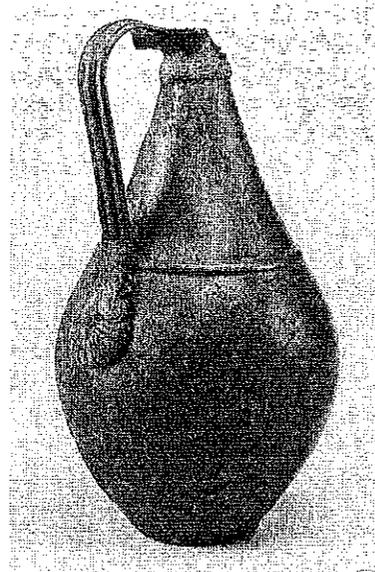


Figura 152. Oinochoe de Faião (según Alarcão, 1996b: 238).

tales. Pienso que al hacerse acompañar en la muerte de unos materiales lujosos, las elites locales pretendían, sobretodo, perpetuar en la muerte su poder ante el grupo, intentando además, como mencionó Carlos Wagner cuando analizó el mismo fenómeno en Andalucía, «...equipara su prestigio al de la elite colonial» (Wagner, 1993b: 107).

6.6. EL ESTUARIO DEL TAJO EN LA PRIMERA MITAD DEL I MILENIO A.C.

Ante los datos que he enunciado anteriormente, no pueden quedar dudas sobre la intensidad y la precocidad de la presencia fenicia en el estuario del Tajo durante la Edad del Hierro. De hecho, las realidades detectadas en Almaraz, Lisboa y Santarém, a las que se pueden sumar los dos escarabeos encontrados en Porto de Sabugueiro, Muge (Pereira, 1975), son elocuentes y todos los datos se conjugan en el sentido de poder defender, sin reservas, que la región fue, a partir del siglo IX a.C. (en fechas de radiocarbono), frecuentada por poblaciones de origen oriental.

También parece seguro que esta presencia se debe relacionar con la actividad comercial, y que ese comercio tendría como base los recursos metalíferos que el área podía proporcionar. No veo, realmente, como se podría explicar la existencia de tan gran cantidad de materiales arqueológicos de filiación orientalizante en Santarém, yacimiento localizado muy al interior del estuario, a no ser por la forma como este yacimiento podía controlar y dinamizar la salida del estaño de las Beiras hacia el área del Estrecho.

Por otro lado, nunca está demás recordar las múltiples referencias de los autores clásicos a la riqueza aurífera de las arenas del Tajo, de las que la más divulgada continúa siendo la de Plinio el Viejo «El Tajo es famoso por sus áreas auríferas» (IV, 115). Como hace poco tiempo recordó João Luis Cardoso (1995: 53-54), las arenas pleistocenas al sur del Tajo se explotaron en la Edad Media, explotación que, en el siglo XIX, ofrecía todavía cantidades apreciables de oro. Cabe apuntar, una vez más, que el topónimo árabe Al-Madan significa mina, parece ahora importante.

La sal y otros productos, principalmente agropecuarios, pueden considerarse como el complemento de los recursos mineros que, con seguridad, estarían en la base de esta «colonización», que, como ya dije anteriormente, significó, ciertamente, la instalación de poblaciones exteriores a la región así como al actual territorio portugués.

No deja de ser interesante comprobar que esta Edad del Hierro Orientalizante se concentra a lo lar-

go del curso del río y en las zonas inmediatamente anejas. A pesar del desconocimiento y de la escasez de datos para la región extremeña en general, pienso que es legítimo afirmar que «castros» de la Edad del Hierro, como Ota, Pragança, Rocha Forte y São Salvador, entre otros, no fueron tocados por ningún orientalismo, a pesar de que, en algunos de ellos, la ocupación humana se remonta al Bronce Final, e incluso a épocas anteriores, como el Calcolítico.

Es también importante registrar que muchos poblados, de dimensión considerable y situados en cotas altas, datados del Bronce Final, y localizados en la región de Lisboa, parecen haber sido abandonados al inicio de la Edad del Hierro, como es el caso de Cabeço dos Moinhos en Mafra e do Castelo dos Mouros, en Sintra.

Como es obvio, sólo un conocimiento previo de la región y contactos anteriores con la población indígena pueden justificar el intenso comercio con el área del Estrecho, así como la instalación de fenicios occidentales en el valle del Tajo. Una vez más, la escasez de datos me impide avanzar propuestas concretas sobre cuales eran esos asentamientos ribereños con los que los fenicios occidentales negociaron aquella instalación. La ocupación de la Edad del Bronce Final en Almaraz es, sin embargo, un dato a tener en cuenta en esta cuestión y la existencia de niveles arqueológicos de esta misma época en la colina del Castillo, en Lisboa, merece confirmación. Los tenues indicios (encontrados en escasos metros cuadrados) de que la Alcáçova de Santarém pudo haber estado ocupada a fines de la Edad del Bronce, obligan a que los futuros trabajos arqueológicos que tengan lugar en el yacimiento tomen en consideración esta posibilidad.

Creo, también, que existen datos suficientes para afirmar que Lisboa y Almaraz están profundamente relacionados entre sí. Las cerámicas de engobe rojo encontradas en ambos yacimientos son morfológica y tecnológicamente de tal forma idénticas que me atreví a decir que fueron producidas en un mismo centro alfarero, seguramente regional. Es necesario tener también presente que, a pesar de la enorme masa líquida que los separa, la proximidad entre los dos poblados es grande, siendo total la visibilidad entre sí. Tal como en época romana (Alarcão, 1992), y prácticamente hasta la actualidad, el Tajo sería vencido, exactamente, en la parte baja de Almaraz, en Cacilhas. El tipo de relación existente es, sin embargo, más difícil de evaluar.

En «Breve análisis del poblamiento orientalizante del margen izquierdo del estuario del Tajo», defendí que Almaraz sería, al sur del río, el asentamiento donde se

concentraba la elite social que regía un territorio donde se aglutinaban pequeños lugares de *habital*, de él dependientes política y administrativamente. La existencia de un poblamiento jerarquizado fue también demostrada en el margen derecho, donde grandes poblados, como Lisboa o Santa Eufémia, coexistían con yacimientos como Outerola, Moinhos de Atalaia y Freiria, a pesar de no poder afirmar, además de ser improbable, que alguno de éstos dependiese de alguno de aquellos. La presión urbanística que el área metropolitana de Lisboa viene sufriendo desde hace largos años, seguramente ha ocultado algunos yacimientos que podrían ofrecer una mayor consistencia a esta hipótesis, para la cual, no obstante, creo que existen datos suficientes.

Con todo, me parece imposible admitir que la región pudiese estar atomizada desde el punto de vista político, y que la actividad comercial que aquí se practicó fuese compatible con un conjunto de yacimientos funcionando independientemente unos de otros. Estoy pues convencida de que la desembocadura del Tajo se constituyó, en bloque, como una unidad política y administrativa, cuyos límites geográficos, sin embargo, no puedo trazar con exactitud, pero estoy segura de que englobaría los dos márgenes del río.

Que esa unidad estaba controlada y organizada por un único poblado me parece lo más probable. Creo posible admitir que Lisboa fue, de hecho, el gran poblado de la región, donde se concentraba la elite social que regía el territorio y sus recursos, y controlaba el comercio regional y de larga distancia. Esta «capital», además, no tendría por sí sola la posibilidad de organizar y coordinar la producción, lo que implicó una cierta «descentralización» que beneficiaría a Almaraz y tal vez a Santa Eufémia. Estos dos poblados, con sus territorios productivos propios y donde residían individuos de *estatus* social superior, mantenían con Lisboa relaciones coordinadas e interactivas, pero igualmente de dependencia política, administrativa y también económica.

Estoy pues convencida de que, durante la 1ª mitad del I milenio a.C., la desembocadura del estuario del Tajo presentaba una organización territorial jerarquizada y compleja, donde un poblado como

Lisboa se integraría con las áreas limítrofes, dominiéndolas.

Por otro lado, creo importante fijar que la llegada de los fenicios al estuario del Tajo, con todo lo que implicó en términos organizativos, favoreció la creación y el desarrollo de una sociedad jerarquizada, en la cual la organización de la producción y de la propiedad de los medios de producción y, tal vez, la distribución y el consumo eran efectivamente tareas dirigidas por una elite, lo que evidencia una formación social compleja, donde existen desigualdades en el acceso tanto a los medios de producción como al producto generado.

Incluir Santarém en esta red de poblamiento concentrada en la desembocadura del estuario del Tajo, me parece forzado. No fue sólo la distancia que separa a las dos regiones lo que me obligó a recusar la hipótesis, sino, sobre todo, las evidentes diferencias que pude detectar entre las culturas materiales de Santarém por un lado, y de Almaraz y Lisboa por otro.

Como es obvio, no tengo dudas de que el yacimiento ribatejano y los poblados localizados en la desembocadura del río Tajo mantenían contactos regulares e intensos, pero no creo posible que aquel dependiese del núcleo político-administrativo que pienso que integraría a éstos. Además, no debe olvidarse que sería Santarém la que controlaría la llegada al estuario de gran parte de los recursos metalíferos que, desde mi perspectiva, justifican el orientalismo de los yacimientos en análisis.

Es también importante insistir en que los datos actualmente disponibles indican que en el conjunto de los yacimientos analizados, la Alcáçova de Santarém es aquel donde la presencia orientalizante parece ser más antigua. Esa antigüedad está de hecho materializada en un numeroso conjunto de platos y cuencos de engobe rojo, de *pitthoi* y de ánforas, de características arcaizantes (*Infra*), y fue también confirmada por dos fechas de radiocarbono (*Infra*).

El territorio controlado por Santarém sería así autónomo y no dependía, en términos políticos, de aquel que, en la desembocadura del Tajo, se organizó, hecho que, como ya mencioné anteriormente, no implicó que entre ambos no existiese una fuerte relación y cooperación intensa.

7. El estuario del Mondego

7.1. INTRODUCCIÓN

Fue en el siglo XIX cuando se dio a conocer la Edad del Hierro en el estuario del Mondego. Los 14 años que António dos Santos Rocha dedicó al estudio arqueológico de esta región le permitieron identificar yacimientos arqueológicos que habían sido ocupados en

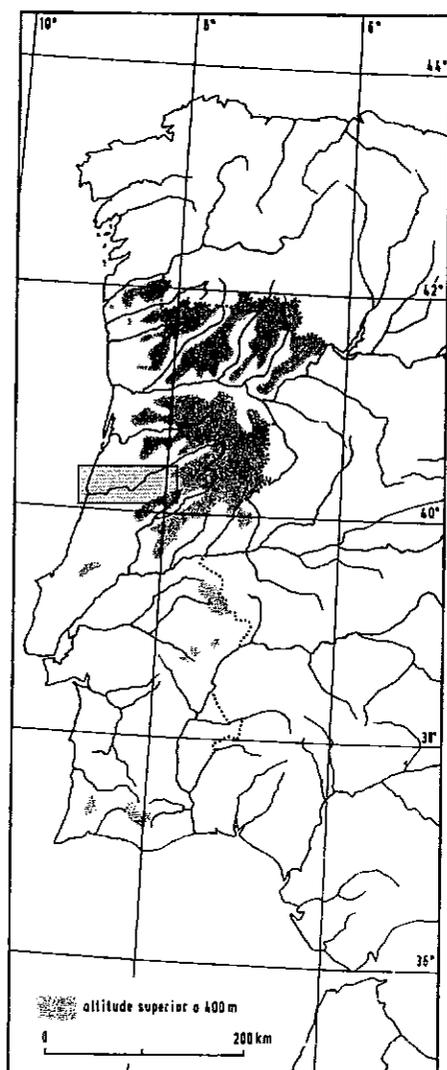


Figura 153. Localización del estuario del Mondego en el territorio portugués actual (base cartográfica de Víctor S. Gonçalves, 1989).

esta época (Santa Olaia, Crasto, Chões, Fonte de Cabanas, Pardinheiros, Lírio, Arieiro y Bizorreio do Castelo), de los cuales es indispensable destacar Santa Olaia y Crasto. De hecho, sus dimensiones, las áreas de excavación, los restos recuperados y el significado específico de estos dos yacimientos son factores que los individualizan en el conjunto de los yacimientos arqueológicos protohistóricos en Figueira da Foz.

Me gustaría iniciar este análisis sobre la ocupación de la Edad del Hierro en el estuario del Mondego, refiriéndome a la calidad del trabajo de Santos Rocha.

La lectura de los estudios que Santos Rocha publicó, realizada a lo largo de varios años, nunca dejó de impresionarme. Indispensable mencionar la minuciosidad y detalle con que realizó las excavaciones en Santa Olaia y la forma cuidada de transmitir los resultados que obtiene. La información científica que el abogado figueirense nos revela en sus estudios es profunda y actualizada, al igual que la de otros investigadores de la generación pionera de la arqueología portuguesa. Tal hecho no provoca, por tanto, una excesiva admiración, dado que se integra perfectamente en el espíritu de la época. Sin embargo, la metodología empleada en los trabajos de campo, en especial el cuidadoso registro arqueográfico, causa, efectivamente, sorpresa, siendo importante recordar que fue ese minucioso registro lo que posibilitó establecer, para Santa Olaia, una secuencia estratigráfica, hecho inusual y que, desgraciadamente, no se vio reflejado ni a medio ni a corto plazo, siendo necesario esperara hasta los años 60 del siglo XX para que tal sistema de registro volviese a ser utilizado en la arqueología portuguesa.

El arqueólogo de Figueira, gracias a la metodología que siguió, pudo proceder a la ejecución de una planta acumulativa, más diferenciada, donde las diversas fases de evolución arquitectónica del yacimiento más importante del Mondego están representadas, de acuerdo con las normas actualmente en uso, utilizando tramas diferentes para los muros de las distintas fases de ocupación (Rocha, 1905-8: Est. XVII).

La preocupación por el estudio de los materiales es también, y a varios niveles, impresionante. Después de proceder al dibujo riguroso de abundantes res-

tos, intentó siempre encuadrarlos cronológica y culturalmente, sin ahorrar esfuerzos para conseguir dicho objetivo.

Notable por lo pionero y por la percepción de su significado, son los análisis químicos que Santos Rocha mandó realizar de las pastas de fragmentos cerámicos recogidos en Santa Olaia, procediendo a compararlos con análisis semejantes realizados sobre vasos de Sé de Lisboa y del Acebuchal (Alcores). Los resultados de estos análisis, realizados en Coimbra por Charles Lepierre, fueron publicados y examinados en su estudio sobre este yacimiento del Mondego (Rocha, 1908: 344).

Juzgo, pues, que es de la más elemental justicia mencionar aquí la enorme contribución que este investigador dio a la arqueología de la Edad del Hierro portuguesa, concretamente aquella que se relaciona con la presencia fenicia. La minuciosa excavación que realizó en Santa Olaia y la forma exhaustiva en que publicó los resultados de esta excavación permite a los arqueólogos que estudian estas realidades disponer de un acervo documental de enorme importancia, lo que no sucede para un elevado número de yacimientos intervenidos en épocas más recientes. La fiabilidad del trabajo de Santos Rocha nos permite extraer los datos de sus textos con confianza, textos que continúan vigentes todavía, permitiendo disponer de informaciones de gran utilidad, y que poco se han incrementado en años recientes.

La arqueología de la Edad del Hierro en la región de Figueira da Foz se retomó, a partir de los años 80, por Isabel Pereira, entonces directora del Museo Municipal Dr. António Santos Rocha. Esta investigadora concentró su esfuerzo en Santa Olaia, donde, hasta 1992, efectuó trabajos de limpieza y pequeños sondeos. Las obras de construcción de la autopista IP3 provocaron la realización de una excavación de urgencia, que permitió a la actual directora del museo de Nazaré, en colaboración con la delegación Centro de IP- PAR (Instituto Português do Património Arquitectónico), identificar y excavar una batería de hornos y tramos de muralla.

En la descripción y análisis del poblamiento en el estuario del Mondego, que elaboraré en las páginas siguientes, me ha parecido conveniente excluir algunos yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro. De hecho, las informaciones disponibles para Bissorreiro de Castela, Lírio y Arieiro no permiten incluirlos en este trabajo, ya que son o muy escasas (Bissorreiro de Castela, Lírio), o apuntan cronologías que claramente se apartan del ámbito que previamente he definido (Arieiro).

En este punto, decidí, también, incluir Conímbriga. Este yacimiento se localiza en el margen dere-

cho de la ribera del Mouros, afluente del Mondego, de cuyo estuario distaría, durante la Edad del Hierro, escasamente, unos 6,7 Km. También los restos arqueológicos, datables en la 1ª mitad del I milenio a.C., que se recogieron justifican, plenamente, esta inclusión, dadas las similitudes formales y de fabricación entre éstos y los de Santa Olaia y Crasto.

La escasa información que existe sobre Monte de Figueiró (Coutinho, 1994), donde nunca se efectuaron trabajos arqueológicos de excavación, me impiden incluir el yacimiento en este estudio, a pesar de que se conocen algunos materiales recogidos en superficie y que se pueden relacionar con el poblamiento «orientalizante» del estuario del Mondego. Sin embargo, la ausencia de elementos como la cerámica de engobe rojo o la pintada a bandas, y el desconocimiento sobre los tipos de formas de cerámica gris encontrados, acabarían por determinar su exclusión, además de que las cuentas de collar de pasta vítrea, oculadas, pueden también fecharse en la segunda mitad del I milenio a.C.

Hablar de *Aeminium* es también casi imposible, ya que de la Coímbra prerromana poco queda, a excepción del topónimo. Las excavaciones arqueológicas realizadas en el *forum* no fueron concluyentes sobre la cronología atribuida a la parte de «... muro recto [associado ao] nível regular de terra argilosa compactada ...» (Carvalho, 1998:179), que fue destruido por la construcción del criptopórtico, y «... não permitiram identificar um nível arqueológico que fosse susceptível de associar, sem qualquer tipo de reserva, ao presumível povoado pré-romano.» (*ibid.*). Las cerámicas republicanas, principalmente las ánforas viñarias Dressel 1 (*ibid.*: 72-74) y la cerámica campaniense (*ibid.*: 78-79), recogidas en los niveles de suelo en el transcurso de las mismas excavaciones no aportan, tampoco, nada sobre la ocupación del hierro en Conímbriga.

En 1989/90, otros trabajos arqueológicos en el centro histórico de la capital de Beira Litoral, realizados en lo que en la actualidad se conoce por Pátio de la Inquisición, revelaron, en uno de los sondeos, un nivel sobrepuesto a la roca madre (12) y caracterizado por «Terra vermelha, barrenta, com bastantes seixos rolados e com cerâmica da Idade do Ferro» (Frade y Caetano, 1994: 328). Se constató que los fragmentos cerámicos atribuidos a la ocupación del hierro se presentaban muy rodados (*ibid.*), hecho que llevó a los investigadores responsables de los trabajos a considerar que podían provenir de otro lugar, concretamente de las colinas de Montarroio o Conchada de donde se abrían «deslizado» (*ibid.*: 330).

Los datos resultantes de las excavaciones del Patio de la Inquisición, de confirmarse, pueden significar que el poblado prerromano de *Aeminium* no estaría debajo de la ciudad romana, sino que se encontraría localizado en un lugar próximo.

De cualquier forma, lo que destaca de la información disponible es una gran escasez de datos por lo que se impone, si no silencio, al menos mucha prudencia en la interpretación.

7.2. EL MEDIO FÍSICO

La región que aquí se trata se localiza en un contexto de baja altitud, con un relieve inferior a 400 metros.

De los cinco yacimientos identificados, cuatro se sitúan en suelos donde predominan las calcáreas (Santa Olaia, Chões y Fonte de Cabanas), pero, a veces, asociados a margas (Pardineiros). Únicamente Crasto se aparta de éste ámbito, permaneciendo situado en una zona de areniscas.

En cuanto a la capacidad del uso de los suelos, es posible identificar Clases A, Clases E y complejos de Clase C+E.

La observación de la Carta de Minas muestra la pobreza metalúrgica de la región.

Actualmente, el área del estuario del Mondego presenta una limitada diversidad de especies vegetales: el pino bravo (*pinus pinaster*), el pino manso (*pinus pinea*), la encina (*quercus rotundifolia*), el olivo (*olea europea*) y la viña.

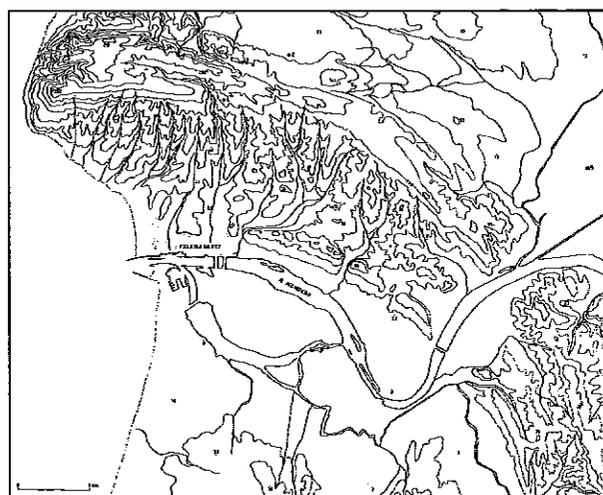


Figura 154. Morfología del área estudiada y localización de los yacimientos de la Edad del Hierro orientalizantes: 1. Pardineiros; 2. Chões; 3. Fonte de Cabanas; 4. Crasto; 5. Santa Olaia; 6. Conímbriga

Uno de los aspectos más importantes, y que por ello debe ser mencionado, es el hecho de que Foz do Mondego fue considerada una unidad concreta en el cuadro de la división que Orlando Ribeiro efectuó en 1945. Aquí su unidad 11 (Foz do Mondego) fue incluida en la región Sur, ciertamente debido al hecho de que «O cabo Mondego, na extremidade da Serra da Boa Viagem, assegura ao Baixo Mondego um clima abrigado de tonalidade já meridional» (Ribeiro, Lautensach y Daveau, 1987: 196).

7.3. LOS YACIMIENTOS

7.3.1. Santa Olaia y Ferrestelo

El poblado de Santa Olaia se localiza en la Parroquia de Santana, comarca de Figueira da Foz, Distrito de Cimbra. Se implanta en una colina de baja altitud (cota media 20,00 m) y sus coordenadas Gauss son: M - 149, 96215 y P - 335, 95957 (C.M.P. 239).

El yacimiento de Santa Olaia sufre, desde hace tiempo, destrucciones sistemáticas, de consecuencias desastrosas, ya que las comunicaciones terrestres que unen a Figueira da Foz con Coimbra pasan, tradicionalmente, por el yacimiento. La construcción de la vía real, ya en época anterior a los primeros trabajos de Santos Rocha, fue el inicio de un largo proceso de destrucción. En 1937, el ensanchamiento de la carretera, ahora denominada EN 111, provocaría la destrucción de parte de los muros y pavimentos puestos al descubierto por Santos Rocha y, además, se colmató de tierra el «pozo», de modo que permitiera el acceso a los arrozales. Sin embargo, más graves fueron los estragos producidos por la construcción de la autopista IP3, fue entonces cuando las estructuras del Norte (foso, muralla, hornos) fueron gravemente afectadas.

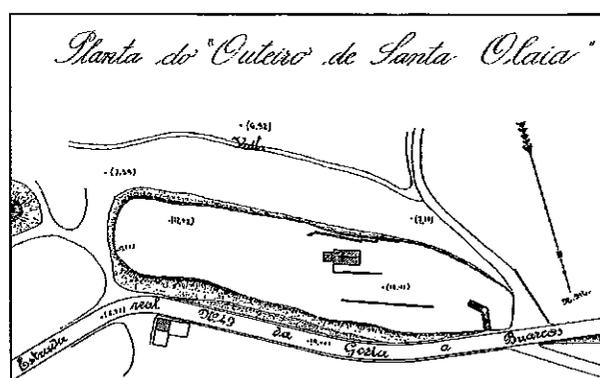


Figura 155. Planta de la colina de Santa Olaia (según Rocha, 1905-8, fig. 2, p. 313).

Al Norte, Oeste y Sur está rodeado por terrenos de aluvi3n, en la actualidad ocupados por arrozales. Al Este, se encuentra el denominado «pozo», una depresi3n de 80 metros de ancho que separa Santa Olaia de Monte de Ferrestelo, localizaci3n probable de la antigua necr3polis. Seg3n Santos Rocha, a la mitad de esta depresi3n «...existe um fosso, sempre com 3gua, que isola inteiramente a Outeiro.» (Rocha, 1905-8: 310). El «pozo» parece corresponder al antiguo puerto de Santa Olaia, lugar abrigado de los vientos del norte y donde el agua existía todavía en el momento en que Santos Rocha excav3 en el lugar.

Localizado en el margen derecho del antiguo estuario del Mondego, rí del cual dista actualmente cerca de 1 Km., el yacimiento de Santa Olaia era muy probablemente, en la Antigüedad, una pequeña isla. Esta era ya una convicci3n de Santos Rocha, que afirma:

«As aguas salgadas soben ainda agora pelos leitos d'estes rios muito para montante de Santa Olaya, attingido; Montemor-o-Velho, a nascente, e mais de 100 m para cima do Porto de Foja, ao norte. Mas antes de existirem as mottas ou diques de terra que bordam as suas margens, limitando os respectivos leitos, em defeza dos campos adjacentes, as aguas das marés, na altura de Santa Olaya, invadiam periodicamente todos esses campos, que faziam parte do estuario do Mondego. A prova d'este facto está no fundo da vasa marinha, contendo abundancia de valvas de

molluscus, taes como o *cardium edule*, a *Scrobicularia piperata* e outros, que se encontram, a profundidade de 1m,50 a 2m, nos terrenos baixos que cercam Santa Olaya num raio de alguns Kilometros; fundo que tem sido posto a descoberto dezenas de vezes, principalmente no Paúl da foja, com a abertura de valas de enxugo.

Nestas circunstancias, Santa Olaya seria em tempo um verdadeiro ilhéu, banhado regularmente de todos os lados pelas aguas do mar.»(ibid.).

Los estudios emprendidos por Suzanne Daveau sobre las variaciones del nivel del mar y de la línea de costa permitirán concluir que la transgresi3n flandriana, ocurrida hace unos 5.000 años, alter3 profundamente el trazado del litoral portugués, «...tendo o mar penetrado muito para o interior ao longo dos vales, que os rios tinham profundamente escavado durante o período glaciárico. Constituíram-se assim grandes estuários, verdadeiros braços de mar, que são hoje em boa parte preenchidos pelas aluvi3es a pouco e pouco trazidas de montante pelos rios. (...) Verifica-se portanto, quão recente é a paisagem das planícies aluviais da parte vestibular dos grandes rios, as chamadas lezírias ou campos. A sua acumulac3o continuou a progredir ao longo dos tempos históricos, através das areias e dos nateiros trazidos pelas grandes cheias, e que são responsáveis pela sua lendária fertilidade. Mas a progress3o do assoreamento obrigou

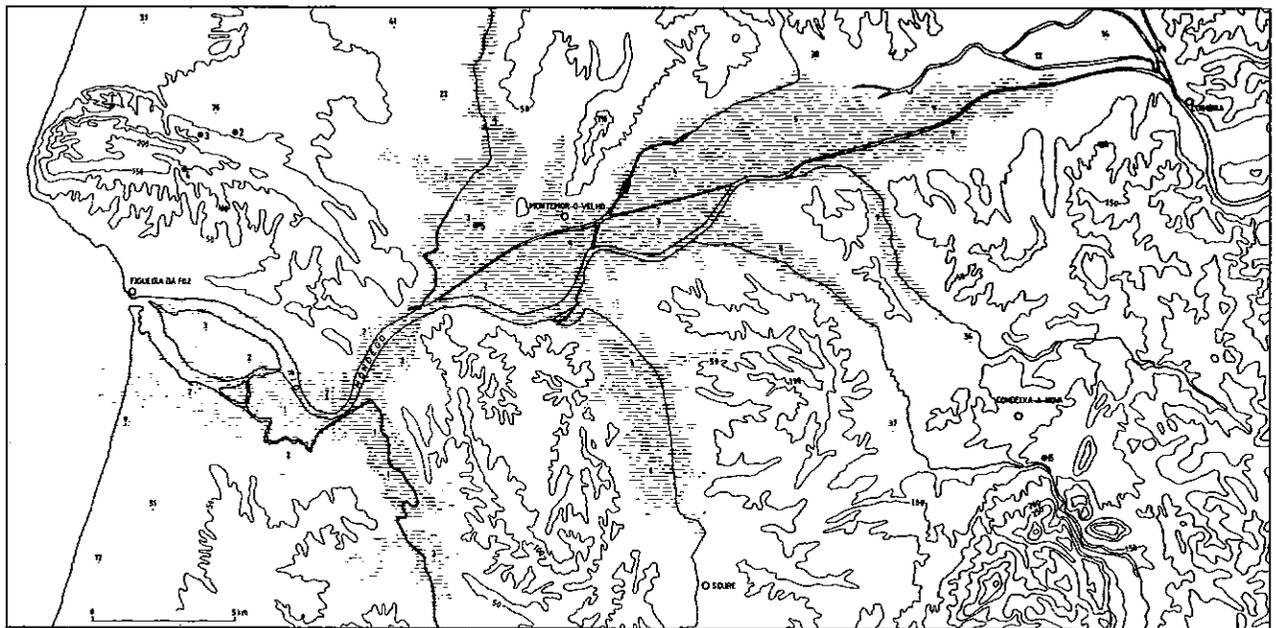


Figura 156 – Evoluci3n holocénica del área vestibular del Mondego con la localizaci3n de los yacimientos de la Edad del Hierro Orientalizantes: 1. Pardinheiros; 2. Ch3es; 3. Fonte de Cabanas; 4. Crasto; 5. Santa Olaia; 6. Conímbriga.

os portos acessíveis aos barcos do mar a deslocarem-se para sítios cada vez mais próximo do desembocar no oceano.» (Daveau, 1995: 53).

En ausencia de trabajos concretos sobre la región del Bajo Mondego, resulta difícil establecer, con rigor, hasta dónde penetraba el mar durante el I milenio a.C. Sin embargo, estoy convencida, y atendiendo a las características físicas que presenta la región, de que la situación descrita por Daveau para la parte anterior de los grandes ríos, un paisaje de planicie aluvial, se puede aplicar, con las necesarias reservas, para el Mondego (fig. 156). Santa Olaia sería de este modo una isla, tal como Santos Rocha presintió en 1908.

Los trabajos arqueológicos que Santos Rocha efectuó en el yacimiento, en los inicios de siglo XX, revelaron una intensa ocupación durante la Edad del Hierro, identificando el arqueólogo figueirense tres momentos distintos de esta ocupación, o, al menos, tres fases de construcción, que fueron denominadas 1º, 2º y 3º Periodo de la Edad del Hierro. Santos Rocha admite que quizás el yacimiento hubiese sido utilizado como necrópolis durante el neolítico, dado que había aparecido «... ruínas de dois dolmens, em excavações abertas no solo primitivo, quase ao nível dos envasamentos das casas.» (Rocha, 1905-8: 318). Más seguro es el hecho de que el yacimiento debió de ser ocupado durante la época romana y medieval, como parece probado por la recuperación de algún resto arqueológico durante los trabajos de campo y actualmente depositados en el Museo de Figueira da Foz.

En lo relativo a la arquitectura de la Edad del Hierro (fig. 157) debe señalarse que en todos los momentos constructivos las estructuras de habitación presentan plantas rectangulares, algunas de las cuales están divididas en compartimentos, siendo de mayores dimensiones aquellas que pertenecen al primer momento de ocupación, o, como lo denominó Santos Rocha, al «3ª estação da Idade do Ferro», que corresponde al «povoado mais fundo». Se trata de compartimentos cuya longitud varía entre los 3,75m y los 3,25m y cuya anchura nunca excede los 2,25 m.

Lo que quedaba de estas habitaciones, muros construidos con piedras de pequeñas y medianas dimensiones unidas por arcillas, y que medían entre 0,50 y 0,70 m de altura y 0,40 y 0,50 m de espesor, constituían los cimientos de sus paredes que habían sido construidas con adobes. De estos adobes Santos Rocha pudo encontrar evidencias reales cuando, al excavar junto a las casas a y b, encontró «... um lanço de parede de adobes meio cozidos pelo acção do calor...» (*ibid.*:). Este descubrimiento le permitió constatar que «...o alçamento suportado pelo mesmo alicerce não tinha menos de 2,25 m de altura; e, como

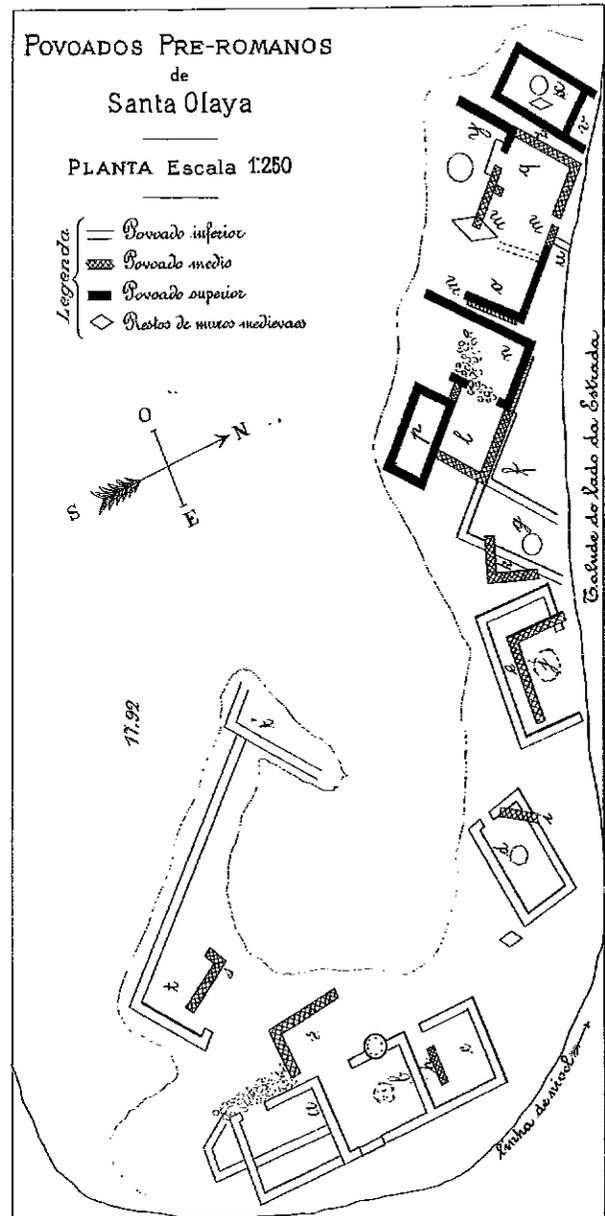


Figura 157. Santa Olaia: planta de las estructuras de habitación (según Rocha, 1905-8, lám. XVII).

o alicerce media na altura 0,00 m, a altura total do edificio seria aproximadamente 3,20 m.» (*ibid.*).

Santos Rocha admite también que las puertas de las casas estarían abiertas sobre los cimientos y que algunas de las habitaciones poseían cobertizos contruidos con madera, de lo cual también encontró vestigios (*ibid.*).

La aparición de bloques de arcilla, donde eran visibles los negativos de «...pequenos ramos de árvo-

re, ou de caniços ...» (*ibid.*), y también el hecho de que «Em nenhum dos povoados aparecerem vestígios de telhas ou cousa semelhante» (*ibid.*), permitió al arqueólogo figueirense entender cómo había sido realizada la cobertura de las habitaciones en la Edad del Hierro de Santa Olaia: ramas de árboles cubiertas con arcilla, entramadas y colocadas sobre las paredes de adobe.

Los pavimentos de las casas eran de tierra arcillosa muy compacta, que estaba cubierta por arena amarilla. Estos pavimentos se elevaban apenas 10 cm por encima de la base del cimiento pétreo, lo que parece indicar que era necesario descender cuando se entraba, hecho comprobado por la existencia de «...um degrau, feito de pedra e barro, encontrado dentro da casa» (*ibid.*).

En el área central de varios de los compartimentos (b, d, j, y, x), se detectó la existencia de un hogar, «...contendo carvões, cinzas, fragmentos de louça e restos de cozinha...» (*ibid.*).

Santos Rocha identificó, junto a la casa b, un horno, de planta circular, con 1,25 m de diámetro interno, cuya pared estaba construida con piedra y arcilla. La existencia de una parrilla con orificios indica que estamos ante una estructura destinada a cocer cerámica.

La excavación de Santa Olaia ofreció una gran cantidad de restos cerámicos y metálicos que António Santos Rocha también publicó con exactitud y rigor.

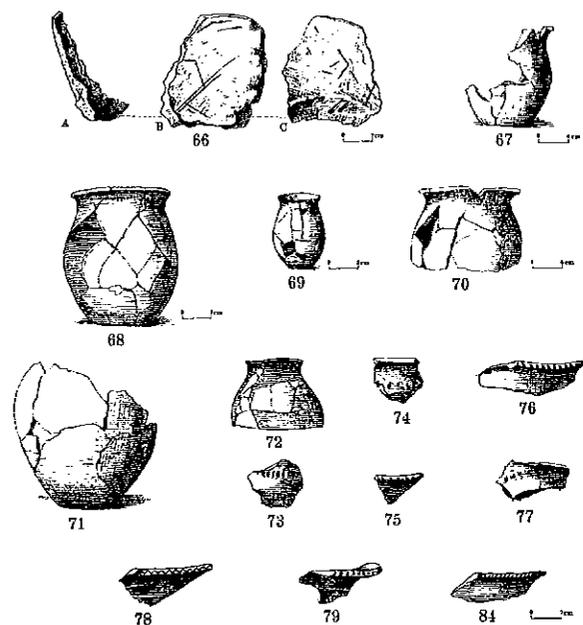


Figura 158. Santa Olaia: cerámica a mano (según Rocha, 1905-8, lám. XXI).

Susan Frankenstein e Isabel Pereira, ambas en 1977, pero de forma independiente, darán también descripción de los restos de este yacimiento, que, en su gran mayoría, corresponden al los que ya había divulgado el arqueólogo en los inicios del siglo XX.

En cuanto a la cerámica, es posible dividirla en dos grandes grupos. Cerámica a mano y cerámica a torno.

Por la lectura de los textos de Santos Rocha y de Frankenstein, es posible deducir que la cerámica a mano pertenece a dos tipos distintos:

1. De pastas groseras, paredes gruesas y superficies sin tratamiento o apenas alisadas (fig. 158);
2. Cerámica de paredes finas, con pasta depurada y superficies cuidadosamente pulidas.

Aquí, lo que Santos Rocha definió como «cerámica indígena de tipo primitivo» era muy abundante y se encontraba indistintamente en todos los niveles del Hierro. Las pastas descritas por Frankenstein (1997: 279-282) para el tipo 1, son las groseras, con abundantes componentes no plásticos. Las ollas son claramente mayoritarias. Los vasos de esta forma, tienen el borde exvasado, cuerpo globular y fondo plano. Su altura varía entre los 15 y los 25 cm y el diámetro del borde presenta valores situados entre los 8 y los 16 cm. Algunos ejemplares presentan decoración digitada o incisa sobre el borde y, más raramente, en la panza. En general, sobre los vasos hechos a mano del tipo 2 «a mano, fina bruñida» (Frankenstein, 1997; 279-280) puede decirse que se trata, en la casi totalidad de los casos, de pequeños cuencos carenados, de borde exvasado y fondo con ónfalo.

La cerámica a torno, que Santos Rocha designa como «cerámica exótica trabalhada à roda», de pasta fina y depurada, poseía una mayor variabilidad formal. Los dibujos publicados por Santos Rocha (*ibid.*: lám. XXII-XXV y XXX), Susan Frankenstein (295-312) e Isabel Pereira (1997: 235-247) permiten constatar la existencia de vasos cubiertos de engobe rojo (lucernas, platos, cuencos carenados), de vasos pintados en bandas (*pitthoi*, urnas Cruz del Negro y otros), de cerámicas grises finas bruñidas (cuencos hemiesféricos y cuencos carenados) y de ánforas.

La cerámica de engobe rojo incluye los platos de borde ancho y aplanado (Rocha, 1908: XXII n° 85-100, Frankenstein, 1997: 295; Pereira, 1997, 237-238), algunos de los cuales presentan decoración pintada en blanco sobre el borde (fig. 159). Estos platos pueden dividirse, formalmente, en dos grupos distintos:

1. Platos poco profundos, con bordes relativamente estrechos (3,5 - 5 cm) y con poca inclinación en el interior, siendo casi paralelos a la línea del borde (Pereira, 1997: 237, n° 1-6). Estas características

permiten integrarlos en el tipo P2 de Rufete Tomico (1988-89), por lo que no es difícil atribuirles una cronología situada en la primera mitad del siglo VII a.C.

2. Platos de borde muy ancho (entre los 6 y los 9 cm) y oblicuo, que, prácticamente, constituyen el propio cuerpo de la pieza, una vez que se prolongan hasta un fondo que, formalmente, parece preluir la cavidad central de un plato de pescado (Rocha, 1908: nº 85-88; Pereira, 1997: 238; Frankenstein, 1997: 296: lámina 19). Es este tipo de plato el que presenta decoración pintada sobre el borde (*ibid.*). Esta for-

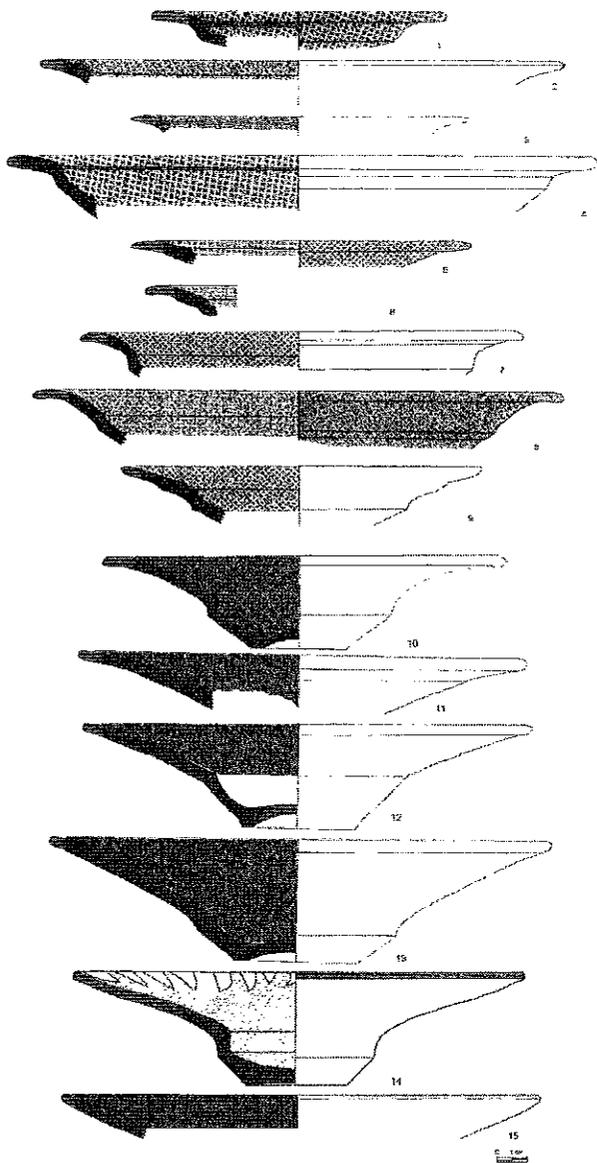


Figura 159. Santa Olaia: 1-9: platos del Grupo 1; 10-15: platos del Grupo 2 (según Pereira, 1997, p. 237-8).

ma fue incluida en el tipo P3d de Rufete Tomico (1988-1989), para el cual se apuntan cronologías de inicios del siglo VI a.C.

En relación a las formas cerámicas que seguidamente se comentan, sería molesta la enumeración ilimitada de paralelos portugueses y peninsulares, entendiéndose que es suficiente la información de que estos platos son frecuentes y abundantes en todos los yacimientos que, de una forma o de otra, fueron efectivamente tocados por la presencia fenicia.

Los cuencos de engobe rojo de Santa Olaia (fig. 160) son carenados, abiertos y de borde exvasado (Pereira, 1997: 362), pudiendo, clasificarlos fácilmente como C3a de la tipología elaborada para esta forma cerámica (Rufete Tomico, 1988-1989). De acuerdo con esta clasificación, tendríamos, para los cuencos de Santa Olaia, una datación de la primera mitad del siglo VII a.C.

Más raros en el territorio portugués son los quemadores de perfume o incensarios, denominados «pebeteros» en la bibliografía española. En Santa Olaia, se recogieron varios ejemplares (Rocha, 1908: XXII, nº 91; Pereira, 1997: 239, fig. 108: 1-8), que pudieron funcionar, en este caso, como lucernas (fig. 161). Se trata, generalmente, de dos cuencos sobrepuestos, unidos por un soporte más o menos cilíndrico, localizado en posición central. En el yacimiento del estuario del Mondego, esta forma clásica parece dominar, existiendo, sin embargo, al menos dos piezas (*ibid.*: fig. 108: nº 6 y 7) en las que el vaso inferior del «pebetero» no es un cuenco, sino un plato de borde ancho, semejantes, por tanto, a los ejemplares de Jardín (Mass-Lindemann, 1995: 128, fig. 18, nº 237) y de Trayamar (Niemeyer y Schubart, 1975: 131, lám. 12, nº 553). Es difícil atribuir una cronología precisa a este tipo de artefacto, ya que si es verdad que los quemadores de perfumes-lucernas surgen en los estratos antiguos de Cartago (Cintas, 1952, lám. 51), también sabemos que perduran, en Occidente, hasta el siglo V a.C., como se

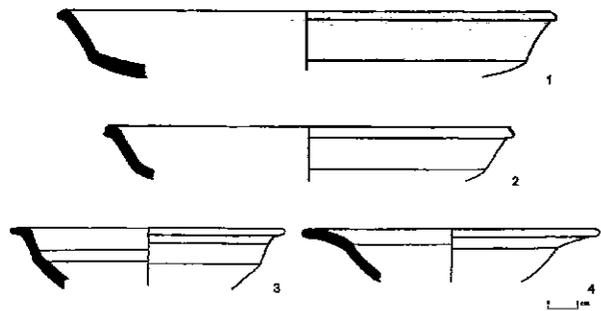


Figura 160. Santa Olaia: cuencos de engobe rojo (según Pereira, 1997: 236).

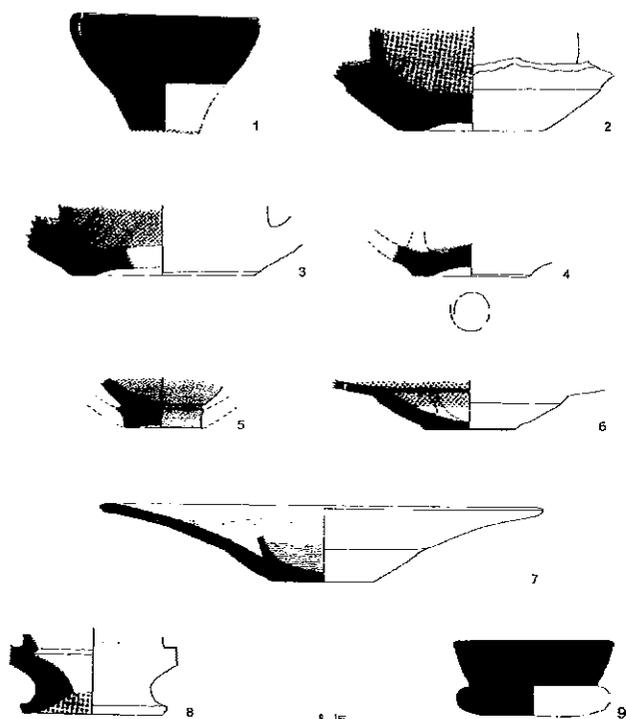


Figura 161. Santa Olaia: pebeteros (según Pereira, 1997: fig. 108).

constató tras el descubrimiento de los dos ejemplares de Villaricos y Tipasa (Lancel, 1968).

Más raro y de más difícil integración tipológica, es un pequeño vaso cubierto de engobe rojo (Pereira, 1997: 246, fig. 115, nº 2, fig., 117, B). Se trata de un recipiente con forma de pequeña olla, de perfil en S, con borde exvasado, cuello estrangulado, cuerpo globular y fondo convexo. Apenas 8,5 cm mide de altura.

La cerámica gris (fig. 162) está representada por:

1. Cuencos hemisféricos de borde engrosado en el interior (Rocha, 1908: lám. XXIII, nº 107-109);
2. Cuencos globulares, de cuello estrangulado, borde exvasado y fondo plano (*ibid.*: nº 115 y 117);
3. Pequeñas ollas de cuello estrangulado, borde exvasado, con o sin carena (*ibid.*: nº 118-121).

También en cerámica gris, se encuentran en Santa Olaia pequeños rollos de perfil anular, que parecen corresponder a soportes (*ibid.*: lám. XX lám. XXVIII nº 255.256).

Algunas cerámicas grises finas de Santa Olaia ya fueron objeto de análisis de laboratorio, siendo posible su caracterización físico-química (Cabral, Gou-

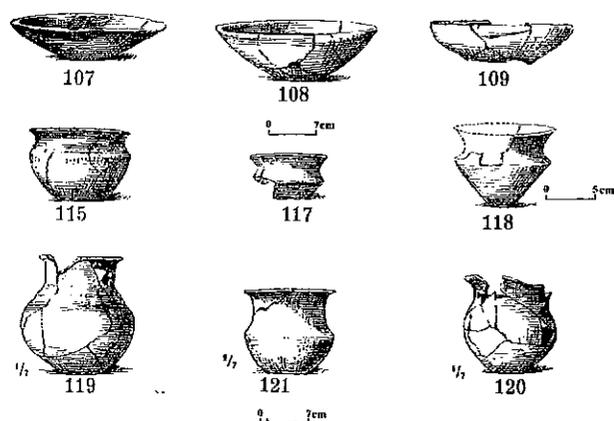


Figura 162. Santa Olaia: cerámicas grises (según Rocha 1905-8).

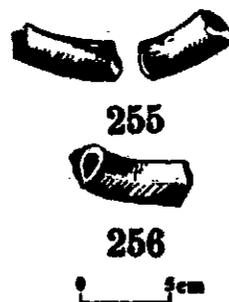


Figura 163. Santa Olaia: soportes (según Rocha 1905-8).

veia, Alarcão, y Alarcão, 1083; Cabral, Waerenborgh y Matias, 1986; Alarcão y Correia, 1994). Estos análisis, realizados también sobre ejemplares de este tipo cerámico recogidos en Lisboa y en Conímbriga, permitieron confirmar que se trata, en la gran mayoría de los casos, de productos locales, para los cuales se utilizaron fuentes de materia prima localizadas en las inmediaciones de los respectivos poblados (*ibid.*).

También se ha demostrado que estas cerámicas fueron objeto de intercambio entre los dos centros productores del valle del Mondego (Conímbriga y Santa Olaia), además este intercambio existió también entre regiones distantes geográficamente. De hecho, en el conjunto de cerámicas grises finas de Santa Olaia, fueron hallados ejemplares producidos tanto en Conímbriga como en Lisboa. Por otro lado, conviene resaltar que en las muestras de Conímbriga y de Lisboa se detectaron vasos fabricados en Santa Olaia (*ibid.*).

La cerámica gris fina y bruñida encontrada en Santa Olaia no difiere, desde el punto de vista tecnológico, ni formalmente, de la recogida en los poblados tartésicos de Andalucía Occidental, principalmente en Huelva, en el Cerro Macareno (Belén *et al.* 1977; Blázquez Martínez *et al.* 1979; Pellicer Catalán, 1982), y de la que se encontró en los yacimientos fenicios de la región gaditana (Schubart y Niemeyer, 1976, Schubart *et al.*, 1969). Este tipo cerámico es también bien conocido en el actual territorio portugués en yacimientos orientalizantes, como Setúbal, Alcácer do Sal, Santarém, Lisboa, Moinho da Atalaia, Conímbriga.

De Santa Olaia, se conocen cuatro ánforas enteras y varios fragmentos de borde (Rocha: 1908: lám. XXIV: 128-132; Frankenstein, 1997: 310-312, Pereira, 1997: 240-241. A pesar de que los dibujos publicados de los ejemplares enteros no coinciden en cuanto al perfil, pienso que las ánforas nº 8080, 1811 y 7941 (Frankenstein, 1997: 310-311) se pueden incluir en la Serie 10.0.0.0, Grupo 10.2.0.0., Subgrupo 10.2.2.0. de Ramón Torres (1995: 232-233, fig. 198). El ejemplar nº 7623 pertenece a otro tipo anfórico siendo fácil, incluirlo en la serie 11.0.0.0., Grupo 11.2.0.0., Subgrupo 11.2.1.0., Tipo 11.2.1.6. del mismo investigador (*ibid.*: 237, fig. 206). Esta clasificación tipológica permite datar las tres primeras ánforas en la segunda mitad del siglo VI a.C. y la última en el último cuarto del siglo V a.C.. Susan Frankenstein procede, en su obra, a una descripción breve de las pastas y engobes de estas ánforas, lo que permite afirmar, aunque con reservas, que todas provienen del área costera de la actual Andalucía, y que fueron fabricadas en los centros fenicios del litoral de Málaga y Granada. Las tres primeras tienen su origen en la región de Málaga, siendo posible que la última provenga de las alfarerías de la bahía de Cádiz.

Los bordes y las asas publicadas por Isabel Pereira (1997: 241, 242, figura 110 y 111) no permiten una clasificación tipológica precisa. La ausencia de descripción de las pastas impide, también, su atribución a un origen concreto. No obstante, las características morfológicas que presentan me permiten considerar la posibilidad de que la gran mayoría debe datar entre la segunda mitad del VI y finales del siglo V a.C., admitiendo que muchas de ellas tienen que haber sido importadas de los centros alfareros del área suroccidental de la actual España.

Las urnas tipo Cruz del Negro (fig. 165), designadas, a veces, en la bibliografía española, como «ánforas de cuello», pueden integrarse en el grupo de las cerámicas pintadas a bandas. A pesar de las diferencias que se observan en el diseño de por lo menos de una de las piezas, todo indica que las piezas publicadas por Susan Frankenstein (1997: lám. 31, nº 1563 y lám. 33, nº 260) y por Isabel Pereira (1997, fig. 119, nº 1 y 2, y fig. 122: B) correspondan a los mismos dos vasos ya presentados por Santos Rocha (1908. XXIII, nº 112 y 113). Los dos vasos conocidos presentan algunas diferencias tipológicas entre sí, lo que puede indicar alguna diferencia cronológica. Sin embargo, ambas piezas poseen asas bífidas y la decoración policroma remata la zona de las asas, signos de alguna antigüedad. La «urna» nº 1 de la fig. 119 de Isabel Pereira muestra características que permiten considerarla anterior al ejemplar nº 2 de la misma publicación. De hecho, la primera de las piezas mencionadas posee cuerpo ovoide, de tendencia globular. Lo que queda del fondo permite pensar que éste era cóncavo, y que su unión a la pared se realizó a través de un pié incipiente. El cuerpo de la pieza nº 2 es casi troncocónico, siendo aquí clara la concavidad del fondo y sin que ningún pié esté indicado.

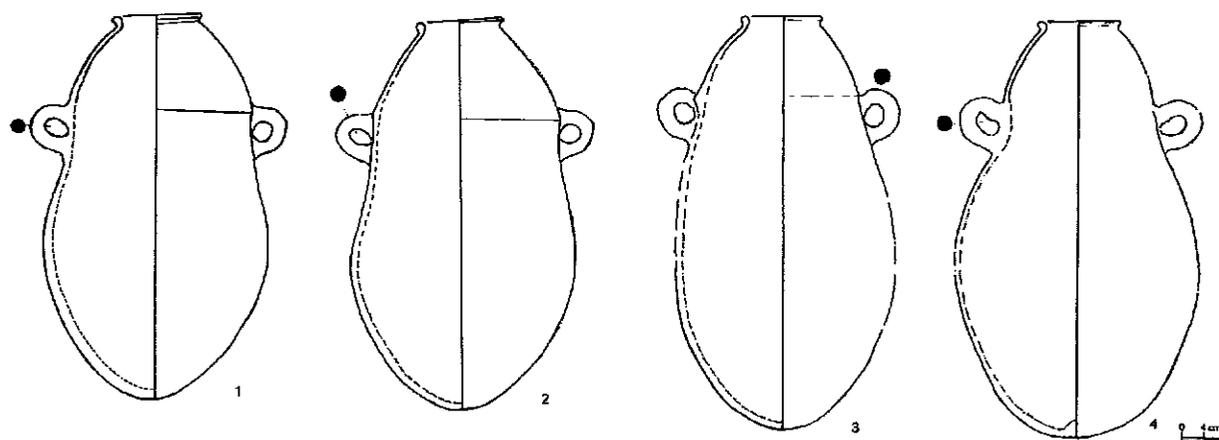


Figura 164. Santa Olaia: ánforas (según Pereira, 1997: 240, fig. 109).

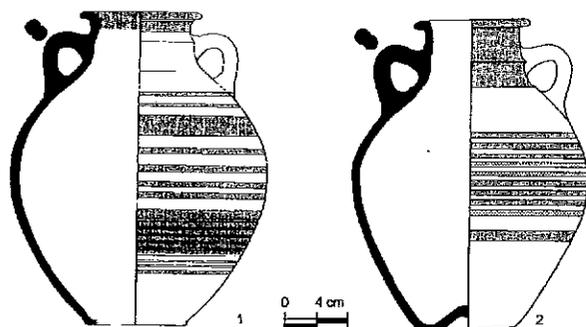


Figura 165. Santa Olaia: urnas de tipo Cruz del Negro (según Pereira, 1997: fig. 119).

Atendiendo a los paralelos conocidos en el Sur de España, pienso que es legítimo afirmar que la primera de las piezas corresponde a la primera mitad del siglo VII a. C. y que la segunda pertenece al final de este mismo siglo o a los inicios del siguiente. Es importante indicar que Santos Rocha afirma que estas piezas fueron recogidas en el poblado más antiguo y no en el medio, encontrándose ausentes en el poblado superior, en la «1ª etapa de la Edad del Hierro».

Abundantes en Santa Olaia son los *pitthoi* (fig. 166) de dos o cuatro asas y decorados con bandas pintadas rojas y negras (Rocha, 1908: XXIV, nº 133-134, 137-139, lám. XXV, nº 140; Pereira, 1997: fig. 112-114, Frankenstein, 1997: láminas 20-23 y 26-30). El cuerpo de estos vasos es ovoide, en forma de saco, si bien en algunos ejemplares se denota ya alguna tendencia globular. Los fondos son cóncavos y las asas son bífidas o, más raramente, trifidas (de doble o triple sección circular). La pintura en bandas y paralela al borde se encuentra sobre la panza. En el cuello, en el borde y en la superficie interna, inmediatamente siguiendo al borde, pueden poseer bandas de engobe rojo. En la panza, las bandas anchas de color rojo alternan, a veces, con líneas pintadas de negro.

Los *pitthoi* de Santa Olaia poseen cuellos muy cortos, a veces inexistentes, anchos y de paredes curvilíneas. La gran mayoría de los ejemplares posee un resalte en la unión entre el cuello y el cuerpo. La altura de estos vasos varía entre los 25 y los 40 cm, siendo los más altos aquellos que poseen cuatro asas, en cuanto que en los más bajos (25-27 cm) apenas se constata la existencia de dos. También debo señalar que en los primeros el cuerpo ovoide es de tendencia globular, presentando los segundos el típico cuerpo en forma de saco. Consideradas las características que presentan, es posible concluir que los *pitthoi* de Santa Olaia datan entre el inicio del siglo VII y finales del VI a.C.

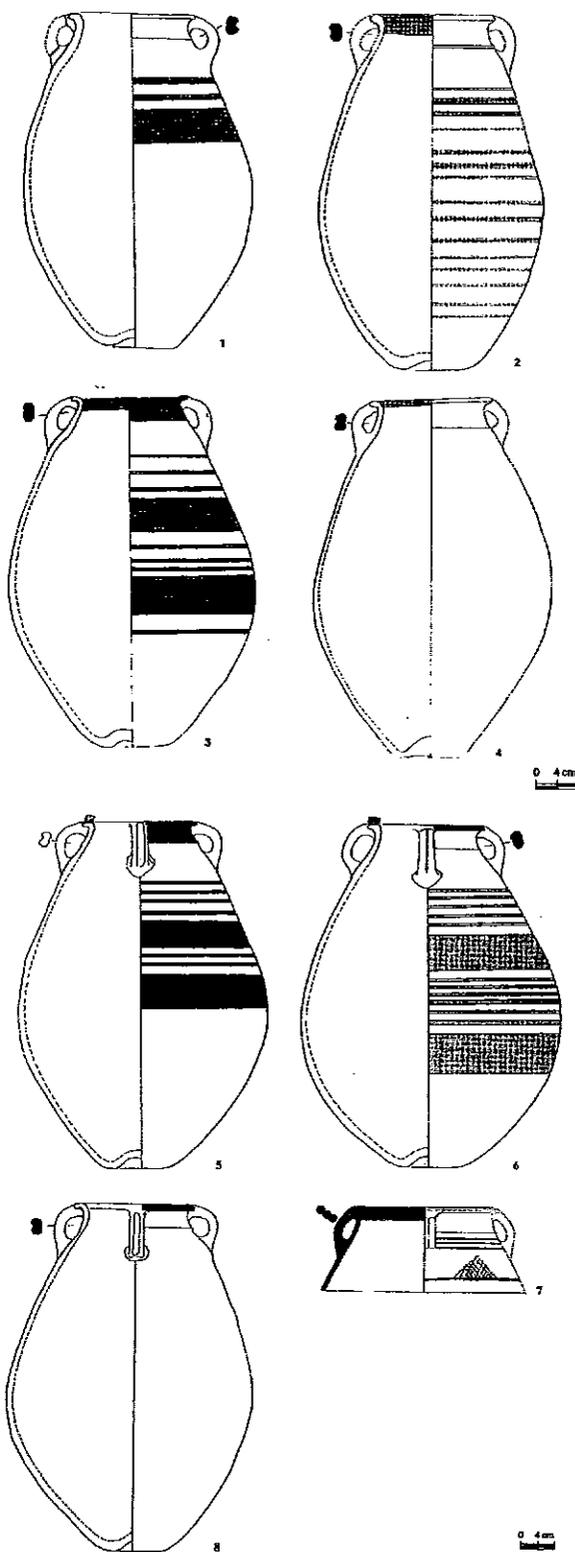


Figura 166 - Santa Olaia: *pitthoi* (según Pereira, 1997: fig. 113-114).

De hecho, teniendo en consideración los paralelos observados para los yacimientos fenicios y orientalizantes del Sur de la actual Andalucía, se puede afirmar que los *pitthoi* que presentan cuellos más anchos y menos acusados, y en los que no se detecta el resalte que los separa de la panza, son, efectivamente, más tardíos que aquellos que poseen cuellos más estrechos y más acentuados, nítidamente individualizados de la panza a través del característico resalte. Los últimos se pueden datar entre finales del siglo VIII y en el siglo VII a.C., en cuanto a los primeros, son ya productos fabricados en el siglo VI a.C.

Otro grupo de vasijas con las superficies decoradas con bandas policromas son los que se pueden denominar como «vasos ovoides», ya que es ésta la forma que presenta su panza (Rocha, 1908: lám. XXV; Pereira, 1997: figura 120; Frankenstein, 1997: lám. 18, nº 8995). Se trata de recipientes bajos (13-15 cm), de cuerpo ovoide de tendencia globular, de borde exvasado y aplanado, con cuello corto, más o menos estrangulado, vertical o exvasado, y cuya unión con la panza se efectúa a través de un pequeño resalte en todo idéntico al que aparece en los *pitthoi*. Las semejanzas entre ambas formas se pueden comprobar también en la estrecha banda de engobe rojo aplicada en la superficie interna, inmediatamente siguiendo el borde, y sobre el borde propiamente dicho, en el fondo cóncavo, y, como ya se ha mencionado, en las bandas pintadas que decoran su superficies externas.

Formalmente, estas vasijas se aproximan a la forma 7 de Cuadrado (1969), sin perder de vista que la tipología del investigador español apenas tienen en cuenta los vasos de engobe rojo. Dado lo que se conoce sobre las cronologías de esta forma, también detectada en el Sur del actual territorio español, por ejemplo en el Cerro Macareno (Pellicer Catalán *et al.*, 1983) y en Huelva (Rufete Tomico, 1988-89), es posible atribuir a los ejemplares de Santa Olaia una cronología situada entre el siglo VII y el siglo VI a.C. El perfil del cuello del vaso nº 1 de la fig. 120 (Pereira, 1997: 251), troncocónico invertido de paredes rectas, indica que este ejemplar puede presentar una relativa mayor antigüedad respecto a los restantes, nº 2 y 3 de la misma figura, que poseen cuellos de paredes más curvas. Al admitir estos parámetros en la asignación de las cronologías, me parece posible considerar al primero de los inicios del siglo VII y a los dos restantes ya en el siglo VI a.C.

Otro tipo de vasija con las superficies pintadas a bandas está representado, en Santa Olaia, por un único ejemplar (Pereira, 1997: 246, fig. 115, nº 1; Frankenstein, 1997: lám. 25). De hecho, y tal como se constató para las «urnas» tipo Cruz del Negro, las dos

representaciones gráficas (diferentes entre sí) no corresponden a dos vasos distintos, sino a uno mismo, debiendo señalar que el dibujo que Isabel Pereira publica es, en realidad, el que mejor representa el vaso en cuestión. Se trata de un recipiente alto (24,5 cm) de perfil en S, de borde exvasado, cuello corto y estrangulado separado de la panza por un resalte, cuerpo ovoide, y fondo convexo. Está decorado con engobe rojo aplicado sobre el borde y sobre el cuello. En la superficie exterior de la panza, y en su inicio, las bandas rojas alternan con superficies reservadas. También en la mitad superior de la panza, tres bandas rojas limitan dos áreas donde es visible una decoración reticulada, conseguida mediante la superposición de líneas pintadas de rojo y negro.

Este vaso se asemeja a la forma 32 de Cuadrado (1969) y V2 de Rufete Tomico (1988-89), y parece corresponder, por las características que presenta (cuello corto y acentuado con resalte en su unión con la panza), a un momento relativamente antiguo, teniendo en cuenta la evolución detectada para esta forma en la actual ciudad de Huelva (*ibid.*). Una datación en la primera mitad del siglo VII a.C. es pues perfectamente aceptable. Esta cronología se ve también reforzada por la pintura en retícula, que corresponde al esquema decorativo C de Toscanos, donde aparece en el horizonte IV de este yacimiento, datado en los inicios del siglo VII (Schubart *et al.* 1969).

La totalidad de las vasijas pintadas de Santa Olaia (*pitthoi*, «urnas» Cruz del Negro, vasos ovoides y vasos de perfil en S) son recipientes destinados al almacenamiento de alimentos, seguramente sólidos. Lo que no deja de impresionar es la variabilidad formal del conjunto, hecho verdaderamente único en el actual territorio portugués.

También con evidentes connotaciones con el mundo orientalizante se encontraron, en Santa Olaia, otros dos recipientes cerámicos. Según la reconstrucción gráfica que realiza Isabel Pereira (1997: 235, 1 y 2), se trata de dos pequeñas jarras, ambas diferentes desde el punto de vista tipológico.

La primera puede identificarse fácilmente con las formas que, en la bibliografía española, se acostumbra a designar como «ampollas». Se trata de un vaso de boca estrecha, borde engrosado en el exterior, cuerpo globular, cuello de tendencia cónica y asa de sección circular. El ejemplar de Santa Olaia está desprovisto de engobe o de cualquier otro tratamiento en su superficie exterior (*ibid.*: 221).

La pieza nº 2 puede representar una jarra de boca trilobulada, con cuerpo globular, cuello alto y cónico, asa de sección circular y fondo plano. En la superficie exterior, se observa un buen tratamiento y

estaba cubierta por un engobe rojo acastañado (*ibid.*). Dada la dimensión de los fragmentos de Santa Olaia, y a su más que hipotética reconstrucción gráfica, resulta difícil establecer la cronología de estas dos piezas, muy probablemente utilizadas para contener perfumes o ungüentos. Pero aún así, se puede anticipar que este tipo de objetos aparece con frecuencia en las áreas afectadas por la colonización o el comercio fenicio, áreas en las que están en uso entre el siglo VII y finales del VI a.C.

Mucho más extraña, en el territorio peninsular, es una forma «tonel» (fig. 167), que está completamente ausente en los inventarios de los yacimientos orientalizantes y de las colonias fenicias de la península Ibérica. En Santa Olaia, está representada por tres ejemplares (Rocha, 1908: lám. XXIII; Pereira, 1997: 247, figura 116), cuyos cuellos, bordes y asas, en todo se asemejan a las de las «urnas» tipo Cruz del Negro.

De hecho, los toneles de Santa Olaia poseen bordes aplanados y exvasados y cuellos cilíndricos con la característica moldura en medio del cuello, de donde arrancan las asas, que son bífidas. La semejanza con el tercio superior de una urna tipo Cruz del Negro es realmente evidente, diferenciándose, así, de los toneles conocidos tanto en los contextos del SE español, regiones de Murcia, Alicante y muy especialmente Valencia (Nordstrom, 1967; Fletcher Valls, 1957), como en los de los yacimientos de la Extremadura

española y el interior alentejano, concretamente los que provienen de las provincias de Cáceres y Badajoz (Hernández, 1979, Fletcher Valls, 1957) y del Cabeço de Vaiamonte, Castro da Azougada y Castro de Segovia (Gamito, 1983).

Las características formales que presentan el cuello y el borde de los toneles, y el mismo cuerpo cilíndrico, que recuerda a un ánfora del tipo más común en Santa Olaia, pero en posición inversa, permite, sin embargo, considerar que esta forma «bizarra» se encuadra bien en el contexto de este yacimiento, pudiendo datarla en la I Edad del Hierro. Su funcionalidad permanece un poco oscura, aunque no existen motivos para dudar que podría destinarse a almacenar líquidos, concretamente agua.

Algunas de las vasijas halladas en Santa Olaia tienen grafitos gravados (Rocha, 1908: 242-243, lám. XXVI y XXVII). Aparecen sobre platos y cuencos de engobe rojo, *pithei*, ánforas y cuencos de cerámica gris bruñida. La gran mayoría se encuentra sobre fragmentos, lo que hace difícil concretar si estamos ante la presencia de textos o de simples marcas de fabricación o de propiedad. Sin embargo, los que se encontraron sobre piezas más completas permiten que me incline hacia la última hipótesis, porque, si por un lado, parece evidente que fueron realizados tras la cocción, por otro parece claro que se trata de grafitos aislados, lo que les quita, en principio, cualquier valor fonético.

Los grafitos más abundantes (fig. 168) son aquellos que podrían corresponder al silabograma [Ta] (*ibid.*: lám. XXVII, n° 199-201, 206 y 207), que es común en toda la península Ibérica, además de que, dada la universalidad de su trazado (X), corresponde, muy probablemente, a una simple marca.

También los grafitos que podrían corresponder al silabograma [Ko] (*ibid.*: n° 202 y 203) aparecen en todos los sistemas de escritura peninsular, no sólo como símbolo fonético, sino también como simple grafito, como se observa, por ejemplo, en el Castro da Azougada - Moura (Beirão y Gomes, 1985). Dado el soporte en el que aparece, tanto en Santa Olaia como en Azougada, se debe considerar también como una marca, aunque no se puede dejar de pensar, considerando su trazado, que podría tener un valor de peso, como ya ha sido propuesto (Fernández Jurado y Correa, 1988-89).

La interpretación, como marca, de los grafitos de aspecto «arbóric» (*ibid.*: n° 214, 215 y 217) también se impone, ya que es difícil asociarlos a cualquier signo gráfico con valor fonético. De cualquier forma, es importante recalcar que la gran mayoría de los grafitos encontrados en Santa Olaia tienen buenos

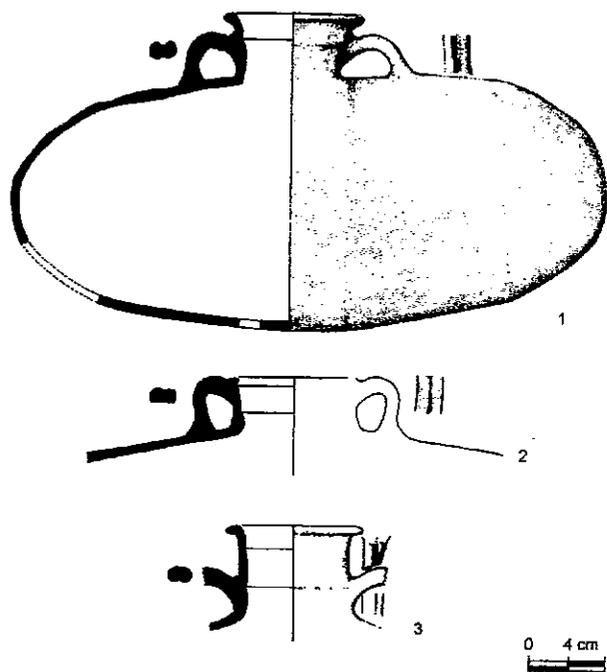


Figura 167. Santa Olaia: toneles (según Pereira, 1997: fig. 116).

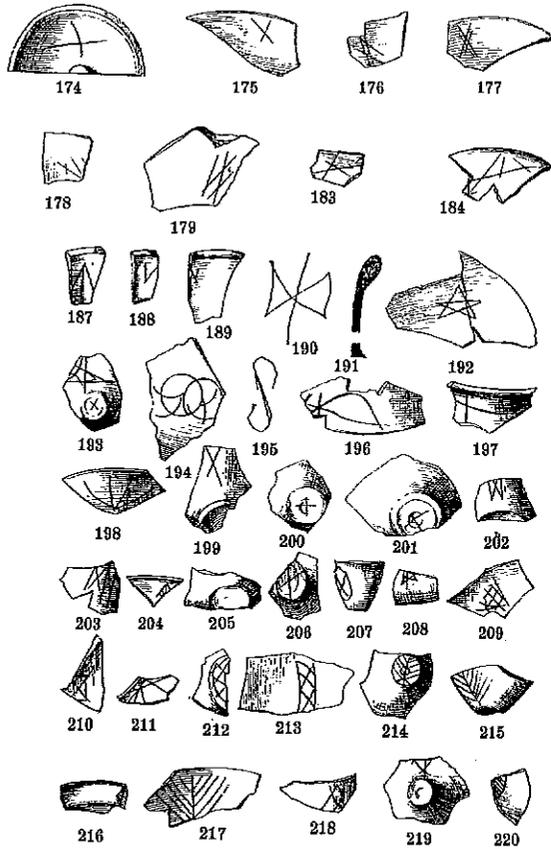


Figura 168. Santa Olaia: grafitos (según Rocha 1905-8: lám. XXVI y XVII).

paralelos en el territorio peninsular, principalmente en los yacimientos indígenas tartésicos, como Azougada y Huelva (Fernández Jurado y Correa, 1988-89), siendo posible relacionarlos con el sistema gráfico paleohispánico del Sudoeste.

Tampoco debe ignorarse que los grafitos sobre cerámicas no son frecuentes en esta época, ni en el territorio actual portugués ni en el español, por lo que parece que, justamente en Santa Olaia, se encuentra el mayor conjunto conocido.

El yacimiento de Santa Olaia estuvo ocupado durante la llamada II Edad del Hierro. A esta ocupación pertenecen, sin duda, los escasos fragmentos de cerámica ática datadas en el siglo V y IV a.C. (Arruda, 1997a), así como las fíbulas anulares hispánicas recogidas durante las excavaciones recientes (Pereira, 1997: 220).

Imposible de integrar cronológicamente son los numerosas fusayolas recogidas –cerca de 40 ejemplares – (Rocha, 1908: lám. XXVIII y XXIX), bien como

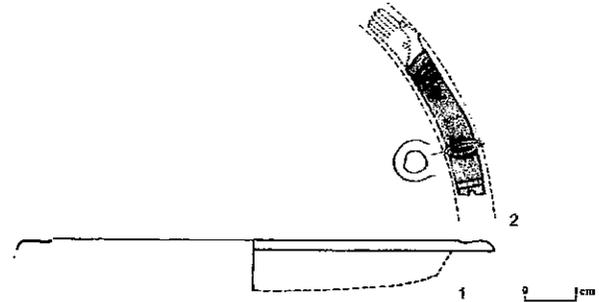


Figura 169. Santa Olaia: Fragmento de brasero (según Pereira, 1997: fig. 103).

las pesas de telar o de red (*ibid.*). Esta abundancia indica el peso que tuvo el textil en la economía de este yacimiento durante la Edad del Hierro, así como la actividad piscícola que ofreció, por razones obviamente comprensibles, una importante contribución a la dieta alimenticia de las poblaciones del hierro que habitaron Santa Olaia.

En cuanto a los restos metálicos, es necesario que se destaque la aparición de un fragmento de brasero con asas de mano y anillas de suspensión (Rocha, 1908: lám. XX, n° 61; Pereira, 1997: 220, 234, fig. 103, n° 1/2), cuya cronología exacta es difícil determinar, pero es posible que date del siglo VI a.C. Su filiación no levanta dudas, siendo común en los yacimientos tartésicos del Sur de España, generalmente en contexto de necrópolis y asociados a *thymyateria* y a *oinochoai*.

Las fíbulas (fig. 170) de Santa Olaia (Ponte, 1982) se integran en los tipos:

1. Sin resorte
2. Alcores;
3. Bencarrón;
4. Acebuchal.

Se trata, significativamente y como veremos, de los mismos tipos encontrados en Conímbriga.

Aunque todavía está por precisar debidamente la cronología de las fíbulas de los tipos mencionados, se puede avanzar que tienen su origen en el área del Mediterráneo, estando presentes en muchos de los yacimientos de Andalucía Occidental relacionados con la presencia fenicia. Más antigua, y con una cronología que se puede asignar al Bronce Final, es la fíbula sin resorte aquí encontrada, que se puede datar entre la primera mitad del siglo IX y el siglo VIII a.C. Son relativamente raras en el actual territorio portugués, donde, tras el ejemplar de Santa Olaia, fueron identificados en Conímbriga (Ponte, 1973, Alarcão *et al.*, 1976; Correia, 1993b), también en el estuario del Mondego, y en los niveles superficiales de Zambujal (Kunst, 1996).

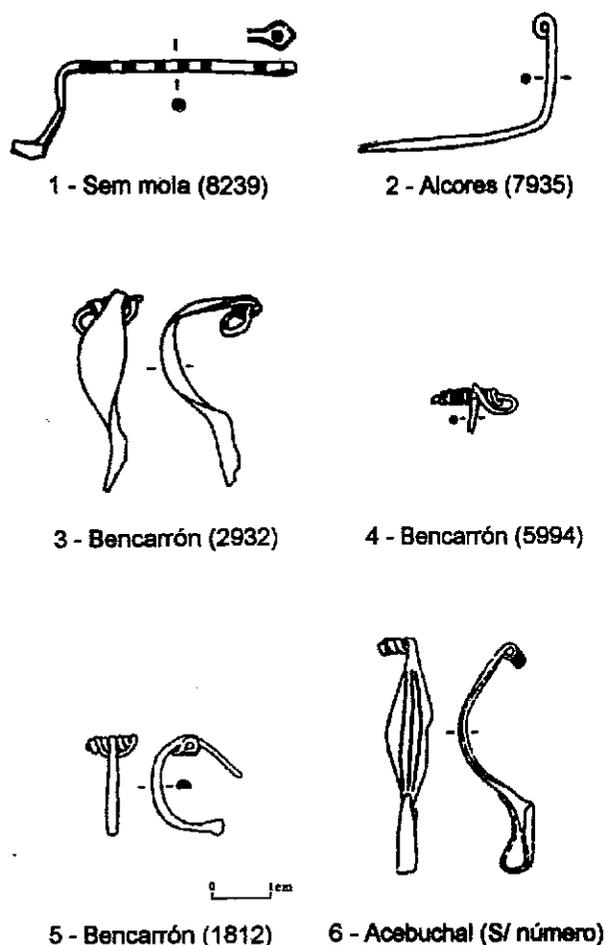


Figura 170. Santa Olaia: fibulas (según Pereira, 1997: fig. 102).

Adelanto, también, que la utilización de fibulas de los tipos Alcores y Acebuchal se puede datar a partir de la primera mitad del siglo VII a.C., mientras que el tipo Bencarrón parece haberse generalizado a partir de la primera mitad del siglo VI a.C. No deja de extrañar la ausencia, en este yacimiento, de fibulas de doble resorte, objetos de adorno frecuentes en los asentamientos fenicios del área meridional peninsular y de la fachada atlántica portuguesa, como por ejemplo en Abul. Este tipo de fibula está, no obstante, representado en Conímbriga (Ponte, 1973; Alarcão et al. 1976; Correia, 1993b), otro yacimiento del estuario del Mondego en el que la presencia fenicia se hace sentir desde temprano.

Otros objetos de cobre son más difíciles de clasificar, aunque parece que existen restos de aparejos de caballos (Rocha, 1908: lám. XVIII y XIX; Pereira, 1997: 220, 234, figura 103, nº 4,5 y 6).

Además de las fibulas, se recuperaron en Santa Olaia varias cuentas de collar, tanto de cerámica, como de pasta vítrea azul (Rocha, 1908: 350-351).

El descubrimiento más significativo de los realizados en Santa Olaia, en años recientes, como resultado de las excavaciones de urgencia que Isabel Pereira llevó a cabo en 1992-93, es una amplia zona destinada a la actividad metalúrgica (fig. 171). En una extensión de 22 metros de extensión, limitada al norte por la muralla, se encontró una batería de hornos de distintas tipologías, hornos que habrían estado en funcionamiento entre los siglos VII y el siglo V a.C. (Pereira, 1997).

La actividad metalúrgica, concretamente la que se refiere a la transformación del metal, ya había sido presentada por Santos Rocha, sobre todo por la detección de objetos que se podrían relacionar con esta actividad, concretamente algunas escorias y, sobre todo, por dos fragmentos de toberas (Rocha, 1908: 324, lám. XVIII, nº 18 y 19), que el abogado figueirense no tuvo dudas en interpretar como parte de un tubo de un «...folle empregado na forja». (*ibid.*).

Los hornos excavados en 1992, y que abarcaban un área de 960 m², eran circulares, semicirculares y piriformes. Los dos primeros tipos poseían muros de piedra exteriores, y estaban revestidos, en el interior, de una fina capa arcillosa que, además, revestía también el fondo de los referidos hornos. Los de forma piriforme estaban totalmente construidos con arcilla (Pereira, 1997: 215-218).

La presencia de tubos de ventilación (las toberas) y la utilización de carbón mineral, también encontrado próximo a los hornos durante las excavaciones recientes, revelan que era posible obtener temperaturas elevadas, capaces de transformar el mineral en hierro (*ibid.*).

Pero además de estos hornos, también se detectaron, en este sector, otras estructuras de combustión excavadas en la roca y presentando variadas tipologías (*ibid.*).

La actividad industrial de Santa Olaia fue, pues, intensa, aunque desgraciadamente no existen datos que aclaren cual fue el metal transformado. Aunque, actualmente, en la región en donde se localiza este yacimiento, no aparece señalado en el mapa minero ningún recurso metalífero, ello no significa que durante la Protohistoria esos recursos no estuvieran disponibles. Parece obvio que las cantidades de metal transformado en Santa Olaia eran considerables por lo que es razonable imaginar que el mineral transformado provenía de áreas geográficamente próximas. En este contexto, es útil recordar el topónimo «Ferrugenta», localizado en las inmediaciones de Crasto de Tavarede, y señalado en la carta 1: 25 0000.

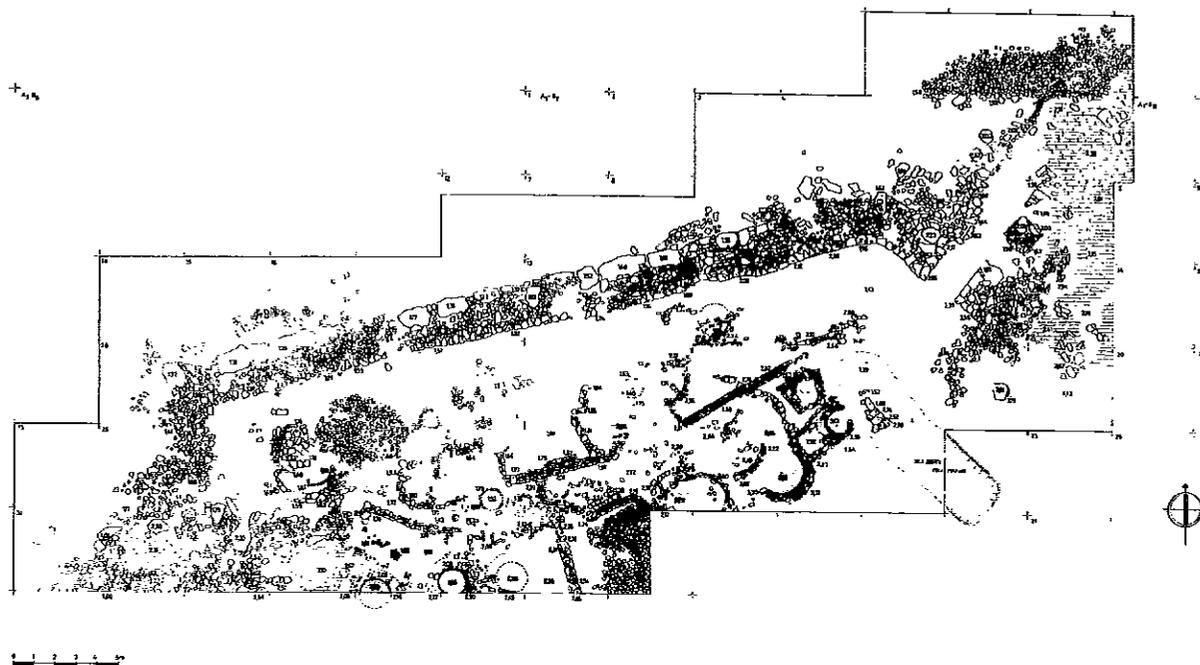


Figura 171. Santa Olaia: planta con la muralla y los hornos (según Pereira, 1997: fig. 100).

Tampoco deja de ser curioso constatar que no se encontraron crisoles de fundición o moldes, directamente asociados a los hornos o en ningún lugar del poblado. Todo indica que la actividad desarrollada en Santa Olaia comprendía únicamente la transformación y la purificación del metal, actividades, en este caso, claramente dissociadas de la producción de objetos. De este modo, parece efectivamente lícito pensar que el metal aquí transformado se destinaba, mayoritariamente, a la exportación por vía marítima, exportación que abastecería a los yacimientos fenicios occidentales del área gaditana.

Desafortunadamente, todavía no ha sido posible determinar con rigor el área exacta de Santa Olaia, para poder iniciar otro tipo de análisis. Como es sabido, no existe ninguna planta topográfica publicada de este yacimiento arqueológico, y no nos queda otra solución que trabajar con la planta esquemática, y de gran escala, que Santos Rocha dibujó en 1908 (fig.2). Los cálculos realizados sobre este documento permiten, no obstante, una aproximación relativamente exacta de la realidad, siendo posible estimar el área del poblado en cerca de media hectárea.

En este caso concreto, y para determinar la población que habitaría durante la Edad del Hierro, únicamente es posible tomar en consideración los cálculos que tienen por base la extensión de los yacimientos arqueológicos. Al desconocer si las estructuras de ha-

bitación excavadas por Santos Rocha corresponden a la totalidad de las habitaciones existentes en este yacimiento, me está vedada la posibilidad de calcular su número de habitantes a través de la fórmula establecida por Milasauskas (1972), que indica 1 habitante por 4,5 m² de área cubierta. Como es obvio, es también imposible, en este caso y, también en la totalidad de los restantes objeto de este trabajo, calcular la población, siguiendo el método Alien Fox (1983), que preconiza la existencia de una vasija de almacenamiento para cada seis adultos.

Así, efectivamente, sólo me queda contar con el área total del yacimiento y elaborar mis propios cálculos de acuerdo con las diversas fórmulas establecidas hasta el momento. De acuerdo con las propuestas de Renfrew (1972), a cada hectárea le corresponden 300 habitantes. De este modo, tendríamos en Santa Olaia una población de 150 habitantes, número que deberá corregirse de acuerdo con los cálculos realizados por Naroul (1962) – la población de un yacimiento arqueológico corresponde a un tercio de su área total – (cerca de 160 habitantes en Santa Olaia), o por Casselbery (1974) – el número de habitantes corresponde aun sexto del área total – (88 habitantes en Santa Olaia).

Atendiendo a lo que hoy conocemos sobre la ocupación de este yacimiento en el estuario del Mondego, principalmente la cantidad de restos arqueoló-

gico destinados al almacenamiento y, además, que gran parte de su superficie útil estaba ocupada con actividades industriales, me parece legítimo considerar que la población de Santa Olaia oscilaba entre los 100 y los 120 habitantes.

Este número levanta, inevitablemente, otras cuestiones mucho más complejas. Si aceptamos los cálculos realizados por Halstead (1989) y Ruiz Zapatero (1984), que establecen que cada individuo necesita por año de 200 a 210 Kg. de cereal, respectivamente, es necesario considerar que la población de Santa Olaia consumía, por año, entre 20.000 y 25.200 Kg. de cereal. Teniendo en cuenta que el cultivo cerealístico está estimado en 400 Kg. por hectárea (*Ibid.*), abastecer a Santa Olaia de cereales implicaría un área cultivada de cerca de 50 a 65 hectáreas.

De cierta forma, fueron estos cálculos los que me obligaron a determinar las áreas potenciales de recursos de este yacimiento, considerando que el hecho de estar instalado en una península o isla limitaba, considerablemente, la expansión de sus territorios de explotación, que necesariamente tendrían que extenderse hacia el Norte. Así, el territorio de 12 minutos cubre apenas una extensión de 12 hectáreas, área manifiestamente insuficiente para suplir las necesidades de cereales de la población de Santa Olaia. No obstante, el territorio de 30 minutos engloba casi 94 hectáreas de área, número ya perfectamente aceptable de acuerdo con los cálculos efectuados.

Desgraciadamente, no existen todavía datos tratados estadísticamente sobre el tipo de proteínas animales consumidas en Santa Olaia, ya que el estudio de la fauna respectiva está por concluir y publicar. Se puede, no obstante, avanzar que restos de bóvidos y ovicápridos fueron reconocidos por Santos Rocha (1908: 354), existiendo también varios indicios de consumo de productos marinos, como peces y moluscos (Rocha, 1908; Pereira, 1997).

En cuanto a la caza, es también Santos Rocha (1908:354) quien nos informa sobre su existencia, ya que recogió fragmentos que le permitieron hablar de venados, jabalís y conejo.

Lo interesante, sin embargo, es discutir si realmente las necesidades alimenticias de la población de este yacimiento arqueológico eran satisfechas por la producción local, o si las actividades relacionadas con la industria metalúrgica y con la textil dominaban a la actividad productiva, ocupando, mayoritariamente a la población. De hecho, está confirmada la existencia de molinos de mano en Santa Olaia (Rocha, 1908: 253-254), pero su número parece ser reducido, lo que no es compatible con la cantidad de cereal que debería ser consumido por año, y cuyo almacenamiento se

efectuaba, casi con seguridad, en las varias vasijas de grandes dimensiones aparecidas en cantidades apreciables, ya comentadas anteriormente.

Estas y otras cuestiones únicamente pueden ser debidamente entendidas si tenemos en consideración los restantes yacimientos del estuario del Mondego, que constituyen, juntamente con Santa Olaia, una red de poblamiento interactivo de características únicas en el litoral del actual territorio portugués en aquella época.

La recogida de carbones y fauna malacológica, durante las excavaciones de los años 90, permitieron la obtención de dos dataciones de radiocarbono (Pereira, 1996), cuya utilización es de poca utilidad, dados los intervalos obtenidos.

La datación ICEN 777 (madera carbonizada) después de calibrada, según la curva de Stuiver y Pearson, da una intercepción en el 392 cal a.C. y los siguientes intervalos de tiempo:

Para 1 sigma: 765- 116 cal a.C. (765 - 673, 667 - 612, 610 - 150, 149 - 116 cal a.C.)

Para 2 sigmas: 840 - 90 cal a.C.

La datación ICEN 778 (conchas), después de calibrada según curva de Stuiver y Pearson, da una intercepción en 767 cal a.C. y los siguientes intervalos de tiempo:

Para 1 sigma: 795 - 529 cal a.C. (795 - 752, 712 - 529),

Para 2 sigmas: 810 - 410 cal a.C.

Como se puede observar, los intervalos de tiempo obtenidos son, desde el punto de vista cronológico, tan amplios, que las dataciones acaban por no ofrecer elementos que proporcionen alguna utilidad práctica, permitiendo únicamente concluir que el poblado de Santa Olaia estuvo ocupado durante la Edad del Hierro, más exactamente durante la primera mitad del I milenio, hecho ya suficientemente conocido e innecesario de probar.

7.3.2. Crasto de Tavarede

Crasto fue descubierto por António dos Santos Rocha, arqueólogo que efectuó en el lugar excavaciones arqueológicas.

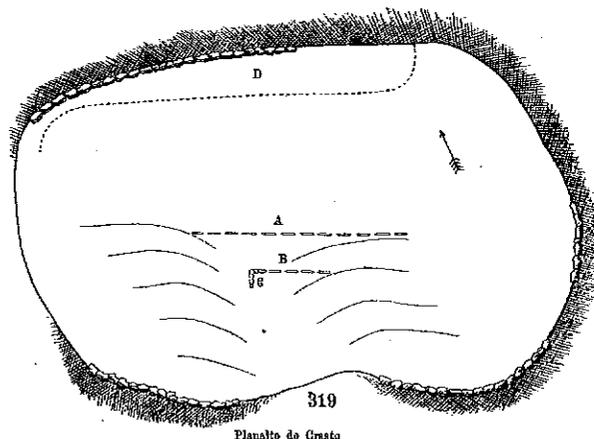
El poblado se localiza en la comarca de Figueira da Foz, parroquia de Tavarede. Se implanta en un cabezo alto, con cerca de 200 metros de cota, y tiene las siguientes coordenadas Gauss: P. 357.900; M. 139.540 (C.M.P. 239).

Crasto, un cerro aplanado en la cima, se destaca bien en el paisaje, posee excelentes condiciones na-



O Crasto visto do O.

318



Planalto do Crasto

Figura 172. El Crasto de Tavarede (según Rocha, 1905-8: lám. XXXII).

turales de defensa, con vertientes muy escarpadas, a excepción de la que está hacia el Norte. La cima aplanaada tiene una forma más o menos ovalada, midiendo el eje mayor 128 y el menor 85 m (fig. 171). Estas medidas permiten calcular un área útil de 1 hectárea.

Los trabajos de Santos Rocha llevaron a la identificación de una muralla y de algunas estructuras de habitación. A la vez que fueron puestos al descubierto numerosos restos.

La muralla, que rodeaba casi completamente el yacimiento, fue construida con piedras ligadas con arcilla, y tenía, en algunos trozos, una anchura de 4 metros. (Rocha, 1971: 107).

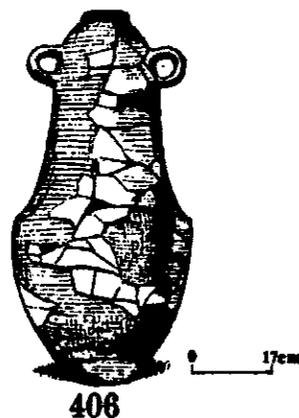
Santos Rocha descubrió también los restos de una estructura de habitación de planta rectangular (3,90 m x 2). Se trataba de los cimientos de una habitación que medía 0,50 m. de anchura máxima, y que estaban contruidos de piedras ligadas con arcilla. A semejanza de lo que ocurría en Santa Olaia, las paredes que se levantaban de estos cimientos serían de adobe, y la abundancia de cerámica de revestimiento donde eran visi-

bles los negativos «... dos ramos a que fora aplicada...» (*ibid.*: 110) indica que los techos de las habitaciones eran de ramas de árboles cubiertos con arcilla.

El área que Santos Rocha excavó en Crasto es considerablemente menor a la de Santa Olaia, siendo así comprensible que la cantidad de restos recogido en el primero de los yacimientos mencionado sea considerablemente inferior.

La cerámica a mano es aquí abundante, siendo también frecuentes las pequeñas ollas de cuerpo ovoide o globular, con cuello corto y estrangulado, algunas de las cuales presentan decoración digitada o incisa sobre el borde (*ibid.*: 120, lám. XXXII, n° 384, 391, 392). Este tipo de forma se puede incluir en el grupo «cerámica indígena de tipo primitivo» de Santos Rocha, que posee pastas groseras, con abundantes componentes no plásticos, y que presenta las superficies externas sin ningún tratamiento.

La cerámica a torno comprende cuencos con borde engrosado, de cerámica gris fina bruñida, y escasos fragmentos de platos y cuencos con superficies cubiertas de engobe rojo, de grandes vasijas de almacenamiento, pintadas en bandas, de ánforas y también alguna cerámica estampillada (*ibid.* lám. XXII, XXIII y XXIV). Los dibujos publicados por Santos Rocha, en los inicios de siglo XX, no permiten grandes consideraciones sobre este material, y únicamente un ánfora (fig. 173; *ibid.*, XXXIII, n° 406) posibilita un comentario un poco más detallado. Se puede incluir en la Serie 11.0.0.0, Grupo 11.2.0.0, Subgrupo 11.2.1.0., y, muy posiblemente, en el Tipo 11.2.1.5 de Ramón Torres (1995), lo que indica, para esta ánfora, una cronología centrada en la segunda mitad del siglo V a.C.. Su origen debe buscarse en los centros fenicios de la costa de Málaga y Granada.



406

Figura 173. Crasto de Tavarede: ánfora (según Rocha, 1905-8: lám. XXXV).

Es importante el hecho de que los análisis químicos realizados sobre fragmentos de cerámica gris fina de Crasto han evidenciado que este yacimiento importó, de Santa Olaia y de Conímbriga, vasijas de este tipo (Cabral *et al.* 1983 y 1986; Alarcão y Correia, 1994).

El conjunto de material cerámico de Crasto es pues, en gran medida, comparable al de Santa Olaia, a pesar de su inferior variabilidad formal y, como es obvio, de su menor número.

Como ya se ha comentado, se registró también en Crasto un conjunto de cerámicas estampilladas con impresiones triangulares y circulares, lo que parece indicar que la ocupación de este yacimiento se prolonga hasta la II Edad del Hierro, muy posiblemente hasta los siglos IV y III a.C. Hasta donde me fue posible investigar, esta variedad cerámica está ausente en Santa Olaia, donde los escasos estampillados no pertenecen a estos tipos.

Además de cerámica, también se recogieron pesas de telar y de red, fusayolas, y cuentas de collar.

Entre los objetos de adorno, se deben destacar las cuentas de collar de vidrio azul, algunas de las cuales son oculadas (AAVV, 1994), y, por su relativa rareza en el actual territorio portugués, un broche de cinturón, denominado de tipo céltico (Rocha, 1971: 115, lám. XXIX, nº 344; AAVV, 1994: 35).

En un trabajo reciente, José Carlos Caetano describe y comenta este broche de cinturón (en prensa). Se trata de una placa macho con gancho, constituido

por un talón y placa central romboidal, de escotaduras laterales abiertas. Posee tres perforaciones en la moldura y refuerzo en hierro en el interior, en la parte del gancho (fig. 174). Está decorado con dos líneas profundamente incisas, estando el espacio interior relleno de puntos y trazos impresos, en el centro de la placa romboidal hay un círculo impreso, con un punto en el interior (*ibid.*). Pertenece al tipo Cerdeño CIII1 (Cerdeño Serrano, 1978) o Acebuchal (Pazinger y Sainz, 1986), que poseen una cronología de finales del siglo VII y mediados del VI a.C.

El origen de estos broches de cinturón es, todavía hoy, muy discutido, existiendo argumentos de peso tanto para los defensores de la tesis que propone un origen centro-europeo, como para los que defienden que es en el Mediterráneo donde se encuentran sus prototipos. A pesar de todo, es segura la distribución meridional de este tipo de broche de cinturón en la Península Ibérica, con grandes concentraciones en Andalucía, muy especialmente en el valle del Guadalquivir.

Las fíbulas (fig. 175) son otro tipo de objeto de adorno presente en Crasto de Tavarede (Rocha, 1908: XXIX), habiéndose registrado, tanto ejemplares relativamente tardíos (siglo V a.C.), como es el caso de las anulares hispánicas, como fíbulas más antiguas, sobre todo del tipo Acebuchal y Bencarrón, cuyo inicio de utilización puede datarse a partir de la primera mitad del siglo VII a.C., en el primer caso, y en la primera mitad del VI en el último.

Contrariamente a lo que sucede con la hebilla de cinturón, no parecen existir dudas sobre el origen mediterráneo de estos objetos, debiendo señalar que, y con raras excepciones, los tipos presentes en Crasto son los mismos que se constatan en Santa Olaia y Conímbriga. De hecho, en Crasto no se encontró ninguna fíbula sin resorte, como sucede en Conímbriga y en Santa Olaia, y al igual que en este último yacimiento debe señalarse la ausencia de ejemplares de doble resorte.

De Crasto también proceden otros objetos de bronce, principalmente armas (daga y dardos), un cuchillo, alfileres y varias argollas, que según su dimensión, pueden ser brazaletes o anillas (*ibid.* lám. XXVIII, XXX y XXXI). Los tipos en los que se encuadran no permiten grandes precisiones de orden cronológico, pudiendo únicamente decir que datan de la Edad del Hierro.

Uno de los dos hallazgos que, por su rareza en el actual territorio portugués, más destaca en Crasto es un fragmento de ungüentario de vidrio azul opaco, realizado sobre un núcleo de arcilla, decorado con líneas paralelas de color amarillo, y líneas en zig-

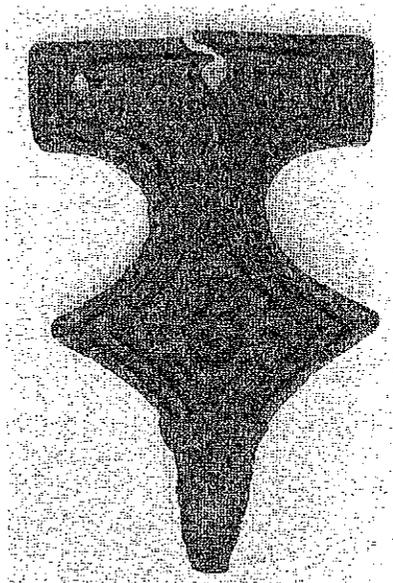


Figura 174. Crasto de Tavarede: broche de cinturón (según Alarcão, 1996b).

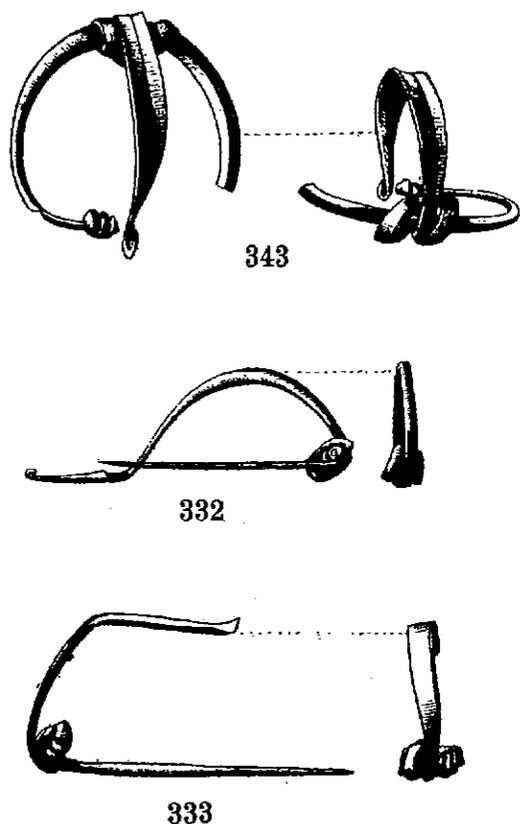


Figura 175. Crasto de Tavarede: fibulas (según Rocha, 1905-8: lám. XXXIII).

zag de coloración azul ultramarino (Rocha, 1971: 128, fig. 6, nº 6; AAVV, 1994: 33). Lo que queda de la pieza no permite saber a qué forma concreta de ungüentario pertenece este fragmento, pero el esquema decorativo y los colores utilizados posibilitan asignar el ejemplar de Crasto al primer grupo de Harden, pudiendo, de este modo, datarse entre mediados del siglo VI a.C. y los inicios del IV a.C.

Los molinos de mano aparecen también en este yacimiento arqueológico, lo que, como es obvio, indica que la actividad de molienda era practicada directamente en el lugar.

Tal como ya sucedía en Santa Olaia, no se dispone de ningún levantamiento topográfico de este yacimiento arqueológico, siendo pues difícil determinar con rigor el área del poblado, partiendo únicamente de la planta publicada por Santos Rocha (1971: lám. XXVII). Sin embargo, si a ésta planta se unen las informaciones que el arqueólogo figueirense ofrece (*ibid.*: 101) sobre las dimensiones del yacimiento, es posible calcular en cerca de 1 hectárea su área. Una vez más de acuerdo con los cálculos de Renfrew,

(Renfrew, 1972), tendríamos, en Crasto, una población que rondaría los 300 habitantes. Este número deberá ser tomado con las necesarias precauciones, ya que, según Santos Rocha (1971: 101-102), el número de habitaciones, que en este caso podían tener cerca de 9 m², no era, en este yacimiento, superior a 70.

Así, y si aceptamos que a cada 4,5 m² de área ocupada corresponde un habitante (Alarcão, 1992b), podríamos concluir que en Crasto vivieron cerca de 140 individuos. Si además se consideran las propuestas de Casselbery (1974), que, como ya se mencionó, considera que el número de habitantes corresponde a cerca de 1 sexto del área total de cada yacimiento, se puede estimar en cerca de 180 el número de habitantes de Crasto, teniendo en cuenta sus 11 000 m².

La lectura de los cálculos que realicé es de difícil interpretación, dadas las enormes disparidades que se registran cuando se utilizan las diversas fórmulas posibles. Sin embargo, y con las necesarias precauciones y reservas, me parece legítimo estimar entre 180 y 200 el número de habitantes de Crasto.

Al igual que para Santa Olaia, procuré establecer las cantidades de cereal necesario para abastecer esta población, y así conocer si los territorios potenciales de recursos eran suficientes para mantener una producción cerealística que satisficiera las necesidades alimentarias derivadas de esta producción. Hechos los cálculos de acuerdo con lo establecido por Halstead (1989) y Fernández y Ruiz Zapatero (1983) —un individuo/200 o 210 Kg. de cereal respectivamente— se llega a la conclusión de que en Crasto se consumía, por año, entre 36 000 y 41 000 Kg. de cereal. Sin perder de vista que el cultivo de cereal se estima en 400 Kg. por hectárea (*ibid.*), abastecer a Crasto de cereales, implicaba un área cultivada de cerca de 90 a 102,5 hectáreas.

Curiosamente, se constata que, y al contrario de Santa Olaia, el territorio potencial de recursos de 12 minutos corresponde a 112,5 hectáreas, que era, considerando que la totalidad del área no estuviese afectada al cultivo de cereales, largamente suficiente para suplir algunas de las necesidades alimenticias de la población de Crasto.

El territorio de 30 minutos engloba 606,3 hectáreas de extensión, área que permitiría una producción de cereales muy abundante, teniendo en consideración además que la región Sur y Oeste de este territorio poseen un relieve bastante acentuado, y cortado por abundantes líneas de agua, situación, de alguna forma, colmatada por lo que se constata al Nordeste de este mismo territorio de 30 minutos —terrenos casi desprovistos de cursos de agua.

También como para Santa Olaia, no existen datos, estadísticamente tratados, sobre el tipo de prote-

ñas animales consumidas en Crasto, ya que el estudio de la respectiva fauna nunca se realizó. Los datos que Santos Rocha avanza sobre este tema (1971: 131) indican que los bóvidos y los ovicrápidos eran los animales que más contribuirían en la dieta alimenticia de la población aquí instalada, existiendo indicios de consumo de animales marinos, principalmente moluscos. Con todo, la variedad de especies consumidas era claramente inferior a la que se constataba en Santa Olaia (*ibid.*; Rocha, 1908: 354), situación que no causa sorpresa dado las diferentes situaciones geográficas de los dos asentamientos en relación al estuario del Mondego. Más sorprendente es tal vez la ausencia de caza, principalmente de jabalí, actividad de la que, en Santa Olaia, Santos Rocha encontró abundantes restos (*ibid.*).

7.3.3. Chões

El yacimiento arqueológico de Chões fue también descubierto por Santos Rocha, que efectuó en el lugar algunos sondeos.

Localizado en la parroquia de Brenha, comarca de Figueira da Foz, en las proximidades de un valle fértil y bien regado, el asentamiento de Chões se implanta a 90 metros de altitud, en una zona pedregosa, pero de suave declive, en la frontera entre la Sierra de Boa Viagem y una vasta planicie. Tiene las siguientes coordenadas Gauss: P:359 000; M 141. 000 (CMP 239).

El asentamiento no presenta buenas condiciones naturales para la defensa «...o terreno é aberto e accessível de todos os lados ...» (Rocha, 1971: 134) y no estaba rodeado de ninguna estructura defensiva. Los trabajos arqueológicos que Santos Rocha efectuó en el lugar no abarcan áreas significativas, pero le permitieron excavar «...os fundos de duas cabanas...» (*ibid.*), pudiendo deducirse, por su descripción, que se trataba de fosas redondeadas, excavadas en la roca, que medían 1, 70 m x 1,40 m. En su interior, Santos Rocha recogió restos arqueológicos de la Edad del Hierro, principalmente un brazalete de bronce, así como cerámica de varios tipos y fabricación. La cerámica a mano es abundante, y presenta formas, decoraciones y manufacturas idénticas a las registradas en Santa Olaia y Crasto:

1. Pequeñas ollas, de pasta grosera, con abundantes desgrasantes, superficies sin tratamiento, y que presentan, raramente, los bordes dentados (Rocha, 1908, lám. XXXVII, nº 467)
2. Cuencos en casquete, de pasta fina y depurada, superficies cuidadosamente pulidas y paredes

poco gruesas (*ibid.*: nº 468; Pereira, 1993-94: 79-80, lám. III y IV).

Más escasas, son las cerámicas fabricadas a torno, que están representadas por:

1. Cuencos de cerámica gris fina bruñida (*ibid.*: 469);
2. Platos, que pueden presentar las superficies internas cubiertas de engobe rojo (*ibid.*: 470);
3. *Pithoi* de asas bifidas (*ibid.*: 471-472).

También se recogieron algunas fusayolas en el interior de estos «fundos de cabana» (*ibid.*). El arqueólogo figueirense no especifica el tipo de fauna que encontró, únicamente indica su sorpresa ante la casi total ausencia de fauna salvaje (*ibid.*).

También se debe indicar que en Chões existían otras estructuras ovaladas, que Santos Rocha no pudo excavar. Sin embargo, todo parece indicar que estamos ante la presencia de un asentamiento poco extenso, ocupado por una reducida población, cuya dimensión no es posible calcular. Esta población se dedicaría al pastoreo y a la agricultura, actividades que el tipo de asentamiento y la localización propician claramente. La realidad observada en Chões da solidez a la hipótesis de Isabel Pereira (1993-94) de que este yacimiento pudo corresponder a una finca agrícola.

El tipo de material encontrado no permite una gran precisión cronológica, pero no parecen existir dudas de que su ocupación dataría de la I Edad del Hierro, más concretamente de un momento localizado entre los siglos VII y VI a.C. Curiosamente, la ocupación de Chões no parece sobrepasar el siglo V/IV a.C., lo contrario de lo que ocurre en Crasto, todavía ocupado durante la II Edad del Hierro.

Son también los materiales lo que permite la integración del yacimiento de Chões en la red de poblamiento del Bajo Mondego (que englobaba a Crasto y Santa Olaia).

Se conocen buenos paralelos en la región del tipo de estructuras de habitación identificado, principalmente, y como veremos, en Conímbriga (Arruda, 1997b) y en Fonte de Cabanas (Rocha, 1971), y revela fuertes tradiciones del Bronce Final, época de la que en la región también se encuentran vestigios.

7.3.4. Fonte de Cabanas

Igualmente en la parroquia de Brenha, está localizado el asentamiento de Fonte de Cabanas, donde Santos Rocha efectuó, también, trabajos arqueológicos.

Fonte de Cabanas se sitúa en una franja de relieve poco acentuado, con 160 m de altitud, rodeada

al Sur y Oeste por las laderas septentrionales de la Sierra da Boa Viagem, donde existen terrenos provistos de abundantes líneas de agua. Al Este y al norte se encuentran zonas planas, casi todas constituidas por las dunas de Buarcos, con un reducidísimo número de cauces de agua.

Es imposible determinar la extensión del yacimiento, que no presenta condiciones naturales de defensa, ni se encuentra aparentemente protegido por ninguna estructura defensiva.

Sus coordenadas Gauss son: P - 358.930; M - 140.200 (CMP 239).

Los trabajos arqueológicos que Santos Rocha efectuó en el lugar le permitieron excavar cinco estructuras circulares, excavadas en la roca, próximas entre sí, y con diámetros que rondan los 1,45 m.

Cerámica a mano, idéntica a la de Crasto, asociada a alguna fauna malacológica, fue todo lo que Santos Rocha recogió en el lugar (Rocha, 1908).

Si bien es verdad que no existen muchos datos que permitan avalar una cronología exacta de la ocupación de este yacimiento, el tipo de estructuras de habitación, en todo semejantes a las registradas en Chões y en Conímbriga, que están datadas en la Edad del Hierro, posibilitan integrar en esta misma época al asentamiento de Fonte de Cabanas.

Las características de situación y el tipo de estructuras constatado, parece indicar que, también aquí, estamos ante la presencia de un asentamiento poco extenso, ocupado por una población reducida (imposible de calcular), cuyas actividades productivas deberían ser, preferentemente, el pastoreo y la agricultura. El yacimiento puede, pues, integrarse en la categoría de «finca agrícola».

7.3.5. Pardinheiros

El yacimiento de Pardinheiros se localiza en la parroquia de Quiaios, comarca de Figueira da Foz. Se sitúa en un valle, a 100 metros de altitud. Tiene las siguientes coordenadas Gauss: P - 360.130; M - 137.000, (CMP 228).

Santos Rocha realizó excavaciones en el lugar, pero no detectó ningún tipo de estructura de habitación ni ninguna otra (Rocha, 1971: 136). Le fue posible observar que los trabajos agrícolas habían perturbado todos los niveles arqueológicos, dado que las cerámicas medievales y romanas aparecían juntamente con materiales de la Edad del Hierro. En este yacimiento, recogió cerámicas a mano - «...fragmentos cerámicos de tipo primitivo...» (*ibid.*) - y, además, cerámica pintada a bandas policromas - «... um fragmento

de louça pintada, como a de Santa Olaia ...» (*ibid.*), lo que hace aceptable la suposición de que Pardinheiros estuvo ocupado durante la I Edad del Hierro.

En 1986, Isabel Pereira realizó un pequeño sondeo en este mismo yacimiento, comprobando las observaciones de Santos Rocha sobre la destrucción de la estratigrafía, ya que en la capa tres se puede constatar la aparición de cerámicas tardías y «... alguns fragmentos de cerâmica cinzenta, muito partida e de perfis não identificáveis ...» (Pereira, 1993-94: 84; AAVV, 1994: 40).

A pesar de la escasa información disponible sobre el yacimiento, entiendo que es posible aproximarle, en términos funcionales y cronológicos, a Fonte de Cabanas y Chões.

7.3.6. Conímbriga

Conímbriga se implanta en un espolón calcáreo, a 15 Km. al Sur de Coimbra. Se trata de una extensa meseta, con una altitud media de 105 metros, limitada al norte y al Sur por dos valles profundamente esculpidos, en el último de los cuales corre también la ribera de Mouros, que desemboca en el río Mondego. Desde el Sudoeste se tiene un gran dominio visual, siendo casi seguro que, en la Antigüedad, se avistaba desde aquí el estuario del Mondego. Esta zona de Conímbriga, hoy designada como «bico da muralha», es también el lugar donde el acceso al yacimiento es más difícil. La meseta presenta, con todo, mala defensibilidad en su lado Este, donde se constata la existencia de una vasta área plana.

La existencia de la ciudad romana no impidió que, desde hace tiempo, se reconociera una ocupación de la Edad del Hierro en el lugar que fue la sede de *ciuitas* de Conímbriga.

Fue Virgilio Correia quien, en 1912, encontró la ya célebre «camada pré-romana», lo que confirmaba que el lugar había sido ocupado en época prerromana, ocupación que el propio topónimo ya indicaba.

En las excavaciones luso francesas de los años 60, se comprobó, plenamente, que Conímbriga ya había sido habitada durante la Edad del Hierro, siendo debajo del *forum* y de las termas de Trajano donde se encontraron las pruebas arqueológicas de esta ocupación, consistentes en materiales cerámicos y en fibulas, así como estructuras de habitación (Alarcão y Étienne ed. 1974-1979).

Los trabajos de campo que yo misma tuve la oportunidad de realizar en la explanada del templo flaviano y en el «bico da muralha», en 1988 y 1989, también revelaron más restos arqueológicos de esta época.



Figura 176. Conímbriga, vista aérea (según Alarcão, 1999: 12).

ca, así como algunas estructuras de habitación en la primera zona mencionada (Arruda, 1988-89).

Los sondeos que Virgilio Hipólito Correia efectuó en la puerta de la ciudad de Augusto le permitieron concluir que la necrópolis de la Edad del Hierro estaría próxima a este lugar «...le remblais des rampes contenant de nombreux objets qui en provenaient. Il semble évident que cette nécropole devrait être proche, dans un rayon de deux ou trois cents mètres...» (Correia, 1997a: 38).

Las evidencias de esta ocupación son pues incontestables, siendo, con todo, difícil establecer con rigor la extensión del espolón calcáreo que fue ocupado por las poblaciones de la Edad del Hierro. Aún así, existen datos que permiten decir que esa extensión sería de una dimensión razonable, ya que, como ya se afirmó, de ella se encontraron vestigios en el «bico da muralha», en el área del *forum* romano (explanada del templo, plaza, basílica y senado), y en la zona de la palestra de las termas de Trajano. Virgilio Correia no indicó el lugar donde encontró su «camada pré-romana», pero puede deducirse de su trabajo que se localizaba junto a la muralla del Bajo Imperio, concretamente en el área en la que se sobrepone la pared SO del anfiteatro.

De las ocho hectáreas de la ciudad romana, y teniendo en consideración los datos anteriormente mencionados, se puede decir, con las necesarias reservas, que cerca de cinco estarían ocupadas durante la Edad del Hierro.

Se debe también constatar que existen datos suficientes para concluir que la ocupación de la Edad del Hierro en Conímbriga fue antecedida de otra, inmediatamente anterior, y datada en el Bronce Final, ésta tal vez más circunscrita al área del «bico da muralha».

De hecho, fue en este lugar donde recogí abundantes materiales perteneciente a esta cronología, en todo idénticos a aquellos que Virgilio Hipólito Correia identificó en los fondos del Museo Monográfico de Conímbriga (1993b) y que provenían, también, de esta zona específica (fig. 177).

Los inicios de la ocupación humana en Conímbriga deben remontarse a mediados del III milenio a.C. o al Calcolítico Final; ya que, y también en el «bico da muralha», pude recoger algunos fragmentos de cerámica campaniforme.

Es importante comenzar con que, hasta el momento, no existe en Conímbriga una secuencia estratigráfica vertical que comprenda la totalidad de la ocupación prerromana (pre- y protohistórica), ya que las construcciones civiles y religiosas posteriores afectaron gravemente esa deseada estratigrafía, siendo de este modo, difícil establecer cronologías relativas a la contemporaneidad probable entre materiales o estructuras.

En este contexto, parece importante comenzar este análisis comentando los diferentes tipos de estructuras de habitación de la Edad del Hierro halladas en Conímbriga. Dejando de lado aquellas que corresponden al «barrio indígena», una vez probado el hecho de que no pertenecen a la Edad del Hierro (Arruda, 1988-89), se encuentran en la explanada de las termas de Trajano y en la zona del *forum* habita-

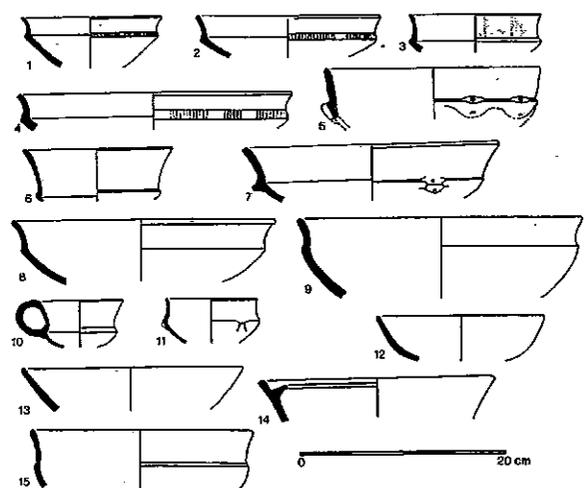


Figura 177. Conímbriga: cerámicas del Bronce Final (según Correia, 1993: 225).

ciones de planta rectangular, con cimientos contruïdos de piedras unidas por arcilla y paredes de adobes (Alarcão y Étienne, 1977).

En el área excavada por mí en la explanada del templo flaviano, las estructuras de habitación detectadas consisten en fosas excavadas en la piedra calcárea, de forma general ovoide, una de las cuales poseía 6,40 metros de longitud (Arruda, 1997b). Sobre estos fondos de cabaña, se alzaban estructuras de madera, apoyadas en postes, cuyas evidencias también pude encontrar, mediante numerosos orificios abiertos en la roca y que interpreté como «hoyos de poste» (*ibid.*). Los suelos de estas habitaciones eran de arcilla compactada, siendo la única semejanza existente entre estas construcciones y aquellas otras halladas en la zona de las termas (*ibid.*).

El tipo de construcción constatado en la explanada del templo presenta fuertes semejanzas con las que Santos Rocha encontró en Chões y Fonte de Cabanas (Rocha, 1971), ya comentadas en el punto anterior, pareciendo evidente que es en el Bronce Final donde se deben buscar los orïgenes de este tipo de estructuras de habitación, bien diferentes de las construcciones pétreas, de tipo mediterráneo, halladas en Santa Olaia y en otros lugares de la ciudad de Conímbriga. Desgraciadamente, y a pesar del rigor y meticulosidad utilizados por mí en esta excavación, no fue posible establecer ningún tipo de relación o secuencia cronológica entre uno y otro tipo de construcciones. Lo que puedo afirmar, sin sombra de duda, es que las cerámicas recogidas en el interior de estas fosas presentan formas y tipos decorativos que permiten asociarlas a un momento relativamente avanzado de la Edad del Hierro, siendo perfectamente aceptable atribuirles una cronología de la segunda mitad del I milenio a.C. Esta cronología, que fue confirmada por una datación de radiocarbono (*ibid.*), no deja de causar alguna extrañeza, sobre todo si consideramos que las habitaciones de piedra de planta rectangular encontradas en las termas de Trajano y bajo la plaza del *forum*, la basílica y el senado de Augusto eran más antiguas, hecho que los resultados de las excavaciones que allí tuvieron lugar, en la década de los 60, tal vez no autoricen confirmar.

Es también importante comentar que no es absolutamente seguro que los materiales hallados en el interior de estas fosas estuviesen depositados en un contexto primario, siendo, también, posible pensar que, aunque así fuese, pudiera haber ocurrido una reocupación de estructuras construidas en un momento anterior.

Toda esta situación me impide, pues, relacionar, directamente, cualquier estructura de habitación con

los restos del Bronce Final y de la I Edad del Hierro que se recogió en el yacimiento, restos estos que, no siempre, se pueden diferenciar con facilidad. De hecho, la ausencia de una secuencia estratigráfica, hace que sea difícil definir, con precisión, a qué periodo exacto corresponden algunas cerámicas a mano y también ciertas fibulas, sobre todo las que carecen de resorte y las de doble resorte.

Sin embargo, los materiales que yo misma tuve la oportunidad de descubrir, en contexto seguro de la Edad del Hierro, me permiten decir que la cerámica a mano está representada, en esta época, por ollas de pastas groseras y superficies apenas alisadas o cepilladas, y bordes a veces dentados, por pequeños cuencos, carenados o no, con pastas finas, bien depuradas, superficies cuidadosamente pulidas y fondos en ónfalo (*ibid.*: 21, figura 4 y 5).

Estas cerámicas tienen evidentes similitudes de fabricación, tanto a nivel de las pastas, como, y sobre todo, a nivel de tratamiento de las superficies, con las que fueron atribuidas al Bronce Final, a pesar de que muchas de estas, y al contrario de aquellas, poseen, sobre la carena, decoración bruñida y/o mamelones ovalados perforados horizontalmente (Correia, 1993b: figura 3). Estas últimas características formales y decorativas parecen ser exclusivas de las cerámicas del Bronce Final, una vez que ningún fragmento fue, aparentemente, recogido en las excavaciones luso-francesas de los años 60. Esta situación, y además el hecho de que estas cerámicas provinieran, en la totalidad, del «bico da muralha», permite concluir que la ocupación de esta época estaba restringida a esa zona. Con la ocupación del Bronce Final también pueden relacionarse los elementos de hoz (*ibid.*: 238, fig. 5), igualmente encontrados en el «bico da muralha», y, con menos certeza, la fíbula sin resorte y de doble resorte (Ponte, 1973, Alarcão *et al.* 1976; Correia, 1993b).

Seguramente de la Edad del Hierro son las cerámicas grises finas (fig. 178), con tres manufacturas bien caracterizadas (Correia, 1997: 240), en todo idénticas a los que se registran en yacimientos orientalizantes, tanto en Andalucía, como en el restante territorio actualmente portugués, principalmente en Castelo de Alcácer (Silva *et al.* 1980-81), en Moinho da Atalaia (Pinto y Parreira, 1978) en Alcáçova de Santarém (Arruda y Catarino, 1982; Arruda, 1993; Arruda en este trabajo). Estas cerámicas fueron, casi en su totalidad, fabricadas en el territorio de Conímbriga, aunque se registraron escasos ejemplares provenientes de Santa Olaia (Cabral *et al.*, 1983; *idem*, 1986; Alarcão y Correia, 1994).

En general, las formas presentes en Conímbriga están representadas indistintamente en las tres ma-

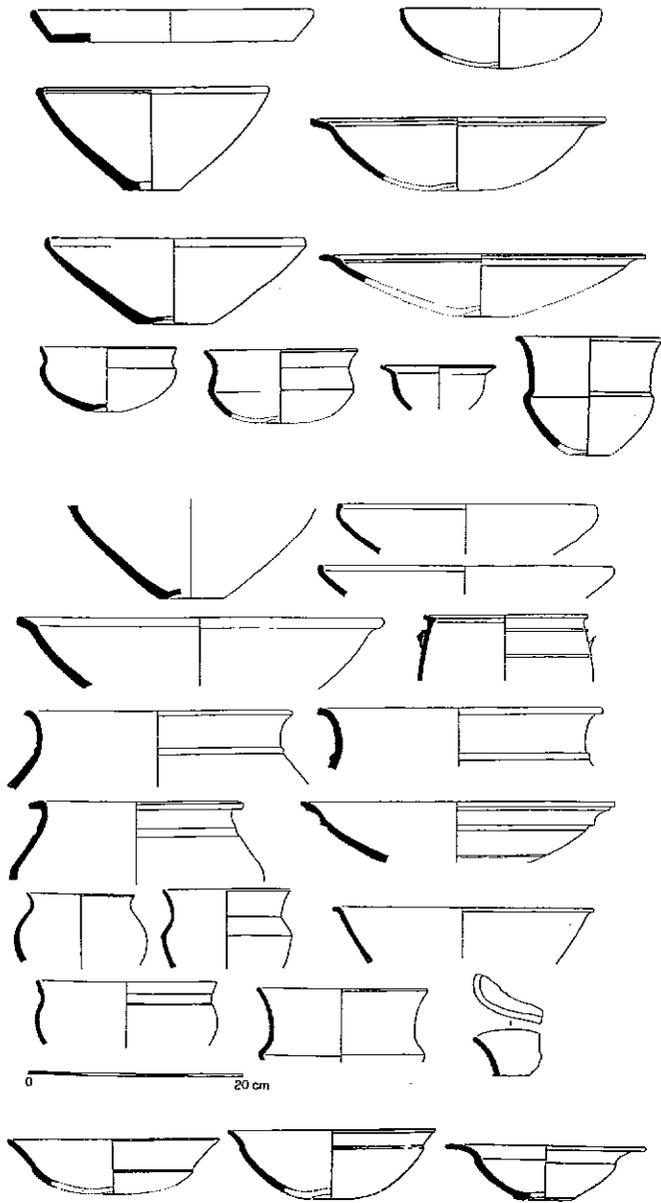


Figura 178. Conímbriga: formas de cerámica gris (según Correia, 1993).

nufacturas más comunes, y tampoco se diferencian de las que conocemos de otros yacimientos, siendo abundantes los cuencos hemiesféricos, con o sin borde engrosado en el interior, los cuencos de borde aplanado y exvasado, los vasos globulares de perfil en S, con o sin carena y los vasos tipo chardón (Alarcão, 1975: 58-59; Correia, 1997: 238-243).

Una cuarta manufactura fue identificada macroscópicamente, aunque no ha sido objeto de aná-

lisis fisicoquímicos. Sin embargo, las formas fabricadas con este tipo de pasta se distancian de las representadas en las restantes manufacturas (Correia, 1993: 242), habiéndose sugerido que podrían tratarse de importaciones del sur de la Península Ibérica, o de piezas provenientes de talleres de expansión local o regional, con difusión geográfica significativa. Esta fabricación y estas formas podrían constituir el grupo más antiguo de las cerámicas grises finas de Conímbriga (Correia, 1993b: 241-245).

La cerámica gris fina de los grupos 2 y 3 fue utilizada hasta por lo menos el periodo flaviano (Alarcão, 1975; Correia, 1993b), hecho que, en ausencia de una secuencia estratigráfica segura, dificulta cualquier tentativa de ordenación tipológica.

No en tanto, parece que no quedan dudas de que la utilización de esta cerámica se inició en Conímbriga en un momento relativamente antiguo de la Edad del Hierro, concretamente a partir del siglo VII a.C.

En cuanto a la cerámica de engobe rojo (fig. 179), Conímbriga ofrece platos de tipo P2a P2b, cuencos carenados del tipo C2b y C3a y vasos del tipo V1 de la tipología de Rufete Tomico (Alarcão, *et al.*, 1976).

Nuevamente es difícil evaluar las fechas de estos materiales, ya que algunos criterios que se venían utilizando en la atribución de cronologías se encuentran desfasados. De hecho, está claramente demostrado que la anchura de los bordes de los platos no se puede utilizar para establecer dataciones, metodología que, abusivamente, se ha propagado entre los investigadores que se ocupan del periodo en cuestión, como consecuencia directa del trabajo realizado para los platos de engobe rojo de Toscanos (Schubart, 1975).

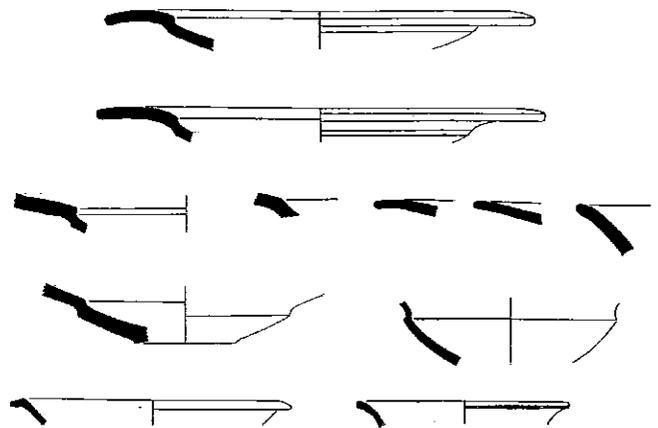


Figura 179 - Conímbriga: cerámica de engobe rojo (según Correia, 1993: fig. 11).

Así, y reconociendo una vez más la ausencia de contextos estratigráficos seguros, y teniendo, por ello, únicamente en consideración los paralelos formales que se pueden establecer para algunos de los ejemplares recogidos en este yacimiento del Baixo Mondego, debe decirse que estos materiales pueden oscilar entre finales del siglo VIII a.C./primera mitad del VII a.C. y el primer cuarto de siglo VI a.C., aunque la gran mayoría debe ser considerada contemporánea de aquellos que se encontraron en Santa Olaia.

La cerámica pintada a bandas policromas está igualmente presente en Conímbriga (fig. 180), habiéndose recogido *pithei* de asas bifidas, borde exvertido y cuello separado de la panza por un resalte (Alarcão, *et al.* 1976). Un vaso globular, también registrado en este yacimiento, debe destacarse, sobre todo, por su relativa rareza (*ibid.*: 7, lám. II, nº 40). Tanto en el actual territorio portugués, como en el área andaluza, los vasos globulares (forma 31 de Cuadrado) de cuerpo esférico, cuello cilíndrico y borde exvasado, no son abundantes. En Portugal, y además de en Conímbriga, esta forma está presente en Santa Olaia (*supra* 3.1.1.4.3.1.), lo que naturalmente reviste especial significado.

También de cerámica pintada es el soporte anular (Alarcão, *et al.*, 1976: 8, lám. II, nº 46), formalmente semejante a los que se encontraron en Santa Olaia, a pesar de que en este último yacimiento los

ejemplares conocidos son de cerámica gris fina (*supra*).

La cerámica pintada a bandas de Conímbriga es de difícil datación en sí misma, ya que no existen perfiles completos (a excepción del vaso globular). Sin embargo, y atendiendo al perfil de los cuellos, pienso que puede considerarse la existencia de ejemplares del siglo VII a.C., muy posiblemente de la primera mitad (*ibid.*: lám. I y II, nº 25, 30 y 31), y también fragmentos que pertenecen ya al siglo VI a.C. (*ibid.*: lám. I, nº 21 y 26). La presencia, en Conímbriga, de cerámica pintada de inicios del siglo VII a.C. está también constatada a través de la pintura en retícula, esquema decorativo datado en esta época (Schubart *et al.* 1969; Pellicer Catalán, 1969).

Las ánforas se reducen a escasos fragmentos de borde (*ibid.*: lám. I, nº 13-20), hecho que dificulta su adscripción tipológica y, consecuentemente, su atribución cronológica. Sin embargo, las características del perfil del borde y del labio hacen posible pensar que se trata de ejemplares pertenecientes a la Serie 10.0.0.0., Grupo 10.1.0.0., Subgrupo 10.1.2.0., Tipo 10.1.2.1. de Ramón Torres (1995: 230-231, fig. 196-198), siendo obvio que esta clasificación está realizada con las necesarias reservas. Este tipo de ánfora fue fabricado entre el 2º cuarto de siglo VII a.C. y mediados del VI a.C., en varios centros del sur de España, pero también del lado africano del Estrecho de Gibraltar (*ibid.*). Atendiendo a la descripción de las pastas de los ejemplares de Conímbriga (Alarcão *et al.*, 1976: 6), las ánforas analizadas pueden pertenecer al grupo de Málaga de Ramón Torres (1995: 256-257), cuyo ámbito geográfico exacto es todavía difícil de precisar, ya que engloba toda la franja costera malagueña y parte de la de Granada (*ibid.*).

Las fibulas de la Edad del Hierro de Conímbriga (fig. 181) son relativamente numerosas y presentan alguna variedad tipológica, perteneciendo a los siguientes tipos: (1) sin resorte; (2) doble resorte; (3) Bencarron, (4) Alcores; (5) Acebuchal.

Como ya tuve ocasión de comentar, no deja de ser curioso constatar que estos tipos son exactamente los mismos que se registran en Santa Olaia, a excepción de las fibulas de doble resorte, ausente en este último yacimiento.

Sobre la fibula de doble resorte, concretamente el tipo Schule 2a, sería conveniente destacar que se trata de un tipo específicamente peninsular. El origen de estas fibulas suscita todavía alguna polémica, existiendo investigadores que defienden que, a semejanza de sus congéneres italianas, podrían derivar de fibulas chipriotas, mientras que otros, como Virgilio Correia por ejemplo (1993b: 263), no ratifican la hi-

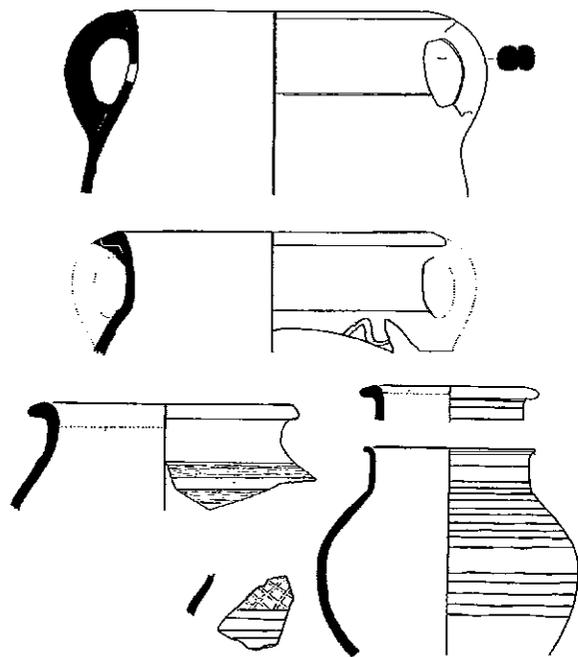


Figura 180. Conímbriga: cerámica pintada (según Correia, 1993: fig. 12).

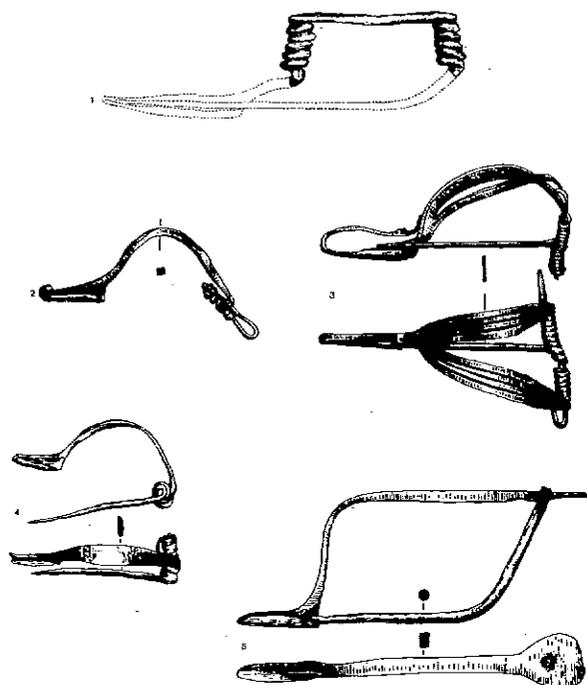


Figura 181. Conímbriga: fibulas (según Correia, 1993: fig. 199).

pótesis de que la fíbula de doble resorte, tipo Schule 2ª, resulta de una evolución de las fíbulas de codo o de arco multi-curvilíneo.

El inicio de la producción y utilización de las fíbulas de doble resorte, tampoco, está totalmente esclarecido, ya que no son infrecuentes en contextos del llamado Bronce Final, siendo el mejor ejemplo de esta situación su aparición en Coroa do Frade - Évora (Arnaud, 1979), a la que podríamos añadir, con algunas reservas, el ejemplar de Alpiarca (Marques y Andrade, 1974; Ponte y Vaz, 1989). Con más seguridad, puede decirse que las fíbulas de doble resorte fueron usadas durante todo el siglo VIII a.C. y que su utilización se prolonga, tanto en Andalucía oriental como en el área atlántica hasta el siglo VII a.C., cronologías demostradas por los contextos de su aparición en Trayamar, Chorreras, Ponte de Noy, Toscanos y Setefilla.

Más complejo de analizar es el caso de las fíbulas sin resorte, representadas en Conímbriga por cinco ejemplares (Ponte, 1973a y b; Alarcão *et al.*, 1979; Correia, 1993b). Éstas son raras en el territorio portugués, encontrándose únicamente en Santa Olaia (*supra*) y en Zambujal (Kunst, 1996). No existen elementos que permitan encuadrar este tipo de fíbula en ninguna tipología conocida, y es difícil atribuirle al-

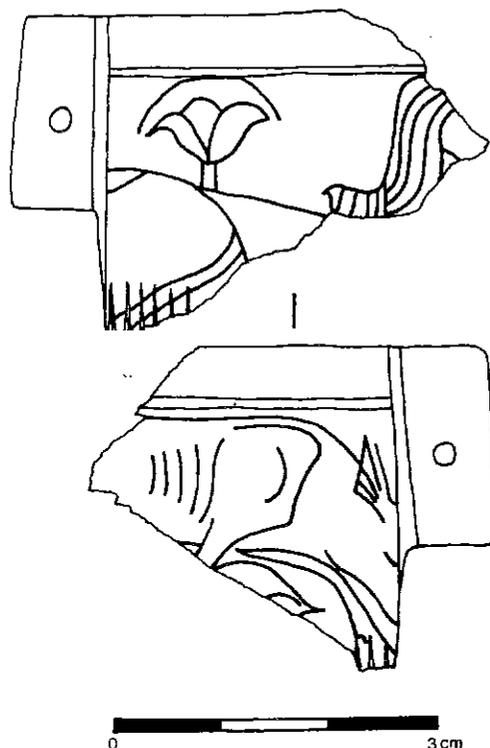


Figura 182. Conímbriga: peine de marfil (según Correia, 1993b: fig. 18).

gún origen concreto o una cronología fiable. Parece, con todo, que podemos estar ante un elemento que fue utilizado a partir del Bronce Final, y que no tuvo ni difusión ni cambios apreciables, cayendo en desuso a partir de los inicios de la Edad del Hierro. Una cronología situada entre el siglo X a.C. y los inicios del VIII a.C. parece ser la más probable. Si no fuese por la aparición de una fíbula de este tipo en el área extremeña (Zambujal - Torres Vedras), podríamos decir que se trataba de un tipo estrictamente regional, dada su concentración en la región del Bajo Mondego.

En cuanto al origen y cronología de las restantes fíbulas de Conímbriga, la situación es, en general, más tranquila. Las fíbulas Alcores y Acebuchal pueden ser datadas a partir del siglo VII a.C., en cuanto a la difusión de las fíbulas Bencarron tuvo su inicio en la primera mitad del siglo VI a.C. (Cuadrado, 1963).

De sabor indiscutiblemente oriental es el peine de marfil de Conímbriga (fig. 182), publicado en diversas ocasiones (Alarcão *et al.*, 1979: 148, n° 244; Gomes, 1990: 77; Correia, 1990: 183), siendo, en 1993, precisado su dibujo (Correia, 1993b: 257-260, fig. 17 y 18). Indiscutiblemente integrado en el Grupo C de

Blanco Frejeiro (Blanco, 1960), es posible atribuirle una cronología situada entre el 600 y el 450 a.C. Se trata de una pieza importada, cuyo lugar de producción es, todavía, problemático, ya que continua sin existir consenso sobre el origen exacto de los peines de marfil peninsulares, a pesar de que el origen cartaginés está, hoy en día, completamente descartado.

Si la producción de peines de marfil peninsulares debe situarse en Fenicia o bien en talleres fenicios occidentales localizados en el Bajo Guadalquivir o en la región de Cádiz, es un debate aún abierto desde el momento en que María Eugenia Aubet defiende la segunda hipótesis (1978; 1980; 1982-3; 1983 a), considerando que los mismos peines de marfil de Cartago o de Heraion de Samos habrían sido fabricados en la Península Ibérica por los fenicios occidentales contrariamente a las posiciones más tradicionales más en la esfera de Bisi (1969).

Si bien no quedan dudas de que es en Oriente donde debemos buscar el origen de la técnica, del estilo y de la decoración, las dataciones que proporcionan los peines de marfil peninsulares (llegando a alcanzar los siglos V y VI a.C. en el Castillo de Doña Blanca), parece, de hecho, indicar a la Península Ibérica como centro productor, admitiéndose que estos productos eran fabricados a partir de marfil importado en bruto de la región magrebí.

Me parece indispensable iniciar el comentario que la ocupación protohistórica de Conímbriga merece, mencionando que la elección de este asentamiento como lugar de habitación fue, claramente, anterior a la llegada de los fenicios al estuario del Mondego. Este hecho está, como anteriormente mencioné, claramente constatado por la presencia de algunos escasos fragmentos de cerámica campaniforme, y también por el descubrimiento de restos arqueológicos del Bronce Final.

En el estudio que realizó sobre las cerámicas del Bronce Final de Conímbriga, Virgilio Hipólito Correia (Correia, 1993b) pretendía demostrar que algunas de ellas se relacionaban con el Norte del territorio actualmente portugués, mientras que otras se asemejaban, por la forma y por la decoración, a las del tipo Lapa do Fumo y Alpiarca. El establecimiento de estos paralelos para los restos cerámicos que tenía en análisis llevó a este investigador a proponer para ellos una secuencia cronológica y cultural que, al no poder ser contrastada con ninguna estratigrafía, me parece francamente abusiva. Además de eso, los materiales son, por un lado, escasos, y por otro, no presentan, con claridad, elementos característicos definidores de áreas «geo-culturales» concretas, como, además, el propio autor reconoce (*ibid.*: 277).

Es preciso también decir que no es un cierto «aire de familia» lo que puede funcionar como indicador de entidades de filiación común, y que no ha sido posible, hasta el momento, identificar arqueológicamente la periodización propuesta que, además, creo que no está autorizada a partir de los materiales publicados.

Virgilio Hipólito Correia consideró que Conímbriga estaba, en una primera fase del final de la Edad del Bronce (siglo XI-X a.C.), vinculada al área más septentrional de Portugal, y que fue en un momento de transición del Bronce Final a la Edad del Hierro (segunda mitad del siglo IX a.C.) cuando este asentamiento comenzó a establecer contactos preferenciales con el sur peninsular, lo que sería demostrable a partir de la presencia de cerámicas comparables a las de tipo Lapa do Fumo y Alpiarca (*ibid.*: 271).

Como ya tuve oportunidad de mencionar, no concuerdo con la elaboración de periodizaciones en base a simples similitudes tipológicas de materiales, pensando que es necesario tener en cuenta los contextos locales lo que, hasta el momento, no ha sido posible recuperar en el yacimiento. Además de eso, no acredito que la aparición de cerámicas decoradas con retícula bruñida signifique, obligatoriamente, «sistemas de intercambio e interacción» entre Conímbriga y las regiones del sur peninsular, principalmente con la Extremadura Portuguesa o con Andalucía occidental. Insisto en que la ausencia de una secuencia estratigráfica observada en Conímbriga, para periodos anteriores a la época romana, pesa en alguna tentativa de elaborar secuencias cronológicas y culturales, y no creo que esas secuencias puedan ser sustituidas por materiales arqueológicos descontextualizados.

Me queda, por tanto, concluir que Conímbriga estaba ya ocupada cuando los comerciantes fenicios llegaron a la desembocadura del Mondego, y que esa ocupación es, por ahora, difícil de definir en términos económicos y sociales. Sabemos, sin embargo, que los actores de este escenario usaban cerámicas a mano y practicaban una agricultura de tipo cerealístico, como puede deducirse por las hoces de sílice denticuladas (*ibid.*: 238, fig. 5). Esta ocupación data del Bronce Final que, en este caso, puede corresponder a una época entre los siglos X y VII a.C.

Todo indica que en la segunda mitad del siglo VIII a.C., más exactamente al final, se verifican los primeros contactos entre los habitantes de Conímbriga y los comerciantes fenicios, que en esta misma época llegaron a la desembocadura del Mondego.

Por los motivos ya muchas veces mencionados a lo largo de este trabajo – tales como la ausencia de una estratigrafía para la Protohistoria de Conímbriga

y la inexistencia de asociaciones claras entre los materiales y las diversas «estaciones prerromanas» de Santa Olaia, se hace difícil apreciar una sincronía en la antigüedad de uno de los yacimientos en relación con el otro. Este problema desgraciadamente no parece haber sido resuelto por los trabajos más recientes, por lo menos a partir de lo ya publicado.

Sin embargo, algunos indicios pueden efectivamente hacer retroceder las fechas del material orientalizante de Conímbriga para algunos (pocos) años antes de Santa Olaia. No fue la anchura de los bordes de los platos de engobe rojo de Conímbriga (claramente inferior a los 5 cm) lo que pesa, exclusivamente, en esta atribución cronológica, ya que, como ya referí anteriormente, este criterio no puede ser utilizado sin reservas y sin que otros factores sean tomados en consideración. Con todo, al realizar los cálculos para la determinación de los cocientes establecidos entre la anchura de los bordes y los diámetros del total de los platos se obtienen valores situados entre 58 y 45, lo que representa, efectivamente, un valor relativamente alto, comparable a los estratos arcaicos de los yacimientos fenicios de la costa de Málaga o de Cádiz. En los últimos yacimientos mencionados, se ha probado que estos cocientes son, casi siempre, bajos en los niveles tardíos (siglo VI a.C. – 30-34), mientras que los que se acostumbra a datar en el siglo VIII y VII a.C. son altos, correspondiendo los coeficientes entre 45 a 60 a los niveles datados en los últimos años del siglo VIII a.C.

Los platos de Santa Olaia presentan, generalmente, bordes anchos y diámetros cortos, lo que implica cocientes bajos, entre 30 y 34, hecho que no debe ser olvidado en este caso.

De cualquier forma, pienso que, en cuanto a este aspecto, es realmente necesario esperar que sean publicados los materiales procedentes de las nuevas excavaciones estratigráficas realizadas en Santa Olaia, y, tal vez así, se aclare definitivamente esta cuestión.

No obstante, volveré más tarde al asunto cuando analice el poblamiento de la I Edad del Hierro del Baixo Mondego, ya que el significado real y la funcionalidad de estos dos asentamientos merecen todavía alguna reflexión.

También sobre Conímbriga debe decirse que sus territorios potenciales de recursos de 12, 30 y 60 minutos fueron calculados en 137,5, 756,2 y 2837,5 hectáreas, respectivamente.

Admitiendo que la Conímbriga de la Edad del Hierro tuviera un área de 4,5 hectáreas habría que suponer, de acuerdo con los cálculos de Renfrew, que el número de sus habitantes rondaba los 1350 individuos. Si se corrigen estos datos, a través de la

hipótesis de Casselbery (1974) – el número de individuos corresponde a un sexto del área del poblado – habría que admitir que en Conímbriga vivían cerca de 750 habitantes. Pienso que un número situado entre las 800 y las 1000 personas se aproxima al valor correcto.

Si en este caso también se establece que cada individuo necesita de 200 a 210 kilogramos de cereal por año para que su subsistencia esté asegurada, estoy obligada a considerar que a Conímbriga tendrían que llegar entre 160.000 y 210.000 kilos de cereal por año. Para que esto fuera posible, y teniendo en consideración que la producción cerealística está estimada en 400Kg. por hectárea, sería necesario que los terrenos cultivados poseyeran áreas entre 400 y 500 hectáreas, área ésta considerada en el territorio potencial de recursos de 30 minutos (que, como ya mencioné, fue estimado en 756,2 hectáreas).

Desgraciadamente, tampoco aquí existen datos sobre el tipo de proteínas animales consumidas durante la primera mitad del Iº milenio a.C., pero, y atendiendo a lo poco que se conoce de Santa Olaia y Crasto, debemos admitir que los bóvidos y ovicrúpidos, además de la caza, completarían la dieta alimentaria de la población instalada en Conímbriga, por lo que ciertamente sus territorios potenciales de recursos de 30 minutos y 1 hora, 756,2 y 2837,5 respectivamente, serían, en parte, utilizados como pastos.

7.4 EL POBLAMIENTO DE LA I EDAD DEL HIERRO EN EL ESTUARIO DEL MONDEGO: LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO Y LAS RELACIONES ENTRE LOS ASENTAMIENTOS

Una observación atenta sobre el mapa de distribución de los yacimientos de la I Edad del Hierro de la comarca de Figueira da Foz permite verificar que la ocupación humana se organizó en un único site cluster, localizado inmediatamente al norte del estuario del Mondego. De hecho, aquí se concentran los cuatro yacimientos arqueológicos de esta época (Crasto, Chões, Fonte de Cabanas y Pardinheiro), que presentan, sin embargo, características de implantación y áreas de ocupación distintas entre sí. Cerca de unos 10 km hacia el Este de este área, se encuentra Santa Olaia, yacimiento situado en una pequeña isla del antiguo estuario, próxima a su margen derecho.

Atendiendo a lo que se conoce de los yacimientos, descritos anteriormente, puede decirse que la zona ocupacional registrada se jerarquiza en dos tipos:

1. Pequeños asentamientos, implantados en cotas más o menos bajas, donde no se materializó nin-

gún tipo de preocupación de orden defensivo, con superficies limitadas, un número de habitantes reducido y vestigios de estructuras de habitación de características no mediterráneas, donde incluyo Chões, Fonte de Cabanas, Pardinheiro, además de que se podrían unir también, con reservas, Arieiro y Lírío;

2. Poblados de cerca de una hectárea, situados sobre una cota alta, con buenas condiciones naturales de defensa y rodeado por una muralla, con viviendas construidas en piedra y adobe y donde se recoge abundante material arqueológico: un único caso conocido, el Crasto de Tavarede.

Me parece significativo la discrepancia entre los dos casos, ya que la diferencia que se observa entre ellos no se fija sólo en su dimensión, sino en el conjunto de factores más amplio ya especificado. Así, no se trata únicamente de grandes y pequeños «yacimientos de *habitat*», lo que sería exclusivamente una constatación mecánica, de la cual no se podrían extraer grandes conclusiones, sino de diferencias reales entre los asentamientos, lo que parece indicar que se está, de hecho, ante un poblamiento jerarquizado.

Esta situación me lleva a concluir que Crasto fue un «lugar central» de la zona ocupacional observada al norte de la desembocadura del Mondego, desempeñando el papel de centro político y económico. Los restantes yacimientos, las granjas agrícolas de Chões, Fonte de Cabanas, Pardinheiro y, tal vez también, Lírío y Arieiro, se integraban en un área de influencia directa de Crasto, que poseía una clara superioridad estratégica.

Crasto, con capacidades defensivas naturales, rodeado además por una fortificación, con un área relativamente extensa, un considerable número de habitantes y un dominio visual amplio, englobaría en su territorio pequeños asentamientos de *habitat* de reducidas dimensiones, escasamente habitados, sin ninguna preocupación de orden defensivo, situados en cotas bajas, y cuyos habitantes se dedicaban a actividades productivas, concretamente a la agricultura, al pastoreo y tal vez también a la extracción de metal.

Esta conclusión, que creo es válida por los datos existentes, me obliga también a considerar que sería en Crasto donde residiría la elite político-administrativa, que controlaba y administraba la producción del área circundante, producción generada por las poblaciones que habitaban los pequeños asentamientos mencionados que estarían sometidos a Crasto.

Así, pienso que es perfectamente admisible aceptar estar, en este caso, delante de relaciones típicas del modelo de subordinación, donde existe un poblamiento interactivo, que, como pretendo demostrar, se

relaciona, íntimamente con la instalación de fenicios en Santa Olaia. Admito también como posible que la ocupación de Crasto, en gran parte motivada por la presencia de poblaciones exógenas en la región, se efectuó con poblaciones provenientes de Conímbriga (o de *Aeminium*), cuando la elite allí residente sintió la necesidad de instalar más cerca de Santa Olaia una comunidad humana cuyas actividades productivas contribuyesen para suplir algunas necesidades de la población fenicia allí instalada.

No tengo, en verdad, grandes dudas en considerar que el asentamiento de Santa Olaia fue fundado y habitado por poblaciones exógenas, concretamente de origen fenicio occidental. Al contrario de lo que Robert Étienne pretende (1997: 276), pienso que es justamente la lectura del trabajo publicado por Isabel Pereira (1997), y, naturalmente, también los que Santos Rocha dio a conocer, los que permiten extraer esta conclusión.

Efectivamente, Santa Olaia continua siendo hasta hoy el yacimiento de la Edad del Hierro del actual territorio portugués que ofrece el número más significativo de cerámicas orientalizantes u orientales, sin dejar de impresionar no sólo por su número, sino también por su diversidad formal. En cuanto a la ocupación del espacio de la vivienda, hay que decir que las estructuras tienen grandes dimensiones (75 m²), son de planta rectangular (Santos Rocha, 1908: 348, lám. XVII - T), presentándose algunas divididas en compartimentos (*ibid.* A, B, y C). Las excavaciones de Santos Rocha permiten deducir que también la población creció de forma rápida, obligando a la construcción de nuevos edificios («1ª y 2ª fase de la Edad del Hierro»), que, de una forma general, siguen el mismo tipo de organización espacial, desarrollándose en los mismos dos ejes de «3ª fase de la Edad del Hierro». Si la concepción del espacio habitado deja percibir, sin duda alguna, un plano arquitectónico que nada tiene de local, también las técnicas de construcción (cimientos de piedra y paredes de adobe) tienen un indiscutible sabor oriental.

Los impresionantes restos de actividad metalúrgica encontrados en las excavaciones recientes de Santa Olaia, únicos en Portugal, son prueba indiscutible de la existencia de un numeroso grupo de metalúrgicos especializados, que dominan muy bien las técnicas y los procedimientos. Este conocimiento y dominio técnico de la actividad metalúrgica y, sobre todo, la organización social que esta situación deja percibir, permite admitir la existencia, en el yacimiento, de poblaciones externas al área del bajo Mondego, en particular, y del actual territorio portugués, en general.

La localización del yacimiento, en el estuario del Mondego, y su implantación, una pequeña isla en la base de la cual fue construido un muelle de embarque (*supra*), son el mejor indicador de que Santa Olaia fue, de hecho, un asentamiento fundado por los fenicios occidentales.

Pienso que su abandono en el siglo VI a.C. es también un claro indicio de que se trata, efectivamente, de una fundación exógena y *ex nihilo*, una vez que, ciertamente, cesó la actividad comercial de los fenicios occidentales en la costa occidental portuguesa que implicó su desaparición, pero que no determinó el abandono ni la decadencia de los poblados indígenas de la región, como Conímbriga y Crasto.

Continuar negando aquí lo que la evidencia arqueológica no podía haber mostrado más claramente, como recientemente ha hecho Robert Étienne (1997: 276), me parece un falseamiento de los datos inaceptable, sobre todo porque la admisión pura y simple de la realidad en nada desmerece el asentamiento de Abul, ni disminuye su importancia.

La instalación de fenicios en Santa Olaia fue ciertamente precedida por contactos previos, ya que es necesario pensar que esa instalación dependía de la existencia de recursos que la justificasen y de la posibilidad de su explotación. Esa existencia y esa posibilidad implicaba, por tanto, no sólo el conocimiento de la región, si no también el contacto directo con la población que allí habitaba, siendo obvio que sólo ella podía proporcionar el acceso a los recursos y, de algún modo, garantizar la fundación y el funcionamiento de Santa Olaia.

Realmente no es posible admitir la instalación de poblaciones exógenas, que pretendan la explotación y exportación de los recursos locales de algún territorio, sin un « consentimiento » previo de la población que en él habita, a no ser en los casos en los que esa ocupación se produzca en términos de ocupación militar, lo que manifiestamente, no es el caso.

Sobre todo cuando los colonizadores y los colonizados, y son estos los términos que creo que se pueden utilizar adecuadamente en esta situación, presentan formaciones sociales radicalmente distintas, dominando los primeros toda una serie de conocimientos tecnológicos que la población local desconoce, es necesario que las elites locales perciban que obtienen ventajas en el proceso de colonización (y así de algún modo la autorizan), también porque son ellas las que conocen los caminos que conducen a las fuentes de materia prima, en este caso los metales.

Sin pretender negar que todos los procesos coloniales implican explotación de recursos y de mano de obra locales y que las relaciones que se establecen,

en términos de comercio practicado, son desiguales y asimétricas (se cambian grandes cantidades de metales por objetos exóticos y productos alimenticios y manufacturados, lo que representa costos sociales radicalmente distintos), tengo que admitir que la instalación de fenicios en Santa Olaia fue consentida por las elites locales como beneficiosa, que verían de este modo, un medio de fomentar y reproducir un sistema social en el que tendrían un estatuto superior. Incluso no perdiendo de vista que la escala de valores de los fenicios y de las elites indígenas era, ciertamente, muy diferente, los grupos de la cima de la pirámide social verían en la presencia de fenicios en Santa Olaia la manera de aumentar su poder social y político y, naturalmente, la supremacía sobre el grupo.

Estoy convencida de que Conímbriga tuvo, en este contexto, un papel predominante, ya que fue seguramente con la población que habitaba el poblado del Bronce Final que allí existía, con la que tuvieron lugar esos contactos previos. Es difícil asegurar, con certeza, la anterioridad de los restos orientalizantes de Conímbriga en relación a Santa Olaia. Sin embargo, hay indicios que apuntan en este sentido como ya tuve oportunidad de referirme anteriormente.

Por otro lado, los minerales de estaño y oro en Alva podrían llegar al bajo Mondego a través de una ruta que Conímbriga, con una posición estratégica fundamental, podía controlar. Esta posibilidad gana mayor consistencia si pensamos que la mencionada Beira Interior es, en efecto, una región particularmente rica en estaño, oro y cobre, y que su explotación está atestiguada durante el Bronce Final (Senna-Martinez, 1989; Vilaçaa, 1995, 1998).

Así, se puede admitir que Conímbriga controlaba el camino por el litoral de los metales que en la Beira Interior se extraían del subsuelo, camino este que debería estar organizado en torno a una ruta que seguía, a grosso modo, el río Mondego.

Conímbriga constituía, de este modo, el asentamiento indígena más importante de la región analizada, asumiendo durante la Edad del Hierro, un papel preponderante en la organización del territorio del Bajo Mondego, ya que controlaba la llegada de algunos metales a Santa Olaia y, de este control retiraría beneficios concretos. Sería con Conímbriga con la que los fenicios de Santa Olaia mantendrían relaciones privilegiadas, por que era al final Conímbriga la que, garantizando la llegada de las materias primas, justificaba su existencia, existencia esta determinada por la actividad industrial y la explotación de los productos transformados, en este caso los metales.

Un análisis más atento de las condiciones específicas de Conímbriga y de los restantes asentamientos

tos del Baixo Mondego (materiales, cronologías de las ocupaciones, área disponible y probable número de habitantes) permite también pensar que el *site cluster* detectado en la desembocadura del mismo río es fundado por poblaciones llegadas de Conímbriga. En base a lo que se conoce de los yacimientos, y a la interpretación que realicé de ellos, tiene sentido concluir que Crasto y los pequeños asentamientos de *habitat* localizados en sus inmediaciones, y de los dependientes, son de hecho asentamientos cuya fundación fue pensada por las elites de Conímbriga que vieron ventajas en localizar más proximas de Santa Olaia las fuerzas productivas que asegurarían a la comunidad que allí residía los medios necesarios para su supervivencia. Evidentemente que esta fundación acabó por conducir a la creación de dos «lugares centrales» en la región, pero la nueva elite residente en Crasto, a pesar de estar formalmente separada de la de Conímbriga, continuaría dependiendo de esta última, o, por lo menos, mantendría con ella fuertes conexiones de carácter económico, político e ideológico.

Así, todo parece indicar que la importancia que Conímbriga asume, en esta primera mitad del Iº milenio a.C., le viene de aquella que ya tenía al final de la Edad del Bronce y justifica, tal vez también, toda su historia siguiente, historia esta que ninguno de los otros yacimientos mencionados protagoniza.

Dejando para un apartado posterior el abandono de Santa Olaia a partir del siglo IV a.C., una vez que este abandono tiene que ser interpretado en el contexto más amplio del cese de las relaciones comerciales de la costa occidental portuguesa con el área gaditana, no puedo dejar de mencionar que fue precedido de una progresiva pérdida de importancia del asentamiento, un proceso que según indica el análisis de los materiales se inició a partir de finales del siglo VI a.C.

Ningún indicio permite, sin embargo, saber si los fenicios que habitaban en Santa Olaia abandonaron la región, o por el contrario permanecieron aquí, instalándose, por ejemplo en Conímbriga, como sucedió en varias regiones peninsulares, principalmente en Andalucía (López Castro, 1994).

No puedo terminar este análisis sobre el poblamiento de la I Edad del Hierro en el estuario del Mondego sin mencionar que me parece evidente que la instalación de los fenicios en Santa Olaia acabó, finalmente, por contribuir a un acelerado proceso de jerarquización social y de poblamiento, ya que los bienes de prestigio que las elites sociales pudieron adquirir contribuirían a la reproducción de las relaciones sociales existentes, acentuando, todavía más, el poder de las elites a través de la utilización, con-

sumo y también exhibición de los mencionados bienes de prestigio.

La región del Baixo Mondego constituye pues, una unidad político administrativa concreta, cuyo centro se puede situar en Conímbriga, un gran poblado de extensión, y estaba organizada en torno a elites que el comercio fenicio volvió progresivamente más poderosas.

Desgraciadamente, la ausencia total de necrópolis asociadas a este poblamiento y la imposibilidad de estudiar, en extensión, la forma de ocupación del espacio de la Conímbriga de la Edad del Hierro, al igual que en los restantes asentamientos, dificulta la demostración de la existencia de una estructura social jerarquizada en esta unidad política, que muestra, sin embargo, un comportamiento territorial evidente.

Con todo, un poblamiento jerarquizado, la fundación de Santa Olaia y las relaciones que, forzosamente, se establecen entre ésta y los poblados indígenas «capitales» al nivel de los intercambios comerciales constituyen un conjunto de factores que obligan a considerar la existencia de un sistema de organización social complejo, donde existe un poblado, Conímbriga, que, integrando uno o más linajes, centralizaba funciones administrativas y sociales determinadas y controlaba el comercio de toda la región, la relación entre los diversos asentamientos de *habitat* y también la burocracia que, de forma incipiente, este proceso acabó por generar.

Parece pues posible admitir que Conímbriga se integró, aunque en posición subordinada, en la jerarquía organizativa colonial, una vez que los intereses de las elites indígenas y los de los colonizadores se aproximaban.

La llegada de los fenicios al estuario del Mondego, en la 1ª mitad del I milenio a.C., permitió que las elites emergentes con las que, en un primer momento, contactaron en Conímbriga organizaran un territorio donde se inscribiría Crasto y los restantes asentamientos, que pueden así ser considerados comunidades satélites de la comunidad matriz original. Estas elites adquirirán progresivamente más importancia y poder, dominaban y dirigían el vasto territorio que tenían organizado, y controlaban los jefes vasallos localizados en Crasto.

Los datos disponibles permiten, así, pensar que estamos ante una sociedad regionalmente organizada, con una clara expresión territorial, en la cual la organización de la producción y de la propiedad de los medios de producción, y tal vez la distribución y el consumo eran, efectivamente, tareas dirigidas por una elite, lo que evidencia una formación social compleja, donde existen desigualdades al acceso tanto de los medios de producción como al producto generado.

Esta formación social jerarquizada y compleja parece efectivamente próxima de lo que la Antropología denominó y clasificó como jefatura compleja (Wright, 1984), sistema en el que existe una jerarquía regional con «jefes principales» y «jefes subsidiarios». Sin embargo, a pesar de la fascinación que el modelo de las jefaturas en general ejerce sobre los arqueólogos, me parece que la prudencia aconseja alguna precaución en la importación directa de modelos exteriores a la arqueología. En el caso concreto de las «jefaturas», no creo que el mayor problema resida en el evolucionismo o neo-evolucionismo que el modelo efectivamente desprende, como pretende Yoffee (1993), ya que no es necesario que los arqueólogos que intentan aplicar este modelo de organización social lo vean, exclusivamente, como el paso, hacia un Estado. Tampoco creo que sea la gran variabilidad de jefaturas registradas (Earle, 1987), o la propia alteración que el concepto sufre desde Fried o Service, hasta las nuevas contribuciones de Peebles y Kus, Carneiro, Earle o Spencer, lo que constituye el óbice de su aplicación a las realidades arqueológicas, como constató Raquel Vilaça (1992: 80). Lo que realmente me incomoda es que las realidades que la antropología registró sobre «nuestros antepasados contemporáneos» (Yoffee, 1993: 63), sean adaptadas, sin reservas, a las sociedades del pasado, aún porque los conceptos antropológicos están cargados de significados que en la actualidad están irremediabilmente perdidos para los sistemas sociales pre y protohistóricos. De hecho, serán las jefaturas consideradas en la vertiente redistributiva de Service (1962) o en su más reciente acepción «territorial» (Peebles y Kus, 1977; Earle, 1987; Spencer, 1987), las características que las definen antropológicamente son de tal forma precisas que me parece abusivo la utilización del modelo para toda una serie de situaciones cronológicas y espacialmente muy dis-

tintas. Citar una vez más a Yoffee parece pues, nuevamente imprescindible «Renfrew (1973) isolated tewnty features of chiefdoms that might qualify the builders of European megaliths as chiefs; Sanders (1974) and colleagues (e.g., -Michaels 1979) have identified chiefdoms in prehistoric highland Mayaland, while Creamer and Hass (1985) have found them in lower Central America; Drennan and Uribe (1987) find them everywhere in the Americas; Knight (1990) has chiefdoms in Southeast U.S.A. and Doyle (1979) has them in Southwest U.S.A.; Fairservis sees the Harappan culture as a chiefdom (1989: 217); Earle thinks Ubaid and Uruk Mesopotamia were both chiefdoms (1987), although Watson holds that in the preceding Halaf there were chiefdoms (1983); for Henry (1989), even the Natufian of the Northern Levant was a matrilineal chiefdom» (Yoffee, 1993: 60).

La ubicuidad e intemporalidad del modelo son, de hecho, tan grandes que éste parece no tener, en este momento, ninguna especie de contenido y es por eso mismo por lo que no me atrevo a proponerlo para la realidad que pude analizar en el bajo Mondego, donde apenas puedo decir que me parece indiscutible que los grupos humanos que habitaron aquí durante la primera mitad del I milenio a.C. constituían una unidad socio-política construida sobre un territorio concreto, territorio este controlado y dirigido por elites residentes en Conímbriga y en Crasto, que coordinarían también las tareas productivas, organizarían la producción y dominarían las relaciones económicas con los fenicios instalados en Santa Olaia, pudiendo deducirse que este sistema organizativo implicaría la existencia de relaciones de producción específicas y, sobre todo, una jerarquización intergrupala.

8. Los fenicios y la Edad del Hierro en el Centro y Sur de Portugal

Los datos expuestos en las páginas anteriores suscitan algunas consideraciones que, repitiendo en parte hipótesis formuladas y posibles explicaciones, sintetizan muchos de los aspectos parcialmente discutidos o presentados de forma dispersa a lo largo de este texto.

Sin embargo, no puedo dejar de mencionar que, en gran parte motivada por las razones expuestas en la *Introducción*, decidí no presentar una *Conclusión final*, sino más bien una síntesis y, partiendo de la información disponible, enumerada en los capítulos anteriores, exponer una posible versión de la realidad que he analizado.

Si bien es cierto que la escala tenía una considerable dimensión, no he conseguido, tal vez por ello, suprimir el lamento positivista de la escasez de información que pude manipular. Aun admitiendo que los datos hubiesen sido más numerosos, tal vez tampoco hubiese podido entender el pasado tal y como efectivamente aconteció. No tengo dudas de que la muestra estudiada ha sido excesivamente corta y que el limitado número de los elementos disponibles limitó siempre el análisis y el discurso.

El encorsetamiento provocado por la ausencia de la «población total» no me impide, a pesar de todo, pensar que puedo permitirme algunas observaciones finales de las que destaco, en primer lugar, el carácter eminentemente litoral de la presencia y del comercio fenicios. El análisis, que pretendí exhaustivo, de los elementos orientales y orientalizantes del territorio actualmente portugués, permitió comprobar que esos elementos surgen sobretudo en la orla costera, y una evaluación objetiva de los datos disponibles evidencia que, en el mismo litoral, esos fenómenos parecen concentrarse casi exclusivamente en áreas restringidas, concretamente en el estuario de los tres grandes ríos (Sado, Tajo y Mondego) que desaguan en el litoral occidental y en regiones de la orla costera del Algarve.

La presencia fenicia, a pesar de intensa y relativamente precoz, asume así y finalmente proporciones relativamente reducidas y parece obvio que quedó limitada a áreas concretas y, dentro de estas, apenas a algunos yacimientos. Todo indica, por tanto, que la gran mayoría del actual territorio portugués quedó completamente ajeno a la actividad comercial que esa

presencia implicó, y en la que no participa, al menos directamente.

Aún sabiendo que los modelos de los sistemas mundiales fueron construidos para sociedades capitalistas, me atrevo a utilizar aquí algunos conceptos que se desarrollaron a partir de ellos, concretamente admitiendo que el área de presencia e influencia directa de los fenicios occidentales en el actual territorio portugués se constituyó, a partir de la 1ª mitad del siglo VIII a.C. (cronología histórica), en una verdadera «periferia» que mantenía con el «centro» relaciones de diversa naturaleza.

El Alentejo interior, donde tardíamente (finales del siglo VI – inicios del V a.C., cronología tradicional o histórica) llegaron algunos elementos orientalizantes y también algunas innovaciones tecnológicas, que por ser tardíos y poco representativos no han sido tratados en este trabajo, parece corresponder a un «margen», en el sentido que Sherrat atribuye al concepto (1993, 1994).

Debo señalar que parece cierto que la presencia fenicia en el litoral del territorio hoy portugués implicó, a partir de la 1ª mitad del siglo VII a.C. (cronología tradicional), el establecimiento permanente de poblaciones con origen en el área del Estrecho de Gibraltar, en yacimientos fundados *ex nihilo*. Los datos actualmente disponibles permiten, de hecho, afrontar Abul y Santa Olaia como fundaciones coloniales, fundaciones justificadas por la necesidad de estructurar mejor y organizar la actividad comercial que asumía, ya entonces, un dinamismo que les obligaba a ello.

Por otro lado, las cantidades de cerámicas orientalizantes de Alcácer do Sal, Almaraz, Lisboa y Santarém y algunas técnicas constructivas detectadas en sus estructuras habitacionales (pavimentos de cal molida y paredes de adobe) pueden indicar que, en estos poblados indígenas, algunos segmentos de la población serían de origen oriental.

Como tuve la oportunidad de mencionar a propósito de Santarém, existen determinadas tecnologías que difícilmente pueden ser aprendidas sin un conocimiento directo. El torno de alfarero, la obtención y aplicación de engobes, la metalurgia de la plata, la pasta vítrea, por ejemplo, no son tecnologías que puedan dominarse sólo a través de la observación de los objetos ya manufacturados. Tampoco son conocimien-

tos que puedan transmitirse oralmente cuando se procedía a cualquier cambio de productos. A pesar de que no son técnicas transcendentales, parece obvio que el *know how* sólo podría aprenderse a través de la observación y, sobre todo, de la práctica directa, lo que obviamente presupone la permanencia de individuos que dominen ya esas tecnologías.

La llegada de fenicios occidentales al litoral del territorio actualmente portugués provocaría también, en términos sociales, económicos y de desarrollo tecnológico, la creación de profundas diferencias regionales.

Creo que puede deducirse de los datos disponibles que el territorio que constituye hoy el Sur de Portugal no correspondió, durante la Edad del Hierro, a una unidad homogénea, ni en términos culturales ni sociales, independientemente de que parezca clara la existencia de una «entidad mediterránea» común. Que esa entidad se reviste de una expresiva diversidad es lo que destaca de los elementos que pude estudiar y organizar. Esa diversidad, ciertamente también, fue el resultado de un espacio geográfico muy amplio donde se movió una constelación de grupos humanos organizados en distintos grupos sociales.

Es importante en este contexto insistir en que en el litoral orientalizado el poblamiento presenta una notable continuidad, sin que se registren, en la mayoría de los casos, rupturas en la ocupación desde el Bronce Final hasta, al menos, el final de la época romana. Conímbriga, Santarém, Almaraz, Alcácer do Sal, Setúbal, Castro Marim, son yacimientos cuya ocupación es continua e ininterrumpida durante todo el I milenio a.C. También puede apuntarse que no es únicamente en el tipo de implantación, ni en las áreas ocupadas, donde se constató esta continuidad, sino que también a nivel de la propia matriz cultural de los materiales recogidos se percibe igualmente la ausencia de discontinuidades.

Independientemente de las diversidades que, en la 2ª mitad del I milenio a.C., se observan entre las realidades de la cultura material en el litoral occidental y la orla costera del Algarve, y que más adelante discutiré, lo cierto es que las relaciones profundas de estas áreas geográficas con el mundo mediterráneo, interpretadas a través de los restos recogidos, son una constante a lo largo de toda la Edad del Hierro. Los datos que recogí y analicé muestran, de hecho, una total continuidad de comportamiento, no sólo a nivel del tipo de poblamiento como también en la propia cultura material.

En ninguno de los yacimientos orientalizantes del litoral occidental o de la orla costera del Algarve, fue posible constatar materiales que se pudieran incluir

en lo que, según el modelo elaborado a finales de los años 70, se acostumbra a designar como II Edad del Hierro, a pesar de que no existen dudas en cuanto al hecho de que, durante la segunda mitad del I milenio a.C., estos yacimientos habían permanecido ocupados. Los materiales arqueológicos que habitualmente se asocian a esta segunda Edad del Hierro permanecen ausentes del contenido de los inventarios. Es importante señalar que las escasas cerámicas estampilladas que recogí en le Alcáçova de Santarém provienen, *en su totalidad*, de niveles arqueológicos correspondientes a la ocupación romano-republicana.

Debo insistir en que en los poblados orientalizantes de la area occidental de Portugal se mantuvieron, a lo largo de toda la Edad del Hierro, formas, decoraciones y tecnologías alfareras, por lo que parece demostrado el «conservadurismo orientalizante» que, en 1993, propuse que existía en los yacimientos costeros. En Santarém, Setúbal, Alcácer do Sal, Conímbriga y, teniendo en cuenta lo que se conoce, en Almaraz, la cerámica gris, los *pitthoi*, las decoraciones pintadas a bandas son, con excepción de algunos detalles, idénticas en todos los momentos de la diacronía de la Edad del Hierro. Platos y cuencos de borde ancho de cocciones oxidantes se mantienen en cuanto forma dominante en el servicio de mesa, desde los momentos iniciales de la Edad del Hierro hasta la llegada de los primeros productos romanos, a pesar de que el engobe rojo pierde, a partir de la 2ª mitad del I milenio a.C. su importancia en cuanto tratamiento dominante.

En este contexto, creo que pude demostrar que el hiato existente en la ocupación del Castelo de Alcácer do Sal entre finales del siglo VI e inicios del IV a.C., en cronología tradicional, es únicamente aparente. La destrucción de las habitaciones de la fase III por un incendio no significó abandono del poblado en ningún momento de la diacronía, ya que ese abandono no ha sido probado por ningún dato arqueológico, existiendo, por el contrario, elementos que indican que, durante la segunda mitad del siglo V a.C., el Castelo de Alcácer do Sal permaneció ocupado. Es el caso de los fragmentos de cerámica griega y de las ánforas que se recogieron en los estratos correspondientes a la fase IV e indican cronologías tradicionales o históricas del tercer cuarto del siglo V a.C.

Como tuve la oportunidad de exponer con detalle, los materiales de la Edad del Hierro del Castelo de Alcácer do Sal presentan gran similitud cultural y tecnológica a lo largo de toda la diacronía, siendo, desde mi punto de vista, imposible hablar de discontinuidades ocupacionales y de rupturas culturales. Por el contrario, los datos publicados evidencian el ca-

rácter orientalizante del que se reviste la totalidad de la ocupación de la Edad del Hierro, sin que queden dudas de que el material arqueológico del Castelo de Alcácer do Sal está impregnado de características mediterráneas, siendo clara la permanencia, a lo largo de todo el I milenio a.C., de formas, decoraciones y tecnologías alfareras.

También en relación a Alcácer do Sal, creo importante destacar que los elementos que han ofrecido las excavaciones de la necrópolis de Senhor dos Martires no parecen desmentir estas observaciones, a pesar de haber defendido que algún material datado en la 2ª mitad del I milenio a.C. se puede relacionar con el mundo meseteño.

En primer lugar, creo que es posible deducir de los datos publicados que las incineraciones *in situ* y en urna pueden haber tenido lugar en un mismo momento de la diacronía. De este modo, es obvio que los dos rituales funerarios practicados no traducen ninguna ruptura cultural, hecho que los materiales arqueológicos, asociados a los dos tipos de incineración, también confirman. Pero, aun admitiendo que el ritual de incineración en *ustrinum* fuese posterior al de la incineración *in situ*, lo que parece difícil sustentar, creo que es evidente que la matriz cultural mediterránea se mantuvo todavía en la segunda mitad del I milenio a.C. Por ello, no creo que se pueda observar alguna ruptura étnico-cultural en ningún momento de la utilización de la necrópolis, ni que las incineraciones en urna puedan traducir esa ruptura.

Continuar manteniendo que la necrópolis de Alcácer do Sal es elocuente testimonio de la discontinuidad cultural entre la primera Edad del Hierro Orientalizante y una segunda Edad del Hierro Continental, basada también en el incendio del poblado localizado en el Castelo, parece, pues, imposible.

Anteriormente ya mencioné que, a partir de la 2ª mitad del I milenio a.C., los conjuntos artefactuales del litoral occidental y de los poblados localizados en el Algarve pueden distinguirse entre sí. De hecho, mientras que en las primeras centurias del milenio existen claras afinidades entre la cultura material de toda la costa portuguesa, no parece suceder lo mismo a partir del inicio del siglo V a.C., en cronología tradicional. Creo que he dejado claro que el Castelo de Castro Marim mostró, en los siglos VII y VI a.C. (fechas históricas), materiales orientalizantes semejantes a los detectados en los estuarios del Sado, Tajo y Mondego. Las ánforas, los platos y cuencos de engobe rojo, la cerámica gris y los vasos pintados a bandas de tipo *pithei* recogidos en aquellos yacimientos del Algarve no desentonarían en los conjuntos artefactuales de los poblados de la costa occidental.

Los datos recuperados y presentados muestran que, también aquí, y en la primera mitad del I milenio a.C., los materiales arqueológicos poseen características eminentemente mediterráneas, directamente conectadas con el mundo fenicio occidental.

Especificando aún más, insisto en que los materiales que pude asociar a la primera ocupación del Hierro de Castro Marim, concretamente el trípode, el ánfora y el vaso globular, así como también los fondos de platos de engobe rojo y la cerámica gris, tienen realmente muchas afinidades de forma, fabricación y tipo de decoración con ejemplares idénticos de otros yacimientos orientalizantes peninsulares. Es también incuestionable que su presencia en el Sudoeste de la Península Ibérica se debe al contacto de esta región con poblaciones de origen oriental, instaladas, desde inicios del siglo IX a.C., en el área del Estrecho de Gibraltar.

Fue curioso comprobar cómo la región del Algarve se distancia, a partir del siglo V a.C., de los poblados localizados en los estuarios del Sado, Tajo y Mondego. En estos últimos, y como ya mencioné, la cultura material de la segunda mitad del I milenio sigue los esquemas formales y decorativos de la primera mitad, llegando a impresionar la poca variabilidad observada a lo largo de toda la Edad del Hierro. Por el contrario, en el Algarve, los materiales, aunque continúan marcados por una clara matriz mediterránea, se diversifican, distanciándose de este modo de los del litoral occidental mientras que se aproximan a los que se recogen en Andalucía Occidental.

De hecho, la proximidad entre las dos regiones separadas entre sí por el río Guadiana es inmensa entre los siglos V y III a.C. Se debe destacar, en este sentido, las similitudes entre los materiales de los poblados del Algarve (Castro Marim y Cerro da Rocha Branca) y los de Andalucía – entre otros Huelva, La Tiñosa, Cerro Macareno, y sobre todo Castillo de Doña Blanca.

De este modo, todo indica, que durante la llamada II Edad del Hierro, el Algarve compartió con la Andalucía occidental un conjunto muy significativo de tipologías y funcionalidades de yacimientos, y también artefactos, centros exportadores, hábitos de consumo y actividades económicas. Esta participación pone en evidencia, a mi entender, un único esquema cultural y un único escenario social y muestra que el Algarve litoral constituía una extensión del territorio hacia oriente del Guadiana, permaneciendo vinculada a Cádiz.

Otro dato que destaca del estudio realizado es la total ausencia, en los poblados del Algarve, de los elementos que, según las tesis de Caetano Mello Bei-

rao, Mário Varela Gomes y Jorge Pinho Monteiro (Beirao, Gomes y Monteiro, 1979; Beirão y Gomes, 1980; Beirão, 1988; Gomes, 1992), y todavía en uso por algunos investigadores (Correia, 1997), caracterizan la llamada II Edad del Hierro. Ni en Castro Marim, ni en el Cerro da Rocha Branca se encontraron cerámicas con decoración estampillada, ausencia que, además, también se registra en los poblados del litoral andaluz. Parece evidente que en el sur del Sudoeste peninsular no se constata, a partir de la segunda mitad del I milenio a.C., la celtización que según los autores citados anteriormente habría ocurrido en toda la región, en «su» II Edad del Hierro.

En este mismo momento, la costa occidental portuguesa parece distanciarse del área del Estrecho y de los territorios meridionales. Los platos de pescado y los cuencos de las llamadas producciones de Kouass, los platos de pescado decorados en la superficie interna con círculos concéntricos, los vasos globulares pintados con líneas en zig-zag que alternan con círculos también definidos por líneas pintadas, están completamente ausentes de yacimientos como Alcácer do Sal, Setúbal, Conímbriga, Almaraz y Santarém. El número de importaciones de ánforas del área íbero/turdetana es también mucho menor aquí que en el Algarve. También debe mencionarse que el número de cerámicas áticas recogidas en los yacimientos de las dos áreas es incomparable en términos objetivos, siendo todavía mayor el contraste si se consideran las áreas objeto de excavación.

Así, todos los datos parecen conjugarse en el sentido de poder defender que el litoral occidental se aleja, a partir de finales del siglo VI a.C. y hasta la llegada de los ejércitos romanos, de la *koiné* orientalizante que afecta a todo el Sur peninsular. Este alejamiento gana todavía mayor dimensión cuando se comprueba que los yacimientos coloniales fundados de nueva planta, como Abul y Santa Olaia, son abandonados en el siglo V a.C. Si bien es cierto que los contactos con esta *koiné* no cesan por completo, todo indica que disminuyen considerablemente y dejan de justificar la instalación permanente de fenicios en territorios que, en la primera mitad del I milenio a.C., se constituyeron como «periferia». Al contrario de lo que se observa en el Algarve, el litoral occidental se desvinculó, a partir del siglo V a.C., del área gaditana. Muy posiblemente, la actividad comercial con los estuarios del Sado, Tajo y Mondego dejó de justificar los costes que los viajes marítimos hacia el norte del *Pro-montorium Sacrum* implicaban, obligando al cierre de los centros reguladores de esta actividad, aunque no es imposible sacar a colación, en este contexto, la llamada crisis del siglo VI a.C.

Insisto, sin embargo, en que esta desvinculación no implicó ninguna integración de las regiones del litoral occidental portugués en el área continental o céltica. Por otro lado, también parece claro que la quiebra de las relaciones de tipo comercial con el área del estrecho de Gibraltar no provocó ninguna segregación social ni económica de la sociedad indígena que se mantuvo, hasta los albores de la romanización, en un continuo proceso de desarrollo económico, tecnológico y social que se refleja en las áreas ocupadas, en las cantidades de material recuperado y en el conjunto de los restos recogidos en una única necrópolis conocida que se puede asociar a este poblamiento – la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal.

La investigación que he efectuado me permite todavía realizar un conjunto de observaciones que remiten a otra escala de análisis.

No quedando ninguna duda en cuanto al origen de los agentes externos de la actividad comercial (se trata, ciertamente, de los fenicios instalados en el área del Estrecho de Gibraltar), es preciso preguntar, sin embargo, cual fue el segmento de la población que entonces habitaba en el litoral del actual territorio portugués que participó en esta actividad.

Desconocemos casi todo sobre la forma en como estaba organizada la sociedad indígena en el momento de la llegada de los fenicios al litoral occidental de la Península Ibérica, ya que los datos disponibles escasean, o bien son casi inexistentes.

Es necesario no olvidar que los estudios sobre el Bronce Final del sur de Portugal no abundan y la escasez de conocimientos de que se dispone para elaborar un análisis objetivo sobre el tema es muy limitativo y restringido. De hecho, la investigación realizada sobre las realidades del Bronce Final en la Extremadura portuguesa, en el Alentejo y en el Algarve, no se puede comparar con lo que se ha realizado en otras regiones portuguesas, como las Beiras o el Noroeste. Así, la información disponible se resume, casi exclusivamente, en un conocimiento basado, sobretodo, en trabajos de prospección y hallazgos descontextualizados. Es penoso constatar que el estudio del Bronce Final en el Sur del territorio actualmente portugués contiene lagunas difícilmente superables.

La existencia, en el Alentejo y en el Algarve, de gran número de poblados fortificados, instalados sobre lugares de cumbres, con buenas condiciones naturales de defensa y amplia visibilidad, parece ser cierta, ya que aparecen señalados en las numerosas cartas arqueológicas elaboradas, mencionando algunos materiales. Pero se desconoce casi todo sobre la organización de las estructuras habitacionales, de sus

plantas y de las posibles áreas funcionales en el interior del espacio habitado. Este desconocimiento proviene, fundamentalmente, del hecho de que la gran mayoría de estos yacimientos están escasamente documentados. De los pocos excavados (Mangancha, S. Brás, Castelo do Giraldo, Côroa do Frade) existe escasa información, ya que las áreas objeto de los trabajos arqueológicos fueron siempre reducidas, y puede decirse que los datos obtenidos raramente se han publicado en su totalidad, conociéndose únicamente algún material. Sólo Côroa do Frade proporcionó una planta de la fortificación, así como dibujos de los materiales (Arnaud, 1979).

Como es obvio, se hace difícil evaluar la posible sincronía entre estos poblados y otros, aparentemente también del Bronce Final, pero situados sobre laderas de pequeñas elevaciones, y por tanto sin condiciones naturales de defensa, como es el caso del que se detectó hace pocos años en Neves Corvo. Sobre éste tampoco abunda la información disponible. Únicamente se comprobó la existencia de habitaciones de planta sub-circular.

En la Extremadura portuguesa, la situación no es más alentadora. También aquí se presume la existencia de poblados fortificados implantados en cotas altas, sobre los cuales, sin embargo, poco se sabe. El Cabeço dos Moinhos, en Mafra, la Serra do Socorro, en Torres Vedras, Santa Catarina en las Caldas da Rainha, S. Salvador, Rocha Forte y Pragança, en Cadaval, Ota, en Alenquer y Cabeço da Amoreira, en Loures o no fueron objeto de ningún trabajo arqueológico, o éstos no se publicaron. Esta situación también impide confirmar, con la necesaria seguridad, su sincronía respecto a los pequeños poblados localizados al norte del estuario del Tajo, como Moinhos da Atalaia (Pinto y Parreira, 1978) y Tapada da Ajuda (Cardoso *et al.*, 1986; Cardoso y Carreira, 1993; Cardoso, 1990; *idem*, 1994; *idem*, 1995). Sobre el último de estos yacimientos existe publicada alguna documentación (*ibid.*), donde queda claro que las habitaciones tenían planta oval y que todavía eran de sílex muchos de los artefactos relacionados con la práctica de la agricultura, principalmente las hoces. Las dataciones de radiocarbono obtenidas permitieron apuntar para la ocupación del yacimiento una cronología radiométrica situada entre los siglos XIV y XI a.C., intervalo de tiempo que aparentemente se adapta al material arqueológico recogido (hoces de sílex, ausencia de cerámica con decoración bruñida). El yacimiento pertenecería pues a un momento inicial del Bronce Final. Parece que fue abandonado en un momento en el que los grandes poblados fortificados emergen, o al menos, tienen su apogeo.

Si no se conoce casi nada sobre el poblamiento del Bronce Final en el territorio en análisis, el desconocimiento sobre las prácticas funerarias seguidas en esta misma región, en este mismo momento, es todavía mayor. Puede decirse que únicamente Roça do Casal do Meio, en Sesimbra (Spindler *et al.*, 1973-74) es, de hecho, el único testimonio de un monumento funerario indiscutiblemente del Bronce Final, ya que persisten las dudas en atribuir a este periodo los enterramientos de la necrópolis de Atalaia, en Ourique, y los de Corte Cabreira, en el Algarve.

Con un registro arqueológico de este tipo, se hace difícil la elaboración de una síntesis creíble sobre la naturaleza de la sociedad del Bronce Final en el área meridional del actual territorio portugués. Únicamente es posible comentar una realidad material, casi toda ella descontextualizada.

Lo poco que se conoce sobre el Bronce Final del Sur de Portugal aconseja prudencia en la interpretación, sobre todo a nivel de los análisis sociopolíticos y económicos. Faltan demasiados datos, no se conoce casi nada sobre la organización espacial de los yacimientos de *habitat*, sobre el tipo de economía practicada, principalmente sobre el peso de la explotación de los recursos metalíferos, sobre la demografía, o sobre los rituales funerarios.

Pienso, sin embargo, que los grupos que habitaban al sur del territorio actualmente portugués, estaban formados, en su gran mayoría, por comunidades eminentemente agrícolas, cuya organización social giraba en torno a las relaciones de consanguinidad, donde difícilmente existiría alguna estratificación. Aunque es difícil, a través de los datos disponibles, evaluar el tipo de relaciones sociales entre los miembros de estas comunidades, pienso, a pesar de todo, que lo que conocemos no permite imaginar distinciones entre lugares de consumo y lugares de producción.

Al igual que Carrilero Millán (1993) o Wagner (1995), no pienso que las estelas del Bronce Final se puedan considerar como evidencias claras de la existencia de clases sociales en este periodo, o que sean el reflejo de una sociedad excesivamente jerarquizada y guerrera, como tantas veces continua siendo considerado (Almagro Gorbea, 1977; Bendala, 1977; Barceló, 1989; Gomes y Monteiro, 1976-77; Silva y Gomes, 1992).

No quiero dejar de mencionar que no se puede continuar ignorando la ausencia de contexto arqueológico de estas estelas, y que las interpretaciones realizadas sobre su iconografía han insistido sistemáticamente en el carácter exógeno de los elementos representados, lo que termina, en última instancia, por restar cualquier tipo de originalidad al grupo au-

tóctono que las esculpió. Por otro lado y desde mi perspectiva, las representaciones gravadas en las estelas no remiten, necesariamente, a la existencia de guerreros. Creo que Carrilero Millán (1993: 166) probó que no es evidente que esos guerreros, si de hecho existieron, quedasen completamente ajenos al proceso productivo y que no participasen en él de algún modo, teniendo que admitir que su prestigio no tuviese forzosamente una contrapartida económica. Independientemente de la función que estas estelas asumieron (señalar sepulturas, delimitar territorios, indicar caminos) y de la iconografía en ellas representada, aunque puede que reflejen simbólicamente a algunos poderosos, no debe olvidarse que en las sociedades precapitalistas la posesión de poder no coincide necesariamente con la posesión de riqueza.

Así pues, del otro lado del espejo, no es posible vislumbrar una sociedad estratificada, ya que los únicos indicios de esa estratificación se presentan desenfocados y mal definidos, en superficies de difícil lectura, siendo importante insistir en la total descontextualización de las mencionadas estelas.

Sin embargo, la existencia de poblados de grandes dimensiones, controlando o no a otros más pequeños, así como las estelas y el monumento funerario de Roça do Casal do Meio, permiten pensar que en estas comunidades agrícolas, donde las relaciones sociales se organizaban en torno a estructuras de tipo parental, existiría ya una incipiente jerarquización social, implicando la emergencia de las elites sociales. Pero ante la información de la que se dispone, confundir esa jerarquización y la existencia de esas elites con cualquier tipo de estratificación no parece posible. El hecho de que ciertos miembros de las comunidades del Bronce Final del Sur de Portugal hubieran adquirido, por razones varias (sexo, edad...), una posición que destacara en el tejido social y que esto condujo a la creación de elites y produjo cierta jerarquización, no asegura que, en este momento, se pueda hablar de estratos socialmente distintos, donde la división social del trabajo dictase las reglas de las relaciones entre los miembros del grupo, y que esas relaciones se procesasen en términos políticos.

De este modo, y teniendo en cuenta los conocimientos sobre la estructura política y social en el Próximo Oriente en esta misma época, concretamente en el área de donde partieron los colonos que se instalaron en Occidente, no tengo dudas en afirmar que las dos sociedades que se enfrentaron en el actual territorio portugués no eran comparables. Además del evidente desajuste en términos tecnológicos, la estructura social de los fenicios estaba acentuadamente jerarquizada y estratificada, siendo obvio que las rela-

ciones que se establecieron entre los miembros de esa sociedad eran de tipo eminentemente político.

El Templo y el Palacio, las instituciones responsables y reguladoras de la expansión colonial hacia el Mediterráneo, no tienen paralelo en el territorio que se analiza, ni creo que tampoco en el resto de la Península Ibérica.

En este sentido, considero que las relaciones que se establecieron entre los colonizadores/comerciantes fenicios y la población que habitaba en el sur de Portugal, fueron de tipo colonial y, por ello, desiguales y asimétricas, como desigual y asimétrico fue el tipo de comercio practicado. No puede olvidarse que se cambian grandes cantidades de metales por productos alimenticios y objetos manufacturados. Así, aún admitiendo, como López Pardo (1987), que la escala de valores de los fenicios occidentales y de la población indígena era distinta, no se puede escamotear el hecho de que los costos sociales de la producción de lo que se comercializaba eran totalmente diferentes.

Parece evidente que fuera con las elites sociales, que al final de la Edad del Bronce comenzaban a emerger, con las que los comerciantes fenicios entraran en contacto y establecieran relaciones comerciales. Éstas acabarían por provocar no sólo profundas asimetrías regionales, sino también una cada vez mayor jerarquización y complejidad social. El comercio colonial que se estableció durante el I milenio a.C. ciertamente fue el responsable de la creación de las desigualdades sociales que transformarían definitivamente la estructura social y política preexistente.

Las elites que ocupaban los grandes poblados de los estuarios verían con la llegada de los colonos y comerciantes fenicios una forma de garantizar y aumentar considerablemente su poder, ya que los objetos que pudieran adquirir contribuirían decisivamente a la reproducción y aumento de las relaciones sociales ya existentes. La ostentación en la muerte de los objetos mencionados, verdaderos bienes de prestigio, se traduce en la aceleración de un proceso de jerarquización que acabaría por conducir a la estratificación.

Conímbriga, Almaraz, Santarém, Lisboa, Alcácer do Sal, Setúbal, Castro Marim, asumen un papel fundamental en todo el proceso colonial, ya que las elites que allí habitaban, y que ostentadamente exhibían su poder en los escenarios de la muerte (como pienso que es evidente en la única necrópolis conocida – la necrópolis de Senhor dos Mártires en Alcácer do Sal), acabaron por integrarse en un sistema que las benefició y que, ciertamente, como ya he mencionado, contribuyó a desestructurar todo el sistema social anterior.

La localización geográfica de estos yacimientos permitía el acceso directo hacia un *hinterland* rico en metales, lo que también presupone que serían esos poblados los que controlaban el trayecto hacia el litoral de los materiales extraídos en el interior. Al proporcionar a un segmento específico de la población la dinamización del comercio con los fenicios, transformó esos yacimientos en verdaderos lugares centrales y confirió a las respectivas elites un poder que ambicionaban y que pudieron administrar en beneficio propio. Pero además de importantes lugares de consumo, esos poblados pasaron a ser centros de concentración y redistribución de bienes, papel que les confería un estatus privilegiado. Concentrando los productos alimenticios y objetos manufacturados que recibían de los comerciantes fenicios, los distribuían por los poblados de su *hinterland* inmediato y, a través de los ríos, hacia el interior, del cual recibían las materias primas (el estaño de las Beiras y la plata y el cobre del Alentejo), que «vendían» a los fenicios, que las transformaban parcialmente en sus factorías, como se puede comprobar, por ejemplo, en Santa Olaia.

Estos yacimientos, detentaban, de este modo, un papel preponderante en la gestión de los recursos, en la organización de los territorios y en la estructuración del comercio, con lo que parece claro que fueron los responsables de la fundación de otros yacimientos. Éstos dependerían de ellos o mantendrían fuertes conexiones de carácter económico, político e ideológico. Es el caso de Setúbal, en el estuario del Sado, y de Crasto, en el Mondego, cuya fundación puede haber tenido su origen en Alcácer do Sal y en Conímbriga respectivamente. En lo que respecta a Crasto, ya tuve oportunidad de mencionar que su fundación pudo haber sido pensada por las elites de Conímbriga que veían ventajas en localizar más cerca de Santa Olaia las fuerzas productivas que asegurarían a la comunidad exógena que allí residía los medios necesarios para su supervivencia. En cuanto a Setúbal, su localización, frente a la orilla del Sado, puede indicar la necesidad de un mayor control al acceso hacia Alcácer y Abul, ya que las entradas en el estuario, de este modo, serían vigiladas fácilmente.

Creo que los datos disponibles permiten también defender que las regiones estuarias del litoral portugués constituirían unidades administrativas concretas, que estaban organizadas entorno a elites que el comercio fenicio hizo progresivamente más poderosas. Parece claro que esas unidades detentaban un evidente comportamiento territorial y todo indica que existían sistemas sociales y poblamientos jerarquizados.

Admito que, durante la primera mitad del I milenio a.C., existían, en el litoral actualmente portu-

gués, sociedades regionalmente organizadas y jerarquizadas, con una clara expresión territorial, lo que evidencia formaciones sociales complejas, próximas a lo que la Antropología registró como «jefatura compleja». Esta estructura social corresponde al final, exactamente, a lo que Jorge de Alarcão sugirió para la región del estuario del Sado, cuando preconizó en la zona, la existencia de una sociedad piramidal «...com um príncipe suzerano em Alcácer e chefes vassallos (na herdade do Gaio, por exemplo)...» (1996: 30).

Como tuve la oportunidad de escribir respecto al Estuario del Mondego, me parece, que la prudencia aconseja cierta contención sobre la importación directa de modelos exteriores a la Arqueología, debiendo tener en cuenta que la ubicuidad y atemporalidad del modelo de las jefaturas son tan grandes que parece que este modelo no posea, en este momento, un contenido sustancial. Es por ello que no me atrevo a aplicar este modelo a las realidades que he podido analizar, a propósito de las cuales únicamente puedo decir que me parece indiscutible que los grupos humanos constituirían, durante la primera mitad del I milenio a.C., unidades sociopolíticas construidas sobre territorios controlados y gobernados por elites que coordinaban las tareas productivas, organizaban la producción y dominaban las relaciones económicas con los fenicios, pudiendo deducirse que este sistema organizativo implicaría la existencia de relaciones de producción específicas y, sobretudo, una jerarquización intergrupala.

El creciente poder de un segmento de la población autóctona se debió, en gran medida, a la llegada de fenicios al litoral portugués y pudo conducir, a partir de un momento determinado de la 2ª mitad del I milenio a.C., a una efectiva diferenciación social que puede corresponder al embrión de una organización de tipo proto-estatal. Creo que en la II Edad del Hierro el sistema social sobrepasó los lazos de parentesco en los que se basaba la organización de la sociedad en los primeros años de contacto con las poblaciones exógenas, para ganar peso u otro tipo de relaciones sociales que pueden corresponder a un Estado arcaico.

No puedo terminar mi análisis sin mencionar que los datos arqueológicos que he analizado me permiten suponer que la instalación de fenicios en Santa Olaia y Abul fue ciertamente precedida de contactos previos, ya que es necesario pensar que esa instalación dependía de la existencia de recursos que la justificasen y de la posibilidad de su explotación. Esa existencia y esa posibilidad implicaban, por tanto, no sólo el conocimiento de la región, sino también el contacto directo con la población que allí habita-

ba, siendo obvio que sólo ella podía proporcionar el acceso a los recursos y, de algún modo, garantizar la fundación y funcionamiento de los yacimientos fenicios. Parece evidente que la instalación permanente de fenicios en el litoral portugués ocurre en un momento en el que el comercio era ya una realidad. De hecho, pienso que es incuestionable que los materiales arqueológicos orientalizantes recogido en Santarém y Conímbriga, por ejemplo, son más antiguos que los conocidos en Abul o Santa Olaia.

Realmente, no es posible admitir la instalación de poblaciones exógenas que pretendieran la explotación y exportación de los recursos locales en cualquier territorio sin un «consentimiento» previo de la población que en él habitaba, salvo en los casos en los que esa presencia se produjese en términos de ocupación militar, lo que, manifiestamente, no es el caso.

Aún cuando los colonizadores y los colonizados presentan formaciones sociales radicalmente distintas, dominando los primeros toda una serie de conocimientos tecnológicos que la población local desconoce, es necesario que las elites locales piensen que van a obtener ventajas en el proceso de colonización (y así, de algún modo, la autoricen), ya que son ellas las que conocen los caminos que conducen a las fuentes de las materias primas, en este caso los metales. Sin querer negar que todos los procesos coloniales implican explotación de recursos y de mano de obra locales y que las relaciones que se establecen, en términos de comercio practicado, son desiguales y asimétricas, tengo que admitir que la instalación de fenicios en el litoral del actual territorio portugués fue consentida, por ser beneficiosa para las elites locales, que en dicha instalación encontraron un medio de profundizar y reproducir un sistema social en el que detentaban un estatus superior.

Sería también inevitable que en esta síntesis final me cuestionase sobre los motivos que llevaron a los fenicios occidentales a recorrer un difícil trayecto marítimo por el Atlántico hasta alcanzar el litoral de nuestro territorio.

Debo comenzar por recordar, que las áreas afectadas por la actividad comercial fenicia fueron restringidas. También he defendido ya que los grupos humanos que en ellas habitaban estarían socialmente organizados en sistemas poco complejos y escasamente jerarquizados.

En este contexto, parece difícil justificar que la frecuencia en nuestras costas de navegantes-comerciantes de origen oriental se pueda explicar exclusivamente por la necesidad de nuevos mercados, donde esos comerciantes pudieran colocar sus productos. Independientemente del hecho de que la existencia

de mercados dirigidos por la ley de la oferta y la demanda en las sociedades precapitalistas pueda ser cuestionada, el hecho es que el tipo de estructura social que los fenicios occidentales encontraron en el actual territorio portugués, no parece ser compatible, al menos en un primer momento, con una actividad comercial que se encuadre en los modelos formalistas de la economía política, en los que el mercado aparece como el contexto que regula el precio y el comercio. Por el contrario, los datos arqueológicos que he manejado me permiten asumir que el comercio practicado fue de tipo colonial. Así, y a pesar de ser incuestionable la existencia, en el Occidente de la Península Ibérica, de «lugares de mercado» y de que me parece evidente que existían valores pecuniarios, de los que las pesas de plomo de Almaraz, del Cerro del Villar y de la Fonteta son testimonios, tengo dificultad en admitir que esos «precios» pudieran variar de acuerdo con las leyes del mercado, especialmente con la oferta y la demanda, cuya existencia, además cuestiono. Creo que aunque haya habido «demanda», la sociedad indígena del Sudoeste no estaría, social y políticamente, en condiciones de rentabilizar la «oferta». De esta forma, la existencia de un «mercado» no es posible, dado que, al igual que el resto de los elementos, la «oferta» es fundamental para encuadrar la actividad comercial practicada en los ya mencionados modelos formalistas.

Así, parece que los objetivos de los fenicios occidentales fueron los recursos disponibles en el occidente de la Península Ibérica. Cuales fueron exactamente los recursos objeto de explotación no es cuestión fácil, ya que la tradicional explicación basada en la riqueza metalífera de la Península, recientemente se ha cuestionado (Muhly, 1998) y se han propuesto otras razones para el impulso colonizador fenicio (Moreno Arrastio, 1999). Tampoco puede olvidarse que, desde hace algunos años, Wagner y Alvar han insistido en una colonización agrícola de ciertas áreas del Sur peninsular (Alvar y Wagner, 1988; Wagner y Alvar, 1989), concretamente en el valle del Guadalquivir, modelo que tiene tantos seguidores (Belén Deamos y Escacena Carrasco, 1995) como detractores (Carrilero Millán, 1993).

Si el litoral portugués se constituyó como lugar privilegiado para el reclutamiento de esclavos, como propone Moreno Arrastio para Andalucía (en gran parte basándose en el proceso dirigido a partir del siglo XV por Portugal en África), es muy difícil de demostrar, aún teniendo en cuenta mi simpatía por esta propuesta. Los límites de la evidencia arqueológica y el total silencio de las fuentes escritas no aconsejan entusiasmos excesivos.

La dimensión agrícola de la colonización de la Península Ibérica no se puede cuestionar, como no sea aceptando una presencia de colonos orientales en el valle del Guadalquivir, estructurada y organizada de la forma en que los colegas de la Universidad Complutense de Madrid defienden. Pero los recursos que la agricultura proporcionaba, ciertamente, fueron aprovechados por las poblaciones que se quedaron en Abul y Santa Olaia, y se debe aceptar que los grupos humanos con origen en el área del Estrecho que se instalaron en los poblados indígenas no podían dispensar esos mismos recursos.

De cualquier modo, me gustaría insistir en que los datos arqueológicos se conjugan de manera que permiten defender que la presencia en el litoral portugués de fenicios durante el I milenio a.C., se debe relacionar preferencialmente con los recursos metalíferos que nuestro territorio podía proporcionar. La localización de los yacimientos orientales y orientalizantes en la desembocadura de los ríos con acceso directo a regiones con señaladas potencialidades mineras y, sobre todo, la evidencia en Santa Olaia de actividades metalúrgicas de cierta dimensión, permiten esa lectura, aún sabiendo que, para Muhly, esa evidencia no adquiere ningún significado, ya que consideró de pequeña escala las actividades con la dimensión de las operaciones metalúrgicas del Cerro Salomón.

Termino llamando la atención hacia el hecho de que «el episodio fenicio» en el actual territorio portugués implicó, no sólo la adquisición de nuevas tecnologías, sino también profundas transformaciones en la estructura social y política del mundo indígena, concretamente en las áreas en las que es evidente el establecimiento temporal o permanente de poblaciones originarias de la región del Estrecho de Gibraltar. Además, no tengo muchas dudas en cuanto al hecho de que el territorio que constituyó el Sur no puede encararse como una unidad cultural única, teniendo que admitir que en él existirían, incluso en las áreas que fueron «orientalizadas» más profundamente, singularidades y asimetrías de variada naturaleza, que se nos escapan en toda su dimensión o bien no se hacen visibles.

La opacidad que la naturaleza de los datos arqueológicos ofrece respecto a las realidades que deben ser, en última instancia, el objeto de nuestro trabajo, nos limita muchas veces las lecturas deseadas y nos obliga a la presentación de síntesis sólo probables y de modelos con un fuerte componente personal.

No resisto así la tentación de concluir retomando una de las citas del comienzo, reafirmando que también en este caso lo visible es un envoltorio, quedando invisible lo más importante.

BIBLIOGRAFIA

ABREVIATURAS

- AAA: Anuario Arqueológico da Andalucia
AAP: Associação dos Arqueólogos Portugueses
AEA: Archivo Español de Arqueología
Arch. Port.: Archeologo Portugues (Série I)
Arq. Port.: Arqueólogo Português (Séries II a IV)
CNAE: Congresos Nacionales de Arqueología (España)
CNAP: Congressos Nacionais de Arqueologia (Portugal)
CNRS: Centre National de la Recherche Scientifique
CPUG: Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada
CSIC: Consejo Superior de Investigaciones Científicas
DAI: Deutsches Archäologisches Institut. Madrid.
EAE: Excavaciones Arqueológicas en España
GEAP: Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto
HA: Huelva Arqueológica
IAFLC: Instituto de Arqueologia da Faculdade de Letras de Coimbra
INIC: Instituto Nacional de Investigação Científica
IPA: Instituto Português de Arqueologia
IPM: Instituto Português de Museus
IPPC: Instituto Português do Património Cultural
MAESD: Museu de Arqueologia e Etnografia do Distrito de Setúbal
MAFP: Mission Archéologique Française au Portugal
MB: Madrider Beitrage
MF: Madrider Forschungen
MM: Madrider Mitteilungen
MMC: Museu Monográfico de Coimbra
MNAE: Museu Nacional de Arqueologia e Etnologia
NAH: Noticiario Arqueológico Hispánico
SA: Setúbal Arqueológica
SPA: Sociedade portuguesa de Antropologia e Etnologia
TAE: Trabalhos de Antropologia e Etnologia
TP: Trabajos de Prehistoria
UNIARCH: *Unidade de Arqueologia do (então) Centro de História da Universidade de Lisboa (INIC)*
UNIARQ: *Unidade de Arqueologia. Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa.*

- AAVV (1990): *Actas das cidades medievais portuguesas*, INIC, vol. 1 (Coordinación de A. H. de Oliveira, I. Gonçalves y A. Aguiar), Lisboa.
- AAVV (1994): *Idade do Ferro, Catálogo*, Câmara Municipal, Figueira da Foz.
- AAVV (1995): *Núcleo arqueológico da Rua dos Correios*, Fundação Banco Comercial Português, Lisboa.
- AAVV (1997): *Noventa séculos entre a serra e o mar*. Ministério da Cultura, IPPAR, Lisboa.
- Alarcão, A. (1976): "Céramiques préromaines", en J. Alarcão, M. Delgado, F. Mayet, y S. Ponte *Fouilles de Conímbriga VI*: 3-17.
- Alarcão, A. y Correia, V. H. (1994): "Cerâmicas comuns da Idade do Ferro de Conímbriga", en AAVV *Idade do Ferro, Catálogo*: 99-102.
- Alarcão, J. (1968): "Vidros romanos de museus do Alentejo e Algarve", *Conímbriga 7*: 7-40.
- Alarcão, J. (1975): "La céramique commune locale et régionale", *Fouilles de Conímbriga V*. París.
- Alarcão, J. (1988): *Roman Portugal*, Aris & Philips Ltd, Warminster.
- Alarcão, J. (1990): "O domínio romano", en *Nova História de Portugal*. Lisboa: Presença, vol. 1: 345-392.
- Alarcão, J. (1992a): "Etnografia da fachada atlântica ocidental da

- Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid: 339-346.
- Alarcão, J. (1992b): "A evolução da cultura castreja", *Conímbriga* 31, 39-71.
- Alarcão, J. (1996a): "Os círculos culturais da 1ª Idade do Ferro no Sul de Portugal", en F. Villar y J. Encarnação (eds.): *La Hispania prerromana*, Universidade de Salamanca, Salamanca: 19-36
- Alarcão, J. (Coord.) (1996b): *De Ulisses a Viriato*, Instituto Português de Museus, Lisboa.
- Alarcão, J. (1996c): "O primeiro milénio a.C.", en Alarcão, J. (Coord.): *De Ulisses a Viriato*, Instituto Português de Museus, Lisboa: 15-30.
- Alarcão, J. y Alarcão, A. (1964): "Vidros romanos do Museu Municipal da Figueira da Foz", *Revista de Guimarães* 84: 80-120.
- Alarcão, J. y Delgado, M. (1969): *Catálogo do gabinete de numismática e antiguidades. 1ª parte: antiguidades ibéricas romanas*, Biblioteca Nacional de Lisboa, Lisboa.
- Alarcão, J. y Étienne, R. (1977): *l'Architecture*, Fouilles de Conímbriga I, París.
- Alarcão, J. y Étienne, R. (eds.) (1974-79): *Fouilles de Conímbriga*, Mission Archéologie Française au Portugal/Museu Monográfico de Conímbriga, París.
- Alarcão, J.; Delgado, M.; Mayet, F.; Alarcão, A. M. y Ponte, S. (1976): *Céramiques divers et verres*, Fouilles de Conímbriga VI, Mission Archéologie Française au Portugal/Museu Monográfico de Conímbriga, París.
- Alarcão, J.; Étienne, R.; Alarcão, A. y Ponte, S. (1979): *Trouvailles diverses - conclusions générales*, Fouilles de Conímbriga VII, Mission Archéologie Française au Portugal/Museu Monográfico de Conímbriga, París.
- Almagro Basch, M. (1949): "Cerámica griega gris de los siglos VI V a J. C. en Ampurias", *Rivista di Studi Liguri* 15: 62-122.
- Almagro Gorbea, M. J. (1986): "Las ánforas de la antigua Baria (Villaricos)", en Olmo Lete y Aubet (eds.), vol. 1: 285-293.
- Almagro Gorbea, M. (1970): "Las fechas del C-14 para la Prehistoria y la Arqueología peninsular" *TP* 29: 228-242.
- Almagro Gorbea, M. (1971): "La necrópolis de Medellín (Badajoz)", *NAH* 16: 161-202.
- Almagro Gorbea, M. (1972): "Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología peninsular" *TP* 27: 9-43.
- Almagro Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, CSIC-Universidad de Valencia, Biblioteca Prehistórica Hispana, 14, Madrid.
- Almeida, C. F. (1953): *Lucernas romanas em Portugal*, Arq. Port. MNAE Nova Série, 2. Lisboa.
- Almeida, F. y Ferreira, O. V. (1967): "Fechos e placas de cinturão hallstáticos encontrados em Portugal", *Arq. Port.*, MNAE, Série 3, 1: 81-95.
- Alvar, J. (1980): "Los medios de navegación de los colonizadores griegos", *AEA* 52: 67-86.
- Alvar, J. (1992): "La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo", en *Actas de las V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Publicaciones del Museu Arqueològic d'Eivissa, Conselleria de cultura, educació i esports, Govern Balear, 25, Ibiza: 19-27.
- Alvar, J. (1993): "El ocaso de Tartesos", en J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tartesos*, Cátedra, Madrid: 187-200.
- Alvar, J. (1993): "La ciudad y el mar", *Revista de Occidente*: 73-89.
- Alvar, J. (1995): "Avieno, los fenicios y el Atlántico", *Koilaos* 4: 21-37.
- Alvar, J. y Blázquez, J. M. (eds.) (1993): *Los enigmas de Tartesos*, Cátedra, Madrid.
- Alvar, J. y Wagner, C. (1985): "Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago" *Gerión* 3: 79-95.
- Alvar, J. y Wagner, C. (1988): "La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica", *Gerión* 6: 169-185.
- Alves, F. (1987): "A piroga monóxila de Gerez do Lima" *Arq. Port.* 4-5: 109-185.
- Alves, F. (1994): "Lisboa Submersa", en *Lisboa Subterrânea*: 126-139.
- Alves, F.; Reiner, F.; Almeida, M. J. y Veríssimo, L. (1988-89): "Os cepos de âncora em chumbo descobertos em águas portuguesas - contribuição para uma reflexão sobre a navegação ao longo da costa atlântica da Península Ibérica na Antiguidade", *Arq. Port.* 4, 6/7: 109-185.
- Alves, F.; Soares, A. M. y Cabral, J. M. (1993): "As primeiras datações de radiocarbono em Portugal directamente relacionadas com o património arqueológico naval e subaquático", en *Homenagem ao Prof. Santos Júnior*, Instituto Ciências Tropicais 2: 151-163.
- Amaro, C. (1993): "Vestígios materiais orientalizantes do Claustro da Sé de Lisboa", en Tavares (ed.): 183-192.
- Amo, M. (1970): "La cerámica campaniense de importación y las imitaciones campanienses de Ibiza", *TP* 27: 201-244
- Amo, M. y Belén Deamos, M. (1981): "Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de S. Pedro", *H.A.* 5: 57-148.
- Anderson, W. P. (1988): *Sarepta I. The late bronze and iron age strata of area II*, Y. Université libanaise, Beyrouth.
- Aragão, A. C. (1896): "Antiguidades romanas de Balsa", *Arch. Port* 1ª série, 2: 50-75.
- Aranegui, C. (1969): "La cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 6: 113-131.
- Aranegui, C. (1975): "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11: 333-379.
- Aranegui, C. (1980): "Contribución al estudio de las urnas Cruz del Negro", *Saguntum* 15: 99-115.
- Aranegui, C. (1981): "Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro. El bronce final y el comienzo de la edad del hierro en el país valenciano", *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 1: 41-66
- Arnaud, J. M. (1979): "Coroa do Frade. Fortificação do Bronze Final dos arredores de Évora. Escavações de 1971-72", *M.M.* 20: 56-100.
- Arribas, A. (1969): "El yacimiento paleopúnico de la desembocadura del río Guadalhorce", en *Actas de X CNAE (Mabón)*: 352-362.
- Arribas, A. y Arteaga, O. (1975): "El yacimiento fenicio de la desembocadura del Río Guadalhorce (Málaga)", *CPUG*, Serie Monográfica 2.
- Arribas, A. y Arteaga, O. (1976): "Guadalhorce - Eine Phoniko-Punische Niederlassung bei Malaga", *MM.* 17: 180-208.

- Arruda, A. M. (1983-4a): "Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim. Relatório dos trabalhos de 1983-1984", *Clio Arqueologia* 1: 245-254.
- Arruda, A. M. (1983-4b): "Alcáçova de Santarém. Relatório dos trabalhos arqueológicos de 1984" *Clio Arqueologia* 1: 217-223.
- Arruda, A. M. (1984): "Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim: sua integração no contexto do turismo regional", en *Actas do 3º Congresso sobre o Algarve*, vol 1: 45-49. Montechoro.
- Arruda, A. M. (1986a): "Castro Marim na Idade do Ferro", en *Actas do 4º Congresso do Algarbe*, vol. 1: 33-38. Silves.
- Arruda, A. M. (1986b): "Castelo de Castro Marim", *Informação Arqueológica* 8: 32-34.
- Arruda, A. M. (1986c): "Alcáçova de Santarém", *Informação Arqueológica* 8: 75-77.
- Arruda, A. M. (1987a): "Alcáçova de Santarém: a Idade do Ferro", en *Arqueologia no Vale do Tejo*: 53-54. IPPC, Lisboa.
- Arruda, A. M. (1987b): "Castelo de Castro Marim", *Informação Arqueológica* 8: 32-34.
- Arruda, A. M. (1987c): "Alcáçova de Santarém", *Informação Arqueológica* 8: 75-77.
- Arruda, A. M. (1988): "Nota acerca da ocupação romano-republicana do Castelo de Castro Marim", en *Actas do 5º Congresso do Algarbe*, vol. 1: 13-17. Silves.
- Arruda, A. M. (1988/89): "Conímbriga: Escavações de 1988-89. 1. Algumas precisões sobre a cronologia do «Bairro Indígena»", *Portugália Nova* série, 9-10: 93-100.
- Arruda, A. M. (1991): "Panorama das importações gregas em Portugal", en *Actas del Simposium Griegos e Íberos en la Península Ibérica* (siglos IV e V a.C.), Ampúrias, 1991, *Huelva Arqueológica*, 13: 129-154.
- Arruda, A. M. (1992): "«Orientalismo» e «Orientalizante»: génese e aplicação dos conceitos na Idade do Ferro do Centro/Sul de Portugal", en *Estudos em homenagem a Jorge Borges de Macedo*: 33-48. Lisboa.
- Arruda, A. M. (1993a): "A ocupação da Idade do Ferro da Alcáçova de Santarém no contexto da expansão fenícia para a fachada atlântica peninsular" *Estudos Orientais* (*Actas do Encontro «Os fenícios no território português»*) 4: 193-214.
- Arruda, A. M. (1993b): "O Oriente no Occidente", en Medina (dir.) y Gonçalves (org.), 2: 17-44.
- Arruda, A. M. (1994): "A Península de Lisboa entre o Norte atlântico e o Oriente mediterrânico" en *Lisboa subterrânea*: 52-57. Lisboa.
- Arruda, A. M. (1996): "Particularidades, especificidades, e regularidades na Idade do Ferro do Sul de Portugal" en F. y Encarnação, J. (eds.): *La Hispania prerromana*: 37-50.
- Arruda, A. M. (1997a): *As cerâmicas áticas do Castelo de Castro Marim*, Colibri, Lisboa.
- Arruda, A. M. (1997b): "Conímbriga: Fouilles de 1988-89. 2. Les travaux sur le forum", en *Itinéraires Lusitaniens*: 13-33. Diffusion de Boccard, Paris.
- Arruda, A. M. (2000): "As cerâmicas de importação do Castelo de Castro Marim no âmbito do comércio Ocidental dos séculos V a I a.C.", *Actas do IV Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*. Cádiz: p.
- Arruda, A. M. y Almeida, R. R. (1998): "As ânforas da Classe 32 da Alcáçova de Santarém", *Conímbriga*, 37: 201-231.
- Arruda, A. M. y Catarino, H. (1982): "Cerâmicas da Idade do Ferro na Alcáçova de Santarém" *Clio* 4: 35-39.
- Arruda, A. M. y Gonçalves, V. S. (1995): "Produção e consumo de vinho no território actualmente português durante a Idade do ferro (Séculos VIII-IV a.C.)", en *Amar, Sentir e Viver a História, Estudos de Homenagem a Joaquim Veríssimo Serrão*: 21-28. Colibri, Lisboa.
- Arruda, A. M.; Guerra, A. y FABIÃO, C. (1995): "O que é a IIª Idade do Ferro no Sul de Portugal", en *TAE* (Actas do 1º Congresso de Arqueologia Peninsular), 35 (2): 237-257.
- Arruda, A. M.; Almeida, R. R. (1999): "Importações de vinho itálico para o território português: contextos, cronologias e significado" En *Actas da IIIª Table ronde sur la Lusitanie romaine* Madrid, Casa de Velazquez 1 y 2 de Diciembre, 1997, p. 307-337.
- Arruda, A. M.; Almeida, R. R. (en prensa): "Importação e consumo de vinho bético na Colónia romana de Scallabis (Santarém, Portugal)", en *Actas do Congresso Internacional «Ex Baetica Amphorae» Conservas, uceite y vino de la Bética en el Imperio romano*, Sevilla, 1998.
- Arruda, A. M.; Barros, P. y Lopes, V. (1998): "Cerâmicas áticas de Mértola", *Conímbriga*, 37: 121-149.
- Arruda, A. M. y Viegas, C. (1999): "The Roman temple of Scallabis (Santarém, Portugal)", *Journal of Iberian Archaeology*. 1: 185-224.
- Arruda, A. M. y Viegas, C. (2000): "The Scallabis Roman temple (Santarém, Portugal)", en *Actas do XVª International Congress of Classical Archaeology. Amsterdão, 1998*: 58-60.
- Arruda, A. M. y Viegas, C. (en prensa): "Cerâmicas islâmicas de armazenamento e transporte da Alcáçova de Santarém", en *Actas do Colóquio Santarém na Idade Média*.
- Arteaga, O. (1977a): "Vorbericht uber Gabunskampagne 1976 auf dem Cerro del Mar", *MM* 18: 101-115.
- Arteaga, O. (1977b): "Las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular", *CPUG* 2: 301-320.
- Arteaga, O. (1979a): "Avance sobre las nuevas excavaciones en el «Cerro del Mar». Campaña de 1976", *NAH* 6: 261-274.
- Arteaga, O. (1982): "Die Romischen open von Manganeto bei Torre del Mar (Málaga)", *MM* 23: 234-246.
- Arteaga, O. (1985): *El corte 44 de Toscanos. Campaña de 1984*, EAE. Ministerio de Cultura, Madrid.
- Arteaga, O. (1997): "Socioeconomía y sociopolítica del iberismo en la alta Andalucía", *HIA* 14: 93-136.
- Arteaga, O. y Schubart, H. (1986): "El mundo de las colonias fenicias occidentales", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 499-525. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- Arteaga, O. y Serna, M. R. (1975): "Los Saladares 71", *NAH*. 3: 9-90.
- Arteaga, O. (1979b): "Las influencias Púnicas", en *Actas de la Mesa redonda sobre la Baja Época de la Cultura Ibérica*: 117-159. Asociación Española de Amigos de Arqueología, Madrid
- Arteaga, O. (1981): "Cerro del Mar (Málaga. Campaña de 1978)", *NAH* 12: 293-297.
- Aubert, M. E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Rio (Sevilla)*, CSIC, Barcelona.

- Aubet, M. E. (1976-78): "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona-Sevilla)", *Ampurias* 38-40: 267-287.
- Aubet, M. E. (1978a): "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I", *BSEAA* 44: 15-77.
- Aubet, M. E. (1978b): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (húmulo B)*, CSIC, Barcelona.
- Aubet, M. E. (1980): "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir II. Acebuchal y Alcantarilla", *S.A.* 63: 5-51.
- Aubet, M. E. (1981): "Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla Málaga)", *Pyrenae* 10: 74-108.
- Aubet, M. E. (1981): "La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)", en J. Maluquer y M. F. Aubet: *Andalucía y Extremadura*: 53-222. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Aubet, M. E. (1981-82): "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir III. Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla", *Pyrenae* XVII-XVII: 231-279.
- Aubet, M. E. (1982): "Cerámica policroma con motivos figurados de Setefilla (Sevilla), en *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*: 211-215. Ministerio de Cultura, Madrid
- Aubet, M. E. (1983a): "Marfiles fenicios en Andalucía" *R.A.* 30: 6-13.
- Aubet, M. E. (1983b): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. EAE, 122. Ministerio de Cultura, Madrid.
- Aubet, M. E. (1984): "La aristocracia tartésica durante el período orientalizante", *Opus* III: 445-568.
- Aubet, M. E. (1986): "Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas", en G. Olmo y M. E. Aubet, *Los Fenicios en la Península Ibérica* 1: 9-30. , AUSA, Sabadell.
- Aubet, M. E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occident*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Aubet, M. E. (1990a): "Cerro del Villar (Guadallorce, Málaga). Estudio de los materiales de la campaña de 1987", *AAA* 1988, vol. II: 244-249.
- Aubet, M. E. (1990b): "Cerro del Villar 1987. Informe de la primera campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadallorce (Málaga)", *AAA* 1987, vol II: 310-316.
- Aubet, M. E. (1991a): "Cerro del Villar 1989. Informe de la segunda campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadallorce (Málaga)" *AAA* 1989, vol. II: 377-381.
- Aubet, M. E. (1991b): "Die phönizische Niederlassung von Cerro del Villar (Guadallorce - Málaga)", *MM* 32: 56-66.
- Aubet, M. E. (1997): "Introducción", en M. E. Aubet (coord.): 5-10.
- Aubet, M. E. (1999): "La secuencia arqueo-ecológica del Cerro del Villar", en *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio*, Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios, Dirección general d'ensenyaments Universitaris investigació e Instituto de cultura «Juan Gil-Albert», València/Alicante: 41-68.
- Aubet, M. E. (Coord.) (1997): *Los fenicios en Málaga*, Universidad de Málaga.
- Aubet, M. E. y Carulla, N. (1987): "El asentamiento fenicio del Cerro del Villar (Málaga): Arqueología y paleografía del Guadallorce y de su hinterland" *AAA* 1986, vol. II: 425-430.
- Aubet, M. E.; Mass-Lindemann, G. y Schubart, H. (1975): "Chorreras" *MM* 16: 137-178.
- Aubet, M. E.; Mass-Lindemann, G. y Schubart, H. (1979): "Chorreras. Un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del río Algarrobo", *NAH* 6: 89-138.
- Aubet, M. E.; Serna, M. R.; Escacena, J. L. y Ruiz, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, EAE 122, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Barata, F. (1997): "O Promontorium Sacrum e o Algarve entre os escritores da Antiguidade", en AAVV, *Noventa séculos entre a Serra e o Mar*: 117-133.
- Barceló, J.; Delgado, A.; Fernández, A. y Párraga, M. (1995): "El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadallorce-Málaga)" *Revista di Studi Fenici* XXIII: 145-182.
- Barret, J. y Bradley, R. (eds.) (1980): *The British Later Bronze Age*. BAR, B.S. 83, part 1. Oxford.
- Barros, L. (1998): *Introdução à Pré e Proto-História de Almada*, Câmara Municipal de Almada.
- Barros, L. y Espírito Santo, P. (1997): "Gruta artificial de S. Paulo", (I Encontro de Arqueologia da Costa Sudoeste - Homenagem a Georges Zbyszewski), *SA* 11-12: 217-220.
- Barros, L.; Cardoso, J. L. y Sabrosa, A. (1993): "Fenícios na margem Sul do Tejo", (Actas do Colóquio «Os Fenícios no território português», 1992), *Estudos Orientais* IV: 143-181.
- Bartoloni, P. y Tronchetti (1981): *La necropoli di Nora*, Roma.
- Bass, G. F. (1967): *Cape Gelidonya. A bronze age shipwreck*, Transactions of the American Philosophical Society. Philadelphia.
- Bass, G. F.; Frey, D. A. y Pulack, C. (1984): "A late bronze age shipwreck at Kas, Turkey", *International Journal of Nautical Archaeology* 13: 271-279.
- Baticle, Y. (1974): *L'élevage ovin dans les pays européens de la Méditerranée occidentale*, Paris.
- Beirão, C. M. (1972): "Cinco aspectos da Idade do Bronze e da sua transição para a Idade do Ferro no Sul do País", en *Actas das II Jornadas Arqueológicas*, AAP vol. I: 193-222.
- Beirão, C. M. (1986): *Une civilisation Protobistorique du Sud du Portugal - 1er Age du Fer*, Diffusion de Boccard, Paris.
- Beirão, C. M. (1990 a): "Epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica. Novos dados arqueológicos", en Tavares, A. A. (ed.): *Estudos Orientais (Presenças orientalizantes em Portugal - da pré-história ao período romano)*: 107-118. Instituto Oriental da Universidade Nova, Lisboa.
- Beirão, C. M. (1990 b): "Novos dados arqueológicos sobre a epigrafia da I Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica", en *Actas do V Colóquio sobre linguas y culturas Prerromanas de la Península Ibérica*: 684-696.
- Beirão, C. M. [et al.] (1985): "Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão", *Arq. Port.* 4, 3: 45-135.
- Beirão, C. M. [et al.] (1987): "Um depósito votivo da II Idade do Ferro, no Sul de Portugal. Veleia", *Actas del IV Colóquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas. Victoria y Gasteiz 1985, Victoriaco Vasconum* 2-3: 207-221.

- Beirão, C. M. y Correia, V. H. (1991): "A cronologia do povoamento de Fernão Vaz", *Conímbriga* 30: 5-11.
- Beirão, C. M. y Correia, V. H. (1994): "Novos dados arqueológicos sobre a área de Fernão Vaz", en Mangas, J. y Alvar, J. (eds.), *Homenaje a José María Blázquez*: 285-302. Ed. Clásicas, Madrid
- Beirão, C. M. y Gomes M. V. (1980): *A Idade do Ferro no Sul de Portugal. Epigrafia e cultura*, MNAE, Lisboa.
- Beirão, C. M. y Gomes M. V. (1984): "Coroplastia da Idade do Ferro do Sul de Portugal", en *Volume d' Hommage au géologue Georges Zbyzewsky*: 450-482. Ed. Recherches sur les civilisations, Paris.
- Beirão, C. M. y Gomes M. V. (1985): "Grafitos da Idade do ferro do centro e sul de Portugal", en Hoz, J. (ed.), *Actas do III Coloquio sobre linguas y culturas paleohispanicas*: 465-499.
- Beirão, C. M.; Gomes M. V. y Monteiro, J. P. (1979): *As estelas epigrafadas da Idade do Ferro do Sul de Portugal*, MAEDS, Setúbal.
- Belén Deamos, M. (1976): "Estudio y tipología de la cerámica gris en la Provincia de Huelva", *Revista de Archivos, bibliotecas y Museos* 89: 353-388.
- Belén Deamos, M. y Escacena, J. L. (1995): "Economía y sociedad en la Turdetania de los siglos V-IV a.C.", *HA* 14: 137-160.
- Belén Deamos, M. y Fernández Miranda, M. (1978): "La Tiñosa (Lepe, Huelva)", *HA* 4: 197-289.
- Belén Deamos, M.; Anglada, R.; Jimenez, A.; Lineros, R. y Rodríguez, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Sevilla.
- Belén Deamos, M.; Fernández Miranda, M. y Garrido, J. P. (1977): *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y la Esperanza*, HA 3.
- Benoit, F. (1957): *Entremont, capitale celto-lygure des Salyens de Provence*, Aix en Provence.
- Berrocal, L. (1992): *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica* Complutum Extra, 2.
- Berrocal, L. (1994): *El altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico de un ritual céltico*, Universidad Autónoma, Madrid.
- Bikai, P. M. (1978): *The pottery of Tyre*, Aris & Phillips, Warminster.
- Bikai, P. M. (1987): *The phoenician pottery of Cyprus*, A.G. Leventis Foundation., Nicosia.
- Bisi, A. M. (1969): "Nuove prospettive sulla Spagna fenicio punica", en *Tartessos y sus problemas, V Symposium de Internacional de Prehistoria peninsular*, Barcelona.
- Blanco Freijeiro, A. (1960): "Orientalia II" *AEA* 33: 3-25.
- Blanco Freijeiro, A. (1965): "Ein figurlich verzierter bronzener oinochoenhenkel aus Málaga", *MM* 6: 31-36.
- Blanco Freijeiro, A.; Luzon, J. M. y Ruiz Mata, D. (1970): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón, Rio Tinto - Huelva*, Anales de la Universidad hispalense 4, Universidad, Sevilla.
- Blázquez, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Madrid.
- Blázquez, J. M.; Ruiz Mata, D.; Remesal, J.; Ramirez S. y Clauss, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de S. Pedro (Huelva). Campaña de 1977*, EAE, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Bonsor, G. (1899): "Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis", *Revue d'Archéologie* 35: 126-270.
- Bonsor, G. (1927): "La véritable origine de Carmona et ses découvertes archéologiques des Alcores", *Revue d'Archéologie*, série 5, 25: 285-300.
- Bound, M. y Vallintine, R. (1983): "A wreck of possible etruscan origin of Giglio Island", *Institute Journal of Nautical Archaeology* 12, 1: 113-122.
- Bradley, R. (1981): "Economic growth and social exchange: two examples from prehistoric Europe", en Sheridan, A. y Bailey, G. (eds.): 231-237.
- Bradley, R. (1985): "Exchange and social distance - the structure of bronze artifact distributions" *Man N.S.* 20(1): 692-704.
- Braudel, F. (1987): *O Mediterrâneo*, Teorema, Lisboa.
- Cabral, J. M.; Meircles, J. M.; Soares, A. M. y Veríssimo, L. (1990): "Datação pelo radiocarbono de um cepo de âncora em chumbo encontrado na Berlenga. *Conímbriga* 29: 59-68
- Cabral, J. M.; Gouveia, M. A.; Alarcão, A. M. y Alarcão, J. (1983): "Neutron activation analysis of fine grey pottery from Conímbriga, Santa Olaia and Tavarede, Portugal", *Journal of Archaeology Science* 10-1: 61-70.
- Cabral, J. M.; Waerenborgh, J. C.; Figueiredo, M. O. y Matias, P. H. M. (1986): "Contribuição para o estudo da cerâmica cinzenta fina Conímbriga e de Santa Olaia por espectrometria Mossbauer e difracção de Raio X", *Conímbriga* 25: 5-21.
- Caetano, J. C. (en prensa): *Fechos e placas de cinturão proto-históricos encontrados em Portugal*. (debo a la amabilidad del autor la consulta deste texto, antes de su publicación).
- Calado, M. (1993): *Carta arqueológica do Alandroal*, Câmara Municipal, Alandroal.
- Calado, M. y Rocha, I. (1997): "O povoamento da Idade do Ferro no Alentejo Central", *Cadernos de Cultura de Regengos de Monsaraz* 1: 99-130.
- Cardoso, G. (1991): *Carta arqueológica do concelho de Cascais*, Câmara Municipal, Cascais.
- Cardoso, G. y Encarnação J. (1984): "Subsídios para a Carta Arqueológica do Concelho de Chascáis" *Arquivo de Cascais* 5: 23-30.
- Cardoso, G. y Encarnação J. (1986): *Cascais no tempo dos romanos. Catálogo da exposição*, Câmara Municipal de Cascais e Instituto Português do Património Cultural.
- Cardoso, G. y Encarnação J. (1990): "Cascais no tempo dos romanos. Catálogo da exposição" *Revista de Arqueologia* 1: 59-74.
- Cardoso, G. y Encarnação J. (en prensa): "Notas sobre a ocupação proto-histórica na villa romana de Freiria", en *Actas do congresso sobre a Idade do Ferro no Noroeste* (debo a la amabilidad de José d' Encarnação la lectura deste trabajo aún inédito).
- Cardoso, J. L. (1990): "A presença oriental no povoamento da Idade do Ferro na região ribeirinha do estuário do Tejo", *Estudos Orientais 1 (Actas do Encontro Presenças Orientalizantes em Portugal. Da Pré-História ao Período romano)*: 119-133.
- Cardoso, J. L. (1994): "Lisboa. Do paleolítico ao romano. Investigação arqueológica na área de Lisboa: os últimos 10 anos" *Almadan* 6: 59-74.

- Cardoso, J. L. (1995): "O Bronze Final e a Idade do Ferro na região de Lisboa: um ensaio" *Conímbriga* 34: 735-745.
- Cardoso, J. L. (1996): "Base de subsistência em povoados do Bronze Final e da Idade do Ferro do território português. O Testemunho dos grandes mamíferos", en Alarcão, J. (coord.) *De Ulisses a Viriato*: 166-169.
- Cardoso, J. L. y Cardoso, G. (1993): *Carta Arqueológica do concelho de Oeiras*, Estudos Arqueológicos de Oeiras 4, Câmara Municipal, Oeiras.
- Cardoso, J. L.; Carreira, J. R. (1993): "Le bronze Final et le début de l'âge du fer dans la région riveraine de l'estuaire du Tage" en *Actas do Congresso Mediterrâneo d'etnologia histórica*, Instituto Mediterrâneo, Lisboa.
- Cardoso, J. L.; Carreira, J. R. y Freitas, F. (1981): "Descoberta de jazida da Idade do bronze na Tapada da Ajuda", *SA* 6-7: 117-148.
- Caro Bellido, A. (1989): *Las cerámicas grises a torno orientalizantes de Andalucía*, Servicio de Publicaciones, Cádiz.
- Carrasco, J.; Pastor, M. y Pachón, J. A. (1980): "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafoyona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981)", *CPUG* 6: 307-354.
- Carrasco, J.; Pastor, M. y Pachón, J. A. (1982): "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafoyona. Excavaciones de 1979", *NAH* 13: 7-164.
- Carriazo, J.M. (1973): *Tartessos y El Carumbo*, Sevilla.
- Carriazo, J.M. y Raddatz (1960): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", *Archivo hispalense* 103-104: 333-369.
- Carrilero, M. (1993): "Discusión sobre la formación social tartésica", en Alvar y Blázquez (eds): 163-185.
- Cartaillac, É. (1886): *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, Reinwald, París.
- Carvalho, P. C. (1998): *O Forum de Aemínium*, Ministério da Cultura, IPM, Lisboa.
- Casselberry, S. (1974): "Further refinement of formulae for determining population from floor area", *World Archaeology* 6: 116-122.
- Casson, L. (1964): *Illustrated history of ships and boats*, Doubleday & Company, New York.
- Casson, L. (1971): *Ships in ancient world*, University Press, Princeton.
- Casson, L. (1991): *The ancient mariners. Seafarers and sea fighters of the Mediterranean in ancient times*, University Press, Princeton.
- Casson, L. (1994): *Ships and seafaring in ancient times*, British Museum Press, London.
- Catarino, H. (1997-98): *O Algarve oriental durante a ocupação islâmica - Povoamento rural e recintos fortificados*, AL-Ulyã (Revista do arquivo histórico municipal de Loulé), Câmara Municipal, 6, 3 volumes.
- Celestino, S. (ed.) (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores Oeste, Sur y Este Norte*, Museo Arqueológico Provincial/B, Gil Santa Cruz, Badajoz.
- Celestino, S. y Jiménez, F. J. (1993): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV, el sector Norte*, B. Gil Santa Cruz, Badajoz.
- Celestino, S. y Jiménez, F. J. (1997): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V. el sector Oeste*, Editora Regional Extremeña, Madrid.
- Celestino, S. y Julian, J.M. (1991): "El caballo de bronce de Cancho Roano", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 18: 179-188.
- Celestino, S. y Martín, A. (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano VII. el sector Este*, Editora Regional Extremeña, Madrid.
- Celestino, S. (1991): "Cancho Roano, un complejo urbano orientalizante en Zalamea de la Serena (Badajoz)", en J. Remesal y O. Musso (eds.): *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*: 439-456, Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Celestino, S. (1992): "Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político - religioso de influencia oriental", *Rivista de Studi Fenici* 20, 1: 19-46.
- Celestino, S. (1994): "Los altares en forma de «lingote chipriota» de los santuarios de Cancho Roano", *Revista de Estudios Ibericos* 1: 291-309.
- Celestino, S. (1995): "El período orientalizante en Extremadura", *Extremadura Arqueológica* 4: 67-90.
- Celestino, S. (1997): "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló (espacios y lugares culturales en el mundo ibérico)* 18: 359-389.
- Cerdeño, S. (1978): "Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico", *TP* 35: 279-307.
- Cerdeño, S. (1981): "Los broches de cinturón tartésicos", *HA* 5: 31-56.
- Champion, T. C. (ed.) (1989): *Centre and Periphery*, Comparative Studies in Archaeology, Unwin Hyman, Londres.
- Cintas, P. (1949): "Fouilles puniques à Tipasa", *Revue Africaine* 92: 1-68.
- Cintas, P. (1950): *Céramique punique de Cartago*, Tunes.
- Cintas, P. (1952): *Céramique punique*, Tunes.
- Cintas, P. (1970): *Manuel d'Archéologie punique I*, Éditions A. e J. Picard, París.
- Cintas, P. (1976): *Manuel d'Archéologie punique II*, Éditions A. e J. Picard, París.
- Clarke, D. L. (1972): *Models in Archaeology*, Methew, London.
- Cornwell, E. L. (1979): *An illustred history of ships*, New English Library, London.
- Correia, V. (1916): "Conímbriga. A camada pre-romana da cidade. Notas de um exploração de dez dias em Condeixa-a-Velha", *O Arch. Port.* 21: 252-262A.
- Correia, V. (1925a): "Um amuleto egípcio da necrópole de Alcácer do Sal", *Terra Portuguesa* 5, 41: 90-93. 1972: Obras, vol. 4: 195-200. Estudos arqueológicos. Acta Universitatis Conimbricensis. Coimbra.
- Correia, V. (1925b): "Uma conferência sobre a necrópole de Alcácer do Sal", *Biblos*, 1 (7): 347-363. 1972 Obras, Volume 4, Estudos arqueológicos: 151-167. Acta Universitatis Conimbricensis, Coimbra.
- Correia, V. (1925c): "Fechos de cinturão da necrópole de Alcácer do Sal", *Biblos*. Coimbra, 1 (6), p. 319-326. Obras, Volume 4, Estudos arqueológicos: 187-194, Acta Universitatis Conimbricensis, Coimbra.
- Correia, V. (1928): "Escavações realizadas na necrópole de Alcácer do Sal em 1926 e 1927". *O Instituto*, 75, p. 190-201. 1972. Obras, Volume 4, Estudos arqueológicos: 169-179. Acta Universitatis Conimbricensis, Coimbra.
- Correia, V. (1930a): "Alcácer do Sal. Esboço de uma monografia". *Biblos*. Coimbra, 1 (7): 40-59. 1972, Obras, Volu-

- me 4, Estudos arqueológicos: 127-150, Acta Universitatis Conimbrigensis, Coimbra.
- Correia, V. (1930b): «As fíbulas da necrópole de Alcácer do Sal». *Biblos*. Coimbra, 6 (7-8): 504-509. 1972. Obras, Volume 4, Estudos arqueológicos: 181-185, Acta Universitatis Conimbrigensis, Coimbra.
- Correia, V. H. (1986): "Um bronze tartéssico inédito: o touro de Mourão", *Trabalhos de Arqueologia do Sul* 1: 33-48.
- Correia, V. H. (1990): "A expansão orientalizante na fachada atlântica da Península" *TAE* 30-31: 177-192.
- Correia, V. H. (1993a): "As necrópoles da Idade do Ferro do sul de Portugal. Arquitectura e rituais", *TAE (Actas do I Congresso de Arqueologia Peninsular)* 33, 3-4: 351-370.
- Correia, V. H. (1993b): "Os materiais da Idade do Ferro de Conímbriga e a presença fenícia no Baixo vale do Mondego" *Estudos Orientais* 4 (*Actas do encontro: Os fenícios no território português*): 229-283.
- Correia, V. H. (1996a): *A epigrafia da Idade do Ferro no sul de Portugal*, Ethnos, Porto.
- Correia, V. H. (1996b): "Os povoados da I Idade do Ferro no sul de Portugal", en Alarcão, J. (coord.): *De Ulisses a Viriato*: 82-87.
- Correia, V. H. (1997a): "Nouvelles recherches à Conímbriga", en *Itinéraires Lusitaniens*: 35-48. Diffusion de Boccard, Paris.
- Correia, V. H. (1997b): "As necrópoles algarvias da I Idade do Ferro e a escrita do Sudoeste", en AAVV: *Noventa séculos entre a Serra e o Mar*: 265-279.
- Correia, V. H. (1997c): "Um modelo historiográfico para a idade do ferro do sul de Portugal e a sua arqueologia" *TAE* 37 (3-4): 41-85.
- Costa, J. M. (1960): *Novos elementos para a localização de Cetóbriga. Os achados romanos na cidade de Setúbal*, Setúbal.
- Costa, J. M. (1967): "O tesouro fenício ou cartaginês do Gaio (Sines)" *Ethnos* 5: 529-538.
- Costa, J. M. (1974): "O tesouro punico-tartéssico do Gaio", en *Actas das II Jornadas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*: 97-120.
- Coutinho, J. E. (1994): "Monte de Figueiró", en AAVV: *Idade do Ferro. Catálogo*: 113-114, Câmara Municipal, Figueira da Foz.
- Crua, A. R. y Oosterbeek, L. (1985): "A gruta do Cadaval: elementos para a Pré-história da Vale do Nabão", en Arqueologia na região de Tomar da Pré-história à actualidade, *Boletim Cultural e informativo da Câmara Municipal de Tomar* 1: 61-76.
- Cuadrado, E. (1957): "La fibula anular hispánica y sus problemas", *Zephyrus* 8: 5-76.
- Cuadrado, E. (1963): "Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica", *TP* 7: 28-36.
- Cuadrado, E. (1966): "Reportorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la Península Ibérica", *TP* 21: 5-76.
- Cuadrado, E. (1969): "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartéssico", en *Tartessos y sus problemas, V Symposium de Internacional de Prehistoria peninsular*: 57-148. Barcelona.
- Cuadrado, E. y Ascensão, M. A. (1970): "Broches tartéssicos de cinturón de doble gancho", en *Actas do XI Congresso Nacional de Arqueologia*: 494-514.
- Daveau, S. (1980): "Espace e tempo. Evolução do ambiente geográfico de Portugal ao longo dos tempos pré-históricos", *Chô* 2: 13-37.
- Daveau, S. (1994): "A fox do Tejo palco da História de Lisboa", en *Lisboa Subterrânea*: 24-31, IPM, Lisboa.
- Daveau, S. (1995): *Portugal geográfico*, Sá da Costa, Lisboa.
- Davison, I. y Bailey, G. N. (1984): "Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía", *Boletín del Museo arqueológico Nacional* 2, 1: 25-46.
- Denfort, G.T. y Farrel, A.W., (1980): "The Caergwle bowl - a possible prehistoric boat model", *Journal of Nautical Archaeology* 9, 3: 183-192.
- Diniz, M. y Gonçalves, V. S. (1995-97): "Na segunda metade do século XIX: luzes e sombras sobre a institucionalização da arqueologia em Portugal", *AP*, série 4, 12: 175-187.
- Diogo, A. (1984): "O material romano da 1ª campanha de escavações na Alcáçova de Santarém (1979)", *Conímbriga* 23: 111-142.
- Diogo, A. (1993): "Ânforas pré-romanas dos Chões de Alpompe (Santarém)", *Actas do encontro: Os fenícios no território português, Estudos Orientais* 4: 229-283.
- Domergue, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Diffusion de Boccard, Paris.
- Domergue, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, École Française de Rome, Roma.
- Drennan, R. y Uribe C. (eds.) (1987): *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, Boston.
- Earle, T. K. (1987): "Chiefdoms in archaeology and ethnohistorical perspective", *Annual Review in Anthropology* 16: 279-308.
- Earle, T. K. (1991): "The evolution of chiefdoms", en Earle, T. K. (ed.): 1-15.
- Earle, T. K. ed. (1984): *On the evolution of complex societies: Essays in honor of Harry Hoijer*, Undena Publications, Mlibu.
- Earle, T. K. ed. (1991): *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, School of American Research, University Press, Cambridge.
- Encarnação, J. (1984): *Inscrições romanas do Conventus Paensis. Subsídios para o estudo da romanização*, Instituto de Arqueologia da Universidade de Coimbra, Coimbra.
- Encarnação, J. (1987): "A população romana do litoral algarvio. Anais do Município de Faro", *Câmara Municipal de Faro* 17: 57-75.
- Encarnação, J. y Cardoso, G. (1994): "A villa romana de Freiria e o seu enquadramento rural", en J.G. Gorges, y M. Salinas de Frías, (eds.): *Les campagnes de la Lusitanie romaine*: 203-217, Madrid/Salamanca.
- Escacena, J. y Belén, M. (1997): "El poblamiento en Baja Andalucía durante los siglos V-IV a.C.", *HA* 14: 31-59.
- Étienne, R. (1997): "Postface", en *Itinéraires Lusitanens*: 245-247. Diffusion de Boccard, Paris.
- Étienne, R.; Makaroun, Y. y Mayet, F. (1994): *Un grand complexe industriel à Tróia (Portugal)*, Diffusion de Boccard, Paris.
- Fabião, C. (1999): *Sobre as ânforas do acampamento romano da Loma do Canho (Arganil)*, Cadernos da UNIARQ, 1.

- Fabião, C. (1999): *O mundo indígena e a sua romanização na área céltica do território português*. Dissertação de doutoramento em Arqueologia, apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa. 3 volumes. Edição policopiada.
- Faria, A. (1987): "Moedas de chumbo da época romana cunhadas no território actualmente português", *Numismática* 47: 24-28.
- Faria, A. (1987): "Ipsos, uma ceca hispano-romana do Sudoeste", *Acta Numismática* 17-18: 101-104.
- Faria, A. (1989): "A numária de *Cantnipo" *Conímbriga* 28: 71-99.
- Faria, A. (1992): "Ainda sobre o nome pré-romano de Alcácer do Sal", *Vipasca* 1: 39-45.
- Faria, A. (1996): "Emissões monetárias, Imperatoria Salacia e Casaraugusta. Algumas questões historiográficas", *Vipasca* 5: 117-119.
- Faria, J. C. (1998): "Algumas notas acerca do provável forum de Salacia Imperatoria", *Conímbriga* 37: 185-189.
- Feio, M. (1949): *Le Bas Alentejo et l'Algarve*, en Livre guide, Congrès International de Géographie, Lisboa
- Ferdière, A. (1980): "La fouille pourquoi faire?", en A. Schnapp (dir.): 23-60.
- Fernández Jurado, J. (1987): *Tejada la Vieja. Una ciudad protohistórica*, HA 10.
- Fernández Jurado, J. (1988-89a): "Aspectos de la minería y la metalurgia en la Protohistoria de Huelva", HA 10-11, 3: 177-214.
- Fernández Jurado, J. (1988-89b): *Tartessos y Huelva*, HA 10-11, 1.
- Fernández Jurado, J. y Correa, J. A. (1988-89): "Nuevos grafitos hallados en Huelva", HA 10-11, 3: 121-142.
- Fernandez, V. y Ruiz Zapatero, G. (1984): "El análisis de territorios arqueológicos: Una interpretación crítica" *Arqueología Espacial* 1: 55-72.
- Ferreira, F. (1959): "O problema da localização de Cetóbriga. Seu estado actual", *Conímbriga* 1.
- Ferreira, J. (1992): *Orla marítima. Avieno*, INIC, Lisboa.
- Filguciras, O. (1981): *Os barcos da Nazaré no panorama da nossa arqueologia naval - pré-aviso sobre as acções cautelares a promover nas zonas portuárias dos coutos de Alcobaca*.
- Fletcher Valls, D. (1957): *Toneles cerâmicos ibéricos*, Archivo de Prehistoria levantina, Valencia.
- Fonseca, L. (1994): "Lisboa medieval e o seu termo", en *Lisboa subterrânea*: 86-91, IPM, Lisboa.
- Fox, A. (1983): "Pa and people in New Zealand: an archaeological estimate of population", *New Zealand Journal of Archaeology* 5: 5-18.
- Frade, H. y Caetano, J. C. (1994): "O pátio da Inquisição (Coimbra)", *Bracara Augusta* 45: 319-343.
- Frankensteien, S. (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Crítica, Barcelona.
- Frankensteien, S. y Rowlands, M. (1982): "The internal structure and regional context of early Iron Age society in the southwestern Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15: 73-112.
- Frei, J. (1577): *Chorographia do Reyno do Algarve*.
- Fried, M. H. (1967): *The evolution of political society*, Studies in Anthropology, New York.
- Frutos, G; Chic, G. y Berriatua, N. (1988): "Las anforas de la factoria prerromana de salazones de «Las Redes» (Puerto de Santa María, Cadiz)" en *Actas del 1º Congreso peninsular de História Antigua, Santiago de Compostela*, vol. 1: 295-306.
- Gamer-Wallert, I. y Paixão, A. (1983): "A inscrição do escaravelho de Psamético I, da necrópole do Olival do Senhor dos Mártires. Novos elementos para a sua interpretação", *AP*, Série 4, 1: 267-272.
- Gamito, T. (1983a): "Os «barris» ibéricos de Portugal", *Conímbriga* 22: 195-208.
- Gamito, T. (1983b): "A cabeça de carneiro da colecção António Joaquim Júdice", *AP*, Série 4, 1: 301-314.
- Gamito, T. (1988): *Social complexity in Southwest Iberia (800-300 B.C.). The case of Tartessos*, BAR, International Series. 439. Oxford.
- Gamito, T. (1990): "O concelho de Moura na Proto-História", en *Moura na época romana*, Câmara Municipal de Moura: 17-30.
- Gamito, T. (1991): "A introdução da metalurgia do ferro no Sudoeste. Peninsular, com base nas datações de radiocarbono", en *Actas das IV Jornadas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*: 299-304.
- Gamito, T. (1994): "Polícia Judiciária", *Informação Arqueológica* 9: 115-117.
- Gamito, T. (1997): "Ipsos (Vila Velha, Alvor)", en *AAVV Novecenta séculos entre a serra e o mar*: 257-264.
- García Bellido A. (1936): *Hispania Graeca*, Instituto Español de Estudios mediterráneos, Barcelona.
- García, E. (1968-70): "As torres e os fachos na lagoa da Pederneira - 3. Vestígios de navegações antigas na lagoa da Pederneira (Nazaré)", *Arquivo de Beja* 25-27: 65-76.
- Garrido, J. P. y Horta, M. H. (1994): *El hábitat antiguo de Huelva (Periodo orientalizante y arcaico). La primera excavación arqueológica en la calle del Puerto*, EAE. 171, Ministério de cultura, Madrid.
- Gil Reyes, M. S. y Puya, M. (1991): "Excavacione de urgencia en la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)", en *Actas de las IV Jornadas de Arqueología andaluza*, Apéndice, Jaén: 9-13.
- Gomes, J. J. y Domingos, J. B. (1983): "A «xorca» da Serra das Ripas (Alenquer)", *AP*, Série 4, 1: 287 - 300.
- Gomes, M. (1983): "El «smiting god» de Azougada (Moura)", *TP* 40: 199-220.
- Gomes, M. (1986): "Oenochoe piriforme dos arredores de Beja", *Trabalhos de Arqueologia* 1: 49-57.
- Gomes, M. (1990): "O Oriente no Ocidente. Testemunhos iconográficos na proto-história do sul de Portugal", *Estudos Orientais* 1 (*Actas do colóquio «Presenças orientalizantes em Portugal»*): 53-106.
- Gomes, M. (1993): "O estabelecimento fenício-púnico do Cerro da Rocha Branca (Silves)", *Estudos Orientais* 4 (*Actas do encontro: Os fenícios no território português*): 73-107.
- Gomes, M. y Silva, C. T. (1987): *Levantamento arqueológico do Algarve. Concelho de Vila do Bispo*, Câmara Municipal, Vila do Bispo.
- Gomes, M.; Cardoso, J. L. y Alves, F. (1995): *Levantamento arqueológico do Algarve. Concelho de Lagoa*, Câmara Municipal, Lagoa.
- Gomes, M.; Gomes, R. y Beirão, C. (1986): "O Cerro da Rocha

- Branca (Silves): Resultados preliminares de três campanhas de escavações", en *Actas do 4º Congresso do Algarve*, vol. 1: 77-83.
- Gomes, M.; Gomes, R. y Beirão, C. y Matos, J. L. (1986): *A necrópole da vinha do Casão (Vilamoura, Algarve) no contexto da Idade do Bronze do Sudoeste peninsular*, Trabalhos de Arqueologia 2, IPPC, Lisboa.
- Gonçalves, V. S. (1989): *Megalitismo e metalurgia do cobre no Alto Algarve Oriental. Uma aproximação integrada*, 2 vols. Estudos e Memórias 2, CAH/UNIARQ, INIC, Lisboa.
- Gonçalves, V. S.; Arruda, A. M. y Calado, M.I (en prensa): "Arqueologia no Algarve ocidental", *Opúsculo* 1.
- González Prats, A. (1982a): "La Peña Negra IV. Excavaciones en el sector VII de la ciudad orientalizante 1980-81", *NAH* 13: 309-418.
- González Prats, A. (1982b): "La tipología cerámica del horizont II de Crevillente", *Saguntum* 14: 59-96.
- González Prats, A. (1983): "Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la sierra de Crevillente (Alicante)", *Lucentum* (Anejo).
- González Prats, A. (1985): "Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)", en M. E. Aubet y G. Olmo (eds.): *Los fenicios en la Península Ibérica*: 279-302, AUSA, Sabadell, Barcelona.
- Gosden, C. (1985): "Gifts and Kin in Early Iron Age Europe", *Man*. 20 (3): 475-493.
- Grace, V. (1956): "The canaanite jar", en *The Aegean and the Near East. Studies presented to Hetty Goldman on the occasion of her seventy-fifth birthday*. 80-109, Augustin Publisher, New York.
- Gras, M.; Rouillard, P. y Teixidor, J. (1989): *L'Univers Phénicien*, Arthaud, Paris.
- Grau-Zimmermann, (1978): "Phonikische Metallkanen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerrames", *MM* 19: 161-218.
- Guerra, A. (1998): Nomes pré-romanos de povos e lugares do occidente peninsular. Dissertação de doutoramento em Arqueologia, apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa. 2 volumes. Edição policopiada.
- Guerrero Ayuso, V. (1980): "Las cerámicas pseudo-campanienses ebusitanas en Mallorca", *Archéologie en Languedoc* 3: 169-194.
- Guerrero Ayuso, V. (1997): "Los mercantes fenicio-púnicos en la documentación literaria, iconográfica y arqueológica", en *Actas das III Jornadas de Arqueologia subacuática*: 197-228., València.
- Halstead, P. (1989): "Counting sheep in Neolithic and bronze age Greece", en I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.): 307-339.
- Hassan, F. A. (1982): "Demographic archaeology", en B. Schiffer: 225-279.
- Hernandez, F. H. (1979): "Tonel ibérico procedente del Castro de Villas-viejas" *TP* 36
- Hodder, I. (1984): "New generation of spatial analysis in archaeology", *Arqueología Espacial* 1: 7-24
- Hodder, I.; Isaac, G. y Hammond, N. (eds.) (1989): *Pattern of the past*, Studies in honour of David Clarke. University Press, Cambridge.
- Hübner, E. (1887): "Monumentos de Balsa", *Revista Arqueológica e Histórica*. 1: 33-38.
- Jarman, M.R. (1972): "A territorial model for Archaeology: a behavioural and geographical approach", en D.L. Clarke, (ed.): 705-734.
- Jodin, A. (1966): *Mogador comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Editions marocaines et internationales, Tânger.
- Jorge, S. (ed.) (1996/1997): "Diversidade regional na Idade do Bronze da Península Ibérica", *Portugália*, Nova Série 17-18: 77-96.
- Jorge, S. (ed.) (1998): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?* Trabalhos de Arqueologia 10, Instituto Português de Arqueologia. Lisboa.
- Kalb, P. (1980): "O «Bronze atlântico em Portugal»", en *Actas do seminário de Arqueologia do Noroeste Píniculo*: 113-120, Sociedade Martins Sarmento, Guimarães.
- Kristiansen, K. (1982): "The formation of tribal systems in later European Prehistory: northern Europe 4000-500 BC", en Renfrew, Rowlands y Segraves (eds.): 241-280.
- Kristiansen, K. (1991): "Chiefdoms, states, and systems of social evolution", en T. Earle, (ed.): 16-43.
- Kunst, M. y Uerprmann (1996): "Zambujal (Portugal). Vorbericht über die Grabungen 1994" *MM*. 37: 10-36.
- Lamboglia, N. (1952): "Per una classificazione preliminare della ceramica campana", en *Atti del 1º Congresso Internazionale di Studi Liguri (Bordighera, 1950)*: 139-206.
- Lambrino, S. (1955-56): "Les celtes dans la Péninsule Ibérique selon Aviénius", *Bulletin des Études Portugaises de l'Institut Français au Portugal* 19: 5-33.
- Lancel, S. (1968): "Tipasitana III: La nécropole préromaine occidentale de Tipasa", *Bulletin d'Archéologie algérienne* 3: 85-166.
- Lautensach, H. (1987): "As características fundamentais da geomorfologia", en Ribeiro; Lautensach y Daveau : 5-165.
- Leeuwaarden, W. y Janssen, C.R. (1985): "A preliminary palynological study of peat deposit near an oppidum in the lower Tagus valley", en *Actas da I reunião do quaternário ibérico*, vol 2: 225-235, Grupo de trabalho para o Estudo do quaternário/Grupo Español de Trabajo del cuaternario, Lisboa.
- Lima, J.(1988): *Monografia arqueológica do concelho de Moura*, Câmara Municipal, Moura.
- Lopez Castro, J. L. (1994): *Hispania Poena. Los fenicios en la hispania romana*, Crítica, Barcelona.
- Lopez Pardo, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Universidad Complutense, Madrid.
- Lopez Pardo, F. (1990a): "Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)", *Gerion* 8: 141-162.
- Lopez Pardo, F. (1990b): "Mogador, «factoría extrema» y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana", en *actas do 115º cong. nat. Societé des Savants, V colloque sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord*: 277-296.
- Lopez Pardo, F. (1993): "La colonización fenicio-púnica en el Africa noroccidental", *Hispania Antiqua* 17: 435-449.
- Lopez Pardo, F. (1996): "Los enclaves fenicios en el Africa noroccidental: del modelo de las escalas nauticas al de colonización con implicaciones productivas", *Gerion* 14: 251-288.
- Lopez Pardo, F. (1997): "Materiales de la factoría fenicia de es-

- saquira (Antigua Mogador), *Complutum Extra*. 6 (1): 359-367.
- Maass-Lindemann, G. (1982): *Toscanos. Die westphönizische Niederlassung na der Mündung des Rio Velez. Grabungskampagne 1971 und die importierte westphönizische Grabkeramik des 7/6 Jhs.v.Chr*, MF 6, Berlin.
- Maass-Lindemann, G. (1983): "Chorreras 1980", *MM* 24: 76-103.
- Maass-Lindemann, G. (1995): "La necrópolis de Jardín (Vélez-Málaga): Los materiales", *Cuadernos de Arqueología Mediterránea (Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona)* 1: 121-213.
- Maass-Lindemann, G. (1997a): «La cerámica de las primeras fases de la colonización fenicia en España». In *La cerámica fenicia en Occidente - Centros de producción y áreas de comercio (Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios: 129-148*, Direcció General d'Ensenyaments Universitaris i Investigació, Alicante.
- Maass-Lindemann, G. (1997b): «La primera fase de la colonización fenicia en España según los hallazgos del Morro de Mezquitilla». In Aubet Semmler (coord.): 47-60.
- Macgrail, S. (1987): *Ancient boats in NW Europe*, Longman Archaeological series, Londres.
- Maia, M. (1987): "Dois *larnakes* da Idade do Ferro do Sul de Portugal", en *Actas del IV coloquio sobre Linguas y culturas Paleohispanicas, Vitoria/Gasteiz - 1985: 223-242*.
- Maluquer de Motes, J. (1981): *El santuario protohistorico de Zalamea la Serena. Badajoz*, Programa de investigaciones Protohistóricas. Barcelona.
- Maluquer de Motes, J. y Pallarés, R. (1980): *El Palau Santuari de Cancho Roano a Zalamea la Serena (Badajoz)*, Institut d'Arqueologia i Prehistòria. Memòria 1980: 39-66
- Maluquer de Motes, J.; Celestino, S.; Gracia, F. y Munilla, G. (1986): *El Santuario protohistorico de Zalamea la Serena*, Programa de investigaciones Protohistóricas XVI, Barcelona.
- Maluquer de Motes, J.; Gracia, F. Munilla, G. y Celestino, S. (1987): "Cancho Roano, un Palacio-Santuario del siglo V a.C.", *Revista de Arqueología* 74: 36-50.
- Mancebo, J. (1996): "El yacimiento orientalizante de Alhorín I (Sevilla). Estado actual de la investigación sobre los broches de cinturón tartésicos", *Antiquitas* 7: 53-68.
- Mancebo, J.; Bandera, M.L. y García, J.M. (1992): "La cerámica gris a torno del yacimiento orientalizante de Montemolín (Sevilla)", *TP* 49: 277-293.
- Mantas, G. (1990): "As cidades marítimas da Lusitânia", en: *Les villes de Lusitanie romaine: 149-205*, CNRS, Bordéus.
- Mantas, G. (1994): «Olisiponenses: epigrafia e sociedade na Lisboa romana». In *Lisboa Subterrânea: 70-75*, IPM, Lisboa.
- Mantas, G. (1997): «As civitates: esboço da grafia política e económica do Algarve romano». In AAVV, 1997: 283-310.
- Marques, G. (1982-83): «Aspectos da Proto-história do território português. II - Povoado de Santa Eufémia (Sintra)». *Sintria* 1: 59-87.
- Marques, G. y Andrade, G.M. (1974): «Aspectos da proto-história do território português 1 - definição e distribuição geográfica da cultura de Alpiarça (Idade do Ferro)». In *Actas do III Congresso Nacional de Arqueologia: 125-148*.
- Martins, M. (1988): *A citânia de S. Julião, Vila Verde. Cadernos de Arqueologia (Monografias) 2*. Unidade de Arqueologia da Universidade do Minho, Braga.
- Martins, M. (1989): *O Castro do Barbudo, Vila Verde. Cadernos de Arqueologia (Monografias) 3*, Unidade de Arqueologia da Universidade do Minho, Braga.
- Mata Carriazo, J. (1947): «La Edad del Bronce». In *História de España* de Menéndez Pidal 1: 755-852, Espasa Calpe, Madrid.
- Mathers, C. y Stoddart, S. eds (1994): *Development and decline in the mediterranean bronze age*. Sheffields Archaeological Monographs.
- Mayet, F. y Silva, C.T. (1992): «Abul, um estabelecimento orientalizante do século VII a.C. no baixo vale do Sado», *SA* 9-10: 315-333.
- Mayet, F. y Silva, C.T. (1993): «Presença fenícia no Baixo Sado». In Tavares ed.: 127-142.
- Mayet, F. y Silvé, C.T. (1997): «L'établissement phénicien d'Abul (Alcácer do Sal)». In *Itinéraires Lusitaniens: 255-271*, Diffusion de Boccard, Paris.
- Mayoral Franco, F. (1984): «Contribución a la delimitación del territorio de los asentamientos protohistóricos. Aplicación de un modelo de Gravedad». In *Arqueología Espacial (Actas do Seminário de Arqueología y Etnología Turolense: Colóquio sobre distribución y Relaciones entre los asentamientos): 73-87*.
- Medina, J. (dir.) y Gonçalves, V.S. (org.) (1993): *História de Portugal*. Ediclube, Lisboa.
- Mendonza, A.; Molina, F.; Arteaga, O. y Aguayo, P. (1981): «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provins Granada). Ein Beitrag sur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien». *MM* 22: 171-210.
- Milisaukas, S. (1972): An analysis of linear culture long houses at Olszanica BI, Poland. *World Archaeology*, 4: 57-74.
- Molina Fajardo, F. y Huertas Jiménez, C. (1983): «Tipología de las tumbas de la necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy». In *Actas do XVI Congreso Nacional de Arqueologia: 489-493*.
- Molina Fajardo, F. y Huertas Jiménez, C. (1985): *Almuñecar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy. II*. Granada.
- Monteagudo, L. (1953-54): «Album gráfico de Carmona, por G. Bonsor». *AEA* 26: 356-370.
- Morel, J.P. (1978): «A propos des céramiques campaniennes de France et d'Espagne». *Archéologie en Languedoc* 1: 149-169.
- Morel, J.P. (1981): *Céramiques campaniennes: les formes*, MEFR, Paris.
- Moreno Arrastio, F. (1999): «Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico» *Gerion* 17: 149-177.
- Muhly, J.D. (1998): «Copper, tin, silver and iron: the search of metallic ores as an incentive for foreign expansion». In *Mediterranean people in transition. Thirteenth to early tenth centuries BCE (Studies in Honor of Professor Trude Dothan): 314-329*, Israel exploration society, Jerusalem.
- Naroul, R. (1962): «Floor area and settlement population». *American Antiquity* 27: 389-396.
- Niemeyer, H.G. (1962): «Feldbegehung bei Torre del Mar (Prov. Malaga)», *MM* 3: 38-44.
- Niemeyer, H.G. (1970): «Zum thymiaterrion vom Cerro del Peñon», *MM* 11: 96-101.
- Niemeyer, H.G. (1971): «Zwei Ostrgriechischen Schale von Toscanos», *AEA* 44: 152-156.

- Niemeyer, H.G. (1977): «Toscanos. Vorbericht über die Grabungskampagne 1973 und 1976», *MM* 18: 74-99.
- Niemeyer, H.G. (1979): «Toscanos. Campañas de 1973 y 1976», *NAH* 6: 219-258.
- Niemeyer, H.G. (1979-80): «A la búsqueda de Mainaké: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis* 10-11: 279-302.
- Niemeyer, H.G. (1982): «Die Phonizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz». In Niemeyer, H. G. (ed.): 185-206.
- Niemeyer, H.G. (1983): «Una ánfora chiota procedente de Toscanos», In *Homenaje al Professor Martin Almagro Basch* 2: 253-258.
- Niemeyer, H.G. (1985): «Cerámica griega en factorías Fenicias. Un análisis de los materiales de la campaña de 1976 en Toscanos (Málaga)», In Picazo, Marina y Sanmartí, Enric - *Cerámiques Gregues i Helenístiques a la Península Ibérica* Monografies Emporitanes 8: 27-36.
- Niemeyer, H.G. (1986): «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función». In Olmo-Lete, C. e Aubet-Semmler, Maria Eugénia - *Los fenicios en la Península Ibérica*. Barcelona: Editorial Ausa: 109-126.
- Niemeyer, H.G. (ed.) (1982): *Phonizier im Westen*, MB 8 Mainz: Philipp v. Zabern.
- Niemeyer, H.G. y Schubart, H. (1965): «Ein ostphönikisches thymiaterion vom Cerro del Peñón (Almayate Bajo, prov. Málaga)». *MM* 6: 74-83.
- Niemeyer, H.G. y Schubart, H. (1968): «Toscanos und Trayamar. Grabungskampagne 1967». *MM* 9: 76-105.
- Niemeyer, H.G. y Schubart, H. (1969): *Toscanos. Die Altpunische Faktorei an der Mündung des Rio Vélez. 1: Grabungskampagne 1964*. MF 6, 1.
- Niemeyer, H.G. y Schubart, H. (1975): *Trayamar. Die Phönizischen Kammergräber und die Niederlassung an der Algarrobo-Mündung* MB 4.
- Niemeyer, H.G. y Schubart, H.; Briese, CH. y Bahnmann, R. (1988): «Die Untersuchung auf dem Cerro del Peñón» MB 14: 155-171.
- Niemeyer, H.G., Pellicer Catalán, M. y Schubart, H. (1964): «Alt-punische Funde von der Mündung des Rio Algarrobo» *MM* 5: 73-90.
- Nolen, J. U. Smith *et al* (1994): *Cerâmicas e vidros de Torre de Ares*, Ministério da Cultura/IPM, Lisboa.
- Nordstrom, (1967): *Excavaciones en el poblado ibérico de la Escuela., San Fulgencio, Alicante*, Servicio de Investigaciones de Prehistoria, València.
- Nunes, J. (1910): «Necrópole luso-romana nos arredores de Lagos» *Arch. Port.* 5: 102-104.
- Oleiro, J.M.B. (1951): «Elementos para o estudo da terra sigillata em Portugal» *Revista de Guimarães* 61: 81-111.
- Paixão, A.C. (1970): *A necrópole do Senhor dos Mártires, Alcácer do Sal - Novos elementos para o seu estudo*. Lisboa. Tese de Licenciatura, policopiada.
- Paixão, A. C. (1971): «O recente achado do três escaravinhos na necrópole do Senhor dos Mártires em Alcácer do Sal». In *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia*: 309-315.
- Paixão, A. C. (1982): «Alcácer do Sal». *Informação arqueológica* 2: 76-79.
- Paixão, A. C. (1983a): «Uma nova sepultura com escaravelho da necrópole proto-histórica do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal)». *AP Série* 4, 1: 273-286.
- Paixão, A. C. (1983b): «Alcácer do Sal». *Informação Arqueológica* 3: 55-59.
- Paixão, A. C. (1984): «Intervenção de emergência na necrópole romana da Azinhal do Senhor Alcácer do Sal». *Informação Arqueológica* 4: 165-169.
- Palol Salelias, P. (1958): *La necrópolis hallstättica de Agullana (Gerona)* Bibliotheca praehistorica Hispana. Vol 1.
- Parreira, R. (1971-74): «O povoado da Idade do Bronze do Outeiro do Circo (Beringel, Beja)» *Arquivo de Beja* 28-32: 1-16.
- Parreira, R. (1983): «O Cerro dos Castelos de S. Brás (Serpa). Relatório preliminar dos trabalhos arqueológicos de 1979 e 1980». *AP Série* 4, 1: 149-168.
- Parreira, R. y Soares, A. M. (1980): «Zu einigen Bronzezeitlichen Höhendensetzungen in Sud Portugal». *MM* 21: 109-130.
- Parzinger, H. y Sanz, R. (1986): «Zum ostmediterranean ursprung einer Gurtelhakenformen der Iberischen Halbinsel». *MM* 27: 169-194.
- Peebles, C. y Kus, S.M. (1977): «Some archaeological correlates of ranked societies» *American Antiquity* 42: 421-448.
- Pellicer Catalán, M. (1962): *Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar, Granada)*, EAE, 17.
- Pellicer Catalán, M. (1964): «Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristóbal de Almuñecar, en el Mediterráneo occidental», In *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología*: 393-403.
- Pellicer Catalán, M. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX*. EAE, 52.
- Pellicer Catalán, M. (1969): «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas». *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 290-310.
- Pellicer Catalán, M. (1978): «Tipología y cronología de la ánforas preromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Habis* 9: 365-400.
- Pellicer Catalán, M. (1982): «Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)», In Niemeyer, G. H. (ed.): 371-402.
- Pellicer Catalán, M. y Amores Carredano, F. (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B», *NAH* 22: 55-189.
- Pellicer Catalán, M.; Escacena Carrasco, J.L. y Bendala, M. (1983): *El Cerro Macareno*, EAE, 124.
- Perdigones Moreno, L. (1991): «La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz (siglos VI a IV a. C.)». In *Actas das I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1986-1989)*: 221-230.
- Perdigones Moreno, L.; Muñoz Vicente, A. y Pisano, G. (1990): «La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz», *Studia Púnica*, 7.
- Pereira, I. (1993-94): «Casais agrícolas da Idade do Ferro na Foz do Mondego - Figueira da Foz». *Conímbriga* 32-33: 75-85.
- Pereira, I. (1996): «Santa Olaia». In Alarcão (coord.): 60-65.
- Pereira, I. (1997): «Santa Olaia et le commerce atlantique». In *Itinéraires Lusitaniennes*: 209-253.
- Pereira, M.A.H. (1975): «Objectos Egípcios De Porto Sabugueiro (Muge)». *Conímbriga* 14: 174-175.

- Pereira, M.H. (1956): «Notícia sobre vasos gregos existentes em Portugal (1ª parte)». *Humanitas*, 7-8.
- Pereira, M.H. (1962): *Greek vases in Portugal*. Coimbra.
- Pinto, C.V. y Parreira, R. (1978): «Contribuição para o estudo do Bronze final e do Ferro inicial a Norte do estuário do Tejo». In *Actas das III Jornadas da Associação dos Arqueólogos Portugueses (1977)*: 147-163, Lisboa.
- Ponsich, M. (1968): «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritania en Kuass (Arcila, Marruecos)», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 4: 3-25.
- Ponte, M.S. y Vaz, J.L.I. (1989): «Considerações sobre algumas fíbulas de Santa Luzia (Viseu): seu contexto estratigráfico», In *Actas do I colóquio de Arqueologia de Viseu* 2: 181-188.
- Ponte, M.S. (1973a): «Análise de três fíbulas de particular interesse», In *Actas do XI Congresso de Arqueologia Nacional*: 165-166.
- Ponte, M.S. (1973b): «Fíbulas pré-romanas e romanas de Conímbriga», *Conímbriga* 12: 159-198.
- Ponte, M.S. (1982): «As fíbulas do museu Municipal da Figueira da Foz», *Conímbriga*, 21: 151-162.
- Ponte, M.S. (1985): «Algumas fíbulas de Alcácer do Sal», *AP série 4*, 3: 137-153.
- Ponte, M.S. (1986): «Valor residual de seis fíbulas da região de Beja», *Arquivo de Beja* 3: 75-88.
- Ramón Torres, J. (1994): «El nacimiento de la ciudad fenicia de la bahía de Ibiza», In *Actas de los coloquios de Cartagena I: el mundo púnico*, Biblioteca Básica Murciana (extra): 325-368, Murcia.
- Ramón Torres, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del mediterráneo central y occidental*, Universitat, Barcelona.
- Ramón Torres, J. (1999): «La cerámica fenicia a torno de As Cales (Eivissa)», In *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio (Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios)*: 149-214.
- Renfrew, C. (1972): «Patterns of population growth in the prehistoric Aegean». In Ucko, P. Tringham, R. Dimbleby ed.: 383-399.
- Renfrew, C. (1982): «Socio-economic change in ranked societies», In Renfrew, Colin y Shennan, S. eds.: 1-8.
- Renfrew, C. (1984): *Approaches to social archaeology*, Edinburgh University Press, Oxford.
- Renfrew, C. (1993): «Trade beyond the material». In Scarre, C. y Healy, F. eds.: 5-33.
- Renfrew, C. y Bahn, P. (eds.) (1992): *Archaeology. Theories, methods and practice*, Thames and Hudson, Londres.
- Renfrew, C.; Rowlands, J. y Segraves, B.A. (eds) (1982): *Theory and explanation in archaeology*, Academic Press, New York.
- Renfrew, C. y Shennan, S. (eds.) (1982): *Rankings, resources and exchange*, New directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ribeiro, O. (1986): *Portugal o Mediterrâneo e o Atlântico*, Livraria Sá da Costa, 4ª edição, Lisboa.
- Ribeiro, O.; Lautensach, H. y Daveau, S. (1987): *Geografia de Portugal. I. A posição geográfica de Portugal*, Edições João Sá da Costa, Lisboa.
- Ribeiro, O.; Lautensach, H. y Daveau, S. (1988): *Geografia de Portugal. II O ritmo climático e a paisagem*, Edições João Sá da Costa, Lisboa.
- Rocha, A.dos S. (1905): *O museu municipal da Figueira da Foz. Catálogo Geral. Aditamento nº1 y 2*, Figueira da Foz.
- Rocha, A.dos S. (1906): «Estudo sobre um artefacto pré-romano de ouro descoberto no Algarve», *Boletim da Sociedade Arqueológica da Figueira da Foz* 2: 64.
- Rocha, A.dos S. (1908): «Memórias e explorações arqueológicas II. Estações pré-romanas da Idade do ferro nas vizinhanças da Figueira», *Portugália* 2: 302-356.
- Rocha, A.dos S. (1909): «Necrópole luso-romana do Molião», *Boletim da Sociedade arqueologica* 3: 103-104.
- Rocha, A.dos S. (1971): *Memórias e explorações arqueológicas II. Estações pré-romanas da Idade do Ferro nas vizinhanças da Figueira*, 2, Universidade, Coimbra.
- Rocha, A.dos S. (1975): «A necrópole proto-histórica da Fonte Velha, em Bensafrim». In *Memórias e explorações arqueológicas*, 3: 127-141, Universidade, Coimbra.
- Rodero, A. (1995): *Las ánforas prerromanas en Andahucia*, Fratelli Lega Editori, Faenza.
- Roos, A. M. (1982): «Acercas de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica», *Ampurias*, 44.
- Rouillard, P.; Paixão, A. C.; Villanueva-Puig, M. C. y Durand, J. L. (1988-89): «Les vases grecs d'Alcácer do Sal (Portugal)», *AP*: 45-108.
- Rouillard, P. (1975): «Les coupes attiques à figures rouges du IV s. en Andalusie», *Mélanges de la Casa de Velazquez* 11: 21-49.
- Rouillard, P. (1991): *Les grecs et la Péninsule Iberique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus Christ*, Diffusion de Boccard, Paris/Madrid
- Rowlands, M. (1980): «Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age», In Barret, J. y Bradley, R eds.: 15-55.
- Rowlands, M. (1987): «Centre and periphery: a review of a concept», In Rowlands, M., Larsen, M. y Kristiansen, K. eds.: 1-11.
- Rowlands, M.; Larsen, M. y Kristiansen, K. eds. (1987): *Centre and periphery in the ancient world*, New directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rufete Tomico, P. (1987): «La ceramica con engobe rojo de Tejada», *HA IX*: 139-147-40.
- Rufete Tomico, P. (1988-89): «Las ceramias con engobe rojo de Huelva», *HA X-XI*, 3: 10-40.
- Rufete Tomico, P. (1989): «La ceramica con barniz rojo de Huelva», In *Tartessos. Arqueología Protobistorica del Bajo Guadalquivir*: 375-394, editorial AUSA, Barcelona.
- Ruiz Delgado, M. (1989): «Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquias», In *Tartessos - Arqueología protobistorica del bajo Guadalquivir*: 247-286, editorial AUSA, Barcelona.
- Ruiz Mata, D. (1985): «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Aula Orientalis* 3, p. 241-263.
- Ruiz Mata, D. (1986): «Los inicios de la colonización fenicia en el meodiódia peninsular según las excavaciones del Cabezo de San Pedro, S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y el Carambolo (Camas, Sevilla)». In *Homenaje a Luís Siret 1934-1984 (Cuevas de Almanzora 1984)*. Sevilla.
- Ruiz Mata, D. (1993): «Los fenicios de época arcaica - siglos VIII/VII a. C. - en la bahía de Cádiz, Estado de la

- question». *Estudos Orientais (Actas do Encontro «Os fenícios no território português»)* 4: 23-72.
- Ruiz Mata, D. y Fernandez Jurado, J. (1986): «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *Huelva Arqueológica* 8.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C. (1989): «El tumulo 1 de la necrópolis de la Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)». In *Tartessos - Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*: 287-295.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de temas portuenses 5, Puerto de Santa María.
- Ruiz Mata, D.; Blázquez, J. M. y Martín de la Cruz, J. C. (1981): «Excavaciones en el Cabezo de S. Pedro (Huelva): Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica* 5: 149-316.
- Ruiz Zapatero, G. y Fernández Martínez, V. (1984): «Patrones de asentamiento en el bajo Aragón protohistórico», *Arqueología Espacial (Actas do coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos)*, In Seminario de Arqueología y Etnología Turuloense 4: 65-96.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.
- Saidah, R. (1966): «Fouilles de Khaldé: Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes (1961-62)», *Bulletin du Musée de Beyrouth*, 19: 51-90.
- Santos, M. L. V. A. (1971-72): *Arqueologia romana do Algarve*, Associação dos Arqueólogos Portugueses, Lisboa.
- Scarre, C. y Healy, F. eds. (1993): *Trade and exchange in prehistoric Europe*, Oxbow Monograph 33. Oxford.
- Schiffer, M.B., ed. (1982): «Advances in archaeological method and theory». *Selections for students*, from volumes 1 through 4: 225-279.
- Schnapp, A. (1980): *L'Archéologie aujourd'hui*, Hachette, Paris.
- Schubart, H. (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwestern der Iberischen Halbinsel*, MF Berlin.
- Schubart, H. (1976): «Westphonizische Teller», *Rivista di Studi Fenici* 4, 2: 179-196.
- Schubart, H. (1976-78): «Excavaciones en el Morro de Mezquitilla. 1976», *Ampúrias* 38-40: 559-566.
- Schubart, H. (1977): «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 auf dem Siedlungshugel an der Algarrobo-Mundung», *MM*.18: 61-86.
- Schubart, H. (1979a): «Jardin. Informe preliminar de 1976», *NAH*. 6: 151-173.
- Schubart, H. (1979b): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre las Campañas de excavaciones de 1976», *NAH*. 6: 175-219.
- Schubart, H. (1982a): «Phonizische Niederlassungen an der Iberischen Südküste», In Niemeyer, H.G. - *Phonizier im Westen*, MB 8: 207-236.
- Schubart, H. (1982b): «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungskampagne 1981 auf dem Siedlungshugel an der Algarrobo-Mundung», *MM*. 23: 33-45.
- Schubart, H. (1983): «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungskampagne auf dem Siedlungshugel an der Algarrobo-Mundung», *MM* 24: 104-131.
- Schubart, H. (1984): «Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de Mezquitilla, cerca de la desembocadura del Rio Algarrobo» *NAH* 19: 85-101.
- Schubart, H. (1985): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la primera campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del rio Algarrobo», *NAH* 23: 143-174.
- Schubart, H. (1986): «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo-Málaga)», In Olmo-Lete, C. y Aubet-Semmler, Maria Eugenia - *Los Fenicios en la Península Ibérica*: 59-83.
- Schubart, H. (1995): «Informe de las excavaciones en la necrópolis de Jardín (Vélez-Málaga, Málaga)» *Cuadernos de arqueología Mediterránea*, 1: 57-120.
- Schubart, H. (1997): «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo)», In Aubete Sammler (coord.): 13-45.
- Schubart, H. y Maass-Lindemann, G. (1977): «Jardín, informe preliminar sobre las excavaciones de 1974», *NAH*, 6: 139-141.
- Schubart, H. y Maass-Lindemann, G. (1984): «Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del Rio Velez. Excavaciones de 1971», *NAH* 18: 31-210.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. (1969): «La factoría paleopúnica de Toscanos», In *Actas de V Symposium de Prehistoria Peninsular (Jerez de La Frontera, 1968)*: 203-214.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. (1971): «Excavaciones paleopúnicas en la zona de Torre del Mar», *NAH* 13-14: 353-383.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. (1976): «Trayamar, los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del rio Algarrobo. EAE 90, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. y Maass-Lindemann, G. (1972): «Toscanos, Jardin y Alarcón, excavaciones de 1971», *NAH* 1: 10-41.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. y Pellicer Catalán, M. (1965): «Una colonia paleopúnica en la desembocadura del rio Velez (Malaga)», *NAH* 7: 150-153.
- Schubart, H. y Niemeyer, H.G. y Pellicer Catalán, M. (1969): *Toscanos, la factoría paleopúnica en la desembocadura del rio Velez*, EAE 66, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen. Der Iberischen Halbinsel*. M.F. 3, Walter de Gruyter y C&G. Berlin.
- Schulten, A. (1922): *Avieni ora maritima*, Fontes Hispania Antiquae, 1.
- Senna-Martinez, J.C. (1989): *Pré-história recente da bacia do médio e alto Mondego: algumas contribuições para um modelo socio-cultural*, Tese de doutoramento em Pré-história e Arqueologia apresentada à Faculdade de Letras de Lisboa, Edição policopiada.
- Senna-Martinez, J.C. (1998): «Produção, ostentação e redistribuição: estrutura social e economia política no grupo Baiões/Santa Luzia». In Jorge, S. ed.: 218-230
- Serrão, E.C. (1959): «Cerâmica com ornatos a cores da Lapa do Fumo (Sesimbra)». In *Actas do I Congresso Nacional de Arqueologia* 2: 337-359.
- Serrão, E.C. (1970): «As cerâmicas de «rectícula brunida» das estações arqueológicas espanholas e com «ornatos brunidos» da Lapa do Fumo» In *Actas das 1ª Jorandas Arqueológicas da AAP*. 2: 271-308.
- Service, E. (1962): *Primitive social organization*, Random House, New York.
- Sheridan, A. y Bailey, G. eds (1985): *Economic Archaeology*, BAR International Series 96, Oxford.

- Sherratt, A. (1993): «Who are you calling peripheral? Dependence and independence in European prehistory», In Scarre, C. y Healy eds.: 245-255.
- Sherratt, A. (1994): «Core, periphery and margin: perspectives on the Bronze age», In Mathers, C. y Stoddart, S. eds.: 335-346.
- Silva, A.C.F. (1986): *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- Silva, A.C.F. (1990): «A Idade do Ferro em Portugal», In *Nova História de Portugal* 1: 257-341, Editorial Presença, Lisboa.
- Silva, A.C.F. y Gomes, M.V. (1992): *Proto-História de Portugal*, Universidade Aberta, Lisboa.
- Silva, C.T. (1996): «Produção de ânforas na área urbana de Setúbal: a oficina romana do Largo da Misericórdia», In *Ocupação romana dos estuários d Tejo e do Sado*: 41-54, Publicações D. Quixote, Lisboa.
- Silva, C.T. y Coelho-Soares, A. (1980-81): «A praça do Bocage (Setúbal) na época romana. Escavações arqueológicas de 1980», SA 6-7: 249-284.
- Silva, C.T., Coelho-Soares, A. y Soares, J. (1986): «Fábrica de salga da época romana da Travessa Frei Gaspar (Setúbal)», *Trabalhos de Arqueologia (Actas do I Encontro Nacional de Arqueologia Urbana)* 3: 155-160.
- Silva, C.T. y Soares, J. (1978): «Uma jazida do Bronze Final na Cerradinha (Lagoa de Santo André, Santiago do Cacém)», SA 4: 71-97.
- Silva, C.T. y Soares, J. (1984): «Na procura das origens de Setúbal», *Almadan* 3.
- Silva, C.T. y Soares, J. (1986): *Arqueologia da Arrábida*, Serviço Nacional de Parques Reservas e Conservação da Natureza, Lisboa.
- Silva, C.T., Soares, J., Beirão, C.M.; Dias, L.F.; Coelho-Soares, A. (1980-81): «Escavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (campanha de 1979)», *Setúbal Arqueológica* 6-7: 149-218.
- Silva, J.P. (1875): *Uma necrópole romana em Portugal*. Boletim Architectónico e de archaeologia da Real Associação dos Arquitectos civis e Arqueólogos Portugueses, 1, 6.
- Silva, J.P. (1887): *Sobre a necrópole de Alcácer do Sal*. Boletim Architectónico e de archaeologia da Real Associação dos Arquitectos civis e Arqueólogos Portugueses. Lisboa.
- Silva, M.S. (1994): «As cidade (séculos XII-XV)». In Medina, J. (Dir) *História de Portugal*, III: 249-312.
- Soares, A.M.; Araújo, F. y Cabral, J.M. (1985): «O Castelo Velho de Safara: vestígios da prática da metalurgia», *Arqueologia* 11: 87-94.
- Soares, A.M. (1996): «O povoado da misericórdia (Margem esquerda do Guadiana, Serpa). Ocupações humanas e vestígios metalúrgicos», *Vipasca* 5: 103-106.
- Soares, J. y Silva, C.T. (1973): «A ocupação do período proto-romano do Pedrão (Setúbal)», In *Actas das II Jornadas da Associação dos Arqueólogos Portugueses* 1: 245-305.
- Soares, J. y Silva, C.T. (1979): «Cerâmica pré-romana de Miróbriga (Santiago do Cacém)», SA 5: 159-184.
- Soares, J. y Silva, C.T. (1986): «Ocupação pré-romana de Setúbal: Escavações arqueológicas na Travessa dos Apóstolos», *Trabalhos de Arqueologia (Actas do I Encontro Nacional de Arqueologia Urbana)* 3: 87-101.
- Spencer, C. (1987): «Rethinking the chiefdom». In Drennan y Urbe eds.: 369-389.
- Spindler, K. (1973): «Découverte d'une boucle de ceinture d'origine ibérique sur la colline de Madgalenberg près de Villigen en Fôret Noire», In *Actas das II Jornadas da Associação dos arqueólogos portugueses* 1: 229-235.
- Spindler, K., Branco, A.C.; Zbyzewski G. y Ferreira, O.V. (1973-74): «Le monument à coupole de l'âge du Bronze Final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)», *Comunicações dos Serviços geológicos de Portugal* 57: 91-154.
- Spindler, K. (1981): *Cova da Moura (Die Bestiedlung des Atlantischen Küstengebietes Mittelportugals vom Neolithikum bis na das Ende der Bronzezeit)*, MB 7.
- Tarradell, M. y Font, M. (1975): *Eivissa Cartaginesa*, Barcelona.
- Tavares, A.A. ed. (1993): Os fenícios no território português. Estudos Orientais (Actas do colóquio «Os fenícios no território português: estado da questão» Lisboa 1990). Lisboa: Instituto Oriental da Universidade Nova de Lisboa, 4.
- Torres, C. (1994): «Lisboa muçulmana. Um espaço urbano e o seu território». In *Lisboa Subterrânea*: 80-85.
- Trindade, L. y Ferreira, O. V. (1965): «Acerca do vaso «piriforme» tartéssico de bronze do Museu de Torres Vedras», *Boletim Cultural da Junta Distrital de Lisboa*: 175-183.
- Uberti, M.L. (1988): «I vetri», In *I Fenici*: 474-490, Bompiani, Milão.
- Ucko, P. T. y Dimbleby, R. (eds), (1972): *Man, settlement and urbanism*, Duckworth, Milão.
- Ulreich, H.; Negrete, M. A.; Puch, E. y Perdigonos, L. (1990): «Cerro del Prado», *MM* 31: 194-250.
- Vallejo Sanchez, J. (1998): *Sobre el origen y extensión de la cerámica gris y las producciones occidentales*, Universidad, Cádiz.
- Van Dommelen, P. (1997): «Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean», *World Archaeology* 28, 3: 305-323.
- Vaquerizo Gil, D. (1990): «Aportaciones recientes al conocimiento de la cultura ibérica en Andalucía: el ejemplo cordobés», in *Actas do Curso de Verano de 1989*: 87-120.
- Vasconcellos, J.L. de (1905): «Notice sommaire sur le musée ethnologique portugais», *Arch. Port.*, 1^a série, 10: 65-71.
- Vasconcellos, J.L. (1917): «Acquisições do Museu Ethnológico Português», *Arch. Port.*, 1^a série, 22.
- Vasconcellos, J.L. (1924): «Figuras de bronze antigas do Museu etnológico português», *Arch. Port.*, 1^a série, 26: 30-37.
- Vegas, M. (1989): «Archaische und Mittelpunische Keramik aus Karthago. Grabungen 1987/88», *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts Roemische Abteilung*, 96: 209-259.
- Vegas, M. (1990): «Archaische töpferöfen in Karthago», *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts Roemische Abteilung* 97: 209-2549.
- Veiga, S.P.M.E. (1887): *Antiguidades monumentaes do Algarve*, Imprensa Nacional, Vol. 2, Lisboa.
- Veiga, S.P.M.E. (1891): *Antiguidades monumentaes do Algarve*, Imprensa Nacional, Vol. 4, Lisboa.
- Veiga, S.P.M.E. (1910): «Antiguidades monumentaes do Algarve», *Arch. Port.*, 1^a Série, 15: 209-233.
- Viana, A. (1952): «Balsa y la necrópolis romana de as pedras de el rei», *AEA* 25: 261-285.
- Viana, A. (1955): «Notas de Corografia Arqueológica», *Brotéria*, 61: 162-172, 545-556.

- Viana, A. (1960-61): «Vidros romanos em Portugal, breves notas», *TAE* 18: 5-42.
- Viana, A.; Formosinho, J. y Ferreira, O.V. (1953): «De lo preromano a lo arabe en el museo regional de Lagos», *AEA* 26: 113-138.
- Vicente, E.P. y Andrade, G.M. (1971): «A estação arqueológica dos Cabeços dos Moinhos - Breve notícia» In *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia* 1: 223-237.
- Viegas, C. y Arruda, A.M. (no prelo): «Cerâmicas islâmicas da Alcáçova de Santarém», *Revista de Arqueologia* 2, 2: 105-186.
- Vilaça, R. (1992): «Comentário a Alarcão, Jorge «A Evolução da cultura Castreja»», *Conímbriga* 31.
- Vilaça, R. (1995): Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) no finais da Idade do Bronze. Trabalhos de Arqueologia. Lisboa: IPPAR, 9, 2 volumes.
- Vilaça, R. (1998): Hierarquização e conflito no Bronze Final da Beira Interior. In Jorge, S. O. ed. (Trabalhos de Arqueologia - Actas do Colóquio «Existe uma Idade do Bronze Atlântico?»). Lisboa: IPPAR, 10, p. 203-217.
- Villar, F. y Encarnação, J. eds. (1996): *La Hispania preromana*, Universidade de Salamanca, Salamanca:
- Vita-Finzi y Higgs, E.S. (1970): «Prehistoric economy in the Mount Carmel area of Palestine: Site-catchment analysis», *The prehistoric society*: 1-37.
- Vuillemont, G. (1954): «Fouilles punique à Mesa Madakh», *Lybica* 2: 229-243.
- Vuillemont, G. (1955): «La nécropole punique du Phare dans l'île de Rachgoun (Oran)», *Lybica* 3: 7-76.
- Wagner, C. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartesos», *AEA* 56: 3-36.
- Wagner, C. (1986a): Tartesos y las tradiciones literarias. *Rivista di Studi Fenici*. Roma: Consiglio Nazionale delle ricerche, 14, 2, p. 201-228.
- Wagner, C. (1986b): «Notas en torno a la aculturación en Tartesos», *Gerión* 4: 129-160.
- Wagner, C. (1988): «Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al Leste del Estrecho», In *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*: 419-428.
- Wagner, C. (1992): «La historia antigua y la antropología: el caso de Tartesos», *Kolaios*: 1-37.
- Wagner, C. (1993a): «Balance de la investigación durante los ochenta sobre Tartesos y colonizaciones prerromanas en la Península Ibérica y estado actual de la cuestión. I Tartesos y el periodo orientalizantes», *Hispania Antiqua* 17: 419-434.
- Wagner, C. (1993b): «Las estructuras del mundo tartésico», In Alvar y Blázquez (eds.): 103-116.
- Wagner, C. (1995): «Fenicios y autóctonos en Tartesos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria* 52: 109-126.
- Wagner, C. y Alvar, Jaime (1989): «Fenicios en Occidente: La colonización agrícola», *Rivista di Studi Fenici*, 17, 1: 61-102.
- Wheeler, M. (1954): *Archaeology from the earth*, Oxford University Press.
- Wright, H. (1984): «Prestate political formations». In Earle, T. (ed.): 44-77.
- Yoffe, N. (1993): «Too many chiefs (or, Safe texts for the 90's)». In Yoffe, N. y Sherrat, A. (eds): 60-78.
- Yoffe, N. y Sherrat, A. (eds.) (1993): *Archaeology theory: who sets the agenda?* New directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.